HISTORIA DE EUROPA

EL DESPLIEGUE DE EUROPA
1648-1688

J. STOYE









Siglo XXI / Serie Historia de Europa / 6

J. Stoye

El despliegue de Europa

1648-1688

Traducción: Marcial Suárez

Revisión de la traducción: Jaime Roda



El periodo que abarca desde 1648 hasta 1688 a menudo se malinterpreta como una época de calma y estabilidad en la que las monarquías se vieron obligadas a recuperar sus posiciones después de una convulsa primera mitad de siglo de guerras dinásticas y tumultos sociales. En realidad, los retos políticos a los que se enfrentaron las grandes monarquías no fueron menores que los de sus antecesoras: la amenaza otomana, los disturbios y conflictos desde las fronteras tanto en Ucrania como en los Cárpatos, la tendencia expansionista francesa o las disputas por el dominio de los imperios comerciales de ultramar estuvieron presentes a lo largo de todo el periodo. Durante la segunda mitad del siglo XVII, el Viejo Mundo fue atravesado por tensiones políticas y guerras que se fueron salvando con una frenética actividad diplomática y tratados que fueron configurando el equilibrio de poder.

J. Stoye, prestigioso modernista de Oxford, relata de forma magistral todas estas cuestiones, pero sin reducir la historia de Europa a las intrigas palaciegas y a los centros de poder que decidían el destino político de los pueblos. Asimismo, el autor muestra cómo la diversidad y la vitalidad de la ciencia y la cultura europeas, a pesar de los incesantes estragos de la guerra, la peste y el hambre, marcarían el recorrido que el conocimiento y el arte seguirían durante los siguientes siglos.

John Stoye (1917-2016) fue *Fellow* y *Tutor* en Historia Moderna en la Universidad de Oxford de 1948-1984. Tuvo varios puestos en la universidad, incluyendo el *Junior Dean of Arts, Senior Tutor, Senior Dean of Arts* y *Vice President.* Fue *Emeritus Fellow* desde 1984 hasta 2016. Entre sus publicaciones destacan *English Travellers Abroad* (1952) y *The Siege of Vienna* (1964).

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Europe Unfolding, 1648-1688

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.sigloxxieditores com
ISBN: 978-84-323-1926-6

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

«El ilustre Grotius nos dice en la página 34 de sus *Epístolas* que los atenienses, en su Alto Tribunal, prohibían todos los prefacios y dedicatorias de introducción, porque odiaban los ornamentos artificiosos y lo que resultase superfluo en sus discursos. Nosotros tratamos de imitarles en la medida de lo posible.» Así comienza un libro titulado *The Young Students-Library (La biblioteca de los jóvenes estudiantes),* publicado en 1692. Yo también quiero seguir el ejemplo de los griegos, después de dar las gracias a los bondadosos amigos, parientes, colegas y editores (en Oxford, Cambridge y Londres) que me han ayudado en la redacción de estas páginas. Se trata aquí de un estudio evidentemente breve, que abarca un campo enorme y un gran número de temas, pero yo he tratado de no imponer una rígida estructura al material. Mi deseo es, más bien, el de poner de manifiesto el carácter de Europa, tal como se revela, gradualmente, durante un periodo de cuarenta años. Era aquel un panorama en el que millones de hombres tenían que buscar un medio de vida, con otros muchísimos hombres deseosos de hacer bien su trabajo. Me he quedado con una permanente impresión de grandeza, de diversidad y de riqueza, dispuesta en una organización profundamente injusta. Es fácil, pero importante, decir que el mundo no es sencillo ni pequeño.

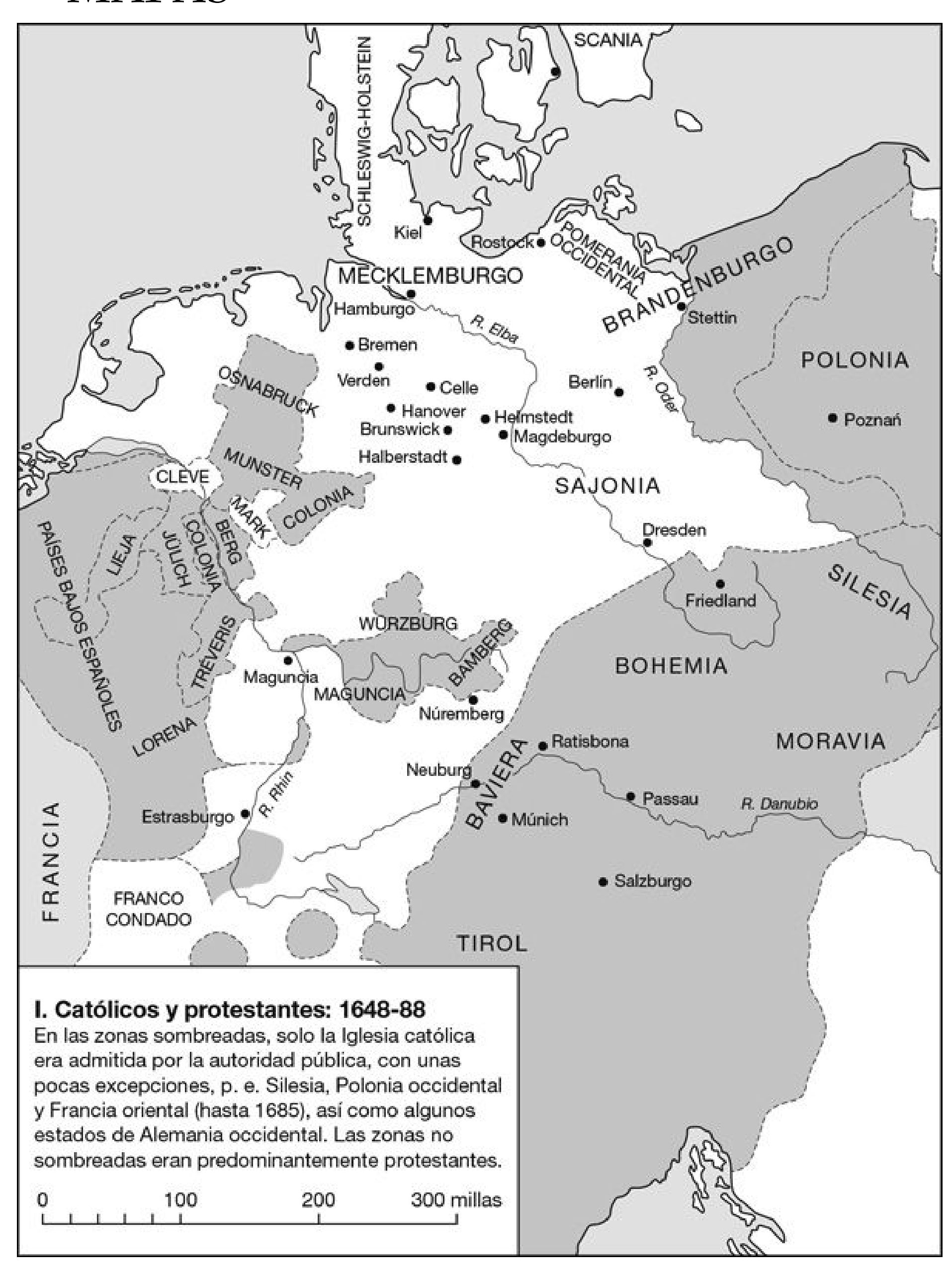
J. W. S., mayo de 1969

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Tampoco creo que a los atenienses del ilustre Grotius les hubiera gustado mucho la idea de un segundo prefacio. Aun así, déjenme expresar mi gran agradecimiento por la pervivencia de esta obra a lo largo de tantos años y por la feliz oportunidad de corregir algunos errores, borrar un poco aquí y allá y reescribir algunos pasajes, especialmente en los capítulos II, VIII y X; además de añadir muchos títulos modernos a la «Bibliografía adicional» que hay al final del libro. En esta tarea he tenido la suerte de recibir muchos buenos consejos de Laurence Brockliss, Peter Noll, David Parratt, Andrew Robinson y Tim Watson. También estoy profundamente agradecido a Richard Ollard, que trabajaba en Fontana-Collins, por haber supervisado la edición de la obra original, y a Helen Rappaport y el personal de Blackwells por su trabajo con la edición revisada. Solo una cosa más, estimados atenienses: este libro deja constancia de un breve periodo de la historia de Europa. Al describirlo, no he sido más que un espectador momentáneo de los cambios a más largo plazo que tanto interesan a los historiadores hoy en día.

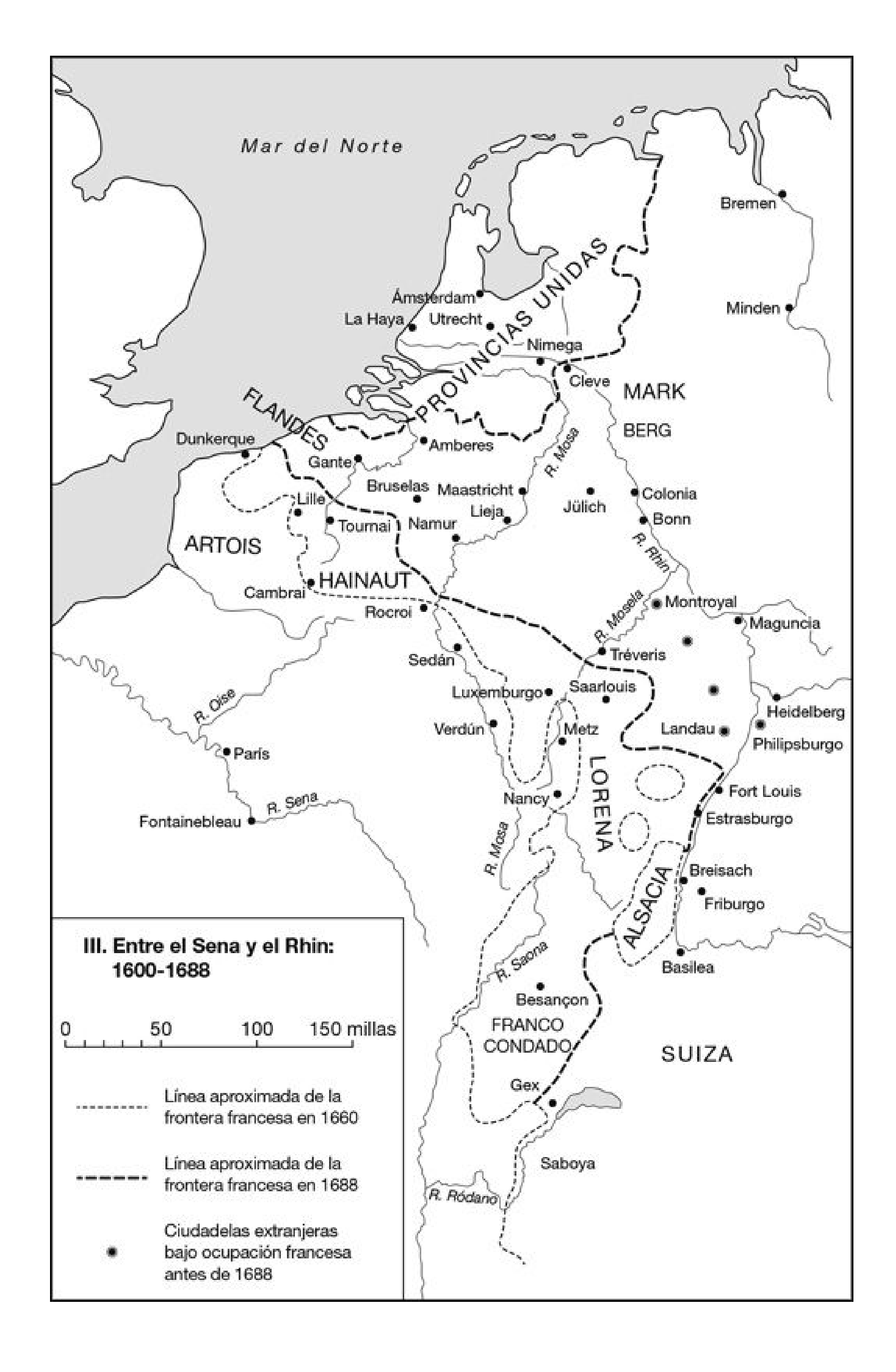
J. W. S., marzo de 2000

MAPAS



I. Católicos y protestantes: 1648-88
En las zonas sombreadas, solo la Iglesia católica era admitida por la autoridad pública, con unas pocas excepciones, p. e. Silesia, Polonia occidental y Francia oriental (hasta 1685), así como algunos estados de Alemania occidental. Las zonas no sombreadas eran predominantemente protestantes.

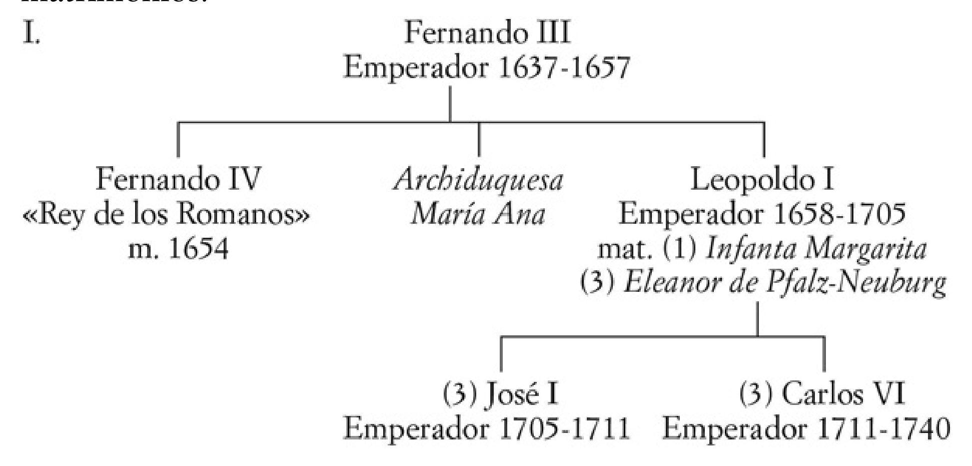

II. Europa oriental: 1648-1660
0 100 200 300 millas
1. Ucrania independiente en 1649
2. Fuerzas del zar, 1654-1660
3. Fuerzas suecas, 1655-1657
4. Turcos y tártaros, 1658-1662
5. Marcha sueca a Copenhague, 1658
IMPERIO SUECO
Estocolmo
Narva
Novgorod
Pskov
Gotemburgo
SCANIA
Copenhague
Mar Báltico
CURLANDIA
Riga
Moscú
LITUANIA
Vilna
R. Drina
R. Elba
Oliva
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Smolensko
Andrusovo
Grodno
Gniezno
R. Dnieper
Varsovia
POLONIA
Kazimierz
VOLHYNIA
Chernihiv
Sandomierz
Cracovia
Kiev
Lubny
R. Vistula
Lvov
Zborov
Peryslavi
Pultava
Chigirin
Kassa
GALICIA
PODOLIA
Sarospatak
Kodak
Buda
TRANSILVANIA
Génova
Venecia
Oradea
Módena
MOLDAVIA
Temesvar
Belgrado
VALAQUIA
Roma
R. Danubio
Nápoles

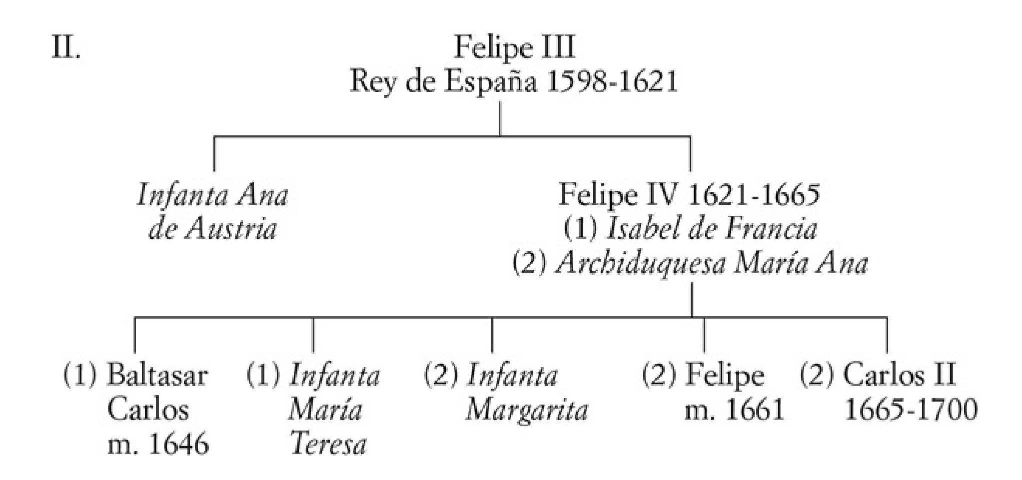

Mar del Norte
Bremen
Minden
PROVINCIAS UNIDAS
Ámsterdam
La Haya
Utrecht
Nimega
Cleve
MARK
BERG
FLANDES
Dunkerque
Amberes
Gante
Bruselas
Maastricht
R. Mosa
Lille
Tournai
Namur
Lieja
Jülich
Colonia
Bonn
R. Rhin
ARTOIS
HAINAUT
Cambrai
Rocroi
Montroyal
R. Mosela
Maguncia
Tréveris
Sedán
Luxemburgo
Saarlouis
Heidelberg
R. Oise
Verdún
Metz
Landau
Philipsburgo
París
LORENA
Fort Louis
Nancy
Estrasburgo
R. Sena
Fontainebleau
R. Mosa
Breisach
ALSACIA
Friburgo
III. Entre el Sena y el Rhin: 1600-1688
R. Saona
Basilea
Besançon
0
50
100
150 millas
FRANCO CONDADO
SUIZA
Gex
Línea aproximada de la frontera francesa en 1660
Línea aproximada de la frontera francesa en 1688
Saboya
R. Ródano
Ciudadelas extranjeras bajo ocupación francesa antes de 1688


IV. El avance y la retirada otomanos: 1682-1688
0
100
200
300 millas
Límites otomanos, 1664-1683
Avance del ejército otomano, 1682-1683
Conquistas de los Habsburgo, 1684-1688
Lezno
Breslau
SILESIA
Praga
Cracovia
BOHEMIA
Passau
Trnava
Kassa
Kamieniec-Podolski
R. Dniéster
Linz
Viena
Esztergom
R. Tisza
Sopron
Buda
Jasi
AUSTRIA
HUNGRÍA
R. Drave
TRANSILVANIA
MOLDAVIA
Berg Harsan
Venecia
Belgrado
VALAQUIA
Bolonia
Bucarest
R. Danubio
BOSNIA
Sarajevo
ESTADOS PONTIFICIOS
SERBIA
BULGARIA
Ipek
Dubrovnik
Sofía
Adrianópolis
Estambul
Roma
Nápoles
Salónica
Athos
GRECIA
Eubea
Esmirna
Mesina
Palermo
Corinto
Atenas
MOREA
Candia
CRETA

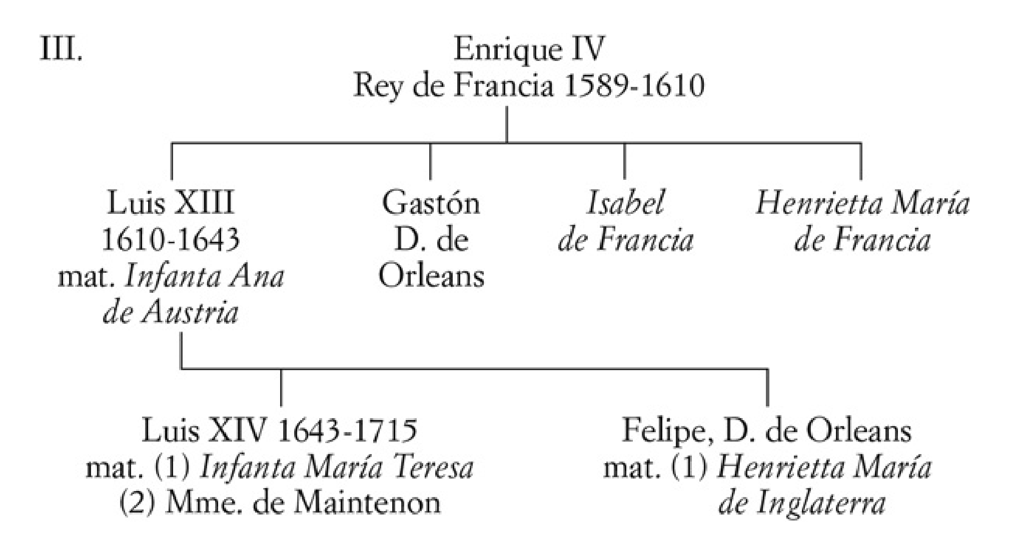
CUADROS DINÁSTICOS

Nota.—A fin de mostrar claramente la red de alianzas familiares, muchos de los nombres de mujeres que aquí figuran aparecen en cursiva. Los nombres en cursiva se incluyen siempre dos veces: para indicar la sucesión, y también el enlace matrimonial con otra familia. (1), (2) y (3) se refieren al primero, al segundo o al tercer matrimonio, y a la descendencia de esos matrimonios.

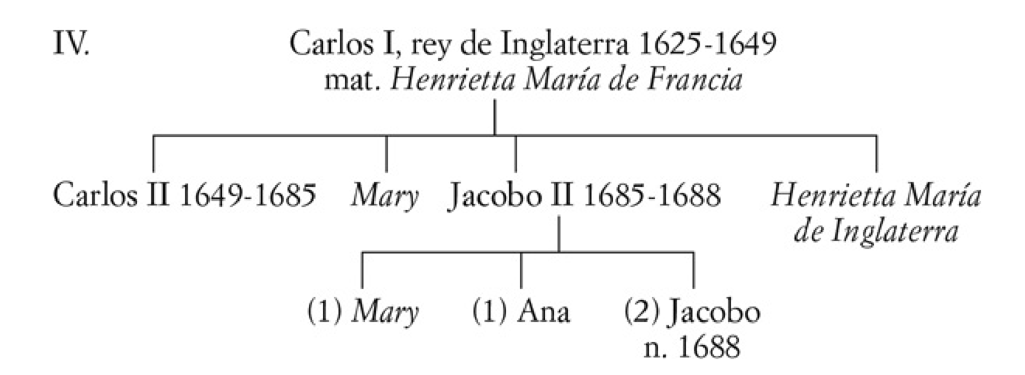


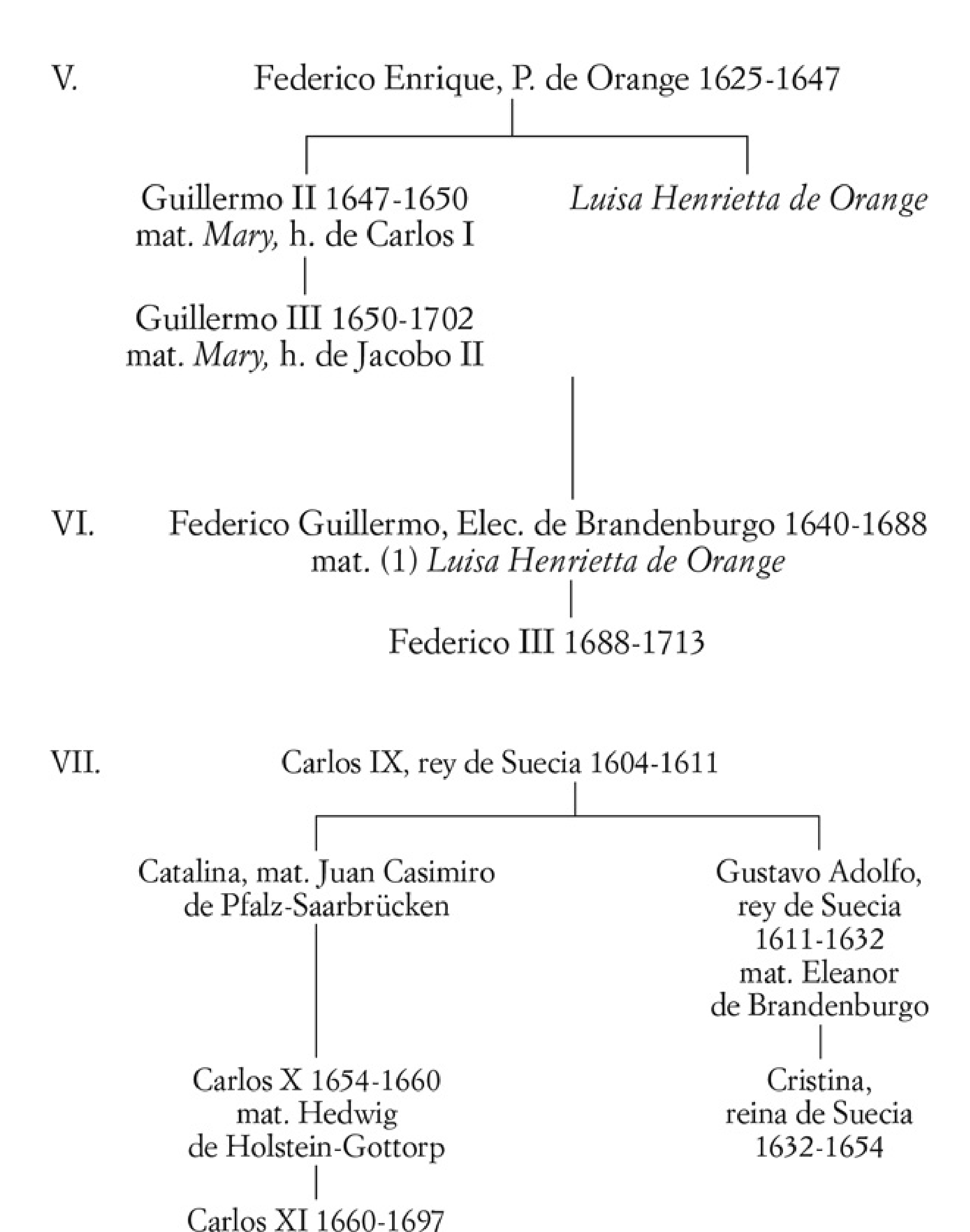


III.


Enrique IV
Rey de Francia 1589-1610
Luis XIII
1610-1643
mat. *Infanta Ana*
de Austria
Gastón
D. de
Orleans
Isabel
de Francia
Henrietta María
de Francia
Luis XIV 1643-1715
mat. (1) *Infanta María Teresa*
(2) Mme. de Maintenon
Felipe, D. de Orleans
mat. (1) *Henrietta María*
de Inglaterra

IV.


Carlos I, rey de Inglaterra 1625-1649
mat. *Henrietta María de Francia*
Carlos II 1649-1685
Mary
Jacobo II 1685-1688
Henrietta María
de Inglaterra
(1) *Mary*
(1) Ana
(2) Jacobo
n. 1688


V.
Federico Enrique, P. de Orange 1625-1647
Guillermo II 1647-1650
mat. *Mary,* h. de Carlos I
Luisa Henrietta de Orange
Guillermo III 1650-1702
mat. *Mary,* h. de Jacobo II
VI.
Federico Guillermo, Elec. de Brandenburgo 1640-1688
mat. (1) *Luisa Henrietta de Orange*
Federico III 1688-1713
VII.
Carlos IX, rey de Suecia 1604-1611
Catalina, mat. Juan Casimiro
de Pfalz-Saarbrücken
Gustavo Adolfo,
rey de Suecia
1611-1632
mat. Eleanor
de Brandenburgo
Carlos X 1654-1660
mat. Hedwig
de Holstein-Gottorp
Cristina,
reina de Suecia
1632-1654
Carlos XI 1660-1697

VIII.


Alexei, Zar 1645-1676
mat. (1) María Miloslavski
(2) Natalia Naryyshkin
(1) Sofía,
regente
1682-1689
(1) Teodoro,
zar
1676-1682
(1) Iván,
zar
1682-1689
(2) Pedro I,
zar
1682-1725

I. UNA NUEVA ESTABILIDAD EN EL CENTRO

DESCRIPCIÓN DEL ESCENARIO

Poco antes de 1648 los barcos holandeses circunnavegaban Australia por primera vez. Los rusos habían alcanzado la costa siberiana del Pacífico. Los franceses surcaban los Grandes Lagos de América del Norte. Un espléndido y nuevo mapa del mundo, que incluía ya los recientes descubrimientos, fue presentado por un editor de Ámsterdam a los diplomáticos en la ciudad alemana de Munster, precisamente cuando estos se hallaban a punto de poner fin a la Guerra de los Treinta Años. Parece, pues, que Europa, en torno a 1648, ejerció, con su iniciativa, una presión muy fuerte para obligar a los historiadores a relacionar seriamente la historia de un continente con la de todos los demás.

Y estos tenían que hacerlo, pero con una gran cautela. El imperio español en América envió menos oro a España y absorbió menos inmigrantes en la segunda mitad del siglo XVII que en la segunda mitad del XVI. La emigración de una parte de Europa a otra cobró una gran importancia. Las Compañías de las Indias Orientales holandesa e inglesa, aunque ricas y desarrolladas, contribuyeron menos a la actividad económica de ambos pueblos que sus comercios europeos. La atención a las colonias de América adquiría, lentamente, una influencia mayor en la política general europea, pero estadistas tan poderosos como Luis XIV y Guillermo III sabían poco de ellas y les prestaban escasa atención. Las más brillantes inteligencias comprobaban que datos recientes sobre una civilización altamente desarrollada, como la china, o sobre las comunidades primitivas, estaban introduciendo profundos cambios en el campo de los estudios religiosos y filosóficos; pero parece que se trataba de figuras aisladas en una sociedad en la que el clero conserva-

dor –católico, protestante y ortodoxo– dominaba todavía a los ilustrados. Los pueblos de Europa, por lo general, tenían unos conceptos de vida parroquiales y sus intereses más importantes se limitaban a Europa, a pesar de los grandes y primeros esfuerzos dedicados a la exploración de un mundo más amplio. Con pensar en él tenían bastante.

Durante el año de 1648 se tuvieron noticias de graves desórdenes en Moscú. En Ucrania estalló la lucha de clases entre los señores polacos y los súbditos ucranianos. Los jenízaros amotinados descuartizaron al sultán en Estambul. Una sublevación en París obligó a la reina regente y al cardenal Mazarino a introducir lo que parecían profundos cambios constitucionales, mientras, unos pocos meses después, Carlos I de Inglaterra era condenado por un tribunal revolucionario y ejecutado. Por otra parte, las tropas y los barcos españoles aplastaban una insurrección en Nápoles. En la monarquía electiva de Polonia, Ladislao IV había muerto, sin hijos, en mayo de 1648, pero la Dieta pareció favorecer el principio hereditario, eligiendo como nuevo rey, en noviembre, a su hermano Juan Casimiro. Todos estos acontecimientos pusieron al descubierto las múltiples tensiones existentes en Europa. Algunas gentes llegaron a creer en un espíritu de insubordinación general, como resultado de una corrupción que se extendía de un lugar a otro. Mas, a pesar de lo que aquellas gentes pensasen acerca de ello y los historiadores puedan decidir en cuanto a los elementos subyacentes de tal inquietud en tan diversos puntos, la noticia más importante de 1648 fue, probablemente, la de tres tratados de paz. Tomados en conjunto, ponían fin a la Guerra de los Ochenta Años entre los holandeses y el rey de España, a la Guerra de los Treinta Años de Alemania y Bohemia, y a la guerra del emperador con los reyes aliados de Suecia y Francia, y los amigos de ambas partes. La lucha franco-española continuaba, pero el Tratado de Westfalia, obra de todo un congreso de diplomáticos

reunido en Munster y en Osnabrück, transformó la estructura general de Europa. Esto concedió a las regiones centrales del continente una nueva estabilidad, que finalmente tuvo más importancia que los peligrosos estremecimientos de otras partes. Por eso, uno de sus resultados fue medio siglo de rivalidad entre los Estados, más que un trastorno social o intelectual. Podríamos decir que, en muchos aspectos, fue un periodo histórico sin cambios.

Así pues, dada su situación central, el Imperio sería el gran amortiguador de choques en el interior de Europa. Sus poblaciones carecían de la fuerza coordinada para presionar hacia el Este ni hacia el Oeste, hasta que, con posterioridad a 1683, encontraron el impulso suficiente para penetrar en la Hungría otomana. Carecían del empuje y, por lo tanto, de la oportunidad de competir con los comerciantes y con los gobiernos occidentales –holandeses, ingleses y franceses– en la lucha por el imperio comercial de ultramar. Y no lograron encender el fervor intelectual que anteriormente había animado la Reforma protestante, no solo en Alemania, sino también en zonas lejanas. Después de 1648, las oportunidades de un cambio radical eran mucho mayores en la Europa del este: fuerzas y credos opuestos, islámicos y ortodoxos, así como protestantes y católicos, forcejearían, progresiva o reaccionariamente, en áreas muy extensas. De modo que, si atendemos en primer lugar al centro estable, parece indicado tener en cuenta después a los pueblos orientales, antes de dirigirnos a ese borde oceánico de Europa que los autores occidentales están acaso demasiado inclinados a considerar como el foco del mundo digno de ser conocido. En lugar de una visión histórica que presta su máxima atención a las tierras bañadas por el Atlántico y por el Mediterráneo occidental –con su extensión a emplazamientos situados al sur y luego al norte de América–, el centro de Europa se encuentra, realmente, en el antiguo Sacro Romano Imperio, con radios que alcanzan hasta el Bál-

tico y los Cárpatos, a Estambul y a Kiev, así como a París, Londres y Madrid.

Puede hacerse también otra elección, entre las fuerzas que tienden a un cambio y las fuerzas que se oponen a él. En el pensamiento o en las costumbres de la minoría inteligente y próspera surgen, sin duda, muchos cambios en el Oeste, entre 1650 y 1700. Imaginemos la escena en sus casas: los hombres se han aficionado a ponerse enormes pelucas sobre sus cabezas mientras permanecen sentados en su «bureau» (de nuevo diseño) para escribir en él. Tienen un reloj en la habitación que les dice la hora mucho más exactamente que los relojes antiguos. Han desechado las viejas arcas que se abrían por arriba, adoptando las cómodas. Tienen más mesas plegables, más sillas de rejilla o tapizadas, más gabinetes laqueados traídos del Lejano Oriente, que sus propios artesanos imitan con creciente habilidad. Toman café, chocolate y té, y consumen cada vez más azúcar y más tabaco. Sentados en sus mesas o en sus escritorios, aquellos empelucados caballeros escribían versos en pareados, con desprecio de otras formas de poesía, y también una prosa mucho más sencilla y pulcra que sus padres. Respecto al contenido de lo que escribían, estaban cada vez menos convencidos de que el mundo antiguo produjese mejores artistas y científicos que los «modernos», y, con toda la consideración al cristianismo revelado, eran más conscientes del elemento matemático dentro del universo físico. De todos modos, seguían constituyendo una débil minoría en comparación con los campesinos, los pastores, los guardamontes, los artesanos y el clero de las aldeas, los ciudadanos de la plebe y los servidores domésticos que tenían que ganarse la vida en aquella enorme extensión situada entre el Atlántico y los Urales. Esta mayoría experimentaba vivamente las consecuencias de la buena o de la mala suerte, pero no concebía ningún cambio en la vida de una generación respecto a la de otra generación situada inmediata-

mente antes o después. No era el suyo un universo de principios teológicos o matemáticos, sino, sencillamente, una existencia dominada por cosechas variables, y por la irregular, pero constante, visita de epidemias. En los años malos, sus métodos de labranza, prácticamente inalterados, y su mezcla de viejas curas y ensalmos eran igualmente inútiles. En cuanto a las potencias humanas, tenían una clarísima conciencia del señor local y del señor más distante, que era rey o príncipe, y que, tanto el uno como el otro, exigían prestaciones de servicios, rentas e impuestos, y –con sus adversarios– acaudillaban las tropas que entraban o providencialmente se desviaban por una zona determinada del país. Reyes y señores, además, nombraban y sustituían a los clérigos, y los clérigos se ocupaban de las bodas y de los entierros y daban a la parroquia una simple información acerca de las Primeras y de las Últimas cosas. En tales condiciones, es posible tener una visión más acertada de la población como conjunto si consideramos los estremecimientos políticos superficiales sobre una amplia extensión, que si atendemos exclusivamente a la minoría que podía estar explorando ideas, artes o invenciones para la generación siguiente. En este periodo es más importante mantener un enfoque relativamente estático del escenario, mientras los años pasan, que buscar los orígenes del cambio futuro.

EL SACRO IMPERIO ROMANO EN 1648

La firma de los Tratados de Westfalia no fue más que una etapa en el proceso de pacificación del imperio. La lucha terminó, inmediatamente, al este del Rin, pero España y Lorena se habían mantenido al margen de la negociación final en Munster, de modo que, al oeste del río, las fuerzas españolas, las francesas y las del duque de Lorena continuaban en acción. Sobre todo, los andrajosos mercenarios del duque hacían incursiones por todas partes, en busca de provisiones. Contribuyeron a reducir a cenizas, para unos

cuantos años, el Franco Condado y partes de la Champagne, a la vez que sembraban la alarma al otro lado del Rin. Ellos fueron los responsables de los primeros esfuerzos llevados a cabo, con posterioridad a 1648, por los inquietos príncipes, con el fin de agruparse para la defensa común; alianzas de este género fueron frecuentes en la política alemana después de 1648, prefigurando la famosa Liga del Rin de 1658, y muchos acuerdos posteriores. La dificultad consistía siempre en fijar las aportaciones económicas y el número de las fuerzas que debían suministrar los Estados miembros. Por ello, las alianzas solían tener como base los antiguos «Círculos» imperiales, grupos de Estados acostumbrados a una asamblea periódica de príncipes o delegados, y al uso de cédulas de impuestos imperiales. Esta arcaica organización desempeñó tareas curiosamente complejas, con políticos conferenciando constantemente en muchas cortes o ciudades modestas, y con sus agendas multiplicándose sin cesar en una densa atmósfera de protocolos. Esto condujo a interminables y fútiles luchas sordas, así como a fricciones graves. Los historiadores alemanes del siglo XIX mascullaban con patriótica indignación cuando se enredaban entre aquellos laberintos. Sus sucesores tienden a analizar con mayor simpatía el intento de una federación activa de estados soberanos.

En los tratados de 1648 se omitió, deliberadamente, un buen número de cuestiones constitucionales, que habían de ser reguladas por la próxima reunión de la Dieta Imperial. Estas omisiones revelan la subyacente solidez de la posición del emperador Fernando III, a pesar de sus derrotas durante la guerra. Francia y los más radicales príncipes alemanes habían exigido una cláusula que privase al emperador de garantizar, en vida, la elección de un sucesor: sabían que, en el pasado, la familia Habsburgo había mantenido muchas veces la Corona imperial porque el propio emperador reinante disponía y supervisaba la elección de un «rey de los

romanos» (que automáticamente le sucedía como emperador en debida regla). Si el emperador moría antes de que fuese establecida su sucesión, los candidatos Habsburgo estarían mucho peor situados para sucederle. Los radicales veían en esto una oportunidad para romper los lazos entre los Habsburgo y el imperio, lo que constituyó una cuestión fundamental en la política europea entre 1500 y 1800. Unieron a esto las «Capitulaciones», una carta constitucional que todo nuevo emperador tenía que firmar. Exigieron la inclusión en los tratados de una carta revisada, destinada a recortar aún más la autoridad imperial. Fernando se salió con la suya: aquellas cuestiones fueron dejadas para la Dieta. Algunos «príncipes» también trataron en Munster de recusar las diversas prerrogativas de los «electores». ¿Por qué habían de elegir ellos solamente al rey de los romanos o al emperador? ¿Por qué había de ser su comisión permanente de delegados, en Ratisbona, la que rigiese los asuntos concernientes a otros gobernantes del Imperio? Al plantear tan delicadas cuestiones, el partido reformista convenció a los electores del interés que ellos compartían con el propio emperador. Aquella alianza era, ciertamente, fundamental, a pesar de algunos pequeños desacuerdos. Esto explica por qué cambió tan poco en 1648 la estructura del imperio, y por qué cambió tan lentamente después. En Westfalia había sido aceptada upa importante novedad: la creación de un nuevo puesto en el Colegio de Electores para Karl Ludwig, el hijo mayor superviviente del elector palatino, que perdió la batalla de White Hill en 1620. Regresó del exilio en Inglaterra, gracias a la presión holandesa y sueca, para gobernar, desde el arruinado castillo de Heidelberg, su patrimonio, que se extendía a lo largo del Rin y del Néckar; pero Maximiliano de Baviera, el victorioso adversario de su padre, conservó el Alto Palatinado (con la unión de Bohemia) y el antiguo título electoral que había pertenecido a los antepasados de Karl Ludwig. La nueva creación y la anti-

güedad de los electores fueron temas intensamente debatidos entonces.

En 1652, Fernando convocó la Dieta. Cuando la declaró abierta, en junio de 1653, en aquella histórica casa del Ayuntamiento de Ratisbona que ya había visto el ir y venir de tantas Dietas, se encontró con una asamblea de la mayor antigüedad. A su lado se sentaban siete electores o sus delegados: los tres gobernadores protestantes de Sajonia, Brandemburgo y el Palatinado, y los cuatro católicos de Baviera, Maguncia, Colonia y Tréveris. Al fondo de la sala, frente a Fernando, estaban los representantes de las ciudades imperiales. Una cláusula de los Tratados de Westfalia les había prometido, vagamente, más poder y el derecho a un voto que debería ser tenido en cuenta antes de que los otros Colegios presentasen una resolución de la Dieta al emperador, pero esto no se vio confirmado. Entre los electores y los humildes delegados de las ciudades se sentaban los príncipes. Estaban presentes unos setenta, y constituían, evidentemente, el elemento más numeroso y más variado de toda la Dieta. Al igual que el Colegio de Electores, el Colegio de Príncipes estaba compuesto por miembros civiles y eclesiásticos. De él formaban parte gobernantes poderosos, como la reina de Suecia y los gobernadores de los ducados del Brunswick, juntamente con los portavoces, totalmente insignificantes, de diversos grupos de condes imperiales. Un nuevo elemento estaba formado por príncipes cuyos títulos habían sido conferidos recientemente por el emperador. Casi todos eran austríacos y algunos de ellos no poseían dignidad territorial alguna en el imperio. La discusión sobre este punto era inevitable, una vez que la Dieta comenzase a deliberar. Un buen número de políticos, en Ratisbona, estaba decidido a no permitir que las mayorías se impusiesen a las minorías, de modo que la estratagema de Fernando de crear nuevos votos mediante aquel sistema parecía altamente discutible.

Los Estados del imperio se encontraban entonces intactos. Por consiguiente, en la sociedad germana se mantenían las viejas separaciones de rangos. De todas las regiones del país acudían a la Dieta los señores con sus damas, y en las fiestas en que se reunían les daban muchas oportunidades para resaltar, una y otra vez, sus posiciones sociales. Los problemas de prioridad en los estamentos privilegiados de la sociedad, como la cuestión religiosa, eran pasiones dominantes en la época. La prioridad era la medida del valor y de la reputación.

Las maniobras políticas no tardaron en poner de manifiesto la fuerza de los conservadores. La apertura de la Dieta había sido aplazada, en parte porque Fernando invitó a los electores a que se reuniesen con él previamente en Praga, con el fin de encomendarles que eligiesen a su hijo mayor, llamado también Fernando, como rey de los romanos. Francia, mucho más débil que en 1648, no tenía fuerza para intervenir; los cuatro electores católicos eran amigos. Sajonia, como siempre, seguía siendo leal a los Habsburgo. El elector palatino se conformó con una halagüeña bienvenida, después de los duros años de exilio. Sobre todo, Fernando se atrajo a Federico Guillermo de Brandemburgo, al apoyarle contra Suecia. Se negó a reconocer formalmente el reciente derecho de la reina de Suecia a sus nuevas posesiones dentro del Imperio, ni a admitir a sus delegados en la próxima Dieta, hasta que el gobierno sueco accediese a retirarse de las zonas de la Pomerania reivindicadas por Brandemburgo. Los ministros de Cristina acabaron cediendo, y los electores prometieron votar a Fernando IV como rey de los romanos. La elección tuvo lugar en Augsburgo; la coronación, en Ratisbona, y solo después los funcionarios de los Habsburgo autorizaron la iniciación de la Dieta. Los reformadores, que habían tratado de aplazar la elección del próximo emperador hasta después de la muerte de Fernando

III y de reelaborar las capitulaciones antes de elegirle, estaban derrotados.

El desarrollo de la Dieta favoreció también a los que no deseaban cambio alguno. Los tratados westfalianos habían estipulado que se introdujesen reformas legales y judiciales. La Dieta formuló propuestas destinadas a mejorar la actuación judicial de los tribunales imperiales, pero aquellas propuestas nunca se hicieron realidad. La justificable esperanza de las ciudades imperiales de disponer de un voto efectivo en los procedimientos de la Dieta se desvaneció muy pronto. Los príncipes que pretendían atacar los privilegios y la preeminencia de los electores fueron derrotados también, tras arduos debates. En la cuestión de los impuestos, en cambio, fue el gobierno de los Habsburgo el que se vio derrotado por el peso de la oposición. Esta se negó a aceptar que los votos de una mayoría favorable a la exacción de impuestos imperiales pudieran maniatar a una minoría que se oponía a ella.

Los tratados de 1648 habían decidido que una mayoría en la Dieta –o en el Colegio de Electores– no podría imponerse a una minoría en cuestiones de religión. Afirmaban, sencillamente, los soberanos derechos de todos los gobernantes germanos. Y la Dieta de 1653 suprimía ahora hasta la menor oportunidad de crear un eficaz sistema de impuestos para el Imperio como conjunto. La Constitución, por lo tanto, impedía el adecuado ejercicio de una autoridad soberana, tanto por parte del emperador como de la propia Dieta. Por otra parte, los gobernantes, grandes y pequeños, habían conquistado, al fin, su libertad. Sentían veneración por el Sacro Imperio Romano germano, porque hizo improbable una autocracia imperial, y la autocracia era la pesadilla que tanto les había preocupado desde las victorias del emperador Fernando II, en la década de 1620 y en la de 1630. Y, a partir de 1648, influyó en sus juicios políticos durante

treinta años. Pero los teóricos políticos que declaraban absurda la constitución del Imperio, y los muchos panfletarios que lamentaban la impotencia militar germana, perdían el tiempo. Era cierto que los peligros de una intervención extranjera aumentaban, porque el Imperio carecía de un gobierno central, a no ser sobre el papel, pero la libertad bien valía aquel precio. Esto constituye un difícil problema histórico. La destrucción de las libertades dentro de los estados germanos a medida que los príncipes sometían las asambleas locales de las clases privilegiadas era, en realidad, una victoria para la tendencia general hacia el absolutismo que frecuentemente ha sido considerado como el tema *par excellence* del siglo. Pero, en algunos aspectos, este movimiento era muy restringido. Estaba contrarrestado por la lucha por las libertades provinciales, o principescas, o municipales, en el marco de las constituciones federales, en una inmensa zona de la Europa central, que incluía el Imperio, los Cantones Suizos, las Provincias Unidas y Polonia.

El afortunado golpe de Fernando III, que tuvo como resultado la coronación de su hijo Fernando, no tardó en ser anulado. Fernando IV murió en diciembre de 1654. En esa fecha el gobierno de los Habsburgo no se atrevió a proponer la elección del hijo más joven del emperador, Leopoldo. Las circunstancias eran ahora mucho menos favorables.

FANÁTICOS Y ESTADISTAS

El convenio de 1555 había roto con el pasado medieval del Imperio, al conferir a los Estados luteranos una autoridad legal de la que anteriormente solo gozaban los gobernantes católicos; pero, por la llamada «reserva eclesiástica», esto no les permitía continuar anexionándose tierras de la Iglesia. Según los protestantes, los gobernantes católicos tampoco podían hostilizar, dentro de sus dominios, a Estados que se hubieran convertido ya al luteranismo; esta era una interpretación protestante de la llamada «declaración

fernandina», una garantía dada por el emperador Fernando I. Otros credos, el calvinista o el de cualquier secta, no contaban con reconocimiento legal de ninguna clase. Pero, en el curso de un siglo, dos grandes familias electorales, la de Brandemburgo y la del Palatinado, y algunos otros príncipes abrazaron la doctrina calvinista. Las limitaciones impuestas a los gobernantes en 1555 para actuar según sus deseos, secularizando tierras de la Iglesia o disciplinando a Estados que no se atenían a su propia práctica religiosa, habían saltado, hechas añicos. Entre 1620 y 1640, católicos y protestantes se entregaban, en uno u otro momento, a fascinantes proyectos de futuras ganancias, ganancias que entonces se hallaban lejos de su alcance a causa de los infortunios de la guerra. Con posterioridad a 1640, solo el pequeño, pero activo grupo de fanáticos de ambos bandos no llegó a comprender que era necesario un nuevo compromiso para preservar la paz. La posibilidad de llegar a un acuerdo surgió cuando los gobiernos francés y sueco, tras lograr en Munster y en Osnabrück vitales concesiones de territorio en el Imperio, se negaron a escuchar a los fanáticos; el nuncio pontificio en Munster (que luego sería el papa Alejandro VII) se sintió ofendido por la actitud del cardenal Mazarino, y los protestantes desterrados de Bohemia no fueron menos ásperos con los duros suecos. Pero lo más importante era que la corte de Viena había elegido por entonces una línea de política realista, que rechazaba las exigencias católicas más militantes respecto a Alemania.

En 1648, los ministros de los Habsburgo insistieron en que la autoridad de Fernando III sobre los países hereditarios de los Habsburgo se mantuviese intacta, y los protestantes accedieron. Ningún tipo de concesiones protectoras de los protestantes en Alemania limitaba el derecho de Fernando III a imponer la uniformidad católica en Bohemia, en Moravia y en los ducados austríacos. Por otra parte, sacrificó los intereses católicos al dar «satisfacción» en la Ale-

mania septentrional a los Estados protestantes –Suecia, Brandemburgo, Mecklemburgo y los duques de Brunswick–. Con este fin, accedió a la secularización de muchos obispados y de otras fundaciones, renunciando para siempre al principio de «reserva eclesiástica». Estas mutuas concesiones tuvieron como resultado práctico la salvaguardia de una esfera de predominio de los Habsburgo y de los católicos en la Europa central, pero dieron al protestantismo una seguridad absoluta en una amplia franja de territorios que se extendían, tierra adentro, desde las costas del Báltico y del mar del Norte. La primera estaba apoyada, en cualquier caso, por la católica Baviera, y la otra por Sajonia, que seguía siendo el bastión del luteranismo ortodoxo. Después de tremendas y arduas negociaciones –influidas, naturalmente, por las batallas y los asedios todavía en curso–, las partes alcanzaron un acuerdo más amplio. Esto era de capital importancia. Declararon que las condiciones existentes el 1 de enero de 1624 serían el criterio para resolver judicialmente todas las disputas locales entre ambas confesiones por cuestiones de propiedad, por el uso de edificios eclesiásticos, por el grado de tolerancia extendido a las minorías, etc. En lugares donde los disidentes no podían alegar que gozasen de derechos legales en 1624, el gobernante seguía estando autorizado a hacer observar la conformidad pública; pero el tratado le obligaba a ofrecer una tolerancia limitada, o a dar a los disidentes –si prefería expulsarles– un plazo razonable para disponer de sus tierras y de sus bienes.

El efecto de esta elección de 1624 como pauta fue muy señalado en diversas zonas. Por ejemplo, el luteranismo revivió en Wurttemberg, bajo la restaurada autoridad del duque Eberhart III. La secularización, en aquel momento, de las tierras de la Iglesia, perdidas por los católicos durante la Reforma, pero recuperadas después de 1627, y perdidas definitivamente en 1648, fue un hito en la historia de la Ale-

mania meridional. La elección de 1624, y no de 1618 o 1630, demuestra también que este nuevo acuerdo religioso era un compromiso, acordado *velis nolis* por los protagonistas, después de una laboriosa estimación de la fuerza de unos y de otros, así como de la disposición a arriesgar una ruptura total en el regateo de la paz. Los estadistas habían acabado venciendo a los idealistas clericales, y sus cálculos preveían una situación suficientemente sólida para resistir las peligrosísimas amenazas que se le opusieran con posterioridad a 1648. La Iglesia católica logró después algunos *coups* sorprendentes, al atraerse a gobernantes individuales como el duque Juan Federico de Hannover, e incluso al elector Augusto I de Sajonia; pero los tratados westfalianos les privaban de todo derecho a imponer un nuevo credo a sus súbditos. De igual modo, los luteranos habían tratado de conseguir que los negociadores abandonasen la demanda de los gobernantes calvinistas en el sentido de que su confesión se situase sobre un pie de igualdad con el catolicismo y el luteranismo. Es verdad que fracasaron, pero, en las décadas siguientes, se dieron muchos casos de fieles calvinistas perseguidos por el clero luterano. Sin embargo, esta fricción nunca dio origen a una disputa importante. Había tantas ciudades (sobre todo, las ciudades imperiales) y comarcas donde las denominaciones opuestas coexistían, tantos ejemplos de estados que diferían confesionalmente de sus gobernantes, a la vez que, por lo general; era tan pequeña la distancia que un hombre tenía que recorrer para llegar a una comunidad que profesase la fe de su elección, que las condiciones en el interior del Imperio eran, por lo menos en este sentido, más civilizadas de lo que lo habían sido durante la guerra.

Fue, naturalmente, una solución autoritaria, a la vez que un compromiso. Después de 1648 se promulgó o repromulgó un buen número de «ordenanzas eclesiásticas» por toda Alemania. Estas ordenanzas demuestran que, en los Esta-

dos luteranos, calvinistas y católicos, funcionarios, legos adictos a cada credo ayudaban al clero en la imposición de la asistencia a los servicios religiosos y a la puntual toma de la comunión. El Estado y la Iglesia, en estrecha alianza, luchaban en todas partes contra la apostasía de los que pertenecían a la Iglesia estatal; los clérigos predicaban obediencia al gobierno, y estaban, a su vez, protegidos contra la crítica popular. En cambio, disputaban entre sí con acritud y obstinación.

La protesta del papa Inocencio X contra los Tratados de Westfalia en su carta abierta, *De Zelo,* redactada a finales de 1648, pero publicada en 1651, revelaba indignación y pesar. Sin embargo, la estructura de la Iglesia católica seguía encajando perfectamente en una sociedad alemana conservadoramente ordenada después de la guerra. Seguían otorgándose sedes episcopales, con demasiada frecuencia, a príncipes de los Habsburgo y de los Wittelsbach, así como a las más nobles familias de la Renania. Un gran número de capítulos catedralicios, ricamente dotados, permanecían intactos, y en ellos se asignaban siempre muchos sitiales a hombres de ilustre nacimiento, que tenían que demostrar la limpieza de su progenie; y los capítulos elegían a los obispos. Los nobles protestantes del Norte tenían un interés semejante por las pocas y antiguas fundaciones donde el Estado dejó una dotación intacta, pero estaban mucho peor situados que sus contemporáneos católicos, cuyas familias sangraban las rentas de las catedrales, de los monasterios y de los conventos en Colonia, Lieja, Estrasburgo, Maguncia, Wurzburgo, Bamberg, Eichstätt y en otras partes. A un nivel infinitamente más bajo, un gran número de pobres vicarios de coro y servidores del altar trabajaba en aquellas iglesias católicas presididas por los capítulos de nobles; correspondían a los plebeyos y procedían de las familias plebeyas, en el extremo del mundo. Un cuerpo de sacerdotes enérgicos e ilustrados se mantenía firme entre aquellos grupos, y

algunos de ellos ingresaban en los capítulos. La sociedad luterana estaba constituida de un modo muy diferente. Si nuestros atlas históricos muestran una gran cantidad de líneas que vanamente intentan señalar las fronteras de los principados germanos en el siglo XVII, una frontera cultural más importante separaba de los luteranos y de los calvinistas a los católicos del Imperio. En la sociedad protestante, los clérigos eran, generalmente, hijos de clérigos, reforzados con hijos de burgueses, mientras los nobles desempeñaban un papel mucho menor en los asuntos eclesiásticos. Eran, sobre todo, los hijos menores de las familias de los ciudadanos luteranos respetables los que elegían, por lo general entre el servicio del Estado y el clero; el prestigio de los clérigos solía gozar de alta consideración. En conjunto, las iglesias protestantes de la Europa septentrional, del sudoeste de Alemania y de la Suiza protestante, los clanes o dinastías de clérigos y la estrecha alianza de los pastores con los ciudadanos eran los rasgos distintivos de la sociedad contemporánea, mientras que, en las regiones católicas, los nobles tendían a dominar la jerarquía.

Los predicadores luteranos y los profesores de universidad seguían manteniendo una posición preponderante en las controversias intelectuales de Europa. Profundamente convencidos de que eran los depositarios de la verdadera fe, por lo que daban gracias a su fundador Martín Lutero, temían traicionar la confianza divina si vacilaban en el cumplimiento de su deber de oponerse tanto al error romano como al calvinista. Por una parte, pueden impresionarnos como conservadores empedernidos, intolerantes ante cualquier cambio. No propiciaron nuevos conversos en Europa, no se preocuparon de la campaña misionera en ultramar (hasta finales del siglo), y, evidentemente, hicieron pocas concesiones a las características de la empresa comercial, aunque la Hamburgo luterana fue uno de los más vigorosos centros comerciales de todo el continente. Por otra, conti-

nuaban resistiendo, incansablemente, a los nuevos errores, mediante la escritura, la predicación y la enseñanza. Sus investigaciones sobre la historia de la Reforma eran verdaderamente sólidas. Su producción de poesía religiosa y el desarrollo de los servicios eclesiásticos luteranos gracias a los nuevos progresos en la construcción de órganos y en la interpretación musical mediante estos instrumentos enriquecieron incomparablemente a la humanidad civilizada. De sus comunidades surgirían Pufendorf y Leibniz, y luego Bach y Haendel. Además, sus propias controversias revelaban un indudable vigor. En un extremo, George Calixtus, de la Universidad de Helmstadt, había defendido el «sincretismo» hasta su muerte, ocurrida en 1656. Distinguía entre lo circunstancial y lo fundamental en religión, y sus seguidores continuaban sosteniendo que los diferentes credos cristianos tenían una base común. Apoyaron el movimiento en favor de la unión de las Iglesias, que un impresionante puñado de hombres, como John Durie el Escocés, Rojas y Spinola, el católico de ascendencia española nacido en Güeldres, así como Leibniz, consideraban la única solución posible de la desgarradora discordia confesional de Europa. Pero, en las Universidades de Wittenberg y de Jena, los fanáticos se opusieron obstinadamente a aquellas rendiciones ante el error, apoyándose en los viejos formularios luteranos. En la Rostock University, un notable predicador, Theodore Grossgebauer, publicó, en la década de 1650, algunos sermones y folletos fascinantes, que reflejaban el interés que por los problemas sociales sentían los sectarios ingleses de su tiempo. Su aproximación a los principios radicales constituyó una ofensa para los ortodoxos. Aunque no había grandes impulsos agitadores en el mundo del luteranismo –con anterioridad al nuevo movimiento religioso del pietismo, surgido en torno a 1680–, estaba muy vivo todavía.

LA ECONOMÍA DE EUROPA CENTRAL

Ni en 1648 ni en 1653 se preocuparon de problemas económicos los políticos reunidos en asamblea. Las antiguas leyes imperiales sobre circulación de dinero, sobre los gremios y sobre los peajes permanecían invariables. Se aceptaban tranquilamente todos los inconvenientes económicos de la fragmentación política. No es fácil comprender plenamente la importancia que esta dañina situación tenía en las condiciones del siglo XVII. Las Provincias Unidas estaban florecientes, a pesar de las barreras fiscales de todas clases, tanto municipales como provinciales. La monarquía francesa, no obstante toda su autoridad, nunca pudo desembarazarse de aquellos obstáculos internos al movimiento de mercancías; Colbert mantuvo y utilizó los gremios, sin liberarlos de sus defectos. Ciertamente, en 1653 nadie tenía el conocimiento o la visión necesarios para sostener que la futura prosperidad del Imperio, así como su futura paz, dependían de medidas adoptadas en común. Algunos pensadores alemanes de la generación siguiente comenzaron a tener en cuenta esta idea, pero lo que un autor moderno llama «el mercantilismo imperial» nunca echó raíces propias. Un comercio más libre dentro de unas zonas más amplias podía haber sido un paso positivo, pero los verdaderos problemas de la época eran otros. Ninguna afortunada casualidad, como el descubrimiento de nuevas minas en la Europa central, dos siglos antes, trajo riquezas fáciles ni capital de reserva a las ciudades germanas del Sur. Había pocas posibilidades de compartir con los Estados del Oeste algo más que una pequeña proporción de los beneficios del comercio de ultramar. Las zonas de tierra adentro, frecuentemente dañadas y despobladas, tenían que crear, sin ayuda, nuevas riquezas. La reconstrucción era lenta, fragmentaria, y dependía de distintas condiciones locales, del esfuerzo individual y de ideas antiguas; ninguna burocracia de gran escala tenía el poder suficiente para acelerar o para perturbar el proceso experimentando nuevos remedios.

Durante los años de guerra, la Alemania del Noroeste se había librado de graves pérdidas, gracias a que los prósperos holandeses ofrecían un mercado para los excedentes de mercancías y de mano de obra. El trabajo estacional en las Provincias Unidas permitía a muchos alemanes volver al hogar, junto a sus familias, con dinero ahorrado. Hamburgo, Bremen en menor medida, e incluso Emden, seguían abasteciendo al interior del país con artículos de ultramar. En Colonia y en Fráncfort, la experiencia también demostró que los ejércitos en guerra preferían que los negocios continuasen, para que les proveyesen de cereales, de ganado, de caballos y de armamentos. Los traficantes, desde luego, estaban agobiados por un sistema de licencias, impuesto en los puntos estratégicos de las rutas comerciales, pero la economía de la Baja Renania era claramente boyante. Por desgracia, cuando la lucha terminó, la situación general de las ciudades imperiales no mejoró, y es posible que decayese notablemente. Los príncipes territoriales, deseosos de ganancias, estaban menos dispuestos que antes a acceder a las demandas de los ciudadanos de que el comercio fuese «libre». Por el contrario, nunca dudaron, en el periodo siguiente, en restringir el movimiento de mercancías, mediante la elevación de las tarifas de peaje. Con posterioridad a 1648, fue la multiplicación de estas cargas lo que realmente comenzó a ahogar los sistemas fluviales del comercio en Alemania. Las ciudades del Rin y del Oder fueron las más perjudicadas, pero los suecos –desde su base en las antiguas tierras arzobispales de Bremen– y el duque de Oldenburgo se pusieron de acuerdo para estrangular el comercio de la propia Bremen, desde sus puntos ventajosos en el bajo Weser. Hamburgo se enfrentó con el celoso interés de Brunswick en la corriente arriba del Elba, y con el rey de Dinamarca, corriente abajo; pero las magníficas fortificaciones de la ciudad, la numerosísima población (en crecimiento constante durante la guerra y los veinte años siguientes) y la

notablemente vigorosa dirección de los asuntos comerciales colaboraron a salvaguardarla contra aquellos poderosos enemigos de entonces. Asimismo, existe un sorprendente contraste entre la ascendencia de las ciudades holandesas sobre las provincias holandesas, y esta imposibilidad de las ciudades alemanas más importantes para conseguir algo más que mantenerse, simplemente, dentro del Imperio.

El principal efecto de la guerra se hizo sentir más lejos, hacia el Sur y el Este. La población descendió en un 50 por 100 en el Palatinado renano y en las zonas de tierra baja de Wurttenberg, en el Brandemburgo occidental, en Mecklemburgo y en Pomerania. Las pérdidas fueron poco menos graves en la Sajonia occidental, en Alsacia y en zonas dispersas de Franconia y de Turingia. La que más sufrió fue una ancha faja de territorio que se extendía y cruzaba el Imperio desde el Sudoeste al Nordeste. Aldeas o casas desiertas, y tierras abandonadas, eran las consecuencias visibles de un periodo durante el cual la mortalidad se había incrementado tan acusadamente, a causa de que la gente del campo huía en busca de la seguridad de las ciudades amuralladas, donde unos terribles excesos de población daban origen a espantosas epidemias. A partir de 1648, y en algunos casos antes, comenzó, lentamente, la reconstrucción. Karl Ludwig, en el Palatinado, inició la reconstrucción de la ciudad de Mannheim, y estimuló insistentemente la inmigración, prometiendo tolerancia religiosa, ofreciendo años libres de impuestos a los colonos y construyendo casas nuevas. En Wurttenberg y en Baden, el problema del endeudamiento general fue abordado mediante la pública autorización del repudio de ciertos tipos de deudas antiguas. Funcionarios de Brandemburgo estaban dispuestos a intentar inspecciones minuciosas con el fin de descubrir dónde era más urgentemente necesario el reasentamiento. Pero el verdadero interés de aquellos años de posguerra estribaba no tanto en las políticas de los Estados como en un espontáneo

movimiento de la población. Los historiadores pueden ahora elaborar una viva descripción de la emigración desde las regiones alpinas más pobres de la Alta Austria, de Estiria y de Suiza, debida tanto a la miseria agraria como a la intolerancia religiosa, hacia zonas poco pobladas del Sur, del Centro y del Oeste de Alemania. Por ejemplo, familias campesinas de las proximidades de Linz se desplazaban, remontando el valle del Danubio, hasta Ratisbona. Desde este centro, muchos de ellos se trasladaban a la devastadísima y muy despoblada zona occidental de Núremberg. Y no solo se detuvieron en el territorio gobernado por príncipes protestantes como el margrave de Ansbach. En aquella región curiosamente fragmentada la ciudad de Núremberg tenía propiedades dentro de los dominios del duque de Pfalz-Neuburg, riguroso católico. Sus funcionarios se quedaban perplejos al encontrar a protestantes austríacos asentados y asentándose en su ducado durante la década de 1650. Aunque con ciertas vacilaciones, acordaron dejarles permanecer. Aquellos austríacos encontraban trabajo también en las tierras de las fundaciones eclesiásticas católicas. La mayoría de los emigrantes suizos se trasladaban a Alsacia y al Palatinado. Los checos y los alemanes de Bohemia seguían cruzando la frontera hacia la vecina Sajonia; en la mayoría de los casos, como el de los protestantes que habitaban en el antiguo principado de Wallenstein, en Friedland, en la Bohemia septentrional, se desplazaban, simplemente, a las montañas, para vivir en una región tranquila, no lejos de sus hogares anteriores. Un gran número de habitantes de Holstein se desplegaba hacia el Sur, aunque muchos de ellos preferían probar suerte en las regiones que rodeaban a Hamburgo, antes que en Mecklemburgo y en Brandemburgo. Unos pocos menonitas de Holanda se aventuraron Rin arriba. A todo esto, hay que añadir un movimiento interior, que es más difícil de reconstruir. Volúmenes de legislación represiva atestiguan que mucha gente, sobre todo jóvenes y

personas libres, cambiaban incesantemente de un señor a otro, y de una región a otra región. Los soldados licenciados buscaban un medio de vida.

Los gobiernos fueron más eficaces en la Baja Sajonia y en Westfalia que en ninguna otra parte. Ordenaron a los funcionarios locales que insistiesen en que las posesiones abandonadas por los campesinos, de las que se habían apoderado los terratenientes privilegiados, y a los que era más difícil arrancar impuestos, fuesen devueltas a los campesinos. Comenzaron ensanchando otras posesiones hasta su extensión original: en aquellos casos, el campesino se había visto obligado, en los malos tiempos, a disponer de parcelas de tierra para pagar deudas o satisfacer impuestos. Querían dar a aquella sección de la comunidad que pagaba los principales impuestos directos al gobernante los recursos suficientes para hacerlo, y una mayor seguridad. La antigua ley agraria de aquella región favorecía al terrateniente; la guerra había hecho menos daño y causado menos pérdidas en la mano de obra que más al Sur o al Este, pero unos buenos gobernantes podían aspirar a conseguir créditos para lo que la jerga de su tiempo (y la del nuestro) llamaba la «reintegración» de un importante campesinado entre los ríos Weser y Elba.

Hacia el Este, las condiciones económicas variaban, pero en casi todas partes era mayor la influencia política de los terratenientes que en la Alemania occidental. Durante la guerra, la mano de obra en Sajonia había sido escasa, de modo que los jornales habían subido. Una sucesión de buenas cosechas, inmediatamente después, hizo descender los precios de los artículos alimenticios, hasta el punto de que los terratenientes resultaban perjudicados. Entonces pusieron todo su interés en persuadir al elector Juan Jorge I y a su gobierno para que promulgasen una legislación que atase sólidamente al campesino y a su familia a las tierras here-

ditarias. Querían que los jornales para los hombres sin tierras se fijasen al nivel más bajo posible. Sus arrendatarios, y en realidad todas las clases más pobres, deseaban permanecer libres, tanto para negociar mejores salarios como para emigrar a las ciudades; y las ciudades recibían con los brazos abiertos aquella mano de obra adicional. La acritud social en el campo y las disputas entre la nobleza y las municipalidades eran muy intensas. En 1651, el elector publicó una importante Ordenanza de Trabajo. Concedía a los señores un derecho de prioridad sobre los servicios de sus campesinos, y los de sus hijos e hijas, y fijaba también unos niveles muy bajos a los jornales. Bajo Juan Jorge II, que sucedió a su padre en 1656 y que luego se describiría a sí mismo como «el Amigo del Noble», un nuevo decreto de 1661 confirmaba la victoria de los terratenientes. Así se imponía a los no privilegiados una sujeción económica que perduraría hasta el siglo XIX. La Universidad de Wittenberg protestó inútilmente contra aquella negación de la libertad natural del hombre. Por otra parte, la población de Sajonia se rehizo de sus pérdidas de la guerra, muchas tierras abandonadas volvieron a ser productivas; parece que Leipzig, como centro comercial, negoció con Núremberg y con Fráncfort del Oder entre 1650 y 1700, a la vez que, por lo menos en algunos de los más pequeños principados sajones, la administración era muy eficiente.

Las legislaciones laborales de los dos Juan Jorge fueron copiadas en la Europa central y en los Países Bálticos. Federico Guillermo de Brandemburgo hablaba el mismo lenguaje en sus ordenanzas generales de 1644, 1645 y 1651. Ante el más leve indicio de que los campesinos estaban tratando de organizarse, para defenderse contra las tropas suecas o contra sus propios señores –como en el distrito de Prignitz en 1645, 1646, 1648, 1650 y 1656–, reaccionaba duramente contra ellos. Ya en 1645, los gobiernos de Mecklemburgo y de Pomerania habían dictado ordenanzas simi-

lares, que fueron copiadas por el gobierno sueco para su mitad de Pomerania, en fecha posterior. Todas aquellas leyes –las más austeras, pero también uno de los más importantes datos relativos a la sociedad que las establecía– son características de una comunidad política en la que el doble control de gobernantes y clases privilegiadas mantiene a las masas rurales en una situación de sometimiento, mientras, esporádicamente, los campesinos, solos o en grupos, burlan y desafían la ley. En todos los casos, prohibían a los trabajadores que se trasladasen a sus domicilios sin el consentimiento de sus señores, y otorgaban a los señores un derecho prioritario sobre el trabajo de los hijos de sus vasallos. Esta segunda restricción era un grave atentado contra el concepto de la libertad personal, y tendía, desde luego, a hacer hereditaria la sujeción. Se aplicaba cada vez más a los «bauern», la amplia clase que anteriormente había ostentado un derecho de propiedad sobre sus fincas, aunque tenían que pagar rentas y prestar servicios a un señor. La situación de los «bauern» era ahora más próxima a la de la clase, más reducida, formada por auténticos vasallos o siervos; y cada vez tenían menos en común con la minoría, todavía más pequeña, de campesinos propietarios verdaderamente libres. Había también muchos casos en los que las deudas de los arrendatarios a sus señores producían, de un modo o de otro, un empeoramiento de la situación.

Aquella ordenada sociedad estuvo mucho más cerca del colapso en el Nordeste que en Sajonia. Un síntoma fue el descenso de la población de más allá del Elba, que llegó, como término medio, a una pérdida del 50 por 100, en comparación con los años anteriores a la guerra. El Altmark de Brandemburgo se encuentra exactamente al oeste del Elba. El descenso, en esta región, aumentó progresivamente desde el Oeste hacia el Este, subiendo del 15 o el 20 por 100 hasta cerca del 60 en la zona más próxima al río. Las cifras más prudentes para muchas otras partes de Brandem-

burgo, Mecklemburgo y Pomerania son igual de malas o todavía peores. Estas pérdidas se reflejaban, naturalmente, en fincas vacías de campesinos, en beneficios más bajos para los señores y en tributos más reducidos para el gobernante. El endeudamiento en todos los niveles de la sociedad era general, aunque determinados funcionarios y oficiales tenían fondos para ahorrar. «El campesino ha muerto con toda su familia; la casa está en ruinas; los campos están yermos» eran las frases eternamente repetidas en los inventarios de la época; y el hecho de que hubiera habido poca lucha en aquella parte del país desde 1640 hace que las cifras de población de los años 1648-1652 sean las más depresivas. La campiña estaba más vacía que en 1600, carente de toda clase de recursos, pero, sobre todo, de mano de obra.

Este factor predominante explica las leyes laborales: los trabajadores eran tan valiosos en su condición de pagadores de rentas y de impuestos, así como de servidores del campo y de la casa, que ellos y sus hijos debían estar ligados a un domicilio lo más sólidamente posible. De ningún modo podía arrojarse a los campesinos de sus tierras a fin de ampliar las granjas de la heredad, procedimiento bastante frecuente tanto en el periodo anterior como en el siguiente. Lo que había que poner en práctica era el sistema no menos brutal de atarlos fuertemente a los señoríos. Un terrateniente, al tratar de reconstruir su propiedad duramente maltratada, comprendía que un campesinado fijo –equipado, en la medida de lo posible, con sus propios jornaleros y yuntas de labranza– seguía siendo un elemento valiosísimo dentro de la economía de la que el terrateniente dependía para la obtención de un beneficio. El terrateniente necesitaba a campesinos, y parece que, a partir de 1648, restituyó las fincas rústicas, siempre que le fue posible. En determinados feudos, tanto al este como al oeste de Mecklemburgo, el número de tales fincas volvió, gradualmente, al de 1600 o 1630. En otros –probablemente, una mayoría– está claro que la

extensión total de tierra arrendada en 1700 era mayor que en 1660, aunque no tanto como en 1630, y que la parte del señor en el total disminuido había aumentado. Cualquier avance tenía que ser lento. Las pequeñas ciudades vecinas necesitaban pequeños excedentes de productos agrícolas. Podía exportarse menos. Las deudas aumentaban, y los suecos, con sus demandas de compensación en 1648-1650, se llevaron una buena cantidad de lo que constituía el capital ahorrado. Una nobleza empobrecida se encontraba con unos labradores empobrecidos. Las tierras vacantes estaban, pues, a menudo débilmente unidas a las granjas, y los pobres o disponían de parcelas más pequeñas que las que habían sido trabajadas, en el pasado, por un campesinado más próspero, o se convertían en trabajadores sin tierra, generalmente empleados por el señor. Fue el empobrecimiento el que produjo un menoscabo en la situación del campesino, más bien que al contrario. Pero la legislación, desde luego, confirmaba aquel menoscabo. Trataba con benevolencia las pretensiones de los señores respecto a la tierra y al trabajo, y con dureza los antiguos derechos inherentes a la posesión por parte de sus campesinos. Construía un andamiaje legal, en el que la escasez de mano de obra no beneficiaba al trabajador.

Todo esto afectó a los príncipes con títulos soberanos, tanto como a los señores privados que gozaban de derechos de jurisdicción. En esencia, unos y otros compartían la autoridad y los territorios, por lo que la mayoría de la población trabajadora estaba compuesta por vasallos de los unos o de los otros. Pero para todos, ricos y pobres, los largos años de guerra habían significado impuestos «extraordinarios» añadidos a las rentas ordinarias, «contribuciones» que, en sus mentes, eran lo que, sobre todo, distinguía a la «guerra» de la «paz». Durante 1648 y después, hubo una creencia general –y una piadosa esperanza– en que los gobernantes, en tiempo de paz, se conformarían con el benefi-

cio de sus tierras hereditarias y con los diversos peajes y tributos que constituían sus prerrogativas. La riqueza privada y superior del príncipe estaba considerada como la base financiera de la administración, que sufragaba los gastos del gobierno. Por lo tanto, el príncipe sufría directamente las funestas condiciones económicas, la falta de mano de obra, las buenas tierras que se quedaban yermas, los bosques destrozados y la ganadería perdida. La crónica disminución de sus ingresos personales era uno de los más importantes y más urgentes problemas de aquel tiempo.

Las dificultades eran, indudablemente, económicas, y también administrativas. Las diversidades regionales hacen que cualquier afirmación demasiado simple resulte arriesgada, pero la más importante unidad local de los mayores patrimonios en la Alemania septentrional era el *Amt,* regido por un «director» y un «inspector de cereales» que presidían un grupo de funcionarios subalternos; percibían un salario y asignaciones en especie. La tierra perteneciente a la jurisdicción del *Amt* se dividía en posesiones ocupadas por los campesinos del gobernador y en granjas trabajadas directamente por jornaleros, pero las granjas también contaban con el trabajo obligatorio por parte de los campesinos. Estos tenían que pagar en especie también, de modo que el ingreso ordinario del *Amt* adoptaba la forma de cosechas y de mercancías y madera procedentes, en parte, de las granjas y, en parte, de las fincas rurales. Los funcionarios deducían los gastos por reparaciones y jornales, enviaban el cereal a las casas del gobernador, aceptaban sus «asignaciones» (instrucciones de pago), que les llegaban periódicamente, y disponían de las mercancías excedentes, cuando podían, en un mercado local. Además, como demuestra el ejemplo de Brandemburgo, ningún organismo central supervisaba los diseminados *Amter;* los funcionarios más antiguos aspiraban a convertirse en miembros de la nobleza local. Una intervención rudimentaria no podría hallar el valor

de una sucesión interminable de pagos en especie, percibidos o abonados por aquellos hombres. No se les ofrecía ningún estímulo para incrementar los beneficios por los que ellos tenían que velar. No había apreciaciones exactas de la extensión, del número de arrendatarios, ni de la cantidad de existencias. Y lo peor de todo era que el elector se había visto obligado a contraer pesadas deudas durante muchos años, y esto implicaba la hipoteca y la enajenación de partes de las posesiones en todos sus territorios, desde el Rin hasta el Vístula. Durante el invierno de 1651-1652, una junta de consejeros propuso una nueva política, estrictamente controlada, consistente en arrendar las tierras del elector por periodos limitados de años. Querían también convertir las transacciones en especie en transacciones en dinero: creían que esto sería la clave de una contabilidad más eficiente. Se llevaron a cabo los experimentos, pero no tardaron en ser abandonados. Apenas abordaron inútilmente el problema del pan-y-mantequilla que acosaba a la sociedad y al gobierno.

Al carecer de rentas suficientes, o al enajenar las posesiones que las producían –a fin de conseguir créditos y liquidar deudas antiguas–, un Estado tenía que recurrir a la imposición de tributos. Al carecer de impuestos suficientes, directos e indirectos, un Estado tenía que ampliar sus posesiones e incrementar los ingresos procedentes de las rentas de uno u otro tipo. Las alternativas estaban planteadas en casi toda Europa; si Inglaterra y Francia, con sus economías más avanzadas, elegían una, Carlos X y Carlos XI de Suecia ponían un interés mucho mayor en la otra[1]. La elección dependía, en parte, del carácter de la constitución. En algunos principados alemanes se mantendrían los impuestos, y luego se aumentarían, a partir de 1648, porque ya no había dificultad alguna para imponer órdenes, tanto a la nobleza territorial como a los no privilegiados. La autoridad heredada del gobernador era indiscutible. En otros, la cuestión se-

guía girando en torno al futuro desarrollo de los acontecimientos en el interior y en el exterior.

AUTOCRACIAS Y ESTADOS

El mayor autócrata de Europa central, con anterioridad a 1618, había sido Maximiliano I de Baviera. No pudo dar a su hijo Fernando María, que reinó desde 1651 hasta 1679, más que una fracción de su propia fuerza de carácter, pero dejó como herencia un patrimonio en el que la nobleza seglar estaba sometida, y las cada vez más ricas fundaciones eclesiásticas dependían del gobernante y le apoyaban. Las universidades de Ingolstadt y de Dillingen proveían a la Administración de competentes juristas, y, aunque la «Junta de Estado» permanente cuestionaba, a veces, las demandas e impuestos por parte del gobierno, no era mucho más que un cuerpo de funcionarios públicos encargados de recaudar determinadas contribuciones y de administrar la mayor parte de la deuda del gobierno. Las ocasionales asambleas plenarias de los Estados eran propicias a la palabrería, pero impotentes. Cuando Maximiliano murió, su viuda gobernó como regente durante algunos años. Sus únicas dificultades verdaderas fueron las que tuvo con su nuera, que protegía a artistas, músicos y aventureros italianos con enorme extravagancia; pero, en aquel periodo, el esplendor de la corte era, por lo general, un aceptable indicio de la supremacía sin trabas del gobernante. Fernando María, a pesar de su abulia, de cuando en cuando anunciaba con suficiente claridad la teoría del gobierno de que Dios le había confiado una responsabilidad total: ni la Dieta imperial ni sus pueblos tenían derechos en Baviera que les autorizasen a limitar las prerrogativas del soberano. Su familia ostentaba también otro de los electorados. Desde 1650 hasta 1688, Max Enrique, primo de Fernando María, reinó como arzobispo elector de Colonia. Retrospectivamente considerado, parece asombroso que un hombre en aquella posición, que pasó

toda su vida poco dispuesto a desempeñar el papel de sacerdote ni el de estadista, que se convirtió en un fanático de la alquimia y del coleccionismo de piedras preciosas, no hubiera despertado resentimientos. Era inamovible.

Tampoco había dificultad alguna en las regiones del Brunswick luterano, alrededor de las tres cortes de Wolfenbüttel, Celle y Hannover. El patrimonio se dividió, repetidas veces, para satisfacer las pretensiones de cuatro hermanos que se trasladaban caprichosamente de un territorio a otro. Pero cada uno defendía sus derechos. Los ciudadanos de Hannover habían sido incapaces de impedir que Christian Ludwig les impusiese tributos, que introdujese tropas, que construyese fortificaciones o que se anexionase propiedades municipales con el fin de ampliar su palacio: todo en perjuicio de ellos. Ernesto Augusto, el mayor de la familia, fue el austero fundador del moderno Hannover; pero él y sus hermanos Jorge Guillermo y Juan Federico (que se hizo católico) estaban tan seguros en el disfrute de sus derechos hereditarios que podían pasar largas temporadas en Italia, país que todos ellos amaban apasionadamente. Augusto, su primo, creador de una maravillosa biblioteca en Wolfenbüttel, había gobernado a sus vasallos como el rígido maestro de escuela que era. Los estados de aquellos ducados eran sumisos y cooperantes. Intervenían afanosamente para impedir que las querellas privadas en el seno de la familia gobernante se desbordasen incontrolablemente. Desempeñaban su papel proveyendo de oficiales a los regimientos de Brunswick. Y aceptaban la administración autocrática, de la que ellos recogían algunas migajas, aunque no todas. Porque aquellos príncipes seguían la costumbre general de emplear tanto a nativos como a «extranjeros», tanto a hombres de nacimiento noble como plebeyo; y los plebeyos, a veces, acababan conquistando un título. En la década de 1650, los gobernantes de Brunswick enviaban en misiones diplomáticas a sus cancilleres, letrados de procedencia burguesa; a un

noble llamado Von Winterstädt, que subió desde el puesto de comandante de una guarnición hasta los más altos cargos políticos; y a Thomas Grote, empleado a lo largo de su carrera por varios príncipes, hijo de un plebeyo de Celle, y cuyo propio hijo, Otto, dedicó su vida al servicio de Hannover y acabó ostentando la dignidad de *Freiherr* del Imperio. Realmente, por toda Alemania, los cazadores de empleos se trasladaban, sin cesar, de un sitio a otro, con total despreocupación de cualquier tipo de lealtades. Los servidores de un gobernante se dejaban sobornar, frecuentemente, por otro. Una diversidad de cortes soberanas puede haber reducido el país a la impotencia política y económica, pero contribuyó a crear puestos suficientes para calmar la apetencia de medios de vida por parte de las clases ilustradas. Esto favoreció la estabilidad social.

Al mismo tiempo, y no lejos de allí, había dos importantes corredores de perturbación casi constante dentro de la estructura política europea, durante los cincuenta años siguientes. Uno era una faja costera que iba de Este a Oeste, todo a lo largo de la ruta que enlazaba a Riga con los Países Bajos, a través de Schleswig-Holstein. El segundo se dirigía hacia el Sur, desde los Países Bajos hasta Suiza. En los puntos vitales, dentro o cerca de esos corredores, entraban en conflicto las ambiciones territoriales de varios príncipes, mientras la autoridad era aún compartida entre el príncipe y los Estados locales. Por eso, todo el futuro del gobierno –su carácter en el interior y sus relaciones exteriores– continuaba siendo una cuestión sin resolver.

Una decisión fundamental adoptada en Westfalia se refería a Pomerania, a lo largo de la costa del Báltico: se autorizaba a Suecia a retener la mejor parte de ella. El emperador y Francia habían acordado que valía la pena pagar aquel precio por la buena disposición sueca a aceptar un reajuste general. Los holandeses se negaban a respaldar la preten-

sión del elector de Brandemburgo, y su reciente matrimonio con una hija de Federico Enrique, príncipe de Orange, no le favoreció. Su interés por los puertos occidentales del Báltico como un trampolín para el comercio de ultramar ha sido exagerado, probablemente, por los historiadores, pero él, con indignado disgusto, insistía reclamando una compensación en otra parte. Se le dio Minden, en el valle del Weser, Halberstadt, y una promesa de que, a la muerte del «administrador» reinante, las tierras del antiguo arzobispo de Magdeburgo pasarían también a su poder. Estas ventajas aumentaron considerablemente la influencia de Federico Guillermo en la Alemania noroccidental. Constituyeron útiles eslabones que unían a Berlín con los ducados renanos de su herencia inicial. Cuando Suecia, al fin, le ofreció una porción de Pomerania, pudo pensar que su oposición a las grandes potencias había sido justificada. Aquel éxito no debía nada a la fuerza de las armas, muy poco a sus consejeros (a los que él dominaba), y casi todo a su obstinación. Por el contrario, en Magdeburgo, el «administrador» era un príncipe sajón, y podía esperarse que el elector de Sajonia no consentiría fácilmente que Brandemburgo volviese a su situación anterior; pero la inercia de la corte de Dresde en política internacional fue un rasgo casi constante de los treinta años siguientes.

Las dificultades de Federico Guillermo eran casi mayores en la Renania. Allí, él y el duque de Pfalz-Neuburg no aceptaban, en absoluto, una solución de las antiguas disputas que hubiera asignado a uno los ducados de Cleve y de Mark, y al otro Berg y Jülich. Cada uno de ellos esperaba todavía desposeer a su rival. El elector, con los holandeses, apoyaba a los protestantes en el territorio del duque. El duque estimulaba a los católicos que aún residían en los ducados del elector, contando con la ayuda de otros Estados católicos. Esto se hallaba enredado con un problema constitucional. El elector, decidido a enfrentarse al duque con la fuerza

de las armas si era necesario, tenía que asegurarse, primero, una autoridad efectiva en Cleve y en Mark. Reunió tropas, estableció guarniciones y exigió a los Estados locales que pagasen el costo, mediante la creación de nuevos impuestos. Cultivó la amistad de Federico Enrique, capitán general del ejército holandés. Los Estados opusieron resistencia a sus demandas de impuestos, y buscaron ayuda en los intereses de Holanda, contrarios al partido de Orange. Su enviado especial a La Haya fue un magnífico propagandista, que aseguró que los Estados de Cleve y las siete Provincias Unidas permanecerían juntos, por la libertad, contra los instintos autocráticos de los príncipes de Hohenzollern y de Orange, ahora amenazadoramente aliados por el matrimonio del elector. Los ciudadanos de Wesel y de Emmerich, en Cleve, tenían intereses comunes con los comerciantes holandeses; a la vez que algunos nobles de Cleve eran terratenientes en las provincias holandesas. No veían con buenos ojos a un autoritario gobernante Hohenzollern, cuyos restantes dominios estaban lejanos. Por lo menos en su opinión, Pomerania no valía los huesos de un solo renano.

La renuncia del elector a los Estados de Cleve en un acuerdo denominado la Tregua de Octubre de 1649 parece bastante completa. En 1650, la muerte del príncipe Guillermo II iniciaba un largo periodo de debilidad de la casa de Orange en los Países Bajos, mientras el régimen de Mazarino se hundía, en Francia, al año siguiente. La Tregua, por lo tanto, pertenece a una fase, en aquella parte de Europa, en la que los adversarios del poder real o principesco se hallaban en posición ventajosa. En 1651, el elector entró en guerra con Pfalz-Neuburg. Fue un pequeño estallido de locura de verano, y el elector hubo de aceptar la mediación del emperador. La cuestión Cleve-Jülich era un fuego latente, pero el incendio no se produjo.

Simultáneamente, en el propio Brandemburgo, un debate distinto alcanzaba un pacífico final. El elector convocó una reunión plenaria de los Estados en Berlín, y el resultado de sus deliberaciones fue un famoso documento constitucional, la Carta de Julio de 1653. Esto ha sido diversamente interpretado: como victoria del elector sobre la nobleza; como una victoria de la nobleza, que así recortaba severamente la exigencia del elector de imponerles tributos; o como un compromiso que otorgaba al elector un poder efectivo como soberano, pero dejaba a los señores el pleno control de la región. En realidad, el deseo de estos de recaudar entre sus vasallos los impuestos directos exigidos por el elector, el de ejercer jurisdicción y exigir el trabajo obligatorio, se veían confirmados en las setenta y dos complicadas cláusulas de la Carta.

Había mucho más de compromiso que de victoria para cualquiera de las dos partes, pues ninguna de ellas pretendía extremar sus exigencias. La airada tensión que perturbaba a París y a Londres en aquel periodo, la interacción de las multitudes con las facciones cortesanas y con los oficiales del ejército no existían en Berlín. Un importante grupo de los propios consejeros de los Hohenzollern pertenecía a las más importantes familias de terratenientes de Brandemburgo; Hempo von Knesebeck, por ejemplo, el más destacado paladín de la nobleza, y Thomas von Knesebeck, el portavoz del elector, eran hermanos. Los agentes no hacían más que regatear, y siempre creían en la probabilidad de un acuerdo, aunque nadie negaba que el de la tributación era un problema fundamental. El elector daba por sentado que los peligros de su posición a partir de 1648 justificaban los costosos armamentos. Pero los Estados consideraban infinitamente más importante la trascendental necesidad de reducir los impuestos y su derecho constitucional a discutirlos. Ellos resultarían tan perjudicados como él si no lograban mejorar las finanzas de su dominio. El elector tuvo que

replegarse, aceptando impuestos más directos, y su necesidad aumentó sus agravios. Asambleas no autorizadas de nobles, en 1650 y 1651, señalaron claramente el peligro, y Federico Guillermo, en consecuencia, accedió a aquella reunión plenaria de los Estados. Comenzó formulando fuertes exigencias, y pidiendo una votación para autorizar los impuestos durante cinco años. Los Estados respondieron con todo un memorial de agravios y una relación de derechos incluidos en cartas anteriores, que ellos deseaban ver confirmados. El elector fue cansando, gradualmente, a sus censores, mediante sucesivos aplazamientos de las sesiones, hasta que un breve debate final, en junio y julio de 1653, condujo al acuerdo.

Se le prometió una suma de dinero, distribuida en siete años, suficiente para mantener una fuerza de 1.800 hombres. Creó una tesorería militar, a la que la administración de los Estados en los distritos del país tenían que enviar las sumas recaudadas entre sus súbditos. Aquello era notablemente menos gravoso que lo que se les había arrancado –a veces mediante «ejecución» o embargo– entre 1648 y 1652. Lo más importante es que la tranquila clausura de la Dieta y la propia Carta demuestran que, aun cuando los Estados habían preservado sus derechos mucho más plenamente que en Baviera o en Brunswick, la diferencia de intereses entre ellos y el gobernante no era necesariamente peligrosa. Esta diferencia se salvó gracias a una participación activa y a los lazos, suficientemente estrechos, existentes entre los Estados y el círculo de consejeros del príncipe. Las dos décadas siguientes verían el final de este dualismo en los países de los Hohenzollern. Durante otro prolongado periodo de guerra en la Europa septentrional, Federico Guillermo alcanzó los recursos militares que constantemente aumentaban su poder, incluso en tiempo de paz. La importancia política de las asambleas de los Estados en Brandemburgo, Cleve y Mark, y su ducado de la Prusia oriental, fueron de-

bilitándose, progresivamente, a partir de 1660. La decisión de él, y no el consentimiento de ellos, fijaba el nivel de los impuestos sobre el consumo (o «sisa») a las ciudades. Este cambio acaso podía haber sido previsto en 1653, pero solo la ulterior interpretación de los historiadores le ha dado un carácter de inevitable. En todo caso, lo más importante es que ni la guerra misma, ni la persistente rivalidad entre los Estados grandes y pequeños, fueron nunca suficientemente destructoras para arrancar los pilares básicos del acuerdo westfaliano sobre Alemania. El ardiente e inquieto Imperio que se enfrentó con el emperador Carlos V en 1519 había quedado muy atrás.

[1] Véanse *infra,* en el cap. VI, «Cuentos de viajeros» y, en el cap. XI, «La soberanía en Suecia»; respecto a un problema semejante en el Piamonte, véase, en el cap. VI, «El Piamonte».

II. LAS CRISIS DE LA EUROPA ORIENTAL

REVOLUCIÓN EN UCRANIA

Mientras la Europa central recuperaba, lentamente, cierta estabilidad, más al Este se multiplicaban los signos de debilitamiento. Polonia llegó al borde de la descomposición, a partir de 1648, y el imperio otomano estaba paralizado por una larga serie de revueltas urbanas y rurales. La temporal decadencia de estos dos gobiernos contribuyó tanto como cualquier otro factor a la guerra que ensombreció a medio continente, y que, a su vez, provocó la decadencia de extensas zonas entre el bajo Danubio y el Báltico, durante un siglo por lo menos. Estas circunstancias dieron a la Moscovia de Pedro I la oportunidad de alcanzar la estatura de una gran potencia europea, y, menos directamente, ayudaron a Viena a construir un extenso imperio danubiano.

A primera vista, la gran confederación de Polonia y Lituania había prosperado durante el reinado de Ladislao IV. Los rusos no lograron reconquistar Smolensko. Los suecos se vieron obligados a hacer concesiones, con el fin de obtener una tregua entre los dos Estados, renovada en 1635. La que parecía la última gran rebelión cosaca en Ucrania fue sofocada en 1638. Oficiales polacos controlaban los restos de la milicia cosaca «registrada», que servían al gobierno polaco como guardias de fronteras, y una fortaleza en Kodak, en el curso inferior del Dniéper, vigilaba a las comunidades de cosacos proscritos que sobrevivían en aquella zona. Otros puntos fortificados se construyeron a ambos lados del río. Por Ucrania se extendieron señoríos polacos, que parecían intensificar su opresión sobre el campesinado sometido. Más al Oeste, existían ya grandes Estados, en Volhynia y en Podolia. Desde aquí se desplazaron grupos de trabajadores para colonizar nuevas tierras. Otra gente se

fue hacia el Este o el Sur para escapar de la dominación, pero una vez allí también solían unirse a la clase trabajadora, o bien en nuevos terrenos o en las propiedades más antiguas de los nobles y la alta burguesía de Ucrania. Recordemos a un hombre como Jerôme Wisnowiecki (1612-51), educado en la fe ortodoxa, un viajero ilustrado que, en su juventud, se trasladó a Italia y a los Países Bajos, que anunció su conversión a la Iglesia de Roma en 1632, que tomó parte en las guerras contra los rusos y los tártaros, pero que, sobre todo, fue creando, poco a poco, sus enormes propiedades. En la orilla izquierda del Dniéper tenía una especie de principado propio, con su ejército privado y con su cancillería. Organizó su economía mediante una estricta obligación de prestación de servicios. Construyó iglesias católicas y les asignó dotaciones. Se casó con la heredera de una familia con bienes de fortuna similares. Luchó y litigó con sus parientes y vecinos. Su capital era Lubni, no lejos de Poltava, pero tenía otras posesiones en Volhynia.

Esta espectacular expansión colonial se desarrolló paralelamente con la prosperidad del valle del Vístula y de sus afluentes. El puerto de Danzig, indudablemente el mayor centro comercial del Báltico, movió mayores exportaciones de grano en los años 1633-1649 que en cualquier otro tiempo hasta el siglo XIX, sobre todo hacia la Europa occidental. Las guerras germanas contribuyeron a hacer más próspera la ciudad; llegaban los refugiados, como a cualquier otra parte de la Polonia occidental, y surgían nuevas construcciones[1]. Los intereses de los señores polacos habían ejercido una fuerte presión a favor de las pacificaciones con Suecia en 1629 y en 1635, y en la Dieta refrenaron las insistentes propuestas del rey en favor de la guerra. El aumento de los excedentes de cereales, su almacenamiento en construcciones como los bellos silos de ladrillo de Kazimierz –junto al Vístula, a mitad de camino entre Cracovia y Varsovia–, o su embarque río abajo, eran cuestiones que corres-

pondían a los habitantes de Danzig, y luego a los holandeses que transportaban el cereal hacia el Oeste: aquel era el principal renglón de la economía polaca. Riga, bajo soberanía sueca, seguía inmediatamente a Danzig, y movía el grano y la madera embarcados por los grandes magnates de Lituania aguas abajo del Dvina y de sus afluentes. Entre aquellos magnates, era notable la rama Birse, calvinista, de la familia Radziwill. Bolusz y Boguslaw Radziwill eran tan firmemente calvinistas como Wisnowiecki, en Ucrania, era católico; y ellos también tenían fortalezas, dominios ampliamente extendidos y un sentido particular de la soberanía.

Desgraciadamente, el gobierno polaco iba debilitándose cada vez más. El rey ya no podía destituir a los altos funcionarios provinciales, una vez que habían sido nombrados. No podía nombrar a ningún empleado público, civil o eclesiástico, que no fuese noble. Las aristocracias terratenientes nunca se vieron bastante contrarrestadas por una alianza entre el rey y la Iglesia, o entre el rey y los miembros de las clases menos privilegiadas. Las Dietas nacionales, convocadas cada dos años, de acuerdo con la constitución, y que se reunían, alternativamente, en Varsovia por Polonia y en Grodno por Lituania, seguían obedeciendo, a veces, a una instancia personal del gobernante; pero los delegados de las numerosas Dietas locales a las asambleas nacionales formulaban, cada vez con más vigor, una extremada afirmación de los derechos provinciales. Sobre todo, formulaban una demanda, en el sentido de que los impuestos volviesen a las provincias que se habían negado, deliberadamente, a conferirles autoridad para aceptar sacrificios financieros en su nombre. Por eso era imposible para la Corona desarrollar un nuevo sistema de impuestos en sustitución de la renta de las tierras o de los tributos que habían caído, casi en todas partes, en manos de los dignatarios de las familias señoriales dominantes. El particularismo de la Prusia polaca, las regiones occidentales (Gran Polonia) con su foco en Poz-

nań, la Pequeña Polonia que miraba a Cracovia, o de Lituania frente a Polonia, tendían a hacer de aquel vasto país una federación de Estados aristocráticos menores. Se acercaba el momento en que los observadores extranjeros en Varsovia y en Danzig señalarían tristemente la magnitud de las amenazas que se cernían sobre Polonia desde el exterior, de Moscovia, de Suecia o del sultán, mientras los políticos del país seguían preocupados por la obligación de cada ciudad de defender sus intereses contra el rey y contra las demás provincias. La mayoría de los polacos consideraba todavía a su rey elegido como esencial para el bienestar de todos, y su constitución como una maravillosa herencia, complicada, pero eficaz, protectora de la libertad y del orden. Por otra parte, la devoción por la libertad se interfería, inevitable y profundamente, incluso en la elaboración de la unidad local. Una concepción de los sagrados derechos de todo ciudadano noble paralizaba, con demasiada frecuencia, las Dietas provinciales, así como las de Varsovia y Grodno. Aquello se había convertido en un poderoso hábito mental que obstaculizaba la acción común.

En Polonia coexistían muchas religiones, y el renacimiento católico había llegado a actuar con cierta blandura. Un gobierno central débil excluía las posibilidades de imponer una uniformidad. Los grandes personajes podían ser tolerantes o intolerantes, dentro de sus Estados, con los católicos, con los luteranos, con los calvinistas, con los unitarios o con los judíos, según sus deseos. Pero el principal problema religioso de la Europa oriental era el futuro de las numerosas poblaciones de Lituania y de Ucrania, que se extendían, al Oeste, hasta Vilna y Lvov. Estas poblaciones tendían a identificar a la Iglesia romana con su señor, un señor que hablaba una lengua distinta a la suya. Le odiaban, y también odiaban a su iglesia y a sus numerosos arrendatarios y posaderos judíos. Además, estos ortodoxos, a través de su propio clero, estaban abiertos a la influencia de un re-

nacimiento religioso que, por aquel entonces, se extendía con fuerza desde diversos centros: desde las hermandades ortodoxas de Kiev, Lvov, Vilna y otros lugares, las escuelas que fundaron, y (a partir de 1647) el nuevo «Collegium» de Kiev. El rey Ladislao y su predecesor habían reconocido el estatus independiente de la jerarquía ortodoxa; los funcionarios cosacos a ambos lados del Dniéper les apoyaban gustosamente. Pero en los lugares en los que la gente ortodoxa practicaba su culto bajo la autoridad de obispos ortodoxos que reconocían la primacía de Roma también podía producirse tensión religiosa. Este clero uniato, aunque a menudo enfrentado con sus hermanos católicos polacos, era despreciado por los verdaderos ortodoxos. En general, había un ambiente de agitación religiosa que combinaba el antagonismo entre el señor y el campesino, y entre los colonos y los que acababan de llegar.

En 1646, ocho años después de que el gobierno polaco pusiera a los regimientos cosacos bajo su control directo, Ladislao retomó uno de sus mayores sueños, la creación de una coalición de fuerzas cristianas contra el sultán. Esto incluía un plan de ataque sobre las guarniciones y asentamientos otomanos que había a lo largo del Mar Negro. La Dieta polaca se opuso al plan y lo rechazó; pero un grupo de oficiales cosacos ya había sido invitado a Varsovia para discutirlo. Regresaron a sus casas decepcionados y furiosos. Uno de ellos, Bogdan Chmielnicki, recogió el campamento y descendió más de 300 kilómetros a lo largo del Dniéper hasta llegar al *sich* (o asentamiento)[2], el principal centro de cosacos independientes de la cuenca del Dniéper. Chmielnicki reunió a un grupo variopinto pero numeroso de seguidores –desarrollando con rapidez su talento como líder político– y, a continuación, se dirigió apresuradamente aún más al Sur para reunirse con el khan tártaro. Tras obtener una cierta garantía de cooperación turca, regresó rápidamente para dirigir a sus cosacos contra las fuerzas pola-

cas enviadas para restaurar el orden. A finales de mayo de 1648, poco después de la muerte de Ladislao, Chmielnicki –elegido como *hetman* (o comandante) por sus colegas– había vencido en varios encuentros.

Un grupo rebelde de oficiales no tardó en descubrir, con gran asombro de algunos de ellos, que estaban llevando a cabo una revolución en gran escala. La inestabilidad a lo largo de la frontera, con grupos de cosacos y de tártaros que abandonaban esporádicamente sus mutuas incursiones para formar efímeras alianzas, las cuales sus jefes polacos y turcos tan pronto estimulaban como prohibían: esto era bastante familiar a todos los interesados. Lo que ahora seguía en Ucrania transformaba los esquemas normales de la indisciplina. El cuartel general de Chmielnicki, al suroeste de Kiev, se convirtió en el cuartel general de un gobierno rebelde.

Los perjuicios causados por los oficiales cosacos (como los originados por el propio Chmielnicki) fueron eclipsados, en 1648, por una insurrección extraordinaria que se extendió rápidamente, de un distrito a otro, a ambas orillas del Dniéper. En junio, un nuevo héroe popular, Krivonos *el Tuerto,* también entraba en acción en Podolia. Wisnowiecki se retiró de Lubni, hacia el Oeste; sus tropas trataron de sembrar el terror a su paso, lo que, a su vez, daba origen a la contraviolencia. Los desposeídos, los vasallos, los ucranianos, los ortodoxos se levantaban contra sus amos polacos católicos. Ardían en deseos de unirse al ejército de Chmielnicki. Todos querían dejar de ser campesinos que pagaban tributos, para convertirse en soldados cosacos que no pagaban nada, e invertir el proceso mediante el cual los polacos habían reducido, poco a poco, el número de las tropas enroladas o autorizadas, mientras la colonización y los asentamientos aumentaban la población de súbditos trabajadores. Chmielnicki, prudente por instinto, sensible al peli-

gro, cada vez más ambicioso a medida que el propio poder le empujaba a ello, trató de poner coto a aquel movimiento popular. Necesitaba el máximo apoyo, pero manteniendo sus fuerzas dentro de los límites de un volumen gobernable, y refrenando la huida de las tierras, que amenazaba con el hambre y con la anarquía. Comprendió también que su futuro dependía de todo el conjunto de la Europa oriental, y, durante el verano de 1648, entró primero en contacto con los gobernantes de los principados cárpatos de Moldavia y Transilvania, y también con Moscú y con Estambul. Por último, tras aquel periodo de preparación, marchó hacia el Oeste, en el mes de agosto. Su notable expedición atravesó Ucrania y Galitzia, ganó una importante batalla, puso sitio a Lvov, arrancó a la ciudad un gran rescate y luego se dirigió hacia el Norte. Ahora estaba a unos 640 kilómetros del curso medio del Dniéper y a solo 240 de Varsovia, donde la Dieta se había reunido con el fin de elegir un nuevo rey para Polonia, pero retrocedió para pasar el invierno en Kiev. Grandes incursiones e inmediatas retiradas, llevadas a cabo por jinetes cosacos (y tártaros) en el rápido curso de una sola estación de campaña, son las características del modo de hacer la guerra en la Europa oriental, en aquel tiempo. Su tradición militar nómada sobrevivió casi intacta a lo largo de casi todo el siglo XVII.

Esta revolución ucraniana de 1648 fue uno de los más grandes acontecimientos de la época, y tuvo importantes consecuencias. Chmielnicki representó, primero, una amenaza para los polacos. Intervinieron los tártaros y los rusos, y después los suecos, y luego los transilvanos; la constitución y la economía de la gran confederación polaca y lituana sufrieron golpes de los que no se recuperaron nunca. El poderío del gobierno de Moscú, y, en menor escala, el del elector de Brandemburgo, aumentaron proporcionalmente. Algunos contemporáneos preveían «una total subversión del Estado» en Polonia. Ni siquiera aquí, en Danzig –escri-

bía un hombre en junio de 1648–, estamos seguros contra un enemigo tan ágil en sus movimientos; no hay plazas fortificadas entre nosotros y ellos; son gentes del campo, enemigas de los nobles; matan, sin compasión, a los nobles, a los sacerdotes y a los judíos; y levantan a otros campesinos y hombres de las ciudades contra sus señores, hasta el punto de que muchos se ven obligados a rebelarse, incluso en contra de sus deseos. Para colmo de males, esto coincidía con el interregno, y otro observador escribía desde Varsovia, en septiembre, que los miembros de la Dieta parecían perder el tiempo en casas de campo, fuera de la ciudad, de modo que él creía que los ciudadanos estarían totalmente indefensos, si las bandas enemigas se proponían atacarles. Pero estos temores ante el futuro inmediato eran exagerados. Había pocas pruebas que demostrasen que el movimiento campesino revolucionario se extendiese hacia el Oeste, con ninguna consecuencia grave, más allá de los límites de Volhynia y de Podolia; tampoco se extendía dentro de Moscovia. En realidad, la constitución polaca resistía bien la crisis, y la Dieta invirtió poco tiempo en elegir a Juan Casimiro (hermano de Ladislao), con preferencia frente a otros candidatos. Este dispuso inmediatamente su boda con la viuda de su predecesor, María Luisa Gonzaga Nevers, que había traído consigo a Varsovia, en 1646, una dote francesa, criados franceses y el estilo de vida cortesana francesa, y que preparaba el camino para la estrecha unión de los polacos con el sistema diplomático de Luis XIV, a finales de siglo, lo que constituía un nuevo rasgo de la política internacional.

El nuevo rey se dirigió a Chmielnicki, el cual declaró a los enviados polacos que acudieron a negociar con él: «Yo soy un hombre pequeño e insignificante, pero, por la voluntad de Dios, me he convertido en el gobernante independiente de Rusia»[3]. Era verdad. Durante un periodo muy breve, había logrado mantener unidos a los más diversos

elementos: las comunidades proscritas de aguas abajo del Dniéper, el intratable círculo de oficiales de su hermano, así como a los campesinos ucranianos, a las ciudades y al clero. Tras una triunfal Navidad en Kiev, donde el clero ortodoxo hizo todo lo posible por exponerle su deber de defender los intereses ortodoxos, se negó a parlamentar con los enviados de Juan Casimiro. Ni Chmielnicki ni sus seguidores deseaban volver a aquella subordinación que los polacos consideraban legítima y esencial. El ejército ucraniano se dirigía, de nuevo, hacia el Oeste, hacia Podolia, y nuevamente derrotaba a las fuerzas polacas. La Tregua de Zborov, acordada a continuación, permitió elevar el número de cosacos «enrolados» a la altísima cifra de 40.000, disolvió la Iglesia uniata y dio una autoridad independiente al *hetman* Chmielnicki en las provincias de Kiev, Braslav y Chernigov. Estos términos, y también los puntos de controversia que en ellos se omiten, son muy reveladores. Era intolerable para los intereses polacos que los cosacos dispusiesen de una fuerza tan considerable de tropas privilegiadas; y para los ucranianos era intolerable que no pudieran gozar todos ellos de los derechos de los cosacos enrolados. Querían liberarse de los señores polacos en una zona muy amplia, pero parecía que el tratado había dejado intacta la autoridad polaca en todas las provincias, menos en tres. Por otra parte, para los obispos católicos, la Iglesia uniata era un instrumento útil, que les permitía controlar a una gran parte del clero ortodoxo y de las poblaciones; lamentaban aquella rendición a los ortodoxos independientes de Kiev como una batalla perdida en la lucha eclesiástica por el poder. Pero una pacificación tan precaria solo duraría hasta que los polacos recuperasen su fuerza. Las duras luchas del verano de 1651 culminaron en una victoria polaca, en parte porque el *hetman* fue abandonado por los tártaros, que se pasaron al bando de Juan Casimiro. En un nuevo acuerdo, adoptado después de haber avanzado los polacos nuevamente hasta el Dniéper, el

ejército cosaco enrolado se redujo a 20.000 hombres, y Chmielnicki abandonó dos provincias. Fue para él una señal de que tenía que encontrar aliados. Para los militantes del mundo ucraniano, fue la señal de que sus jefes querían venderse a los polacos; después de todo, los mandos cosacos eran amos, no hombres. Para algunos polacos y para los políticos de más al Oeste, así como para Moscú, fue la señal de que Juan Casimiro había fortalecido su posición.

Anteriormente, la diplomacia de Chmielnicki había estado dirigida, sobre todo, hacia los Estados menores limítrofes del imperio otomano. Deseaba un matrimonio entre su hijo y una hija del príncipe de Moldavia. Entró en contacto con Jorge II Rákóczi, de Transilvania, que tenía grandes deseos de intervenir en Polonia o en Moldavia. Janus Radziwill, de Lituania, casado con otra hija del gobernante de Moldavia, formaba también parte del cuadro. Todos aquellos hombres buscaban un nuevo alineamiento de fuerzas, con tanteos inciertos y volubles. Pero aún más cierta y mucho más importante era la actitud del gobierno del zar en Moscú.

MOSCOVIA: EL CÓDIGO DE 1649

Hacia 1648, había signos de tensión en Moscovia, aunque en circunstancias escasamente paralelas a las de otras partes de Europa. Sus súbditos aceptaban la idea de que el zar gozaba de una autoridad ilimitada. Podía hacer lo que quisiese con su imperio: la tierra y todos sus habitantes constituían su *votchiny* o propiedad personal. Pero su facultad de hacer y de coordinar las leyes era comprendida solo confusamente. Era un gobernador, más bien que un legislador, de modo que la autocracia era ejercida, en la práctica, por unos cuarenta departamentos en Moscú, cuyas funciones se superponían y entraban en conflicto, de un modo alucinante. Cada departamento tendía a desarrollar sus propios precedentes, que en todo caso no se hacían públicos.

Los antiguos códigos legales de carácter general eran anacrónicos en muchos sentidos. Si en las provincias abundaba la violencia, los pleitos en la capital requerían un lamentable compuesto de trapacería y de corrupción. Una decisión positiva en un departamento podía ser revocada por los trámites de otro. Muy pocos hombres podían estar seguros de su situación en cuestiones de impuestos o de concesiones de tierras, en pleitos sobre fincas de labradores prófugos o en disputas comerciales. La inseguridad de la ley y la falta de coordinación del gobierno agravaban muchas injusticias. La clarificación y la reforma eran dos necesidades urgentes.

Aunque la autoridad del zar se había fortalecido desde que el Tiempo de las Perturbaciones terminó, tras la elección de Miguel Romanof, en 1613, muchos «hombres de clase media», obligados a servirle, continuaban mostrándose ingobernables. En su mayoría, vivían lejos de las concesiones de tierras que les habían sido asignadas para su mantenimiento: las *pomestiya,* posesiones que les obligaban a obedecer instrucciones de la corte. Sobre todo, tenían que desempeñar un papel importante en la defensa del Imperio, luchando contra los polacos, en las fronteras occidentales, y contra los tártaros, que constantemente realizaban incursiones dentro de una inmensa faja de territorio parcialmente asentado, al sur de Moscú. La asamblea de poseedores de *pomestiya* en la capital, antes de que se iniciase una estación de campaña, era un acontecimiento frecuente; iban a resolver asuntos con los departamentos del gobierno (como el departamento de las *pomestiya*), y, además, podían luego discutir juntos sus comunes agravios. Se quejaban de que los impuestos del Estado hubieran aumentado considerablemente en los últimos diez años. Se quejaban de que las concesiones de tierras eran, a menudo, más pequeñas de lo que a su rango correspondía; y las cosechas, que algunos años eran peores que otros, resultaban siempre muy pobres. Por consiguiente, se veían obligados a exprimir dura-

mente a sus campesinos, para extraerles los alimentos y los impuestos necesarios; y como consecuencia, a su vez, de esto, las familias campesinas abandonaban continuamente las provincias centrales que rodeaban a Moscú, para trasladarse a tierras más vacías o mejores, al Este y al Sur. Asimismo –lo que era casi peor–, poderosos intereses, como los de los «hombres fuertes» favorecidos por el zar y los parientes del zar, y los grandes monasterios, satisfacían su necesidad de más abundante mano de obra, induciendo a los campesinos que se encontraban en tierras de otros pueblos a que las abandonasen y se estableciesen en sus respectivas posesiones. A veces, utilizaban la fuerza, pero también podían negociar, utilizando la influencia que tenían en Moscú para sacar ventajas en los convenios, que terminaban en la transferencia autorizada, o «exportación», de campesinos desde las aldeas de los señores más modestos a las suyas. Al propio tiempo, ofrecían a los artesanos atractivas condiciones para que emigrasen a las demarcaciones o a los suburbios, bajo su directo control. Esto privaba a las ciudades tradicionalmente organizadas de una importante minoría de contribuyentes.

Las quejas de los poseedores de *pomestiya* y de los ciudadanos habían sido expresadas en muchas ocasiones, cuando el zar convocaba un *zemsky sobor:* una asamblea de notables, con la inclusión de representantes de las provincias. A pesar de sus rivalidades, tanto los pequeños como los grandes terratenientes querían un derecho más fuerte para someter a su disciplina al campesinado, y el gobierno saldría ganando si les diese satisfacción. Los soldados no podían luchar por el zar si recibían demasiado poco en concepto de rentas y de prestación de servicios. Los impuestos perdían su valor si quienes los pagaban seguían huyendo siempre. Mientras esta cuestión fundamental se discutía de cuando en cuando, los agravios populares pasaban decididamente a primer plano. La convicción que tenía la gente

corriente de Moscú de que la administración había caído en manos de un corrupto círculo de cortesanos y funcionarios desde que el joven zar Alexei había sucedido a su padre, el zar Miguel, en 1645, se hizo cada vez más firme. El matrimonio del zar Alexei con María Miloslavska, en enero de 1648, seguido inmediatamente del matrimonio entre la hermana de María y Morozov, el principal consejero del zar, parecía confirmar las peores sospechas de todos. Iván Miloslavski, hermano de María, era otro «parvenu», de éxito extraordinariamente rápido. Puede que un grupo rival, dentro del Kremlin, incitara a los agitadores de fuera, pero, en cualquier caso, los intentos de reforma de Morozov se encontraron con un creciente rechazo. Su plan de crear un impuesto sobre la sal no tardó en retirarse, pero la subida de otros impuestos, junto con la reducida paga que recibían muchos funcionarios, intensificaron el descontento. Surgieron conflictos a causa de los pastos comunales de los alrededores de la ciudad (de los que ahora se habían apoderado unos pocos individuos ricos), y los comerciantes rusos estaban indignados por la inclinación de Morozov en favor de ciertos privilegiados importadores extranjeros; los comerciantes habían protestado en vano. En junio, las multitudes se lanzaron a la acción, y, de momento, aterrorizaron al propio Alexei. Muchos funcionarios fueron descuartizados, y Morozov tuvo que huir. Entonces estalló la violencia en la ciudad; la multitud se abalanzó sobre tres veteranos funcionarios y les mató salvajemente. Afortunadamente para el zar, las compañías de guardias, las *streltsy,* no se sumaron a la rebelión, y, poco a poco, se restableció el orden en Moscú. Pero el levantamiento popular se extendió, especialmente por el campo y las ciudades que había al norte de la capital, por lo que muchos de los militares y funcionarios amenazados se dirigieron apresuradamente a Moscú. Sus líderes exigieron a la corte lo que consideraban la única respuesta factible a aquella maraña de problemas: querían una

«asamblea de las tierras» convencional, un *zemsky sobor* constituido por representantes de los súbditos del zar. Esta asamblea, junto con los ministros del zar, revisaría las leyes para crear un nuevo Código Legal. Los consejeros de Alexei crearon una «comisión» para satisfacerles. Por lo tanto, en septiembre se reunió un *sobor.* El gobierno, la comisión y el *sobor* se entregaron a un trabajo arduo y apresurado –la prisa fue, realmente, una característica de su labor–, de modo que el documento completo (un rollo de unos 275 metros de largo, que contenía unas 800 cláusulas) estaba dispuesto a comienzos de 1649. Fue un paso crucial hacia la estabilidad en Moscovia tras aquel periodo de agitación.

Aunque aquel Código exponía más claramente la ley y determinaba el procedimiento legal sobre un campo muy extenso, los más notables de sus estatutos se referían a una cuestión fundamental en aquella época, es decir, el incesante movimiento de las familias campesinas. Resumían y condensaban todas las leyes precedentes acerca del tema. Antes de 1649, aún existían límites en cuanto al periodo durante el cual un señor podía entablar acciones legales para recuperar a un prófugo; en el futuro, su derecho no prescribiría nunca. Antes de 1649, solo podía procederse legalmente por deserción contra el cabeza de una familia campesina, un hombre cuyo nombre figuraba en las listas de empadronamiento. Ahora se prohibía abandonar su original lugar de trabajo a toda la familia, incluidos hijos y sobrinos. Antes de 1649, no estaba claro hasta qué punto los edictos del zar violaban la libertad de los hombres más humildes, que no alcanzaban a ocupar una posesión agrícola completa; a partir de ahora, estos se hallaban incluidos también en la prohibición de marcharse sin la autorización correspondiente. Estas normas, a su debido tiempo, soldaron la alianza entre un gobierno autocrático y la clase de sus servidores terratenientes. Dieron origen a la creación de un sistema

fiscal que producía más beneficios al zar, al ligar sólidamente a los súbditos con los señores, y al permitir el control y la imposición de contribuciones a las familias campesinas dentro de cada propiedad; pero, de momento, no había disciplina en los distritos rurales, ni dinero en las arcas del zar. Es posible que estas dificultades ayuden a explicar los pasos lentos y cautos con que Rusia entró en la lucha por Polonia y por Ucrania.

Por lo tanto, la autoridad del zar sobrevivió en esta difícil etapa; y, desde luego, la conmoción fue menor que durante los terribles primeros años del siglo, la verdadera Época de las Turbulencias en Rusia. Resulta significativo el hecho de que, en 1653, la asamblea del *zemsky sobor* se reuniera al completo por última vez. A partir de entonces la corte debió sentir una menor necesidad de tomarle el pulso al país.

INTERVENCIÓN EXTRANJERA EN POLONIA

Los consejeros de Alexei quisieron aprovecharse de la crisis polaca en 1648, pero estaban demasiado preocupados para hacerlo. En 1650, una misión enviada a Varsovia se limitó a formular agravios mientras Moscovia volvía a la tranquilidad. En 1651, el arzobispo de Novgorod acudió a Moscú: aquel hombre asombrosamente ambicioso, Nikon, tenía una gran influencia sobre el zar y acogió favorablemente la idea de una Guerra Santa, tanto contra los suecos protestantes como contra los polacos seguidores de Roma; y Alexei pronto le nombró patriarca de Moscú. Un *zemsky sobor,* que se reunió entonces, no fue de la misma opinión. Aunque discutieron la idea de la guerra, protestaron contra la nueva imposición de tributos. Otra distracción fue un incendio que se produjo en Moscú en 1652, uno de los peores registrados, que llevó a la expulsión de los extranjeros (de los que se decía que vivían en casas exentas de impuestos) de la ciudad, y a su confinamiento en un nuevo asentamiento en el exterior de la misma. Pero cuando los polacos

derrotaron a los cosacos, unos meses después, y las fuerzas polacas reaparecieron en la orilla izquierda del Dniéper, los rusos, lógicamente, se alarmaron. Chmielnicki, que estaba en peligro de ser pulverizado por las dos ruedas de molino que eran el ejército polaco y las incursiones de los tártaros, insinuó muy hábilmente que se vería obligado a pedir ayuda al sultán, reconociendo la soberanía otomana sobre las regiones de Ucrania. A comienzos de 1653, el gobierno de Moscú, tras decidir la intervención en Polonia, decidió también aceptar la oferta alternativa del *hetman* de una alianza con el zar.

El resultado fue un famoso pacto, el «Tratado de Peryslavl» de 1654. Los historiadores ucranianos y los rusos han gastado toneladas de tinta, tratando de determinar su importancia. En aquella modesta ciudad, al este del Dniéper, el *hetman* Chmielnicki y todo el ejército cosaco se veían obligados, a pesar suyo, a aceptar a perpetuidad y sin atenuaciones la autoridad del zar sobre ellos. Era aquel un acto inicial de sumisión, en el que había insistido el enviado de Alexei, y estaba de acuerdo con la normal teoría rusa acerca de las relaciones entre el gobernante y sus súbditos. Solo después, verbalmente, pero no por escrito, el enviado dio seguridades de que el zar respetaría las libertades cosacas. Algunos meses después, en Moscú, la mayor parte de sus promesas fueron expuestas en un documento que el zar aceptó; de modo que toda la transacción semejaba un tratado, pero dependía de la primera sumisión incondicional del *hetman* en Peryslavl. Alexei se contentaba con el derecho general a la soberanía, dejando intactas casi todas las libertades de los cosacos. Ellos podían elegir a su *hetman,* sometido a la confirmación del zar, y el *hetman* era el depositario de la autoridad real. Continuaba mandando el ejército de 60.000 hombres, y podía incluso negociar con las cortes extranjeras, aunque prometía informar a Moscú de lo que ocurriese. Los cosacos conservaban sus derechos especiales

y sus privilegios, así como sus tribunales propios. En cambio, se sacrificaban los intereses de los paisanos en Ucrania. El zar obtenía el derecho de recaudar impuestos en las ciudades y el de disponer de las tierras anteriormente retenidas por la nobleza polaca, aunque nada se decía de la violenta apropiación de tales posesiones por muchos individuos determinados, tanto soldados como campesinos, a partir de la rebelión de 1648. Alcanzó también el control de la Iglesia y de sus tierras, después de comprometerse a respetar la posesión existente de iglesias y monasterios. La cuestión de la jurisdicción del patriarca de Moscú sobre el metropolitano de Kiev no se tocó. Por último, el zar y el *hetman* llegaron a un acuerdo para actuar conjuntamente contra Polonia. Este era un punto de interés inmediato para ambos, y ninguno de los dos podía prever que los detalles de su acuerdo influirían, a largo plazo, en los acontecimientos del sur de Rusia.

El avance de los rusos hacia Smolensko se inició en abril de 1654. Tomaron la ciudad en octubre, y cruzaron desde el alto Dniéper hasta el Dvina, donde su proyecto de descender, aguas abajo, implicaba directamente a otra de las mayores potencias europeas. El gobierno sueco fue arrastrado a la crisis oriental.

Cuando Ucrania se sublevó y Ladislao murió, en 1648, se discutió en Berlín y en Estocolmo la opinión de que el elector Federico Guillermo y la reina Cristina se beneficiarían de las dificultades polacas. Ninguno de ellos hacía nadar y los polacos aguantaban aquel primer estallido de la tormenta. En 1654, casi todo el mundo creía que eran ineludibles cambios radicales. Alexei había afirmado su derecho soberano a una extensa área que los polacos consideraban parte de su propia «res publica», y había prometido su protección a un rebelde –Chmielnicki– contra el rey de Polonia. Por lo tanto, estaba comprometido a la guerra. La victoria

del zar trastornaría totalmente el equilibrio de fuerzas, y aumentaría la presión que él podía ejercer sobre los tártaros, sobre Polonia, sobre las provincias suecas del Báltico, sobre el ducado independiente de Curlandia e incluso sobre la Prusia oriental. Como un ministro de los Hohenzollern advertía a Federico Guillermo, la captura de Riga por los rusos sería un «infierno» para el elector. Peor sería para la Corona sueca y para las familias de magnates suecos que tan beneficiosamente se habían apoderado de Estonia, de Livonia y de Ingria. Además, informes de Moscú expresaban claramente que la mala voluntad de los rusos contra los polacos podría volverse, con toda facilidad, contra Suecia. Si ellos ambicionaban reconquistar Smolensko, Ordyn-Nashchokin, el hábil gobernador de Pskov habría dado prioridad a un avance hacia el Báltico. Si el arzobispo Nikon acariciaba el proyecto de guerra contra los católicos, habría también conflictos serios entre los celosos pastores luteranos de Estonia y algunos de los habitantes ortodoxos; fricción que ha sido denominada una *Kulturkampf* en miniatura. En una escala mayor, todo el plan de un seguro y dócil imperio de Estocolmo en el Báltico oriental estaba amenazado.

En junio de 1654, Cristina abdicó y fue sucedida por Carlos X. El motivo de su famosa invasión de Polonia en 1655 fue la convicción de que los intereses imperiales suecos le exigían intervenir, con el fin de participar en la reestructuración de la Europa oriental, cuando se considerasen inevitables cambios de largo alcance, después de la caída de Smolensko. La teoría de que trataba de resolver su grave problema financiero nacional, desplazando a sus tropas a través del Báltico, no parece correcta. El número de hombres que se quedó en Suecia en aquella fecha era muy pequeño. Sus consejeros se alarmaron ante el costo de la movilización. Incluso su deseo de introducir drásticas reformas fiscales se vio frustrado por su decisión de luchar. Tampoco

el carácter de Carlos explica suficientemente la densa historia militar de su reinado; el comienzo de su carrera revela a un estadista y a un jefe muy moderado, muy contenido. Era menos belicoso que Gustavo Adolfo o que Carlos XII. Pero, al paso de cada mes de la segunda mitad de 1654, se hacía más difícil ignorar las noticias que le llegaban desde muchos puntos del otro lado del Báltico. Su canciller, Eric Oxenstierna, recién llegado del gobierno de Estonia, se apresuró a darle instrucciones y consejos. Otras dos dificultades tenían que ser cuidadosamente consideradas. La primera era Dinamarca, el antiguo enemigo; pero el rey Federico III jugaba sus bazas, en aquel periodo, bastante pacíficamente. La otra era la situación del Imperio, pero la contienda con Brandemburgo a propósito de Pomerania tocaba entonces a su fin, y la influencia de los Habsburgo se debilitaba cuando el rey de los romanos moría en 1654. En realidad, los intereses de Suecia en la Europa central parecían seguros, en un momento en que el peligro amenazaba más hacia el Este.

El elemento más interesante de los preparativos del ataque de Carlos X contra los polacos era el menos importante: el radicalismo protestante. El tratado de 1648, que parecía traicionar la causa protestante en Austria y en Bohemia, horrorizó a los desterrados en Alemania, en Polonia y en Hungría. Su desesperación se armonizaba con las profecías de algunos influyentes visionarios que anunciaban el año 1655 como un tiempo de cataclismo y de salvación. Soñaban con una Segunda Venida, con la monarquía de Cristo, y con un nuevo héroe que surgiría para derrotar a los siervos de Satán. La única familia reinante afectada por aquellas ideas era la de los Rákóczis de Transilvania, donde unos cuantos ministros calvinistas eran verdaderos sectarios, y Segismundo, el hermano más joven del Príncipe II Rákóczi, protegía a un círculo de extremistas de los que el más conocido era Dravik (o «Dravidius»). Las visiones de Dravik

convencieron de su verdad a un hombre auténticamente grande. Amos Comenius, de los Hermanos en Jesucristo Moravos, el maestro progresista, el incansable viajero a Hungría, Suecia, Holanda e Inglaterra, cuya correspondencia iba y venía a través de aquellos países, utilizó su famosa escuela de Lezno, en Polonia –un refugio para los moravos, ofrecido por la familia Leszczynsky–, como una estafeta para los intereses protestantes en la Europa oriental. A finales de 1654, Rákóczi mandó un enviado a Londres y a Estocolmo, el cual, antes de nada, visitó a Comenius. Pronto harían lo mismo los enviados suecos con destino a Transilvania y a Estambul. Dravik estaba seguro, y Comenius con él, de que el extraordinario acontecimiento de la ascensión al trono de Carlos X era la realización de las profecías bíblicas y de las suyas propias. En aquel acontecimiento se revelaba la voluntad de Dios. La espada estaba suspendida, dispuesta a hacer Su obra en el mundo. El héroe vengador estaba a punto. Pero Carlos, por su parte, trataba a aquellos mensajeros del Sur protestante con la máxima prudencia. Los más estrictos luteranos de Suecia, que entonces estaban recuperando su poder tras un breve periodo de tímidas experiencias, miraban con severidad todo lo que se refería a los sectarios. Realmente, la nueva guerra resultó fatal para los protestantes de Polonia.

El rey sueco, a finales de 1654, podía tratar de aliarse con los polacos contra los rusos, o de tomar lo que él quería de Polonia, anticipándose así a los rusos. Fijó como precio para una alianza la renuncia de las aspiraciones polacas a su soberanía sobre Curlandia y la Prusia polaca. Era demasiado pedir a Juan Casimiro, y los suecos rompieron las discusiones en abril de 1655. Una tardanza mayor trastornaría su cuadro de operaciones militares a gran escala para aquel año. Les parecía que, al año siguiente, podría ser demasiado tarde. El deseo defensivo de adelantarse a los rusos (y a

Brandemburgo) quedaba ahora pospuesto por el motivo más simple de alcanzar un ascendiente sobre Polonia.

Carlos proyectó un doble avance: desde Pomerania, a través de Brandemburgo, hacia la Polonia occidental, y desde Riga, hacia el Sur, con una fuerza menor. De esta decisión surgieron sus resonantes triunfos de 1655. Entró en Poznań, luego en Varsovia y después en Cracovia, mientras Juan Casimiro se retiraba. La lucha por consolidarse, ante todo, a lo largo del Vístula inferior fue más dura de lo que Carlos creía, pero le pareció que una breve y violenta presión, río arriba, no sería una complicación demasiado peligrosa. Tras colocar guarniciones en Cracovia y en Sandomierz, volvió luego hacia el Norte. Muchos jefes polacos, después de haber sido derrotados o incluso antes, reconocieron su autoridad. El otro ejército sueco partió de Riga, ya antes de que el rey abandonase Stettin, pasó con gran violencia por el ducado de Curlandia, y ocupó el territorio polaco al que los rusos estaban acercándose en etapas más lentas. Tomó una importante fortaleza sobre el Dvina, que los rusos habían tratado de conquistar, inútilmente. El zar Alexei entró en Vilna, y, a consecuencia de ello, el general polaco en Lituania, Janus Radziwill, aceptó a Carlos como su superior feudal. Los cosacos de Chmielnicki estaban también poniendo pie en los sectores meridionales de aquella extensa región, y los rusos recelaban profundamente de ellos. La guerra de 1655 hizo pensar al jefe cosaco que él, al igual que Radziwill, tenía un interés en común con los suecos. Al mismo tiempo, Carlos batía en retirada a Juan Casimiro, obligándole a buscar refugio en la Silesia de los Habsburgo, y obligaba al elector de Brandemburgo a firmar un tratado en Königsberg (enero de 1656). Este tratado convertía a la Prusia oriental en un feudo de la Corona sueca, y daba a los suecos el libre acceso a los puertos prusianos de Memel y de Pillau, más la mitad de sus beneficios. Juntamente con la garantía de Radziwill respecto a Lituania y

con la nueva consolidación de Carlos en el Vístula, más abajo de Varsovia, el tratado de Königsberg revelaba una nueva y más amplia esfera de influencia sueca dentro de la estructura, y parecía acercar más que nunca la realización del antiguo sueño sueco de un efectivo *dominium maris Baltici* (dominio del mar Báltico).

Desgraciadamente, la misma profundidad de su penetración tierra adentro implicó a Carlos en un compromiso cuyos límites eran muy difíciles de señalar. Una fuerza sueca en Cracovia gravitaba como una pesadilla sobre el emperador Habsburgo, que temía por su soberanía en Hungría y en Silesia, donde los protestantes esperaban tiempos mejores, pues un segundo Gustavo Adolfo se acercaba a la frontera. Por ello, Viena buscaba una alianza con Juan Casimiro, y, de ser posible, con Federico Guillermo. El aumento del poderío sueco incitaba a la intervención a otro gobierno profundamente interesado. Los holandeses no estaban dispuestos, en absoluto, a permitir que Suecia compitiese seriamente por el mayor de todos los botines en el Báltico, dominio comercial de los propios holandeses, y que, en cuanto a una parte sustancial de sus beneficios, dependía de la libertad de acceso a Danzig, en la Prusia polaca. Y por cada jefe polaco que se rendía en 1655 ante la mayor capacidad combativa de las tropas suecas, otro se lanzaba a la lucha en 1656. Carlos se precipitó tierra adentro por segunda vez, pero la poderosa mezcla de odio patriótico y católico frente a un opresivo invasor protestante, avivado por las incitaciones del clero, contribuyó a rechazar a los suecos. Carlos consideró prudente ofrecer a Brandemburgo cuatro provincias polacas, que habían de mantenerse como feudos de la Corona sueca. Una fuerza combinada de suecos y de brandemburgueses libró una famosa batalla en las afueras de Varsovia, en junio de 1656, contra Juan Casimiro, que había vuelto de Silesia, pero la victoria que alcanzaron no rompió el punto muerto general. Una flota holandesa entró

en el Báltico para impedir la caída de Danzig en poder de Suecia, y el propio Juan Casimiro entró en la ciudad. Mientras los polacos descendían nuevamente por el Vístula, los rusos atacaban las regiones suecas del Báltico. Pusieron cerco a Riga (sin éxito), y se introdujeron por Ingria y por Finlandia, hacia el Norte. Hacia el Sur, los suecos, a su vez, pidieron ayuda a Chmielnicki y a Jorge Rákóczi de Transilvania. Enviados suecos recorrieron enormes distancias en el curso del año 1656, yendo y viniendo a través de los Cárpatos, con el fin de convencer a aquellos dos recelosos jefes (y también al khan tártaro de Crimea) para que se uniesen a los suecos en un asalto conjunto a Polonia. Ofrecían un reparto del territorio conquistado entre los vencedores.

A comienzos de 1657, Jorge de Transilvania entró en Polonia. Los cosacos se unieron a él, pero los tártaros no. Por tercera vez, Carlos X, por su parte, se puso en movimiento, remontando el Vístula, para unirse a los transilvanos, cuando recibió noticias que cambiaban toda la situación de Europa. Supo que Dinamarca había lanzado un asalto a gran escala contra Suecia. Dejando a sus aliados completamente en la estacada, se retiró enseguida, a marchas forzadas, hacia Pomerania. Rákóczi llegó hasta Varsovia, pero pronto sobrevino el fracaso de su propia y trágica retirada. Desconcertado, falto de abastecimiento, abandonado por los cosacos y por los suecos, atacado por los polacos y por los tártaros, su fuerza se desintegró. Tuvo que pagar una inmensa indemnización antes de regresar a su país. En el curso de unas pocas semanas, la presión desde el exterior sobre Polonia se había aplacado. No se repetiría en una forma tan amenazadora hasta las invasiones turcas de la década de 1670. A finales de 1657, aún había tropas suecas en el Vístula inferior y en Cracovia, pero los términos del Tratado de Oliva, en 1660, no concedían ni una pulgada de territorio polaco al gobierno de Estocolmo. En 1658, la campaña ruso-polaca volvió a comenzar, pero, en una década de luchas

discontinuas, las tropas del zar se quedaron siempre atrás, muy lejos de la línea que su avance hacia el Oeste había alcanzado en 1655. El Tratado de Andrusovo, en 1667, confirmó todas las pérdidas polacas en Ukrania al este del Dniéper, y también la pérdida de Smolensko y su territorio. Una guarnición moscovita siguió dominando Kiev. Lo que no había sucedido, y ya no era posible que sucediera, era la partición del reino de Juan Casimiro, que tanto se había pronosticado en los años anteriores.

LA SUPERVIVENCIA DE POLONIA

De todos modos, después de 1648, la guerra en Polonia fue profundamente importante. Los signos generales de decadencia eran bastante claros. La densidad de la población decreció. Un fuerte descenso en la natalidad durante las décadas 1650-1660 y 1670-1680 (la segunda coincidiendo con las guerras turcas) no se vio compensado por las recuperaciones posteriores a 1660 e incluso a 1680. Al propio tiempo, las casas de moneda comenzaron a producir una inundación de monedas de cobre y de plata rebajada. Esto dio origen a un desajuste de salarios y precios, en el que la subida de los salarios se quedaba notablemente rezagada en relación con la subida de los precios, de modo que la capacidad del mercado interior de estimular una nueva actividad se redujo a un nivel casi nulo. Después de todo, la pasada prosperidad se había debido, en gran parte, a la exportación del grano excedente, aguas abajo del Vístula. Las condiciones internacionales que habían favorecido aquel comercio tocaban ahora a su fin (véase *infra,* en el cap. V, «El imperio sueco; el sitio de Copenhague»). Y, lo que era casi peor, las campañas de Carlos X estaban basadas en un repetido uso de la manida ruta arriba y abajo del Vístula. Sus adversarios seguían sus huellas. Los acantonamientos y las requisas, así como la destructiva actividad de muchas pequeñas bandas dedicadas a hacer incursiones, causaron un

terrible daño en aquella región central. Después, con la demanda extranjera de grano polaco inferior a lo que había sido anteriormente, y siendo las ciudades polacas demasiado pocas y demasiado pequeñas para constituir un mercado rico para los productos del campo, no existía incentivo auténtico alguno para resarcirse de las pérdidas. Danzig seguía exportando más centeno y más trigo que cualquier otro puerto del Báltico, pero los bajos ingresos de los puestos de peaje sobre el Vístula, no muy abajo de Varsovia, indicaban que la agricultura en Prusia, más cerca de la costa, se recuperaba más completamente de lo que nunca hubiera sido posible en la Polonia central.

A juzgar por el archivo de dos de los más importantes propietarios de todo el país, el arzobispo y el capítulo de Gniezno, cuando la extensión de tierra cultivada descendía, no se producía una reducción consiguiente en la prestación de servicios obligatoria por parte de los no privilegiados. Por el contrario, en los malos tiempos, el señor exigía un trabajo más barato que antes, mientras las posesiones campesinas eran, por lo general, las más castigadas por la guerra y por la depresión. El resultado parece haber sido un aumento en el número de proletarios rurales sin tierra. El endeudamiento crónico era normal. Los hombres pobres se endeudaban porque no podían pagar tributos ni impuestos, porque perdían mercancías y animales, porque las cosechas se frustraban, de modo que tenían que pedir prestado para comprar semillas para la siembra siguiente. En algunos casos, hacían mandas a una iglesia, con la fianza de sus posesiones; si luego no podían pagar lo que habían prometido, el clero les embargaba. En los mejores años de paz, los tremendos privilegios legales y económicos de los nobles, por una parte, y el escaso producto de las cosechas, por otra, agravaban siempre la dureza de la vida. En la guerra, las fuerzas rivales saqueaban los distritos rurales, la mano de obra desaparecía y el bosque avanzaba nuevamente sobre lo

que había sido labranza o tierra de pastos. Los miembros más modestos de las clases privilegiadas se encontraban en apuros también. La habitual división de una herencia entre los herederos solía originar una fatal desintegración de la economía familiar, de modo que existía una notable diferencia entre las aldeas que eran posesión de un solo señor y las aldeas divididas en diminutas posesiones de varios y pequeños propietarios. En otros casos, se pedían préstamos para pagar a los que tenían derechos sobre la herencia, y los altos intereses no tardaban en acumularse con la deuda.

No todos sufrían en aquella sociedad. Los nobles menos prósperos, que no podían sostenerse con sus propias tierras, a veces entraban al servicio de un hombre importante, como los *podstarosta,* que dirigían una hacienda, asistidos por capataces. O se unían a las partidas de nobles servidores que seguían a un magnate en la guerra y le acompañaban en las asambleas nacionales. Quedaban también las familias nobles de posición media, que constituían la columna vertebral de muchas Dietas provinciales. Otras provincias estaban dominadas por familias más poderosas, que formaban grandes patrimonios por medio de herencias, de buenos matrimonios, de la casual eliminación de un número excesivo de herederos, y de la ocupación de puestos que les permitían adueñarse de antiguas tierras de la Corona. Juan Sobieski era un magnate brillantemente representativo del Suroeste. Todos los abuelos de su madre habían pertenecido a familias de militares y terratenientes en una parte de Polonia expuesta a las incursiones tártaras o turcas, en la que tanto los riesgos como los beneficios eran elevados. Su padre fue un respetado estadista. Su hermano mayor murió en una escaramuza con los tártaros en 1652, de modo que Juan heredó riqueza y posición. Mediante el matrimonio con una francesa, viuda en posesión de derechos sobre una vasta hacienda de su primer marido –un Zamoyski–, sus bienes se multiplicaron. Había sido educado por los jesui-

tas, había realizado un viaje por Europa occidental, había tomado parte en una embajada a Estambul, y contaba con experiencia en actividades bélicas. Podía esperar que desempeñaría un gran papel en la corte, intrigando a pie de igualdad con las principales familias del Sur y del Oeste de Polonia o superando a los próceres de Lituania.

A comienzos del siglo, el país en conjunto, y los ricos señores ilustrados en particular, se beneficiaron con la llegada de inmigrantes o refugiados. Los holandeses desecaban las marismas en el delta del Vístula. Los luteranos y los hermanos en Jesucristo moravos, a partir de 1620, se apresuraban a abandonar las tierras de la Corona bohemia para trasladarse a la Polonia occidental y suroccidental. Sus famosas comunidades en la ciudad de Lezno florecían bajo la protección de la familia Leszczynski, aun cuando Boguslaw Leszczynski se convirtió al catolicismo en 1642. Sus iglesias eran numerosas en la diócesis de Poznań. Pero, mucho antes de 1648, y a medida que iban haciéndose más fuertes, los católicos se hacían menos tolerantes. Los obispos católicos constituían el partido mejor organizado dentro del sistema político polaco. La legislación por ellos inspirada iba modificando ya los antiguos edictos tolerantes, cuando la guerra sueca intensificó enormemente el elemento católico en los sentimientos patrióticos polacos. Los protestantes polacos, así como los inmigrados, fueron acusados de ayudar al enemigo e identificados con él por el sentimiento popular. El resurgimiento de Juan Casimiro en 1657 dio origen a la destrucción de muchas iglesias protestantes por las tropas y los campesinos fanatizados. Los refugiados tuvieron que retirarse nuevamente a Silesia o a Alemania, y, a partir de 1655, Polonia dejó de beneficiarse con la inmigración procedente del Oeste. Se ha calculado que solo veinticinco comunidades protestantes, de un total inicial de 200 en la Polonia meridional, sobrevivieron a las guerras de los cosacos y de los suecos. Las cosas estaban mejor en Poz-

naǹ. Algunas iglesias luteranas fueron destruidas, mientras las terribles visitas episcopales provocaban disturbios, pero los gremios de artesanos protestantes de las ciudades sobrevivían, y pastores y conferenciantes tenaces mantenían las instituciones características de la vida de la Iglesia luterana.

La Dieta había mostrado una gran determinación respecto a las cuestiones religiosas, ordenando la expulsión del país de los unitarios, y, en 1668, amenazó con la pena de muerte a los católicos convertidos al protestantismo. Acerca del problema de la reforma constitucional, mucho más importante, no llegó a un acuerdo. Los reveses polacos durante la larga crisis, indudablemente, dieron origen a un partido de reformadores, en 1658-1661, para examinar los defectos de procedimiento de la asamblea nacional. Sobre todo, temían a la amenaza que para el buen orden de los asuntos suponía la doctrina –que pasó a simbolizar un culto a la libertad legal, tras haber sido impuesta por primera vez en 1652– de que el voto adverso de un solo diputado (el llamado *liberum veto*) anulaba una reunión de la Dieta. Un esquema trazado por los cancilleres de Polonia y de Lituania se proponía cambiar el sistema de votación, de modo que una mayoría de dos tercios, con voto secreto, podría obligar a la minoría. El derecho del rey a vetar los proyectos de ley aprobados experimentaba así una grave restricción. Las Dietas tenían que reunirse anualmente, durante seis semanas. Ni la corte ni la nobleza estaban muy entusiasmadas, y entre ambas enterraron lo que ha venido a conocerse como el más importante plan de reforma en Polonia, con anterioridad a los días de Estanislao Augusto, en el siglo XVIII. La idea, mucho más sencilla, de fortalecer la autoridad real mediante la elección del sucesor del rey en vida de Juan Casimiro, a fin de evitar las inseguridades de un interregno, tenía aún menos posibilidades de alcanzar el apoyo suficiente, pues se oponía a una cláusula de las anteriores cartas de coronación, justamente considerada por los polacos como una

salvaguardia indispensable de las libertades que ellos estimaban. En su opinión, una elección *vivente rege* (en vida del rey) allanaba, inevitablemente, el camino directo hacia la autocracia; si los futuros reyes –a diferencia de Juan Casimiro– tenían un hijo, conduciría a la monarquía hereditaria. Y, lo que era peor aún, la reina francesa de Juan Casimiro defendía a un candidato francés a la sucesión, de modo que los polacos temían a los males de una dominación extranjera. Por ello extremaron aún más la lógica de sus objeciones. Muchos se negaron, categóricamente, a cooperar en el intento del rey, en 1663, de recuperar Ucrania, porque temían que esto fortalecería a su gobierno; y, en realidad, la corte esperaba que la victoria en la frontera le ayudaría a vencer a la oposición y a nombrar al sucesor del rey. Estos cálculos no tardaron en ser respetables lugares comunes en la política polaca, y, durante los treinta años siguientes, los asuntos militares y extranjeros se convertían, progresivamente, en simples fichas en la lucha de las facciones del interior. Cuando Juan Casimiro volvió de Ucrania con las manos vacías, Jorge Lubomirski, gran mariscal de la Corona polaca, organizó una conspiración. Fue denunciado y destituido. Sus propiedades fueron confiscadas. Cruzó la frontera de Silesia y reunió una fuerza de mercenarios. Luego regresó a Polonia, hizo la guerra al rey, le derrotó, y la corte accedió a renunciar a la elección del sucesor de Juan Casimiro, *vivente rege.* A los ojos de los constitucionalistas, todo aquello era una «insurrección legítima», una permisible defensa de los privilegios reivindicados por Lubomirski para sí mismo y para otros nobles polacos.

Tal concepto de las libertades aristocráticas, que llegaba a extremarse y perjudicaba al Estado, tuvo, naturalmente, poderosos ecos en otras partes. Los nobles magiares no tardarían en recurrir al sultán y a Luis XIV en busca de ayuda contra su gobernante de la familia de los Habsburgo. Los republicanos holandeses, aunque no se rebelaron, se valie-

ron de Cromwell y de Luis para mantener sus posiciones contra la casa de Orange. Un puñado de nobles ingleses pidió a un príncipe extranjero, en 1688, que interviniese con una flota y un ejército poderosos contra su legítimo pero peligroso rey. En el Imperio, la reforma constitucional y la preelección de un sucesor del emperador reinante había tropezado ya con la misma intensa oposición que salió al paso de Juan Casimiro y, después, de Juan Sobieski. Aquel estado de opinión seguía siendo uno de los dos más fuertes impulsos dentro de la política contemporánea. El segundo impulso, como reacción, trataba de aplastar al primero mediante una ampliación de la autoridad del Estado.

Más allá de los Cárpatos, las dificultades de la mayor autocracia contemporánea se manifestaban con igual claridad.

REVUELTA EN EL IMPERIO OTOMANO

El centro del imperio otomano era, indudablemente, Estambul. Una enorme población, de unas 700.000 personas, rodeaba la sede del gobierno. Las comunicaciones por tierra a través de los Balcanes y Anatoria, por agua desde el Mediterráneo y el Mar negro, convergían allí, abasteciendo a la ciudad con productos de todo tipo provenientes de tierras próximas y lejanas. Desde Estambul los jefes y los administradores eran enviados a puestos tan distantes como Buda y Bagdad, El Cairo, el Peloponeso y Trebisonda. En sentido contrario llegaban unidades de *spahis* (o soldados de caballería), convocados desde las tierras que les habían sido asignadas, especialmente de Anatolia. Los jenízaros (o soldados de infantería) eran reclutados, por lo general, en las provincias de los Balcanes o en el mismo Estambul. El gobierno otomano, durante un periodo excepcional que comprendió los años que siguieron a 1640, parecía mantener un adecuado control sobre su vasto imperio y sobre su gran ciudad. Un admirable gran visir siguió a un extraordinario gobernante, el sultán Murad IV (1625-1640).

Sin embargo, en 1648 y 1649 aparecieron múltiples señales de debilidad. A partir de 1644, el sultán Ibrahim I, merecidamente apodado *el Loco,* lo desbarató todo al gobernar a través de los empleados públicos de su propia casa, en lugar de aceptar el consejo de los encargados del mando de los diversos cuerpos de tropa o de la administración del sistema de impuestos. No hizo caso a sus grandes visires, al consejo de visires, ni a los viejos sabios y hombres de leyes. Era un hombre desorbitado y amante del lujo. Su madre, que era griega, y otras mujeres de su complicado entorno doméstico, aunque a menudo intrigaban contra él, gozaban de una excesiva influencia. Además, en 1645, aceptó iniciar una nueva guerra contra Venecia por Creta, para la que pronto hizo falta un incremento en las fuerzas armadas y en los impuestos para pagarlas. Ni en Estambul ni en Creta se pagaba a los hombres puntualmente, ni completamente. Los elementos militares esenciales, como barcos y municiones, eran peligrosamente escasos. Pronto se sucedieron las crisis financieras, una detrás de otra, mientras las flotillas venecianas cerraban los Dardanelos durante meses y los jefes venecianos obtenían victorias en Dalmacia. Mientras tanto, en Anatolia, bandas de proscritos y tropas capitaneadas por funcionarios provinciales rebeldes a menudo operaban con total libertad en extensas comarcas del país. Al final, en agosto de 1648, un cierto número de altos dignatarios, de la corte y de fuera de ella, se unieron momentáneamente. Los jenízaros de la capital, acaudillados por su aga, entraron en el palacio para deponer y encarcelar al irresponsable sultán. Encontraron un sucesor en la persona de su hijo de siete años, Mohamed; los primeros rumores de protesta les indujeron a matar, inmediatamente, a Ibrahim. Aquel golpe tenía precedentes, de modo que los teólogos y los juristas no encontraron grandes dificultades para declararlo conforme con la ley islámica, y no parece que se plantease ninguna cuestión de norma política en el mundo oto-

mano por la muerte de Ibrahim, como se planteó en Inglaterra cinco meses después. Pero la minoría de edad de Mohamed IV agravó todos los problemas ordinarios del gobierno de la corte en Estambul. Una sublevación dio lugar a otra, de un modo inevitable, durante los ocho años siguientes; fueron nombrados trece grandes visires; gobernaban durante unos pocos meses o menos, y luego eran destituidos, o desterrados, o ejecutados. La anarquía en el palacio del sultán se intensificaba a causa de la lucha por el poder entre su abuela y su madre, en la que los elementos llamados «negros» y «blancos» de la familia desempeñaban un importante papel.

La revolución de agosto fue seguida por nuevos disturbios en octubre. El dinero tomado de las arcas privadas de Ibrahim y de sus validos proscritos sació a los jenízaros, pero otros grupos de hombres de la corte y de la capital –los «spahis» y los «pages» (cadetes agrupados en las diferentes escuelas de los palacios del sultán)– se sintieron agraviados por el trato menos generoso que a ellos se les concedía. Los «pages» no eran beneficiados de acuerdo con las antiguas normas que determinaban sus ascensos con motivo de un cambio de gobernantes. La conmoción terminó después de que los jenízaros aplastaron la desesperada resistencia de los «pages» y de los «spahis» en el centro de la ciudad; pero la fricción entre diversos sectores del ejército otomano continuaba siendo una gran debilidad del imperio, aun cuando los grandes visires reconquistaron un control más firme a partir de 1656. Esto hacía tanto más difíciles las dos tareas paralelas de acabar con los rebeldes de Anatolia y de proseguir el esfuerzo de la guerra contra Venecia en Creta. Los rebeldes, en parte inspirados por una oleada de sectaria pasión religiosa, llegaron a las costas del Bósforo en julio de 1649; y las mismas sectas tenían seguidores entre los jenízaros de la capital. El gobierno, conciliador por necesidad, esta vez amañó hábilmente un acuerdo.

El problema, inevitablemente, era, en parte, un problema económico. Tres cuartas partes del gasto de cada año eran necesarias para fines militares. Los ingresos anuales también ascendían a las tres cuartas partes, o a un poco menos, del gasto total, de modo que el déficit tenía que ser enjugado mediante confiscaciones, préstamos, la incrementada venta de puestos y la manipulación del dinero circulante. En 1650-1651, el gran visir Melek Ahmed intentó imponer nuevos impuestos y degradó la moneda acuñada, a la vez que elevaba su valor nominal. Tales medidas extendieron la fiebre de violentas protestas desde el palacio o los cuarteles hasta los bazares. Las medidas oficiales contra los predicadores sectarios que daban su bendición al amor del pueblo por el vino y por el tabaco tuvieron aún peores resultados. El levantamiento de los mercaderes de Estambul provocó la caída de Melek Ahmed en agosto de 1651. Una y otra vez, las mismas causas producían los mismos efectos. Los estadistas menos eficaces no podían mantenerse. Los más eficaces, que intentaban reformas, tropezaban con la más fuerte oposición.

En 1653, otro gran visir que insistía en la necesidad de restricciones financieras fue sucedido por un inútil anciano de noventa años, y este, a su vez, por un personaje más violento, que se enfrentó con Murad, el poderoso gran almirante. Murad no encontró la menor dificultad para derrocar a su enemigo. Las tropas amotinadas no tardaron en inducir al sultán a que sancionase una nueva ronda de ejecuciones; pero Murad, ahora gran visir, no hizo más que sufrir las consecuencias. Desde Anatolia llegaban a la capital verdaderas multitudes de personas de todas clases, descontentas. Los derviches no ortodoxos despertaban la ira popular contra los maestros y predicadores ortodoxos, las tropas se rebelaban ahora por la fuerza de la costumbre, y no parecía que hubiese ninguna alternativa económica a la emisión de aquellas monedas degradadas que irritaban tanto a los mer-

caderes de Estambul como a las tropas; la misma inquietud podía observarse en otras partes, en ciudades mucho más pequeñas, pero también importantes. El orden en el imperio otomano se hallaba trastornado, en una escala mucho más amplia que en el momento de la muerte del sultán Ibrahim en 1648. Pero la desintegración alcanzó su punto culminante en la capital en marzo de 1656, a causa de la acción de los soldados, muchos de los cuales acababan de llegar de Creta, y continuaban sin cobrar. Se reunieron en el hipódromo y rechazaron las halagüeñas ofertas de los mensajeros enviados desde el palacio, hacia el cual avanzaron ellos después. Las formalidades que en teoría regían la presentación de una petición de las tropas al «diván» de consejeros, con el sultán sentado y oculto detrás de una aspillera, dieron lugar a un franco terrorismo. El sultán entregó a sus consejeros y servidores a la violencia de la multitud. Un nuevo gran visir fue sustituido por un tercero en el espacio de unas horas. Pasaron dos meses antes de que «los señores del hipódromo» fuesen sometidos a control. Y habían transcurrido dos meses más cuando los venecianos ganaron una importante batalla fuera de los Dardanelos y tomaron luego las islas de Tenedos y de Lemnos. El baño de sangre en la capital, el efecto producido por derrotas navales más alarmantes que cualesquiera otras desde Lepanto, y el bloqueo enemigo, que provocaba una nueva subida de precios, anunciaban un nuevo orden. Un consenso de personas del palacio imperial, incluida la madre del sultán, parece haber respaldado el acuerdo de dar las más amplias facultades posibles a un probable gran visir que las exigía como condición para ocupar el cargo: el experto estadista albanés Mohamed Köprüllü. Este hombre representaba la opinión, tal vez más extendida que unos años antes, de que el terror de la autoridad merecía ser apoyado contra la difusión de la anarquía.

MOHAMED KÖPRÜLÜ

Durante los ocho años anteriores, los levantamientos de Polonia y de Ucrania se habían propagado a Suecia, a Moscovia y a Brandemburgo, y habían repercutido en los principados de Transilvania, Valaquia y Moldavia. El sultán reivindicaba su soberanía sobre aquellos precursores de la moderna Rumania, así como sobre el khanato de Crimea. Pero el gobierno de Estambul, atrapado en su propia crisis, había sido demasiado débil para desempeñar un papel activo, de modo que los gobernadores gozaban de una insólita libertad de acción. Un episodio importante en la Europa de mediados del siglo XVII fue la fase febril de la política cárpata, que terminó con la intervención de Mustafa Köprülü en 1657, que restableció la dominación otomana en esta franja septentrional del imperio, equivalente a la igualmente turbulenta frontera otomana en Anatolia oriental y Siria septentrional.

El príncipe Basil *el Lobo,* de Moldavia, y el príncipe Mateo Basarab, de Valaquia, habían ostentado ya el poder durante muchos años (desde 1634 y 1632, respectivamente), y, cada uno a su modo, eran artistas consumados. Basil copiaba los precedentes bizantinos en la organización de su corte y de su gobierno, mientras acumulaba fuera una gran fortuna. Mateo impresionó a sus contemporáneos como un príncipe guerrero, que mantuvo en plena utilización tanto su milicia boyarda aristocrática como su tropa de mercenarios. Ambos dotaron generosamente al clero ortodoxo, aunque fueron rivales contumaces. Por otra parte, al otro lado de los Cárpatos estaba el príncipe Jorge II Rákóczi de Transilvania, un hombre ambicioso pero bisoño, afortunado heredero de una gran riqueza en tierras en la Hungría de los Habsburgo y en sus propios dominios, donde su padre había incrementado la autoridad del príncipe a costa de los Estados. Cuando Ladislao IV murió, en 1648, Jorge II pensó inmediatamente en asegurarse la elección como próximo

rey de Polonia, de modo que la elección de Juan Casimiro por los polacos le causó una gran decepción.

La larga y confusa frontera entre Moldavia y Polonia hizo que la posición de Basil resultase delicada desde el momento en que los cosacos empujasen hacia el Oeste. Oscilaba peligrosamente entre la actitud amistosa y la hostil respecto al *hetman* cosaco, que se encontraba entre sus tierras y los incursionistas tártaros, y que luchaban a favor de la ortodoxia contra los católicos.

Pero Chmielnicki era un vecino difícil, que en 1650 estimulaba las incursiones tártaras en Moldavia, y en 1652 enviaba ofertas de alianza a Estambul, a condición de que una parte de Moldavia fuese entregada a los cosacos. Al propio tiempo, presionaba en favor del matrimonio de su hijo Timoteo con una de las hijas de Basil. La boda tuvo lugar en mayo de 1652. Momentáneamente, los gobernadores cosacos, los tártaros y los moldavos formaron un grupo unido, que suscitó la animadversión de los polacos en un flanco, y de Transilvania y de Valaquia en el otro. En 1653, una conmoción de revoluciones palaciegas, de asedios y de incursiones puso fin al reinado de Basil. Chmielnicki se vio privado de un aliado, y su débil sistema diplomático se derrumbó. El sucesor de Basil pidió ayuda a Jorge de Transilvania.

El gobierno otomano era un espectador casi pasivo de aquel cambio. Los barcos cosacos merodeaban, intermitentemente, hasta el Bósforo, y, al mismo tiempo, Chmielnicki invitaba inútilmente a los ministros del sultán a proteger Ucrania contra los agresores. La debilidad de Estambul reforzaba el poder de Moscú. Los cosacos pidieron ayuda al zar, y Ucrania cayó dentro de la esfera de influencia rusa, tras el tratado de Peryslavl en 1653.

Cuando Mateo de Valaquia murió, en 1654, la sucesión fue decidida por sus cortesanos y soldados, con escasa par-

ticipación de la corte. El príncipe Constantino Scherban inició su mandato intentando deshacerse de algunas tropas de mercenarios caras e indisciplinadas. Estas se rebelaron y entonces Jorge de Transilvania se ofreció a ayudar con su propio ejército. Una sonada victoria en julio de 1655 le devolvió el control a Constantino, pero le dio a Jorge el dominio de las dos vertientes de los Cárpatos. Volvió a los turcos decididamente contra él, inmediatamente antes de que apareciese en escena Mohamed Köprülü. Los enviados occidentales en la corte del sultán no tardaron en informar de que los tártaros habían recibido órdenes de entrar a sangre y fuego en los principados. Simultáneamente, enviados suecos llegaban a inducir a Jorge a que se uniese a un nuevo ataque contra Polonia. Apelaban a la causa común del protestantismo, y le ofrecían una buena tajada de territorio polaco. Su decisión final de unirse a ellos coincidió con la ascensión de Köprülü a la supremacía en Estambul. Dirigió su ejército hacia el Norte, a comienzos de 1657, y fue derrotado. Sus pérdidas en Polonia le privaron de la posibilidad de defender a Transilvania, o de conservar su influencia en las otras cortes cárpatas contra un devastador ataque desde el Sur.

Juntamente con los otros dos príncipes, ahora se enfrentaba con el gobierno que reivindicaba la soberanía sobre todos ellos. Mohamed Köprülü pudo haber pensado en afirmar su autoridad en la corte, en la capital y en todo el imperio del sultán. Pero comprendió que la tarea más urgente de todas era una reorganización de la frontera cárpata. Esta decisión, correcta, sin duda alguna, y muy importante, extendió lamentablemente a las zonas vecinas la guerra que desde hacía tiempo agobiaba a Ucrania y a Polonia. Lo cual acentuó la decadencia de la Europa occidental posterior a 1648, lo que constituye uno de los hechos irracionales de la época.

Antes de que terminase 1657, los estados de Transilvania eligieron, prudentemente, a un nuevo príncipe, mientras el gran visir nombraba nuevos gobernadores para Moldavia y Valaquia, uno albanés y el otro griego. Los tártaros, muchos de los cuales regresaban de Polonia, llevaron a cabo una serie de aterradoras incursiones en los tres países, mientras los turcos llegaban hasta las inmediaciones de los Cárpatos desde sus ciudadelas en el bajo Danubio. Los gobernadores depuestos se trasladaron a Transilvania o a Hungría, preparándose para una nueva lucha, a la vez que, a cientos de kilómetros al Sur, el gran visir, en Adrianópolis, reunía su más importante ejército para pelear contra ellos. El gobernador de Buda, en la Hungría otomana, también movilizó. En 1658, 1660, 1661 y 1662, uno o varios de estos ejércitos, separadamente, fueron utilizados para sitiar fortalezas, incendiar ciudades, coger prisioneros y vencer cualquier oposición que encontrasen. Un mapa de sus itinerarios[4] –comparables con los itinerarios de Carlos X en Polonia– revela, gráficamente, el insistente castigo infligido a muchos distritos. Pero la oposición no era débil, en absoluto. Jorge Rákóczi, al principio, pudo contar con mano de obra y rentas elevadas en sus propias tierras del Norte. Si el gobierno de los Habsburgo retrocedía nerviosamente, algunas familias magiares de la Hungría de los Habsburgo se le unían. Sobre todo, confiaba en los variados intereses dentro de la propia Transilvania, donde la guerra acentuaba la discordia social. Los hombres humildes, con poco que perder, querían resistir a los turcos, y acusaban de apaciguadores a los temerosos terratenientes, que parecían demasiado dispuestos a imponer tributos extraordinarios con el fin de satisfacer las exigencias del sultán, que demandaba un tributo anual más alto que en el pasado. En las antiguas ciudades sajonas los no privilegiados chocaban con los burgueses, y en ciertas comarcas el campesinado afluía bajo las banderas de Rákóczi, mientras sus señores en los Estados deseaban

un acuerdo con los turcos; pero otros nobles apoyaban también al gobernador, al que seguían considerando como su legítimo rey. Dos veces, en 1657 y en septiembre de 1658, los Estados nombraron a un nuevo príncipe que satisfacía a los turcos; y dos veces, en enero de 1658 y en septiembre de 1659, reconocieron nuevamente a Jorge. Este murió en 1660, a consecuencia de las heridas, tras la completa derrota que le había infligido el gobernador de Ruda; pero los transilvanos mostraron su lealtad a otro patriota, Juan Kemeny, después de haber depuesto al títere otomano; y otros doce meses pasaron antes de que también este muriese en la batalla, y la resistencia tocó a su fin. Los turcos aseguraron a un nuevo príncipe en el país, Miguel Apafi, insistieron en el pago puntual del tributo, y conservaron la gran clave militar de Nagyvárad[5], que les daba el directo control sobre una franja de territorio que se extendía, hacia el Norte, desde su antigua base de Temesvár hasta una zona que se adentraba como una cuña entre Transilvania y la Alta Hungría de los Habsburgo. La presión que, de entonces en adelante, podrían ejercer sobre los transilvanos era irresistible.

En 1658, Köprülü tuvo que volver a Adrianópolis para enfrentarse con una creciente inquietud en Anatolia, mientras su delegado en Valaquia no tardaba en traicionarle, unía sus fuerzas a las del enemigo en Transilvania y ayudaba a expulsar de Moldavia al otro títere. Una vez más, los tártaros se reunieron y pulverizaron a sus adversarios. Desde 1661, se multiplicaban los indicios de que el gobierno otomano estaba, al fin, fortaleciendo su dominio sobre aquella vertiente de los Cárpatos. En las dos cortes continuaban produciéndose cambios muy variados, pero su importancia era menor. Siguiendo instrucciones del gran visir, Bucarest se convertía ahora en la residencia permanente del príncipe de Valaquia. La influencia política y financiera de los griegos, y la dominación militar de los turcos, apaciguaban a los

supervivientes de las antiguas familias nativas respecto a la política de la corte. No es fácil averiguar qué cambios se produjeron en los niveles inferiores de la escala social, pero el empobrecimiento general, debido a la guerra y a los impuestos, parece haber sido el responsable de la infiltración en Transilvania de grupos que hablaban el rumano, en regiones donde los sajones, los *szeklers* y los magiares habían sido siempre mucho más numerosos. En ciertos aspectos, el incremento de los rumanos demostraba que una economía pastoril, en condiciones difíciles, tenía una resistencia mayor que la vida de la ciudad o que la agricultura. Las ciudades sajonas declinaban, pero los pastores sobrevivían. Multitudes y rebaños continuaban desplazándose, yendo y viniendo, según las estaciones, entre las mesetas y las montañas. Ellos fueron la principal fuente de riqueza para los nobles propietarios, que raramente les veían; las ovejas se vendían bien en los mercados de Estambul.

Mohamed Köprülü murió en 1661, tras cinco años de gobierno. Deliberadamente, había evitado enfrentarse con los importantes problemas de la frontera Norte del sultán, pero a ello unió un decidido ataque contra la inestabilidad política en zonas más próximas al país, mientras, por lo menos, mantenía en jaque a los venecianos. Superficialmente –y todavía es dificilísimo arañar muy por debajo de la superficie–, no parece que él haya reestablecido el orden en el gobierno con medidas diferentes de las utilizadas por sus predecesores. Hubo ejecuciones, confiscaciones, el traslado de funcionarios sospechosos a puestos lejanos; el gran visir tenía buen cuidado de comprobar, antes de iniciar cualquier acción especialmente drástica, que se había asegurado la lealtad de los jefes jenízaros, y unía, indudablemente, el empleo del más franco terrorismo con la habilidad para elegir a hombres nuevos y a hombres buenos. Pero dos cosas son ciertas. Una, que el sultán era ahora bastante mayor y bastante firme para prestar un decidido apoyo al gran visir; ha-

bía sufrido demasiado en la crisis de la primavera de 1656, aprendiendo una lección que nunca olvidó. Desde entonces, había trasladado su corte a Adrianópolis, visitando raras veces la capital, con la afortunada y quizá imprevista consecuencia de que los individuos descontentos entre el populacho de Estambul y los perturbadores dentro de las tropas o de los servidores de su casa no podían ya ponerse de acuerdo. Otra, que las finanzas mejoraron. Prestaciones obligatorias garantizaban los jornales. El gasto se redujo, rebuscando por todas las relaciones de aquellos a quienes se les debían salarios, y rebajándolos. Los feudatarios tenían que pagar por la reexpedición de los diplomas que les asignaban sus propiedades. Los tributos de los principados subieron enormemente, casi triplicándose en el caso de Transilvania. En 1660-1661, el presupuesto oficial se equilibró, y, muy probablemente, los pagos al ejército no sufrieron retrasos, entre 1660 y 1680. Los Köprülü no tenían un programa económico como el imaginado por Colbert; pero creían en la buena administración doméstica.

En 1657, observando unos itinerarios más estrictos que los habituales en los muelles de Estambul, el capitán general situó una nueva flota en el Egeo, antes de que los venecianos estuviesen preparados. Acudieron a unírsele barcos procedentes de Berbería y de Egipto. Pero una derrota naval seguía a otra, hasta que Köprülü hubo depurado totalmente el mando, las tripulaciones y a los jenízaros enrolados, reconquistando así las islas de Tenedos y de Lemnos. Dos años después, mejoró notablemente la fortaleza que defendía los Dardanelos. Esto acabó frenando a los venecianos, y la guerra de Creta degeneró en un punto muerto muy conveniente para los turcos, pues tenían que enfrentarse con su problema cárpato. Era el reverso de aquel trance en que se había visto el rey de los suecos, que le obligó a salir de Polonia para luchar contra los daneses.

Por lo tanto, durante un largo periodo, el resultado conjunto de los disturbios en zonas extensamente diseminadas había sido el de hacer improbable una recuperación general en la mitad oriental del continente. Dos grandes imperios, el polaco y el turco, parecían, en ocasiones, a punto de descomponerse. Entonces, casi milagrosamente, y poco después de haber sido firmados también los tratados de paz en el oeste y en el norte de Europa (1659-1660), todo tendía, de nuevo, a una paulatina moderación, tras un inmenso desgaste de energía humana.

Aquel cataclismo había producido, inevitablemente, su corriente de refugiados. Al elevarse el número de cosacos en Ucrania, atacaron no solo a los polacos, sino también a los judíos, a los que odiaban como agentes de la administración polaca, recaudadores de impuestos y de diezmos, mesoneros o prestamistas. Importantes comunidades judías en Podolia y en Volhynia fueron arrasadas. Muchos judíos fueron hechos prisioneros por los tártaros, que los embarcaron a través del mar Negro hasta Estambul para venderlos en el mercado de esclavos. Otros huyeron a los principados danubianos, o hacia el Oeste, y a ellos se unieron los que en Lituania eran perseguidos cuando los rusos entraron en Vilna. La resistencia polaca frente a los suecos, a partir de 1655, se vio acompañada de una segunda oleada de antisemitismo. A esto siguió una considerable emigración hacia la Alemania septentrional, la Renania y Holanda[6]. Antiguas comunidades judías, como las de Estambul y Esmirna, respondían a la llamada a su buena voluntad. Pagaban por la redención de los cautivos, ayudaban a los refugiados, y organizaban una campaña para recaudar más fondos entre los judíos de Venecia, de Leghorn y de Ámsterdam. Esta dispersión no fue solo un importante resultado de la guerra de Polonia. Causó una profunda impresión en los meditabundos rabinos y en los estudiosos de la fe, llevando a sus espíritus la convicción de que tan dura prueba era la señal de

que Dios proyectaba un cambio para su pueblo, que no podía ser otro que la venida del Mesías. Nathan «de Hannover», en su obra *El gran abismo,* publicada en Venecia en 1653, era un refugiado cuyo relato de la tragedia de Polonia está fuertemente impregnado de premoniciones mesiánicas de aquella revolución, la más grande entre todas las imaginables de la historia humana. Los elementos de las comunidades judías de Salónica y de Esmirna estaban también profundamente atribulados, y en 1655 surgió la persona extraordinaria que se proclamó el Mesías. Sabbatai Zevi, nacido en Esmirna, produjo una gran agitación entre sus compañeros judíos de toda Europa y Asia Menor. Su carrera y el origen de sus ideas demuestran hasta qué punto se hallaban estrechamente unidas las causas de tensión en una zona que se extendía desde el Báltico hasta el Egeo. Como veremos, también en aquel tiempo los judíos abandonaban España y Portugal para buscar refugio en otras partes. Pero estos, al trasladarse hacia el interior, desde el extremo occidental del continente, atravesaban un paisaje político con fronteras históricas –que separaban a un Estado de otro– mucho más claramente definidas y más fuertemente defendidas que las que se presentaban a ambos lados de los Cárpatos en aquellos años desastrosos.

[1] En este periodo de paz, un rico cervecero comenzó allí a construir y a utilizar enormes telescopios –de mayor distancia focal que los empleados hasta entonces– para estudiar la Luna. La *Selenographia,* de Hevelius, publicada en 1647, es el primer atlas lunar completo. La portada del libro incluye una preciosa vista de las murallas y de las torres de Danzig.

[2] Este asentamiento se encontraba cerca de la primera de las famosas series de rápidos, que ocupaban un tramo de 110 kilómetros del curso del río, obstruyendo el transporte durante siglos.

[3] Esta es la frase final de una declaración resumida por los enviados polacos que la escucharon. M. Hrushevsky, *History of the Ukraine* (New Haven, 1941), p. 284.

[4] Véase Mapa II.

[5] *Grosswardein* para los estadistas de los Habsburgo en Viena, *Nagyvárad* para los magiares, *Oradea Mare* en la actual Rumania. Asimismo, Temesvár es Timişoara hoy en día.

[6] Un movimiento paralelo de unitarios desde Polonia hacia Transilvania, Silesia y Holanda comenzó en 1658, a consecuencia del decreto dictado contra ellos por la Dieta (véase *supra,* «La supervivencia de Polonia»). Pero el fructífero periodo de influencia unitaria desde la Europa oriental sobre la occidental –y que afectaba especialmente a los sectarios residentes en Holanda y en Inglaterra– había terminado ya.

III. EL ECLIPSE DE FRANCIA

EL ERROR DE MAZARINO

A pesar de esta diferencia, hacia 1650 es posible establecer un modelo válido de la Europa oriental que corresponde claramente a la occidental. Polonia se equipara a Francia, Brandemburgo a las Provincias Unidas, Suecia e Inglaterra y Moscovia a España. Francia, rodeada, se había convertido en teatro de una guerra civil y de una intervención extranjera, como Polonia, mientras su fuerza decrecía. Esta engañosa semejanza persistió, a lo largo de unos años, durante la Fronda; pero, en realidad, la continuada tendencia, a partir de 1648, pone de manifiesto el creciente poder de Francia, situada en el centro, y dominando, en mayor o menor medida, a los países circunvecinos. La decadencia de Polonia prosiguió mucho tiempo después de que un renaciente gobierno de los Borbón hubiera detenido la aparente desintegración de Francia. Según los módulos contemporáneos, el reino administrado por el cardenal Richelieu era un Estado de grandes dimensiones, altamente centralizado. Existían otras autocracias, pero eran de menor relieve. Existían otros grandes imperios, pero estaban débilmente federados bajo un gobernante hereditario o elegido. Cualquier crisis en Francia, en esta fase de su historia, era una crisis en el centro del poder. Una vez que tal crisis hubiera sido resuelta o yugulada, los agravios populares y las tensiones sociales importaban muy poco.

En cuanto a la monarquía francesa, los tratados westfalianos recompensaban generosamente la intervención en la Guerra de los Treinta Años y los cinco años de diplomacia en Munster. Los términos de un acuerdo inicialmente redactados por Richelieu fueron, en su mayor parte, adoptados por Mazarino. Este insistió y alcanzó el reconocimiento formal del emperador de que el derecho secular del rey de

Francia a «proteger» los obispados de Metz, de Toul y de Verdún se convirtiese en plena soberanía. El nuevo Parlamento de Richelieu en Metz contaba ahora con la autoridad necesaria para imponer las reivindicaciones de Luis XIV sobre todas las antiguas dependencias de los tres obispados, y los juristas franceses eran perfectamente conscientes de que importantes parcelas de aquel territorio se extendían a través del ducado de Lorena y hacia abajo, por el valle del Mosela. Otras cláusulas del tratado de Munster transferían al rey de Francia muchas propiedades de los Habsburgo, y también una soberanía supervisora, en Alsacia, sobre la orilla izquierda del Rin. Sobre la orilla derecha del río, Francia recibía las ciudadelas de Phillipsburgo y de Breisach. Estas eran las más valiosas, porque el emperador y sus aliados nunca pretendieron fortificar ningún punto en el territorio que bordeaba el Rin, entre las dos plazas fuertes.

Pero los éxitos franceses de 1648 se vieron totalmente eclipsados por el fundamental error de cálculo de Mazarino, durante el mismo año. Parece evidente que se dio cuenta demasiado tarde de que la situación interna de Francia exigía imperativamente un alivio de las cargas, sobre todo de la carga impositiva, de la larga guerra. Las instrucciones a sus diplomáticos se hicieron un poco menos rígidas en agosto, y aprovechó la oportunidad para sellar la paz con el emperador. No había llegado a un acuerdo con España, porque confiaba en que podría arrancar nuevas concesiones a Madrid. Los españoles habían hecho su paz separada con los holandeses. La capacidad francesa de ejercer presión sobre España se vio reducida por aquella derrota diplomática, y las tensiones en el interior de Francia, anteriormente exageradas, pero controladas por la feroz disciplina de Richelieu antes de 1642, estaban ahora haciéndose incontrolables. Una exasperación general, surgida de muchos agravios particulares, había alcanzado el punto de ebullición.

Hay un elemento verdaderamente extraño en la ascensión de Mazarino al poder, que explica, en parte, las agitaciones de la «Fronda». Richelieu, que le había hecho cardenal, y bajo cuyo estímulo se había convertido en súbdito francés, al principio intentó utilizar a aquel diplomático papal de primera clase, de origen siciliano, como experto en asuntos italianos. Luis XIII, poco antes de morir, declaró que Mazarino sería miembro del Consejo de Regencia; Luis XIV tenía entonces cinco años de edad. La reina-madre, Ana de Austria, era suficientemente fuerte para hacer caso omiso de las condiciones establecidas por la voluntad de su marido. Tras haberse asegurado la plenitud de la autoridad como regente, en contra de los deseos manifestados por el difunto rey, ella procedió a gobernar con el consejo del cardenal: su relación con él se basaba en un verdadero afecto y en un ilimitado respeto, a su buen juicio. La influencia del cardenal se vio consolidada por los éxitos militares y diplomáticos. Fue en este periodo cuando trajo de Italia la primera partida de sus numerosos sobrinos y sobrinas, cuando estableció su cuartel general en el Palais Royal, donde vivía la reina, y acumuló una fortuna que invirtió en construcciones, en la colección de obras de arte y de preciosos libros. Su riqueza y su nombre dominaban el sector de París situado entre el Palais Royal y la muralla norte de la ciudad. Al igual que Richelieu, se había convertido, paulatinamente, en «primer» ministro; pero su posición no dependía del favor de un monarca reinante, sino de los mucho más frágiles propósitos de la reina madre y de la aduladora dirección de la política de la corte durante una minoría de edad. Muchos franceses se hallaban firmemente convencidos de que el ascendiente de un solo ministro no era permisible más que a condición de que estuviese sancionado por un rey plenamente responsable. Creían que durante una minoría de edad constituía una peligrosa infracción de las convenciones mismas del gobierno. Cuando reinaba un niño que no

podía cargar sobre sus hombros la autoridad suprema, sus ministros estaban, inevitablemente, más expuestos a la crítica que los de un rey adulto. Cuando la regente prefería confiar en un solo hombre –un cardenal extranjero–, la oposición a semejante primer ministro tenía que endurecerse. Príncipes reales, estadistas ambiciosos –como Chavigny y Châteauneuf, apartados de sus cargos por Richelieu, y que, paciente o impacientemente, esperaban una oportunidad para encaramarse de nuevo al poder–, y, en cierta medida, todos los que tenían algún agravio y podían expresar su descontento censuraban a Mazarino. Al contrario que Ana de Austria, una infanta española, ellos no creían que aquel favorito italiano fuese indispensable. Y lo creían todavía menos cuando el gobierno sufría algún tropiezo. Precisamente, de un extremo a otro de la Fronda, la oposición se reunió para pedir la destitución del ministro elegido por Ana. Su personal elección fue, en realidad, la primera causa de la conmoción política.

Otra fue el creciente prestigio de la gran familia conjunta de los Condé. El padre del rey Enrique IV y Enrique I, príncipe de Condé, eran hermanos. Durante muchos años, el príncipe siguiente fue el presunto heredero del trono. A su vez, su hijo, aunque dócil bajo Richelieu, nunca dejó de incrementar y de consolidar su riqueza. El siguiente de la línea no tardó en desplegar sus propias banderas. La gloria de la victoria de Rocroy, en 1643, fue, sobre todo, la gloria de Condé. El padre murió en 1646. Las funciones del gobierno en Berry, Bourbonnais y Champagne, vastas propiedades heredadas, el supremo mando militar y el título de «Primer Príncipe de la Sangre» contribuyeron a dar al joven una influencia colosal. Su hermana era la duquesa de Longueville, y el marido de esta era el noble más importante de Normandía. Su hermano Conti gozaba de grandes beneficios eclesiásticos y de los privilegios de un noble de alto rango en la Iglesia. Comparativamente, el tío de Luis XIV,

Gastón, duque de Orleáns, con su título de «Lugarteniente General del Reino», era una figura decorativa, que nunca llegó a ser tan importante como podría haber sido. Durante algunos años, Condé fue leal a la reina madre, pero pocos dejaban de ver que el inesperado ascendiente de Mazarino y la influencia de los Condé nunca serían fáciles de armonizar en el difícil curso de una minoría de edad.

LAS DOS MONARQUÍAS DE FRANCIA

Los historiadores han aprendido, recientemente, a trazar un detallado cuadro de los repetidos levantamientos populares que estallaron en las regiones de la Francia occidental desde 1630 en adelante, con disturbios menos frecuentes, pero muy serios, en Normandía, en el Languedoc y en la Provenza. Además, enormes cantidades de gente se hallaban en movimiento constante, y muchos individuos acudían a las ciudades, donde se agregaban a los elementos peligrosamente inestables de la sociedad urbana. En París, la población aumentaba con velocidad alarmante, llenando la zona interior de las murallas y desbordándose en nuevos suburbios. Sorprendentemente, los disturbios rurales de aquella clase se extinguieron, poco apoco, durante los diez años siguientes a 1645. Pero la presión económica del gobierno, insoportablemente severa desde los tiempos de Richelieu, alcanzaba cada vez con mayor gravedad tanto a los elementos más fuertes como a los más débiles de la sociedad. La administración exprimía primero a un sector; luego, a otro; hasta que la tensión llegó a ser universal. Además de la *taille,* los crecientes impuestos sobre los consumos, unidos a la subida de precios, agobiaban a los pobres; nuevos impuestos sobre las casas, en París, irritaban a los propietarios (y provocaban un incremento de las rentas), a la vez que la creación y la venta de nuevos cargos disminuían el valor de los cargos ya existentes, porque los beneficios tenían que ser compartidos; la tributación de los fun-

cionarios públicos, por diversos métodos, también se elevó. D'Emeri, el *surintendant des finances,* creía que el crédito real dependía, sobre todo, de los pequeños grupos de financieros y de los recaudadores de impuestos que, en la práctica, podían anticipar dinero a las diversas tesorerías reales, sobre la garantía de los tributos. En consecuencia, se crearon más impuestos para satisfacerles; pero esto significaba un ataque cada vez más fuerte contra los bolsillos de las personas privilegiadas, que, a su vez, aspiraban a pertenecer a la autoridad gobernante en Francia.

Como la situación interna del país empeoraba, el Parlamento de París protestó más ruidosamente. Pares y príncipes se hallaban autorizados a sentarse en aquella asamblea, pero esta, generalmente, estaba dirigida por los más altos funcionarios jurídicos del país. Solían ser hombres de gran riqueza y sabiduría, con una tradición intelectual basada en la idea de que su Parlamento era una corte soberana en sesión permanente y, por lo tanto, de categoría superior incluso a los Estados Generales, que solo se reunían por mandato del rey. En su opinión, los cinco tribunales del Parlamento que funcionaban en el Palais, aquel antiguo centro de la administración de los Capeto en el corazón de París, eran partes integrantes del gobierno real, que ni los ministros del rey ni nadie tenía derecho a desairar. El Parlamento registraba y hacía cumplir los edictos reales; los Parlamentos provinciales de Ruán, de Rennes, de Burdeos, de Toulouse, de Aix y de Dijon también los registraban y los hacían cumplir. Este procedimiento requería un estudio de lo que el gobierno proponía. Nadie discutía la facultad del rey de convocar una sesión especial –el *lit de justice*– en la Grand Chambre del Palais, con el fin de imponer su soberana voluntad de que lo que él deseaba llevar a la práctica no podía ser enmendado, pero muchos juristas creían que el Parlamento tenía un derecho de respetuosa reconvención. Algunos espíritus más audaces sostenían que estaba autorizado a

examinar y a «verificar» los edictos, después de la celebración de un *lit de justice.* Richelieu, naturalmente, intimidó a los Parlamentos y recortó sus poderes; desterró y encarceló a los que se oponían demasiado ingenuamente. Mazarino era más suave en sus métodos, pero él y la reina madre estaban decididos a entregar intacta a Luis XIV, cuando la minoría de edad del rey terminase al cumplir sus trece años, la herencia autoritaria de Luis XIII y de Richelieu. Por lo tanto, algunos franceses estaban ahora convencidos de que el uso del poder de un soberano para detener, encarcelar, desterrar o ejecutar, sin consideración a lo que ellos entendían por verdadero proceso legal, era, en realidad, un creciente abuso de poder.

Esta agitación, cada vez más intensa durante los primeros años de la minoría de edad de Luis, tenía sus profundas raíces en la historia de Francia. Para comprender lo que sucedió en la segunda mitad del siglo debemos tener en cuenta los dos tipos de monarquía, en 1648, dentro de un solo reino, en íntimo contacto el uno con el otro, pero más o menos diferenciables. En uno de ellos, lo que perduraba de las propiedades de la Corona coexistía con un extenso conjunto de señoríos o *seigneuries* pertenecientes a nobles familias de variado rango, y con gobernadores provinciales pertenecientes a la más alta nobleza. Los señoríos eran transmitidos por herencia y por matrimonio; aunque eran un don de la Corona, los cargos de gobernador también solían transferirse de una generación a otra de la misma familia. Aquella *noblesse d'epée,* los *gentilhommes,* hombres que teóricamente tenían que servir al rey con su espada –un deber que era la razón de su antiguo linaje–, se consideraban a sí mismos como un «orden» diferente de los paisanos, de sus inferiores los juristas y administradores, y de la *noblesse de robe* que ostentaba los más altos cargos jurídicos. Pero un gran número de paisanos se parecían a la nobleza de la espada en un aspecto fundamental: disfrutaban también de

una posición hereditaria, que ellos esperaban que fuese reconocida por la Corona. Era la suya una influencia no menor que la influencia de los propietarios de feudos y señoríos, que colaboraba a constituir la monarquía. Daban por sentado que la soberanía del rey (por lo menos, fuera de la familia real) coexistía con la de sus «cortes soberanas» –como el Parlamento, la *Cour des Aides,* las *Chambres des Comptes* y el *Gran Conseil* en París, y sus equivalentes en las provincias más distantes–. Estas y muchas ramas inferiores de la administración situada por todo el país estaban dirigidas por funcionarios cuyos puestos tenían un carácter de propiedad reconocido por la Corona. Aquellos puestos tenían su precio, como la tierra o las casas. Por ejemplo, el valor combinado que en 1665 se asignaba a ciertos puestos de aduanas ostentados por los «tesoreros de Francia» y sus subordinados era el de unos 38.000.000 de *livres,* es decir, el 17 por 100 del valor de todos los puestos del reino. Podían ser comprados y vendidos. Y, desde comienzos del siglo XVII, tales puestos podían también ser transmitidos a los herederos, mediante el pago por ellos de un impuesto anual, la *paulette.* A pesar de la fricción entre una nobleza militar basada en la tierra y los funcionarios (que, por su parte, adquirían un enorme volumen de las mejores propiedades rústicas), o entre la nobleza de la toga y los funcionarios menores de las pequeñas ciudades de provincia, todos formaban parte de una constitución en la que el rey, actuando dentro de una estructura legal de mayor o menor antigüedad, reconocía los derechos de aquellas clases privilegiadas. La Iglesia también debía obediencia al rey, pero gozaba de una posición cuyos privilegios esenciales él no podía disminuir.

El otro tipo de monarquía dentro de la administración francesa adquirió una importancia creciente bajo el cardenal Richelieu. En él predominaba la supremacía o soberanía de la inspección del rey en todo el reino, a través de su can-

ciller, de sus ministros, de sus secretarios de Estado, de sus consejeros, de sus oficiales de demandas y de los intendentes enviados para solventar problemas especiales en las fronteras o en las provincias. Interfería la jurisdicción semi-independiente de los señoríos, pues veía con malos ojos la antigua facultad de los señores más importantes de reunir tropas de nobles y de campesinos, así como la lealtad de estos a sus señores cuando tal lealtad entraba en conflicto con el deber de sumisión al rey. Trataba de insistir en que los nobles pagasen la *taille* sobre una parte de sus propiedades, juntamente con un gravoso equivalente en dinero por su antigua obligación de hacer el servicio militar. En algunas zonas, como en Bearne y en Metz, utilizaba nuevos Parlamentos para afirmar la autoridad real; en otras, prefería reducir la independencia de los viejos Parlamentos y estados provinciales, como en Normandía y en el Delfinado, o, por lo menos, maniobrar para enfrentar a uno con el otro, como en Bretaña. Ministros e intendentes fueron investidos de poderes extraordinarios para hacer cumplir la voluntad del rey, dando de lado a los antiguos tribunales y oficinas. Los edictos, que tenían que ser verificados por los Parlamentos, estaban siendo sustituidos por decretos publicados sencillamente a gusto y deseo del rey. La litigación fue «evocada» (o revocada) de los tribunales específicos y determinada por consejeros y oficiales de demandas nombrados por el canciller para resolverla. La administración de la *taille* pasó de manos de los «tesoreros de Francia», establecidos desde hacía mucho tiempo, a las de los intendentes, que, a partir de 1643, comenzaron a darla en arriendo a los contratistas y, en caso necesario, les ayudaban con tropas o con policía. Para la población campesina descontenta, la ampliación de este sistema de recaudación, utilizado para cobrar los impuestos sobre la sal y sobre el vino, constituía una monstruosa innovación. Los funcionarios de Hacienda

más antiguos, despojados de su autoridad y de sus beneficios, la miraban con el mismo recelo.

La fricción entre las dos formas de monarquía era, generalmente, limitada, y se ocultaba tras las estrechas relaciones personales que seguían uniendo a las cortes soberanas, como el Parlamento y el Gran Consejo de París, con la familia real o con la plana mayor del canciller. El *procureur-général* y el *avocat-général,* por ejemplo, eran, específicamente, portavoces del rey en el Parlamento. Y los intendentes se seleccionaban, como regla general, entre los oficiales de demandas, que habían comprado sus cargos y que cumplían una función en los procedimientos parlamentarios; posteriormente, algunos volvían a ocupar cargos en el Parlamento. Otros oficiales de demandas, sin llegar a convertirse en intendentes, heredaban o compraban, en las primeras fases de sus carreras, puestos en el Parlamento de París o en alguna corte similar, que se oponían a los excesos del gobierno autocrático. Además, si muchos de los miembros de la *noblesse de robe* detestaban a la casta de los financieros y de los recaudadores de impuestos, otros se casaban con las hijas de aquellos hombres ricos y prósperos. En realidad, los que se proponían hacer carrera salían de un punto de partida común, pero tenían que recorrer caminos distintos. Un oficial de demandas se convertía en intendente, bien pagado, pero solamente con una comisión temporal, y aprendía a utilizar poderes especiales para servir a los intereses autoritarios de la Corona. Otro se convertía en un funcionario público que respetaba una teoría constitucional según la cual las instituciones históricas «soberanas» eran verdaderamente soberanas, excepto cuando se veían restringidas por el personal y tangible ejercicio de la autoridad personal de una monarquía. Muchos desempeñaron los dos papeles en el curso de sus vidas activas. La fricción entre ambos conceptos de gobierno era evidente. El mismo per-

sonal, en gran parte, servía a los dos. Las probabilidades de un compromiso efectivo entre ellos seguían siendo altas.

Las clases dominantes, aunque divididas, se mantenían, sin embargo, unidas por un interés común frente a la gran masa de la población. Eran gentes ilustradas y, en diversos grados, todos disfrutaban de algún tipo de privilegio legal. La mayoría, en cambio, estaba formada por individuos no ilustrados o incluso analfabetos, sometidos a todo el rigor de una jurisdicción y de un sistema de tributación arbitrarios. Aunque todos los cálculos respecto a la economía de la administración francesa de aquel tiempo deben ser considerados con cierta reserva, parece que la mitad, aproximadamente, de la renta anual bruta, en 1649, era absorbida por el pago de intereses de las deudas y por el costo de la recaudación de impuestos. Estas dos partidas no son claramente distinguibles, porque la ganancia de muchos funcionarios relacionados con la administración de impuestos era el equivalente del pago de intereses sobre el capital que ellos habían adelantado para adquirir aquellos cargos y para explotarlos. Las «rentas» manejadas por el Hôtel de Ville de París salían también, principalmente, de la *taille* y de otros impuestos, y se pagaban, en concepto de intereses, a los que invertían sus ahorros sobre aquella garantía. Otros funcionarios y otros tipos de acreedores de la administración tenían que ser pagados asimismo, en la medida de lo posible, a costa de los ingresos corrientes. Además, la escala del gasto de guerra significaba que los déficit anuales eran enormes. Resultaban imprescindibles nuevos préstamos, que implicaban la enajenación de una cantidad todavía mayor de ingresos, y su anticipación para varios años. El constante descenso del crédito real elevaba la cuota de intereses a una altura ruinosa, lo que producía un nuevo aumento de la deuda. Los detalles pueden ser confusos, pero, al menos, está claro que los impuestos pagados por las masas facilitaban un caudal común para la corte y para toda clase de ser-

vidores o de acreedores del rey. Si el intendente no podía insistir sobre el pago de impuestos por los agobiados campesinos, el recaudador estaba arruinado; y si el recaudador de impuestos estaba arruinado, no podía abonar las debidas sumas de *taille,* de *gabelle* o de las *aides* a los responsables de pagar lo que correspondía al *rentier* o al funcionario público. En 1648, el gobierno de Mazarino y de Ana de Austria intentó diversos métodos para rebajar o para cancelar su antigua deuda a una amplia gama de acreedores, así como para obligarles a contraer otras nuevas: el propósito de una reforma de la administración parecía, por lo tanto, muy fuerte a aquellos hombres amenazados. Pero el difuso derrumbamiento de una administración sólida durante los próximos años les perjudicaba sin más, y ellos preferían, por consiguiente, obedecer a una autocracia no reformada.

En julio de 1648, la oposición de los empleados públicos a las últimas propuestas fiscales de la Regencia les había inducido a desafiar al gobierno. Corporativamente, formaron una asamblea conjunta del Parlamento y de las otras cortes soberanas de París y establecieron un programa de reformas. Se declaraban ilegales el encarcelamiento sin proceso, los nuevos impuestos o la creación de nuevos cargos sin la aprobación del Parlamento, además del nombramiento de intendentes (excepto en las provincias fronterizas). Las *rentes* tenían que ser pagadas más puntualmente. La *taille* propuesta para 1649 fue notablemente rebajada. D'Emeri era destituido, y se nombraba un tribunal especial para hacer comparecer ante la justicia a los financieros fraudulentos. Estos puntos fueron incluidos en una Declaración firmada por Ana el 22 de octubre de 1648, y más o menos confirmada en marzo de 1649. Al menos sobre el papel, la monarquía había sido despojada precisamente de aquellos poderes que tanto Richelieu como Mazarino consideraban esenciales para el buen gobierno. En sustancia, ya que no en teoría, se había conseguido un convenio o tratado entre el

gobernante y los súbditos. Sin embargo, la pretensión del Parlamento de París de actuar como guardián de una limitada monarquía en Francia, impuesta momentáneamente, significó muy poco. No fue más que un factor entre muchos otros, durante un breve periodo de total inestabilidad. Después, el gobierno del rey renació e inmediatamente insistió en que el Parlamento de París se ocupase solamente de la litigación y no de los asuntos del Estado. Una Declaración real de 22 de octubre de 1652 le prohibía intervenir en cuestiones políticas o de hacienda. Con un último impulso de obstinación, en 1655, la asamblea se aventuró a comenzar a discutir algunos decretos fiscales recientes; el joven Luis XIV, en aquella ocasión, entró en el Palais, en traje de caza, prohibió la continuación del debate, y dijo a los presentes (con toda claridad) que él, y no ellos, constituía el Estado en Francia. «L'Etat, c'est moi.» Las consecuencias más importantes de aquel movimiento fueron, probablemente, dos. De igual modo que el rey había aprendido, personalmente, a detestar a los Parlamentos; de igual modo que nadie expresaba mayor odio y desprecio hacia ellos que el joven Colbert, que había entrado al servicio de Mazarino en 1650, un sesgo de aquella clase no podía menos de influir en las mentes de toda una generación de eficaces intendentes y de otros funcionarios públicos de la siguiente generación. Por otra parte, entre ciertos juristas pervivía una actitud de reserva frente a los rigores de la autocracia. Esto salió a la superficie durante el famoso proceso de Nicholas Fouquet, en 1661-1664, y volvió a desaparecer bajo ella hasta el final del reinado.

LOS NOBLES, EL PUEBLO Y LAS PROVINCIAS

La profunda perturbación de los años 1648-1652 no brotó simplemente de los agravios de los funcionarios públicos. Entre la redacción de las reformas en julio de 1648 y su plena aceptación por la regente, en octubre, el gobierno prepa-

ró contramedidas. Un levantamiento popular de protesta estalló en el París central el 25 de agosto, y terminó con la total repulsa del gobierno. En diciembre, Mazarino y Condé –que entonces era su aliado– volvieron a fijar sus planes, retiraron la corte de la capital y reunieron tropas para imponer un bloqueo y aplastar a la oposición. Durante un desgraciado asedio de seis semanas, los parisienses obedecieron a sus dirigentes del Parlamento, que desafiaban a la corte, antes de negociar con ella. La regente tuvo que ratificar sus renuncias de 1648 firmando el tratado de Reuil en marzo de 1649. Nueve meses después, los motines en las calles desempeñaron también un papel en las maniobras que permitieron a Mazarino prender y encarcelar a Condé, a Conti y a Longueville, en enero de 1650; y también cuando Mazarino fue expulsado de París, en febrero de 1651, de modo que Condé regresó triunfalmente. Pero Condé no podía conservar su puesto en la corte, y no tardó en dejarlo para organizar la rebelión. Su campaña le llevó, una vez más, a París, en junio de 1652, cuando los elementos populares se encontraban nuevamente en una situación de febril combatividad. Aquel fue su último esfuerzo y su última oportunidad. La policía y la buena disciplina de París formaron parte, desde entonces, de las grandes preocupaciones de Colbert. Estaba en lo cierto, pero los historiadores todavía no han explicado suficientemente por qué los levantamientos «populares» en París se produjeron, precisamente, en este periodo. Por ejemplo, es posible demostrar que, desde 1645, el precio normal del centeno y del trigo comenzó a subir en los mercados de París. Allí y en algunas otras partes de Francia las existencias de cereales eran, muchas veces, terriblemente escasas, entre 1648 y 1653-1654. Esto coincidía con una aguda depresión económica, de la que, en parte, era también causa. Los jornales y las rentas descendían, el paro y la mortalidad aumentaban. A comienzos de 1648, el número de quiebras bancarias registradas

aumentó también en París. En semejante situación, la amenaza de impuestos aún más altos causaba, naturalmente, una profunda alarma. Por otra parte, las circunstancias no son uniformemente malas durante un periodo no favorable, y las peores cosechas se presentaron en 1647, 1649 y 1651. No se produjeron, como podría esperarse, en 1648 y en 1652. En resumen, es más fácil demostrar que la inestabilidad política y la guerra civil intensificaron las dificultades económicas durante la Fronda, que demostrar que la mala situación económica fue la causa de la inquietud popular en París.

Los rumores, la propaganda y el culto al héroe o el odio popular: cada uno de estos factores pudo ser un estímulo. La génesis del levantamiento de agosto de 1648 es clara. Una amenaza de coerción por parte de las tropas reales cristalizó en el arresto del *parlamentaire* Broussel –un patriarca de cabellos canos, que anteriormente se había destacado por su oposición a los decretos de nuevos impuestos–. Inmediatamente, toda la población de la Île de la Cité –en la que estaba situado el Palais, y donde el comercio se hallaba estrechamente relacionado con la plana mayor y con los clientes de sus tribunales y de otras «cortes soberanas»– se levantó en actitud de protesta. Fue una demostración tanto de los burgueses como del pueblo, colaborando en una espontánea resistencia a la autoridad. Ni la corte ni los tímidos dignatarios del Hôtel de Ville pudieron impedir la reunión de ciudadanos armados ni la erección de barricadas en las calles. En aquella ocasión, Broussel era el héroe que debía ser rescatado, a toda costa. Pero la solidaridad fue pronto sometida a una dura prueba. Los burgueses se alarmaron enseguida ante el espectáculo de violencia que destruía negocios y justificaba los daños contra la propiedad. Sus temores se confirmaron durante el asedio de 1649, y, desde esta fecha en adelante, la antigua organización de sus guardias había de utilizarse, normalmente, con el propósito de

controlar a los elementos más desaforados. Deseaban la ejecución de la autoridad real, después de su primera y única desconfianza hacia ella. El pueblo, o el «populacho», no retrocedió en su camino. Continuó centrando su lealtad en sus hombres predilectos, como Broussel y el duque de Beaufort, y su odio en otras figuras familiares; sobre todo, en Mazarino, pero alternativamente en Condé o en el presidente del Parlamento, Mathieu Molé, cuyo conservador constitucionalismo era totalmente incomprensible para el pueblo sencillo. Y tampoco carecían de aliados. El rasgo más destacado de este periodo de la historia francesa es la trabazón de la oposición aristocrática y parlamentaria a la corte con la inquietud popular en París. Tras los levantamientos de las multitudes en 1648, los políticos avisados se apresuraron a explotarlos y a estimularlos. El más importante de estos manipuladores fue De Retz, el coadjutor y sucesor designado de su tío, el arzobispo de París. Aquel hombre extraordinario, estratégicamente situado en Nôtre-Dame, pronunciaba sus sermones cuando quería, inspiraba una voluminosa literatura impresa, e introdujo al pueblo en la política, durante unos años agitados. Considerado desde el palacio de Versalles una generación después, aquello era un crimen imperdonable.

De Retz era, naturalmente, un noble. Fue la oposición y la facción aristocrática la que más contribuyó a intensificar la perturbación en París, al estimular al Parlamento y a los ciudadanos a resistirse a Mazarino, y a difundirla por el reino, agregándola a los motivos de fricción previamente existentes en las provincias. Cuando Mazarino y Condé decidieron repudiar la Declaración a finales de 1648, y conducir un ejército contra París, De Retz y otros prometieron ayudar al Parlamento. Y cuando la corte, después, abandonó la ciudad, algunos nobles se quedaron. Pronto se les unieron otros. El hermano de Condé, Conti, su hermana la duquesa de Longueville, los duques de Longueville, de

Beaufort, de Bouillon y de Rochefoucauld se unieron en una difícil alianza. Eran volubles, capaces de volverse contra los amigos o de llegar a un acuerdo con un rival, a fin de aplastar a un tercer partido. Fue la suya una variable escuela de política, el arte de utilizar una facción, elevado a un alto grado de perfeccionamiento. Al igual que sus mujeres –las duquesas de Longueville, de Chevreuse, de Nemours y otras–, ellos nunca pensaron seriamente en teorías de gobierno, sino que hicieron una realidad de aquel mundo de la imaginación en el que vivían ya, como asiduos asistentes al teatro y como lectores de novelas. Los héroes de Corneille o de novelas como *El gran Ciro* (dedicada a la duquesa de Longueville en 1649) se veían a menudo comprometidos en mortal contienda con un tirano o con un cruel ministro de un gobernante inocente, y suscitaban las pasiones de la multitud contra la autoridad. Las heroínas apremiaban a sus hombres a audaces estratagemas. Ahora era posible, al fin, representar un papel activo en las funciones teatrales de un escenario más incitante.

Los agravios, la influencia y la actitud de los distintos nobles eran de variada índole. La familia Vendôme, por ejemplo, había sido privada por Richelieu del título y de los emolumentos del almirantazgo y del gobierno de Bretaña. Uno de los Vendôme, el duque de Beaufort, un hombre sencillísimo, nieto de Enrique IV, surgía ahora como ídolo de las multitudes de París. Los miembros de la familia Guise habían sufrido también bajo Richelieu; uno de ellos, Elboeuf, no tardó en declararse a favor del Parlamento en 1649. No se había olvidado que sus antepasados se habían unido a los radicales en París, sesenta años antes. Los magnates protestantes se hallaban implicados también. Richelieu había confiscado al duque de Bouillon su principado de Sedán, próximo a la frontera con Luxemburgo, y el duque intentaba recobrarlo. En 1649, habiéndose rebelado en París, esperaba la ayuda de su hermano Turenne –cuyo

nombre procede de una plaza fuerte de la familia, en el Alto Dordogne–, en aquel momento victorioso general en Alemania y con tropas dispuestas para la acción en cualquier parte, una vez firmada la paz en Munster. Pero Bouillon tenía otras cartas que jugar en otros sitios. Cabía esperar que su suegro, el viejo duque de la Trémouille, levantase un ejército de nobles protestantes en la región de Dordogne. El duque de Saint-Simon, gobernador de Blaye, y el duque de Rochefoucauld, gobernador de Poitou, ambos católicos, tenían agravios similares contra el ministro del rey. Gentes poderosas de esta clase contaban con la ayuda y con la simpatía de grupos mucho más numerosos. El anuncio de Mazarino, en enero, de unos Estados Generales, convocados para reunirse en Orleáns en el mes de marzo, constituyó una contraoferta para pacificar a la nobleza provincial[1]; pero tenía pocas posibilidades de aplacar su profundo resentimiento contra una corte que, según ellos creían, les había tratado con excesiva severidad durante demasiado tiempo, mientras favorecía a una nueva generación de funcionarios advenedizos.

El levantamiento de hombres influyentes en aquellas regiones occidentales amenazaba también con complicar la tarea del mantenimiento del control real en Burdeos. Allí, los disturbios estaban, probablemente, más arraigados que en París. Los duques de Epernon, de la familia más noble de Guiena, habían sido gobernadores de la ciudad desde 1622. Muchos miembros del Parlamento de Burdeos, hombres ricos aliados con los tesoreros provinciales, propietarios de las mejores fincas rústicas y de los mejores viñedos, les detestaban. La municipalidad, dividida entre mercaderes y abogados menores, y en oposición a la alta nobleza de la toga, tendía a obedecer a los gobernadores. Los comerciantes más modestos y los artesanos eran siempre difíciles de contener; muchos habrían tomado parte, seguramente, en el gravísimo levantamiento de 1635. En 1648, Epernon

dio origen a un motín entre el populacho, al permitir la exportación de cereales de los distritos que normalmente abastecían a Burdeos. Comenzó a restaurar el castillo de Château-Trompette, que dominaba la ciudad, y fortificó la cercana Libourne. Las tropas retiradas del frente de Cataluña fueron acuarteladas en Guiena. Las noticias de París provocaban la máxima inquietud, encizañando todas las causas locales de discordia. Los miembros más ancianos del Parlamento acaudillaban la oposición a Epernon. Estaban apoyados, como en ocasiones anteriores y como en París, por las clases más pobres. La municipalidad, al principio, se mostró valiente, tratando de no tomar partido, pero luego hizo causa común con el Parlamento en el desafío a la autoridad del gobernador.

En Normandía, los alineamientos eran diferentes. El duque de Longueville, que era el gobernador, no había sido tenido en cuenta en la rivalidad por un buen número de atractivos cargos, tanto en Normandía como en la corte. En la provincia de su poder ancestral, por lo tanto, el gobernador agregaba ahora una fuerte influencia aristocrática al Parlamento de Ruán, que estaba a matar con Richelieu y con Mazarino, desde hacía muchos años. Estos ministros habían insistido en el recurso conocido como el *semestre,* creando, mediante la venta de cargos, nuevas dignidades de consejeros en el Parlamento y dividiendo después todo el cuerpo de consejeros en dos mitades, cada una de las cuales funcionaba durante seis meses consecutivos. Con esta táctica se reunían fondos para el gobierno, se colocaba a «nuevos» funcionarios al lado de los «viejos», y se hacía para estos más difícil la resistencia a registrar los edictos financieros del rey. El Palais de Ruán, profundamente indignado, recibió con los brazos abiertos la alianza de Longueville; ambos desafiaban a la corte, que, en 1649, se encontró seriamente debilitada por aquella insubordinación en una zona incómodamente próxima a París. En todo caso, los im-

puestos habían sido tan fuertes en Normandía, durante los diez años precedentes, que Ana de Austria –quien en 1647 había evitado cuidadosamente a Ruán, en un viaje de Dieppe a París– no podía contar con la simpatía del pueblo. Los simples ciudadanos odiaban a los intendentes mucho más que a la alta nobleza. El inminente colapso de toda la autoridad real en Normandía contribuyó a persuadir a Mazarino de la conveniencia de arrestar a Condé, a Conti y a Longueville, en enero de 1650.

Las circunstancias en la Provenza eran, al principio, análogas a las de Guiena y Burdeos, pero después se asemejaron más al patrón normando. El gobernador, príncipe de Alais, era nieto del rey Carlos IX. Apoyado por la corte, se había enfrentado con el Parlamento de Aix; la creación y la venta de nuevos cargos, así como la institución del *semestre,* le ocasionaron problemas. Aquel conflicto se resolvió a medias a finales de 1648, se replanteó en enero de 1649, y volvió a resolverse insuficientemente, pero la intermitente violencia de «la guerre du semestre» no terminó hasta el mes de agosto. Se formaron partidos tanto en Aix como en Marsella, y los irascibles políticos municipales de las dos ciudades se lanzaron a la lucha entre el gobernador y el Parlamento. La nobleza provincial estaba dividida también. El desafío general a la autoridad en Francia se unía, evidentemente, a la inquietud que allí reinaba y ofrecía a las discordias locales una oportunidad de estallar con mayor acritud que antes; pero, desde luego, no cambiaba su carácter. En tal confusión se aclaró un punto importante: el parentesco y la simpatía de Alais con Condé. A medida que la desavenencia entre Condé y Mazarino se hacía más amplia en la corte, a finales de 1649, parecía que Alais, en la Provenza, seguía la inspiración de Condé.

En otras partes del país, las antiguas cuestiones políticas no se agravaban, necesariamente, a causa de las noticias de

los disturbios de París y de Burdeos. Bouillon y sus aliados, en efecto, no consiguieron que se rebelasen las provincias de Poitou y de Lemosín; los protestantes se mantuvieron quietos. En Bretaña, el tradicional antagonismo de los Estados y del Parlamento, aunque no se encontraba ya bajo el control de un gobierno central firme, no desembocó en la guerra civil hasta 1651. Pero, en la Francia oriental, lo que se llamó la «guerra de ravage» se extendía a una región tras otra. A partir de 1636, guerrillas enemigas se habían dedicado a hacer incursiones desde el Franco Condado contra Borgoña y Bresse; y continuaron haciéndolas, intermitentemente, hasta 1658. En 1649, las tropas reales no podían mantenerse más que mediante acuartelamientos y requisas implacables en Champagne y en Picardía. Los mercenarios, traídos de regreso de Alemania, infligían enormes daños a la población rural. Las fuerzas utilizadas por Condé para bloquear a París causaron mayores perjuicios a las zonas circundantes que a la propia ciudad. Angélique Arnauld, abadesa del famoso monasterio de Port-Royal des Champs, a unos 40 kilómetros al suroeste de París, ha dejado un terrible relato de la devastación causada por las tropas en los alrededores[2]. Los habitantes fueron despojados de sus alimentos –«si tienen la mitad del pan que necesitan, se consideran afortunados»– y de sus caballos. Llevaban los víveres y los muebles, y los amontonaban en la capilla del monasterio, convencidos de que aquel era el mejor refugio que podían encontrar. Al propio tiempo, la interrupción de las fáciles comunicaciones entre París y las provincias suponía un grave desastre para los negocios en todas partes. La escasísima cosecha de 1649 convirtió los malos tiempos en peores.

LA RUPTURA DEL GOBIERNO

La fase siguiente estuvo dominada por la rivalidad entre Mazarino y Condé. Su difícil alianza se había derrumbado

en el curso de 1649. Condé, unido a los otros miembros de su familia, se hizo tan poderoso que, a comienzos de octubre, Mazarino decidió formalmente no hacer ningún nombramiento oficial importante en el futuro, ni siquiera concertar matrimonio para sus sobrinas y sobrinos, sin el consentimiento del príncipe. Político muy poco hábil, Condé insultó a la reina regente, alarmó a Orleáns, tío del rey, y, a causa de sus pretensiones, se enajenó a algunos importantes, pero versátiles, dirigentes de la nobleza real *frondeur,* como la duquesa de Chevreuse y el propio De Retz. En consecuencia, estos se aliaron con Mazarino. Condé, Conti y Longueville fueron arrestados (18 de enero de 1650). Mazarino disponía de una oportunidad para recuperar el control de los asuntos. No pudo; y no pudo porque los elementos disgregadores de la sociedad se habían hecho tan fuertes durante las recientes insubordinaciones que un gobierno carente del poder y del prestigio de la autoridad personal de un rey resultaba demasiado débil para dominarlos. Los errores tácticos de Mazarino eran ahora menos apreciables, a causa de la debilidad general de una minoría de edad.

La corte trató de consolidarse, en 1650, mediante diversos métodos. El primero fue el de mostrar el estandarte y la persona del rey en las provincias. Los seguidores de Condé, tras el encarcelamiento de este, habían desaparecido de París y buscaban ayuda en otras partes. La corte les perseguía. Los itinerarios son elocuentes: una expedición a Normandía, en febrero; otra, con fuerzas considerables, a Borgoña, donde la influencia hereditaria de la familia Condé era fuerte, en marzo y abril; pero lo más importante fue que la corte y sus tropas atravesaron la Francia occidental, en julio y agosto, para someter los centros de insubordinación y deslealtad, y, sobre todo, para abordar el problema de Burdeos. Luis entró en esta ciudad el 5 de octubre. Mazarino pensó ir a la Provenza, pero su larga ausencia le habría ex-

puesto a peligrosas maniobras en París, de modo que la corte volvió a Fontainebleau en noviembre. Estos itinerarios de una parte del reino a otra habrían sorprendido como costumbre corriente a un gobernante medieval.

El gobierno luchaba también por mantener activa la administración. El canciller, Pierre Séguier, que había sido nombrado por Richelieu en 1635 y permaneció casi constantemente en su cargo hasta que murió, en 1678; Michel Le Tellier, un incansable genio burocrático y secretario de Estado para la guerra, desde 1642; Hugues de Lionne, el hábil director de la diplomacia francesa bajo la orientación de Mazarino: estos hombres continuaban en sus puestos. El nombramiento de Nicholas Fouquet como *procureur-général* en el Parlamento de París otorgó a la corte un leal y experto portavoz donde más lo necesitaba. El Consejo de Estado, el *conseil d'en haut,* había sobrevivido, y se dice que Luis XIV asistió a él, por primera vez en su larga carrera, el 7 de septiembre de 1649, a la edad de once años. Una de las más importantes instituciones centrales de la reciente historia administrativa, el *conseil des depêches,* responsable del gobierno en las provincias, surgió por aquel tiempo. En las provincias, la radical abolición de los intendentes había privado a la corte de sus funcionarios más eficaces. Pero ni Mazarino ni la regente pensaron nunca en cumplir su palabra, y el canciller no tardó en comenzar a enviar oficiales de demandas a diferentes partes del país para supervisar la gestión de los negocios, velando por los intereses del rey. Provocaron una gran alarma en quienes les veían como a lobos con pieles de cordero, y no hay más noticias de ellos en 1651 y 1652. Los oficiales de demandas retornaron a aquel tipo de trabajo en septiembre de 1653, y solo fue cuestión de tiempo el que volvieran a ostentar el título de intendentes como antes, y a disfrutar de poderes extraordinarios similares.

En el primer momento, el arresto de Condé parecía la acción de un gobierno fuerte, decidido a imponer su supremacía dentro del Estado. Por el contrario, los resultados demostraron hasta qué punto eran fuertes en Francia los elementos que seguían actuando como un freno sobre la autoridad real. Se cuenta que un jurista conservador dijo a Ana de Austria, en enero de 1650: «Señora, ¿qué habéis hecho? Esos son hijos de la Casa Real». Eran, en efecto, los grandes más nobles de la nación, y habían sido encarcelados sin proceso. Tal quebrantamiento de las leyes confirmadas en 1648 preocupó incluso a los más prudentes jefes del Parlamento de París. A la vez que temían cualquier repetición de los procedimientos revolucionarios de 1648-1649, consideraban el encarcelamiento de Condé desde el punto de vista constitucional, lo que les reafirmaba en la idea de que el mayor de todos los peligros era la confianza de la reina madre en Mazarino. Los eclesiásticos estaban alarmados también. Les concernía muy especialmente el arresto de Conti, que era uno de los suyos, y un alarmante ataque de aquella índole contra el privilegio legal de la Iglesia les parecía una cuestión de gravedad. Naturalmente, les sirvió asimismo de pretexto para la oposición; y no tardaron en negarse a votar su acostumbrada «libre donación» a la Corona. Cobró nueva fuerza un movimiento en demanda de la convocatoria de unos Estados Generales. El Parlamento se opuso a aquel proyecto, pero los eclesiásticos y los nobles de París lo apoyaron. Igualmente importante, existía también una corriente leal a Condé. Las *Memoirs* de Pierre Lenet muestran patéticamente cómo recibió la noticia del arresto un servidor y protegido de la familia: era una acción cobarde y tiránica contra el salvador del Estado, vencedor en Rocroi en 1643 y en París en 1649. ¡El país tenía que levantarse para arrojar al intrigante cardenal extranjero! La familia de Chantilly, donde vivían la princesa viuda y la princesa y el infante heredero, donde la espléndida corte de

los Condé era mantenida por un círculo de nobles, de funcionarios y de señores, creía implícitamente que los enemigos del rey habían perpetrado una gran injusticia. Decidieron recurrir ante el Parlamento de París contra la arbitraria detención de un par –con su propio asiento honorario en el Parlamento–, mientras la joven princesa se dirigía hacia el Sur y el Oeste, para levantar el país; Berry y Bourbonnais, dominadas por el castillo de Montrond Saint-Armand, eran tierras de los Condé. Se esperaba la ayuda de Rochefoucauld, Bouillon, Saint-Simon y otros. El viaje de la princesa no justificó plenamente aquellas esperanzas, pero ella logró la participación de Burdeos. Las gentes humildes fueron las primeras en darle la bienvenida, y el Parlamento y la municipalidad las siguieron. La influencia de los Condé tenía sólidas raíces en la ciudad.

En enero de 1651, los posibles alineamientos y, en realidad, todo el sistema de acontecimientos que seguían a cada una de las crisis importantes se habían hecho repugnantemente familiares a los observadores. Cuando la balanza de la influencia se inclinaba demasiado en favor de Mazarino y de la regente, ciertas cortes y facciones territoriales sabían aliarse con el Parlamento contra ellos. También acertaban a introducir en el juego a los elementos populares de París, mientras las provincias se hallaban demasiado inquietas para ayudar a la corte. Esta era la situación en la primera mitad de 1649, a pesar de que Mazarino disfrutaba de la ventaja de la lealtad de Condé. Cuando el propio Condé amenazó con aumentar su poder, a finales de 1649, Mazarino recibió el apoyo de diversos grupos que anteriormente se le oponían. Pero en enero de 1651 los mismos grupos de nobles *frondeur,* además del Parlamento y del pueblo, entraron en acción contra el gobierno. Mazarino esperaba dominar la tormenta poniendo en libertad a Condé, con ciertas condiciones, pero lo que ocurrió después le demostró muy pronto que estaba en un profundo error. El Palais-Royal es-

tuvo sitiado por el pueblo durante dos semanas, con el rey y la reina madre prisioneros, prácticamente, durante un periodo más largo aún. Condé regresó tranquilamente a París. El cardenal corrió a refugiarse cerca de Cologne. Momentáneamente, toda la administración se debilitó. Mazarino continuaba aconsejando a Ana de Austria por correspondencia, pero la influencia de la reina-madre alcanzó entonces su punto más bajo. Séguier, Le Tellier, Lionne y otros ministros fueron acusados por el duque de Orleáns (cuyo círculo de cortesanos y parientes se mostraba cada vez más decidido) o por Condé. Fueron destituidos, pero no tardaron en volver al servicio, pues en su época eran funcionarios indispensables para cualquier gobierno de Francia. Los partidos de Orleáns y de Condé se enfrentaron en seguida. Pero los esfuerzos de Condé para conseguir un práctico y auténtico predominio automáticamente pusieron en movimiento, una vez más, el fatal mecanismo que unía, a intervalos, una facción con otra, a fin de lograr una alianza suficientemente sólida para aplastar a la otra facción, ahora deliberadamente aislada. Y hubo también otras líneas de disgregación. El Parlamento de París seguía viendo con recelo la pretendida convocatoria de unos Estados Generales. También votó que, en el futuro, todos los cardenales fuesen excluidos del gobierno real, lo que irritó al clero en general y a De Retz en particular, pues este trataba de conseguir la ayuda de la regente para alcanzar del papa, precisamente, el nombramiento de cardenal, con la esperanza de ocupar el puesto de Mazarino. En realidad, De Retz estaba inclinándose a la acción contra Condé, al que la regente y las facciones se disponían a arrestar por segunda vez.

Condé era un político intransigente y disparatado, que no acertaba a sacar todo el beneficio posible de su gran influencia. No sabía resignarse a ninguna pérdida de poder, pero el poder se le escurría incesantemente de las manos, a medida que se enajenaba posibles seguidores aristocráticos

y ministeriales, grupos en el Parlamento de París y simples ciudadanos que temían a los desórdenes de otra rebelión. Ambos bandos estuvieron al borde de la violencia durante unos días, en agosto de 1651, hasta que se volvieron atrás, cautelosamente, prefiriendo esperar a ver si la próxima declaración de mayoría de edad de Luis XIV resolvía, de algún modo, la crisis. El ceremonial que puso fin a la minoría de edad en el mes de septiembre, y con ella a los poderes especiales de Ana como regente y de Orleáns como lugarteniente general, no logró nada de eso. Cuando Condé pidió un voto en todos los nombramientos de cargos hechos bajo el nuevo régimen, se envió a Chantilly una negativa categórica, por lo que Condé salió inmediatamente para el Sur, con el fin de levantar al país. El irascible carácter de Condé, así como su posición social hereditaria, causaron terribles desgracias durante los doce meses siguientes, pero hay algo que debe señalarse en cuanto al punto de vista de que fue obligado a la rebelión.

Mazarino se sentía menospreciado también. Se había publicado una declaración real que le condenaba como consejero corrompido y le prohibía volver a entrar nunca en Francia. Es verdad que recibió secretas garantías del favor del rey, pero tanto Condé como el cardenal tenían razones para pensar que los que ahora se encontraban más próximos a la Corona rechazaban al uno y al otro. El predominio final de Mazarino, del que Condé fue involuntariamente responsable, habría asombrado a la mayoría de los observadores en 1651.

LA LUCHA POR PARÍS

El eclipse de la monarquía en el interior de Francia y en Europa fue puesto de relieve, notoriamente, por Condé. La política mediterránea de Mazarino se había derrumbado ya. La última avanzada francesa en la línea costera toscana, así como Tortosa en España, cayeron en poder de los castella-

nos en 1650. El jefe de las fuerzas de Luis en Cataluña ordenó el regreso de su caballería para ayudar en Francia a los rebeldes, y Felipe IV ofreció al príncipe hombres, dinero y barcos. Los barcos navegarían por el estuario de La Gironda. Las tropas entrarían en Champagne desde los Países Bajos. El duque de Nemours, que se había unido a Condé en su fuga de París, preparaba la introducción en Francia de una fuerza de 8.000 mercenarios alemanes, puesta a su disposición por el virrey de Felipe en Bruselas. Bastan los nombres de sus coroneles –Hohenlohe, Kinski y Fürstenberg– para comprender que la tropa formada en la Guerra de los Treinta Años se trasladaba, sencillamente, de un terreno a otro. Pero esto no era todo. La corte francesa autorizó a los comandantes de las ciudades fronterizas para que permitiesen al duque de Lorena la entrada en el país, con sus filibusteros. Su ayuda era una aportación más que dudosa, y su capacidad de infligir graves daños a las poblaciones rurales era indiscutible. Durante un tiempo limitado, la Francia de 1651-1652 se asemejaba a la Polonia de 1655-1658.

En muchas regiones, durante la minoría de edad, un rasgo sobresaliente de la vida provincial francesa consistía en la posibilidad de las noblezas territoriales (y de los miembros de ciertos Parlamentos) de reunir tropas de la clase media y del campesinado. Otro consistía en la gran influencia de la misma nobleza en ciudades como París, Burdeos, Orleáns y Angers. Intimidaban a las corporaciones municipales, lograban el apoyo de las poblaciones urbanas, y, en caso necesario, incitaban a unas contra las otras. Sin embargo, poco a poco fue viéndose con toda claridad que el apoyo a Condé tenía una base demasiado estrecha para darle una auténtica posibilidad de triunfo. Su antiguo aliado, Longueville, se negó a intervenir, de modo que Normandía quedó al margen de la lucha. Los desórdenes en Bretaña y en la Provenza quedaban demasiado lejos para influir en

ella. Condé contaba principalmente con amigos útiles en zonas como Anjou, Poitou y Lemosín, y con su influencia hereditaria en la Francia central. Sobre todo, esperaba explotar la situación en Burdeos, donde entró en el mes de septiembre. Allí, los radicales se habían organizado en un cuerpo insurreccional conocido como la «Ormée» (la «Olmeda», por los olmos que había en una plaza donde, al principio, se reunían para tomar decisiones conjuntas), estaban en contacto con los revolucionarios ingleses, de modo que su pensamiento político se hallaba influido por un cierto tinte de la auténtica doctrina «leveller» (niveladora), y eran suficientemente fuertes para contrarrestar el creciente conservadurismo de los burgueses, en quienes sus puntos de vista producían verdadera alarma, y ahora se aliaban con Condé. Uno de los grupos del Parlamento de Burdeos también le apoyó. Pero resultó que la ciudad no era más que una base cómoda, y él fue incapaz de someter al país, más allá de la Gironda o del Garona. La llegada de barcos españoles al estuario aumentó la tensión en el interior de Burdeos. Mientras el rey, la corte y el ejército real tenían sus bases en Poitiers, los seguidores de Condé trataban de mantener en actitud levantisca los distritos del Loira, y Nemours se les unió con sus mercenarios. Sopesando todas las posibilidades a comienzos de 1652, Condé se decidió a romper el estancamiento militar en torno a Burdeos y a realizar una incursión hacia el Norte. Se reunió con sus confederados, no lejos de Orleáns, el 1 de abril, tuvo éxito en una brillante y breve campaña, estuvo a punto de capturar a Luis en persona y avanzó rápidamente sobre París, dejando a sus tropas que le siguieran. Fue una operación desesperada, con profundas consecuencias para la historia del reinado de Luis XIV.

Los sentimientos en la capital eran apasionados y estaban divididos. Es fácil comprender que muchas gentes temiesen que la llegada de Condé desembocase, automáticamente, en

desórdenes y matanzas. La actitud de una mayoría en el Parlamento y en otras cortes soberanas, y de los «bons bourgeois», nunca ofreció la menor duda. De Retz, nombrado ahora cardenal, temía al hombre a quien él más había injuriado. Pero el duque de Orleáns en su palacio, el Luxemburgo, excéntrico como siempre y ya sin el cargo de lugarteniente general, estaba persuadido de que la libertad del príncipe real debía ser apoyada contra una tiranía ejercida en nombre del rey. En su entorno había algunos eficaces agitadores; y circularon nuevos panfletos con proclamas antirrealistas, que llegaban hasta el republicanismo. Lo más importante de todo era que algunas gentes de todas las clases sociales actuaban impulsadas por el odio a Mazarino. Antes de finales de 1651 se supo que la corte, influida por Ana de Austria, volvía su mirada, una vez más, hacia el cardenal, mientras combatía al príncipe; pero la táctica de Ana hizo mucho más fácil para Condé el atraerse las simpatías de aquellos para quienes la repulsa de Mazarino constituía el principio y el fin de todo pensamiento político. «Vive le roi et les princes et point de Mazarin» era su grito, momentáneamente sustituido por la antigua y duradera aspiración popular de «Vive le roi sans taille et sans gabelle».

En realidad, el cardenal no tardó en jugar fuerte de nuevo. Levantó un pequeño ejército mediante generosas ofertas a las tropas sin empleo que se encontraban en la Renania. Se procuró una invitación privada de Ana y de Luis para ir a la corte, y luego consiguió la anulación formal por el gobierno francés del decreto de destierro. A finales de enero de 1652, estaba en Poitiers con eficaces refuerzos. Había persuadido también a Turenne de que llegase a un acuerdo con la Corona, tras varios años de antagonismo, de modo que disponía de un general de primera categoría para enfrentarse a Condé. Pero su regreso endureció aún más a la oposición. Para ciertos nobles, para determinados miembros del Parlamento y para elementos muy inferiores en la

escala social, aquello era una provocación intolerable. Justificaba la resistencia ante las fuerzas reales enviadas contra Condé. Justificaba incluso la petición de ayuda formulada por Condé a los comandantes españoles que se hallaban en la frontera y al duque de Lorena.

La batalla por París se libró, encarnizadamente, desde abril hasta junio. Fuera de las murallas, los ejércitos a las órdenes de Turenne, de Condé y de Lorena cortaban los pasos con sendas de destrucción. Para los habitantes de la ciudad, había sido una gran fortuna que una parte considerable de sus alimentos procediera, normalmente, de las cercanías inmediatas, y muchos no necesitaban los cereales que llegaban a los mercados de la ciudad desde lugares más lejanos; ambas fuentes de recursos estaban ahora reducidas a una mínima expresión. El Parlamento y el Hôtel de Ville se encargaban de la provisión de hombres a las guarniciones de las murallas, y se negaban a admitir nada de las tropas combatientes. Sectores del pueblo se mostraban cada vez más inquietos. Los agentes de Condé, con el apoyo de la familia de Orleáns que se hallaba en el Luxemburgo, les estimulaban a atacar a todos los sospechosos de oponerse a los príncipes. La ordenada gestión de los asuntos en el Palais tocó a su fin, aunque un pequeño grupo de *parlementaires* –con el viejo matasiete de Broussel a la cabeza– apoyaba calurosamente a Condé. La hostilidad a Mazarino seguía siendo el grito de guerra y el pretexto para negarse a obedecer a la corte, pero no tardó en imponerse una repulsa más radical a toda autoridad. O así lo creyeron los hombres pacíficos, mientras la municipalidad trataba inútilmente de mantener el orden. A comienzos de julio, se convocó en el Hôtel de Ville una asamblea extraordinaria de notables de todos los barrios de la ciudad, a fin de adoptar nuevas medidas para proteger la vida y la propiedad.

En aquel momento, la lucha militar fuera de las murallas se recrudeció. Al fin, Turenne consiguió lanzar un ataque contra las tropas de Condé alrededor del suburbio de St. Antoine, cerca de la Bastilla. Se vieron obligados a retroceder hasta la puerta de la ciudad, pero la presión dentro de la ciudad se incrementó demasiado para permitirles una retirada segura. Las autoridades dieron paso a Condé, pero no a Turenne. Los exhaustos soldados del príncipe rebelde habían entrado, al fin, en París; y, dos días después, Condé los utilizaba para coaccionar a los diputados y convocarlos al Hôtel de Ville. La matanza que se produjo el 4 de julio de 1652 fue el cenit y el ocaso de la Fronda. Tanto como cualquier otro acontecimiento aislado pudiera hacerlo, aquella matanza contribuyó al futuro predominio de Luis XIV. Los soldados se apostaron alrededor del edificio. Los diputados llegaron. Condé, indudablemente debilitado por el cansancio después de la batalla, no acertó a juzgar la situación serenamente. Cuando la tendencia del debate en la asamblea no le satisfizo, autorizó a sus hombres a hacer lo que ellos –y él– deseaban. Se produjo una descarga cerrada y una matanza, los guardias municipales se batieron en retirada, y, por último, el edificio fue incendiado. No es posible decir cuántos se asfixiaron o se abrasaron vivos; pero el descrédito de Condé y de Orleáns fue, inmediatamente, total. Ya no podían controlar a sus tropas. Su esquema para organizar un gobierno provisional al mando de Orleáns como lugarteniente general –un título que le había sido otorgado por lo que aún subsistía del Parlamento en el Palais– se vino abajo. Este organismo decretó subidas de impuestos, sin ton ni son. Los precios subían también rápidamente. La corte real convocó a los miembros del Parlamento y a las juntas que aumentaban rápidamente para que se reuniesen en Pontoise, y adoptaron la decisión de preparar una destitución temporal de Mazarino. La burguesía fue estimulada a expulsar una delegación leal al rey. La última es-

peranza de Condé –la de que el duque de Lorena acudiría en su ayuda– brilló por un instante, y se apagó. El duque se acercó a París una vez más, y en seguida prefirió retirarse. Condé le acompañó a Flandes, para servir al rey de España. El gobierno había triunfado en el punto vital, precisamente en París.

La pacificación de Guiena continuó en julio de 1653, tras un crecimiento realista, que acabó mostrándose suficientemente fuerte para derrotar al partido de la «Ormée», en una dura lucha en las calles. Los españoles abandonaron el estuario de la Gironda. Conti y la duquesa de Longueville, al igual que el duque de Orleáns, permanecieron en Francia, pero privados de toda posibilidad de acción. De Retz fue encarcelado inmediatamente después, antes de escapar a Roma. Mazarino volvió de Champagne, para ejercer el poder durante el resto de su vida.

Con frecuencia se considera que los complejos acontecimientos de la Fronda no valen el trabajo de describirlos. Hubo entonces una serie de levantamientos que, si no fueron precisamente un juego peligroso de unos cortesanos desocupados, tampoco estuvieron nunca relacionados con ningún fermento importante, ni espiritual ni intelectual. En París no surgió ningún caudillo popular inteligente, y, en cambio, la mejor literatura francesa de protesta de aquella época es bastante pobre, comparada con los mejores panfletos «leveller» de Inglaterra. La reacción conservadora que sobrevino inmediatamente obligó al gobierno y a la sociedad a volver a la asfixiante disciplina impuesta primero por el cardenal Richelieu, e intensificada después por Colbert. Un punto de vista contrario sostiene que la Fronda fue la importante culminación de un largo movimiento de resistencia de las clases trabajadoras frente al feudalismo y el absolutismo. Se arguye que los *frondeurs,* en 1648-1652, fueron empujados por las masas, y, tras la derrota de los

primeros, las segundas comenzaron, desesperadamente, un segundo ciclo de levantamientos campesinos que se produjeron, a intervalos, durante veinte años más. Indudablemente, muchos nobles provinciales, víctimas de la fuerte presión real desde 1630 y de las malas condiciones económicas que aumentaban los precios y rebajaban las rentas (en determinadas zonas), buscaron un alivio, desesperadamente, en 1648. Por eso insistieron en el viejo remedio tradicional: la convocatoria de unos Estados Generales. La corte parecía dispuesta a satisfacer aquella demanda en 1649 y también en 1651, de modo que Francia estuvo al borde de modificaciones mucho más severas de la monarquía absoluta de Richelieu, que las que en realidad fueron concedidas durante breve tiempo. Así pues, el levantamiento político no fue precisamente un conjunto de resentimientos aristocráticos, sino algo que se acercó mucho a una especie de revolución, y que dependía, en gran parte, de la personalidad de Condé. Lo que parece indiscutible es que la Fronda, con la terrible recesión económica y demográfica que coincidió con ella[3], tuvo un efecto previsible sobre la historia francesa posterior. Se desacreditó la oposición, y se consolidó la autoridad real. Durante décadas, la clase adinerada y los intelectuales como conjunto prefirieron servir a la monarquía. Algunos se refugiaron en la controversia religiosa, que les daba una oportunidad de desafiar a la autoridad, sin correr el riesgo de provocar verdaderos problemas; y por eso el Estado permaneció siempre extraordinariamente sensible ante los imaginarios peligros de la desobediencia jansenista. Pero el ascendiente de Luis XIV en Francia se debía, en gran parte, a la aceptación de la autocracia, así como a su imposición, tras un periodo de intensa inquietud unida a tremendas penalidades. Se desarrolló el hábito de la obediencia, y se debilitó el instinto de la protesta. Esto fue especialmente cierto en lo que a París se refiere; y, en el siglo XVII, si ciudades como París, Estambul, Moscú o Londres,

centros de población y riqueza en un mundo escasamente poblado, se mostraban dóciles, el gobierno estaba seguro.

Los acontecimientos de 1649, y aún más los de 1652, acercaron a las zonas que rodeaban la capital las miserias ya habituales más al Este, donde las tropas francesas y de otros países habían agobiado a los distritos rurales durante muchos años, y también hacia el Oeste, en las principales zonas de conflictos agrarios. Hombres como san Vicente de Paúl y Charles Baignart de Bernières, deseosos de aliviar los sufrimientos, hacían colectas de dinero y de víveres en París y organizaban su distribución en las zonas exteriores más infortunadas. En 1652, comprobaron que el problema era casi igualmente grave en zonas más cercanas, y comenzaron a prestar más ayuda a los ancianos y a los indigentes, a los niños abandonados y a los inválidos, de las densas parroquias de la ciudad. Pero no debemos exagerar este cuadro; la vida continuó durante los peores momentos de la larga crisis. Jean Racine, un huérfano, perdió a su abuelo y tutor, que murió en 1649. La abuela llevó al muchacho a Port-Royal des Champs. La primera enseñanza de Racine a cargo de los maestros jansenistas coincidió, por lo tanto, con la Fronda; la desgracia personal, no la pública, presidió sus primeros pasos. También en 1648, la familia Pascal abandonó Ruán y se estableció en París. Para Blaise Pascal, los años siguientes constituyeron un periodo de extremada tensión intelectual. Continuó sus investigaciones científicas; su primera experiencia religiosa fue asimilada, aunque un tanto laboriosamente. Jacqueline, su hermana, fue más directa; esperó a que su padre muriese, y luego, en 1652, entró en Port-Royal como novicia. Hay un detalle que es digno de mención. Los biógrafos han examinado las transacciones económicas entre Blaise y Jacqueline en el otoño de 1651, después de la muerte de su padre. Tales transacciones muestran a una familia francesa considerablemente rica, que sobrevivió a las perturbaciones de París con la mayor

parte de sus bienes intacta. La hermana transfirió su herencia al hermano, en parte bajo la forma de préstamos a particulares, pendientes de pago, y en parte como *rentes* sobre el Hôtel de Ville. Tenía que renunciar a aquellos bienes si se hacía monja, percibiendo a cambio una renta anual que su hermano se comprometía a pagar. Era aquel un contrato complejo, pero juristas y notarios dieron vueltas y más vueltas al asunto, hasta que, por último, acertaron a cumplir los deseos de sus difíciles clientes, mientras la Fronda continuaba. Gentes de esta clase anteponían a todo la seguridad y la propiedad. Los catastróficos acontecimientos de 1652, como la agitación de tres y cuatro años antes, contribuyeron a paralizar sus instintos políticos durante un siglo más.

[1] Las asambleas locales que se reunían para preparar aquel congreso fueron suspendidas, por instrucciones reales, en septiembre de 1649.

[2] A. Feillet, *La misère au temps de la Fronde* (ed. 1886), pp. 127-128.

[3] Debe tenerse en cuenta que los desastres económicos y demográficos de Francia en 1691-1696 fueron comparables en escala con los de 1648-1653. Los cambios políticos en el intervalo entre los dos periodos fueron determinantes.

IV. LA SUPERVIVENCIA DE ESPAÑA

CATALUÑA Y NÁPOLES RECUPERADAS

Los síntomas de la decadencia española estaban ya claros para muchos observadores en 1648, aunque los desórdenes de Francia venían a disimularlos; pero la supervivencia de un gran número de dominios bajo el gobierno de los Habsburgo es el aspecto verdaderamente notable de este periodo. Con la erupción de extensos movimientos rebeldes desde 1640, no era, en absoluto, una conclusión previsible que el volumen de aquel inmenso imperio había de seguir preocupando a los estadistas europeos, con lo que para ellos sería su más grave problema durante cincuenta años más.

Un famoso texto de la carrera del cardenal Mazarino es una instrucción de enero de 1646 a sus enviados, en el sentido de que se ofreciesen a devolver Cataluña, a cambio de una entrega de los Países Bajos españoles a Francia. Se ha pretendido demostrar que Mazarino deseaba sacrificar las recientes conquistas al sur de los Pirineos, a fin de mejorar las vitales y vulnerables defensas al este de París. Los catalanes, tras haberse levantado contra Felipe IV en 1640, habían transferido su obediencia al rey de Francia. Luis XIII en persona entró en Perpiñán triunfalmente. Rosas fue conquistada en 1645, y Lérida en 1648. Los virreyes franceses residían en Barcelona. Sin embargo, se supone que Mazarino consideraba a Cataluña solamente como un valioso peón en el juego diplomático, utilizable como pieza de regateo cuando se iniciasen las negociaciones para un acuerdo. Este punto de vista es, seguramente, erróneo. En la cumbre de sus éxitos, Mazarino proyectaba una fundamental reforma en el régimen de condiciones del mundo mediterráneo, con el poder de los Borbón firmemente asentado al sur de los Alpes y al sur de los Pirineos. La soberanía es-

pañola en Nápoles y en Cataluña, las guarniciones en Toscania, debían desaparecer. La influencia de Felipe en Roma y en Génova sería severamente recortada. Además, el esfuerzo militar francés más importante abandonó otras orientaciones, dedicándose a la expansión hacia el Sur. La emigración francesa más allá de los Pirineos, tanto la estacional como la permanente, que alcanzó su punto culminante a comienzos del siglo XVII, se había concentrado en Cataluña. Los lazos comerciales entre Marsella y Barcelona eran muy estrechos, utilizando Marsella los beneficios en metálico de este comercio para pagar las importaciones procedentes de Levante; y, aunque los tiempos fueron malos con posterioridad a 1640, se sabe que los hombres de negocios franceses iban ganando terreno en Barcelona. Algunos franceses estaban también convencidos de que su rey no hacía más que afirmar, justamente, su inalienable derecho de soberanía sobre los Pirineos y Cataluña. Su aspiración a reinar se basaba en antiguos títulos y tratados que los franceses consideraban intachables. El obispo de Conflans, Pierre La Marca, el comisario permanente de París acreditado en Barcelona, era el docto paladín de este punto de vista; y su gran infolio, publicado muchos años después, la *Marca hispánica,* contiene la justificación de las aspiraciones de los Borbones a la soberanía sobre antiguas posesiones de los condes de Tolosa y de los reyes de Navarra, ahora heredados por los reyes de Francia.

Ya con anterioridad a 1648, el gobierno de Madrid se esforzaba por reparar pasados errores de Cataluña, garantizando las libertades de la antigua constitución, que parecían haber estado amenazadas por Olivares. Este propósito se veía favorecido por la creciente impopularidad de la nueva administración, que contaba con el apoyo francés. La soldadesca, como siempre, se indisponía con la población rural, que, en todo caso, venía sufriendo una serie de pobres cosechas. El fracaso de la rebelión en Nápoles fue se-

guido por las noticias de la creciente parálisis en el interior de Francia; ambos factores estimulaban a los españoles a presionar. Cuando Mazarino encarceló a Condé, en enero de 1650, ordenó también a La Marca que detuviese a Marsin, un aliado de Condé que mandaba las fuerzas francesas en Cataluña. Los castellanos comenzaron un lento, pero constante avance, valle del Ebro abajo, hacia Barcelona. Trajeron al virrey de Nápoles –don Juan, hijo natural de Felipe–, con una flota de Nápoles y de Palermo y con tropas alemanas del norte de Italia, a través del Mediterráneo, para comenzar un bloqueo a la ciudad a finales de 1651. El doble efecto de la escasez de víveres y de una epidemia alcanzó después su punto culminante, mientras la posición francesa en Cataluña empeoraba a causa de la renovada crisis en Francia. La liberación de Condé dio lugar, a su vez, a la liberación de Marsin de su prisión de Perpiñán; cruzó, de nuevo, la cordillera, para volver a mandar las tropas, mientras La Marca, caído en desgracia, tenía que retirarse. Finalmente, el propio Marsin corrió a prestar ayuda a Condé en Burdeos. Aunque los españoles encontraban muchas dificultades para reunir un ejército suficiente, y había muchos aplazamientos, Barcelona acabó cayendo en octubre de 1652. Mazarino interpretó este hecho, acertadamente, como un desastre de primera magnitud. Los rebeldes catalanes tuvieron que formar un gobierno *émigré* en Perpiñán, mientras don Juan comenzaba, con aceptable fortuna, a enfrentarse con los múltiples problemas de la administración de la provincia reconquistada. Logró el apoyo del clero, y las nuevas autoridades de Cataluña se mostraron firmes en su política monetaria, poniendo fin a la circulación legal de un gran volumen de moneda inflacionaria. Las circunstancias mejoraron lentamente, en los últimos años de la década de 1650.

Mazarino no abandonó la lucha, en absoluto. Cada año, desde 1653 a 1656, los franceses se afirmaban en una limi-

tada dirección. Desde su base en Rosas y desde otros puntos de la antigua frontera, se introducían en territorio español, a lo largo de los Pirineos. Solo en 1657 se contentaron con defender los puntos ya conquistados. En realidad, la guerra de cerca de veinte años dictaba a los negociadores de 1658-1659 el plan general de un acuerdo: Francia no podía conservar su reciente conquista de Cataluña; España no podía conservar su antiguo dominio sobre el Rosellón. Las actuaciones de una comisión de expertos, encargados por el tratado de paz de trazar la nueva frontera en todos sus detalles, ofrecen un gran interés. La Marca luchó como un tigre por asegurar las máximas ventajas para Luis XIV, sobre la base de su antiguo derecho. No se daba cuenta, en modo alguno, de que los Pirineos constituían una frontera «natural» o una frontera militar. Pero el resultado consistió en el trazado de la frontera a lo largo de la faja montañosa, haciendo caso omiso de la antigua comunidad cultural del Rosellón y de Cataluña. El gobierno francés no tardó en introducir la *gabelle* en su nueva conquista, pero el *conseil souverain* formado en Perpiñán estaba compuesto, en parte, por *émigrés* catalanes. Los españoles seguían esperando una insurrección allí, en 1674, pero, por el contrario, es de señalar la evidente buena disposición con que el pueblo de Barcelona aceptó la pérdida del Rosellón por el tratado de 1659. A ello contribuyeron, en cierta medida, su tradicional aversión y su rivalidad con los ciudadanos de Perpiñán. Aquellas cláusulas pirenaicas constituyeron la parte más duradera del tratado de los Pirineos.

La rebelión catalana había representado un grave desafío para el gobierno de Madrid, lo que no puede decirse de los levantamientos de Palermo o de Nápoles en 1647-1649. Estos levantamientos asustaron a los españoles, pero era mucho más difícil para Mazarino intervenir eficazmente en uno u otro punto, mientras que el desafío local a Felipe IV le resultaba, en realidad, menos grave.

Los virreyes de Sicilia y de Nápoles carecían, sencillamente, de la fuerza necesaria para restablecer el orden, inmediatamente, en las grandes ciudades, una vez desbordadas las multitudes. En 1647, la escasez de grano había llegado a ser tal en Sicilia (una tierra exportadora de cereales, en los años buenos), que la municipalidad de Palermo ya no pudo mantener bajos los precios del pan, más que permitiendo una reducción en el tamaño de las hogazas, en un momento en que las personas hambrientas llegaban de los distritos rurales en verdaderas muchedumbres. Estallaron motines, y un hombre, en especial –Giuseppe d'Alessio–, se adelantó a acaudillar a los que eran mucho más pobres que él. Era ambicioso, y su educación y sus instintos se conjugaban para inflamar su lenguaje con el antiguo ideal republicano de la igualdad de los ciudadanos. Los ricos y la nobleza terrateniente monopolizaban, en realidad, el gobierno municipal en Palermo, y D'Alessio dotó de fuerza explosiva a la opinión que muchos expresaban en la calle de que los ricos y los privilegiados se beneficiaban de la miseria común. Momentáneamente, el virrey tuvo que ceder, y D'Alessio ocupó el cargo de «síndico» de la ciudad. Pocas semanas después, una nueva combinación de fuerzas, que incluía al virrey, al jefe de la Inquisición, a muchos nobles, a muchos dirigentes de los gremios y a una parte del pueblo, le había derribado, dándole muerte: tan débil fue el apoyo que D'Alessio había encontrado sobre la base de su programa de un gobierno mejor, de unos impuestos más bajos, de un abaratamiento del pan y de la exclusión de la municipalidad de los nobles que no fuesen ciudadanos de Palermo. En efecto, las clases adineradas se aliaron de nuevo con el virrey, en quien veían la garantía de la paz y de la disciplina internas que convenían a sus intereses. La breve insubordinación de Palermo encontró ecos en los distritos rurales, en los que había signos de verdadera tensión entre la clase media y los campesinos, y también en ciudades como Siracusa

y Catania, donde los fuertes impuestos sobre el comercio de la seda parecen haber sido el principal motivo de queja. Durante la crisis, Mesina no planteó dificultades a Madrid. El viejo antagonismo de esta ciudad y Palermo constituía un útil apoyo para la soberanía española en Sicilia.

La inquietud en Nápoles alcanzó mayores dimensiones. El equivalente de d'Alessio no fue aquí el famoso Masaniello, el pescadero que fue asesinado nueve días después de dirigir a la multitud en una protesta contra un nuevo impuesto sobre la fruta y luego recibió un maravilloso funeral, la figura que se convirtió en el icono de la revolución popular en las décadas siguiente. Más bien, en ciertos aspectos, el equivalente de Broussel, el *parlementaire* de París, fue Giulio Genoino. Hombre de avanzada edad, radical prudente, creía que el pueblo había sido arrojado de su legítimo lugar en la municipalidad y luego oprimido por los ricos, que compraban títulos de nobleza y prosperaban gracias a la recaudación de impuestos que aumentaban el precio del pan y de la fruta. Utilizaba los ídolos de la multitud para conseguir puestos para sí mismo, y proyectaba una nueva forma de gobierno municipal, en la que los representantes del pueblo y la antigua y legítima nobleza uniesen sus fuerzas para el bien común. Pero en Nápoles era mucho más perceptible que en Sicilia un elemento *frondeur,* es decir, la disposición de los nobles a explotar la crisis; y, al igual que los *frondeurs* de París, esperaban la ayuda exterior. Después de todo, durante más de un siglo, el impulso tradicional de los pocos que se oponían activamente a la dominación española en el reino había consistido en mirar a Francia. Además, el muy influyente cardenal arzobispo de Nápoles, Filomarino, se hallaba estrechamente relacionado con el partido francófilo de Italia. Hombre de orígenes humildes, colocado en una posición de gran poderío, parece haberse malquistado con la nobleza y con el virrey, y simpatizado con el pueblo. Pudo desempeñar y desempeñó un

papel tortuoso, pues, si se presentaba la ocasión, también estaba dispuesto a aceptar la intervención francesa.

Por aquel tiempo, Mazarino estaba empeñado en cambios de largo alcance en Italia. Presionaba al duque de Módena para que atacase a los españoles en Lombardía. Recuperándose de sus anteriores reveses en sus negociaciones con el papa Inocencio X, un formidable adversario político, había reconstituido la influencia francesa en Roma. Utilizó su flota, en 1646, para arrebatar a las guarniciones españolas los provechosos puertos que poseían en Elba y en Toscana. Pero las derrotas navales francesas de diciembre de 1647 y de agosto de 1648 fueron decisivas para la posterior historia de la Italia meridional. Con anterioridad a la primera de estas fechas, llegaron a la bahía de Nápoles refuerzos de España al mando de Don Juan. Las fricciones entre los muchos enemigos del virrey habían provocado ya la muerte violenta de Masaniello y la eliminación de Genuino, mientras los nuevos caudillos populares reaccionaban ahora ante el incremento de la presión española –procedentes de los barcos de Don Juan y de determinados puntos fortificados que se mantenían firmes dentro de la ciudad–, proclamando una república. Después llegó de Roma, sin permiso de Mazarino, un pretendiente francés, el duque de Guisa; y, pasado un mes, apareció la flota francesa. Se libró una dura batalla, pero los barcos que Mazarino esperaba tanto tuvieron que retirarse. Mientras Don Juan vigilaba los accesos por el mar, la revolución en Nápoles fracasó. Mazarino preparó una segunda expedición, a mayor escala, y una flota al mando del príncipe Tomás de Saboya llegó frente a la ciudad el 6 de agosto –veinte días antes del arresto de Broussel en París (véase, en el cap. III, «Los nobles, el pueblo y las provincias»)–. El intento de desembarcar tropas en Salerno resultó un fracaso, pues los españoles y los napolitanos se unieron para obligarles a regresar a los barcos. Durante los diez años siguientes, la fuerza naval francesa fue nula en el

Mediterráneo y en todas partes. Aquella debilidad ayudó a los españoles a conservar su imperio intacto, aunque para esto contaron también con una buena estrella. Porque, si Nápoles se hubiera levantado unos años después, cuando los gobiernos inglés y holandés comenzaron a enviar poderosas escuadras al Mediterráneo, Felipe IV, probablemente, habría tenido que vérselas con un adversario bastante fuerte en el mar para impedir que las tropas y los barcos españoles se desplazasen con facilidad de un punto amenazado a otro.

En tierra, un conjunto de circunstancias muy distintas favorecía a su gobierno. Aunque en Nápoles había nobles *frondeurs,* las clases privilegiadas no tardaron en darse cuenta de que tenían mucho que perder si la revolución continuaba. Genuino comenzó tratando de dirigir el sentimiento popular contra la total dominación de la municipalidad por parte de la nobleza y de los recaudadores de impuestos. Encontradas corrientes de opinión en la ciudad debilitaban la fuerza de aquella reivindicación, pero la violencia se extendió pronto a las provincias, donde el odio de clase estaba más articulado que en ninguna parte de Europa en aquel tiempo. Evidentemente, unas cuatro quintas partes de la población total del reino de Nápoles (fuera de la ciudad-capital) se hallaban sometidas a la jurisdicción de señores que poseían o controlaban, desde luego, la mayor parte de la tierra. Muchos municipios, que antes dependían directamente de la corona, habían sido enajenados recientemente. Los beneficiarios eran a menudo fundaciones eclesiásticas o familias de origen genovés cuyos créditos a la corona eran cancelados mediante la donación de estas fuentes de ingresos provinciales. Estas familias también establecieron vínculos matrimoniales con las antiguas familias de la región, o les compraron propiedades. Las grandes posesiones estaban protegidas por los recursos legales de mayorazgo y primogenitura, y, en el caso de la Iglesia, por la salva-

guardia de las manos muertas. Estas condiciones prevalecían en Sicilia y en Cerdeña, al igual que en Nápoles, pero la acritud parece haberse concentrado aquí en un aspecto determinado de la cuestión de la tierra. Durante siglos, las clases privilegiadas y las no privilegiadas andaban a la greña acerca del gran problema de lo que constituía y de lo que no constituía terreno comunal, y de cuáles eran los derechos de cada uno sobre aquellas tierras. Los ciudadanos de muchas comarcas tenían la más firme convicción, agudizada a lo largo de interminables pleitos, de que sus pretensiones contaban con la base de antiguos precedentes; mientras tanto, los señores iban anexionando aquellas tierras, un fragmento tras otro, a sus propiedades personales. Como los impuestos de los no privilegiados aumentaron durante la Guerra de los Treinta Años, el país fue empobreciéndose, y, tanto para los ricos como para los pobres, fue haciéndose mayor la necesidad de aprovechar cualquier pedazo de tierra que prometiese algún beneficio económico. Cuando en la ciudad de Nápoles se dio la señal de la rebelión, la guerra entre los paniaguados de los señores absentistas y la población rural –limitada, por lo general, a riñas de poca monta o a juicios ante los tribunales– se extendió hasta generalizarse. Otranto permaneció tranquila, pero las provincias de Bari, de Calabria y de Basilicata experimentaron fuerte conmociones. Alrededor de la propia Nápoles las consecuencias fueron evidentes. El pueblo se levantó contra los señores, pero los señores se unieron lealmente para salvar al virrey español. A pesar de los feudos personales, cooperaron suficientemente al bloqueo de la ciudad por tierra, cortando los abastecimientos de que tan necesitados estaban los amigos del duque de Guisa o los seguidores de Annese en los primeros meses de 1648, y a reforzar las pocas tropas españolas en los momentos críticos. Cuando el conde Oñate llegó a Roma, a comienzos de marzo, nombrado nuevo virrey por Felipe, la revolución, prácticamente, había termi-

nado. La segunda fuerza expedicionaria de Mazarino llegó demasiado tarde para encontrar aliados eficaces.

Los historiadores continúan discutiendo si Oñate y sus sucesores mejoraron la suerte de los no privilegiados con duras medidas contra los nobles, o si aceptaron, débilmente, la práctica dominación del gobierno por la nobleza. Lo cierto es que, en 1648, el gobierno real y las clases privilegiadas reconocían conjuntamente su gran interés común en restablecer la paz interna sobre las antiguas bases. La monarquía española en Nápoles, como en Cataluña y en los Países Bajos, evitaba ahora cualquier peligrosa desafección aristocrática, renunciando a la menor intromisión en la estructura constitucional existente. La ineficacia y la carencia de todo impulso reformador decidido contribuyeron a dejarla intacta, incluso mucho tiempo después de haber terminado la crisis de mediados de siglo. Y, cualquiera que fuesen las miserias de las provincias, Nápoles continuaba siendo la ciudad más importante de la costa del Mediterráneo y un gran centro de vida civilizada. Al lado del pueblo y de los ricos vivían diversas categorías de comerciantes instruidos y de ilustres profesionales. Muchos juristas mantenían su tradicional anticlericalismo, defendiendo los intereses laicos contra las pretensiones de la Iglesia. Los profesores de la universidad hicieron del estudio de la obra de Descartes la base de una interpretación crítica de la que no se libraban las nociones conservadoras; tanto filosóficas como científicas. Había nobles ilustrados, y buenos colegios de jesuitas, y pintores audaces. Nacido en una casa de la «calle de los libreros» (o San Biagio dei Librai) en 1668, el gran filósofo del siglo siguiente, Giambattista Vico, se benefició de aquel ambiente y de la instrucción que en él recibió. Cuando cierta dama siciliana apellidada Scarlatti se convirtió en la señora de un anciano funcionario, en el Nápoles de 1683, se produjo inmediatamente el nombramiento de su hermano Alessandro Scarlatti como *maestro di capella* en la

capilla del virrey, lo que constituyó un importante acontecimiento en la historia musical de Europa.

PESTE, PLATA Y SITUACIÓN LEGAL

En un aspecto importante, la posición de Nápoles dentro del imperio español cambió en aquel periodo. Durante la década de 1630 y 1640, el Consejo de Italia en Madrid nunca había dejado de pedir a los virreyes dinero y hombres para utilizarlos en Lombardía o en los teatros de la guerra, al norte de los Alpes. Los españoles seguían mostrándose bastante fuertes para oponerse a todos los esfuerzos de Mazarino después de 1653 por reanudar la lucha en Italia, a cualquier escala; y recuperaron los puertos toscanos. Su admirable virrey en Milán ayudó al duque de Mantua a expulsar a las tropas francesas de la famosa fortaleza de Casale (en octubre de 1652), que había sido, durante más de veinte años, la principal avanzada de Francia en la Italia septentrional. Ni siquiera el matrimonio de otra sobrina con el duque de Módena, en 1655, supuso para Mazarino ninguna compensación militar digna de tenerse en cuenta. Pero las contribuciones napolitanas a la causa española se retrasaban ahora lentamente, mientras la gran mortandad que en la ciudad causó la peste de 1656 agotó los ingresos públicos y los privados.

Aquel desastre, que ninguna administración de la época habría podido contener, no fue, en realidad, más que una fase del ciclo epidémico de que fueron víctimas Valencia y Sevilla (1647-1648), Cataluña (1650-1654), Cerdeña (1652-1656), el Languedoc (1653) y Génova (1656). Un altísimo índice de mortalidad –que afectó a una faja territorial que bordeaba la costa, desde Italia hasta España[1]– fue, probablemente, uno de los peores golpes asestados a una economía mediterránea que se encontraba en decadencia desde hacía ya treinta años. Al propio tiempo –y, en este aspecto, la debilidad gubernamental desempeñó un importante

papel–, los máximos causantes del entorpecimiento del comercio habitual fueron los piratas y los corsarios. Sus intervenciones alcanzaron la mayor intensidad en el Mediterráneo occidental inmediatamente después de 1650, cuando los barcos procedentes de Argel y de otros puertos africanos se mostraban prodigiosamente activos. Las islas Baleares constituían un refugio para algunos de los más terribles filibusteros. Nobles provenzales, mientras la armada francesa en que anteriormente servían se derrumbaba, se dedicaron al corso por su propia cuenta. Los grandes barcos holandeses o ingleses podían protegerse a sí mismos, pues su sistema de convoy era excelente y los comerciantes extranjeros de Leghorn y de Nápoles sacaron provecho de él; pero los mercaderes nativos de aquellos mares no podían realizar sus negocios tranquilamente, con la misma facilidad. Se daba, además, la circunstancia de que Génova seguía siendo un importante centro bancario para los españoles, y de que la circulación monetaria encontró allí una ruta, vía Cádiz y Sevilla. También es cierto que la República Genovesa afrontó las secuelas de la peste de 1656 con un vigor extraordinario. Pero el mundo mediterráneo, como conjunto, ya no contribuía positivamente a sostener el imperio internacional de Felipe IV.

Con menos certidumbre, lo mismo puede decirse de la América española. Mientras en cada década de las transcurridas entre 1580 y 1630 habían sido registrados en Sevilla, por lo menos, 50 millones de pesos en barras de oro y plata importadas del Perú y México, este volumen descendió a 25,5 millones en 1641-1650, y no pasó de 10,7 en 1651-1660. Durante las últimas etapas de la grave guerra en Europa, el volumen de tesorería de reciente importación y la parte de este que correspondía al gobierno español cayeron a un nivel catastróficamente bajo. Sus posibilidades de mantener tropas y de encontrar aliados habían disminuido notablemente. Hay una cierta evidencia de que la produc-

ción total de plata americana comenzó a subir nuevamente a partir de 1660, de que las remesas de metal precioso que llegaban a España eran consideradas todavía como una partida del más alto interés en la correspondencia diplomática europea de 1670 y 1680, y de que seguía vigente la convicción general de la enorme importancia comercial de las relaciones hispanoamericanas. En su aspecto económico, por lo tanto, la década 1651-1660 en Italia, en España y en la América española debió de ser la peor del siglo.

Los descendentes beneficios del imperio de ultramar para la monarquía habrían tenido menos importancia si la propia España hubiera sido más fuerte. Olivares había tratado, infructuosamente, de conseguir que Portugal y las regiones de la Corona de Aragón (incluidas Cataluña y Valencia) contribuyesen más generosamente a su ambiciosa política imperial en Europa. Su proyecto se debía a que las tierras de Castilla, con las tres cuartas partes de la población y de la extensión totales de España, constituían, evidentemente, un caudal que se agotaba. Al igual que Olivares, los historiadores modernos distinguen claramente entre Castilla, donde el poder del rey para imponer tributos era mucho mayor, y las regiones vecinas, donde se mantenían prácticamente intactas las constituciones antiguas, que restringían el poder real a cada instante. Tienden también a limitar los más graves síntomas de decadencia, como un fuerte descenso de la población o el colapso de la industria, así como una política monetaria desmoralizadora para Castilla. Creen que los síntomas eran menos graves en otras partes de España, de modo que fue más fácil que se produjese una recuperación a partir de la fase de mayor dureza o apatía. También es justo admitir que, a mediados del siglo, la decadencia de Castilla alcanzaba ya una larga duración, mientras la recuperación en las regiones periféricas no había comenzado aún. En la propia Castilla, la antigua monarquía iba haciéndose cada vez más débil, y la aristocracia más

fuerte. La vida de los no privilegiados era tan dura, que los hombres con cierta influencia local trataban de adquirir el rango de hidalguía o de nobleza. Era inútil que la corona diese instrucciones a sus funcionarios para oponerse a ellos. Las cancillerías de Valladolid y de Granada examinaban innumerables solicitudes impugnadas, pero con gran frecuencia accedían a ellas; las personas interesadas podían demostrar que habían vivido «como nobles» desde hacía mucho tiempo. El porcentaje de nobles acreditados entre la población aumentó. Por lo general, los habitantes de las ciudades, con casas en ellas, vivían de los ingresos de sus propiedades rurales y de las rentas libres. Estaban calificados para ocupar cargos públicos, pues la Corona, en muchas municipalidades, había aceptado el principio de la mitad de oficios, es decir, que una minoría de nobles podía aspirar a la mitad de los cargos públicos disponibles. En un plano superior, dentro de la órbita de la corte real, el afán de trepar escalando categorías más elevadas absorbía la energía de muchas personas ambiciosas. La costumbre permitía, con enorme facilidad, la compra inmediata de títulos por un hombre cuya condición de hidalgo fuese indiscutible. En consecuencia, la Corona vendía aquellos títulos por dinero o por servicios, y los nuevos condes y marqueses proliferaban. En el plano más elevado de todos, había 41 grandes en 1627, y 113 en 1707. El cambio era el resultado de la política de la corona y de las necesidades de los súbditos, pero la interacción de estos y de aquella experimentó una transformación en su carácter a mediados del siglo.

Antes de la caída de Olivares, la multiplicación de honores tuvo como consecuencia la de ligar poderosos intereses a la corte. Los grandes afluían a Madrid, no se preocupaban más que de la competencia por prioridades y cargos, y no sentían la tentación de alcanzar una influencia territorial en provincias distantes, que pudiera haber alarmado al gobierno central. La idea de Olivares, naturalmente, era algo

distinta: él buscaba fondos donde pudiera encontrarlos. Su presión financiera sobre la aristocracia era directa y amenazadora. Obligaba a sus miembros a reunir tropas y a dar o prestar dinero, y, a cambio, vendía u otorgaba mejoras de rango. Por su parte, los nobles, frecuentemente, solo trataban de apretarse el cinturón, a medida que las presiones económicas aumentaban. Las familias no podían mantenerse, porque las rentas bajaban en el país y los precios subían, a no ser luchando por las recompensas que solo el rango y el favor oficial hacían provechosas. En esto consistía, por ejemplo, la importancia de las Órdenes Militares de Santiago, de Calatrava y de Alcántara en Castilla; facilitaban beneficios a los afortunados miembros de la alta nobleza, mientras los mortales inferiores que pretendían el privilegio de ingresar en las órdenes lo conseguían, haciendo una costosa confirmación de su posición de nobles. Tras la caída del poder de Olivares, en 1642, la presión de un gobierno autoritario fue atenuándose, poco a poco. Luis de Haro, su sucesor como principal consejero de Felipe, era un hombre más blando. El tono del gobierno cambió. Gradualmente, los que habían estado intimidados se sintieron capaces de sacar ventaja de la debilidad de la administración. Aunque las guerras continuaban, la parte de sus propias rentas que ellos sacrificaban era menor que antes. Continuaron luchando por cargos y por títulos, pero lograron la mejor parte. Pagaban por los títulos, pero ganaban más de lo que perdían en la operación. También alcanzaron una mayor influencia política, tanto en la corte como en las provincias. Parece probable que, excepto mediante la entrada en la Iglesia, los pecheros y expecheros hábiles que ahora podían trepar por la escala de los ascensos desde el nivel más bajo, alcanzando a los ya privilegiados, eran menos que en los tiempos de Felipe II. La puerta era más difícil de franquear para los juristas de formación universitaria. Por aquel tiempo, terminada la guerra contra Francia en 1659 e iniciada la

minoría de edad de Carlos II en 1665, para la alta aristocracia castellana había comenzado ya una edad de oro, o, por lo menos, de plata. Tras la fachada de la autoridad real, los viejos grandes del reino se abrazaban apretadamente a su supremacía social y política.

Una consecuencia de esto fue el colapso de otro elemento de la política de Olivares, es decir, de su plan de utilizar y explotar a los judíos conversos que aún quedaban en España (y en Portugal). Cuando él tuvo que abandonar el poder, un nuevo inquisidor general vino a coincidir con el prejuicio popular. El periodo (1645-1665) en que ocupó el cargo don Diego de Arce estuvo asociado con autos de fe en gran escala, con un renovado vigor respecto a los sospechosos de judaísmo, a la vez que las cancillerías, por mucha que fuese su amabilidad para con los otros candidatos, insistían en que, para los ascensos, se requería un linaje limpio de elementos judíos. La riqueza podía comprar una mejora de rango, pero, desde luego, con la importante excepción de la riqueza judía. Esta reacción debe de haber contribuido a las altas cifras de cripto-judíos que trataban de abandonar la Península, y al creciente volumen de las comunidades judías en otros países. Desde Ámsterdam, en 1653, se llevó a cabo un intento de conseguir permiso para construir una sinagoga en Amberes, pero los nuncios papales de Bruselas y de Madrid intervinieron para rechazar el proyecto. Más afortunada fue una petición a Cromwell, y –lo que es también importante– Carlos II y Jacobo II mostrarían la misma tolerancia respecto a la naciente comunidad judía en Londres.

Un descenso general en la población de la España central fuera de Madrid, con un descenso en la agricultura y en la actividad industrial de muchas ciudades, se encontraba, naturalmente, muy agudizado en aquel periodo. Y una sola novedad merece ser subrayada: el efecto de la guerra con el

rebelde Portugal. Los portugueses se habían levantado en 1640, y los españoles no acabaron reconociendo su independencia hasta 1668. El precio de la lucha por ambas partes fue enorme, y los motivos de la corte de Madrid parecen haber sido fundamentalmente dinásticos: el monarca, de la casa de los Habsburgo, rey legítimo de Portugal, no estaba dispuesto a aceptar la pretensión de la casa usurpadora de Braganza, en la persona de Juan IV. Las consideraciones de las ventajas económicas o militares eran importantes, pero no tanto como la afirmación de la soberanía. Durante algunos años, a partir de 1648, las posibilidades de una reconquista parecían más claras. Los portugueses, a pesar de una intensa actividad diplomática, no lograron hacerse escuchar por los negociadores en Westfalia. Curiosamente, Mazarino tampoco les prestaba ayuda. Los holandeses, al hacer la paz con España en 1648, aunque se entregaron a la política de apoderarse de las colonias de Portugal, habían dado a los españoles una oportunidad de dedicarse más enérgicamente a la tarea de vencer a los portugueses. Pero pocos hombres, excepto los soldados que tenían que exponer sus vidas, examinaron seriamente las dificultades de la guerra a lo largo de la barrera geográfica que protege a Portugal por tierra. Felipe IV y sus consejeros nunca fueron capaces de vencerlas. Y no fue porque no lo intentasen. Reunían tropas para descender por los valles del Miño y del Tajo, para avanzar desde Badajoz hasta Elvas, e incluso para emprender la ruta meridional, hacia Beja. Pero, en todo caso, las que más sufrían eran las poblaciones españolas de las comarcas fronterizas. Hacía tiempo que el Consejo de Hacienda de Madrid, generalmente, un organismo insensible, venía eximiendo de impuestos a muchos lugares de aquella zona, exención solamente explicable por la despoblación en masa que allí se producía durante la prolongada guerra. Grandes ciudades se convirtieron en ciudades pequeñas en el transcurso de veintiocho años, y desaparecieron aldeas.

Es de señalar que estas pérdidas parecen haber sido mucho más graves en la Andalucía occidental que en la oriental, mientras Extremadura estaba totalmente arruinada. Galicia, al Norte, que tendía a un amplio exceso de población, sufrió proporcionalmente durante varias décadas.

DEFENSA DE PORTUGAL

El fracaso de Madrid fue la medida del éxito de Lisboa. La unión de ambas monarquías, entre 1580 y 1640, había dejado prácticamente intactas las antiguas instituciones de gobierno portuguesas, y los consejeros del rey Juan IV mostraron una gran energía para utilizarlas o para adaptarlas. El Consejo de Estado, un Consejo de Guerra, un Consejo de Ultramar, las Cortes y la municipalidad de Lisboa actuaban conjuntamente para defender la revolución. Además, la situación era tan peligrosa mientras España amenazaba a la metrópoli y los holandeses atacaban el imperio de ultramar, que el nuevo gobierno portugués reconoció la necesidad de hacer verdaderos sacrificios. Juan IV y la regencia que sobrevino después de su muerte, en 1656, acabaron beneficiándose del desarrollo político en Europa, mediante el logro de una ayuda exterior, suficiente para salvaguardar su independencia. Y agotaron a los españoles.

Un ejemplo de su realismo fue la fundación, en 1649, de la «Compañía General del Brasil». La Corona concedió a la nueva compañía comercial un monopolio de la exportación al Brasil, a cambio de un compromiso de financiar y organizar un sistema de convoyes armados a través del Atlántico. Se necesitaban urgentemente nuevos barcos para acabar con el intruso comercio holandés, que en 1648 había alcanzado triunfos arrolladores. Portugal se veía privado de su más valioso renglón en los mercados europeos: las importaciones de azúcar del Brasil. El rey Juan, en el acta de fundación de la Compañía, limitaba rigurosamente la autoridad de la Inquisición para confiscar las propiedades de los crip-

to-judíos –los «cristianos nuevos»–; y los recursos financieros de aquel sospechoso sector pagaron holgadamente un armamento naval que en 1650 atajó a los intrusos holandeses, y contribuyó a la reconquista del Brasil ocupado por los holandeses, en 1654. Esta política fue llevada a la práctica, a pesar de la dura oposición clerical en Lisboa, y no podía mantenerse en vigor durante mucho tiempo. Los judíos del Brasil se vieron obligados a abandonar el país cuando los portugueses expulsaron a los holandeses. Algunos se trasladaron a las Indias Occidentales y a Nueva Ámsterdam: fueron los fundadores de la gran comunidad judía moderna de Nueva York.

Mientras tanto, se alquilaron barcos ingleses para las armadas portuguesas, y el renaciente poderío naval inglés bajo la Commonwealth hizo sentir su peso en Lisboa. Los dos gobiernos empezaron llegando a un acuerdo en 1654, aunque la guerra anglo-holandesa había aliviado ya, providencialmente, la presión holandesa sobre el Brasil. Aquel acuerdo permitía a los ingleses comerciar libremente en las colonias de Portugal, y reparar y abastecer barcos de guerra en puertos portugueses. La tarifa para las mercancías inglesas se fijaba a un nivel razonablemente bajo; y se preservaban los derechos de los comerciantes protestantes ingleses. Todo lo cual prefiguraba, además, los ulteriores acuerdos de 1660 y 1661, que dieron a Portugal un aliado que le facilitaba tropas y barcos para la guerra contra España, mientras el precio del matrimonio de Carlos II con Catalina de Braganza incluía la promesa de una importante dote, y la cesión de Tánger y de Bombay a Inglaterra. La permanente amistad de los dos Estados atlánticos, con sus importantes consecuencias comerciales y navales, data de aquellos años.

La conmoción en el Báltico, entre 1655 y 1660, ayudó también a los portugueses, porque vino a fortalecer la posición de las grandes empresas de Holanda, que siempre ha-

bían desaprobado el costoso compromiso de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales en la guerra en el Brasil, o que consideraban que un tranquilo comercio de sal de las costas portuguesas prometía beneficios más seguros que los riesgos de la responsabilidad colonial en América. Un ultimátum a Lisboa, en 1657, exigiendo la cesión del Brasil y de Angola, fue, en realidad, la última bravata de un partido militante de las Provincias Unidas. Portugal resistió, y se levantó el bloqueo del Tajo por el almirante De Ruyter, mientras los ingleses, naturalmente, se aprovechaban, arrebatando negocios a los comerciantes y a los armadores holandeses. Los dos gobiernos de Lisboa y de La Haya se sentaron a una larga y discutida negociación que terminó en 1662, conservando Portugal el pleno control de sus antiguas colonias americanas y africanas (excepto Guinea). Las Provincias Unidas se aseguraban una altísima indemnización y el derecho a comerciar con el imperio portugués en los mismos términos favorables que los ingleses. Liberada de la guerra holandesa, aunque no de la abrumadora indemnización, durante varios años, asistida por fuerzas reunidas en Inglaterra, y, finalmente, por un importante apoyo francés, la monarquía de Braganza se encontraba mucho mejor situada para afrontar el último intento español de aplastarla.

FLANDES: LA ALIANZA ANGLO-FRANCESA

Felipe, hablando de sus preocupaciones en cartas interminables de lamentación a su importante corresponsal privada, la monja carmelita María de Agreda, muy pocas veces dejaba de referirse al problema de Flandes. Se había mostrado bastante fuerte para recuperar el control de Cataluña y de Italia, triunfaría en su propósito de reducir el programa de Oliver Cromwell de conquista de América solo a Jamaica, pero era incapaz de defender los Países Bajos españoles. Allí, su fracaso atravesó dos fases distintas, antes del

tratado de los Pirineos de 1659. Durante la Fronda, reconquistó algunos, pero no todos los puntos recientemente perdidos –Ypres, Gravelinas, Mardyck y Dunkerque–, sin intervenir efectivamente en la propia Francia. Después de la Fronda, no pudo impedir que Mazarino ganase un poderoso amigo en el Protector Inglés, ni contrarrestar aquella nueva alianza francesa asegurándose la ayuda de algún otro. Por último, aun después de la paz de 1659, su aislamiento diplomático seguía siendo demasiado grande para no dar a los portugueses una ventaja decisiva en su lucha por la supervivencia. Cuando Luis XIV atacó nuevamente a los Países Bajos españoles en 1667, Madrid, al fin, llegó a un acuerdo con Lisboa.

La organización militar centrada en Bruselas había estado siempre dividida entre una sección pagada por el sistema de impuestos locales, y otra que dependía de las remesas procedentes de España. La lealtad de las poblaciones flamenca y valona nunca pudo resistir la tensión de un experimento de gobierno autocrático destinado a recaudar impuestos más altos con mayor rapidez. Los Habsburgo, como en el pasado, compartían la autoridad con los Estados de las diferentes provincias. Respetaban el privilegio aristocrático y eclesiástico, que incidentalmente convenía a los intereses de muchos nobles españoles que habían emparentado, mediante matrimonios, con familias terratenientes nativas. Las ciudades de Flandes tampoco eran suficientemente prósperas para soportar la carga de impuestos más fuertes. Algunas estaban florecientes antes del estallido de la guerra con Francia en 1635, pero los signos de una producción textil y de una población descendentes de los ejércitos impuso su tributo, especialmente en Artois y en Henao. La contribución mensual española estaba fijada, teóricamente, en 200.000 coronas, pero los atrasos alcanzaban ya cifras asombrosas, con cargos proporcionales sobre la deuda. El virrey de Flandes entre 1647 y 1656, el archi-

duque austríaco Leopoldo Guillermo, nunca dejaba de recordar a Felipe, en sus muy sinceros informes, que una campaña eficaz y la imposibilidad de mantenerla con dinero eran fundamentalmente incompatibles. Madrid pedía lo imposible, y él estaba pidiendo lo imposible a Madrid. En consecuencia, las tropas eran, a menudo, incontrolables. En un momento dado, se juntaban, y, al siguiente, se desvanecían. Los problemas estratégicos se hallaban a merced de sus necesidades diarias de buscar víveres donde estos pudieran encontrarse. El virrey tenía que condescender con su inseguro aliado, el duque de Lorena. Los españoles acabaron arrestando al duque y embarcándole para una honorable cautividad en Toledo. Pero las relaciones de los españoles con Condé eran casi igualmente malas desde que él se había unido a ellos en 1652, aunque su merecido prestigio como general les obligaba a transigir con sus rabietas. Media Europa se hizo eco de la noticia, cuando alcanzó una gran victoria en las proximidades de Valenciennes, en 1656, obligando a retroceder a las fuerzas francesas que amenazaban con la conquista de la ciudad.

El intento de Felipe de tomar la iniciativa en la frontera francesa más próxima a París resultó, por lo tanto, inútil. La mayor parte de los combatientes se hallaba reducida al asedio y al relevo de ciudades (y de sus ciudadelas) en Artois y en Henao. Vauban, que comenzó su carrera sirviendo a las órdenes de Condé, en 1651, comentaba después que la organización y el armamento utilizados en la guerra de sitios de su juventud eran, lamentablemente, inadecuados. Los jefes parecían haber elegido sus objetivos para cada campaña casi al azar, como si no necesitasen más que un terreno donde practicar el deporte de una nobleza guerrera; y aquellos nobles oficiales se retiraban siempre a París y a Bruselas, cuando sus tropas volvían a los cuarteles de invierno. Pero, incluso durante el periodo de lucha, la búsqueda de botín importaba tanto como cualquier otra cosa.

Como Jacobo, duque de York, que luchó sucesivamente en favor de los franceses y de los españoles, dijo de sus tropas en 1655: «Cuando se asomaban a una parte del país que no había sido saqueada ya, era totalmente imposible, tanto para mí como para sus respectivos oficiales, el mantenerles en orden durante mucho tiempo… No puedo menos de mencionar el gran orden y la justicia que se observaban entre los saqueadores… al primero que llegaba a un granero o a un pajar nadie pensaba en molestarle ni en apoderarse de nada, hasta que él se hubiera provisto de lo que deseaba; de modo que el primero que llegaba era el primero que se servía»[2]. Pero no mencionó a los campesinos de Ath, en el sur de Flandes, a quienes pertenecían aquellas tierras, al describir este aspecto normal de la vida militar y de la civil del siglo XVII.

La lucha diplomática entre Madrid, París y Londres resultó, al fin, decisiva. Con gran rapidez, Luis de Haro había visto el valor de una alianza con el gobierno revolucionario de Inglaterra, pero nunca fue capaz de pujar suficientemente alto. Londres podía haber sido tentado por concesiones en América, pero no se le ofrecieron. Mazarino estaba en una posición más fuerte, si se decidía a romper los lazos que todavía unían a los desterrados Estuardo con la monarquía borbónica, y a explotar la preocupación de Inglaterra por los intereses protestantes. Gradualmente, los franceses ganaron la partida. Firmaron su primer tratado con Cromwell en octubre de 1655, y luego intentaron llegar a un acuerdo con España. Mazarino envió a su agente, Lionne, secretamente a Madrid, en 1656; el secreto obedecía a la petición francesa, con el fin de no alarmar a Cromwell.

Las dos partes nunca estuvieron lejos de un acuerdo en cuanto a los problemas territoriales de Cataluña, Italia, Borgoña, Lorena y los Países Bajos. Leopoldo Guillermo, desde Bruselas, hizo todo lo que pudo por convencer al rey es-

pañol de que debía firmarse la paz. En su opinión, la prolongación de la guerra implicaba pérdidas seguras. Madrid ejerció su mayor presión sobre la necesidad de proteger la posición de Condé en cualquier tratado, en parte como una cuestión de honor, y en parte como garantía de su seguro retorno a una posición de influencia en la corte francesa; la noticia de la victoria de Condé en Valenciennes endureció la actitud de los españoles. También se negaron a considerar una propuesta de matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa, presunta heredera de todo el imperio español; tal propuesta les hacía temer peligros y desgracias. Mientras tanto, los embajadores venecianos y los nuncios papales en Madrid y en París eran ansiosos observadores de la infructuosa negociación de Lionne. Necesitaban desesperadamente la paz entre los más importantes Estados católicos, a fin de inducirles a una alianza para salvar del sultán a Venecia. Durante años, habían estado ofreciéndose a mediar entre Francia y España, y tanto Luis de Haro como Mazarino les habían rechazado siempre con frases vacías. Para el uno y para el otro, el Egeo era una cuestión secundaria y distante. No tenían prejuicio alguno contra el sultán otomano ni contra los regicidas ingleses, ni predisposición alguna, en absoluto, a favor del papa. Ellos discutían ganancias o pérdidas territoriales, dentro de una organización dinástica. Toda la negociación de 1656 –los motivos de los implicados y de los que desesperadamente trataban de implicarse– refleja bastante claramente las prioridades de este periodo en política internacional.

La guerra continuó. El fracaso de Lionne precedió a un nuevo tratado anglo-francés, con la audaz deducción, por parte de Mazarino, de que él tenía que pagar el precio de aquel fracaso, y según las condiciones de Cromwell. Ofreció Dunkerque y Mardyck, si eran conquistadas, a cambio de ayuda militar. En aquel momento, murió el emperador

Fernando III; y los franceses y los españoles volvieron a atizar el fuego en Alemania.

EL TRATADO DE LOS PIRINEOS

Durante años, ni los unos ni los otros habían sido suficientemente fuertes para explotar de un modo eficaz la política del imperio. La combinación de influencias de la familia de los Habsburgo recibió un terrible golpe cuando Viena insistió en firmar la paz individualmente en 1648, y, después de aquello, poco podía hacer Felipe de España más que cuidar la relación dinástica, casándose con la hija de Fernando, y rechazando prudentemente la petición austríaca en favor del noviazgo de la infanta María Teresa con el hijo del emperador. El gobierno de Viena, en 1656, acabó permitiendo que algunos regimientos austríacos atravesasen los Alpes hacia Lombardía, pero su ansiedad ante los propósitos suecos en Polonia refrenó, naturalmente, su voluntad de ayudar a los españoles. Por su parte, Mazarino era demasiado débil para impedir la elección de Fernando IV como rey de los romanos (véase *supra,* en el cap. I, «El Sacro Imperio Romano en 1648»). La muerte del emperador, antes de que los electores hubieran optado por su hijo Leopoldo para sucederle, daba ahora al cardenal lo que parecía la oportunidad de toda una vida para fortalecer la totalidad de la posición francesa en Europa. De igual modo que el interés de Felipe exigía la sucesión de Leopoldo para preservar lo que aún persistía de la influencia de los Habsburgo en Alemania, Mazarino necesitaba que aquella candidatura fuese rechazada. Como él señaló a los alemanes, Leopoldo aspiraba a la herencia de España y pretendía la mano de la infanta: ellos, como los franceses, habían sido perjudicados por la funesta asociación del imperio con España desde los tiempos de Carlos V. Les apremiaba a tener en cuenta a Luis XIV o al elector de Baviera para el título imperial. En realidad, aplazó, pero no pudo impedir la elección de Leo-

poldo como emperador (julio de 1658); en esta medida, el interés de los Habsburgo estaba asegurado. Por otra parte, los gobernantes alemanes redactaron una «capitulación» que iba mucho más allá que las anteriores cartas constitucionales en cuanto a la limitación de la autoridad de Leopoldo. No podía emprender acción alguna contra Francia. Y ello era una importante victoria para Mazarino, que también introdujo a Luis XIV en la nueva Liga del Rin (agosto de 1658). Muchos príncipes se unieron, comprometiéndose a juntar sus fuerzas para resistir cualquier intento por parte de los españoles de llevar tropas de Alemania a los Países Bajos.

La alianza anglo-francesa, mientras tanto, arreglaba la cuestión principal. Turenne, con la ayuda de 7.000 hombres ingleses, derrotaba completamente a Condé y obligaba a Dunkerque a rendirse (14 y 24 de junio). Es cierto que Luis XIV, interesado espectador de la campaña, cayó, poco después, gravemente enfermo de tifus, y esto coincidió con una fuerte inquietud en el interior de Francia. Muchos franceses temían una nueva convulsión, y otros estaban anonadados por la entrega de Dunkerque a Cromwell. Mazarino luchó felizmente contra aquellas tormentas domésticas, gracias a la recuperación del rey, a la vez que el avance de otoño de Turenne hasta las inmediaciones de Bruselas marcaba una nueva etapa en la destrucción del poderío imperial español.

Las negociaciones de paz, que comenzaron casi inmediatamente y terminaron con el Tratado de los Pirineos, un año después, tuvieron éxito no solo porque los españoles comprendieron que la alianza de Inglaterra y Francia era irresistible. El tratado, con su carácter especial, se debe, en medida mucho mayor, a Mazarino. El cardenal comenzaba a darse cuenta de que su propia fuerza estaba tocando a su fin. La gravísima enfermedad de Luis le permitió comprobar que, si el rey se moría, al heredero forzoso (Felipe de

Orleáns, hermano de Luis) le sería sumamente difícil imponer una autoridad indiscutida durante los años siguientes. El propio Luis planteaba otro problema. Acababa de cumplir los veinte años, y su idilio con María Mancini (diciembre 1658-junio 1659) iba desarrollándose de un modo que hacía pensar al tío de la dama, Mazarino, que el rey no alcanzaba a comprender la suprema necesidad política de contraer un matrimonio que fuese útil al Estado. No hay indicios de que la presión de la guerra sobre las finanzas o sobre la economía de Francia influyese en el juicio del cardenal; otras razones le inducían a la convicción de que era necesario un convenio, a fin de redondear la obra de su vida y asegurar el futuro de la monarquía borbónica. En 1656, y aun antes, él había propuesto una pacificación, combinada con un pacto de matrimonio. Un casamiento entre Luis y la infanta primogénita le atraía ahora como el más importante símbolo de paz con victoria en el exterior, y de una monarquía arraigada en el interior. La fijación de las líneas fronterizas y los detalles de un acuerdo comercial habían de poner a prueba la firmeza de los negociadores hasta un punto de ruptura. El propio Mazarino tomó parte plenamente en el largo regateo. Pero lo que más le importaba, en aquel momento de su carrera, era el prestigio de un pacificador que ponía fin a una época en Francia y en Europa, y que inauguraba otra antes de abandonar la escena.

Desde 1646 (cuando su hijo Baltasar murió), Felipe IV no se atrevía a consentir el noviazgo de una infanta. Si lo hiciese, existía la casi certidumbre de que el imperio español se desintegraría después de su muerte, pues algún yerno se destacaría, reclamando la parte del león[3]. El nacimiento de Felipe Próspero en 1657 (murió en 1661) parecía salvaguardar la sucesión en España, hasta el punto de que Luis de Haro decidió correr el riesgo de la muerte prematura del infante y conceder lo que Mazarino deseaba ahora: una paz victoriosa y un derecho, de valor incierto, a la sucesión es-

pañola. Todos comprendían que María Teresa renunciaría, formalmente, a sus derechos a la herencia, y los franceses, con gran astucia, trataron de prevenir este riesgo con una cláusula en el tratado final, según la cual la renuncia dependería del pronto pago, por España, de la dote de María Teresa. Este punto resultó ser de gran importancia técnica en la controversia ulterior, pero estuvo siempre eclipsado por dos verdades más importantes. La posición dinástica de Felipe ya no era tan débil como lo había sido antes de 1657. Mazarino había ganado para los Borbones una victoria dinástica muy prometedora.

En noviembre de 1658 comenzaron en Lyon las conversaciones. En París, a mediados del verano, se firmaron una tregua y luego un tratado preliminar de paz, y, tras una serie de entrevistas personales de Luis de Haro y de Mazarino en la isla de los Faisanes, en el río Bidasoa, el definitivo Tratado de los Pirineos se completó en noviembre de 1659, en un documento de 124 cláusulas. Francia ganó el Rosellón y la Cerdaña; casi todo el Artois, juntamente con Gravelinas, en el nordeste de Flandes; unas cuantas plazas diseminadas en el Henao, con la posición consolidada mediante un veto contra cualquier fortificación española que pudiera levantarse entre ellas; un punto o dos en el ducado español de Luxemburgo; y concesiones que equivalían a una verdadera posesión en Lorena, que el duque aceptó en 1661. Felipe conservaba todo lo demás en los Países Bajos, y su autoridad se restablecía plenamente en el Franco Condado. Aceptó los acuerdos de 1648, que incluían las ganancias francesas en Alsacia. El predominio español en Italia permanecía intacto, mientras la influencia francesa en Saboya-Piamonte, indiscutida desde 1642, era tácitamente confirmada. La total exclusión del papa del conjunto de la negociación causó una gran amargura en Roma. Respecto a Portugal, los franceses negaban su interés por la casa de Braganza; pero aún no se había secado la tinta de aquellas cláu-

sulas, cuando ya ellos las incumplían. Un enviado portugués a San Juan de Luz se sintió totalmente aniquilado por el trato que recibió, pero, en realidad, no tenía por qué desanimarse. Felipe consiguió también un perdón completo para Condé. Otro príncipe, aliado de España y primo de Luis XIV, se tomó el trabajo de recorrer cientos de kilómetros hasta el Bidasoa, con el propósito de influir sobre Luis de Haro y sobre Mazarino, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a comprometerse con la causa evidentemente desahuciada de Carlos Estuardo. Los dos ministros se mantuvieron en esta prudente actitud, hasta que, seis meses después, llegó el momento en que el rey Carlos II fue proclamado de nuevo, afortunadamente desligado de compromisos tanto con Francia como con España.

El matrimonio de Luis y de la infanta primogénita, inspiración del tratado, obligó a muchos dignatarios de París y de Madrid a una segunda serie de viajes a los Pirineos, antes de que la boda pudiera celebrarse en la iglesia de San Juan de Luz, el 9 de junio de 1660. Por parte española, un hombre verdaderamente grande desempeñó un importantísimo papel en todo aquel engorroso asunto. Alojamientos, transportes y otras disposiciones que era preciso adoptar a lo largo del itinerario correspondían a un funcionario que ostentaba el título de *aposentador del rey,* y el cual era también su pintor de cámara. Velázquez es un ejemplo perdurable de la mezcla de virtudes y vicios de la corte española. Sus muchos estudios de Felipe IV superan el número de retratos de cualquier otro monarca de la historia europea, desde 1640. Su maravilloso cuadro *Las Meninas,* de 1656, con su conjunto de enanos y reverencias, y con la presentación de los príncipes, tan primorosos incluso en momentos no ceremoniales, demuestra que aquella forma de vivir, a veces grotesca, podía servir de base a una realización artística de la más alta calidad. Las deudas que dejó a su muerte, ocurrida poco después de su regreso de San Sebastián, son

una buena prueba de la incapacidad de la administración a la hora de pagar los emolumentos a sus servidores. Podría pensarse que el genio de Velázquez casi compensa la general decadencia de Castilla a finales del siglo XVII.

[1] Véase el notable *Journal of the Plague Year: The Diary of the Barcelona Tanner Miguel Pazets 1651* (ed. J. S. Amelang, Nueva York, 1991).

[2] *Memoirs of James II* (ed. A. Lytton Sells, 1962), pp. 213-214.

[3] Ver el cuadro dinástico núm. II, p. 19.

V. LA SITUACIÓN DEL NORTE

EL GOBIERNO DE LOS HOLANDESES

Doce años antes, el 15 de mayo de 1648, un elegante salón de la casa consistorial de Münster estaba lleno de notables, reunidos para una ocasión solemne: ratificaban la paz entre Felipe de España y las Provincias Unidas. Ponían fin a toda una fase de la historia europea, profundamente marcada por el choque de un imperio mediterráneo, atlántico y católico, con una alianza de municipalidades protestantes vecinas del mar del Norte, una nobleza provincial de la misma región y la principesca familia de Orange. Es cierto que los españoles poseían también el Franco Condado, Luxemburgo y las provincias belgas leales; mientras los holandeses, como los españoles, tenían un imperio de ultramar y, además, intereses comerciales por todo el mundo. En todo caso, aquello se había convertido en la rivalidad de una potencia cuyos recursos procedían de Italia, de España y de América, con otra cuyas bases se encontraban en la Europa septentrional. Los holandeses triunfaron en 1648, pero su futuro seguiría dependiendo de una organización que se extendía entre los puntos de Dantzig, Riga, Estocolmo, Copenhague y Londres.

Un partido favorable a la paz, capitaneado por estadistas de la provincia de Holanda, y, dentro de Holanda, por la municipalidad de Ámsterdam, había forzado el tratado. Aquellos hombres se aprovecharon de la escasa atención que el príncipe Federico Enrique prestaba a los asuntos, poco antes de su muerte en 1647, y de la inexperiencia política de su hijo, pero con involuntaria ironía proclamaban su temor al creciente poderío del príncipe de Orange. Guillermo II era capitán general del ejército holandés, capitán general de la armada, y gobernador –el más alto dignatario civil– de cinco de las siete provincias, con propiedades here-

ditarias diseminadas por todos los Países Bajos. Si los holandeses realizaban nuevas conquistas en Flandes o en Brabante, muy bien podrían aumentar el poderío y el volumen del patrimonio del príncipe; el aspecto territorial de la política de Orange –existían rumores de que Francia y España estaban ofreciendo a los miembros de la familia Orange señoríos en los Países Bajos españoles– no fue ignorado por los críticos. Como tampoco lo fueron las simpatías dinásticas de los Orange. Guillermo se inclinaba en favor de sus cuñados: la causa del joven Carlos Estuardo en Inglaterra, y la del elector de Brandemburgo en los ducados de Renania (p. 48). La provincia de Holanda, la más fuerte de las siete con gran diferencia, deseaba mantener la paz con la Commonwealth inglesa, si le era posible, a fin de no perjudicar el comercio con la guerra marítima. Sus hombres de negocios esperaban reducir los gastos militares, que, al exigir impuestos más fuertes, disminuían los fondos que ellos podían emplear más provechosamente de otros modos; y también desaprobaban el enorme crecimiento de la deuda pública en los últimos años. Además, sobre todo en Ámsterdam, daban una destacadísima prioridad a las cuestiones bálticas. En 1645, a causa de la presión por ellos ejercida, se había enviado una flota para mantener el Sund danés abierto durante la guerra entre Suecia y Dinamarca, medida que, en su opinión, era más importante que el plan del príncipe Federico Enrique de atacar a Amberes. En 1649, también por la iniciativa de Ámsterdam, estaban negociándose con el gobierno de Copenhague la redención permanente de los peajes del Sund: una propuesta audaz, consistente en que las cuotas fuesen abonadas por los armadores holandeses mediante el desembolso de un capital importante, y, en lo sucesivo, una renta anual pequeña. Los críticos objetaron que aquello supondría un impuesto sobre todas las provincias, a fin de reunir el capital, para el futuro beneficio de Ámsterdam. Los defensores del plan sostenían, con la vio-

lenta discrepancia de los intereses de los Orange, que el desembolso era posible, porque ahora podían reducirse los gastos en tropas y en fortalezas dentro del país.

Algunos dignatarios de las mayores ciudades holandesas, los que se preocupaban de buscar soluciones más liberales, no solo recelaban de la política exterior de Orange. Para ellos, la ejecución, treinta años antes, de Oldenbarneveldt y el destierro de sus colegas habían producido mártires; la de ellos era la causa de la «libertad». Los hombres que veneraban la libertad veían la ascensión de la casa de Orange como una tendencia hacia la autocracia en el Estado. Otros consideraban la situación con la suficiente claridad para desear que lo que para ellos era un peligroso crecimiento volvería a su estado anterior con la ascensión de un nuevo príncipe. Y aún otros, sencillamente, se oponían a toda nueva extensión de la influencia de Orange. A sus ojos, la prolongada guerra había magnificado la autoridad del capitán general y de los jefes militares que pertenecían a su estado mayor, soldados o cortesanos ante quienes los patricios municipales sentían un cierto recelo. Eran muchos los elementos extranjeros que integraban el ejército holandés, que constituía, en buena medida, una amalgama de aventureros militares procedentes de todas las regiones de la Europa protestante, y que dependía del capitán general, más que de las jerarquías de las siete provincias. Estas últimas, especialmente Holanda, con la responsabilidad financiera de más de la mitad del presupuesto militar pagaron los platos rotos; pero los príncipes de Orange parecían, a menudo, marcar el compás al que danzaban las tropas y las compañías extranjeras. El problema del ejército en la política holandesa, durante el año de 1648 y después, era tan crítico como el licenciamiento de los regimientos de la reina de Suecia en Alemania, o el «caso del ejército» en Inglaterra, después de la terminación de la primera guerra civil, en 1646. Como en Inglaterra, suscitó la cuestión de la soberanía en el Estado.

Pero el ejército de las Provincias Unidas nunca fue un foco de radicalismo político, sino que, por el contrario, se centraba en las tradiciones y en las ambiciones de la casa de Orange. Por otra parte, los Estados de Holanda, como el Parlamento inglés, eran los portavoces de los sectores civiles de la comunidad, es decir, de los que pagaban los impuestos, y su simpatía se inclinaba en favor de unos poderosos armamentos navales. Esta determinó una mayor inversión en el presupuesto naval. Tres de los cinco Colegios del Almirantazgo radicaban en Ámsterdam, Rotterdam y Hoorn, en Holanda, y representantes de estos formaban parte de los otros dos, en Middelburg (para Zelandia) y en Harlingen (para Frisia).

En julio de 1648, una vez terminada la guerra con España, los Estados Generales abordaron un plan de moderada reducción en el volumen del ejército holandés. Holanda pedía medidas más terminantes. La provincia abrió la marcha, y luego comenzó a rebajar las pensiones y las pagas de los oficiales, mientras los intereses militares se situaban francamente a la defensiva. Entre el otoño de 1649 y el verano de 1650, el debate en La Haya alcanzó una tensión peligrosamente grave. Los amigos de la corte y del ejército en los Estados Generales se oponían a una nueva propuesta de los diputados de Holanda de reducir aún más la fuerza permanente, a la vez que Holanda amenazaba con fijar su propia contribución, sin someterla en absoluto a los Estados Generales. Y, en opinión de algunos, también infringió la ley y el espíritu de la Unión, al mandar a Londres un enviado con el fin de que expresase su paracer sobre las manifestaciones que habían tenido lugar en La Haya, en favor de los Estuardo. El príncipe Guillermo adoptó nuevas tácticas.

Le sirvió de estímulo el afortunado golpe de Mazarino en París, en enero de 1650: el arresto de Condé. Sus amigos le convencieron de que los holandeses estaban desafiando su

legítima autoridad. Con toda evidencia, Holanda no estaba dispuesta a respaldar su política exterior ni a permitir que los Estados Generales –sensibles a una mayor influencia de la casa de Orange en Zelandia y en las otras provincias– decidiesen el volumen de los gastos militares holandeses. Sigue siendo difícil determinar cuál de los dos puntos era el predominante en el espíritu de los que se oponían a Guillermo, porque uno chocaba con el otro. Igualmente difícil es saber si Guillermo estaba más dispuesto a unirse a Mazarino para atacar a los Países Bajos españoles, o a prestar ayuda a Carlos II contra la Commonwealth. El mutuo recelo alcanzó su punto culminante cuando el príncipe visitó las ciudades de Holanda, una tras otra, pidiendo su cooperación, y fue fríamente recibido. A consecuencia de ello, en julio de 1650, arrestó en La Haya a un cierto número de importantes políticos de Holanda, entre ellos a Jacobo de Wittel, Gran Pensionario de Dordrecht, y preparó un asalto armado contra Ámsterdam, cuya municipalidad, capitaneada por Cornelius Bicker, tan rico como enérgico y patriota, rechazó a los atacantes. Ninguno de los bandos pudo declararse totalmente victorioso. Los diputados detenidos, encarcelados en la fortaleza de Loevestein (donde muchos años antes habían sido encerrados los seguidores de Oldenbarneveldt), fueron puestos en libertad, pero esto disminuyó notablemente la autoridad del príncipe. Un compromiso fijó el volumen del ejército, mientras el derecho de los Estados de Holanda a tomar decisiones unilaterales sobre esta cuestión no era admitido por los Estados Generales. Lo importante es que la tensión iba decreciendo gradualmente, como si los hombres tuviesen miedo de ella. Después, Guillermo enfermó repentinamente, y en noviembre murió.

Su muerte fue el acontecimiento decisivo de la historia holandesa de mediados del siglo. Tuvo más importancia que la lucha constitucional de 1648-1650. Un mes después, nacía un heredero, el príncipe Guillermo III. Su madre,

María Estuardo, su abuela, Amalia, y otros miembros de la familia disputaban sin cesar, y esta doble desgracia de la muerte y de la desunión daba a las facciones que se enfrentaban entre sí una magnífica oportunidad de adueñarse del poder. El gobierno «sin *estatúderes*» (1651-1672), asociado con el nombre de Juan de Witt, hijo de Jacobo y dotado de un talento extraordinario, debía parte de su carácter a los recientes conflictos de la provincia con Guillermo II. Pero debía mucho más a la circunstancia de la minoría de edad. Realmente, dentro de la historia dinástica del siglo XVII, esta era exactamente otra minoría de edad, comparable en sus efectos a las de Luis XIV, y a las de Cristina y Carlos XI de Suecia. La autoridad de un príncipe niño era automáticamente débil durante su juventud, pero después, a poco talento que tuviese, se hacía automáticamente más fuerte. En España, Carlos II fue demasiado débil para gobernar, incluso cuando llegó a su mayoría de edad; Guillermo III se mostró demasiado dotado para no gobernar. En Inglaterra, las fuerzas invasoras, bajo la presión de la guerra civil, eran tan excepcionalmente poderosas, que desafiaron y derrocaron a un rey adulto. Los descontentos holandeses no contaban con una base tan amplia. Tenían menos a que enfrentarse.

Grotius, del partido de Oldenbarneveldt, dio anteriormente publicidad a una teoría histórica de «la república de Batavia», con derechos constitucionales transmitidos desde una antigüedad remota, pero había pocos indicios de un resuelto republicanismo en la vida intelectual holandesa. Ludlow, Milton y Harrington eran mucho más audaces, pues las nociones de derecho inmemorial y el yugo normando eran mucho más profundos en Inglaterra. En cambio, el pequeño grupo de familias «regentes» en cada ciudad holandesa atendía, primeramente y sobre todo, a la tarea de mantener un dominio firme sobre el gobierno municipal. Este grupo era el que facilitaba a la ciudad los consejeros,

los regidores, los burgomaestres y, por lo general, el Gran Pensionario, que era el principal representante enviado a los Estados provinciales. Los regidores y los burgomaestres eran elegidos a intervalos regulares, y los nuevos miembros vitalicios de la corporación eran elegidos por rotación, a la muerte de los miembros de mayor edad. Todos ponían el máximo interés en cuestiones tales como el nombramiento de directores de las cámaras locales en las Compañías de las Indias Orientales y Occidentales, o de oficiales para las milicias de ciudadanos. La rivalidad se vio atenuada por medio de numerosos «pactos» entre las facciones, y, a veces, mediante una «nómina» concertada para la ocupación de cargos, dispuesta para las décadas siguientes. La relación activa de los «regentes» con los mercaderes o con los fabricantes variaba de un lugar a otro. En Ámsterdam era más estrecha que en cualquier otra parte, y, probablemente, en la mayoría de las ciudades holandesas era menos estrecha en 1650 que en 1600. La barrera entre las clases, que impedía a los simples burgueses elevarse hasta una posición de mando en las milicias ciudadanas, sin hablar ya del ingreso en la corporación, parece haber sido casi insuperable; pero no era un problema que suscitase repercusiones políticas. En primer lugar, había muchos puestos en las escalas media o inferior de una administración municipal que podían ser asignados a ciudadanos escogidos, y en los que estos se mantendrían tranquilamente. En cuanto a los más destacados funcionarios públicos, que acudían como diputados a las reuniones de los Estados provinciales y generales, creían instintivamente que las diferentes provincias tenían derecho a la independencia, y que la defensa de este derecho era la justificación de una Unión de las provincias. Las ciudades de Holanda también daban por sentado que la riqueza de su provincia, al contribuir, por lo menos, a la mitad del presupuesto federal total, y al cargar con mucho más de la mitad de la totalidad de la deuda, les confería unas responsa-

bilidades especiales y un derecho a la dirección. Era lógico que los Estados de Holanda y los Estados Generales de la Unión se reuniesen en el mismo edificio de La Haya. El círculo gobernante que controlaba los asuntos en una plaza como Dordrecht –de la que la familia De Witt era un admirable representante– y el grupo de hombres verdaderamente ricos que dirigía la municipalidad de Ámsterdam –del que la familia De Witt pasó a formar parte, mediante matrimonio, poco después– se sentían, en consecuencia, preocupados por el evidente aumento de la influencia personal del estatúder Orange en la política holandesa bajo Federico Enrique. Muchos se oponían a ella. Todos se consideraban ciudadanos, no súbditos. Pero las líneas de separación de los bandos no podían trazarse con claridad y la mayoría de los individuos era neutral. Había un profundo sentido de lealtad a la casa de Orange, que no era fácil de destruir, ni siquiera entre aquellos cuyos padres habían llevado luto por Oldenbarneveldt. Guillermo II encarceló, arbitrariamente, a destacados políticos en julio de 1650, y sus propios seguidores eran bastante apasionados, pero él, por su parte, no creó un «consejo de sangre», como Alba. El más sobresaliente representante de Holanda en 1648, el Gran Pensionario Adriaan Pauw, era hijo de Reinheer Pauw, uno de los más feroces adversarios de Oldenbarneveldt.

Los políticos a quienes Guillermo II había tratado de aplastar hicieron cambiar la suerte en 1651. Los Estados de Holanda soslayaron los Estados Generales, en los que la influencia de Orange era todavía fuerte, e invitaron a las demás provincias a enviar nuevos delegados a una reunión especial en La Haya. Esta es la llamada «Gran Asamblea» de la historia holandesa. Algunos radicales esperaban conseguir un nuevo sistema constitucional, destinado a limitar constantemente la fuerza política de la familia Orange. Las delegaciones provinciales no acudieron a La Haya provistas de la autoridad necesaria para comprometerse en nombre

de sus respectivas provincias, a la vez que el Gran Pensionario de los holandeses, el venerable Jacob Cats, el poeta, nunca se sintió inclinado a llevar cuestión alguna hasta sus últimas consecuencias. Como resultado de todo ello, las decisiones más importantes adoptadas fueron negativas. Holanda anunció abiertamente que no proyectaba elegir al infante Guillermo III como estatúder suyo, y convenció a la Asamblea de que no eligiese un nuevo capitán general, ni almirante general. Estos cargos serían abolidos. El derecho de las otras provincias a elegir un nuevo estatúder para sí mismas era indiscutible, pero en cuatro de las seis estaban decididos a no ejercerlo. En el futuro, las oligarquías municipales designarían a sus miembros y harían los nombramientos para los cargos, sin tener en cuenta y sin informar al príncipe de Orange. El arbitrio en las disputas que se produjesen entre las provincias o en el seno de ellas se confiaría a personas leales e imparciales, elegidas en las ciudades no implicadas: esto, en cuanto a la antigua función de árbitros de los estatúderes de los Orange. Cada provincia se aseguraría una mayor libertad para controlar los respectivos regimientos, que sostenía con sus propios fondos, y para elegir los oficiales de los mismos, hasta el grado de coronel: esto, en cuanto a las antiguas facultades del capitán general de los Orange. Por último –y esto era lo más importante–, aquella masiva asamblea de políticos holandeses rendía homenaje a la lógica de lo que se llamó «verdadera libertad», ya que no a los dictados del sentido común, renunciando a alterar la constitución de los Estados Generales. Las decisiones de la mayoría de las provincias no podían, sin embargo, obligar a una provincia discrepante. No podía declararse la guerra, ni aceptarse los tratados de paz, sin la unánime aprobación de las siete provincias. La autoridad coordinadora hereditaria de los príncipes de Orange había quedado en suspenso, y se había alcanzado una victoria sobre la moderada tendencia hacia una forma de gobierno más riguro-

so. La verdadera libertad estaba, pues, garantizada; pero el arte de la política en los Países Bajos iba a exigir en el futuro, más que nunca en el pasado, un constante regateo entre las distintas provincias y las ciudades. La Gran Asamblea de La Haya, en 1651, tenía muchísimo en común con la Dieta de Ratisbona, en 1653, y con las Dietas polacas de los años siguientes.

Los holandeses, capitaneados por la provincia de Holanda, no tardaron en demostrar que podían llevar a cabo esta labor de ajuste. Comenzó la primera guerra anglo-holandesa. La potencia de la flota inglesa les causó graves pérdidas, y se levantó un clamor público pidiendo que se otorgaran poderes especiales a Guillermo Federico, estatúder de Groningen y de Frisia, para actuar como capitán general y almirante general delegado del infante Guillermo. Pero un puñado de hombres eficaces se lanzó a la acción, coordinó el trabajo de distintos colegios del almirantazgo o de otras comisiones administrativas y de los Estados de las provincias. Se construyeron nuevas flotas, dispuestas para zarpar. Juan de Witt fue el primero en destacarse como hábil delegado del Gran Pensionario de Holanda, y luego obtuvo el cargo, personalmente. El gobierno recuperó su equilibrio, y acabó estipulando una negociación con Cromwell. Las condiciones de paz, sorprendentemente, reforzaron la obra de la Gran Asamblea. Cromwell, para defenderse de los Estuardo y sus primos los Orange, pidió una garantía de que la familia Orange no ejercería, en el futuro, autoridad alguna en las Provincias Unidas. Las gestiones diplomáticas fueron complicadas, pero Cromwell aceptó cuando la provincia de Holanda se comprometió a no nombrar nunca como estatúder a un miembro de la familia, y a no autorizar nunca a los Estados Generales a que lo nombrasen tampoco como capitán general. Aunque De Witt y su admirable enviado en Londres, Van Beverning, aceptaron este acuerdo con evidentes reservas, sus puntos de vista coincidían con el de

Cromwell. El nuevo régimen seguía dependiendo de la juventud del príncipe Guillermo y de las querellas de la familia Orange, pero el Acta de Apartamiento, de mayo de 1654, aprobada en una sesión secreta de los Estados de Holanda, constituía una salvaguardia adicional para el futuro. La unión de los gobiernos de Inglaterra y Holanda era la versión republicana de un matrimonio dinástico.

Cuando De Witt hizo pública una famosa defensa de la medida denominada *Deducción* de los Estados holandeses, proclamó nuevamente los argumentos políticos fundamentales en favor de la «verdadera libertad». En realidad, Holanda había forzado aquella libertad hasta el límite, utilizando su poder para decidir tanto la política exterior como la interior. Con ello, interfería en la libertad de las otras provincias, pero consolidaba el gobierno conjunto de la Unión. Con algunas reformas, el sistema, presidido por Juan de Witt, duró hasta 1672. El príncipe creció, y Holanda fue cediendo el terreno, poco a poco. En 1670, un «acta de armonía» reservaba los cargos de capitán general y de almirante general para Guillermo cuando alcanzase la edad de veintidós años, aunque el nombramiento como estatúder en cualquier provincia le inhabilitaría. A comienzos de 1672, la fecha fijada por el acta fue adelantada en ocho meses[1]; la posibilidad de una guerra contra Inglaterra y contra Francia aumentaba visiblemente. La guerra, precisamente, le devolvió el antiguo título de estatúder en cinco de las provincias. Con anterioridad, se había desarrollado un complejo y bastante apasionado debate acerca de estos problemas, aunque, en general, las partes habían maniobrado de modo que les fuese posible alcanzar un compromiso. Con posterioridad, no hubo, sin embargo, en las provincias holandesas nada que equivaliese a la reelaboración de los estatutos de las ciudades y a la depuración de las oligarquías municipales, intentadas por todos los gobernantes ingleses, desde Cromwell hasta Jacobo II. Guillermo fue autorizado a in-

tervenir en las ciudades en 1672, pero los cambios en la constitución de sus organismos de gobierno fueron, en compensación, leves. En este crucial aspecto, la «verdadera libertad» se había mantenido. Fue en 1688 cuando se produjo la transformación más notable. El acuerdo original anglo-holandés para negar a Guillermo II los derechos políticos que por su nacimiento le correspondían sufrió un cambio tan absoluto que Guillermo III gobernó en los dos países.

ARTE Y COMERCIO HOLANDESES

Las cuestiones internas holandesas podían parecer muy locales, pero su constitución les permitía mantener unos niveles de vida urbana, superiores a los de cualquier otro país, en aquel tiempo. El entusiasmo por la guerra, profundamente grabado en los tradicionales códigos de valores reverenciados en las cortes principescas de casi todos los pueblos de Europa, se enfrentaba allí con valores de una civilización más positiva. La lucha por la expansión de un gran imperio comercial que abarcase al mundo entero era muy dura y obstinada, pero, mientras tanto, en una casa consistorial holandesa, los burgomaestres consultaban a su cámara. En las salas vecinas, los funcionarios administraban justicia, ejercían como árbitros en las bancarrotas, registraban las proposiciones de matrimonio, y cuidaban de la economía municipal, de los canales, de las calles, de las iglesias y de los orfelinatos o los hospicios. En las viviendas de sus ciudades, había más gente que tuviese mejores alimentos, mejores ropas y mejores muebles que en los demás países. Y no se limitaban a acumular la riqueza simplemente, gracias, en parte, al eficaz gobierno local. Al admitir con los brazos abiertos los estilos artísticos de los antiguos maestros flamencos y de los italianos contemporáneos, los holandeses adquirieron una nueva visión del mundo. Los grandes maestros les enseñaron a ver de un modo más fresco la dis-

posición de la vida diaria. En los hogares, había frutas y flores colocadas sobre la mesa, o constituía un raro placer el de observar a alguien leyendo una carta, o tomando una lección de música, o bebiendo en una copa translúcida y preciosa. Al aire libre, se ofrecían al estudio las calidades de la luz del cielo sobre un paisaje achatado, el encanto de las embarcaciones cargadas de hombres y de ganado recorriendo las grandes distancias del río, con los campanarios, los molinos de viento y los barcos a lo lejos. En una zona muy limitada –el delta del Rin–, la gente practicaba o patrocinaba una específica actividad artística, que excedía totalmente de la capacidad de sus vecinos de Alemania, o, al otro lado del mar, de la Inglaterra oriental.

Todo esto alcanzó, probablemente, su cenit a mediados del siglo, pero su desarrollo prosiguió. El más grande de los paisajistas holandeses, Jacob Ruysdael, había de demostrar todavía cómo combinar el predominio de un *motif,* un tronco de árbol solitario o una corriente de agua, con un tratamiento más amplio de cuanto lo rodea. Surgieron nuevas formas en el retrato, con una creciente preferencia por los artistas que podían dar a sus temas los aires aristocráticos de un personaje posando para Van Dyck; esto tenía su correspondencia en la inclinación de los miembros de las clases altas a comprar propiedades rurales que tuviesen títulos adscritos. De igual modo, Cornelis de Graeff, que inspiró el diseño y la decoración de una inmensa y nueva casa consistorial para Ámsterdam, comenzada en 1648 e inaugurada en 1655 –hoy constituye un recuerdo de la más poderosa ciudad de Europa en aquel tiempo–, llevó a aquella empresa municipal su entusiasmo por la arquitectura clásica, sobre la base de modelos italianos y franceses recientes[2]. También en Ámsterdam, Rembrandt observó y trabajó sin descanso. En ninguna otra parte habría sido tan fácil para él mantenerse en contacto con los menonitas, cuya peculiar creencia cristiana impregnaba su propia interpreta-

ción de los relatos evangélicos, ni estudiar tan minuciosamente la fisonomía y los trajes de los judíos que vivían, principalmente, en una parte de la ciudad próxima a su casa. Su difunta esposa, Saskia, había sido una mujer rica, pero, a medida que iba evolucionando hacia estilos más sutiles y menos populares, Rembrandt iba gastando más de lo que podía. Una quiebra parcial, en 1656, provocó la venta de muchos bienes atesorados, en cuyo inventario se relacionan objetos exóticos traídos a Ámsterdam desde todos los rincones del mundo conocido, incluso de América, de Persia y del Lejano Oriente, lo que constituye un testimonio indirecto, de inesperada procedencia, de que los holandeses habían organizado un comercio de variedad asombrosa, del que dependía su prosperidad.

En 1648, los rasgos dominantes de aquella economía enormemente activa estaban fijados ya desde hacía tiempo. Favorecidos por el acceso a un extenso espacio interior, los constructores de barcos y los armadores lograron formar una confederación de ciudades en la boca del Rin y del Mosa, en la faja entre el Zuiderzee y el mar del Norte, y en las islas de Zelandia, como una especie de mercado universal. Allí, vendedores y compradores de una amplia gama de mercancías encontraban las mejores oportunidades de realizar negocios en condiciones favorables. Por consiguiente, la experiencia técnica en las finanzas y en los seguros se desarrollaba paralelamente con la expansión, y la estimulaba. Si observamos un negocio como el de la firma de Ámsterdam de Daniel y Mathew Lestenon, que durante decenios comerció con seda y sal, con intereses mercantiles en Francia, en España, en Italia y en el Levante, con inversiones en seguros y en barcos, con un empleado de la categoría de Jan Phoonsen, que abogaba autorizadamente por reformas técnicas en los procedimientos del Banco de Ámsterdam –en el que, en 1661, existían 2.100 cuentas distintas–, surge un cuadro de riqueza administrada con una complejidad no

igualada en otros países. Además, como había allí tantas ciudades, no podía haber monopolios, en absoluto. Delft competía vigorosamente con Rotterdam. Rotterdam, Hoorn y Dordrecht intervenían ávidamente en los negocios de Ámsterdam, si se presentaba la ocasión. En Zaandam, una ciudad pequeña, la construcción de buques se desarrolló en la segunda mitad del siglo, a pesar de la feroz oposición de su privilegiada vecina, Ámsterdam. Las ciudades de Zelandia andaban, a menudo, a la greña con las de Holanda. La estructura general del país estaba suficientemente bien tratada para frenar los excesos de las rivalidades, pero no demasiado centralizada para someter la economía a unas presiones que beneficiasen solamente los intereses de unos sectores determinados. Mientras tanto, la marina se aventuraba por todas las rutas del mundo, no solo al servicio de las exportaciones y de las importaciones, sino también beneficiándose de los transportes comerciales de las diferentes regiones. La Compañía de las Indias Orientales, desde su base de Batavia, en Java, dominaba el comercio interior de los mares orientales, a pesar de cierta competencia de los armadores ingleses y locales. La Compañía de las Indias Occidentales, y unas empresas intrusas menores, dirigían el comercio en aguas americanas y africanas. En el Mediterráneo, los holandeses transportaban mercancías entre Alejandría y Estambul, entre Esmirna y Marsella, y desde un puerto de Italia a otro. Vendían y arrendaban barcos a los venecianos y a los genoveses. Una queja corriente en Inglaterra y en Francia era la de que una competencia victoriosa con los holandeses dependía, ante todo, de la compra de barcos holandeses.

Ligada con la marina estaba la pesca, especialmente la del arenque en el mar del Norte y la de la ballena en el Ártico. La industria del arenque requería la intervención de numerosas sociedades, grandes y pequeñas, pero estaba rigurosamente supervisada por una junta conocida como la

«Gran Pescadería», con delegados de Rotterdam, de Delft, de Schiedam, de Enkhuizen y de Brill, en parte para excluir a los intrusos de Ámsterdam y de otras partes, y en parte para mantener las normas en la salazón y en el embarrilado del pescado. La sal era una importación vital, procedente de Vizcaya, de Portugal y de España. El pescado salado era, a su vez, exportado a casi todas partes. Es posible que la importancia de este comercio suela ser exagerada por los historiadores; pero lo cierto es que un descenso de los niveles de actividad primitivos, tanto en la pesca del arenque como en la de la ballena, no se produjo hasta después de 1700. Además, Leyden ha sido descrita como «la más grande concentración industrial» de Europa, a mediados del siglo. Su producción textil era considerable, aun cuando la competencia inglesa se intensificaba y amenazaba, por momentos, con arruinarla. Las prohibiciones sobre la exportación de lana en bruto desde Inglaterra le causaron aún más daño. Pero, a partir de 1648, se trajeron de España cantidades crecientes de lana, y se introdujeron, con éxito, nuevas técnicas de tinte. Leyden alcanzó el apogeo de su producción poco antes de 1670; esta comenzó luego a decrecer, pero en 1700 era todavía notablemente más alta que en 1630.

La diversidad dio a la economía holandesa una fuerza duradera. Si una rama de los negocios decaía, otra ocupaba su lugar. La elaboración de cerveza no era tan floreciente en 1700 como en 1600, pero la construcción de barcos holandesa era más poderosa en 1700 que en 1650. Así también, durante el tercer cuarto del siglo, la Compañía de las Indias Occidentales se hallaba en decadencia. Pero la Compañía de las Indias Orientales compensaba en aquel renglón de pérdidas en el Atlántico. El nombre de Jan Maetsuycker, gobernador general de Batavia desde 1655 a 1673, un constructor de imperios comparable con Coen antes de él y con Warren Hastings después, debe ir siempre asociado a la

constante expansión y a la consolidación de la Compañía en este periodo. Los directores, en Ámsterdam en 1651, se decidieron a una política audaz. En 1652, una expedición al mando de Van Riebeek tomó posesión de la punta meridional de África, a fin de salvaguardar las comunicaciones con el Este. En 1655, otra expedición, esta vez desde Java, hizo posible el asedio de Colombo, en Ceilán, que cayó en mayo de 1656. A finales de 1657, los holandeses ocupaban casi todas las tierras ricas en canela de la isla, que antes habían pertenecido a los portugueses. Cinco años después, tenían asegurado un buen número de puntos en las costas de la India meridional. Rycloff van Goens, que administraba Ceilán antes de suceder a Maetsycker en Batavia, soñaba con hacer de Colombo una segunda capital holandesa en el Este. Menos espectacular fue el proyecto de ampliar el comercio en Siam y en Camboya. Aunque el rey de Siam recelaba de un creciente monopolio holandés del tráfico en aquella región, los comerciantes ingleses no le prestaron ayuda, y él tuvo que esperar a que intervinieran los franceses, con posterioridad a 1680.

Sin embargo, la máxima contribución a la prosperidad de las ciudades holandesas fue la procedente del comercio del Báltico, con sus muchas ramificaciones. Como los funcionarios daneses imponían, año tras año, las tarifas de su rey en el Sund, anotando en sus registros innumerables detalles de los barcos y de los cargamentos, dejaron a la posteridad testimonio suficiente de la prolongada dominación del comercio del Báltico por parte de los holandeses.

Las mercancías a granel que más importaban a muchos miles de hombres en Europa eran los cereales de Polonia, de Prusia y de las provincias bálticas suecas con un mercado en el Oeste, y la sal de Francia y de Portugal que era indispensable al este del Sund. El Báltico también constituía un buen mercado para los tejidos, el pescado y el vino, Las

exportaciones de Suecia y de Finlandia, consistentes en hierro, cobre, alquitrán y brea, eran solicitadas, principalmente, por los países marítimos y por Alemania. Gracias a los registros daneses, es posible establecer con bastante seguridad qué proporción de la mayoría de estos cargamentos era transportada a través del Sund en barcos holandeses[3]. Esta proporción puede fijarse de acuerdo con la siguiente tabla:

	Centeno (por 100)	*Sal* (por 100)	*Hierro* (por 100)	*Tejidos* (por 100)	*Arenques* (por 100)	*Vino renano* (por 100)
1640-1649	70	80	37	52	82	77
1650-1657	66	67	34	42	72	91
1661-1670	83	74	56	55	81	95
1671-1680	82	50	32	54	64	90
1681-1690	83	74	26	64	76	92

100 por 100 = el volumen total de cada mercancía transportada por todos los buques a través del Sund en periodos de diez años, excepto durante la guerra de 1658-1660.

Estos porcentajes demuestran que, a mediados del siglo, los holandeses habían alcanzado un dominio del transporte comercial del Báltico, que, en general, se mantenía; el cual se vio perjudicado por la guerra en el mar del Norte y en el Báltico, en 1652-1660 y en 1672-1678, pero se recuperó con la reanudación de la paz; y que solo el transporte del hierro sueco estaba al margen de ese dominio, para caer definitivamente en otras manos con el transcurso de aquellas décadas.

Había, naturalmente, actividades accesorias de este sistema septentrional del comercio. Los holandeses estaban muy

interesados en la madera noruega y en los lienzos silesianos, algunos de los cuales comenzaban su largo viaje hasta un provechoso mercado en el África occidental, embarcados hasta Stettin, aguas abajo del Oder. También abastecían de armamentos a Moscovia, y desempeñaban el más importante papel en la explotación de las minas de hierro y en la construcción de forjas al sur de Moscú. Pero, aparte del tráfico directo con Bergen en Noruega y Goteborg en Suecia, todas las operaciones del Báltico tendían a reunirse en los cargamentos de tres «flotas» principales que navegaban anualmente desde Holanda en tiempo tranquilo –en primavera, verano y otoño–, con barcos cuyo destino era Dantzig, Königsberg, Riga, Reval y Estocolmo. Llevaban pescado y tejidos holandeses, vinos franceses y alemanes, sal francesa y portuguesa. Más grandes y de navegación más barata que los barcos construidos en cualquier otro país, los buques holandeses, en su mayor parte, no iban en lastre al Este, como muchos de sus rivales; cuando el escritor francés Jean Eon publicó, en 1647, su *Commerce Honorable,* invitando a sus compatriotas a poner más energía y a invertir más dinero en los negocios, deplorando el éxito de los holandeses en su aprovechamiento de los beneficios producidos por la exportación de vinos realizada por los comerciantes franceses, llegaba hasta el punto de explicar el mismo éxito holandés en muy distintas partes de Europa. Además, una porción de los cargamentos de retorno procedentes del Báltico tenía que ser pagada mediante la exportación de dinero; pero el voluminoso comercio holandés con España, que se incrementó a partir de 1648 y se benefició, además, de la guerra anglo-española de 1655-1660, contribuyó a que el precioso metal afluyese a Ámsterdam. Alcanzados los puertos del Báltico, los holandeses administraban sus negocios a una escala tal, que su demanda era considerada localmente como fundamental para la fijación de precios, sobre todo de los precios de los cereales. Los viajes de retorno se hacían a

través del Sund, antes de que comenzase el invierno, y el ciclo volvía a iniciarse al año siguiente.

Todo esto explica que el gobierno holandés prestase tan cuidadosa atención a cualquier estremecimiento en la política báltica. Los reyes danés y sueco tenían que ser refrenados a fin de mantener un equilibrio estable de poder, en el que ningún Estado pudiera dominar ni el Sund ni los puertos. Era conveniente arrancar concesiones en el Sund que no se aplicasen a otros países, e impedir que los demás alcanzasen ventajas similares. Era necesario poder esgrimir las ofertas y los precios de los comerciantes de Dantzig contra Königsberg, y los de ambas ciudades contra Riga. Era esencial mantener la actividad mercantil, a pesar de las maniobras militares suecas, polacas o danesas. Desgraciadamente, el trastorno provocado por Carlos X amenazaba a los holandeses en todos los rumbos, por lo que estos acabaron interviniendo en la crisis septentrional como protagonistas. La recuperación de Dantzig por una flota holandesa, en 1656 (véase *supra,* en cal cap. II, «Intervención extranjera en Polonia»), no fue más que el primer movimiento abierto, adoptado para defender los intereses comerciales holandeses. De Witt podía ser un tanto prudente, pero sus compatriotas eran más agresivos. Compartían el mismo interés, poniendo así de relieve, de diversos modos, la creencia de que aquel tráfico –sobre todo, el de cereales– era un «tráfico-madre», que constituía la base de la prosperidad en muchas ramas del comercio. Al fin, en 1660, consiguieron el reajuste báltico que necesitaban.

Este triunfo no era una victoria total. En efecto, es posible que los círculos mercantiles de Ámsterdam luchasen con la máxima decisión para defenderse, precisamente porque las condiciones generales del tráfico empeoraron en la segunda mitad del siglo. A juzgar por el número de barcos que llegaban a Ámsterdam, y por los ingresos procedentes

de los derechos de importación y de exportación que allí se cobraban, la actividad comercial llegó a un punto culminante en los años 1648-1651, que continuó sin ser superado hasta el final mismo del siglo. Incluso en tiempo de paz –en 1660-1664 y 1667-1672–, los negocios eran menos abundantes que anteriormente, mientras la guerra, al propio tiempo, acarreaba pesadas quiebras. Entre 1648 y 1651, Ámsterdam, desde luego, se benefició de una enorme demanda de cereales bálticos en la Europa occidental, debida a las catastróficas cosechas. Después, terminado el excepcional periodo de escasez, los historiadores coinciden en que, durante treinta años, por causas que todavía son difíciles de averiguar, el mercado fue decididamente menos boyante que en épocas anteriores.

Esto no se debió a que la diferencia de precios entre el grano oriental y el occidental fuese menor que en el pasado, ni a que las mejoras técnicas en la agricultura ni los nuevos tipos de cosechas redujesen la necesidad de importaciones. Estos cambios se produjeron después. Lo que sucedió fue que la demanda total era menor, y hoy se ve con mayor claridad que la anterior tendencia al aumento de población en Holanda, Bélgica, Italia, Francia y España se vio entonces invertida en algunas regiones, en otras se detuvo, y en otras, por lo menos, se refrenó. Sería un error exagerar la disminución de embarques de cereal báltico hacia el Oeste, en la segunda mitad del siglo: se ha hecho el cálculo de que, a través del Sund, se transportó un promedio anual de 68.500 *lasts* de cereales en 1600-1649, de 55.800 en 1650-1699, y solo de 31.800 en 1700-1749; y, en el periodo de cincuenta años siguientes a 1650, los estudiosos están ahora menos inclinados de lo que solían a subrayar la intensidad de la decadencia anterior a 1680 o de la recuperación posterior. Han allanado las curvas en sus gráficas, dejando a las Provincias Unidas a un nivel de prosperidad superior al de sus vecinos, pero sin continuar avanzando ya a un ritmo más

acelerado que ellos. Lo que el importador y el exportador holandeses tenían que hacer era luchar por mantenerse, o para impedir que sus beneficios descendieran demasiado bruscamente. Defendían una especie de tráfico contractual, mientras los competidores en Inglaterra y en Francia, ante el mismo horizonte desfavorable, pensaban en edificar su propia prosperidad mercantil. De Witt y Colbert se encontraban, tanto el uno como el otro, ante el mismo grave problema.

La responsabilidad del gobierno holandés consistía en limitar los posibles riesgos políticos que amenazaban el comercio holandés en el extranjero, y estimular una administración eficaz en el interior. Desde este punto de vista, la administración de la provincia de Holanda, en lo relativo a su deuda pública, resulta verdaderamente notable. Cuando terminó la primera guerra anglo-holandesa, se concertó una serie de conversiones, sin destruir el crédito. A los acreedores se les ofreció la alternativa de la devolución o de la continuación de sus préstamos con un interés más bajo. Este ahorro, unido a la reducción de los gastos militares, permitió a las autoridades crear un fondo de reserva destinado a amortizar nuevas porciones de la deuda, en años futuros. Holanda convenció a los Estados Generales de que siguiesen su ejemplo en lo que se refería a la deuda federal, muchísimo más pequeña, mientras las tasas de intereses se reducían en todo el país. En 1659, se eliminaron ciertas anomalías de la ley relativa al sistema monetario. Ningún otro Estado europeo se acercaba a aquel modelo de hacienda pública. El principal defecto en las Provincias Unidas era un elevado nivel de los impuestos sobre el consumo, que empobrecía a la población trabajadora. De todos modos, el número de gente que prosperaba en las provincias de Holanda, de Zelandia y de Utrecht, a costa de los más pobres, tenía que ser todavía grande, en comparación con el número que alcanzaba niveles de vida similares en Francia o en

Alemania, o incluso en las provincias insulares de Overijssel y Drenthe, y en Groningen, donde los acomodados eran, probablemente, tan pocos como en la Alemania noroccidental. Un viajero que se trasladase desde la costa holandesa hacia el imperio cruzaba una frontera económica, mucho antes de llegar a la frontera oficial.

Otra observación que debe hacerse en relación con las Provincias Unidas en 1648 o en 1672 es casi más importante, y más difícil de determinar. Los holandeses constituían una nación de inmigrantes y de emigrantes. Eran libres de ir adonde desearan, con su capital y con sus profesiones. Al principio, cuando se establecían en ultramar, se beneficiaban ellos y, posiblemente, también sus parientes, que habían quedado en el país; pero algunos acababan dejando de ser holandeses, y sus países de adopción ganaban tanto como ellos. Los ingleses recibieron su ayuda en la desecación de tierras pantanosas, y los noruegos, los suecos y los rusos en la explotación de sus minas de hierro, tanto en un caso como en los otros gracias a métodos perfeccionados. De tres hermanos apellidados Marselis –una familia oriunda de los Países Bajos meridionales–, uno actuaba como agente del rey de Dinamarca, el cual prosperó notablemente, y compró una posesión rural cerca de Haarlem; otro se construyó una hermosa casa de estilo holandés en Oslo, y el tercero se convirtió en un noble danés. Los holandeses solían ser los inspiradores de nuevas compañías comerciales, tanto en Estocolmo, como en Burdeos o en Génova. Ellos encendían el entusiasmo y fomentaban las aventuras de ultramar de reyes de espíritu mercantil como Jacobo de Curlandia (que reinó desde 1642 a 1682), y, después, Federico Guillermo de Brandemburgo. Frans Caron, tras una larga carrera en la Compañía Holandesa de las Indias Orientales[4], y Van Robais, el fabricante de tejidos, fueron inducidos por Colbert a pasar al servicio de Luis XIV. Finalmente, los extranjeros, aleccionados por el ejemplo holandés, se

convirtieron en rivales más eficaces, aunque los holandeses también se beneficiaban de su propia corriente de refugiados de talento, especialmente flamencos, judíos y hugonotes. Los suecos y los daneses fueron, al fin, refrenados en 1660, pero Inglaterra y Francia se mostraron rivales más serios. Sus gobiernos, no menos deliberadamente que los de Copenhague y Estocolmo, se dispusieron a cercenar la supremacía económica de las Provincias Unidas. La lucha iba a ser incierta, con triunfos alternos incluso. Tal vez el doble cambio de nombres en el mapa de la América del siglo XVII sea adecuado: Nueva Suecia fue anexionada a Nueva Holanda en 1655, pero la conquista inglesa de 1664 absorbió a ambas en las colonias dependientes de Nueva York.

EL IMPERIO SUECO; EL SITIO DE COPENHAGUE

Los suecos, además, triunfaron en 1648. Prudentemente, abandonaron anteriores y más ambiciosos planes de reconstrucción del imperio bajo dominación sueca. Se contentaron con una fuerte indemnización para «satisfacer» a su ejército, y con fondeaderos estratégicos en la costa germana –Pomerania occidental–, puertos en Mecklemburgo, la firme amistad del duque de Holstein-Gottorp y una franja entre los ríos Elba y Weser. En 1645 habían conquistado ya Halland, en la orilla sueca del Kattegat, y las islas que cerraban el acceso por mar del derrotado rey de Dinamarca a Estocolmo y al golfo de Finlandia.

Al igual que en las Provincias Unidas, la suavización de las demandas más belicosas había sido el resultado del trabajo de un sector que deseaba un acuerdo. Dentro de este sector, algunos círculos ilustrados preferían, simple y razonablemente, la paz a la guerra; le dieron la bienvenida, y confiaron en tener mayores oportunidades de alcanzar las apariencias y las normas de vida de la mejor sociedad occidental. Entre ellos estaba la reina Cristina. Como uno de sus más destacados cortesanos, Magnus Gabriel de la Gar-

die, que recientemente había regresado de una suntuosa estancia en París, ella necesitaba de los atractivos de la vida aristocrática. Y necesitaba también del arte y de la cultura, de una academia de estudiosos cuyas reglas fueron dictadas nada menos que por Descartes, de un hermoso palacio en Estocolmo, de una biblioteca, de un teatro y de muchas otras cosas. Las familias aristocráticas deseaban construir casas más modernas en la capital y en sus alrededores, o en las provincias, tanto al norte como al sur del Báltico. También un joven ingeniero, Eric Dahlberg, se trasladó a Italia para observar y estudiar la arquitectura clásica, cuando la guerra hubo terminado. Regresó para tomar parte en futuras guerras, para diseñar fortificaciones en muchos puntos, durante una larga vida, y para hacer dibujos con destino a un libro que ilustra más elocuentemente que cualquier otro el ascenso de su país a las cotas aparentemente más altas de la cultura europea: en su *Sweden Ancient and Modern,* el lector puede comparar sus nuevos y a veces espléndidos palacios, de un estilo holandés inspirado en Palladio, con las obras supervivientes de los pobres y antiguos godos.

En un plano diferente, el gobierno de Estocolmo continuaba siendo profundamente mercantilista en sus intereses, considerando la política y el control estatales como instrumentos imprescindibles del progreso económico. Ahora aspiraba a que el comercio sueco dependiese menos de la marina holandesa. Una nueva «acta de navegación» de 1645 aplicaba diferentes tarifas (en la proporción de 3:2:1) a los barcos extranjeros que entrasen en puertos suecos, a los barcos suecos corrientes y a los barcos suecos que pudieran ser utilizados con fines de guerra. Esta discriminación contra los holandeses continuó hasta que Carlos XI, a regañadientes, la atenuó en 1679. Además, el gobierno se aprovechó de los victoriosos tratados con Dinamarca en 1645 y en 1658 para presionar y asegurar la completa abolición de peajes sobre los barcos y artículos suecos que pasasen a tra-

vés del Sund. En el interior, supervisó rigurosamente el comercio extranjero, y uno de los resultados de esta actitud fue la concentración de negocios en Estocolmo. Las tres cuartas partes de la totalidad de las exportaciones e importaciones suecas pasaba por la ciudad, en parte porque las famosas minas de cobre de Falun y los importantes yacimientos de hierro no estaban muy distantes, y en parte porque todos los demás puertos del golfo de Bothnia –que podían haber comerciado con las valiosas exportaciones de alquitrán finlandés– se hallaban sujetos a la prohibición de intervenir en el tráfico extranjero. Todo tenía que ir, primero, al obligado puerto de Estocolmo. La extensión de la ciudad aumentaba incesantemente, la construcción y la reconstrucción continuaban sin descanso, y su población llegó a los 50.000 habitantes en 1670.

Un puerto más grande que el de Estocolmo, y el otro principal centro comercial del imperio, era Riga. Absorbía el tráfico procedente de unos territorios del interior que incluían partes de Polonia, Curlandia y Moscovia. Pero la confusa red de intereses económicos de aquella región se reflejaba en la política oficial. Gustavo Adolfo y Cristina habían enajenado muchos territorios de la Corona en Letonia y en Estonia a los magnates suecos; estos se aprovecharon, mientras el gobierno gastaba más de lo que podía de sus ingresos regionales en mantener grandes guarniciones para protegerse contra las amenazas de Moscovia y de Polonia. Los burgueses de Riga conservaban la mayor parte de sus antiguos privilegios, incluyendo su derecho prioritario, a pesar de que los comerciantes extranjeros y los terratenientes habrían preferido tratar entre sí directamente. El gobierno, que otorgaba concesiones especiales a Estocolmo, desaprobaba la aspiración de Riga a la misma clase de monopolio, porque tenía enormes deseos de estimular el tráfico comercial con Moscovia, a través de las provincias bálticas suecas. Cuando los comerciantes rusos persuadie-

ron al zar Alexei, en 1649, de que cancelase los privilegios mercantiles ingleses, Suecia trató insistentemente de demostrar en Moscú las ventajas comerciales de una ruta entre el Este y el Oeste, que evitaba el rodeo hasta Arkangel. Los funcionarios de Estocolmo mostraban un nuevo interés por los puertos ingrios de Narva y de Nyen (en la situación de la futura San Petersburgo), que estaban más cerca de Nóvgorod y de Moscú que Reval o Riga. Reducían el importe de los derechos de tránsito y eran menos restrictivos de lo que los intereses regionales habrían deseado. Alrededor de 1650, en el aire de Estocolmo se respiraba la esperanza de un tráfico ruso muy amplio, pero los cambios inmediatos produjeron una desilusión. La guerra con el zar, en 1665, no tardó en desbaratar el tráfico extranjero en el Báltico oriental. La verdadera expansión, sobre todo hacia Narva, comenzó treinta años después.

La institución encargada de los detalles de esta política era el *Kommerscollegium,* un cuerpo de consejeros reorganizado en 1651 con el respaldo de Eric Oxenstierna, que fue su presidente desde 1652 a 1656. Se discutió un interesante plan para la creación de dos juntas regionales del colegio en las provincias bálticas y en las germanas, que luego fue abandonado. En ciertos aspectos, asumía un poder mayor que el de sus equivalentes (el Council of Trade and Navigation, el Conseil de Commerce y el Kommerzkollegia) que los estadistas de Inglaterra, de Francia y de Alemania trataban de activar en aquel periodo, con el propósito de estimular el comercio y la industria. Por medio del colegio sueco, el gobierno nombraba funcionarios como los burgomaestres de las ciudades, e imponía una rigurosa distinción entre las ciudades «monopolio» y las reducidas a un comercio al por menor. El consejo supervisaba también la Compañía Sueca del África, iniciada en 1649 con una fortaleza en Guinea, y la compañía que mantenía una batalladora colonia en las orillas del río Delaware. Pero los suecos seguían

dependiendo del capital y de los barcos holandeses para aquellas aventuras de ultramar, y la pérdida de Nueva Suecia, en 1655, fue un golpe asestado por un grupo de holandeses a otro, tanto como una derrota para el gobierno sueco. Los planes de un tráfico a larga distancia, que incluía el desarrollo de un comercio por tierra a través de Moscovia hasta Asia, prometían más de lo que podían cumplir. En aquel siglo, Escandinavia desempeñaba un mínimo papel en la «expansión de Europa».

Mucho más importante fue que la Guerra del Báltico de 1655-1660 dio a Suecia su última oportunidad de asegurarse el dominio económico en la Europa septentrional, pero el resultado fue un equilibrio de las potencias, que restableció y confirmó la antigua supremacía holandesa. Cuando un grupo de oficiales y de secretarios impulsó a Federico III de Dinamarca a declarar la guerra en 1657, con Carlos X, al parecer, gravemente comprometido en Polonia (véase *supra,* en cal cap. II, «Intervención extranjera en Polonia»), confiaban en el apoyo holandés. Conrad van Beuningen, embajador en Copenhague, animó a los daneses a lanzarse al ataque. Incitado desde Ámsterdam, el embajador se mostró más militante de lo que le permitían las instrucciones que De Witt le enviaba. Y, una vez que atacaron –a lo largo de la inmensa frontera entre Noruega y Suecia, en Holstein, y, al otro lado del Elba, contra los territorios suecos de Bremen–, Cromwell, en Londres, no se mostró menos interesado. En aquella región, extensa y altamente sensible, los estremecimientos se desplazaban rápidamente a través del Báltico y del mar del Norte; el entramado de intereses era mucho más completo que en el Mediterráneo, donde las potencias occidentales podían mantenerse al margen de la larga guerra por Creta.

Con una maravillosa velocidad de desplazamiento, ayudado por especiales condiciones climáticas, que permitían a

las tropas cruzar el mar helado desde una isla danesa a otra, Carlos X condujo a su ejército desde Polonia, vía Pomerania, hasta las puertas de Copenhague, en un plazo de seis meses[5]. El triunfo a tal escala aclaraba sus nuevas aspiraciones en la guerra, el dominio efectivo del Sund y la plena soberanía sobre el territorio al norte del mismo. En las condiciones acordadas en Roskild (febrero de 1658), alcanzó ambos objetivos. Esta paz fue extraordinariamente breve. Resultó evidente que ni siquiera Suecia bajo Carlos X, y mucho menos cualquier otro Estado báltico o germano, era suficientemente fuerte para desafiar el poderío marítimo holandés, mientras perdurase el antiguo conflicto de intereses entre Dinamarca y Suecia. Los recursos y la destreza navales de los pueblos bálticos eran tan inferiores a los holandeses (o a los ingleses), que una supremacía militar regional en tierra no podía compensar la desventaja en el mar. El durísimo invierno de 1657-1658 había dado, momentáneamente, una ventaja al ejército sueco; con la primavera volvieron las condiciones normales, y con ellas la posibilidad de la escuadra holandesa de intervenir en la política báltica. El Tratado de Roskild había cancelado la alianza entre Dinamarca y las Provincias Unidas, pues pretendía cerrar el Báltico a toda flota holandesa que pudiera, en el futuro, intentar una operación como la llevada a cabo en 1656, cuando el almirante De Witte se presentó en Dantzig y salvó la ciudad. Preveía un control del Sund no menos gravoso para el comercio holandés que las medidas del rey de Dinamarca anteriores a 1645, y prometía dar a Suecia una oportunidad de manejar los derechos portuarios en los puertos bálticos, sin tener que ceder ante los intereses holandeses. Van Beuningen no perdió el tiempo ni ahorró esfuerzos en Copenhague para echar a pique la paz. Por otra parte, el triunfo de Carlos fue tan considerable que ahora deseaba más de lo que la letra del Tratado de Roskild le concedía. Los daneses, en la negociación más amplia que hubo de preceder

a la ratificación del tratado, querían dar menos. Alentados por Van Beuningen, encontraban intolerables las condiciones originales. En julio de 1658, las tropas de Carlos estaban todavía en Dinamarca. Mientras el debate continuaba, Carlos procedió, de pronto, a bloquear la capital danesa por tierra y por mar.

El acontecimiento más importante de Europa, en 1658, fue la respuesta de los ciudadanos de Copenhague a una llamada de su rey. Amenazados por segunda vez en doce meses, prometieron a Federico resistir el asedio; la lealtad de algunos notables ciudadanos se veía fortalecida por la idea de que una victoria sueca significaría la cancelación de sus grandes préstamos y créditos a la Corona danesa. El sentimiento patriótico apoyaba la resistencia; el rey había despertado de su habitual letargo, y la ciudad se mostraba suficientemente firme para soportar el asedio hasta que la intervención naval holandesa comenzase a inclinar la balanza contra Suecia. Un confuso juego de bloqueo y contrabloqueo, con el intento de mediación de las Provincias Unidas, de Inglaterra y de Francia, se prolongó durante meses, pero el resultado fue que Dinamarca (con Noruega) continuaba como potencia independiente en Europa. Estos pueblos, bajo su rey, no estarían sometidos al dictado de Estocolmo. El Tratado de Roskild no fue sustituido por otro más dacroniano. Muchas de las ambigüedades se despejaron cuando Carlos X, de pronto, cayó enfermo y murió en febrero de 1660. La regencia que le sucedió en Estocolmo optó por la paz, tanto en Polonia como en Dinamarca.

Los tratados firmados en Oliva, cerca de Dantzig, completaron el convenio. La cesión de Scania a Suecia, y la retirada final de Dinamarca de las fuerzas suecas, significaban que ninguno de los dos países ocuparía una posición dominante de un lado al otro del Sund. Los daneses perdían lo que en otro tiempo había sido suyo. Los suecos perdían la

oportunidad de controlar una de las llaves de Europa, y de construir un nuevo imperio Vasa al sur del Báltico mediante la dominación de Dantzig y de otros puertos prusianos. Pero los acuerdos también confirmaron el derecho sueco a sus posesiones en Alemania. Una reciente alianza de Brandemburgo, del emperador y de Polonia, para desalojar a Suecia de Pomerania durante la guerra danesa, había luchado inútilmente. Los compromisos defraudaban, sin duda, a todas las potencias signatarias. Dado el general agotamiento, no eran intolerables para ninguno. Mientras tanto, los barcos holandeses se abrían, de nuevo, camino a través del Sund para reanudar sus negocios. Indudablemente, sus propietarios tenían razones suficientes para sentirse satisfechos. En comparación con las guerras anglo-holandesas de las décadas de los cincuenta, de los sesenta y de los setenta, que tendieron a inclinar el equilibrio comercial a favor del competidor inglés, las campañas bálticas, por tierra y por mar, terminaron en una situación que favorecía a los holandeses.

RENTAS E IMPUESTOS EN LOS PAÍSES BÁLTICOS

La lucha por el poderío comercial ocultaba un problema general más profundo: la dependencia de los gobiernos, en la Europa septentrional, de las rentas de la tierra. Absorbían energía humana y atraían lealtades rivales, al igual que la desavenencia entre los Orange y la provincia de Holanda las absorbían o las atraían en las Provincias Unidas.

Los reyes suecos y daneses habían recaudado siempre rentas en las tierras reales diseminadas en una zona enorme, donde la mayor parte de los impuestos y de los tributos solo podían ser pagados en especie. Era bastante fácil pagar a un servidor, asignándole el derecho a recaudar aquellos tributos, pero utilizarlos para financiar un ejército, para construir una gran fortaleza en un punto distante, o incluso para adquirir cosas necesarias y superfluas para la casa real, era todavía en aquel periodo un problema de la máxima difi-

cultad. Las rentas en dinero constituían solo una parte de sus ingresos, mientras las rentas en especie tendían a ser inmanejables, y unas y otras afluían demasiado lentamente. Las propiedades reales eran entregadas a nobles y oficiales, que tenían que dar cuenta de la totalidad o de parte de sus productos; pero el mecanismo de control era tan débil que, durante largos periodos, la tierra –con los impuestos, las rentas y los súbditos que las pagaban– estaba expuesta a deslizarse de manos del rey a las de sus más poderosos súbditos. Al propio tiempo, los naturales adinerados y los comerciantes extranjeros adelantaban dinero, y eran reembolsados en mercancías. En el imperio danés, un grupo especialmente fuerte de hombres de negocios de Copenhague no solo ofrecía dinero a la Corona, sino que utilizaban el cereal con que se les reembolsaba para cambiarlo beneficiosamente por hierro noruego, y luego utilizaban el hierro para ulteriores negociaciones con la corte. La fase siguiente, allí y en Suecia, fue la obtención de préstamos sobre la garantía de los productos agrícolas y minerales. Como los gastos del gobierno y las deudas reales ascendieron durante la Guerra de los Treinta Años, resultaba difícil recuperar el control de las fuentes originales de la renta. Los nobles y los funcionarios más adquisitivos agregaban tierras de la Corona a lo que ellos poseían ya privadamente, y algunos comerciantes se convertían en propietarios que, más adelante, fundaban familias que se asentaban en determinadas comarcas. Los acreedores difícilmente podían protegerse de otro modo, mientras un gobierno que pagaba sus deudas en dinero con amplias extensiones de no muy provechosa tierra mantenía un astuto regateo. Toda transacción de este tipo dependía de sus condiciones particulares.

La conversión de mercancías en dinero constituía, por lo tanto, un problema fundamental. Los daneses confiaban en soslayar la dificultad, sacando lo más posible de los peajes del Sund, pero la derrota en las guerras de 1643-1645 y

1657-1659 dejó el paso libre. En Suecia, Axel Oxenstierna, el gran canciller de Gustavo Adolfo y de Cristina, soñaba con resolver el problema mediante la ampliación de fuentes similares de ingresos en dinero: tarifas, derechos portuarios en todos los puertos del Báltico bajo control sueco, e impuestos sobre el consumo. Esperaba que el desarrollo urbano del país y el estímulo del comercio sueco, mediante una política de discriminación contra los holandeses, ayudasen a modernizar la economía. Respecto a los antiguos tipos de ingresos de la Corona, parece que sus puntos de vista habían cambiado con el paso del tiempo. Al principio le disgustaba, pero no podía rehuir la necesidad de alienar tierras e impuestos reales, a fin de reducir las deudas o de asegurar nuevos fondos: la minoría de edad de Cristina se caracterizó por la venta que esta hizo de «tierras de la Corona», en las que el campesinado que pagaba los impuestos carecía de una seguridad en la posesión, así como de «tierras de impuestos». Los campesinos de estas últimas eran verdaderos propietarios, pero, naturalmente, pagaban impuestos, y las ventas, en este caso, significaban que la Corona renunciaba a su derecho sobre el impuesto, mientras los campesinos, anteriormente libres, quedaban expuestos a convertirse en criados y en arrendatarios del comprador. Poco a poco, Oxenstierna convirtió la necesidad del gobierno en una virtud. Con todo el instinto de un gran terrateniente, creyó que los señores particulares eran los instrumentos más adecuados para edificar la prosperidad de la sociedad rural. Confiaba en que, por las tierras de la Corona vendidas, explotadas por propietarios inteligentes, llegaría un momento en que la población pagaría a la Corona mucho más, con la elevación de las rentas en dinero procedente del impuesto indirecto. Aunque las clases no privilegiadas –los burgueses, el clero y los campesinos– tenían razón al pensar que la enajenación de las rentas de la Corona ampliaba los privilegios fiscales de una minoría, Oxenstier-

na y sus aliados aceptaban, en teoría, el principio de que los nobles deben contribuir al Estado con una razonable porción de su riqueza.

Esta razonada apología de la venta de las antiguas rentas de la Corona a señores, nobles, funcionarios, comerciantes o cortesanos, fue despojada de su aceptable apariencia por la reina Cristina; y no está claro que el canciller protestase con ninguna firmeza. La era de las «ventas» fue seguida de otra –la de las «donaciones»–, y, durante el reinado de Cristina, el valor de estas parece haber igualado la suma total de las dádivas y ventas hechas bajo Gustavo Adolfo y durante la minoría de edad de la propia Cristina, así como de las ventas por ella misma realizadas a partir de 1642. El resultado fue que dos terceras partes de la renta territorial de la Corona habían desaparecido en 1654, mientras el producto de las nuevas formas de impuesto en dinero estaba lejos de cubrir la diferencia entre gastos e ingresos. El problema de Oxenstierna era prematuro, y la realidad se manifestaba en forma de una creciente pobreza del trono, en medio de un mundo de magnates –las familias Oxenstierna, Brahe y otras–, que ocupaban los más altos cargos y se hallaban sólidamente representados en el Consejo de Estado. El mismo esquema se repetía al otro lado del Báltico. En Estonia, el 45 por 100 de la tierra colonizada estaba en manos de las familias de magnates suecos; el 12 por 100 pertenecía a nobles menores, de confusos orígenes, que ocupaban escaños en la asamblea de los Estados de los nobles en Estocolmo; y el 35 por 100 pertenecía a la burguesía alemana. En Pomerania, las llamadas «mesetas» del anterior príncipe gobernante habían desaparecido prácticamente, de modo que el 40 por 100 de las ventas cayeron en manos de los más altos funcionarios y oficiales suecos, mientras una gran parte del resto se dividía, de un modo uniforme, entre la nobleza y los burgueses locales. Cuando Bremen y Verden se anexionaron a la Corona sueca, el más beneficiado no fue el trono,

sino el gobernador general, Hans Christopher Königsmarck, un funcionario alemán que hizo su fortuna al servicio de los Vasa. Aquel flamante imperio sueco, a pesar de la intrínseca lealtad de sus nobles a la dinastía, si se mira a través de una lente que produzca solo una leve distorsión, tiene mucho en común con la monarquía de Polonia.

En 1650 había claros signos de que la posición en conjunto del campesino libre en Suecia, antes una de las más sólidas de Europa, estaba en peligro. Además, en ese mismo año Cristina había decidido que no quería casarse, aunque la seguridad del Estado lo exigiese, a fin de establecer la sucesión. A partir de entonces, durante treinta años, la cuestión de la tierra dependía de los deseos, de la personalidad o de la madurez del soberano.

Cristina anunció, en 1649, que no podía dar ninguna garantía firme, pero que, si se casaba, sería con su primo, el príncipe Carlos, hijo de la hermana de Gustavo Adolfo[6]; y persuadió tanto al Consejo de Estado como a los Estados de que se comprometiesen a elegir a Carlos como sucesor suyo, en el caso de que ella muriese sin hijos. Esto fortaleció el principio fundamental de la monarquía en el gobierno. Ajustó el equilibrio constitucional, haciendo más difícil para el Consejo y para los Estados, a la muerte o a la abdicación de Cristina, la imposición de condiciones antes del reconocimiento de un sucesor. Al año siguiente fue más lejos. La agitación de los campesinos, del clero y de los burgueses era muy intensa cuando la cosecha se malogró y fueron convocados los Estados. Pedían la «reasunción»: la Corona debía recuperar lo que la Corona había entregado a los nobles; este era el programa de reforma que ellos presentaban, y no la contribución mediante acuerdo. La nobleza temía un motín, pero la reina alentó a los radicales, táctica que le ayudó a arrancar a todas las facciones una nueva declaración asignando la sucesión a Carlos y a sus herederos, tanto

si ella se casaba con él como si no. Luego se volvió, decididamente, contra los que atacaban a los nobles o pedían una recuperación de las tierras de la Corona y de los impuestos vendidos. Venció con facilidad. La oposición se derrumbó. Por último, aquella asombrosa joven organizó para su coronación una ceremonia del mayor esplendor. Muy pronto, o tal vez entonces ya, acariciaba el doble sueño de la abdicación y de la conversión al catolicismo. De momento, el desorden social estaba apaciguado, la monarquía consolidada en el marco de la constitución, y la sucesión aclarada. Por otra parte, los magnates y los favoritos conservaban sus beneficios.

La abdicación de Cristina, en 1654, no solo fue sensacional. Fue también importante, porque Carlos había anunciado ya su deseo de revocar las decisiones de Cristina respecto a la cuestión de la tierra. Aceptó el programa de la oposición de 1650. Se puso al lado de los no privilegiados –campesinos, burgueses y clero–, y también de los nobles que, por convicción y por cálculo, preferían una monarquía personal fuerte a un constitucionalismo aristocrático. El tesorero, en 1654, Herman Fleming, era un decidido defensor de la reasunción. No acertaba a ver otra alternativa al crónico adeudamiento del gobierno. En 1655, el nuevo rey contrarrestó las críticas en el Consejo de Estado, convocando a los Estados. Estos autorizaron una reasunción parcial, aceptando la demanda de Carlos de un 25 por 100 (en dinero) de las rentas procedentes de las donaciones de tierras hechas desde 1642. En aquel momento comenzó la guerra polaca, que vino a desbaratar la política, pero una parte de los elogios o de las censuras que tan frecuentemente se dirigieron a Carlos XI por sus arrebatadoras medidas posteriores a 1680 debe ser transferida a su padre, que había dado los primeros y críticos pasos por aquel camino. La guerra distrajo a Carlos X e inutilizó a la comisión –el Reduktionskollegium– que él nombró para llevar a cabo la reasunción,

pero ni siquiera el curso siempre ascendente de los gastos militares indujo al rey a permitir nuevas donaciones y ventas de tierras (con excepciones insignificantes). Autorizó hipotecas, pero estas se decidieron mucho más rigurosamente que las fáciles donaciones de años antes. Los conservadores veían en la reasunción una política peligrosa, que podía permitir que se abusase de la autoridad real para violentar la ley y cancelar transferencias de la propiedad, las cuales consideraban perfectamente válidas.

La súbita muerte de Carlos, en 1660, puso en el trono a su hijo, de cuatro años de edad. Las discusiones en los Estados, apasionadas pero incruentas, demostraron que nadie estaba dispuesto a atacar el principio de la monarquía personal. El clero y los burgueses, y unos pocos nobles como Fleming, proclamaron enérgicamente que aquel principio era el pilar fundamental del Estado. En la práctica, la minoría de edad de Carlos XI supuso la salvación, de momento, para los intereses aristocráticos. Por medio del nuevo canciller, Magnus de la Gardie, los aristócratas ejercieron su dominio sobre el Consejo de Estado y sobre los nobles ancianos que se sentaban en su espléndida y nueva *Riddarhus,* en Estocolmo, cuando se reunían los Estados. Al principio, otro tesorero trató de limitar los futuros gastos y se opuso, infructuosamente, a nuevas enajenaciones de las rentas de la Corona. Sus colegas no le prestaron ayuda en su intento de recuperar lo que se había perdido. Después, las enajenaciones continuaron, y las familias más ricas ampliaron sus exenciones de impuestos. El gobierno se abstenía de imponer más tributos, a pesar de que su pobreza repercutía en la paga de sus funcionarios, muchos de ellos nobles modestamente situados, que dependían de sus salarios, y a pesar también de que, según todo cálculo prudente, se necesitaban más armas de fuego, más fortalezas, más barcos y más hombres para defender el imperio de ultramar.

La sorprendente debilidad de aquel imperio, a partir de 1660, influyó en la historia europea durante veinte años. La alta sociedad sueca parecía haber perdido el gusto o la inclinación a la guerra, y prefería las escaramuzas políticas en Estocolmo, la construcción y la dirección del Estado. El tono era impuesto por la reina madre, inexperta en los asuntos públicos, pero de gustos artísticos, y por el canciller. De la Gardie, mientras actuaba como canciller de la Universidad de Upsala, manifestó sus opiniones con suficiente claridad. Quería que los hijos de los clérigos fuesen clérigos, y que no entrasen al servicio del Estado. No le gustaban los jóvenes ambiciosos, de origen campesino o burgués, que trataban de alcanzar una instrucción académica; y debían mantenerse también, durante toda su vida, en la misma posición que sus padres. A su parecer, los hijos de los nobles, instruidos privadamente o en academias exclusivas, versados en lenguas modernas y en los usos de las cortes, estaban constituidos para gobernar. Y los hijos de las familias nobles más destacadas se hallaban situados muy por encima de los inferiores, que solo podían ingresar en el Consejo de Estado si los miembros existentes decidían nombrarlos. Consideraba que la jerarquía transmitida por herencia era la natural y necesaria armazón de la sociedad. Aunque entre los consejeros había fuertes facciones que se oponían a él, mientras la «reasunción» unida a una fe en la fuerte monarquía personal nunca careció de hábiles defensores, el canciller mantenía las riendas del poder en sus manos; y mantuvo también la paz en la Europa septentrional.

EL PUNTO MUERTO INGLÉS

Mientras holandeses y suecos permanecían en calma, gracias a unas minorías de edad que atenuaban un tanto la autoridad ejecutiva de sus gobiernos, podía pensarse que la Inglaterra revolucionaria trastornaría la estructura de la Europa septentrional. El nuevo régimen, en algunos campos,

mostró después de 1649 una asombrosa integridad y un sorprendente impulso. La drástica redistribución de la tierra y de la población en Irlanda, bajo Cromwell, no tiene paralelo en el siglo XVII, ni siquiera en Bohemia o en Ucrania. Los años de persistente presión escocesa sobre los asuntos ingleses, entre 1639 y 1648, fueron vengados con una intensa sujeción de Escocia a Inglaterra. El ejército Nuevo Modelo fue seguido por la creación de una nueva marina de guerra, de mayor importancia permanente, que competía con la holandesa, que entraba en el Mediterráneo por la fuerza, y que permitía a Cromwell inclinar decisivamente el equilibrio del poder europeo en contra del imperio español. En el interior, una radical subversión ideológica y social había sido suficientemente fuerte para dominar a los muchos moderados de Westminster –«presbiterianos» o «independientes»–, los cuales maniobraban, desamparados, por lograr un acuerdo durante la guerra civil y después de ella. En cierta medida, la subversión alcanzó a hombres como el propio Cromwell, que se apoderó del gobierno. Dio origen a constituciones radicales, y a radicales modelos de organización eclesiástica. John Milton o Samuel Hartlib creían que, para quienes prestasen oídos, aquello constituía la promesa de una nueva revelación y el rápido progreso hacia una mayor realización del cielo en la tierra. Para otros, el Quinto Reino, el del propio Cristo, estaba, en verdad, al alcance de la mano. Desgraciadamente para ellos, a pesar de los ecos llegados de Burdeos e incluso de Hamburgo, y del regocijo entre los protestantes dispersos por la Europa oriental, la respuesta fue débil. La revolución «inglesa», en comparación con la «francesa» o con la «rusa» de épocas posteriores, fue una cuestión provincial, dentro del contexto de la Europa del siglo XVII.

En la propia Inglaterra, lo que ocurría, y esto era más importante, tendía a paralizar, tanto como a estimular. El nuevo orden parecía fuerte cuando el ejército depuraba o tami-

zaba a los miembros de los sucesivos parlamentos con una facilidad soberana, o cuando se adoptaban medidas para asegurar el futuro control del país sobre su imperio colonial. Pronto decayó el interés y comenzaron a abrirse grietas. Tras la muerte de Oliver Cromwell, el intento de fundir una tradición revolucionaria popular con fuerte representación en los escalones medios e inferiores del ejército en 1659 con algunos de los elementos conservadores del país, pero no con todos, resultó imposible. La parálisis que sobrevino fue inesperada, pero total. Buscando a tientas un reajuste, los ingleses volvieron a la monarquía de los Estuardo, pero esta restauración no hizo más que asegurar una tregua, un periodo de calma para comenzar a trabajar en busca de una nueva solución de los problemas difíciles. En la cuestión religiosa, los anglicanos impusieron luego, tanto al rey como a las minorías poderosas, un concepto de uniformidad que, en la práctica, excluía de la Iglesia «establecida» a los «disidentes», exactamente igual que las antiguas leyes castigaban y aislaban a los católicos. En el ámbito de la sociedad inglesa surgió una fisura que se convirtió en permanente y que había de tener graves consecuencias. Por otra parte, Carlos II y su hermano Jacobo pertenecían a la Europa católica. Su madre, Henrietta María; la antigua influencia católica en la corte de Carlos I; la lealtad católica durante las guerras civiles; el número extraordinariamente alto de soldados y de cortesanos católicos de Inglaterra, de Irlanda y de Escocia obligados al destierro; la dependencia a causa de los socorros recibidos de las cortes francesa y española, con anterioridad a 1660: todo contribuía a la atmósfera de Whitehall posterior a aquella fecha. El sagrado principio de la alianza entre la Iglesia y el rey estaba agrietado desde el comienzo; los sucesivos reyes Estuardo (antes de 1688) no estaban preparados para aceptarlo, provocando o intensificando así el espíritu de oposición que hacía más difícil el gobierno. En todo caso, los ingleses querían

seguridad sin opresión; querían un gobierno más leve que el de los tiempos de Cromwell, menos impuestos y una mayor consideración al «pueblo» representado en el Parlamento. Con sus promulgaciones, y con sus omisiones, garantizaron todo esto en 1660-1661; pero también habían entremezclado los elementos para un largo periodo de tensión, en el que ni el rey, ni un gobierno, ni un parlamento, ni los diferentes grupos ajenos podían sentirse más que frustrados. Aquel era el equivalente de la situación planteada por las minorías de edad en las Provincias Unidas y en Suecia. La restauración o el mantenimiento de las antiguas libertades salvaguardaba muchos valores de la civilización, pero los riesgos de un desastre político en un mundo hostil eran también graves. En otras partes de Europa se intentaría muy pronto lo contrario, es decir, un experimento de monarquía autocrática. Los riesgos eran diferentes, pero no menores.

[1] Fue Juan de Witt el que no vivió para ver el vigésimo segundo cumpleaños de Guillermo, pues murió asesinado el 20 de agosto de 1672, poco después de abandonar su cargo.

[2] Véase el fascinante *The Baroque Town Hall of Amsterdam* (Utrecht, 1959), de K. Fremantle. Este edificio es ahora el Palacio Real.

[3] *Tijdschrift voor Geschiedenis* 41 (1926), pp. 150-155; 71(1958), pp. 188-205. Para una discusión suficiente de la veracidad de estas estadísticas, véase P. Jeannin, «Les Comptes du Sund», *Revue Historique* 231 (1964), pp. 55-102 y 307-340.

[4] Para una visión de él en un campo más lejano, véanse F. Caron y I. Schouten, *A true description of the mighty kingdoms of Japan and Siam,* ed. C. R. Boxer (1935).

[5] Véase Mapa II.

[6] Véase el cuadro dinástico núm. VII.

VI. LOS ENSAYOS MENORES DE AUTOCRACIA

CUENTOS DE VIAJEROS

Eran ya los tiempos de la «tournée» educacional de Europa para los jóvenes con recursos. Después del periodo escolar y antes del matrimonio se consideraba que los viajes eran muy importantes para los que no deseaban la prolongada enseñanza profesional de la teología, de la medicina o del derecho. Generalmente, omitían a España, y los rusos no participaban. Los visitantes extranjeros eran escasos en Inglaterra, y parece que pasaban rápidamente por Suiza, a menos que decidiesen residir en Ginebra; pero desde Inglaterra, Suecia, Lituania y Polonia hacia la periferia los jóvenes acudían a visitar Francia, Holanda, Alemania e Italia. Se matriculaban en las universidades, sin ánimo de graduarse. Tomaban parte en las fiestas de las cortes y de las ciudades extranjeras, se asombraban ante las reliquias clásicas, aprendían idiomas, bien o mal. Y, dondequiera que fuesen, su deber consistía, como sus tutores les decían siempre, en observar las diferentes constituciones, los tribunales, los métodos de recaudación de impuestos, los sistemas monetarios y las formas de organización militar y eclesiástica. Consignaban un gran número de detalles sobre estos temas en los diarios que, según se les aconsejaba, debían llevar. Si algo aprendían era a dar por sentada la asombrosa variedad de las costumbres y de las formas de pensamiento y de gobierno europeas. Esta era la esencia de su experiencia en el *tour de France* o en el *giro d'Italia.*

De igual modo, el historiador descubre que las condiciones de la Europa del siglo XVII estaban determinadas, sobre todo, por las constituciones de los diferentes «pueblos» y «tierras»; y, dentro de cada uno, las regiones menores solían diferenciarse de las otras por las libertades, las lealtades

y las posesiones locales. Cualquier intento de analizar estructuras estatales o provinciales como si se ajustasen a determinados modelos clásicos tiende a confundir, más que a explicar. Ciertamente, un sistema diplomático combina todas sus piezas en conjunto. La guerra, el comercio internacional y la actividad intelectual –como, por ejemplo, la abundante literatura de libros-guía para uso de nuestro turista y de su tutor– desbordan casi todas las fronteras. Pero su efecto sobre la mayoría de los hombres nunca fue más que una parte de la historia; la otra fue la historia de los gobiernos y de las provincias, cada uno de ellos con una historia previa que condicionaba, en gran medida, la fase siguiente.

Es, por lo tanto, difícil encontrar unas tendencias –hacia el absolutismo, el gobierno aristocrático, el laicismo, el racionalismo– que influyan en los procesos de desarrollo en diversos lugares, aproximadamente al mismo tiempo. Las crisis locales afectaban a Europa con mayor intensidad que las tendencias «europeas» o las crisis «generales». Incluso la «coyuntura» del periodo descrita por los historiadores economistas –en la que ellos ven la combinación de los opuestos efectos de un menor flujo de moneda nueva, de unos precios reales más bajos y de un freno a los incrementos de población, en contraste con el siglo XVI y comienzos del XVII– no explica suficientemente las fortunas económicas de diferentes regiones en aquellos cuarenta años.

En mayor medida, las moldearon unas condiciones locales y de corto plazo. El absolutismo personal hereditario o la oligarquía hereditaria aparecen irregularmente. Las administraciones centrales, cualquiera que fuese su base constitucional, se fortalecían en unos países, pero en otros se debilitaban. Solo a la manera del almirante Nelson, con un catalejo, puede descubrirse tanta complejidad. Durante los veinte años siguientes a 1650 hubo importantes avances ha-

cia el absolutismo en Francia y en Dinamarca, menos importantes o menos afortunados experimentos del mismo género en Prusia, en Hungría e incluso en el Piamonte. Simultáneamente, se había restablecido en Inglaterra el gobierno constitucional, se había reducido la influencia de los nobles en las Provincias Unidas y en Suecia, y el poder gubernamental decaía en Polonia y en España.

En esta confrontación con los hechos, comencemos por el más claro ejemplo de una nueva autocracia.

LA SOBERANÍA EN DINAMARCA

Dinamarca aparecía como un país malherido, cuando una fase de una guerra enormemente desgraciada terminaba con los Tratados de Oliva, en 1660. Se produjo una dolorosa pérdida de territorio, al otro lado del Sund, entregado a Estocolmo. No había fondos para pagar a las tropas y licenciarlas, los nuevos ingresos afluían con cuentagotas, y la deuda del Estado ascendía a un total abrumador. Para empeorar las cosas, la década de 1650 vio a Dinamarca debilitada por la infección, en una escala comparable con las epidemias de España y de Italia. Parece que en Zelandia y en partes de Jutlandia la población descendió en un 20 por 100 en una década, y tardó más de un siglo en recuperarse de estas pérdidas. La guerra había hecho que la sociedad avanzara más rápidamente hacia el desastre. Ante tan sombrío horizonte, los Estados de nobles, clérigos y burgueses, con un total aproximado de 200, se reunieron en Copenhague, convocados por el rey, en octubre de 1660; y lo que ocurrió después demostró que el equilibrio de poder en el país había cambiado fundamentalmente durante los desastres. En 1648, cuando comenzó el reinado de Federico III, una alianza de sus cuñados –uno de los cuales era Aníbal Sehested, virrey de Noruega– y de los nobles del Consejo de Estado había reducido los poderes del nuevo rey, antes de confirmar su ascensión al trono. Al propio tiempo, mar-

ginaron a los representantes del clero y de la burguesía, que reclamaban reformas, entre ellas la limitación del privilegio fiscal de los aristócratas. Ahora, en 1660, aunque el rey y sus consejeros privados habían sido tan culpables como cualesquiera otros de la declaración de guerra contra Suecia, el Consejo era unánimemente censurado. Los nobles a quienes representaba y defendía estaban desacreditados y eran mucho más débiles que doce años antes. Un grupo de burgueses y clérigos volvió a reclamar drásticas reformas; el asedio de Copenhague había estimulado un sentido más agudo de los intereses comunes de la corte y de la ciudad, y las posibilidades de una alianza entre la corte y los radicales eran mayores. Aunque los verdaderos términos de tal convenio dependían de personalidades y de acontecimientos, es significativo que un rey tan poco notable como Federico lograse transformar la antigua constitución danesa. Federico nunca tomó la iniciativa; pero, mientras todo seguía su marcha, otros la tomaban por él.

El Consejo propuso un nuevo impuesto sobre artículos como el pan, la cerveza y la carne, reconociendo, al propio tiempo, el derecho de los nobles a la exención. Inmediatamente, los dos Estados no privilegiados se opusieron con su programa de reformas. Pedían la venta de las tierras reales para satisfacer a los acreedores. Hablaban de convertir lo que aún quedaba de las posesiones reales en propiedades campesinas, de acabar con los feudos y de imponer un tributo nacional sobre la tierra, basado en un nuevo amillaramiento, sin tener en cuenta privilegio alguno. Esperaban conseguir que las distintas provincias se gobernasen por sí mismas, insistiendo, al propio tiempo, en que los Estados de todo el país se reuniesen a intervalos regulares. Los nobles y el Consejo, naturalmente, pusieron objeciones, y sus tácticas no carecían de sutileza. Ofreciendo ciertas concesiones en relación con los privilegios, pensaban atraer la atención sobre el volumen del ejército y sobre la necesidad

de reducir los gastos. Pronto se vio que aquel intento de lograr el apoyo burgués tenía ciertas posibilidades de éxito, pero los consejeros de Federico hicieron un nuevo movimiento en el juego para atraerse la amistad de Hans Nansen de Copenhague, que capitaneaba a los burgueses, y del obispo Svane, que era el portavoz del clero. Tras unos días de intensa discusión secreta, el programa inicial de los reformadores fue desechado, en favor de una idea más sencilla; una solución de la crisis –se aseguraba– dependía de una declaración formal por parte de todos los sectores, en el sentido de que la autoridad real en el imperio danés era hereditaria, no electiva. Svane y Nansen convencieron a sus seguidores de que era necesario investir de nuevos poderes al rey para dominar a los que tan mal habían administrado los asuntos públicos desde la muerte de Cristián IV. Probablemente, no pensaban en la introducción de un gobierno absoluto, sino en un cambio de orientación en la constitución, que privaría al antiguo Consejo de su carácter aristocrático, y a la nobleza de los privilegios que seguían amenazando con bloquear todo intento de reforma. Por razones un tanto similares, los nobles y los consejeros, individualmente –aunque es de señalar que el Consejo no estaba entonces en plena pujanza, a causa de la muerte de algunos de sus miembros y del absentismo de otros–, creían que una concesión de aquel género no perjudicaría necesariamente sus proyectos futuros.

Las sombras que se movían entre bastidores eran, al principio, el secretario del rey, Christopher Fagel, y otros secretarios y oficiales del ejército que se hallaban en la corte. Pero Aníbal Sehested volvió al país, tras un periodo de destierro, y astutamente les prestó su completo apoyo. Las guardias burguesas de Copenhague habían vencido. Y así, en presencia de las tropas y de los burgueses que ejercían la presión de su entusiasmo, tuvo lugar, el 18 de octubre de 1660, una ceremonia en la que los tres Estados reconocían

la plena autoridad hereditaria del rey de Dinamarca. Las consecuencias fueron importantes. Representantes de los Estados y del Consejo se reunieron para formular la difícil pregunta: ¿qué nuevas modificaciones eran necesarias para establecer una armonía entre la constitución y aquel nuevo concepto de la autoridad en el Estado? No pudieron ponerse de acuerdo, más que en una propuesta: que la decisión fuese confiada al rey. La idea de la soberanía real era lo que menos les separaba. El rey iba a ser juez y jurado en su propia causa. En realidad, tanto el sector radical como el conservador se hundieron, y se hundieron juntos. El antiguo Consejo desapareció. Los Estados no volvieron a reunirse nunca. Nansen y Svane se desvanecieron ante las estrellas ascendentes de Sehested y de Fagel. Y Federico no tardó en nombrar nuevos ministros, entre los que estaban algunos de los antiguos funcionarios; pero, desde aquel momento, la figura dominante fue Sehested, el nuevo tesorero y, probablemente, el estadista danés más grande del siglo. En 1661 y 1662 circuló un documento que proclamaba el poder absoluto y hereditario del rey, que debía ser firmado por todas las personas notables del reino, y que fue desde Dinamarca hasta Noruega, desde Islandia hasta las islas Feroe. Nadie se inquietó ante la fórmula, mientras la verdadera configuración de aquel nuevo autoritarismo era la gran realización de Sehested. Sus reformas fueron bastante positivas, pero no eran las que habían figurado en las propuestas de hombres como Nansen y Svane.

Reorganizó la administración central y la local. Introdujo en el gobierno de Copenhague departamentos, según el modelo colegiado sueco: un nuevo Consejo de Estado que incluía elementos no nobles, como el propio Nansen, nombrado por el rey; colegios de guerra y del almirantazgo; un tribunal supremo; y una tesorería. En ellos, por debajo de los ministros, había comisiones de burócratas responsables de la gestión de los asuntos. En las provincias convirtió a

los antiguos «feudatarios», con sus servidores privados, que habían impuesto el orden o recaudado los impuestos, en simples funcionarios asistidos por secretarios. Los secretarios eran nombrados por la corte e instruidos para vigilar a sus superiores. De igual modo, el rey nombró, en el futuro, a los funcionarios de las ciudades. La independencia provincial y el autogobierno municipal habían terminado para siempre. El tesorero canceló la enorme deuda obligando a los acreedores a aceptar tierras como liquidación de sus derechos. Entre 1661 y 1664 la mayor parte de las posesiones reales en Dinamarca, en Noruega y en los ducados de Schleswig-Holstein desapareció. Teniendo en cuenta la mala situación de casi todas ellas, aquel era casi siempre un convenio coactivo cuyas condiciones satisfacían a pocos de los beneficiarios. En realidad, la monarquía había declarado una quiebra, pero ya no era deudora.

Otra importante tarea de Sehested fue la de enfrentarse con el enorme déficit anual. Redujo los gastos, deshaciéndose de la mayor parte de las tropas. En cuanto a los ingresos, era esencial aumentarlos. Se hicieron necesarios nuevos impuestos para compensar la pérdida de las antiguas tierras de la Corona y para dar una mejor utilidad. Se hizo un nuevo amillaramiento de todas las propiedades, nobles y no nobles, constituyendo así la base de un impuesto directo que puede haber sido algo más justo que el impuesto similar anterior a 1660. Se introdujeron en Copenhague impuestos de consumo, según el modelo holandés. Los derechos de aduana sobre las importaciones y las exportaciones se elevaron. Poco a poco, el tesorero situó sus ingresos casi en equilibrio con los gastos, a pesar de un descenso en los peajes del Sund, ahora limitados por las concesiones a los suecos, a los holandeses y a otros barcos extranjeros. Sehested también comprobó que las mejoras de las finanzas del gobierno dependían, a largo plazo, de una economía más activa, e hizo todo lo posible por estimular a los comerciantes de mayor

importancia de Copenhague. Acogió muy favorablemente la llegada de judíos procedentes de Holanda o de la Alemania septentrional; y, en 1668, comenzó a actuar un colegio de comercio oficial. Si las condiciones danesas seguían reflejando un retraso, difícilmente puede censurarse a Sehested. Noruega, donde el comercio de la madera se ampliaba y el campesinado se unía a las gentes más ricas en la compra de tierras de la Corona, era un país mucho más pobre, pero el progreso era más evidente. De todos modos, los historiadores economistas daneses hablan de una recuperación en este decenio, que prosiguió en los primeros años del siguiente.

Federico III continuaba en último plano. En su nueva y excelente biblioteca disfrutaba de la conversación de Peter Schumacher, el bibliotecario, hijo de un comerciante en vinos de Copenhague, que había dedicado muchos años al estudio en Inglaterra, en Francia y en España. Fue Schumacher el que redactó la «Lex Regia» danesa, publicada en 1709, que constituyó una vigorosa declaración teórica del absolutismo hereditario y en la que se subrayaba la automática transmisión de la soberanía de un rey al siguiente, mediante una precedencia, en el seno de la familia real, escrupulosamente ordenada. Para los consejos de política práctica, Federico seguía confiando en su secretario, Fagel. Cuando, al fin, se produjo la caída de Sehested, primero Fagel y luego Schumacher se convirtieron en los hombres públicos más importantes de Dinamarca, debiéndolo todo a sus propios talentos y a la autocracia a la cual servían. Tras la subida al trono de Cristián V, en 1670, Schumacher tomó el título francés de «secretario de Estado», a la vez que hay otros indicios de que estaban considerándose como modelo los procedimientos administrativos franceses. Más importante aún fue que Cristián anunció la creación de nuevos títulos nobiliarios, condes y barones; Schumacher, el hijo del comerciante en vinos, se convirtió, llegado el momento, en

barón Griffenfeld. Las exenciones de impuestos de los terratenientes nobles se ampliaron. Nuevamente se consolidaba en Dinamarca una nobleza, en parte reclutada entre hombres de origen burgués, en parte entre soldados y oficiales alemanes, y en parte entre las antiguas familias del país. El rey seguía siendo un autócrata, pero, al igual que Luis XIV, no se oponía a la creación de una nueva casta hereditaria de familias privilegiadas.

LA SOBERANÍA EN PRUSIA

En otros dos puntos de la región báltica –los ducados de Holstein-Gottorp y la Prusia oriental– una enérgica confirmación de la autoridad del príncipe venía a coincidir con los cambios en Dinamarca. En su tratado de paz con los daneses, en 1660, se reconocían los derechos del duque de Holstein a su parte de Schleswig y de Holstein, y, durante la década siguiente, él amplió aquellos derechos, en detrimento de los antiguos Estados privilegiados. Sus servidores eran elegidos entre los juristas graduados en la nueva universidad que él fundó en Kiel; y recaudó el dinero necesario para reconstruir una gran fortaleza con el fin de defender el estuario de esta ciudad. Era la suya una autocracia en miniatura. Su unión, mediante matrimonio, con la familia real sueca le ayudó a mantenerla y a tener a raya al antiguo enemigo en Copenhague.

De igual modo, los tratados firmados en Wehlau (1657) y Oliva (1660) dieron al elector de Brandemburgo una soberanía independiente sobre su ducado de Prusia oriental. Este cambio resultó una etapa inicial del largo proceso que dividió a Polonia y que unificó a Prusia.

Desde el siglo XV los Estados de Prusia oriental habían tenido la fuerza suficiente para defender sus derechos hasta un grado de autogobierno que, en la práctica, dependía de que el señorío sobre ellos se hallaba dividido entre el señor feudal (el rey de Polonia) y el duque (ahora, el elector de

Brandemburgo), que tenía que reconocer la soberanía polaca. En 1650, la estructura política del ducado constaba de un soberano en Varsovia, un príncipe en la Alemania distante, un «pequeño colegio» de administradores en Königsberg todos ellos, hombres de familias prusianas locales, y una asamblea de Estados que se reunía de cuando en cuando. Los ciudadanos del tercer Estado se hallaban dominados siempre por los representantes de Königsberg, ciudad que, a su vez, se dividía en tres municipalidades, cada una de ellas con un consejo de gobierno de patricios, un tribunal y un cierto número de gremios y de asociaciones de artesanos. Puede parecer extraño hablar al mismo tiempo de los Estados prusianos y de la constitución de una ciudad determinada, pero Königsberg era, tal vez, el punto más activo y poderoso de todo el mundo báltico. La universidad se hizo famosa con la controversia luterana. La aristocracia ilustrada, con su círculo de poetas capitaneados por Simon Dach para celebrar en rimas los innumerables nacimientos, esponsales, matrimonios y muertes en las familias burguesas, disfrutaba de una considerable riqueza. Y la ciudad como conjunto, aunque poseyendo muchas propiedades rurales, defendía un interés municipal contra el interés del soberano en los campos y en los bosques. Esta tensión privaba al ducado de una cohesión auténtica. Königsberg no se oponía a impuestos extraordinarios sobre la tierra; los señores estaban de acuerdo con la imposición de tributos de consumo, que gravaban más duramente a las ciudades. Pero estas dos tendencias, cualquiera que fuese la normal fricción entre ellas, deseaban una independencia activa. Königsberg aspiraba a la libertad de que gozaba su gran rival, Dantzig, en la parte polaca de la antigua Prusia. La burguesía se consideraba con derecho a unas libertades que no eran menores que las reivindicadas por los nobles bajo la constitución polaca a la que todos ellos pertenecían. Los plebeyos no tenían lugar en aquellas concepciones aristo-

cráticas. Las leyes del trabajo en Prusia eran extraordinariamente rigurosas en su trato a las masas sometidas. Una importante minoría de campesinos anteriormente libres ya no tenía voz en la asamblea de Estados, a la vez que la enajenación de las posesiones del duque parece haber sido tan completa en aquel periodo que no podía hablarse de reasunción, ni de recuperar el control de ciertos terrenos y campesinados, como en Suecia o en el propio Brandemburgo. Si Federico Guillermo buscase ingresos en la Prusia oriental, tendría que ser un soberano que exigiese impuestos, más que un señor que recaudase rentas.

La situación de guerra en 1655 introdujo, naturalmente, una tensión muy grave en aquella constitución. Los Estados votaron un impuesto extraordinario, que fue recaudado por un nuevo comisariado militar. Los prusianos esperaban que tanto el impuesto como el comisariado desaparecerían cuando la campaña se desplazase, piadosamente, a otras regiones. En lugar de ello, en 1657, se escandalizaron cuando tuvieron noticia del tratado del elector con Polonia, en el que ellos no habían tenido intervención alguna, a pesar de que versaba sobre el futuro del ducado. Por las condiciones del tratado, el rey polaco renunciaba a su antiguo derecho de actuar como auditor en las apelaciones judiciales de la Prusia oriental. El elector procedió a constituir su propio tribunal de apelaciones en Königsberg. En teoría, una demanda a la suprema autoridad, retenida en otro tiempo por Polonia, era ahora transferida, sencillamente, al duque de Hohenzollern y a sus herederos; los Estados conservaban sus derechos. Pero el conjunto estaba llamado a ser más que la simple suma de sus partes, y una cláusula del tratado implicaba que los antiguos privilegios que no estuviesen de acuerdo con el convenio podían ser revocados. El elector no tardó en nombrar a un gobernador con amplios poderes, Boguslav Radziwill, y promulgó un edicto para controlar las imprentas locales.

El 18 de octubre de 1663, cuando el pueblo juró obediencia, solemnemente, a Federico Guillermo como su gobernante soberano, pareció terminar un periodo de intenso debate constitucional en Prusia oriental. Aquella sumisión no había sido apoyada por los terratenientes. En 1661, una insinuación de que los prusianos recurrirían a los polacos –a pesar del tratado– obligó a Federico Guillermo a convocar los Estados, pero la burguesía se sometió rápidamente. Una personalidad destacada en aquellas discusiones fue Wallenrodt, un caballero prusiano que era, desde su juventud, un celoso servidor del rey. Constantemente, orientó a sus colegas, de espíritu más provinciano, hacia el punto de vista del elector. En su opinión, la nueva soberanía debía ser aceptada. El gobierno estaba reduciendo el número de hombres que se hallaban sobre las armas; el comisariado militar se reabsorbería en la antigua administración civil. La discusión sobre sutilezas constitucionales no ofrecía interés alguno, y la alarma era innecesaria. Hay que añadir que Wallenrodt, uno de los más importantes coleccionistas de libros en aquel tiempo y en aquella parte de Europa –hasta el punto de rivalizar incluso con el gobernador, Radziwill–, donó su espléndida biblioteca al pueblo de Königsberg en 1674. Prestó lealtad (o servicios) al elector acreditado. Una mayoría en cada uno de los tres consejos municipales de Königsberg estaba conforme también con el nuevo orden. Después, cuando la oposición parecía ir extinguiéndose, una nueva figura surgió en defensa de la causa perdida de las antiguas libertades. Hieronymus Roth, procedente de una familia de importantes burgueses, y presidente de uno de los tribunales municipales, gozaba de las facultades de un orador popular que arrastraba tras él a las multitudes, frente a otros colegas más tímidos. Levantó su voz contra la ilegalidad del tratado de 1657, y denunció una nueva carta de derechos que el elector ofrecía a cambio del reconocimiento de su soberanía. Pero parece probable que si alcan-

zó el apoyo popular fue porque los ciudadanos de Königsberg no estaban dispuestos a admitir que ellos fuesen las víctimas preconizadas de ningún cambio. Se había construido una nueva fortaleza ducal junto a la ciudad. Su guarnición ya hostigaba a los ciudadanos y había que temer nuevos impuestos, recaudados con la amenaza de la fuerza, que los pobres serían los primeros en sufrir. En julio de 1662 se había organizado, dentro de Königsberg, una confederación radical en miniatura; pero en el otoño –para alivio de conservadores y de la mayoría de los funcionarios, que desde tiempo atrás se quejaban de aquel movimiento– Federico Guillermo en persona desembarcó con 2.000 hombres en el puerto de Pillau y entró en la ciudad. Roth, arrestado y convicto de traición, hubo de pasar muchos años en la cárcel. En 1663, sus compatriotas llevaron a cabo el acto de sumisión que él repudió implacablemente.

Al principio, tenían motivos para sentirse satisfechos. El elector actuaba con sumo cuidado en Prusia, y la antigua forma de gobierno se limitaba a mantener una fuerza permanente de unos 3.000 hombres. La actitud del gobernador era conciliadora. Los impuestos se discutían y se votaban, antes de ser recaudados. Después, cuando el horizonte volvió a oscurecerse y el elector temía una nueva alianza entre Suecia y Polonia para despojarle de su ducado mientras él se enfrentaba con Luis XIV en la Renania, a partir de 1672, los terratenientes de Prusia se encontraron hablando igual que Roth, pero hablando en vano. El gobierno, gradual y parcialmente, sustituyó los antiguos órganos locales de autogobierno por una administración dirigida desde Berlín. Desde 1673, los impuestos que los Estados se habían negado a autorizar fueron recaudados por la fuerza. El ejército permanente aumentó de volumen, y la burocracia de su comisariado echó profundas raíces en el ducado, que ahora era más bien una provincia. La hosca resistencia de la

burguesía nunca llegó a anular los efectos del fácil triunfo de los Hohenzollern de los años 1657-1663.

Federico Guillermo siempre dio por sentado que sus poderes eran patrimoniales. Su responsabilidad ante Dios por sus súbditos le permitía decidir si determinada circunstancia justificaba la temporal supresión de sus libertades ordinarias. Durante la gran guerra de 1655-1660 y los años siguientes avanzó a través de etapas graduales, hasta dar un nuevo sesgo a aquella difícil premisa, adoptando nuevas tácticas sin cambiar sus ideas. El «Testamento Político» que escribió para su hijo, en 1668, sigue formulando opiniones profundamente conservadoras. Pero él consideraba que el verdadero desarrollo de la política implicaba una perpetua emergencia militar. A partir de 1660, el rey de Polonia no hizo honor a las condiciones del tratado de paz. La Renania estaba revuelta. El gobierno sueco amenazaba a Berlín desde Pomerania, y él quería apoderarse de la Pomerania sueca. En consecuencia, Federico Guillermo adoptó medidas para conservar un pequeño ejército, un núcleo de hombres y oficiales adiestrados, agregados a sus guarniciones, dispuestos en la paz para anticiparse al estallido de la guerra en cualquier punto. Esto justificaba impuestos más fuertes, y una administración adecuada para recaudarlos. De un modo gradual, fueron surgiendo un ejército permanente (la dilatada historia de algunos famosos regimientos Hohenzollern comienza en esta época); impuestos permanentes para el ejército; y un comisariado permanente. Enemigos o vecinos, frecuentemente temerosos del elector, imitaban su ejemplo en aquellas cuestiones; por eso él tenía que reunir, una y otra vez, más impuestos y a más hombres, ya que le era necesario utilizar hombres para persistir en la recaudación de impuestos. Sin proponérselo, acabó aceptando una noción de la autocracia que, en la práctica, se preocupaba muy poco de los deseos o de los agravios de los súbditos. Esto parecía justificar también la absorbente preocupación

del Estado por el prestigio del poder militar, elemento fundamental de la historia de los Hohenzollern hasta 1918.

LA SOBERANÍA EN HUNGRÍA

En cierto sentido, los problemas de Hungría y los de Dinamarca o Prusia eran totalmente distintos. Allí, la gran cuestión de la Reforma y de la Contrarreforma religiosas estaba todavía en pie. Los católicos se enfrentaban con los protestantes, y ni el gobierno ni los súbditos se libraban nunca, durante mucho tiempo, de la presión de su clero, de las confesiones rivales que juzgaban cualquier problema interior e internacional desde el punto de vista de la lucha que ahora tenía ya cien años de duración. Como respuesta a ello, los reyes Habsburgo, Fernando III y Leopoldo I, aceptaron la doctrina de sus tutores clericales de que la restauración de la uniformidad católica era la base del arte de gobernar, la verdadera solución de sus dificultades, prestando, al propio tiempo, muy poca atención personal a las cuestiones fiscales y administrativas. En Hungría se equivocaron en el punto principal, porque ocurrió que el renacimiento católico y el gobierno autoritario no podían afianzarse recíprocamente de un modo tan eficaz como ellos habían esperado. Su experimento se derrumbó ante la oposición local y las amenazas externas que se aliaban contra ellos.

Desde este punto de vista, Hungría importaba mucho más que Bohemia y que Austria. La derrota protestante de 1620 dio al sector católico toda la ventaja en aquellos territorios, de modo que una mezcla de coacción y de propaganda era suficiente para asegurar el triunfo de la Contrarreforma en 1648. A partir de entonces, la política eclesiástica en Bohemia correspondió, generalmente, a los jesuitas y a sus adversarios católicos, capitaneados por el arzobispo de Praga, y no a los católicos y a los protestantes. Pero, en Hungría, el movimiento protestante alcanzaba el apogeo de su poder en 1647. La Dieta de Bratislava aprobó entonces

una ley garantizando la libertad religiosa, cualquiera que fuese la clase o rango de un hombre, y estipulando que las iglesias y los cementerios que habían sido arrebatados a los protestantes en el pasado inmediato les fuesen devueltos. Este éxito fue debido, en gran parte, al evidente peso de los prosélitos calvinistas y luteranos en Hungría. Y más aún a los príncipes de Transilvania, que insistentemente habían intervenido en favor de ellos, desde muchos años atrás. Las cláusulas religiosas de los tratados entre el emperador y el príncipe solían incorporarse a la legislación de las Dietas húngaras de Bratislava, y la ley de 1647 fue la última gran victoria de Jorge I Rákóczi, poco antes de su muerte. Dictó el acuerdo en la Hungría de los Habsburgo, precisamente cuando los protestantes suecos y alemanes decidían abandonar la causa de los hermanos protestantes en dos países que se hallaban bajo la misma dinastía, es decir, Bohemia y Austria.

La situación era explosiva, porque las conquistas protestantes, reflejadas en las transacciones de la Dieta, estaban ya equilibradas por una recuperación de la influencia católica en ciertos círculos. Dos arzobispos de Esztergom –Pedro Pazmány y luego Jorge Lippay, que murió en 1666– fueron hombres de celo extraordinario, cuyo éxito más importante fue el de rescatar para el catolicismo a muchas de las grandes familias terratenientes. Al contrario que los arzobispos de Praga, ellos hicieron el máximo uso posible de la predicación y de la enseñanza de los jesuitas; y, desde la Universidad jesuítica de Nagyszombat (hoy Trnava[1]), la influencia de la compañía irradiaba a todas las partes del reino. Parece que, gradualmente, sus niveles de instrucción alcanzaron los logrados en un periodo anterior por las mejores academias protestantes. La enorme riqueza del arzobispo, procedente de los señoríos y de los diezmos que, intactos en gran parte, habían sobrevivido desde el siglo XV, fue empleada para dotar a las nuevas escuelas. El renacimiento católico

también acertó brillantemente en interesar a los iletrados, en Hungría igual que en otras partes; y los sacerdotes ilustrados se tomaron el trabajo de aprender eslovaco. Una vez que este movimiento católico se puso en marcha, se benefició de un fervoroso apoyo del rey. Los reyes Habsburgo de Hungría utilizaron a hombres católicos para los puestos importantes de la hacienda y de la cancillería húngaras. Podían asegurar que el número de obispos católicos se mantenía –aun cuando sus sedes se hundían en territorio turco–, de modo que el peso del voto católico en la asamblea de magnates de las Dietas seguía siendo formidable; esto, unido a la conversión de unos pocos más de los magnates laicos, contribuyó a inclinar la balanza contra los señores protestantes. Además, algunos dignatarios menores de la Iglesia católica formaban parte todavía de la asamblea «inferior» de la Dieta, que, por lo menos, reducía su mayoría anticatólica, representada por un gran número de diputados de los treinta y tres condados húngaros enviados a Bratislava desde las asambleas del condado. La elección de los altos funcionarios, como el caballero palatino o el canciller, en todo caso, dependía más del rey que de los deseos de los Estados.

Al mismo tiempo, no es posible explicar el curso de la política en Hungría como un reflejo de condiciones sociales cambiantes. Estas condiciones eran, prácticamente, estáticas. Desde hacía poco tiempo, los grandes terratenientes habían predominado en el triángulo del país comprendido entre la frontera turca, el Drava y el Danubio, con los arzobispos de Esztergom y de Kalocsa y las familias más destacadas, que eran las de los Esterházy, los Nádasdy y los Draskovich. Los grandes de esta clase poseían una proporción menor en las tierras altas de Eslovaquia, pero su parte aumentaba de nuevo en el valle superior del Tisza. Aquí, la tensión social era siempre aguda. Mientras las familias Rákóczi y Báthory dominaban campiñas enteras, muchos y

populosos distritos rurales reclamaban un considerable grado de autogobierno a pesar de sus señores, y muchos nobles menores mantenían sus posiciones, resueltamente, década tras década. Otros servían a hombres más importantes, en calidad de granjeros, de mayordomos y de escuderos. La diferencia introducida por la Reforma fue muy pequeña. La nobleza que abrazó el protestantismo no se anexionó, aparentemente, las tierras episcopales o capitulares, aunque, en muchos casos, reclamaba el diezmo debido por sus súbditos. Sus derechos de patronazgo eclesiástico habían sido siempre amplios, y nunca pensaron entregarlos al clero o a las congregaciones protestantes. Por último, después de 1600, un movimiento inspirado por estudiantes magiares que habían visitado Inglaterra y Holanda comenzó a abogar por un tipo de «congregacionalismo», que afirmaba que las iglesias y los distritos debían elegir a sus propios ministros. Preconizaban la incorporación de miembros laicos a los tribunales presbiterianos, los cuales –en las regiones protestantes– solían ser organismos compuestos por eclesiásticos más bien timoratos, servidores de los señores locales o del príncipe de Transilvania. En la década de 1640, los radicales se esforzaron por conquistar el favor de Jorge I Rákóczi. Cuando este murió, sus dos hijos, Jorge II y Segismundo, tuvieron actitudes opuestas respecto a este tema. El mayor, a pesar de su política combativa en el extranjero, trató a puntapiés a los puritanos; el más joven se retiró de Transilvania a Sárospatak (en el valle del Tisza), que durante unos años continuó siendo el centro intelectual del protestantismo avanzado de la Europa oriental. Como hemos visto, Comenius llegó allí y trató de llevar el evangelio de ciertos visionarios locales a Inglaterra, a Suecia y a Holanda. Pero Segismundo y los principales maestros de Sárospatak murieron en 1660, y, en aquel año, la vecina plaza fuerte de Nagyvárad (véase *supra,* en el cap. II, «Mohamed Köprülü») cayó en poder de los turcos. El episodio, en

su conjunto, era excepcional. El texto moderno que nos dice que el calvinismo era «un obediente lacayo de la clase dominante feudal» en Hungría parece estar justificado[2].

La lucha confesional se desarrollaba, por lo tanto, dentro de una estructura social de notable coherencia, pero se vio cada vez más empañada por dudas y dificultades acerca de otro problema: la defensa de Hungría ante un asalto turco y tártaro contra Transilvania. El gran visir había revocado el título de príncipe de los Rákóczi, y declarado la confiscación de su patrimonio, una gran parte del cual se hallaba en zonas pertenecientes a la Hungría de los Habsburgo. Los políticos de Viena esperaban con ansiedad que podrían evitar el riesgo de entrar en guerra con el sultán. Mientras tanto, deseaban consolidar su poderío sobre regiones anteriormente dominadas por los Rákóczi y sobre las asambleas de nobles protestantes que se autogobernaban. Poco a poco, se vieron influidos por la opinión de hombres como su jefe militar, Montecuccoli, de que la necesidad de situar un ejército en Hungría, para defenderla, era una buena ocasión para aplastar cualquier forma de desobediencia civil y eclesiástica. Al propio tiempo, en las dos Dietas de 1659 y 1662 se hizo más violenta la exposición de los agravios protestantes. En la primera, amenazaron con abandonar la Dieta, y en la segunda lo hicieron; pero no antes de haber aclamado a Nicolás Zrínyi, un magnate católico que abogaba por la acción contra los turcos, y que hablaba audazmente contra la política confesional del gobierno. Desde aquel momento, comenzaron a germinar las semillas de una nueva oposición aristocrática contra la corte de los Habsburgo. Los protestantes perdieron el apoyo de la dinastía de los Rákóczi, a la muerte de Jorge II, en 1660, pero ahora se acercaban a los grandes señores católicos que creían que las tropas de los Habsburgo llevadas a Hungría para enfrentarse con los turcos ponían en peligro la tradicional y buena causa de la antigua libertad.

La campaña de 1663-1664 no satisfizo a nadie. Para Zrínyi y otros magiares (y croatas), Montecuccoli era demasiado precavido frente a los turcos, y demasiado decidido, en cambio, contra los patriotas de Hungría. Montecuccoli, por su parte, consideraba a Zrínyi como un caudillo irreflexivo y arbitrario, con unas bandas indisciplinadas de servidores y de voluntarios, incapaz de comprender la verdadera fuerza del ejército del gran visir. Para las cortes de Viena y de Adrianópolis, la guerra había sido una especie de accidente, consecuencia de una torpe diplomacia. Ellas preferían, sin duda alguna, la situación tradicional (desde 1606) de recíproco apoyo, permitiendo los saqueos fronterizos en Hungría a los jefes militares de las fronteras, a la vez que reservaban su fuerza para utilizarla hacia el Oeste y hacia el Este respectivamente. El gran visir y los enviados de Leopoldo no tardaron en ponerse de acuerdo para una nueva tregua de veinte años.

Los magiares, por otra parte, estaban irritados. Este tratado de Vasvár confirmaba la sospecha de que Viena deseaba resolver los problemas de Hungría, sin consultarles. Un agudo resentimiento –avivado por las duras incursiones turcas en territorio cristiano, después de la firma de la paz– empujó a algunos nobles católicos hacia el punto de vista protestante. Las medidas de los Habsburgo en favor de los católicos supusieron una pérdida de apoyo a la Corona. El celo de los jesuitas arrojó a los protestantes en brazos de una poderosa y rebelde aristocracia. Leopoldo renunció a convocar una nueva Dieta, temeroso de una abierta oposición. Los años siguientes estuvieron dominados en Hungría por las intrigas secretas que, en líneas generales, manejaban los esquemas de un gran levantamiento patriótico, que significaría el máximo equivalente centroeuropeo de la «Fronda de los príncipes» de la Francia de veinte años antes. Al igual que Condé o los magnates polacos, al igual que los Estados austríacos y bohemios de una generación anterior, los

magiares se consideraban suficientemente justificados para negociar una ayuda extranjera. En su opinión, un tratado separado de los Habsburgo con los turcos, en el que ellos no tenían voz, o la entrada de tropas «extranjeras» en Hungría, sin su consentimiento, eran verdaderas violaciones de la constitución. Los más importantes señores y funcionarios magiares podían, legítimamente, mirar a otros países. Nunca aceptaron la idea de una soberanía que investía de tal derecho únicamente al rey, al que ellos habían elegido para gobernar de acuerdo con los Estados. Consideraban que ellos compartían con el rey una autoridad que correspondía a la Corona de San Esteban.

Wesselényi, el caballero palatino, y Nádasdy, el canciller, enfrentados retadoramente por los consejeros de Leopoldo, escucharon propuestas que procedían, sobre todo, de dos partes. Nicolás Zrínyi había muerto a finales de 1664, pero su hermano Pedro le sucedió como lugarteniente de Croacia, y el conde Frangepán, cuñado de Pedro, gozaba de una gran influencia territorial en la misma región. Estos señores del Sur tenían sus contactos con Venecia y con el embajador francés allí. Jugaban con el plan de ofrecer la Corona húngara a Luis XIV, a cambio de su ayuda, a fin de terminar con lo que ellos llamaban despotismo germano. Mientras tanto, los condados protestantes del Nordeste, hostiles al clero católico que recurría a la ayuda militar de los Habsburgo para apoderarse de las iglesias y de las escuelas, pensaban en una nueva alianza con el príncipe de Transilvania, convertido ahora en un títere otomano. Discutían el posible beneficio que se derivaría del reconocimiento de la soberanía otomana: los funcionarios del sultán toleraban a los protestantes y mantenían a raya al clero católico. Esto dio lugar a negociaciones secretas con el gran visir, que prefirió advertir a Viena. El complot fue abandonado. Los proyectos se divulgaron, y se llegó a un punto en que

los patriotas, uno tras otro, perdieron su decisión de llegar a un acuerdo con Viena.

Era demasiado tarde. Con el nuevo consejero principal de Leopoldo, el magnate bohemio Lobkowitz, y con el nuevo canciller austríaco, Johann Hocher, había surgido un gobierno más resuelto. Un momento de calma en la Europa occidental (antes de que la guerra volviese a estallar en 1672) y la cordialidad del gran visir contribuyeron a ofrecerles una oportunidad poco frecuente en la historia de los Habsburgo: la de concentrarse en la solución de problemas internos. Se decidieron a adoptar fuertes medidas, que comenzaron con el arresto de los conspiradores en marzo de 1670. Entre los miembros del tribunal que sentenció a muerte a Zrínyi, a Nádasdy y a Frangepán, y que confiscó sus inmensas propiedades, no había ningún magiar. La causa contra unos súbditos culpables de traición parecía bastante clara a los servidores alemanes, bohemios o italianos de Leopoldo. La causa igualmente justa en favor de los derechos constitucionales magiares no se vio nunca, en absoluto. Tras una desesperada agitación de levantamientos en pequeña escala en el Nordeste, comenzó el intento de los Habsburgo de imponer la autocracia en Hungría.

Una lugartenencia o *Gubernium,* y un lugarteniente del gobernador alemán con autoridad completa, sustituyó el antiguo cargo del caballero palatino. En lugar de la Dieta, se convocó en Bratislava una dócil asamblea de notables, solo para ratificar lo que Leopoldo exigía como soberano. Tribunales extraordinarios anunciaban juicios extraordinarios, que las tropas ejecutaban. Lobkowitz, Montecuccoli (presidente del Consejo de Guerra en Viena desde 1668) y Hocher querían acabar con lo que ellos consideraban anacrónicas y disgregadoras demandas de privilegios, para insistir en la obediencia civil y en la uniformidad del culto, y para recaudar impuestos suficientes para mantener a los

soldados extranjeros que defendían el país y velaban también por el orden dentro de él. El episcopado húngaro estaba de acuerdo con ellos. Los obispos no veían posibilidad alguna de suprimir las iglesias protestantes sin alterar la base constitucional en que había descansado la tolerancia. Aceptaban una administración de mariscales de campo, a la manera de Luis XIV. Sus *dragonnades* anunciaron las de él, y alarmaron a la Europa protestante. El conde Leopoldo Kollonich, obispo de Wiener Neustadt, de origen croata y magiar, fue encargado de las finanzas de Hungría, y el arzobispo desempeñó un importante papel en el nuevo gobierno. La respuesta de la mayoría de los magnates laicos fue equívoca. Tenían la satisfacción patriótica de sustituir a los luteranos alemanes con funcionarios católicos magiares en un buen número de ciudades. Detestaban la justicia y las leyes vienesas, pero su celo en la expulsión de los ministros protestantes de las iglesias y de las escuelas casi confirmaba la tesis de que la imposición de la uniformidad religiosa despertaba la simpatía a favor de la monarquía absoluta. Otros no comprendieron que aquello conduciría muy pronto a una violación del derecho constitucional. Naturalmente, el grueso de la pequeña nobleza protestante defendía la libertad contra la alianza de obispos y de tropas. Muchos se vieron obligados a buscar refugio en la Transilvania calvinista o en la Hungría turca, haciendo escaramuzas, esporádicamente, en su tierra natal. La situación de la Alta Hungría cayó en la anarquía a partir de 1672 y, muy pronto, la barbarie que allí se desarrolló no tuvo paralelo en la Europa de aquel tiempo. Los jefes de los Habsburgo tropezaron con una resistencia violenta, pero desorganizada, a la que contribuía tanto la pasión política y religiosa como los males sociales endémicos y el más completo bandidaje. El efecto de las incursiones procedentes de las zonas fronterizas y el de las represalias se vieron intensificados por la epidemia.

Los capitanes insurgentes se negaron, durante mucho tiempo, a cooperar los unos con los otros, pero al fin, en agosto de 1678, eligieron como jefe a Imre Thököly (1656-1705), uno de los nobles protestantes que se hallaban en el destierro. En aquella área fue surgiendo, poco a poco, una oposición más peligrosa; las guarniciones de los Habsburgo apenas sobrevivían. Pero no fue por esta razón por la que el nuevo régimen estaba condenado a muerte, como Viena acabó reconociendo. La situación europea había cambiado, y la autocracia en Hungría no podía combinarse indefinidamente con una política de resistencia de los Habsburgo a elevar la presión francesa sobre Alemania, mientras el gobierno otomano, bajo un nuevo gran visir, amenazaba con prestar más ayuda a los rebeldes magiares. Thököly, Kara Mustafá y Luis XIV: a pesar de sus mutuos recelos, todos contribuyeron a salvar las dos causas gemelas que eran el protestantismo y la libertad aristocrática en Hungría.

Leopoldo se dispuso a volver sobre sus pasos y convocó una Dieta ordinaria que debía reunirse con él en Sopron, en mayo de 1681. En aquella asamblea, veintisiete de los sesenta diputados de los condados y dieciocho de los cincuenta y uno de las ciudades eran protestantes, pero también muchos católicos abogaron enérgicamente por un renacimiento de la constitución antigua. El *Gubernium* desapareció. Pablo Esterházy fue nombrado para el cargo de caballero palatino, lo que constituía una refutación simbólica de la reciente pretensión de Leopoldo a la soberanía del Estado. Se afirmó el principio de no ordenar impuestos sin consentimiento, y se dieron garantías contra la opresión militar. El problema eclesiástico tardó meses en resolverse. Thököly, que se había negado a asistir a la Dieta, pidió a los diputados protestantes que no hiciesen concesión alguna. El nuncio papal –recordando la instrucción del papa Inocencio XI de que la unión cristiana frente al islam justificaba la transigencia en aquel crítico momento– se dio buena maña para

refrenar a los católicos más combativos. La noticia de la caída de Estrasburgo en poder de Francia llegó muy oportunamente, y el enviado holandés en Viena habló claramente en favor de los intereses protestantes. Leopoldo y sus consejeros tenían que comprometerse, y redactaron cuidadosamente una confirmación de los derechos protestantes, que reconocían y acataban. En consecuencia, se autorizó el culto protestante y las escuelas en las ciudades y en los condados donde habían sobrevivido, aunque el clero católico conservó muchas de sus conquistas realizadas a partir de 1670. Aquella Dieta de Sopron, de 1681, puede ser olvidada muy fácilmente, porque no tardó en ser oscurecida por años de guerra y por la reconquista de la Hungría turca. Pero si el experimento autocrático de la década de 1670 se hubiera enlazado, sin solución de continuidad, con la reconquista, los magiares habrían encontrado más dificultades de las que realmente encontraron para hacer valer sus derechos. La repulsa de la autoridad real absoluta en Sopron constituyó un valioso y reciente precedente cuando Viena hizo un segundo intento de dominar Hungría, después de 1688, y cuando los magiares volvieron a rebelarse, después de 1700. Por así decirlo, uno de los más importantes intentos, desde la Reforma, de constituir un nuevo régimen basado en la uniformidad católica y en la autocracia dinástica había resultado un fracaso.

LA ECONOMÍA DE LOS PAÍSES DE LOS HABSBURGO

Estos acontecimientos húngaros tienen que situarse en el marco de unas funestas condiciones económicas. El gobierno de los Habsburgo parecía dolorosamente sensible a las fuerzas externas, porque era pobre. Y ello era así a causa de que ni la suerte ni la política estatal habían enriquecido, últimamente, las tierras de los Habsburgo. No se habían producido nuevos descubrimientos de metales preciosos o

útiles, como en los siglos anteriores. El hierro en Austria y en Estiria, la sal en el Tirol, en Salzkammergut y en el nordeste de Hungría, el mercurio en Istria, y pequeñas cantidades de oro y de plata de Eslovaquia, seguían constituyendo provechosos activos; pero, en aquel periodo, ninguno de ellos era suficientemente abundante para procurar una prosperidad auténtica al Estado o a la comunidad; hay un evidente contraste entre la minería austríaca y la historia coetánea del hierro sueco o del carbón inglés. Ni siquiera el puñado de contratistas, frecuentemente de origen italiano o alemán, a los que se daban en arrendamiento algunas de las minas, podía compararse en riqueza con los capitalistas de Núremberg, por no hablar ya de los holandeses. La gran firma de Ámsterdam, Deutz, comenzó a adelantar dinero a Leopoldo en 1668, sobre la garantía de la producción minera de Istria y de Eslovaquia, pero sus préstamos eran bastante modestos. Las empresas comerciales y manufacturas nativas eran de poca consideración. Los burgueses y las municipalidades de Viena, de Praga y de Graz se sometían dócilmente a las autoridades de los Habsburgo. Los gastos de la corte estimulaban los negocios, elevaban los alquileres e incrementaban la población de Viena. Allí, como en otras capitales provinciales, ricas fundaciones eclesiásticas contribuían a los negocios de la construcción, e iglesias y conventos fueron construidos o reconstruidos en gran número a partir de 1650, mientras fueron pocos los nuevos palacios de familias nobles levantados en Viena con anterioridad a 1680; pero, en opinión de la mayoría de los observadores extranjeros, las ciudades de Austria y de Hungría eran sitios pobres. (Es significativo que un viajero turco, que visitó la corte de Leopoldo en 1666, adoptase un punto de vista mucho más halagüeño.) Los gremios se inclinaban decididamente por los privilegios restrictivos, porque los mercados no se ampliaban nunca. Sus artesanos eran profundamente conservadores, y no pensaban en competir con las importa-

ciones extranjeras mediante la imitación de técnicas foráneas. Silesia era la importante excepción a aquel estancamiento; y el lino, que se producía en una ancha franja a lo largo de la frontera septentrional de Bohemia, encontraba muchos compradores que venían de las grandes ciudades alemanas, especialmente de Leipzig.

Aunque «proyectistas» particulares bombardeaban al gobierno con esquemas especiales de nuevas formas de impuestos y nuevas manufacturas, Leopoldo conservaba a un presidente de la tesorería que consideraba su cargo, sencillamente, como una sinecura. Sinzendorf, entre 1656 y 1680, fue, para los Habsburgo, el devastadoramente negativo equivalente de Colbert. Su experiencia se entregó, sobre todo, a la tarea de vender o hipotecar las regalías de la Corona en condiciones favorables para los licitadores más convenientes; pero no tenía ni la menor idea de relación alguna entre la economía como conjunto y las finanzas del Estado.

La aventura comercial más prometedora del periodo debió muy poco a Sinzendorf. Después de haberse firmado el tratado austro-turco, en 1664, se envió una embajada ceremonial de Viena a Adrianópolis, y en ella figuraba un hombre, Lelio de Luca, que regresó predicando el evangelio del comercio a larga distancia por todos los Balcanes. Esperaba poder competir con Venecia, que abastecía de mercancías orientales a Austria, y con los armenios y con los servios que comerciaban a través de la Hungría otomana. Se fundó una «Compañía Oriental». Sus suscriptores eran, sobre todo, recaudadores de impuestos y funcionarios de la renta, como el propio De Luca. El Consejo de Guerra desaprobó el proyecto, y la tesorería lo vio con buena disposición, pero no hasta el punto de invertir fondos del gobierno. En 1667, De Luca recibió los primeros cargamentos de tejidos silesianos y de hierro austríaco por las aguas abajo del Danubio. Se abrieron depósitos en Buda, Belgrado y Estam-

bul. En 1668 siguieron más mercancías, cuando la primera consignación de retorno desde Oriente llegó también a Viena, incluyendo seda y algodón en rama. Es fácil comprender que, en esta nueva clase de comercio, había interesantes posibilidades: una salida para las mercancías desde las tierras de los Habsburgo, que soslayaba a los venecianos y a otros comerciantes occidentales; seda y algodón reexportados a los manufactureros de Alemania; y, posiblemente, nuevas manufacturas textiles en Austria. En la práctica, poco fue lo que se consiguió. La Compañía aguantó, e hizo un negocio limpio, aunque modesto, hasta 1676; pero la creciente fricción con los turcos acabó con ella. Se había hecho también un esfuerzo para aprovechar la demanda procedente de Viena y de la Alemania meridional respecto a la principal exportación de las vastas llanuras húngaras: el ganado. La misma Compañía obtuvo un monopolio para abastecer a los carniceros, curtidores, guarnicioneros y zapateros vieneses, pero también en esto fracasó, tras unos años afortunados. Esta animosa, pero decepcionante, imitación que los Habsburgo intentaron, tomando como modelo las grandes compañías comerciales de la Europa occidental, había sido incapaz de superar sus problemas. Algunos de los más importantes promotores se endeudaron. Los costos del transporte por tierra hasta las regiones otomanas resultaban demasiado altos. Ni los propietarios ni los comerciantes magiares de ganado, ni los carniceros de Viena, aceptaban de buen grado a ningún intermediario. Finalmente, los privilegios de la Compañía Oriental no fueron renovados, y la Compañía desapareció de la escena.

EL PIAMONTE

Despleguemos un poco más el mapa de Europa, y observemos un nuevo ejemplo de un gobierno ejercido por un príncipe, en busca de un mayor poderío o de una mayor riqueza: el Piamonte de Carlos Manuel II. Era una lastimosa

región del país en 1650. La Italia noroccidental había sufrido recientemente tanto como cualquier otra zona, a consecuencia de la guerra y de la epidemia. El conflicto de Francia y España se había entrelazado en aquella área con la lucha que entre sí mantenían los príncipes de Saboya (1637-1642). Desde un punto de vista económico, la recuperación exigía, sobre todo, paz, y la paz se mantuvo, desde luego, durante muchos años, a partir de 1659, pero los autores modernos encuentran difícil todavía determinar hasta qué punto aquella pacificación fue seguida de una auténtica mejora o en qué medida el gobierno había comenzado ya a sentar una firme base para la obra de aquel reformador de hierro, Víctor Amadeo II, que levantó su autocracia y su burocracia a partir de 1700.

Indiscutiblemente, el primer ministro de Carlos Manuel, Giambattista Truchi – «el pequeño Colbert» –, prestó buenos servicios durante toda una existencia de actividad administrativa. Truchi, un jurista por su formación, fue, primero, auditor en la tesorería o Camera dei Conti, antes de que el duque le diese amplios poderes, nombrándole superintendente general de la Hacienda en 1672. Fue una figura sobresaliente entre el modesto personal que constituía la plana mayor del gobierno de Turín. Algunos funcionarios eran nobles por su nacimiento, pero en la Camera dei Conti y en el Senado (o Parlamento) un grupo de juristas, cortesanos y nombres de negocios iban mejorando sus posiciones, personalmente, en el servicio del duque. Los más afortunados podían esperar que serían ennoblecidos por el soberano, y que sus familias se unirían en matrimonio con familias privilegiadas más antiguas. La insistencia del duque en su derecho a otorgar nobleza era uno de los signos de la posible fuerza de la corte, en un momento en que casi todas sus demás aspiraciones a la soberanía resultaban difíciles de imponer. Todas las riquezas de la meseta y de las montañas del Piamonte, de Saboya y de Niza estaban divididas entre

el duque, los nobles y la Iglesia, así como las «comunas» de los campesinos; y, a veces, parecía como si las porciones del soberano y del campesinado fuesen decreciendo.

De 1653 en adelante, el gobierno comenzó a reunir fondos extraordinarios, mediante la asignación pública de ciertos impuestos para el pago de los intereses devengados. Aquellas suscripciones fueron las llamadas *monti di fede,* y el 60 por 100 del dinero procedía, en realidad, de los nobles y de los eclesiásticos. Pero dedicaban una porción mucho mayor de sus ahorros a otro tipo de inversiones. Compraban sus propiedades a las familias venidas a menos, a los pequeños terratenientes y al duque. Hacían préstamos a las «comunas» vecinas empobrecidas, y aquellos préstamos no solo les daban un provechoso rédito: los campesinos endeudados solían tener que renunciar a lo que les quedaba de sus tierras comunales, o aceptar la pretensión del acreedor de que su propia tierra, dentro del área de una comarca, estaba exenta de los impuestos por los que aquella comarca tenía que responder ante los funcionarios del duque. La distinción entre las propiedades feudales de la nobleza, que estaban muy levemente cargadas con formas de impuestos anacrónicas, y las propiedades alodiales, que soportaban el peso cada vez mayor de los nuevos impuestos, era verdaderamente fundamental en el Piamonte. En su conjunto, el volumen de los intereses privilegiados seguía la tendencia a ampliar el área de sus feudos, mientras la exención de impuestos contribuía, a su vez, a crear los recursos utilizados para nuevos préstamos al soberano o a los no privilegiados, fuesen individuos o comunas. Se hacían todos los esfuerzos posibles por mantener intactos los patrimonios, mediante acuerdos legales que o agrupaban a los miembros de una familia en una indefinida asociación de aparceros, o tenían por base vinculaciones o primogenituras. El gobierno acumulaba sobre los no privilegiados los impuestos directos más elevados, pero su necesidad de dinero era tan grande

que también solía vender los impuestos a los terratenientes, que explotaban el derecho a recaudar tales impuestos a fin de incrementar su dominio sobre los campesinos avasallados. Los derechos señoriales de jurisdicción intensificaron aún más aquel dominio.

Desde un punto de vista personal, un hombre como Truchi se aprovechó de aquellas condiciones. Reunió un feudo para sí mismo, con tierras pertenecientes a la municipalidad de Turín; dentro de la ciudad, su nuevo palacio era la última palabra en magnificencia. Pero su política general era un intento de proteger los intereses del duque, anunciando así la autocracia, más eficaz, de un periodo posterior. En un plano más modesto, perfeccionó el rudimentario sistema de presupuestos y de contabilidad. Recuperó feudos cuando le fue posible, y tuvo buen cuidado de deshacerse nuevamente de ellos, en condiciones un poco más severas que antes. Ya en 1665 hay indicios de su deseo, y del deseo de Carlos Manuel de llevar a cabo una nueva inspección por todo el país, a fin de descubrir cuántas tierras alodiales habían sido impropiamente asimiladas con tierras feudales. En 1670 nombró comisarios para investigar el problema de las deudas comunales. Impuso el pago de impuestos directos adicionales por los campesinos. En ocasiones, recusó la jurisdicción señorial de los grandes terratenientes.

Mientras tanto, acariciaba fervorosamente ciertos planes de promoción del comercio. Estos planes agradaron a Carlos Manuel, hombre extravagante, con un agudo sentido del valor del dinero, cuyos notables diarios le muestran interesado en «proyectos» de todas clases. Truchi concedía privilegios especialísimos a los extranjeros que se comprometían a desarrollar nuevas técnicas en la manufactura textil. Buscaba, ansiosamente, beneficios en la explotación de las minas de cobre. En un plano más elevado, reanudó los anteriores intentos del gobierno de Turín de explotar los

puntos ventajosos del Piamonte para la entrada al Mediterráneo, en Villafranca y en Niza, y soñó con un centro de importación y exportación, comparable con el de Leghorn y el de Marsella, que enriquecería a todo el país, y al gobierno con él. Esto implicaba hacer de Villafranca un «puerto franco» para atraer a los barcos extranjeros y mejorar la difícil ruta a través de los Alpes Marítimos, desde el mar hasta Turín. La aventura fracasó, pero un tratado comercial con Inglaterra y el nombramiento de un cónsul piamontés en Lisboa, en 1674, revelan la tendencia de las ideas de Truchi. Por razones análogas, tanto el ministro como el soberano mantenían el tradicional odio de Turín hacia la República genovesa. Génova tenía aquel carácter comercial y financiero que acompañaba al dominio de la costa. Negociaba con dinero y mercancías, mientras el Piamonte parecía irremediablemente entregado a la tierra y a la agricultura. Génova era para Truchi lo que los holandeses eran para Colbert. Mientras la corte francesa se preparaba, en 1670 y 1671, para la conquista de Holanda, Carlos Manuel proyectaba su propio asalto contra los genoveses. Aprovechándose de un levantamiento dentro de la ciudad, lanzó su ataque en 1672, pero las fuerzas utilizadas no eran, en absoluto, suficientemente fuertes para aplastar una ardorosa defensa a lo largo de la terriblemente difícil frontera que atravesaba las montañas. El duque tuvo que desistir, y murió en 1675.

Su memoria más perdurable no consiste ni en una crónica de conquistas, ni en su administración interna, sino en la arquitectura, que él consideraba como una responsabilidad primordial del príncipe virtuoso. El Barroco piamontés fue, en parte, creación suya. Cuando Turín se hubiese ampliado, y arquitectos como Castellamonte o Guarini hubiesen construido y reconstruido, en la escala y en el estilo adecuados, palacios e iglesias, entonces, a su parecer, el príncipe contaría con un escenario en el que podría desempeñar su papel adecuadamente. Las fiestas de la corte de Carlos Manuel,

sus pródigas relaciones con varias amantes, su puntual y formal asistencia a la iglesia eran debidas, desde luego, en gran parte, al ejemplo de Luis XIV; pero una o dos insinuaciones de la correspondencia del embajador del Piamonte en París sugieren que los franceses también estaban interesados por lo que puede denominarse el escenario de Turín. Esto era comprensible. Los gobiernos de Copenhague y de Berlín se habían concentrado en cuestiones puramente políticas; y el emperador Leopoldo, aunque deleitándose en costosas diversiones que no podía pagar, carecía, en cierto modo, de estilo para ser imitado. En París, el rey y los ministros no solo estaban decididos a enfrentarse resueltamente con una amplísima gama de problemas de gobierno. Respetaban la importancia que el duque de Piamonte daba a la corte como espectáculo, y, ciertamente, en una escala mucho más grandiosa, consideraban a la corte y a la monarquía de Francia como un espectáculo para la humanidad.

[1] Véase Mapa IV.

[2] L. Makkai, «The Hungarian Puritans and the English Revolution», *Acta Historica* V (1958), Budapest, pp. 13-44.

VII. EL GRAN ENSAYO: FRANCIA

MAZARINO

Desde cierto ángulo, la Francia de Luis XIV parece un compuesto de toda su historia pasada, desde los días de San Luis hasta la rebelión de Condé. Desde otro, es, evidentemente, el resultado de los cambios producidos en un espacio de tiempo muy breve, entre 1658 y 1661. Cuando Mazarino había muerto y el rey gobernaba, los hombres de aquel periodo percibían los elementos de un nuevo orden en la corte y en el país. Si estaban o no en lo cierto es una pregunta que merece una respuesta.

Mazarino solía confiar en la astucia personal para apaciguar a los levantiscos. Esperaba controlar a Burdeos, después de 1653, mediante proposiciones a un hombre que le inspiraba profundos recelos, el gobernador de Brouage –una ciudadela lejana, al sur de la Gironda–, y le hizo mariscal de Francia. Los gobernadores militares, a lo largo de la frontera del país, eran tratados con la misma deferencia, cualquiera que fuese su historia pasada. Prudentemente, a Conti se le dio en matrimonio a una sobrina de Mazarino, Hortense Mancini[1]. Un matrimonio Mancini anterior reforzó su influencia en Bretaña. Era una política de alcoba de alta calidad, importante, pero de interés limitado. El cardenal invirtió también tiempo y energías en perfeccionar la imagen de gloria personal de que él deseaba disfrutar, dejándola a la posteridad, después de su muerte. En su afán de riquezas desplegadas con esplendor, figuró entre los últimos y más grandes príncipes de la Iglesia. Gastó su segunda fortuna, rápidamente amasada después de la Fronda, en más libros, obras de arte, construcciones y propiedades, a la vez que decidía dotar una fundación para la enseñanza de estudiantes procedentes de Artois, de Flandes, del Rosellón y de Pinerolo (en el Piamonte), a fin de conmemorar las

conquistas que para Francia había hecho él de estos territorios. Esta es, actualmente, la sede de la Académie Française, mientras su librería forma parte de la Bibliothèque Nationale. Estaba inteligentemente aconsejado por Colbert, su administrador en cuestiones de negocios. Cuando, en 1659, se planteó el problema de la compra por Mazarino de una propiedad del duque de Never, en Nivemais, Colbert hizo, personalmente, un meticuloso estudio y consideró que el alto precio estaba, después de todo, justificado por las posibilidades de la inversión. Estas procedían, en parte, de la medida que el duque había alcanzado en cuanto autoridad real en el Nivernais, por actuar como comisario del rey. Mazarino o sus herederos disfrutarían de un poder casi soberano dentro de sus confines. La transacción parece un tanto extraña al espíritu de la obra de Colbert, de unos años después. Pero estaba perfectamente de acuerdo con el espíritu de la obra del cardenal.

Este imperio privado había dependido, anteriormente, de su intimidad con Ana de Austria. Ahora se debía, en mucha mayor proporción, al temperamento de Luis XIV. A la edad de dieciséis años fue coronado en la catedral de Reims, el 7 de julio de 1654, en medio de una fulgurante gloria litúrgica, y Mazarino comenzó a enseñar al Ungido del Señor los asuntos de gobierno, introduciéndole en una sucesión de consejos en los que se discutían cuestiones menores. Desde el primer momento, el joven fue profundamente consciente de su posición única, subrayada por sus tutores y por los libros que le ponían delante, así como por los informes de sus tutores acerca de los desórdenes recientes; pero él, naturalmente, prefería las diversiones a los trabajos. El cardenal encontró dificultades para convencerle de que la ambición de ser un gran rey dependía de dominar el «métier du roi», expresión que se usó por primera vez en aquellas fechas. El maduro ministro observaba con cierta alarma a un joven que iba madurando, sin llegar a distin-

guir sus asuntos amorosos de los asuntos políticos serios. En aquel momento, el rey alcanzó su madurez. Cedió ante Mazarino, respetó su relación con la reina madre, y se dio cuenta de que enfermaba y de que envejecía. Decidió mantenerse al margen hasta que el estadista muriese, para afirmar entonces su derecho a la autoridad real. Esto no era lo que muchos cortesanos esperaban del despreocupado joven, pero él había aprendido de un maestro a disimular con un perfecto control. La paciente espera de acontecimientos, por parte de Luis XIV, con anterioridad a 1661, fue su primer despliegue importante de un agudo instinto político.

De todos modos, en la Provenza, inmediatamente después del Tratado de los Pirineos, se impuso una notable y nueva confirmación de la autoridad real absoluta, contraria a muchos antiguos derechos. A pesar de ser requerido para que interviniese urgentemente, Mazarino dejó que las perturbaciones de aquella zona se cociesen a fuego lento durante la guerra, permitiéndoles alcanzar, a comienzos de 1659, un grado de desorden no menos intenso que durante los peores años de la Fronda. Sus partidarios locales eran el duque de Mercoeur, gobernador de la provincia y casado con su sobrina Laura Martinozzi, y D'Oppède, presidente del Parlamento de Aix, en un momento en que la municipalidad de Marsella había caído en manos de unos nobles decididos a defender sus libertades; su ciudad seguía perteneciendo, espiritualmente, al antiguo mundo de las repúblicas patricias italianas. El sector más sólido estaba estimulado por el arzobispo de Aix, así como por los nobles y funcionarios de la Provenza que se oponían al terrible D'Oppède. Una vez asegurada la paz, Mazarino, al fin, pasó a la acción. Luis XIV, tras haber pasado el invierno de 1659-1960 en Toulouse, antes de ir a reunirse con su novia española, envió una poderosa fuerza que cruzó el Ródano y entró, triunfalmente, en Marsella. Se abrieron brechas en las murallas, se revocó la constitución municipal, y fue sustituida por

una administración real muy rigurosa. Los antiguos cónsules fueron reemplazados por regidores no nobles, con funciones restringidas. El rey nombró a los nuevos funcionarios. Se proyectó la ciudadela de Saint-Nicolas, para una guarnición que intimidase a los habitantes. A la Provenza se le prometieron todos los beneficios de una administración más justa, que tenía que ser pagada mediante una mayor sumisión.

EL SISTEMA FISCAL

En su actitud respecto al rey, Mazarino había tenido en cuenta, inevitablemente, el futuro; pero se contentó con un restablecimiento del sistema administrativo y fiscal del periodo que precedió a la Fronda. Esta aproximación negativa a un problema fundamental era, en cierto modo, más significativa. El «ancien régime» echó raíces más firmes, porque no se preveía ningún cambio. Después de aquello, nadie podría modificarlo, excepto en los detalles: ni siquiera Colbert. Lo que la Revolución abolió fue, en esencia, la obra de Richelieu, preservada por Mazarino en 1653. En aquel año eligió a dos de sus más leales servidores, Abel Servien y Nicholas Fouquet, para compartir el puesto vacante del *surintendant des finances.* Jugó, al principio, con la idea de rechazar, en gran escala, las obligaciones de la vieja administración respecto a los acreedores, pero Fouquet no tardó en persuadirle de que confiase en la hábil gestión del crédito del rey. Con ello se refería Fouquet a la antigua y estrecha colaboración en París del *surintendant* con un pequeño, pero influyente, círculo de hombres, cuya situación les permitía adelantar fondos para su uso inmediato, a cambio de fianzas que garantizaban una devolución final con intereses. No se pensaba en equilibrar los gastos con los ingresos. La administración se preocupaba, simplemente, del problema a corto plazo de reunir suficientes recursos para asegurar su crédito con los que allegaban los

fondos, entre los que se encontraban, naturalmente, Mazarino, Fouquet y sus clientes. Si la autoridad de la monarquía había sido restaurada, también lo fue un sistema financiero que constituía su principal debilidad.

Fouquet, pariente y asociado a algunas de las más ricas familias de banqueros de la capital, alegaría después con cierta razón que él había salvado al Estado en 1654, y nuevamente en 1658, cuando un enorme déficit dinerario parecía amenazar con descabalar la administración. Prometió mantener la afluencia de adelantos, y apaciguó a importantes sectores, ofreciéndose a tomar préstamos en condiciones más favorables aún para el acreedor que las ofrecidas anteriormente. En este proceso, él se enriquecía, al igual que Mazarino, pero sus propias palabras muestran claramente cómo él triunfaba en un pequeño mundo de hombres ricos: «Los gastos del Estado no habrían sido satisfechos, en lo que se refiere a las más urgentes necesidades y exigencias, ni habría podido pagarse a las tropas… si yo no los hubiese sufragado; y yo no habría podido sufragarlos si mi riqueza, mis gastos, mi esplendor de vida y mi liberalidad, todo ello unido a la consideración de mi plena solvencia, no me hubieran otorgado crédito»[2]. En efecto, los que más importaban pusieron su confianza en el *surintendant* que creaba aquel ambiente de magnificente esplendor en su nuevo palacio de Vaux-le-Vicomte, y que protegía tan inteligentemente a hombres como La Fontaine y el pintor Le Brun. La pobreza crónica de los gobiernos y de la mayoría de sus súbditos, el costoso estilo de vida en las cortes de los príncipes, y las fortunas hechas por los políticos, formaban parte, en realidad, de la esencia de aquel periodo. La apología de Fouquet da un indicio del mecanismo que se hallaba detrás de una tan desigual distribución de bienes.

El *surintendant* era el más alto dignatario financiero de Francia: responsable ante el rey, no podía ser requerido pa-

ra que se sometiese a las intervenciones de la Cámara de Cuentas. Sus facultades incluían la de decidir cuál de las diversas fuentes de ingresos del rey debía ser utilizada para satisfacer las distintas partidas de gastos o de créditos; y a los interventores nunca se les mostraban los registros detallados de determinadas partes de aquel gasto, autorizado como consecuencia de las que se llamaron «ordonnances de comptants». Estas eran órdenes de pago en las que no se especificaba razón alguna del mismo; ni había recibos extendidos por la persona a quien se pagaba o por su representante. Las sumas desembolsadas bajo este concepto aumentaron de un modo asombroso durante los años inmediatamente anteriores a la Fronda, y entre las reformas impuestas por el Parlamento en 1648 figuraba una limitación teóricamente rigurosa acerca del uso de las «ordonnances de comptants». Además, cuando un tesorero no tenía dinero en el fondo asignado por un funcionario superior para el pago de una deuda, y, en su lugar, expedía un pagaré, ese pagaré iba a convertirse, probablemente, en otro abuso dentro del mecanismo de recibo y de pago. ¿Quién tenía la facultad de destinar el pagaré a algún fondo superior? ¿Quién tenía la influencia necesaria para que aquel pagaré, muy frecuentemente después de haber sido vendido por un poseedor desesperado con un fuerte descuento, fuese pagado casi por su valor total? Pues los que se hallaban más próximos al centro del poder, con amigos en los más altos puestos cercanos al cardenal y al *surintendant.*

Había una razón adicional para que las «ordonnances de comptants» fuesen tan utilizadas. La Iglesia, y en realidad la opinión pública, seguían siendo suficientemente fuertes para que continuase incluido en el código un veto contra la usura, y, por consiguiente, un máximo legal de la cuota de interés, generalmente el 5 o el 5,5 por 100. Esto se hacía totalmente ilusorio en los tiempos de déficit y cuando el crédito del gobierno ascendía a niveles más bajos. En conse-

cuencia, si el Estado necesitaba un préstamo de un millón de *livres* al 15 por 100, emitía recibos por un valor ideal de tres millones, y «ordonnances de comptants» para el pago de intereses de esta suma mayor. El control era débil: demasiadas personas tenían buenas razones para permitir que así fuese, de modo que aquellos títulos hipotéticos con referencia a un capital ficticio podían, a veces, convertirse en verdaderos títulos para el pago de los mismos por parte del erario. Además, como las necesidades del gobierno eran tan apremiantes, este autorizaba cada vez más fuertes descuentos sobre las sumas tomadas a préstamo, mediante el procedimiento de las llamadas «ordonnances de remise». También estas podían ser, a veces y cuando se hallaban en manos adecuadas, extremadamente provechosas.

En efecto, el poder discrecional del monarca se había extendido al *surintendant* y a su señor, Mazarino, que lo utilizaban para conseguir fondos que no podían ser allegados mediante métodos más normales, con el fin de sostener la administración y de enriquecerse ellos. Los métodos normales eran, naturalmente, las diversas formas de tributación, y los recursos ordinarios para prever una lenta y laboriosa recaudación de impuestos. En el caso de la *taille,* el dinero tenía que ser facilitado por innumerables hombres pobres, que a menudo se prestaban dinero unos a otros para las transacciones privadas de cereales, de vino y de ganado; encontrar dinero para el recaudador de impuestos de la aldea era una complicación, tanto como una carga. Pero el Estado no podía soportar demoras, de modo que los «receptores» provinciales y los «receptores generales» estaban unidos entre sí y con las principales tesorerías reales mediante contratos, que les comprometían a adelantar dinero al rey, con determinados descuentos; al final, se resarcían, gracias a los que pagaban los impuestos. De igual modo se arrendaban también los impuestos indirectos; y los funcionarios del rey tenían que asignar o reservar para determina-

dos acreedores el producto de determinados impuestos en determinadas zonas. Si el arrendatario no podía pagar cuando se le requería para ello, extendía pagarés reconociendo su obligación; pero las tesorerías centrales solo recibían el balance del pago anual de un arrendatario, después de haber sido deducidas estas asignaciones. Era un mundo en el que los hombres que disponían de propiedades y de capital líquido se aprovechaban, a menudo con graves riesgos, de la extraordinaria dificultad del Estado para conseguir ingresos. El arbitrario poder del rey para imponer tributos se hallaba contrarrestado por su imposibilidad de hacerlo sin contar con costosos créditos, adelantos y descuentos.

El sistema permitía excelentes beneficios a un selecto círculo del más alto nivel, y una renta decorosa a determinados agentes provinciales, más modestos, pero muchos dependían de la animación general de la economía. Los productos de las cosechas más importantes habían vuelto a subir desde los tiempos del catastrófico déficit anterior a 1652, de modo que, bajo Fouquet, el excedente aprovechable para impuestos, así como para los diezmos de la Iglesia y para las rentas privadas, puede haber sido casi suficiente pata satisfacer la demanda. Cuando las condiciones de cualquier región se hacían intolerables, eran los recaudadores y los arrendatarios de los impuestos reales los que, por lo general, atraían el resentimiento popular. La campaña de Flandes, que desembocó en las victorias de Turenne de 1658, por ejemplo, coincidió con un grave malestar. Los disturbios a lo largo del Loira y de la vecina Bologne se extendieron luego a Poitou, a Anjou y a Normandía. Aquí, la burguesía capitaneaba a los desafectos. Algunos deseaban que los Estados de Normandía fuesen convocados, de acuerdo con una promesa real anterior, nunca cumplida. Otro agravio era el intento de cargar con impuestos a hombres que disponían de un capital y que deseaban ser nobles,

a menudo sin pruebas suficientes de su condición. Los miembros de familias indudablemente nobles se reunían con ellos en asambleas secretas e ilegales. Aquellos desórdenes entorpecieron inmediatamente la afluencia de recursos a París y a las tropas en campaña, comprometiendo más aún el crédito del gobierno, pero elevando los intereses para los que aún tenían la posibilidad y la audacia suficientes para hacer préstamos.

En aquella crisis, y a lo largo de las etapas finales de la guerra, Fouquet mantuvo girando las ruedas de las finanzas con extraordinaria habilidad. Mazarino le sostenía mientras él seguía recibiendo préstamos de sus amigos, transfiriéndoles para su seguridad los elementos más sólidos de la renta. También tuvo especial cuidado en la satisfacción de las demandas del propio Mazarino; porque el cardenal hacía fuertes inversiones en los negocios de contratos militares, e insistía en que el pago y la devolución teniendo en cuenta los generosos descuentos y las pródigas cuotas de interés ingresadas en puntualmente en su caja. Pero, aunque Fouquet siempre trató con deferencia a Mazarino, que mostraba momentáneas irritaciones, pero confiaba en él, otra voz se elevaba ahora en el horizonte con tonos mucho más austeros.

Colbert, el intendente del cardenal mientras Fouquet era el *surintendant* del rey, había ido desarrollando, poco a poco, una comezón de poder que primero le convirtió en el crítico de un rival situado a mayor altura, y después le condujo a idear lo que él pensaba que sería una política alternativa y superior para toda la administración. Momentáneamente, los dos grandes imperios financieros del rey y del cardenal coexistían en una difícil relación; Colbert administraba uno de ellos en favor de Mazarino, pero temía ser el hombre extraño del que se prescindiría cuando Mazarino muriese. Mientras tanto, la prosperidad del cardenal depen-

día de conseguir que las autoridades del Erario le concediesen la mayor seguridad posible para sus préstamos y contratos, mientras él recibía préstamos de otros en condiciones razonables, porque su crédito era bueno. Por lo tanto, Colbert tenía un interés directo en la eficaz recaudación de impuestos. Cuando Mazarino se apoderó de las rentas de Montauban y de Guiena a fin de cubrir los costos (y más) de sus contratos para el abastecimiento de pan al ejército, Colbert se enteró de que, frecuentemente, la *taille* no se pagaba porque los gobernadores reales y las personas de calidad «protegían» a las comunidades rurales; de que las listas de amillaramiento presentaban varios años de retraso; y de que los receptores obtenían de París un descuento excesivo. Su correspondencia durante las insurrecciones de 1658 le presenta igualmente convencido de que una administración y una recaudación de impuestos eficaz en las provincias contribuirían en gran medida a eliminar las costosas emisiones de préstamos de que se aprovechaban demasiados financieros (incluido el propio *surintendant*). Por esta razón se interesó en el nombramiento de intendentes, recomendando a hombres, entre ellos un buen número de parientes suyos que aceptasen sinceramente los puntos de vista autocráticos. Acusaba de los disturbios en Normandía y en Poitou a los intendentes descuidados.

Su preocupación por los asuntos administrativos se entrelazaba con otra. Desde los tiempos de la Fronda nunca vaciló en su inclinación contra los Parlamentos, aconsejando las más duras medidas contra ellos. Desdeñaba el argumento de que la autoridad real debía estar «contrapesada» (sus propios términos) por otros poderes. Quería llevar adelante la antigua política de retirar de los Parlamentos diversas clases de litigios en que estaba implicada la Corona. Cuando llegó el momento de juzgar a los dirigentes rebeldes de 1658 que estaban detenidos, él sostuvo que los Parlamentos no eran los tribunales adecuados, pues no eran

suficientemente dignos de confianza para juzgar y condenar del modo requerido. No pasó mucho tiempo sin que orientase esta implacable forma de pensar, directamente, contra el hombre al que deseaba sustituir.

En 1659 fue desairado dos veces por Mazarino. El colega de Fouquet, Abel Servien, murió, pero el cardenal rechazó la propuesta de que él, personalmente, ocupase el puesto de *surintendant,* lo que, sin duda alguna, habría dado a su consejero particular una mayor responsabilidad en cuanto a las finanzas del gobierno. Unos meses después, Colbert probó de nuevo. Quería que Fouquet fuese destituido y arrestado, y que se constituyese un tribunal extraordinario para recuperar de él y de todo el grupo de sus financieras las ganancias mal adquiridas. No constituía ninguna novedad una Cámara de Justicia de aquel tipo, que había sido utilizada ya para requerir a los *surintendants* a que rindiesen cuentas en 1607, en 1629 y en 1635; pero es interesante observar cómo Colbert sentía la misma antipatía por los financieros que por los procesos legales ordinarios, mientras que, en 1648, los miembros del Parlamento de París habían desconfiado profundamente de la alianza de la administración con su círculo elegido de suministradores de fondos. Ahora había un importante cambio de alineamiento en lontananza. Pero Mazarino echó a un lado a Colbert, por segunda vez. Fouquet seguía como único *surintendant,* preocupado por lo que había sabido de la intriga contra él, pero todavía con pleno control de su importante cargo. Sus reacciones en este momento no son menos interesantes que las de Colbert. Temiendo la destitución y el arresto, consideraba, de cuando en cuando, un plan para movilizar a sus amigos de fuera de París, a los gobernadores de determinadas fortalezas, al vicealmirante que mandaba los barcos reales en el golfo de Vizcaya y a otras personas influyentes que, en realidad, firmaban declaraciones de lealtad a Fouquet en las que todavía se manifestaba el instinto de los nobles de la

Fronda de que la lealtad al rey no era la consideración más importante. Con el consentimiento de Mazarino, Fouquet había comprado también el marquesado de Belle-Île, una isla a distancia de la costa de Vizcaya, que él pensaba convertir en plaza fortificada propia. Estas ideas de autoprotección, meditadas por el ministro, a intervalos, en el periodo de 1657-1659, fueron, desgraciadamente, confiadas al papel y constituyeron la base del cargo de traición formulado después contra él en su proceso.

LUIS XIV EN 1661

Sobre este fondo es posible juzgar a la nueva monarquía personal que comenzó durante la noche del 8 al 9 de marzo de 1661, cuando Mazarino murió, y que duró hasta 1715, iniciada por un famoso doble golpe que dejó huellas indelebles para el resto del reinado de Luis. El primero de los dos golpes fue una solemne proclamación formal a la corte francesa y a las potencias de Europa en el sentido de que el rey se proponía regir sus asuntos personalmente, y que, por consiguiente, todos sus ministros y funcionarios eran directamente responsables ante él. Esto podía no haber sido más que una perogrullada acerca de la naturaleza de la monarquía. Mas lo que realmente ocurrió sorprendió a casi todos los observadores. Para desaliento de la reina madre y de otros dignatarios, desde entonces no fueron convocados a más reuniones de los Consejos de Estado. Luis invitaba solo a Le Tellier, a Lionne y a Fouquet a los consejos más reservados, en los que él presidía la gestión de los negocios con la máxima diligencia. Los otros consejos eran también reuniones de trabajo duro, y el joven rey no tardó en demostrar en ellos que poseía una personalidad y una firmeza suficientes para controlar los órganos centrales de gobierno. Tenía todo a su favor. El ventajoso tratado de paz con España y un matrimonio español eran, verdaderamente, realizaciones de Mazarino; pero el recorrido del rey y de su reina

desde los Pirineos hasta París, tan rodeado de la atención pública, dotó a Luis de los símbolos de una venturosa majestad. Por el contrario, el cardenal podía ser censurado por las opresiones del gobierno, mientras los hombres esperaban acontecimientos mejores como consecuencia de la salida del Sol, aquel antiguo emblema de la gloria, atribuido ya al rey por poetas y decoradores. Pero si él hubiera carecido de la determinación necesaria para hacer su voluntad, sentida tanto por los grandes como por los humildes, el año 1661 no habría marcado tan claramente el comienzo de una nueva era en Francia y en Europa. Desde 1630, la monarquía personal de los Borbones había estado eclipsada por la práctica dominación de los dos «primeros ministros», y debilitada por una minoría de edad del rey que produjo el colapso de una administración pública ordenada. Mazarino había acabado recuperando su poder, pero Luis ahora ponía fin a todo el sistema de control ejercido mediante un delegado omnipotente.

Naturalmente, no era mucho más que un cambio al más alto nivel, un cambio de gobernante, más que de gobierno. Los ministros, la administración judicial y la financiera, las condiciones de vida en las ciudades y en el campo, apenas se habían alterado. Los que habían servido a Mazarino deseaban servir a Luis, volviendo la mirada atrás, con horror, hacia los desbarajustes de la Fronda, y aceptando sin reparos la doctrina de que una monarquía sin traba alguna era la única base posible del buen gobierno. En este momento, los *frondeurs* más importantes se mostraron leales también. Tras sus victorias de 1658, se otorgó a Turenne el título de capitán general de la infantería; diez años después, abjuraría de la fe protestante de su familia. Sobre todo, el perdón real concedido a Condé y su regreso a la corte simbolizaban elocuentemente el final de un cisma. Al aparecer repudiando su pasado, contribuía a desautorizar cualquier futuro acto de resistencia a la Corona. Aquella fue la acción más im-

portante de una carrera que había afectado a los destinos –no solo a la corte, sino también a la población–, en cada momento, durante cerca de veinte años.

En un sentido importante, Luis continuaba donde había quedado Mazarino, pero pronto dio a su política un giro personal. Mazarino no veía con buenos ojos la Compañía del Santísimo Sacramento, una organización religiosa que influía en la opinión pública en un ancho frente. Esta institución (fundada en 1630) sobrevivió a la Fronda con un poderoso cuartel general en París y con unos cincuenta grupos afiliados en las provincias. Los fondos eran abundantes, porque los miembros contribuían generosamente. Su primera preocupación social era la caridad, pero una caridad fundida con un deseo de elevar la moral y las costumbres al más alto nivel posible de pureza católica. A veces, la Compañía obligaba a los funcionarios del rey, en contra de su mejor criterio, a juzgar severamente las máscaras, las ferias y las diversiones, así como los casos de blasfemia. Apoyaba la ley contra el duelo. Llegó incluso a encargarse por sí misma de la ley, encerrando a las mujeres licenciosas y a los sacerdotes indignos en conventos o en casas retiradas. Como consecuencia de esto se habían producido manifestaciones públicas de protesta en Burdeos, Blois y Caen, entre 1658 y 1660. El pueblo sencillo se sentía vejado por la censura de las costumbres ejercida por la Compañía, y el gobierno desconfiaba de una organización independiente, bastante ambiciosa, como se vio en 1659, para adoptar un plan de conferencias anuales con delegados que debían ser enviados desde todos los puntos del país.

Mazarino no había olvidado los esfuerzos realizados por san Vicente de Paúl, un jefe de la Compañía en los primeros tiempos, para desprestigiarle ante Ana de Austria. En 1658, seguía temiendo a la misma influencia, y su enérgica desaprobación de la «cabale des dévots» era indisimulable

al final de su carrera. Alarmados, en el otoño de 1660, los oficiales de la Compañía en París comenzaron a tomar precauciones, reduciendo el número de miembros que acudían a las reuniones semanales regulares, y ordenando a los grupos provinciales que suspendiesen la correspondencia con ellos. Pero el 14 de diciembre Mazarino consiguió un decreto del Parlamento, declarando ilegales todas las reuniones que se celebrasen sin el expreso permiso del rey. Aunque el presidente del Parlamento, Lamoignon, era, precisamente, miembro de la sociedad, y, al parecer, suavizó el decreto, los buenos tiempos de la Compañía del Santísimo Sacramento –por lo menos, en París– habían terminado. Al igual que antes, hacían limosnas, convertían a hugonotes, predicaban el Evangelio entre los galeotes y trataban de catequizar a los pobres. Esto condujo a una conclusión triunfante, tras años de esfuerzos y con la ayuda de la reina madre: la fundación de una Sociedad de Misiones en el Extranjero, en 1663, que desde entonces hasta hoy ha trabajado en ultramar, sobre todo en el Canadá y en Indochina. Pero en Francia tenía que contar ahora con un adversario más fuerte aún que Mazarino.

Luis XIV se resistió ostensiblemente a la influencia «dévote», y, mediante su propia conducta, impuso un código de valores diferente. Nada sorprendió tanto a la madre de Luis y a todo el círculo de devotos en la corte como su descubrimiento, en 1661, de que el matrimonio no había atenuado, en absoluto, la pasión del rey por las aventuras sexuales. Su famosa relación con Louise de la Vallière dio origen al régimen de las amantes oficiales, con el que el mundo oficial acabaría pactando: Ana de Austria y María Teresa, Colbert y su mujer, que tomaban disposiciones para los sucesivos alumbramientos; el Parlamento, que legitimaba, uno tras otro, a los bastardos reales; los confesores del rey y los eclesiásticos que ante él predicaban. Bossuet, aquel joven orador incipiente, estimulado por Ana de Austria y

simpatizante de la Compañía del Santísimo Sacramento, se atrevió a reprender a Luis, públicamente, en sus sermones cuaresmales de 1662. Pronto aprendió a añadir la nota del servilismo a su estilo maravilloso, y aceptó las realidades corrientes en el mundo de la corte, donde él tenía la ambición de brillar con el favor del rey. Entre la época del supuesto maridaje secreto de Mazarino con Ana de Austria, y la del maridaje secreto del propio Luis XIV con Mme. de Maintenon, se sitúa la fase en que marcaban la pauta las relaciones del rey con Mme. de la Vallière y con Mme. de Montespan, con Mlle. de Fontanges y otras. «L'esprit du monde ne pouvait souffrir la Compagnie», como un contemporáneo señaló después. El *Tartuffe,* de Molière, representado por primera vez en la corte en 1664, aunque produjo indignación en algunos círculos, lo demostró perfectamente.

FOUQUET Y COLBERT

El otro golpe de Luis en 1661 fue el arresto de Fouquet. Poco antes de morir, Mazarino había recomendado a Colbert para el importante puesto de «intendant des finances» a las órdenes del *surintendant,* y, realmente, Colbert nunca podría haber escalado a mayor altura; pero el interés del rey por escuchar a aquel relativo desconocido (en conversaciones de las que no puede haber prueba documental) demuestra la seguridad de su juicio. En Colbert eligió al más destacado de todos sus servidores, y tal vez al más sumiso.

Para Mme. de Motteville, reseñando los festines de la corte en Fontainebleau, en aquel verano de 1661, con el completo control de su monarquía por parte del joven rey, había comenzado lo que ella calificó de «edad de oro». No dice nada del mundo ajeno a la corte, en el que una de las más graves depresiones del siglo se abatía sobre el país. Los signos de la cosecha malograda se multiplicaban; los precios de los cereales subían; los comerciantes reducían sus pedidos de paños; los artesanos no encontraban empleo, y

la mortalidad aumentaba. Pero sería erróneo pensar que Colbert o Luis tomaban aquello en consideración, cuando el primero volvía una vez más a su asalto, largo tiempo meditado, contra Fouquet, y el rey se mantenía firme en su resolución inicial –parece que se decidió acerca de esta cuestión en mayo– de desembarazarse del *surintendant,* a quien él se había acostumbrado a considerar demasiado poderoso, demasiado rico y suficientemente ambicioso para convertirse, poco a poco, en el sucesor de Mazarino como «primer ministro», en cuanto él aflojase en su atención a los asuntos. Sería también erróneo pensar que, en cuestiones de política financiera o económica, había una clara diferencia entre las medidas de Fouquet a partir de 1659 y la mayor parte de lo que Colbert pensaba. Desde la firma de la paz, el *surintendant* había incrementado los ingresos procedentes de diversos impuestos indirectos, readjudicándolos a nuevos arrendatarios; había recuperado para la Corona muchas fuentes de renta enajenadas; había cancelado derechos de *taille* caducos, que databan de los años 1638-1653; había impuesto un gravamen a los barcos holandeses que utilizaban puertos de Francia, y había mostrado interés por las aventuras comerciales de ultramar; su atención personal al último concepto se remontaba al periodo anterior a 1648. Finalmente, redujo la totalidad de la exigencia real respecto a la *taille* del país en su conjunto en 1661. Pero lo que atraía a Colbert era el poder, y lo que atraía a Luis XIV era la original propuesta de Colbert a Mazarino: el pulverizador golpe del arresto del *surintendant,* al que seguiría la constitución de un tribunal especial para juzgar a Fouquet y ordeñar a la numerosa grey de acreedores de la administración. Mediante este implacable ejercicio de la autoridad, mediante la confiscación, mediante el repudio o la drástica rebaja de las deudas, las finanzas reales se fortalecerían. El rey podría actuar entonces con toda probabilidad de éxito como su propio *surintendant,* asesorado por un nuevo con-

sejo, en el que Colbert esperaba confiadamente que desempeñaría un destacado papel.

Fouquet fue arrestado en Nantes el 5 de septiembre. Luis disimuló sus intenciones hasta el último instante, y experimentó un evidente goce en la teatral afirmación de poder, que él consideraba como un elemento esencial del arte de gobernar. El cargo de *surintendant* fue abolido, y un nuevo consejo de Hacienda comenzó a reunirse el 15 de septiembre; Colbert era uno de sus miembros. Después, tras un intervalo de dos meses, durante los cuales se hicieron muchas protestas entre bastidores y fueron rechazadas, Luis anunció la creación de una Cámara de Justicia para examinar las finanzas del reino y su administración desde 1635. Aquella Cámara continuaría reuniéndose hasta 1669. Su importancia fue inmensa. Con la institución de aquel tribunal para condenar a Fouquet y examinar los derechos de todos los que habían adelantado fondos a la administración durante los últimos veinticinco años, Luis y Colbert se proponían elevar aún más la autoridad normal del rey. Trataban de asegurar para el rey, permanentemente, la plenitud de poder que Richelieu tuvo por delegación de Luis XIII durante un largo periodo. Pisotearon, altivamente, la premisa de que había en Francia intereses legítimos, además de la monarquía, que podían utilizar métodos legales para defenderse contra el monarca. Con la resistencia activa y las protestas constitucionales ya desacreditadas durante la Fronda, todo el acatamiento de las clases ilustradas para someterse y obedecer se veía ahora positivamente reforzado.

Las actuaciones del tribunal parecían ser las últimas manifestaciones de una seria crítica profana en Francia, de largo alcance. El rey y Colbert mostraban, demasiado ostensiblemente, una total falta de escrúpulos para explotar todos]os documentos de Fouquet, a la vez que se negaban a permitir que él los consultase. Primero seleccionaron y lue-

go amedrentaron a los jueces. Algunos jueces y funcionarios estaban, por lo tanto, decididos a seguir el debido orden de los procedimientos legales, dando a Fouquet la oportunidad de formular su defensa. Lamoignon ocupó la presidencia hasta diciembre de 1662, y, con su evidente falta de celo por el interés del rey, no satisfizo en absoluto a Luis; fue sustituido por Séguier, el canciller. Una publicidad muy hábil, llevada a cabo por amigos y parientes, presentaba el caso desde un punto de vista favorable a Fouquet, fuera de la corte. Escritores que, en otro tiempo, habían sido mantenidos por aquel pródigo protector se mostraban honorablemente lentos en venderse a un protector más alto y coronado. Colbert, mientras tanto, utilizaba la Cámara, como siempre había pretendido, no solo para destruir a Fouquet, sino también para atacar a los financieros y a los poseedores de las *rentes* de la administración; por consiguiente, los financieros y los rentistas sentían una cierta simpatía por su víctima principal. Al fin, el total recibido de individuos particulares en concepto de obligaciones canceladas y de cantidades exigidas para resolver determinadas cuestiones puede haber ascendido a un valor nominal de 70 millones de *livres.* En cuanto a las *rentes,* la política de Colbert no era menos draconiana, pero las reuniones de protesta en el Hôtel de Ville, en marzo de 1662, en abril de 1663 y nuevamente en 1664, con miembros del Parlamento claramente simpatizantes, desembocaron en algo que se acercaba a un compromiso. La administración redujo un total inicial de unos 28 millones de *livres* a solo 8 millones. Las sumas anuales auténticas pagadas a los poseedores eran menores de lo que esas cifras sugieren, tanto antes como después de 1664, pero la nueva política estaba claramente orientada a restablecer los ingresos en favor del rey, y a permitir unos impuestos directos más bajos. Fue, sin duda, un golpe contra los intereses de muchos propietarios, a excepción de los aho-

rros de familias muy modestas y de las instituciones de caridad.

La Cámara de Justicia acabó encontrando a Fouquet culpable de varios delitos, financieros y políticos, y le condenó al destierro. Este moderado veredicto, cuando la parte fiscal había solicitado la pena de muerte, y tras la muy convincente defensa del *parlementaire* Olivier D'Ormesson, pidiendo una sentencia más benigna, irritó sobremanera a Luis. Implacablemente, «conmutó» la pena por prisión perpetua, y, desde 1664 hasta su muerte, en 1680, el solitario Fouquet, en la fortaleza de Pinerolo, fue una advertencia para los que servían o dejaban de servir al rey. Los ministros se hallaban, por lo tanto, sometidos hasta un punto que ni Mazarino ni el *surintendant* lo habían estado nunca. También aquí hubo una novedad, no esencial, sino de matiz. A largo plazo, la importancia política de la ascensión de Colbert al poder en 1661 eclipsa sus dotes administrativas.

EL NUEVO ESCENARIO

Esto era cierto también desde un ángulo diferente. Colbert contribuyó a crear, en mayor medida que nadie, la imagen pública de la majestad de Luis, disponiendo el escenario para él. El 1 de enero de 1664 se convirtió en *surintendant des bâtiments du roi, arts et manufactures.* Había comenzado ya a explorar todos los métodos imaginables para el despliegue de la gloria del rey en piedra y en decoración, en medallas conmemorativas, en versos y en festividades. Las ideas de Mazarino sobre este tema fueron sobrepasadas y simplificadas, porque el cardenal ligaba inevitablemente su propio prestigio con el del rey. Luis ahora reinaba y gobernaba solo. Mientras las gentes del pueblo llano estaban muriendo como moscas en la primavera de 1662, tras un terrible invierno de hambre, Colbert organizaba el famoso «Carrousel» en el Louvre –un torneo y un ballet ecuestre combinados–, que marcó una nueva pauta de fausto y de

derroche a las diversiones cortesanas de Europa[3]. En 1663 estimuló a Jean Chapelain y a Charles Perrault a iniciar la llamada «pequeña academia», que más adelante florecería en la Academia de Inscripciones y Literatura: los miembros recibían pensiones de la Corona y se les daban instrucciones directas para que ideasen textos o símbolos que describiesen la grandeza de Luis[4]. En arquitectura y en decoración, la orientación política de la actividad de Colbert ayudó a crear un nuevo estilo, destinado a expresar una autoridad real indiscutida. La soberbia presencia de Luis, su extraordinario vigor para despreciar las comodidades, y su total indiferencia respecto a la capacidad de sus súbditos para soportar excesivos impuestos, hicieron de él un perfecto colaborador. No se escatimaba gasto alguno; pero, simultáneamente, los contemporáneos comenzaban a imitar al rey en su deseo de huir de las llamadas «filigranes» y «bagatelles»: ornatos inútiles y objetos innecesarios. Todo esto era rechazado, en favor de una marmórea amplitud de espacios en los que, como Mme. de Maintenon observaba muchos años después, «il faut périr en symétrie».

En su relación de prioridades, Colbert había otorgado el primer lugar a la ornamentación de París, como digno marco de la corte y del gobierno. Quería un imponente Arco de Triunfo, por ejemplo, para señalar el lugar por donde Luis y su reina entraron juntos en la ciudad, ceremonialmente, en 1660. Les imaginaba residiendo en la más grande de las capitales europeas, en el más hermoso de los palacios europeos, cuando un importante incendio vino a plantear, oportunamente, toda la cuestión de reparar o de reconstruir el Louvre. No tardó en sugerirse el emplazamiento de la nueva fundación de Mazarino para «las cuatro naciones» (véase *supra,* «Mazarino») en la orilla izquierda del Sena, frente al Palacio Real; y, hasta la actualidad, la confrontación a través del río de aquella ala del Louvre que Colbert construyó, con la fachada y la cúpula debidas a Mazarino, sobrevive

como un triunfo de la planificación urbana. Pronto se hizo sentir la personal preferencia de Luis por la expansión hacia lugares situados fuera de la capital, en St.-Germain y en Versalles. En consecuencia, durante los años siguientes, se puso en práctica un tremendo programa de construcciones, tanto dentro como fuera de París, antes de que se diese prioridad a Versalles y a otros palacios sobre el Louvre. Con el fin de vigilar el enorme conjunto de decoradores interiores que necesitaba, Colbert concentró muchos de los antiguos talleres que producían artículos de lujo en un solo establecimiento, los Gobelinos, y puso al frente de ellos, desde 1662, a Charles Le Brun.

Una fase crítica en la lucha por un nuevo estilo era librada, simultáneamente, por Luis, por Colbert y por sus consejeros. Parcialmente influido por su larga relación con Mazarino, y precisamente, sin duda, por italianos residentes en París tan eminentes como el cardenal Francesco Barberini, Colbert deseaba llamar a los mejores arquitectos romanos para consultarles acerca de las obras del Louvre. El gran Bernini fue invitado a París. Se examinaron muchos proyectos, y, en 1667, una pequeña junta trató de llegar a una decisión final. El esquema de Bernini pareció a Luis demasiado radical, pues el rey no quería que se prescindiese totalmente de la antigua disposición. Los expertos franceses, incluyendo a algunos de los hombres que dominaron la arquitectura en Francia durante los veinte años siguientes, pueden haber inspirado este punto de vista; desde luego, estaban de acuerdo con él. Los planos que al fin se adoptaron significaban una derrota para la influencia italiana, tan fuerte en casi todos los demás sitios de Europa, y fueron una victoria para los profesionales franceses de la arquitectura incorporados a una Academia más reciente, en 1671, para dictar los cánones de los diseños en boga bajo un rey para quien la construcción en gran escala constituía una de las pasiones dominantes; juntamente con las mujeres y con la

guerra. Aquellas pasiones nunca se excluyeron mutuamente en Luis: el costo de las obras en Versalles y en Clagny –con destino a Mme. de Montespan–, durante los años de guerra posteriores a 1672, fue asombroso. Y debe admitirse que los gastos fueron aún mayores, a partir de 1678.

Un cambio análogo se había producido ya en otra de las bellas artes. Un gran músico veneciano regresó, al igual que Bernini, con las manos vacías, como él pensaba, de París a Italia. Invitado por Mazarino a componer una ópera para conmemorar el tratado de 1659 y la boda de 1660, Francesco Cavalli fue a la corte francesa con muchos otros artistas y técnicos italianos. Al fin, en febrero de 1662, se inauguró en las Tullerías un magnífico y nuevo teatro, con la representación de Ercole Amanti, de Cavalli, pero sus actos estaban intercalados con un espectáculo de ballet, Hercule Triomphant, para el que I. E. Lully compuso la música y proyectó las danzas; en estas, tomó parte el propio rey, apareciendo precisamente como Sol. El ballet y sus versos franceses atrajeron toda la atención, en detrimento de la ópera. Lully, siempre favorito de Luis, no tardó en convertirse en maestro indiscutible de la música real, y en brillante colaborador de Moliere. Durante veinte años, una influencia musical específicamente italiana se redujo al mínimo en la corte francesa.

Entre bastidores, Colbert seguía siendo el supremo proveedor real, por lo menos a los ojos de Luis. Personalmente, Colbert tenía una opinión más elevada de sus responsabilidades.

LA NUEVA ADMINISTRACIÓN

El «intendat des finances» que aparece simplemente como miembro del nuevo Consejo de Hacienda de Luis XIV, en septiembre de 1661, había confeccionado el discurso real que abrió las sesiones de aquel organismo. Colbert se convirtió en el principal consejero responsable de los ingre-

sos y de muchas ramas de los gastos, desde aquel momento hasta que murió en 1683, aunque no ocupó el cargo de interventor general hasta1665. El título de *surintendant* desapareció para siempre, y una larga sucesión de interventores trataría inútilmente de equilibrar los libros de la monarquía hasta la Revolución. En todo caso, Colbert legó a la Hacienda pública francesa y a todo el aparato burocrático una inclinación hacia la severidad, que fue constantemente valiosa. Por lo menos sirvió, en cierta medida, para mantener a raya la tendencia cada vez más fuerte hacia el despilfarro.

Su principal acusación contra la administración de Fouquet era, precisamente, su prodigalidad y su confusión. Creía que, con su ordenada gestión de los negocios, el despilfarro desaparecería automáticamente. Un gobierno y un monarca que supiesen cuánto tenían para gastar no gastarían más de lo debido. Un funcionario que tuviese que rendir cuentas estrictas estaría protegido contra la corrupción. Un interventor general que dispusiese de una información exacta acerca de las cosechas, del comercio, de los embarques, de las quiebras, del número de habitantes de los diferentes distritos, etc., relacionaría los impuestos con la capacidad impositiva, y el gasto de la casa real con los impuestos, de la manera más eficaz posible. En el nivel más alto, esta atractiva idea fue condenada desde el principio. Cuando se pretende comparar el poder de Luis XIV con el de su ministro, no puede menos de observarse que todos los recursos de Colbert para supervisar los ingresos y los gastos, así como para conseguir que Luis se detuviese a considerar sus difíciles problemas financieros –el Consejo de Hacienda semanal, presidido por el rey; una lectura mensual de las cuentas, en el Consejo del Estado; un informe anual de previsiones para el año próximo; una revisión anual de los verdaderos ingresos y gastos durante los doce meses anteriores; los claros y pequeños resúmenes en relación con todas

las complejas materias que él proyectaba «para el bolsillo» del rey–, todo esto contribuía a dar a un extravagante monarca la sensación de su ilimitada capacidad y de su ilimitado derecho a gastar. En ciertos aspectos, Luis era un Fouquet en el trono.

Por debajo de este nivel, las ventajas estaban mucho más claras. El interventor general se proponía conseguir un cuadro más exacto de las finanzas de la monarquía y de la economía del país, que aquel del que había podido disponerse antes. En este proceso, enseñó a sus colaboradores que la eficacia administrativa dependía de una detallada apreciación de las condiciones locales. Al principio, Colbert consideraba a los intendentes como funcionarios con una misión temporal en la zona a la que, por razones especiales, eran enviados. Después, al parecer, pensó que un intendente – con la misión de supervisar la administración de varios distritos contribuyentes (o *généralités*) – sería bastante. A continuación, concedía cada vez mayor importancia al deber de los intendentes de enviar a París informes detallados. Una circular de 1664, pidiendo esos informes, sugiere que los intendentes se desplacen, de cuando en cuando, a nuevas zonas, a fin de constituir un cuerpo de funcionarios que adquiera un estrecho y activo conocimiento de todo el país. En 1666, había modificado y combinado estas ideas. Quería un solo intendente para cada *généralité,* que debía informar semanalmente al interventor general. Una correspondencia regular, una continua y vigilante supervisión desde el centro, y unidades administrativas estables constituían nuevos elementos de poder para el gobierno real. Los funcionarios no debían ser dueños de ningún derecho de propiedad en su demarcación, sino hombres dispuestos a la destitución o al traslado; una burocracia más disciplinada fue, en muchos sentidos, la más grande realización de Colbert. A finales del siglo XVII, aquella «elite» de administradores provinciales no tenía un equivalente de calidad comparable en ninguna

parte de Europa. Con su ayuda, Colbert redujo los totales nominales de la *taille* impuesta a toda Francia, de 41 millones de *livres* en 1661, a unos 34 millones anuales en 1669-1671, ala vez que el ingreso bruto subía, en realidad, de 20 a 27 millones. Cuando, a partir de 1672, la guerra le obligó a elevar sus exigencias nuevamente a 40 millones en 1675-1677, esto representó, sin duda, un impuesto mucho más duro que el mismo nivel nominal de tributación de los tiempos precolbertianos. Debe recordarse siempre que Luis XIV era el hombre más rico de Europa.

La otra cara de la moneda era menos brillante. Colbert rebajó la *taille* tan pronto como la gran guerra terminó en 1678, pero el ingreso bruto había comenzado a descender más verticalmente aún, y no parece que superase los 24 millones en 1680. En realidad, la competencia administrativa se veía contrarrestada, en cierta medida, por el fracaso en un frente más amplio. Como la Corona exigía demasiado todos los años, y como la economía rural se hundía –en la década de 1680–, la gestión de los intendentes no hacía más que presionar con excesiva dureza sobre la población.

Es posible que otro de los fracasos de Colbert aminorase este. La sociedad estaba dividida en los muchos que pagaban la *taille* y los pocos que no la pagaban. El pagar empobrecía, y, además, era innoble. La *taille* significaba sujeción e imponía a los no privilegiados el estigma del sometimiento. Desde la mitad hacia arriba de la escala social y económica, Colbert y sus servidores tenían que distinguir entre los legalmente exentos de la *taille* y los «faux nobles» y «coqs de paroisse» que también se ingeniaban para rehuir el pago. La exención, legal o ilegal, podría muy bien ser la condición de la cual dependía una prosperidad razonable. En otros casos, la evasión del impuesto preparaba el camino para una prosperidad familiar mayor que en el pasado, y para una posición social más alta; con el tiempo, los

hombres que vivían «como nobles» se convertirían en nobles. La actitud del gobierno ante esta cuestión había sido ambigua. Había indicios anteriores a 1648 de que se estaba tratando de desenmascarar a los «falsos» nobles. Por otra parte, la Corona ponía a la venta, de cuando en cuando, títulos nobiliarios, mientras la condición de funcionario público y la compra de cargos otorgaban la exención de gravámenes como la *taille* y de la obligación de dar alojamiento a los militares. Expertos en heráldica se entregaron decididamente a la tarea de preparar genealogías convenientes a quienes se las encargaban, para el caso de que los funcionarios del rey deseasen examinar sus antecedentes. Es muy posible que los esfuerzos de Colbert por impedir que las gentes que disponían de medios o de influencia local burlasen los registros de amillaramiento fuesen, en cambio, un fracaso. Fue más afortunado que el gobierno de España (véase *supra,* en el cap. IV, «Peste, plata y situación legal»), pero, aunque retrasó el proceso, no lo detuvo. y tampoco detuvo la lenta, pero perceptible, ascensión de familias desde posiciones no privilegiadas a posiciones privilegiadas, durante aquel período[5]. Los beneficios de aquellas gentes eran pérdidas de la administración, mientras la presión fiscal sobre los que se encontraban en los niveles más bajos de la escala de la riqueza se mostraba implacable.

Colbert también tuvo que llegar a un acuerdo con el funcionario y con el propietario de las *rentes* de la administración. Su resistencia no era más que una derivación de la querella contra Fouquet, que le llevó, quisiera o no quisiera, a condenar lo que él consideraba una excesiva emisión de empréstitos, y a proclamar las virtudes de un presupuesto en que las contribuciones equilibrasen los gastos. No vaciló en volver a los métodos de Fouquet, cuando la guerra de 1672 se prolongó. Si su primera década de poder había visto una brusca reducción en el total pagado al rentista, y no había asistido, en cambio, a nuevas enajenaciones, en la

segunda década estas volvieron a aumentar. Tras la paz de 1678, los rentistas fueron tratados mucho más amablemente que en 1661-1664. Hacia el final de la vida de Colbert, las *rentes* de la administración (pagadas, sobre todo, a través del Hôtel de Ville de París) estaban firmemente consolidadas y se habían convertido en la base de la recaudación de fondos de este tipo para las décadas siguientes. El primer interventor general se habría estremecido ante el gigantesco total de las *rentes* enajenadas después de 1688, pero habría transigido, juiciosamente, con un nuevo beneficio para la comunidad.

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

En el conjunto del sistema, la cuestión del consentimiento ante los impuestos apenas se planteó. El *pays d'état* gozaba de mayor independencia que el *pays d'election,* pero eran, en general, más pobres, y, en todo caso, sus privilegios eran solamente los de los nobles y de los clérigos. Lo que limitaba la facultad de imponer gravámenes era el privilegio y también la capacidad del súbdito en cuanto al pago. Esta capacidad dependía de las condiciones económicas.

Colbert lo comprendió, como comprendió que todas sus medidas de reforma repercutían unas en otras. Al lado de su pasión por los detalles, seguía desplegando una extraordinaria amplitud de miras. Consideraba la administración financiera del Estado como un problema único, y, a la vez, como un conjunto de muchos problemas. Consideraba la economía de Francia como un todo, dependiente, pero distinguible, de la prosperidad de las diferentes provincias y de los diversos intereses; y llegó a la conclusión de que los incrementos en los ingresos y en los gastos de la administración dependían, a su vez, de la prosperidad de la economía. En un memorándum justamente famoso de 1670, él temía que la presión de los impuestos estuviese impidiendo a la riqueza un incremento suficientemente rápido, y señalaba

que –si bien el gasto real no tardaba en devolver a la circulación el dinero reunido por los recaudadores de impuestos– una gran parte de ese gasto, en realidad, afectaba a París y a otras ocho *généralités,* de modo que las restantes *généralités* estaban agotándose. Previendo la guerra en el futuro, él aspiraba, pues, a reducir los impuestos y los gastos, con el fin de dejar intactos los depósitos de riqueza, para que la Corona se sirviese de ellos después. Ponía sus mejores esperanzas para el futuro de la economía francesa en el resurgimiento del comercio y en las mejoras de la industria.

Respecto al primero, en 1664 comenzó, por su parte, un periodo de máxima actividad con la fundación de un nuevo Consejo de Comercio. Llegó al extremo de comprometer los intereses del rey, y el borrador de un discurso que pronunció en la primera reunión del consejo, en presencia de Luis, comprendía todos sus temas favoritos para el trazado de una política amplia: peajes, tarifas, compañías comerciales, empresas industriales, ayuda del Estado y perfeccionamiento de la ley comercial. Aquello implicaba –según él señaló– reservar algunos de los actuales ingresos de Luis en aras del beneficio futuro, y ocupar el precioso tiempo del rey con un desagradable tipo de asuntos. Luis accedió a dejarse persuadir, y, en septiembre, un edicto público anunciaba la fundación del Consejo, a la vez que comunicaciones dirigidas a determinadas ciudades, como París y Marsella, requerían su cooperación. Los representantes de aquellas plazas, elegidos por el rey, ocuparían sus escaños en aquel organismo, juntamente en otros consejeros. En la práctica, las iniciativas de los años siguientes debieron poco al Consejo, nada a Luis XIV, y casi todo a Colbert.

No tardó mucho en comprender las desventajas económicas y fiscales de un anárquico embrollo de tarifas impuestas a los comerciantes. La zona más extensa de derechos de aduana en Francia –las «cinco grandes haciendas»–

tenía una frontera que atravesaba el país de Oeste a Este, en su mayor parte a cierta distancia al sur del río Loira; abarcaba casi todas las provincias septentrionales, con la excepción de Artois, Flandes y Bretaña. En otras partes, el pueblo pagaba diferentes tarifas, a diferentes cuotas, a un cierto número de diferentes arrendatarios de impuestos. Así, pues, en 1664, él comenzó por racionalizar las tarifas de las «cinco grandes haciendas». Estipuló la uniformidad de obligaciones en 580 artículos distintos. Era un primer ataque al problema. Sus ideas económicas, tan distintas de su deseo de una administración uniforme, no aparecían más que insinuadas en aquella medida. Los derechos de importación para la zona experimentaban una muy leve subida, y los derechos sobre la salida de mercancías descendían ligeramente. Las cuotas sobre la exportación de ciertas materias primas se elevaban. Al publicar estos cambios en detalle, el rey los hizo preceder de una grandiosa justificación de todos sus programas políticos de los años anteriores, desde las reducciones en la *taille* hasta el mantenimiento de la paz. Se daba por supuesto que una mejora del sistema de derechos de aduana constituía otro gran paso en un programa de reformas.

Con un espíritu muy semejante, Colbert trató de acabar con los obstáculos que se oponían a un movimiento más libre del grano. Aceptó la antigua táctica de permitir la exportación de cereales después de las buenas cosechas, o la de prohibirla cuando las cosechas eran malas y los precios del cereal demasiado altos. Pero, como ahora estaba mejor informado acerca del nivel de las provisiones en sus *généralités* por los respectivos intendentes, podía hacerlo con más discernimiento que antes. Reprendió a la municipalidad de Burdeos, cuando esta intentó proteger las provisiones y mantener bajos los precios para la población urbana, impidiendo a sus zonas interiores que dispusiesen del excedente de grano en otra parte. Para el gobierno, la recaudación de

la *taille* dependía de mantener altos los precios del grano en los periodos de relativa abundancia, y por eso Colbert quería estimular la fácil circulación interior del grano, y, llegado el caso, su exportación a ultramar.

Sin embargo, continuaba convencido de que los beneficios del rey dependían del desarrollo de la industria y del comercio: estos, más que la agricultura[6], podían ser estimulados por una buena administración, que tenía el poder y el deber de supervisarlos. Daba por sentado que tanto las cosechas malas como las abundantes no dependían de la conducta humana, pero que un comercio languideciente como en los centros textiles de Reims, Amiens y Beauvais durante los veinte años anteriores a 1660 podía ser reanimado; y, una vez reanimado, un comercio próspero enriquecería positivamente al Estado, mediante las ventas al exterior y la reducción de las importaciones. Colbert comenzó a prestar especial atención a la manufactura de textiles en 1666; sus métodos eran sencillos y directos. Enviaba agentes a consultar con los gremios y las municipalidades, donde discutían, sobre el terreno, las reglamentaciones existentes que dictaban las condiciones de trabajo, los niveles de la manufactura y las técnicas de la producción. Los funcionarios sometían al estudio del ministro y del Consejo de Comercio copias de la antigua reglamentación, juntamente con los cambios que ellos proponían. Lo que el ministro aprobaba finalmente recibía la sanción real, y, entre 1666 y 1667, se promulgaron muchas nuevas ordenanzas para diferentes zonas. En agosto de 1669, se publicó una reglamentación general para la manufactura de lanas (y de tejidos hechos con mezcla de lana y lino). Las ordenanzas sobre los tintes, aparecidas en 1669 y 1671, y, en total, unas ordenanzas similares –locales y generales– para la supervisión de la industria fueron aplicadas en vida de Colbert, la mayoría de ellas relacionada con las industrias textiles. Con ellas se constituyó la base activa de la supervisión estatal de la in-

dustria en Francia, para el siglo siguiente. Con posterioridad a 1683, se redactaron instrucciones mucho más elaboradas, pero puede argüirse que por eso fueron menos útiles. Colbert no debe ser censurado por el abuso de su política.

Para imponerla, nombró inspectores o *commis des manufactures,* en agosto de 1669, no tardando en colocar por encima de ellos a unos pocos inspectores más antiguos. Pero Colbert también decretó que los regidores de las municipalidades sustanciasen los conflictos originados por las ordenanzas, y hubo de vivir constantemente exasperado por la renuncia de los regidores a imponerlas con el rigor que él exigía. Las fricciones entre los funcionarios del rey y los intereses locales a causa de innumerables puntos difíciles se convirtieron en elemento importante de la vida económica, y el equilibrio de ventajas y desventajas debidas a la iniciativa de Colbert variaba, evidentemente, de un lugar a otro. Es fácil exagerar el grado de interferencia de la administración en su tiempo. En el interior de las ciudades, Colbert nunca intentó seriamente encerrar todas las actividades dentro de la camisa de fuerza de un sistema de gremios rígidamente organizado, las *jurandes,* con un número de miembros restringido y un monopolio local. Muchas ocupaciones en muchas ciudades francesas seguían abiertas a todos los aspirantes, siempre que cumpliesen con las ordenanzas que regulaban sus oficios. En otros lugares, la presión local a favor de las *jurandes* fue, por su parte, muy fuerte. Además, muchos oficios se ejercían en el campo, donde la supervisión era, generalmente, menos rigurosa, y el sistema de gremios más bien raro. Los traficantes distribuían los materiales para hilar, y, en menor medida, para tejer. Los campesinos aumentaban sus ingresos, trabajando para aquellos traficantes a precios más bajos de los que podían pagarse en las ciudades, sobre todo en la primera mitad del año, antes del tiempo de la cosecha. Las condiciones de empleo y las normas de trabajo dependían más de la situación de los ne-

gocios que de la pretensión del gobierno de regularlas. A pesar de la violenta oposición de las ciudades, la industria casera parece haber aumentado durante el reinado de Luis, aunque la monarquía puede atribuirse, en cierta medida, el mérito de los artículos de alta calidad producidos en los talleres urbanos a finales del siglo.

Todas las actividades requieren la supervisión del Estado –aseguraba Colbert–, pero algunas requieren supervisión y estímulo. La idea era un lugar común en aquel tiempo, pero él la aplicó en una escala asombrosa. Inicialmente, extendió la antigua política de conceder privilegios especiales a los talleres empleados por la corte. En algunos casos, eran, o llegaron a ser, propiedad de la Corona, como la manufactura de tapices de los Gobelinos. En otros, Colbert prefería encargar el trabajo a una empresa de propiedad privada, con el fin de estimularla a correr el riesgo de producir artículos valiosos para un mercado muy pequeño. Utilizó ambos métodos, o una transacción entre ellos, para la fabricación de armamentos. Mientras que sus nuevos arsenales navales disponían de talleres propios, en el Delfinado, un adinerado recaudador general de la *taille,* animado por Colbert, intentó forjar cañones y anclas. La Real Compañía de Minas y Fundiciones del Languedoc, creada en 1666, era un grupo de funcionarios y financieros a los que él imponía, virtualmente, la tarea de explotar los recursos mineros locales, con el fin de reducir las importaciones de plomo y de cobre del exterior. A pesar de los premios que él ofreció, la empresa fracasó lamentablemente. En la mayoría de sus operaciones, Colbert tenía que encontrar el capital necesario utilizando los fondos reales y consiguiendo la ayuda de los funcionarios y de los negociantes, obligatoriamente. A veces, requería a los Estados provinciales y a las municipalidades para que contribuyesen[7]. Pero, al menos durante diez años –desde 1664 hasta 1673–, subvencionó los negocios, directa y generosamente. Más adelante, continuó toda-

vía ofreciendo monopolios, premios y ventajas especiales para asegurar el trabajo a las empresas que él decidía honrar con el título de *Manufactures Royales.* En su opinión, los privilegios de este tipo eran temporales. Su finalidad era la de poner en marcha un nuevo negocio o la de reanimar uno antiguo, hasta que fuesen suficientemente fuertes para soportar la presión de una competencia abierta. Su constante acicate mantuvo en pie las pañerías del Languedoc hasta que, al fin, a partir de 1690, cumplieron sus esperanzas de competir victoriosamente con los géneros holandeses e ingleses en el Oriente. Fue igualmente generoso y providente en los privilegios que otorgó a los pequeños maestros textiles de la ciudad de Sedán. Estas medidas le permitieron atraer a los expertos extranjeros, en los que él creía profundamente: mineros alemanes, tejedores y tintoreros holandeses o flamencos, vidrieros y candeleros venecianos, todos eran bien recibidos en Francia por el interventor general, y mal recibidos por los intereses nacionales de la competencia. Por lo menos, demostró que la monarquía de Luis XIV tenía tantas posibilidades como otros regímenes de atraer a inmigrantes altamente cualificados.

Las estimaciones fiscales en relación con aquellos programas fueron siempre importantes en la concepción de Colbert. Confiaba en la expansión de los negocios para elevar el producto del impuesto indirecto (tan distinto de la *taille* sobre personas o tierras), a la vez que utilizaba mejores métodos para recaudarlos. Mediante un proceso gradual, los pequeños y locales arrendatarios de impuestos habían ido uniéndose ya, durante un largo periodo. Colbert ahora presionaba por algo más, y, en 1668, negoció otra fusión, a una escala más amplia. Se prometió, anualmente, un importante ingreso de 43 millones de *livres* para la Corona. En 1683, lo había fijado en 66 millones. Los productos netos siempre quedaban muy por debajo de las grandes cifras, pero el arrendamiento «general» unido de una gran variedad de

impuestos, concedido a poderosas asociaciones capitalistas, fue uno de los principales legados de Colbert a la estructura contributiva de la Francia del siglo XVIII. Ello dependía, en comparación con la situación de 1661, de un incremento del comercio interno o de unos impuestos más altos que afectasen a una gama de mercancías más amplia.

Hubo algunas cosas que él no pudo hacer. Aquellos arrendamientos de impuestos nunca fueron sustituidos por la directa administración de funcionarios reales, como en las reformas de Danby en la Inglaterra contemporánea. La navegación fluvial seguía entorpecida por peajes privados, como en Alemania. Sin embargo, a una escala más grandiosa que en cualquier otra parte de Europa, Colbert trataba de estimular el comercio y las manufacturas mediante el estímulo estatal y de gravar con impuestos las ganancias. Sin ser original a este respecto, constituyó un nuevo ejemplo.

Aplicó los mismos recursos a los asuntos ultramarinos franceses. Era función del Estado el tomar la iniciativa, deber de los súbditos el ayudar y obedecer, y tarea de monsieur Colbert el asociar decididamente a ambas partes. Ampliando la participación de sus compatriotas en el comercio mundial mediante la reducción de las importaciones y el incremento de las exportaciones, consiguiendo que aquellas importaciones y exportaciones fuesen cargadas en barcos de construcción francesa, o, por lo menos, de propiedad francesa, alcanzaría un superávit e introduciría en el país un caudal en metálico que enriquecería al monarca y a la monarquía. En consecuencia, se dispuso a restablecer la marina de guerra y la mercante, fundó nuevas compañías para el comercio exterior, e impuso tarifas que estimulaban el comercio francés, dificultando el de sus rivales. En esto, el éxito total se vio oscurecido, desfigurado por muchos fracasos. Las Compañías de las Indias Occidentales y de las Orientales fueron fundadas las dos por Colbert, en 1664, y

su Compañía del Norte (destinada a privar a los holandeses del comercio francés con el Báltico), en 1669. En 1678, la primera y la tercera habían desaparecido, mientras la segunda se quedaba con poco más que una antigua base en Madagascar y una nueva instalación en Pondichery, en la India. El comercio de Marsella con Oriente no alcanzó su expansión en vida de Colbert. La agresiva tarifa de 1667 fue revocada, en pago de la paz con los holandeses, también en 1678. Pero la almendra debe de haber sido mejor que la cáscara. En las Indias Occidentales, los comerciantes y las sociedades privadas francesas habían seguido la huella de la compañía financiada por el Estado, y, llegado el momento, la reemplazaron. Los derechos más altos sobre la importación de azúcar extranjero, bruto y refinado, así como la ayuda oficial prestada a la construcción de refinerías en Francia, constituyeron un estímulo para los plantadores en la Martinica y en Guadalupe, y para los negociantes del interior. En el Canadá, como en las Indias Occidentales, el gobierno había consolidado, primero, la soberana autoridad del rey, antes de transferir los derechos de propiedad y de comercio de una compañía antigua a la nueva, en 1664. A Quebec llegaron un gobernador real y un intendente. Un regimiento real reprimió a los iroqueses en 1666. Durante diez años, Colbert subvencionó generosamente a los emigrantes y las industrias. Este interés por las colonias más arriba y más abajo de Quebec fortaleció los lazos entre la madre patria y los misioneros y los cazadores, que ahora se desplegaban hasta las fuentes de Illinois y del Mississippi. Tal abandono de una colonia real por su mano de obra era una monstruosidad para Colbert, pero abrió el camino por tierra hacia lo que después serían Louisiana y Nueva Orleáns. Mientras tanto, en Francia, los grandes arsenales de Rochefort y de Toulon demostraban que la marina de guerra del rey estaba recuperándose rápidamente del abandono de los tiempos de Mazarino. Se hallaba capacitada pa-

ra proteger y extender el comercio exterior francés, y, si la oportunidad se presentaba, para amenazar a los buques mercantes extranjeros.

EL NUEVO EJÉRCITO

Francia, bajo Colbert, había comenzado a codearse con sus rivales europeos en ultramar. Francia, bajo Luis XIV, con Le Tellier y su hijo Louvois, había sobrepasado ya el poderío militar de sus rivales en Europa.

Le Tellier, secretario de guerra, dirigía una transformación parcial del ejército francés; las reformas fundamentales fueron llevadas a cabo entre el Tratado de los Pirineos y el ataque inmediato de Luis a los Países Bajos españoles. En 1659, en aquel ejército seguían contratándose funcionarios militares, grandes y pequeños, con el fin de reclutar hombres para la Corona. Aparte de los regimientos, los gobernadores de provincias, de ciudades y de fortalezas tenían sus propias compañías «libres». Los príncipes reales tenían sus propias tropas, adscritas a sus casas. Dos capitanes generales, designados con carácter vitalicio, confirmaban el nombramiento o el ascenso de todos los oficiales de caballería y de infantería, compartiendo, en realidad, la dirección con los coroneles de los regimientos. Muchas tropas o regimientos suizos, algunos alemanes y unos pocos escoceses contrataban sus salarios mediante acuerdos con los cantones o con los oficiales que reclutaban a los hombres. En el campo, mariscales y tenientes generales solían negarse a reconocer a ningún superior, porque la noción de antigüedad, calculada a partir de la fecha de un nombramiento, era comprendida, pero no aceptada sin cierta resistencia. La guerra con España había dado origen a un numerosísimo ejército, que profesaba lealtad a la Corona, pero que, en realidad, formaba esa parte de la ordenación social menos sujeta al control del rey. Sus miembros recibían algo del rey, dado el poder de este de facilitarles dinero, y recibían más

de la población civil, tanto en territorio francés como extranjero. Se enviaron «intendentes de guerra y de justicia» para concertar los contactos de las tropas con los civiles, pero demasiado frecuentemente dependían de la benevolencia de los jefes de las tropas. Los soldados aceptaban como una cuestión de principios la autoridad ilimitada de la Corona, pero lo hacían dentro de unas condiciones que permitían una fácil defensa de sus intereses personales y profesionales.

Este era el problema de Le Tellier. Tenía que penetrar en aquel terrible complejo de intereses militares, y dominarlo. La pacificación de 1659 le dio la oportunidad de ejercer una supervisión real y burocrática más estricta, sobre un ejército más reducido. Casi todas las compañías «libres» fueron disueltas, y Le Tellier acuarteló los regimientos del rey en las ciudades. Fue un importante paso positivo el de privar a los gobernadores de las ciudades de sus mandos independientes. Al propio tiempo, la Corona, actuando por medio de Turenne, que ocupaba el puesto de capitán general de la caballería, y a pesar del duque de Epernon, que era capitán general de la infantería, desempeñaba un papel más importante en el nombramiento de los oficiales regimentales. Tras la muerte de Epernon, en julio de 1661 –poco antes del arresto de Fouquet–, Luis anunciaba la decisión de hacerse cargo de sus funciones, lo que significaba que el teniente coronel de cada regimiento de infantería sería nombrado, en el futuro, por la Corona. Aquellos tenientes coroneles eran, normalmente, los jefes efectivos de sus regimientos; el coronel era un absentista. Le Tellier no podía pensar en deshacerse del regateo económico que determinaba los nombramientos de las antiguas categorías (como la de capitán), cada una de las cuales tenía un valor en el mercado. Pero redujo la venalidad en las nuevas categorías, como la de teniente coronel o la de comandante. Poco a poco, la jerarquía en muchos regimientos cambió lo suficiente para

dar al rey el control activo que él necesitaba, sobre su organización y sobre su disciplina. Por la misma razón, Le Tellier trató de conseguir que sus comisarios supervisasen todas las operaciones del pago de las tropas. En tiempo de paz, y bajo Colbert, los tesoreros de guerra recibían (y, por lo tanto, adelantaban) fondos con mayor regularidad. A los comisarios de Le Tellier correspondía el cuidado de que los capitanes pagasen a cada hombre su soldada, y de que las deducciones de la paga por la compañía o por el regimiento para vestimenta o para medicinas no excediese de lo que había sido permitido por el secretario para las reglamentaciones de guerra, cuidadosamente redactadas. Más adelante, fue la propia burocracia la que hizo las deducciones y dirigió el comisariado. En 1664, el financiero François Berthelot consiguió su primer contrato para producir municiones a escala nacional. El nombramiento del coronel Martinet como inspector general de la infantería, en 1667, inició una época de intensificación en las normas de ejercicios, calibres y uniformes en algunas secciones de la fuerza armada de Luis.

En no menor medida que Colbert, Le Tellier era un gran maestro del detalle administrativo. Su obra plantea una cuestión más amplia. Le Tellier contribuyó a crear un permanente interés militar de nuevo tipo en la sociedad, subordinado al gobierno, supervisado en muchos puntos por funcionarios civiles, pero tan ligado a la profesión de las armas como los feudatarios o los c*ondottieri* de periodos anteriores. Entre 1659 y 1661, el gobierno licenció a muchos regimientos, y redujo el volumen y el número de las compañías en muchos de los regimientos que mantuvo; pero un formidable ejército (las apreciaciones varían entre 30.000 y 50.000 hombres y oficiales para 1661, y llegan a 90.000 para 1666), el mayor de Europa, con gran diferencia, continuó como fuerza activa y permanente, con un costo que oscilaba entre los 15 y los 20 millones de *livres* anuales. Fouquet,

Colbert y Luis XIV eran los únicos entre los estadistas europeos que podían reunir tal suma en aquella época, en tiempo de paz. Casi más importante era que aquel ejército constituía el núcleo de una fuerza mucho mayor, porque Le Tellier destinó a los regimientos supervivientes a muchos oficiales «reformados» que habían perdido sus compañías o tropas. Aquellos hombres vivían con la mitad de la soldada, o con menos. Indudablemente, esperaban a la próxima guerra, que les daría ocasión de lograr mejores botines. Siempre que el gobierno autorizaba la formación de nuevos regimientos o agregaba compañías adicionales a los antiguos, los nuevos nombramientos de capitanes o de tenientes eran más baratos que aquellos a los que ya se había asignado un precio de compra. Siempre que Luis XIV entró en guerra durante los treinta años siguientes, las perspectivas, por lo menos, de subsistencia dentro del ejército mejoraban momentáneamente. Mientras tanto, las tropas de la casa real aumentaban sin cesar. Se convirtieron en la «elite», accesible a los hombres ricos tanto como a los de noble nacimiento, y oscurecieron a los regimientos provinciales y de propietarios. Para sus miembros, los azares de la guerra constituían una lotería que creaba vacantes y aumentaba las posibilidades de ascenso. La nueva jerarquía de los mandos, insistentemente defendida por Le Tellier y por Louvois, modificó parcialmente la precedencia de la categoría social dentro del ejército. Nobles ricos y pobres tomaban parte en aquel poderoso juego de intereses creados. Francia, como cualquier observador contemporáneo advertía, era una nación populosa y militar, con una nobleza guerrera. Luis XIV hubo de admitir, en su vejez, que había amado la guerra excesivamente, pero aquella misma inclinación hizo de él un rey que se preocupó de crear un ejército profesional. Le prestó tanta atención como a su propia gloria. Los no privilegiados, con el pago de sus impuestos, lo sostenían. El resultado fue un lazo de unión entre la monarquía y deter-

minados sectores del sistema social durante una larga sucesión de guerras, que contribuyó a dar al «ancien régime» su elasticidad y su consistencia.

Por el contrario, en Francia se había llegado a un compromiso entre los afanes de reforma y la inercia. Teóricamente, el rey aspiraba al dominio sobre la propiedad y las personas de todos sus súbditos, mientras que, en la práctica, sus ministros deseaban un mayor poder para sí mismos, a las órdenes del rey, a fin de gobernar más eficazmente. El resultado fue, desde luego, una disciplina más rigurosa, como se demuestra, por ejemplo, con las mejoras de los servicios de policía, de limpieza y de alumbrado de París, tras el primer nombramiento de un *lieutenant de police* para la ciudad, en 1668, y con el nuevo Hospital General de París, que, a partir de 1657, reunía un buen número de antiguas instituciones de caridad en una gran organización. Su misión consistía en prestar ayuda a los desvalidos, lo más eficazmente posible, y en internar a los mendigos sanos y obligarles a trabajar. Cuando el gobierno extendió aquellas medidas a otras ciudades, en Francia comenzó realmente la era de las casas de misericordia. Una burocracia permanente de nuevo tipo ejercía un poder más sólido sobre el país. Al propio tiempo, un fracaso era evidente: el intento de Colbert de reformar y clarificar la administración de justicia. Sus Códigos Civil y Penal (1667-1669, 1670) parecen grandiosos sobre el papel, pero demuestran hasta qué punto eran intranscendentes los cambios en los procedimientos preconizados por Colbert, a la vez que, a pesar de sus esfuerzos, no podía bosquejarlos sin utilizar el experto consejo de los juristas conservadores de los Parlamentos que él tanto despreciaba[8]. Pero la resistencia al cambio, en una sociedad conservadora, procede, en gran parte, de los propios ministros. Bajo Luis XIV, el rey gobernó durante treinta años, distribuyendo casi toda la responsabilidad entre dos grandes dinastías ministeriales, los Le Tellier y los Col-

bert. En sus afanes de riqueza y de ascensos en la Iglesia y en el Estado, en su deseo de legar todo aquello intacto a la próxima generación de los Le Tellier y de los Colbert, defendían los prejuicios a los que se oponían en otros contextos. Por lo que a Colbert se refiere, murió poco menos rico de lo que había sido Fouquet. Su hijo Seignelay, como Louvois, el hijo de Le Tellier, heredó su poder político. Otros hijos o hermanos de ellos, muy jóvenes todavía, eran ya arzobispos. Los ministros de Luis, medidos por los patrones de la época, gobernaban bien; pero, mientras fortalecían el Estado, su deseo de transformarlo era, en el mejor de los casos, parcial.

[1] Conti era también el gobernador del Languedoc, y disfrutaba de unos magníficos ingresos, procedentes de su posición oficial, de su pensión real suplementaria, de sus abadías y de sus tierras. E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc* (1966), p. 485.

[2] *Defenses de Mr. Fouquet sur tous les points de son procez* (1665), II, p. 324.

[3] Los Habsburgo aceptaron el reto con una fiesta semejante, en 1667, para celebrar el matrimonio de Leopoldo con su infanta. Aquel acontecimiento ha sido descrito como el más espléndido festival de la historia vienesa.

[4] Acerca de la fundación de la Academia de Ciencias de París, véase *infra,* en el cap. VIII, «La nueva ciencia: Descartes»).

[5] Al propio tiempo, la exención de los nobles de la *taille* estaba, por el contrario, más asegurada que antes de 1648. Véase P. Deyon («Rapport entre la noblesse française et la monarchie absolue», *Revue Historique* 231 [1964], pp. 341-356).

[6] La más positiva de las medidas de Colbert a favor de los campesinos fue su intento de reducir las deudas de las comunidades rurales, y recuperar para ellos sus tierras comunales enajenadas. Pero sus instrucciones de 1662 y 1667 encontraron la victoriosa resistencia de los intereses de los propietarios. (Cfr. la situación en Nápoles y en el Piamonte, pp. 129 y 199.) En esta esfera, Colbert no podía neutralizar el descenso a largo plazo de los precios de los cereales, especialmente en la mitad septentrional de Francia, durante el periodo en que ocupó su cargo –con sus consecuencias adversas para los campesinos y para los terratenientes.

[7] La más espectacular empresa a que contribuyeron juntamente el Estado, los Estados provinciales y los fondos privados fue el Canal del Languedoc (terminado en 1682). En esto, la iniciativa partió de un individuo, P. P. Riquet, «homme de gabelle», y próspero contratista del ejército, pero Colbert le respaldó enteramente. Véase A. Maistre, *Le canal des deux mers… 1666-1810* (Toulouse, 1968).

[8] Un tío de Colbert, Colbert de Pussort, uno de los más notables miembros de la familia, había proyectado cambios mucho más radicales en este campo.

VIII. EL ESPÍRITU EUROPEO (1640-1670)

LA CUESTIÓN DEL JANSENISMO

Un conservadurismo semejante se reflejaba en el mundo de la enseñanza, aunque se produjeron algunos desplazamientos importantes en el campo de las preferencias. Por ejemplo, muchos profesores de la Europa occidental se sentían atraídos por lo que ellos llamaban teología «positiva». En medio de una controversia interminable, que la estimulaba, esta llegó a significar un estudio de la fe y del ejercicio de la autoridad por los eclesiásticos, a lo largo de los siglos. Una mirada más atenta al pasado permitía a los católicos exponer la inconsistencia del protestantismo: las diferencias entre lo que Lutero enseñaba, poco después de 1517, y lo que los luteranos afirmaban entonces como verdad inalterable. Los protestantes encontraban también flagrantes contradicciones entre la práctica de la Iglesia antigua, medieval, y la Iglesia moderna de Roma. Este tipo de prejuicios había dado lugar a disputas mucho antes de 1650, pero la apelación a la historia se convirtió ahora en un lugar común, en un hábito del pensamiento que actuaba sobre el supuesto de que las pruebas de consistencia en la doctrina o en el gobierno ofrecían la imprescindible nota de la verdad revelada. Dos de las obras católicas más influyentes del siglo resumen en sus títulos una discusión completa*: Perpetuidad de la fe de la Iglesia sobre la Eucaristía* (1669-1674), de Nicole, e *Historia de los cambios de las iglesias protestantes* (1688), de Bossuet. Afortunadamente, había grandes empresas dentro del campo de la ciencia histórica, de tipo menos polémico. Una, asociada con el nombre de Jean Bolland y la casa de los jesuitas de Amberes, se inició con la publicación de un primer volumen de su *Acta Sanctorum,* en 1643. Desde entonces hasta la fecha, los bollandistas han

venido publicando documentos relativos a las vidas de los santos católicos. Casi simultáneamente, los benedictinos franceses organizaban un sistema de investigaciones en el monasterio de St. Germain-des-Près –mientras este elegante suburbio de la capital de Luis XIV crecía rápidamente en torno a ellos– que produjo trabajos de muy alta calidad durante los setenta años siguientes. La reunión habitual de hombres ilustrados en St. Germain representa, en no menor medida que el nuevo Observatorio, que se encontraba a kilómetro y medio de distancia, o que el teatro de Racine, la civilización de París en aquel periodo. Era un mundo profundamente interesado por la Antigüedad –la clásica, la judía y la cristiana–, y que las situaba a todas en el esquema de una Creación que se remontaba a menos de seis mil años.

Aquella alianza entre Nicole, el jansenista, y Bossuet era importante por otra razón. Venía a demostrar que la gran querella entre los jansenistas y sus críticos católicos había sido zanjada, de modo que ya podían lanzarse juntos a una acción contra el error protestante. La inestabilidad de esta tregua, en realidad, reveló cuán profundas eran las cuestiones en disputa, con anterioridad a la «paz de la Iglesia» de 1668.

Inicialmente, la controversia jansenista era un debate acerca de la doctrina cristiana. Se llevaron a cabo intentos para ligarla con la ruptura de intereses en Francia entre los servidores de una monarquía autocrática y la clase, más antigua, de funcionarios públicos, que iban siendo excluidos del poder por Richelieu y por Mazarino. Se decía que el jansenismo era un credo pesimista de apartamiento del mundo, que resultaba atractivo para los hombres que no podían mantenerse a sí mismos. Pero muchos ejemplos individuales demuestran lo contrario, es decir, que este credo comenzaba por persuadirles de que permaneciesen al mar-

gen de los negocios mundanos, aunque el poder y las ganancias serían suyos, sin más trabajo que el de pedirlos.

Comenzó brotando en el clero de las universidades y de otras fundaciones eclesiásticas. Lovaina, en los Países Bajos españoles, sensible a la competencia del protestantismo holandés en sus diversas formas, fue un centro teológico no menos importante que París. Jansen, nacido en Utrecht, profesor en Lovaina y luego obispo de Ypres, pertenecía a una prolongada sucesión de catedráticos católicos posteriores a la Reforma, en aquella universidad que defendía la rígida interpretación de la doctrina de san Agustín acerca de la salvación. Se oponían a otros que sostenían posiciones conformes con el conjunto de la reacción tridentina contra Lutero y Calvino, y que aseguraban que el cristianismo podía alcanzar la salvación por medio de su propio esfuerzo: su voluntad, rectamente dirigida, ayudaba positivamente a procurar el don de la gracia de Dios. La aproximación más humanista implicaba la suposición de que las verdades de la Iglesia eran de tal índole, que la gente normal podía aceptarlas, sin una supresión demasiado rigurosa de los instintos ordinarios. Significaba que la merced de la absolución podía concederse en condiciones más fáciles que las permitidas por los doctores más rigurosos, y, como consecuencia práctica, estimulaba a los hombres a recibir frecuentemente el sacramento de la comunión. Estos puntos de vista, especialmente apoyados por los profesores jesuitas, se armonizaban con las necesidades de quienes soportaban la carga principal de la obra misionera católica en Europa y en ultramar.

En todas estas cuestiones, una parte de la enseñanza de san Agustín podía ser interpretada en el sentido contrario. Agustín se oponía a todo empequeñecimiento del poder de Dios, y a toda confianza en los poderes de la voluntad consciente del hombre. Adán, al caer de su estado original de

felicidad y de gracia, transmitió a cada uno de sus descendientes el vicio radical de la codicia, el indesarraigable amor de sí mismo. El hombre no podía ayudarse a sí mismo, si antes Dios no operaba sobre él mediante Su propia voluntad, mediante aquel poder infinito que los agustinianos que escribían en francés habían de definir con su fórmula preferida: «Grace efficace par elle-même». Para ellos, la noción rival de una gracia que sencillamente cooperaba con la voluntad humana era una ilusión, incapaz de transformar la esencial degradación del hombre y de su mundo. Estaban tan absorbidos por el concepto de la Caída del Hombre como sus contemporáneos John Milton en Inglaterra (para quien Agustín era «el más altamente considerado y el más frecuentemente citado de los Santos Padres»), o el gran holandés, el poeta católico Vondel, cuyo *Lucifer* (1653) precedió a *El Paraíso perdido* (1667).

A lo largo de la historia del cristianismo, la Iglesia romana trató de mantener el equilibrio entre estos puntos de vista. Intervino constantemente en las disputas, inclinándose unas veces a un lado, y otras al otro. Ambos reconocían la necesidad de un juez supremo, y Jansen aceptaba explícitamente la jurisdicción del papa, al contrario que los discípulos protestantes de Agustín. Lo mismo hicieron sus contemporáneos en Francia, que compartían la mayor parte de sus puntos de vista teológicos, sobre todo el cardenal Bérulle y Jean de Hauranne, abad de Saint-Cyran. Jansen murió en 1638, y su gran obra, el *Augustinus,* fue publicada inmediatamente después. Críticos y defensores entraron en acción, y la bula de Urbano VIII, *In Eminenti,* respondió condenando tanto el libro como las tesis rivales de los jesuitas de Lovaina.

Tras la brillante superficie del renacimiento católico en los Países Bajos españoles y en Francia, se produjeron otras discordias. Los jesuitas y algunas nuevas órdenes religiosas

habían ido a trabajar a lugares en los que el clero secular era débil o ineficaz. Obedientes a sus superiores de Roma y de otras partes, no siempre reconocieron la autoridad episcopal. Frecuentemente, se enfrentaron a ella. Otros reformadores comenzaron, entonces, a despertar en los obispos y en los párrocos un celo que compitiese con el de los jesuitas, o el de los capuchinos o franciscanos. Capitaneados por la eminente figura de Bérulle, que fundó los oratorios de sacerdotes seculares, por Saint-Cyran y por san Vicente de Paúl, estos hombres destacaron los sagrados derechos y responsabilidades de los obispos en la constitución de la Iglesia. El clero secular acusó a algunas de las más militantes órdenes y compañías (y a sus amigos laicos) de tratar de monopolizar las congregaciones, la buena voluntad y la generosidad de los fieles. Entre ellos surgían las fricciones, incesantemente. Era una partida en la agenda de todas las asambleas quinquenales de la Iglesia galicana, convocadas por Luis XIII para que le facilitasen ayuda financiera. Esto originó una agitación local en los Países Bajos españoles, así como en Francia. Significaba que el terreno estaba bien abonado para el brote de facciones clericales en muchas regiones. Los obispos tenían, en todo caso, buenas razones para tratar de proteger los restos de su autoridad contra la jurisdicción usurpadora del papa y del rey. Aun cuando ellos hubieran sido educados en escuelas jesuitas, no veían con buenos ojos a una compañía privilegiada que aceptaba sin escrúpulos la infalibilidad de uno y los derechos soberanos del otro.

Bérulle y Saint-Cyran, defensores del clero secular, no habían sido menos agustinianos en sus puntos de vista que Jansen. A diferencia de él, fueron también grandes directores espirituales que impresionaban a los hombres y a las mujeres que se les acercaban, con la terrible demanda de una vida religiosa que, en su opinión, debía operar, primero, reduciendo al pecador a una total humildad de espíritu;

Saint-Cyran, en parte mediante su amistad con la importante familia *parlamentaria* de los Arnaulds, fundó una nueva escuela de piedad. Fue el consejero de un monasterio cisterciense reformado: Port-Royal –que había sido mantenido, durante muchos años, por los Arnaulds–, una institución de monjas que, en 1628, se trasladó de su antigua residencia, fuera de París, al Faubourg St. Jacques. Un Arnauld pagó la nueva residencia. Otra, Angélique, fue la abadesa. Otras más se hicieron monjas. Con el tiempo, más miembros de la misma familia formaron el núcleo de aquella relajada agrupación conocida como los «Messieurs» de Port-Royal. Los «Messieurs» vivían una desviada, pero intensa, vida religiosa, residiendo en las posesiones del convento, en el Faubourg St. Jacques o en el abandonado Port-Royal des Champs. El más eminente de ellos fue, sin duda alguna, Antoine Arnauld, que ligó el destino de esta pequeña fundación con el de todo el movimiento agustiniano, y dedicó prácticamente toda su carrera a investigaciones sobre la autoridad en la Iglesia y en el Estado. En algunos aspectos, fue el más influyente de los franceses que se opusieron a Luis XIV.

Las cuestiones planteadas por los agustinianos en Francia se vieron complicadas por el casi total fracaso del rey y del papa en su propósito de actuar juntos. La fricción entre dos autoridades tan absorbentes era constante. La Liga Católica de la guerra del siglo XVI, el retorno de los jesuitas a Francia y los activos nuncios papales en París habían provocado una tendencia gala contraria en muchos funcionarios reales y en los Parlamentos. Richelieu sostenía que la diplomacia de Urbano VIII favorecía injustamente a los Habsburgo, mientras Mazarino alimentaba una animosidad personal contra los sucesores de Urbano, que no podía ser explicada enteramente por motivos políticos. Luis XIV heredó todos estos puntos de vista, y no los modificó hasta después de 1688. Esto demostró que era imposible resolver las disputas

doctrinales en Francia sin recurrir a la autoridad papal. También demostró que el papa no podía hacer uso de su autoridad sin violar los derechos que se atribuían el rey, los Parlamentos o incluso los obispos. Los oponentes de los agustinianos franceses se vieron obstaculizados por esta disensión a lo largo de todo el siglo, pero el caso del arzobispo de París constituye un ejemplo típico de todas las dificultades de la década de 1650. Mazarino tenía encarcelado, en diciembre de 1652, a su inveterado adversario, De Retz, pero este se escapó. Ahora era cardenal, y, como coadjutor (véase *supra,* en el cap. III, «Los nobles, el pueblo y las provincias»), tenía un sólido título legal para la sucesión del viejo arzobispo, que murió en 1654. Ni Roma ni los obispos estaban dispuestos a colaborar con el gobierno francés para deponer a De Retz: las leyes y las libertades de la Iglesia se verían amenazadas por tal medida. Por consiguiente, hasta que él, por su propia voluntad, accedió a renunciar a la sede en 1662, la ordenada solución de los problemas eclesiásticos de París no fue discutida. Mucho más difícil fue mantener la disciplina e imponer silencio a las críticas.

Aunque Saint-Cyran (que murió en prisión en Vincennes, en 1641) discrepaba en algunas cuestiones de detalle del *Augustinus* de Jansen, sus seguidores en Francia salieron decididamente en defensa de este. La batalla se entabló contra los jesuitas. En 1643, Antoine Arnauld publicó su libro sobre la Comunión Frecuente, que no arguye contra la práctica de recibir la comunión frecuentemente, pero insiste en que la errónea obstinación doctrinal de los jesuitas y de sus amigos conduce a un frívolo abandono del deber del cristiano de hacer penitencia y de sentirse penitente por sus pecados. Podría decirse, en su opinión, que las señoras del gran mundo iban con demasiada rapidez del baile al confesionario, y volvían del confesionario a la sala de baile. Abogaba por una rigurosa teología en los círculos académicos, y por un estricto y especial tipo de teología en el mundo lai-

co. Por escribir en francés, alcanzó a un público más amplio que el gran tomo latino del *Augustinus,* pero ambas obras se convirtieron en manifiestos de un movimiento que provocaba una creciente simpatía y despertaba una creciente hostilidad. Un buen número de hombres de Iglesia llegó a la convicción de que los «amigos de san Agustín» podían ser descritos, más exactamente, como «la secta de Jansen», que se unía demasiado estrechamente a los seguidores de Calvino y ponía en peligro la ortodoxia. Hicieron todo lo que estaba en su mano para lograr la condena de la doctrina jansenista. En 1649, tras la clausura de la primera Fronda, el síndico de la Sorbona formuló ante aquella notable asamblea de teólogos ciertas proposiciones –tomadas, según dijo, de tesis de los estudiantes, pero todos percibieron su semejanza con los argumentos de Jansen–, que fueron debidamente censuradas. El inmediato brote de conmoción civil hizo difícil ir más allá en aquel momento, y los amigos de san Agustín siguieron obteniendo apoyo. Aceptaron las sugerencias de los «Messieurs», sobre todo de Antoine Arnauld, agrupados en torno a la fundación de Port-Royal.

Esto constituyó una formidable ventaja. Allí no solo estaban las monjas y los «Messieurs», sino también protectores aristócratas como el duque de Liancourt y Mme. de Sablé, a los que luego se unirían la duquesa de Longueville y otros *frondeurs* desengañados que volvían a la vida religiosa. Los fondos fueron abundantes. Financiaron la construcción de nuevas edificaciones para el monasterio en el Faubourg St. Jacques, donde algunos de los protectores levantaron apartamentos para sí mismos, colindantes con la residencia de las monjas. Contribuyeron a la organización de la caridad por Baignart de Bernières (véase *supra,* en el cap. III, «La lucha por París»), también jansenista. Algunos de los «Messieurs» se establecieron como profesores, y escribieron nuevos libros de texto para un pequeño número de discípulos que procedían, en su mayor parte, de familias ilustradas y

ricas. Pero enseñar, en un país católico del siglo XVII, era provocar automáticamente a los jesuitas, que contaban con las escuelas y colegios más importantes.

El debate continuó en las universidades de París y de Lovaina, en asambleas de la Iglesia galicana en 1650, 1655 y 1660, y en Roma, a fin de condenar o admitir las ideas jansenistas. En 1653, Inocencio X declaró heréticas cinco proposiciones sobre la Gracia y el Libre Albedrío. Arnauld aceptó que eran heréticas porque el papa las condenaba, aunque aseguraba que no se encontraban en la obra de Jansen. La asamblea galicana, y luego Alejandro VII, establecieron que los puntos de vista condenados eran, realmente, de Jansen. Pero el cardenal Mazarino prefirió actuar muy prudentemente en esa cuestión durante otros cinco años. En los últimos meses de su vida, decidió hacer cumplir el dictamen oficial, y, en 1661, Luis ordenó a los obispos que se encargasen de que todos los hombres de Iglesia suscribiesen un formulario repudiando a Jansen y las proposiciones, un paso comparable al del Acta de Uniformidad del mismo año en Inglaterra. En 1665 repitió sus requerimientos, a los que añadió la amenaza de expulsar a los rebeldes de sus residencias o fundaciones. El formulario se convirtió en un criterio no solo de ortodoxia, sino también de obediencia a la autoridad real. Ideado inicialmente para restaurar el orden, se transformó en un elemento de terror y crispación en la vida intelectual francesa.

¿Quién tenía, de hecho, la autoridad? Las bulas y los nuncios papales provocaron muchas duras respuestas del Parlamento de París, que sostenía firmemente que Roma no debía inmiscuirse en las facultades del rey sobre los asuntos eclesiásticos. Una mayoría dentro de las asambleas galicanas trataba de cooperar con el papa y con el rey, pero algunos obispos simpatizaban con los jansenistas y estimaban que sus responsabilidades no debían ser traspasadas a Roma, ni

a París, ni a asambleas de aquel tipo. El arzobispo de Sens había publicado la bula de Inocencio X, por ejemplo, agregándole, al propio tiempo, una instrucción pastoral a su clero, que prácticamente la contradecía. En 1664, cuatro obispos decididos –el de Alet, el de Pamiers, el de Angers (que era otro miembro de la familia Arnauld) y el de Beauvais– se negaron a publicar el Formulario sin modificarlo severamente, y Luis no consiguió intimidarles en absoluto. Roma y París acabaron transigiendo cuando los cuatro obispos comenzaron a atraerse el creciente apoyo de sus hermanos en Cristo.

Durante la disputa, se planteaba una y otra vez una determinada cuestión: la distinción entre ley y hecho. Parece un problema técnico, pero ningún otro factor produjo en las mentes de los hombres tan apasionada excitación, a lo largo de una década, por lo menos; las antiguas bibliotecas están todavía cargadas con el peso de los libros escritos sobre aquella controversia. Sobre todo, dio origen a las dieciocho famosas «Cartas a un provincial de uno de sus amigos». Pascal fue el genio literario que escribió las *Cartas provinciales,* cuando la Sorbona se disponía a condenar a Antoine Arnauld por creer que Jansen no era culpable de herejía, pero una comisión de los «Messieurs» le facilitó casi todos sus argumentos. La conversión de Pascal fue uno de los sombríos triunfos de la escuela de pensamiento de Port-Royal en su lucha contra el humanismo. A cambio, él dio al público lector un soberbio ejemplo de cómo utilizar lo que Gibbon describía incorrectamente (al referirse a aquellas Cartas) como «el arma de grave y moderada ironía también en materia de solemnidad eclesiástica». El debate y la feroz ironía de Pascal fueron muy importantes por su influencia sobre los predecesores de Voltaire y de Gibbon.

Inocencio X, al condenar las proposiciones relacionadas con el tema del *Augustius* de Jansen, dejó claro que la Igle-

sia aceptaba la doctrina de san Agustín. Los jansenistas, en consecuencia, se refugiaron tras la distinción entre ley y hecho. Sostenían que las proposiciones no se encontraban en el *Augustinus,* ni *verbatim,* ni en sustancia. Los autores jesuitas y muchos otros decían que se encontraban sustancialmente, y que este «hecho» no podía ser separado de la cuestión de la «ley» o doctrina. Pero, para los jansenistas, la presencia de las proposiciones en la obra de Jansen era, por lo menos, discutible, una cuestión opinable. Aun cuando aparecían relacionadas, respecto a determinados temas, en un enorme infolio de 1.000 páginas, era absurdo obligar a los hombres a creer –como artículo de fe– que el escritor fallecido las hubiese interpretado errónea o heréticamente. Después de todo, lo que hacía era una exposición de san Agustín, impecable Padre de la Iglesia.

Los protagonistas planteaban el fundamental problema de la autoridad. Los discípulos de Port-Royal y Jansen –decían sus adversarios– se negaban a obedecer la palabra de la Iglesia y las órdenes del rey. Aquel desafío pervertía el esencial principio de la ortodoxia; todo el concepto de herejía desaparecía, si esta desaparecía. De aceptar los puntos de vista de Jansen, Calvino y Lutero no serían culpables. La Iglesia –replicaban Arnauld y Pascal– nunca había pretendido en el pasado, ni podía pretender ahora, que su palabra fuese infalible en *todas* las materias. Si lo hiciese, las consecuencias serían «pavorosas», pues acabaría con «la norma de tradición y consenso dentro de la Iglesia», y convertiría en dudosas todas las definiciones de fe. Esto parece extremado, y pareció a muchos una elaborada pieza de autoengaño, pero puede argüirse que el gran triunfo de «los amigos de san Agustín» en el siglo XVII fue el de salvaguardar un derecho de juicio independiente dentro de la Iglesia católica, en una época en que su vigor intelectual parecía estar decayendo rápidamente en muchos países. La pretensión de infalibilidad había sido llevada a límites excesivos cuan-

do se impuso el formulario. En 1668, el rey y el papa hicieron concesiones. Aceptaron que un «respetuoso silencio» acerca de la enojosa cuestión de la herejía de Jansen era suficiente, siempre que los fieles se comprometiesen a condenar las proposiciones erróneas. Este fue el punto clave de la tregua, por la que el papa Clemente IX merece un amplio crédito. Aquello permitió a los «Messieurs» perseguidos, como Arnauld y Nicole (que había suavizado los puntos de vista de Arnauld), salir de su escondite. Hizo más llevadera la vida a las religiosas de Port-Royal que se negaban a aceptar el formulario. Y permitió respirar de nuevo a la Francia católica.

Las *Cartas provinciales,* que comenzaban con una discusión de ley y hecho, habían desembocado en un violento ataque contra los abusos de la casuística de los jesuitas –«y yo estoy seguro de que le será a usted bastante fácil descubrir en la relajación de sus normas morales el origen de su doctrina sobre la Gracia». O, como Arnauld exclamaba: «¡Dejad en paz a Jansen y escuchad a san Agustín, al que no podéis atreveros a tratar de hereje!»–. Estas frases llegaron al fondo de su pensamiento, y ayudan a explicar por qué el movimiento llegó a ser tan formidable. La noción de Agustín de una gracia irresistible que transformaba la voluntad del hombre –de otro modo, impotente–, enseñada en otro tiempo por profesores que, a su vez, estaban inspirados por ella, también inspiraba ahora a los religiosos. Estos se hallaban convencidos de que los doctrinarios rivales abandonaban a Agustín, o –lo que era peor– pervertían su pensamiento, con perniciosas consecuencias para la humanidad. Este era el punto de vista de Arnauld cuando escribía acerca de la comunión frecuente, en 1643. Fue su punto de vista, y el de Pascal en 1655. Nicole insistió en el mismo pensamiento en muchos y elaborados estudios posteriores, acerca de la doctrina moral de los jesuitas. El punto de vista era profundamente atractivo. Por una parte, los sacerdotes

seculares de ciudades como París y Ruán necesitaban poco para convencerse de que los jesuitas, los franciscanos y otros parecidos se infiltraban en sus parroquias ofreciendo religiosidad al público, en fáciles condiciones. Por otra, los hombres buenos anhelaban un sentimiento de rectitud. Esto era lo que les prometían la escuela de Saint-Cyran y Port-Royal. Desde luego, muchos clérigos franceses simpatizaban con las orientaciones del movimiento agustiniano, y habían suscrito el formulario con la reserva mental de que la exposición de Jansen seguía siendo válida. A partir de 1668, se manifestaron abiertamente. La teología de Port-Royal se infiltraba en los seminarios recientemente fundados para sacerdotes seculares y en las escuelas regidas por órdenes religiosas reformadas. Por ejemplo, en la «Congregación de St. Vannes», benedictina, en Lorena, se demostró que los profesores estaban profundamente sometidos a la influencia jansenista, que había llegado a aquella zona por el camino de Lovaina, más bien que por el de París. Cuando Inocencio XI (1676-1689) condenó, al fin, un elevadísimo número de proposiciones tomadas de las obras de los casuistas, concedió la victoria, por lo menos en un punto fundamental, a los hombres que habían desafiado a la autoridad.

MOSCOVIA: LOS CREYENTES GRIEGOS Y LOS ANTIGUOS

La historia inicial del jansenismo en la Europa occidental coincide, sorprendentemente, con una aguda crisis en la Iglesia ortodoxa de Moscovia. Allí, las innovaciones dieron origen a un análogo e importante movimiento de protesta contra ellas, que sobrevivió durante toda la dinastía de los Romanov.

En el siglo XVI dos ideas habían captado la opinión de los eruditos en las tierras rusas: una era la idea de que, hacía mucho tiempo, San Andrés había llevado la doctrina de

Cristo directamente a Moscovia, sin mediación alguna de los misionarios griegos; y la otra era que, tras la perversión de la Iglesia romana de san Pedro por parte de los católicos y la toma de Constantinopla por el islam, Moscú era la única ciudadela donde había pervivido la ortodoxia: de hecho, era la «Tercera Roma». Luego estas opiniones fueron olvidándose y a mediados del siglo XVII la idea más generalizada era que Moscovia formaba parte de la Iglesia ortodoxa universal, presidida por los patriarcas de Constantinopla / Estambul, Antioquía, Jerusalén, Alejandría y (desde 1593) Moscú. La liturgia eslava y otros textos de la Iglesia rusa no diferían, ni debían diferir, significativamente de los de la Iglesia griega. Comprendieron que era posible que existieran estas diferencias y, entre 1620 y 1650, un grupo de eruditos se dedicó a estudiar los textos ortodoxos y empleó la única imprenta de Moscú para revisar los textos y luego publicar copias auténticas para el clero y los maestros de Moscovia. A partir de 1645 recibieron el patrocinio del joven zar Alexei y de su influyente confesor. Maestros de Kiev y de otras tierras ortodoxas fueron a ayudar a los eruditos y editores nativos. Los patriarcas de Jerusalén y Antioquía, y un antiguo patriarca de Estambul, fueron bienvenidos a Moscú. Todos pasaron algún tiempo allí entre 1649 y 1656, encantados de mostrar exactamente en qué puntos la liturgia y el culto eslavos se desviaban de las fórmulas que ellos consideraban adecuadas. Entre 1650 y 1656 se publicaron nuevas versiones de los principales libros litúrgicos. El mayor cambio intelectual que se produjo en la Europa oriental de mediados del siglo XVII fue este intento de alterar, en algunos aspectos, la comprensión de la ortodoxia en Rusia. Se llevó a cabo en el palacio, las catedrales y los monasterios del Kremlin y en algunos de los más importantes monasterios de otros lugares.

Hubo otra iniciativa que atrajo una atención popular mucho mayor. Afectó al clero y a los legos en los centenares de

iglesias y monasterios que había repartidos por Moscovia. Entre ellos se movían unos cuantos reformadores, hombres que deseaban apasionadamente una mayor devoción en las formas de conducir los servicios litúrgicos y en el comportamiento de todos aquellos que fueran a rendir culto. Los textos familiares y sacrosantos debían ser recitados en su totalidad, y no debían abreviarse (tal y como era habitual), permitiendo que varios miembros del clero cantaran al mismo tiempo distintas partes del oficio religioso. Debían pronunciarse sermones. Los iconos merecían ser venerados con los rituales apropiados. Las ruidosas multitudes de comerciantes, borrachos y músicos populares debían mantenerse a una distancia decente de las iglesias. Eran reformadores ascéticos, puritanos y conservadores, y su actitud hacia el patriarca y el zar, cuya autorización era necesaria para cualquier cambio, fue compleja.

La extraordinaria personalidad de Nikon, que dominó la escena durante algunos años, determinó en gran medida lo que sucedió. Hombre dotado de un vigor excepcional, que había sido sacerdote secular y monje, y que impresionó al zar Alexei, fue nombrado archimandrita del monasterio de Novospassky, contiguo al Kremlim, en 1646, metropolitano de Novgorod en 1649, y patriarca de Moscú en 1652. Sus puntos de vista habían sido objeto de los más violentos debates, pero parece claro que, sobre todo, lo que él deseaba era afirmar la autoridad de su alto cargo. El patriarca Filarete (1623-1636), padre del primer zar Romanov, Miguel, había ampliado ya la jurisdicción y las rentas de aquel cargo. Ostentaba el título de «Gran Señor», exactamente igual que el zar. Por un lado, tras su nombramiento, Nikon se consideró también como un cosoberano, al que, por supuesto, Alexei dejó plena competencia en los asuntos de Estado en Moscú mientras él se ausentaba durante largos periodos, para dirigir las campañas contra Polonia y Suecia. Por otra, Nikon nunca perdió oportunidad alguna de afir-

mar la independencia del clero frente a los tribunales seculares y a las oficinas de impuestos. Creía tan plenamente en la apócrifa «Donación de Constantino» como cualquier papa medieval. Estas ideas constituyeron la principal preocupación de su vida, y, en distintas circunstancias, habían de ser defendidas por los patriarcas de Moscú hasta el final del siglo, por Joaquín (1674-1690) y por Adrián (1690-1700). En la práctica, este periodo reveló el lento, pero constante, declinar de su influencia, puesto que ni Alexei, ni sus boyardos, ni su hijo Pedro reconocieron esta mayor autoridad clerical. Los gobernantes se alejaron de la iglesia y la dominaron.

Mientras disfrutó de todo su poder como patriarca, Nikon consideró que podía llevar a cabo cualquier reforma que pudiera justificar. También consideró que la Iglesia moscovita debía primero examinar y luego adoptar los criterios de los eruditos y religiosos griegos. Al comienzo de la Cuaresma de 1653, trató de imponer cambios ceremoniales en las iglesias de Moscú. En cada uno de los años 1654, 1655 y 1656, convocó concilios que aceptaron innovaciones más amplias. De la imprenta manaban copias de la nueva versión revisada de los libros litúrgicos. Poco a poco se difundieron las noticias de todo esto. Entre el clero que quería recuperar el culto tradicional y sus seguidores saltó la alarma. Hubo protestas y resistencia. La idea de introducir unas prácticas nuevas o foráneas parecía una manifestación del mal, que podía conectarse con la epidemia de peste que, en 1654, había producido miles de víctimas en Moscú y otros lugares. Para muchos, esta coincidencia era, simplemente, una cuestión de causa y efecto.

La oposición inmediata fue aplastada rápidamente. El más destacado de los reformadores conservadores, Neronov, llegó a un acuerdo con Nikon en 1657, y el más grande de ellos, Avvakum, había sido ya entonces enviado a Sibe-

ria. Pero el patriarca se mostró tan brutal y precipitado, que provocó un celo fanático en muchos que se sentían reacios a someterse. En la población de diversas zonas, comenzó a surgir un sentimiento de desconfianza. Luego, en un momento crítico, sus diferencias con el zar acerca de la amplitud de la autoridad patriarcal debilitaron la fuerza del conjunto de la administración. Alexei, a medida que envejecía, iba estando cada vez menos dispuesto a tolerar a un eclesiástico que pretendía ser otro soberano, por su propio derecho. En 1658, Nikon trató de intimidar al zar mediante una espectacular dimisión de su cargo, pero le fue aceptada. La controversia se prolongó hasta 1666, cuando un cierto número de destacados hombres de iglesia griegos, que habían sido invitados a Moscú, colaboraron en un concilio de eclesiásticos rusos, convocado por el zar; todos estuvieron de acuerdo con la destitución formal de aquel turbulento sacerdote. Aunque nunca había existido ningún problema real, en los círculos oficiales, respecto a anular la política reformista dentro de la Iglesia que Nikon había patrocinado, un periodo tan largo de incertidumbre hizo mucho más difícil para los obispos y para sus auxiliares el entendimiento con los conservadores. El concilio de 1665, antes de destituir a Nikon, anatematizó solamente a los que se negasen a aceptar los nuevos servicios religiosos. Era demasiado tarde: los cismáticos, o *raskolniki,* que preferían llamarse a sí mismos Antiguos Creyentes, persistirían hasta el siglo XX.

Las diferencias entre los Antiguos Creyentes y la Iglesia oficial pueden parecernos triviales –hacer la señal de la cruz con dos dedos o tres, cantar el Aleluya dos o tres veces, venerar la cruz de ocho extremidades o la de cuatro, y dejarse la barba o afeitársela–, pero la sensación de antagonismo era profunda. Surgía de una fundamental repulsa, por parte de los individuos, a reconocer una autoridad que exigía de ellos una renuncia imposible, la del único camino de salva-

ción que la antigua práctica de la Santa Iglesia proporcionaba. La salvación era una cuestión de importancia eterna. El primitivo nivel de la vida terrenal y la total incertidumbre de ella, con la muerte esperando a cada uno en cada vuelta del camino, lo hacía más comprensible para los hombres piadosos. Además, una erudición muy poco contemporánea adoptaba aquel razonamiento en una fase ulterior. Roma había delinquido hacía mucho tiempo. Constantinopla estaba en manos del sultán. El zar se mantenía como el único gobernante cristiano que aún quedaba, y la Iglesia rusa como la única Iglesia verdadera que sobrevivía. Cambiar la práctica cristiana en aquel momento crítico era entregar totalmente el mundo al propio Satán. Porque, ¿no estaba escrito en el Libro de la Revelación: «Aquí está el saber. Que quien tenga inteligencia calcule el número de la bestia; porque es el número de un hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis»? El Anticristo reinaría desde el año 1666, y, por lo menos desde 1654, los enemigos de Nikon estaban ocupados en registrar todos los signos que anunciaban el acercamiento de aquella era terrible. A veces, los *raskolniki* aseguraban que el propio zar era el Anticristo encubierto: disfrazado, su reino había comenzado ya. Los más desesperados de ellos llegaban a la conclusión de que solo un camino quedaba abierto a los cristianos: «Arder por Cristo y por la tradición de los Santos Padres, a fin de vivir eternamente». Y se inmolaban mediante el fuego.

Antes de que figuras eminentes como Avvakum pasasen a la oposición, había algunos grupos extremistas en Moscovia, generalmente en ermitas y en establecimientos remotos. Estos intensificaron la resistencia, la hicieron mucho más fanática, y estimularon la inevitable tendencia a dividirse en pequeñas sectas. Al propio tiempo, el gobierno abrumaba cada vez más al patriarca y a los obispos con la tarea de imponer la uniformidad. El concilio de 1667 dejó la condena de los herejes y de los cismáticos a los tribunales del zar, y,

quince años después, se ordenaba a sus funcionarios que prendiesen a todos los delincuentes de aquel género. Esta decisión abrió la más tenebrosa fase de una implacable persecución. Avvakum, por ejemplo, fue quemado el día de Viernes Santo de 1682. En 1667, había sido enviado a un segundo destierro en Pusstozersk, en la Rusia septentrional, y allí escribió su extraordinaria *Autobiografía* y otras obras que fueron llevadas clandestinamente por sus discípulos a través del país, para fortalecer el movimiento conjunto de la resistencia. La tradición de los Antiguos Creyentes asegura que sus últimas palabras, ante la muerte, fueron: «Si alguna vez abandonáis vuestro castillo, este perecerá, será sepultado bajo la arena, y su fin será el fin del mundo».

Fue aquella una revolución de desesperación religiosa, cuyo paralelo más próximo, en aquel tiempo, parece haberse encontrado en los esporádicos levantamientos de extremistas calvinistas en Escocia. Alcanzó mayor apoyo en las regiones situadas entre el Volga superior y el Ártico, donde había menos señores y menos siervos que más al Sur. El corazón de la resistencia frente al gobierno se encontraba en la antigua fortaleza monástica de Solovetsky, con su emplazamiento en una isla del mar Blanco; los monjes se mantuvieron firmes desde 1666 hasta enero de 1676. Había, indudablemente, importantes grupos de *raskolniki* en la ciudad de Nijni Novgorod, y en la región del Don, donde la persecución oficial fue excepcionalmente severa en los años 1670-1672. Hasta entonces, aquel género de oposición al gobierno nunca se unió a la sublevación cosaca y campesina, mucho más general, que en aquel momento se extendía hacia el Este y hacia el Norte, desde el Don hasta el Volga. Solo una vez se asoció con otros descontentos, con motivo de la muerte del zar Teodoro, en 1682, que provocó la rebelión de las guardias de Moscú. La sucesión fue acaloradamente disputada, y algunas de las guardias simpatizaban con los Antiguos Creyentes que se enfrentaban con la per-

secución que había desembocado en el martirio de Avvakum unos días antes. Uno de sus comandantes, Khovansky, pertenecía a un pequeño círculo superviviente de Antiguos Creyentes de la clase alta de la sociedad de Moscú. La tropa se desmandó. Khovansky trató de utilizarla en favor de la causa de los Antiguos Creyentes, pero pronto surgió un nuevo gobierno y la persecución continuó, dirigida por un implacable polizonte, el patriarca Joaquín de Moscú. La Iglesia ortodoxa rusa había sido reformada, continuaba firmemente defendida, pero su vitalidad se debilitó durante la infancia de Pedro el Grande.

LA NUEVA CIENCIA: DESCARTES

Tales disputas, en la Europa oriental y en la occidental, minaban la antigua autoridad. Los hombres discutían acerca de la doctrina de san Agustín, o de los textos y ceremonias de los antiguos griegos y de los antiguos moscovitas. Pero, durante la generación posterior a 1640, un pequeño aunque creciente número de gente, en la Europa occidental, había llegado a convencerse de que, en ciertos campos, el antiguo punto de vista era, sencillamente, erróneo. Se consideraba inferior a su propio alcance intelectual.

La más espectacular discusión relacionada con esto se desarrolló en torno a un famoso experimento de Torricelli, sucesor de Galilei en el puesto de «filósofo» mantenido por el gran duque de Toscana. En Florencia, en 1644, Torricelli produjo misteriosamente un espacio vacío en el extremo superior de un tubo de cristal, sobre una columna de mercurio, tras haber llenado totalmente el tubo con mercurio, sumergiéndolo después por el extremo inferior –destapado– en una bacía de mercurio. Algo similar fue demostrado, unos años antes, a un grupo de eclesiásticos en Roma, y, en ambas ocasiones, hubo individuos presentes que aceptaron la posibilidad de un vacío en el tubo –en contra de la opinión de la mayoría–, y la posibilidad adicional de que la at-

mósfera circundante tuviera un peso que ejercía presión sobre el mercurio de la bacía, a pesar de que los científicos y los filósofos, en general, pensaban que el aire era ingrávido. El padre Mersenne, que durante muchos años había organizado una red de correspondencia sobre problemas científicos entre sabios de Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y Holanda, vio a Torricelli repetir su experimento en 1645. De regreso a París, trató de realizarlo él, pero fracasó. Los trabajos de cristal de Ruán estaban más próximos a los modelos italianos, y en Ruán fue donde los Pascal, padre e hijo, y el círculo que les rodeaba, comenzaron a estudiar los fascinantes problemas planteados por el experimento de Torricelli. Otro italiano había producido el mismo fenómeno, mediante una demostración en Varsovia; pero sus informaciones impresas parecen haber causado una mayor conmoción fuera de Polonia. En 1648, un grupo de hombres, en Londres, fueron incitados por las sugerencias dadas en las cartas de Mersenne, y llevaron a cabo el mismo experimento. Los franceses fueron los más interesados, y el hombre que unía genio para el pensamiento riguroso acerca del tema con olfato para darle la máxima publicidad fue el joven Blaise Pascal. Entre 1646 y 1648, multiplicó los experimentos, los cuales demostraron que, prácticamente hablando, aquellos tubos «torricellianos» estaban vacíos en la parte superior, mientras la altura del mercurio dependía del peso y de la presión de la atmósfera. Las controversias continuaban, en un momento en que las condiciones políticas empeoraban rápidamente. En el tormentoso intervalo entre el arresto de Broussel y el sitio de París por Condé y Mazarino, el cuñado de Pascal, Florian Perier, llevó a cabo una famosa ascensión, en septiembre de 1648, del Puy de Dôme, de 1.465 metros sobre la ciudad de Clermont. Deseaba comparar la altura del mercurio en un tubo que llevó a la cima de la montaña con la altura del mercurio en un tubo dejado en observación en la ciudad durante el mismo día.

El resultado demostró plenamente a Pascal la acción de la presión atmosférica, y, antes de finalizar el año, imprimió el preciso registro de Perier de lo que había sido observado en Clermont. Durante los dos años siguientes, completó su obra (publicada en 1663) sobre «el equilibrio de los fluidos» y «el peso de la masa del aire», que constituyen la base de la hidrostática y de la aerostática modernas. Durante la Fronda, desde 1649 hasta marzo de 1651, Perier, en Clermont, trató de conservar registros detallados de las variaciones en las subidas y en los descensos del mercurio en sus tubos, y de convencer a sus amigos de París y de Estocolmo (uno de los cuales era Descartes) para que hiciesen lo mismo. Poco después, el duque de Toscana patrocinó un proyecto del mismo género, a fin de comparar las variaciones de la presión del aire en Florencia y en otras ciudades italianas. En 1653, un doctor inglés copió el experimento del Puy de Dôme, con medidas tomadas en la ciudad de Halifax, en Yorkshire, y en la cima del Monte Beacon, en sus cercanías. Tras la fundación de la Royal Society en 1660, continuaron los experimentos con el barómetro –un nombre que acababa de ser puesto en circulación para designar el instrumento–, hasta 1664. Por entonces, aquel nuevo concepto de la atmósfera se había tornado familiar y ya no era nada sorprendente.

Al preparar la obra de Pascal para su publicación, Florian Perier señalaba que, durante un buen número de años, los científicos franceses no conocieron ningún método para crear un vacío, excepto mediante el experimento con mercurio. Antes de 1648, Otto Guericke de Magdeburgo usaba ya una bomba para expulsar el aire de los barriles de madera y de las vasijas de cobre. Cuando la Dieta imperial se reunió en Ratisbona, en el año 1654, demostró públicamente las extraordinarias presiones a que se hallaba sometida una esfera de cobre en la que previamente se hubiera hecho el vacío: grupos de caballos, tirando en sentido contrario,

no pudieron separar las dos mitades de la esfera de metal de Guericke. Un libro relativo a la obra de Guericke, de un jesuita profesor en Würzburg, llamó la atención de Robert Boyle, en Oxford: él y Robert Hooke tuvieron en cuenta la observación, mejoraron notablemente el mecanismo de su bomba, aumentaron en gran medida el volumen del vacío con que ellos podían hacer experimentos, y, en 1660, habían publicado los resultados. No tardarían en establecer las proporciones inversas de las presiones y de las expansiones, y en distinguir entre la compresibilidad y la elasticidad del aire. La «Ley de Boyle» fue anunciada en 1662. La bomba de aire ocupó un lugar, en todos los laboratorios, al lado del barómetro.

Otro invento de aquellos años cambió el concepto del tiempo. Los relojes eran bastante frecuentes en todas las ciudades de Europa, imperfectos, pero indispensables, y, poco antes de morir, Galileo había utilizado las oscilaciones uniformes de un péndulo para medir la duración. En La Haya, Christiaan Huygens, amigo desde su juventud de Descartes y de Marsenne, comenzó a trabajar sobre la idea de conectar un péndulo a la maquinaria de un reloj, y alcanzó una solución en la última semana de diciembre de 1656. Al año siguiente, se construyó en La Haya el primer reloj de péndulo auténtico. Dos meses después de la muerte de Cromwell, en 1658, apareció en Londres un anuncio de nuevos relojes «que marchan con exactitud y que miden el tiempo más uniformemente». No mucho después, un tipo de escape de reloj mejor que el primer invento de Huygens convirtió aquel anuncio en una promesa. Un artesano como Thomas Tompion, el relojero de Londres, combinaría, en su momento, la calidad de una obra bella y decorativa con la precisión mecánica de nueva invención. Casi puede decirse que el minuto, y después el segundo, fueron descubrimientos de las dos décadas posteriores a 1650.

Una medición más exacta del tiempo fue acompañada de una medición más exacta del espacio, que reveló, de una parte, las gigantescas dimensiones del universo, y, de otra, cosas que a primera vista parecían infinitamente pequeñas. También en este campo figura Huygens entre los adelantados. Combinando una mejor comprensión teórica de los problemas de la distancia focal y de la aberración esférica, con una escrupulosa atención a la cuestión práctica de pulir las lentes que necesitaba, había producido, hacia 1655, un telescopio más eficaz. Durante los diez años siguientes, a este instrumento de investigación se aplicaron otros perfeccionamientos esenciales, entre los que se incluía un micrómetro que medía la distancia y los diámetros tal como estos aparecían en el foco del objetivo, y sextantes o goniómetros que medían el ángulo en que un telescopio era aplicado a determinados objetos, en porciones de tiempo registradas por el nuevo reloj de péndulo. Los descubrimientos podrían compararse con otros, hechos mediante una combinación similar de instrumentos en otras partes del mundo. Para tener una idea de los grandes cambios producidos, considérese que, en 1650, unos pocos hombres ilustrados tenían una correcta noción de la estructura del Sistema Solar, mientras que, en 1675, tenían medidas razonablemente exactas de su enorme volumen. En cuanto al microscopio, Robert Hooke dio una gran publicidad –en los grabados de cobre de su famosa *Micrographia,* en 1655– a lo que podría lograrse combinando un cierto número de cristales en un instrumento «compuesto». Con mayor frecuencia, en el futuro inmediato, la extraordinaria revelación de fenómenos demasiado pequeños para ser estudiados por el mero ojo dependía de la simple combinación de una lente, con una pequeña abertura, y un soporte ajustable al ejemplar que había de ser examinado. A esto se añadía una creciente habilidad en la disección. La humanidad contrajo una gran deuda con una nueva generación de constructores de ins-

trumentos en Leiden, en Londres y en Roma, que pasaron rápidamente a primer plano. Con su ayuda (y solo con ella), el cuerpo humano, los animales, los pájaros, los peces, los insectos y las plantas eran ahora examinados más minuciosamente que en ninguna época anterior. Se acumularon muchos detalles fidedignos. Muchos hombres doctos se pusieron a trabajar afanosamente, mientras algunos de ellos no podían abandonar el impulso de especular acerca de la organización más amplia en que se hallaban situados tanto el observador como lo que él observaba.

La vasta y novedosa formulación del conocimiento llevada a cabo por Descartes en Holanda había sido dada ya, gradualmente, al público lector: ensayos sobre óptica, sobre fenómenos atmosféricos y sobre geometría, precedidos por el famoso *Discurso del método,* en 1637; seis *Meditaciones* que demostraban la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la distinción entre alma y cuerpo, en 1642; *Los principios de filosofía,* en 1644, que pasaban rápidamente de la metafísica a una descripción de la materia y del movimiento en el universo físico, y que abarcaban, en su amplitud, no solamente los cuerpos celestiales, sino también el aire, el agua, la tierra, el fuego y el magnetismo, constituyentes del globo terrestre. Por último, en 1649 publicó una obra sobre «las pasiones del alma». Otra investigación, relativa a la formación del feto, no se publicó hasta 1663. El autor pretendía que, en unos pocos preceptos, había captado «todos los principios más generales e importantes del conocimiento humano» nunca dudó en aplicarlos a distintas ramas de estudio.

Es muy difícil resumir de un modo correcto la inmediata influencia de Descartes sobre su tiempo, pero la investigación reciente ha desautorizado un tanto la noción de una «revolución cartesiana». La vitalidad intelectual de las mejores universidades europeas después de 1600 era mayor de

lo que suele suponerse, hasta el punto de que algunas de las principales disciplinas académicas estaban sometidas a una constante discusión y modificación. La idea de un conservadurismo monolítico, atrincherado en la aristotélica «doctrina de las escuelas», era muy cara a los descontentos y constituía un garrote fácil de manejar en las controversias, pero difícilmente se correspondía con los hechos. Por otra parte, el elemento en gran parte tradicional del pensamiento de Descartes parece ahora no menos evidente que su novedad. Su educación jesuítica, su temperamental prudencia frente a la autoridad, sus renuncias a todo interés por la política, y su entusiasta relación con eclesiásticos católicos y protestantes con anterioridad a la autorización de publicar sus obras, contribuyeron a suavizar o a disminuir el desafío de un razonamiento que primero apartaba del campo de la teología todos los fenómenos observados, y luego los describía, sencillamente, en términos de ley matemática o de fuerzas mecánicas. Algunos teólogos se alarmaron, y ninguno tanto como el profesor calvinista Gisbert Voetius de Utrecht. Voetius mantuvo una guerra incesante, durante muchos años, contra las tesis cartesianas propuestas a la disputa académica en las universidades holandesas, pero él utilizaba la acusación de «error cartesiano», indiscriminadamente, contra cualquier crítico o rival. El jansenista Arnauld (en la primera parte de su vida) y algunos notables jesuitas daban su aprobación a Descartes, que, a su vez, reconciliaba fácilmente la transustanciación católica con sus propias opiniones. En Inglaterra, Hobbes manifestaba muchos alarmantes paralelismos con la información de Descartes acerca del universo físico; pero los enemigos de Hobbes refutaban su «ateísmo» como procedente de la metafísica cartesiana. Al propio tiempo, unos pocos hombres iban más lejos. Veneraban al gran francés como a su guía, como al maestro a quien ellos debían una nueva visión de la verdad. Casi como Jansen, conquistó una agrupación de devo-

tos. Algunos fueron alejándose con el tiempo, pero el número de ellos aumentó después de su muerte. Entre aquellos primeros cartesianos estaban Henry More, del Christ's College de Cambridge, Spinoza cuando rompió con la comunidad judía de Ámsterdam, y el joven Cristiaan Huygens. Después de leer a Descartes –dice Huygens en muchas ocasiones–, todo tenía más sentido.

El radicalismo implícito en la duda cartesiana o la doctrina cartesiana de la materia se veían oscurecidos también por lo muy difuso y especializado de su exposición. La mayor parte de la discusión era incluso demasiado especializada para ser de interés general. Los ópticos no estaban muy satisfechos con su ley de la refracción. Los matemáticos, capitaneados por Fermat en Toulouse y por Roberval en París, discutían su razonamiento y su pretensión de ser el primero con una demostración –cada vez más, estos conflictos entre científicos y matemáticos eran una prueba del nuevo clima intelectual–, aunque, indudablemente, la geometría analítica de Descartes (y su introducción de símbolos algebraicos) siguen figurando, para la posteridad, entre las más grandes invenciones del siglo. El conjunto de la doctrina cartesiana de la materia, tan «estrechamente apretada» que excluía toda posibilidad de vacío, y la doctrina del movimiento como circular, tuvieron que resistir la crítica de los que pensaban que ellos percibían un vacío real en los tubos de Torricelli o que aceptaban la explicación de Kepler en la órbita elíptica de los planetas. Y los anatomistas no tardaron en discrepar de Descartes en muchas cuestiones de detalle, sobre todo en su descripción de la glándula pineal, que él, erróneamente, creía que solo existía en el hombre, y que, en su opinión, era lo único que ligaba el cuerpo humano con el alma.

En realidad, René Descartes murió en 1650, pero, de hecho, el cartesianismo comenzó a florecer después de 1665.

Antes de esta fecha, partes de su obra en relación con determinadas ramas de la ciencia sufrieron duros ataques. Después de ella, sus conquistas intelectuales, en general, llegaron a un público más amplio. Descartes contribuyó a liberar de la teología y a extender los posibles campos de la investigación científica. Dejó la religión revelada totalmente intacta, dentro de un campo más reducido que antes. Había hecho también algunas sugerencias de largo alcance, que serían de gran interés durante un prolongado futuro. Según él, la materia se extendía indefinidamente, de igual modo que las partículas materiales eran infinitamente divisibles: por lo tanto, eran concebibles otros mundos, y hasta una «pluralidad» de mundos. Según él, los animales eran simples autómatas, mientras que el hombre era el único que tenía un alma; si otros pensadores descartaban el alma, entonces podían contemplar al hombre como a otro autómata, y desarrollar nuevas teorías psicológicas para explicarlo. Por último, el nombre de Descartes se introdujo en los debates de buen tono que lanzaba a los Modernos contra los Antiguos en la literatura, en el arte y en la ciencia. Los Modernos, inevitablemente, declaraban como perteneciente a su facción al gran gladiador que recientemente había negado el mérito de los anticuados autores clásicos, y que aconsejaba al hombre sensible que depositase su confianza en los razonados argumentos procedentes de premisas sensibles (y cartesianas).

La «filosofía experimental» de aquellos años, que el propio Descartes a veces practicaba y a veces parecía rechazar, era lo que, por lo general, interesaba a los hombres que se hallaban en estrecho contacto con las universidades. Los orígenes de la Royal Society en Inglaterra son muy discutidos por los hombres cultos, pero no hay razón alguna para dudar de la importancia de una fase preliminar entre 1649 y 1658, cuando un grupo de entusiastas se reunió en Oxford para llevar a cabo «experimentos de investigación» bajo los

auspicios de John Wilkins, director del Wadham College. Sus miembros celebraban frecuentes juntas, redactaban normas para la dirección de los asuntos, montaban aparatos, y se distraían con el plan de catalogar todos los libros de la Biblioteca Bodleian que les parecían importantes para sus investigaciones. Las condiciones para un trabajo de esta clase deben de haber parecido entonces más favorables en Oxford que en Londres, donde algunos de los mismos hombres habían celebrado reuniones para discutir cuestiones científicas en los cinco años anteriores a 1649. Además de algunos profesores y jefes de colegio, fueron introducidos en el círculo dos hombres de gran talento, el joven discípulo Christopher Wren y el aristócrata Robert Boyle. Aunque los sobrepasaba por su genio, Boyle representaba a un número elevadísimo de *virtuosi:* gentes de clase media, nobles o cortesanos, personas desocupadas que se sentían atraídas hacia aquellos nuevos pasatiempos. Su liberalidad era la que solía mantener la celebración de las asambleas científicas. Su influencia, por lo menos en Inglaterra, entre 1660 y 1663, obtenía el benevolente patrocinio de la Corona. Ellos pueden también haber fortalecido una tendencia, menos afortunada, a contentarse con «curiosidades» y con el saber anticuado que figuraron aún, en gran medida, en los anales de aquellas sociedades, durante muchas décadas futuras. Pero lo que los entusiastas ingleses, ya fuesen académicos o nobles, apreciaban era aquella actividad experimental que atravesaba bienhechoramente las normales divisiones ideológicas entre realistas, «covenanters» y sectarios, exactamente igual que atravesaba la división entre católicos y protestantes en el continente. Oxford volvió a tener mucho de un seminario anglicano después de 1660, y lo que Oxford perdió lo ganó Londres, cuando Carlos II otorgó sus cartas de privilegio (de 1662 y 1663) a la «Royal Society of London for Promoting Natural Knowledge» (Real Socie-

dad de Londres para el Fomento del Conocimiento Natural).

La historia comprobada de los grupos y de las reuniones que precedieron a la fundación de la Académie des Sciences en Francia, en 1666, tiene algo en común con lo que sucedió en Inglaterra. Mersenne, que fue el primero que llevó profesores a París, de un modo continuado, para tomar parte en discusiones científicas, murió en 1648. Nadie le sustituyó inmediatamente, mientras la Fronda hacía difícil la regularidad de las asambleas. Pero dos ilustres *maîtres des requêtes*[1] tomaron el relevo. Tenemos noticias de M. Le Pailleur, un buen matemático aficionado –su biblioteca, de 500 libros, carecía casi totalmente de teología, pero abundaba en tratados matemáticos antiguos y contemporáneos–, que celebró reuniones en su casa hasta que murió en 1654. El otro *maître des requêtes,* M. de Montmor, había comenzado a hacer lo mismo en 1653. Mantuvo abierto su salón científico durante muchos años, pero no contaba con el apoyo del doctor John Wilkins. Se conformaba con debates elocuentes en materias en que eran necesarios los experimentos prácticos, aunque los viajeros ingleses y holandeses admiraban lo que veían y escuchaban en sus reuniones. Pocos años después, individuos particulares franceses admitían, a su vez, que la fundación de la Royal Society, con su interés por la regularidad en los trabajos experimentales, constituía un paso adelante, digno de ser imitado. Colbert enfocó el problema desde el punto de vista del prestigio de Luis XIV, pero, tras algunas vacilaciones, respondió mucho más positivamente que cualquiera de los estadistas de Carlos II. Reunió a un pequeño número de matemáticos, astrónomos, anatomistas, con un químico y un botánico, apartándolos de los hombres doctos en literatura, a quienes la Corona protegía también. Les pagaba y les proporcionaba facilidades para un programa de investigación, previamente aprobado. Un ilustre grupo de médicos franceses empezó

muy pronto a publicar estudios «a los que podía ligarse, directamente, el moderno desarrollo de la anatomía comparada». Los matemáticos y los astrónomos, que tan activos se habían mostrado para alcanzar el apoyo de Colbert, le persuadían, mientras tanto, para que construyese un observatorio. Edificado en lo alto de Montparnasse, el observatorio, al principio, satisfizo más a su arquitecto que a los científicos, pero, bajo la dirección de G. D. Cassini, se convirtió rápidamente en un importante centro de discusión. También se hizo sentir con mayor fuerza la necesidad de una sistemática investigación y recopilación de datos procedentes de distintos puntos del globo, en especial de una latitud más próxima al ecuador que París. En consecuencia, Colbert y Luis financiaron la primera expedición científica moderna, en 1672, a Cayena, en la Guayana francesa. Sus resultados, unidos a los que Cassini y Jean Picard obtenían en el Observatorio, resolvieron muchos problemas, y plantearon otros. Pero este uso de los fondos del Estado, y el nombramiento de extranjeros eminentes como Huygens y Cassini en calidad de profesores pagados que iban a trabajar a París, no tenía equivalente en Inglaterra hasta que Carlos copió a Luis, incluso con la construcción de un modesto observatorio en Greenwich[2].

Por otra parte, el secretario de la Society de Londres, Henry Oldenburg de Bremen, comenzó a publicar sus *Philosophical Transactions* en 1665. Tuvo tanto éxito en la conquista de una reputación europea para la Royal Society, que los investigadores extranjeros se inclinaban cada vez más a enviarle sus obras para que fuesen transmitidas a un mundo cultural más amplio. Hombres como Malpighi en Bolonia y Leeuwenhoeck en Delft escribían a Londres, no a París.

Inmediatamente después de que la nueva fundación creada por Colbert comenzara sus trabajos, se disolvió la primera de las nuevas academias científicas que contaban con la

protección del rey. En Florencia, los experimentadores estimulados por la familia Medici se habían organizado formalmente en 1657. Esta Accademia del Cimento (la «Sociedad Experimental») llevó a cabo una admirable obra durante un periodo de diez años, y luego se dispersó, de modo que, por contraste, la decadencia intelectual de la corte toscana durante el largo reinado de Cosimo III (1670-1723) fue tanto más funesta. Las contribuciones italianas al progreso científico dependían, una vez más, del esplendor personal de los profesores de las antiguas universidades. Nadie en Europa haría mejor trabajo anatómico que Malpighi en Bolonia, en los Estados papales –ni usaría microscopios más complejos–, y fue también en Bolonia donde Cassini alcanzó la fama que indujo a Colbert a invitarle a establecerse en París. Pero, cualquiera que fuese el papel de unas personalidades altamente dotadas, el avance de la ciencia dependía ahora también de una actividad colectiva. Los descubrimientos tenían que ser confirmados, repitiendo la investigación en otras partes. O un equipo tenía que trabajar simultáneamente, con un solo hombre utilizando sus instrumentos (como en una disección), otro extendiendo los diagramas y un tercero conservando el informe escrito; se necesitaban ayudantes y testigos. Los que colaboraban para publicar la investigación llevada a cabo por un determinado «colegio privado» de médicos en Ámsterdam, entre 1664 y 1672, por otro grupo en Copenhague en 1673-1680, o durante un largo periodo por la «Academia de las Curiosidades de la Naturaleza» alemana, como las más famosas sociedades de Londres y de París, habían encontrado, realmente, una nueva forma de actividad intelectual. Este avance se contrapesaba con un poderoso impulso que, en algunos casos importantes, obligaba a los pensadores a retroceder desde las activas fronteras de la investigación científica. Pascal, el danés Nicholas Steno, que fue un adelantado en diversos campos, y el holandés Jan Swammerdam, que estudió con

notable habilidad la anatomía y la fisiología de los insectos: los tres abandonaron su trabajo después de una década, reprochándose por una labor durante demasiado tiempo malgastada, y abrazaron, una vez más, el universo concebido por los teólogos. Cada uno de estos grandes hombres, en la última etapa de su vida, estaba mucho más cerca del mundo del obispo Jansen o de Avvakum, de lo que en otro tiempo habría podido parecer.

EL MUNDO DE BERNINI

A pesar de su continuada importancia, los hombres de ciencia italianos estaban todavía oscurecidos por la tremenda vitalidad de los artistas italianos. Tras el largo reinado de Urbano VIII, Roma exhibía visiblemente los efectos de su poderoso patronazgo. Bernini había transformado ya el interior de la basílica de San Pedro, mediante la construcción del gran dosel o baldaquino bajo la cúpula de Miguel Ángel. Desde 1656, comenzó a situar en el ábside la antigua reliquia de la silla de San Pedro, realizando un proyecto que iba haciéndose más ambicioso e imaginativo, a medida que el trabajo avanzaba. Un asombroso complejo de mármol, bronce, estuco y cristal utilizaba la historia y los símbolos de la fe romana para convencer a los creyentes de que en aquel lugar, más que en ningún otro, debían percibir el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre el Padre y Su creación. Al propio tiempo, el acceso a la iglesia se ornaba con sus grandes columnatas curvas, coronadas por un ejército de santos y mártires esculpidos. Uno de los triunfos de Bernini, que impresionó a los artistas de muchas partes del mundo, durante largo tiempo, fue el de su ejecución y caracterización de aquellos santos, mártires y otras personas. Sus ropas, sus ojos notablemente hundidos, sus ángeles –o sus delfines y tritones, con el agua jugando sobre ellos en sus famosas fuentes romanas– llegaron a formar parte de un admitido acervo de imágenes comunes: incluso en la re-

mota Quebec, donde, en 1686, se colocó en la plaza del mercado una copia en bronce del busto de Luis XIV realizado por Bernini. Su extraordinario dominio de diferentes artes, y la combinación de ellas para alcanzar un efecto de armonía total, intensificaron el impulso para la creación de un nuevo marco estético en el que desempeñasen sus funciones los eclesiásticos o los miembros de la casa de un gran personaje. Era un ideal de vida pública no muy alejado de la curiosa visión de la Navidad de Milton:

> Y todo alrededor del Cortesano Establo,
> Ángeles de brillantes arneses, sentados en orden perdurable

Bernini solo fue el más dotado de muchos, que se trasladaron a Roma aprovechándose de la incansable búsqueda, por parte de sucesivas familias papales, de un prestigio conmemorado por la grandeza artística. Su rival en arquitectura, Borromini, tuvo mayor influencia sobre la generación siguiente en Italia y en otras partes. Su colega, el pintor Pietro da Cortona, indujo a incontables imitadores a cubrir las paredes y los techos de un modo que llevaba al ojo, insensiblemente, de las formas diseñadas por el arquitecto hacia la obra del propio pintor. El pilar de piedra y el pilar pintado se encontraban ahora juntos, inseparables y no siempre distinguibles. Por un dominio de la perspectiva y del escorzo, la bóveda o el techo parecían abrirse para representar el firmamento o el cielo pintados en las alturas.

El dinero se hizo más escaso en Roma después de 1650, pero la decadencia económica de Italia fue lenta para afectar a aquel movimiento antes de que Inocencio XI llegase a la conclusión a que su carácter austero le abocaba. Este pontífice puso fin a una notable época de patronazgo papal.

El empobrecimiento espoleó, sin duda, a los pintores italianos a buscar más ansiosamente encargos de los príncipes y de los nobles extranjeros durante sus viajes, y a salir de su patria en busca de trabajo. Pero la más intensa influencia exterior en una vasta zona al norte de los Alpes, que incluía

Austria, partes de Alemania, Bohemia, Hungría y Polonia occidentales, había sido, con gran diferencia, italiana. Una importante colonia de artesanos italianos trabajaba en Praga desde el reinado del emperador Rodolfo; antes de 1620 construyeron para los protestantes lo que se ha llamado «el primer edificio barroco» de la ciudad. Wallenstein encargó el primero de sus palacios en aquel estilo, y lo confió a un arquitecto y a pintores al fresco italianos. Su preponderancia continuaba indiscutida cuando el conde Czernin –que anteriormente había vivido en un círculo próximo a Bernini en Roma– pidió a Francesco Caratti, en 1668, que proyectase un palacio en Praga, que sigue siendo uno de los más bellos monumentos de aquel periodo en Europa. A lo largo de casi todo el siglo los ingenieros arquitectos, los albañiles, los tallistas y los estucadores italianos, especialmente procedentes de Como y de Bérgamo, aparecían dondequiera que se necesitara un edificio nuevo. Cuando el fuego causó graves destrozos en la catedral de Passau, en 1662, el obispo contrató con Carlo Lurago la reconstrucción de la fachada occidental de la nave y de todo el interior, en un estilo moderno; y el turista aún hoy puede ver el estuco de los maestros italianos del siglo XVII dentro del coro y su exterior gótico, más antiguo. Estaban también al servicio del emperador Leopoldo en Viena, haciendo decoraciones y maquinaria para las funciones teatrales de la corte o una nueva ala para su palacio. Se encontraban en Múnich y en Vilna. Trabajaban para la familia Esterházy en Hungría, para los Lobkowitz en Bohemia (véanse, en el cap. VI, «La soberanía en Hungría»). Solo Francia se libró de su predominio. Hasta después de 1680 los italianos no se encontraron con la rivalidad de otros arquitectos de igual mérito en Alemania y en Austria, donde los artesanos locales iban añadiendo, progresivamente, nuevas calidades a la gran cantidad de trabajos hechos a mano para la nobleza y para la Iglesia. Al fin, los españoles comenzaron también a construir más li-

bremente, aplicando una riqueza de nuevos adornos superficiales a las fachadas y consintiendo una pasión por la altura, maravillosamente expresada en los nuevos edificios del antiguo relicario de Santiago de Compostela.

Hay otro aspecto destacable de la inspiración italiana de este periodo. Mientras Bernini en la escultura, o Borromini en la edificación, se apartaban audazmente de las prácticas del pasado, hombres de gran talento estaban imprimiendo en el espíritu europeo una imagen estrictamente basada, según ellos creían, en modelos antiguos. Se trataba de los paisajes de la campiña romana. Los pintores estudiaban el escenario que rodeaba a Roma, pero luego lo transformaban mediante las convenciones que adoptaban. Estas fijaban el horizonte, la colocación de grupos de árboles más próximos y más distantes, con figuras humanas en primer término y un templo clásico al fondo o a un lado. En este marco, un idilio casi arcádico se convertía en el mundo de Claudio de Lorena. Cuando Felipe IV quiso cuadros en que se mostrasen ermitas solitarias para su nuevo retiro en las afueras de Madrid, el «Buen Retiro», se le aconsejó que recurriese a trabajos de aquel género. Un siglo después, los ingleses iban más lejos, y trataron conscientemente de recrear en la naturaleza el arte de Claudio, cuando trazaban de nuevo sus jardines. Esta visión de los pintores debe equipararse con otra diferente, más pública y elegante, en la Europa septentrional, bajo la influencia de Luis XIV. Allí, los jardines franceses se proyectaban para extenderse desde la explanada y los parterres situados ante la fachada de un palacio, hasta donde la vista alcanzase. Avenidas paralelas de jarrones esculpidos y de estatuas, de estanques y de fuentes –con diagonales y encrucijadas cuidadosamente planeadas para dar variedad a cada proyecto–, se cerraban después con setos recortados, con árboles y, por último, con los claros y las espesuras del bosque circundante. Este era el mundo creado por André Le Nôtre para Fouquet en Vaux-le-

Vicomte; para Condé, en Chantilly; para Colbert, en Sceaux y, especialmente, para el propio Luis, en Versalles. Esto modificaba el más dramático estilo italiano de aquel tiempo, en el que las callejuelas y las corrientes de agua artificiales se excavaban, paso a paso, escalando las laderas terraplenadas; donde los visitantes o los viajeros extranjeros, como John Evelyn, treparían hasta la cima y mirarían hacia abajo con anticipado deleite, a través de los cipreses, descubriendo una «villa» a lo lejos, a sus pies. Pero el eco de la antigua Roma, subrayado por la estatuaria del jardín y por los órdenes clásicos de cada edificio de piedra a la vista, persistía en ambos estilos. Esta observación era inevitable. Ninguna otra cosa habría satisfecho a los arquitectos, a los príncipes ni al público, para quienes algunos de los más grandes entretenimientos contemporáneos se representaban al aire libre, en los «teatros verdes» de un jardín como Versalles, en los que colaboraban bailarines y comediantes aficionados con actores y músicos profesionales.

De la Bolonia papal a la Roma papal habían acudido muchos jóvenes artistas para hacerse un nombre. Los amantes de la música de finales del siglo XVII tenían una deuda igual con Bolonia. Porque allí, en la austera y antigua iglesia de San Petronio, e inspirada por la Academia Filarmónica (desde 1664), estaba la más grande de las escuelas contemporáneas de ejecución instrumental y de composición. Para acompañar los servicios se reunían dos órganos, un coro, un *concerto grosso* de cuerdas y trompetas, juntamente con un pequeño grupo de solistas. Los violines perfeccionados, construidos en Cremona y en Brescia, aspiraban a un predominio en la orquesta. Finalmente, esta escuela influyó en muchas clases de música, incluyendo las representaciones en los nuevos teatros de ópera de las ciudades italianas. Una distinguida sucesión de expertos –entre ellos, Bernini– no solo había dado a la escenografía y a la maquinaria escénica la facilidad de crear un nuevo mundo de ficción, de

fantasía constantemente transformada; habían abordado el problema de producir funciones teatrales en que se combinaban la música, el drama y el espectáculo en distintos grados. Las salas de banquetes y las pistas de tenis adaptadas para ese fin, o los viejos teatros sin techo de Londres y de París, que prestaban poca atención a los problemas de acústica o de perspectiva, eran ya insuficientes. La solución tenía que ser un nuevo edificio, claramente dividido (por un arco proscenio y un espacio para la orquesta) entre el escenario y el auditórium. Este auditórium, generalmente con una planta de herradura, contenía filas de palcos para quienes los poseían (y, a menudo, los alquilaban), y una platea y galerías para el público que pagaba por entrar. Suele decirse que el arte barroco es teatral. La más moderna contribución barroca a la sociedad civilizada fue, en realidad, este tipo de teatro y de salas de ópera. En ellos, las pasiones evidentemente corrosivas en el mundo exterior han sido resueltas desde entonces, o por lo menos aliviadas durante unas horas. En todo caso, las rudezas de la condición humana, de la política y de la guerra no fueron fácilmente olvidadas en los días de Inocencio XI, de Louvois y de Titus Oates.

[1] Magistrados que desempeñaban el cargo de ponentes en el Consejo de Estado. *[N. del T.]*

[2] El viaje de Edmond Halley a Santa Elena, en 1677, para confeccionar un mapa de las constelaciones del hemisferio meridional, fue financiado privadamente, aunque una orden del rey dio al joven la ventaja de una navegación gratuita en un barco de la Compañía de las Indias Orientales.

IX. LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA DE LUIS XIV (1660-1680)

EL INTERÉS FRANCÉS EN EUROPA

Una visión tradicional de la monarquía de Luis XIV consta de soldados y diplomáticos combinándose a las órdenes del rey para librar guerras y hacer tratados que anexionaban nuevos territorios a Francia. Tal visión es bastante exacta. En los veinticinco años siguientes a 1660, ningún otro gobernante occidental pudo enorgullecerse de una expansión en aquella escala, a la vez que, después de 1688, veinticinco años de luchas defensivas demostraron que la mayor parte de aquellas conquistas francesas eran permanentes. Artois, y partes de Flandes, Henao, Luxemburgo, el Franco Condado, Alsacia y gran parte de Lorena habían sido arrebatadas a España y al imperio. Nuevas fortificaciones y el más grande ejército en armas de Europa las defendían. El sistema de Estados de Occidente había sido alterado hasta tal punto que solo una alianza de las grandes y de las pequeñas potencias sería capaz de alcanzar un equilibrio de poder con la monarquía francesa; y, como todos los políticos comprobaban, las alianzas eran terriblemente difíciles de mantener contra un adversario a cuyos recursos, llegado el caso, difícilmente podía oponerse resistencia en el campo de batalla. La convicción general acerca de esto fue utilizada, una y otra vez, por los diplomáticos franceses ya para disuadir a los Estados de unir sus fuerzas contra Luis, ya para dividir las asociaciones cuya formación no habían podido impedir en una fase anterior. A la excelencia de su organización militar y diplomática, Luis XIV unía otra ventaja: sus cuantiosísimas rentas, basadas en una gran población y en muchas fértiles provincias, así como en su reconocido derecho a imponerles contribuciones, no solamente le permitían mantener numerosas tropas y barcos, sino que podía

hacer frente a las subvenciones a príncipes extranjeros y sobornar a los políticos de otros países que se plegasen a sus deseos.

Muy importante también fue la confirmación de la autoridad real en Francia después de la Fronda, que se produjo cuando la dinastía rival de los Habsburgo había perdido la facultad de utilizar los recursos austríacos, españoles o italianos –en todo caso, muy disminuidos– para defender un cinturón de territorio vital al oeste del valle del Rin, que iba desde Suiza hasta el mar del Norte. Es cierto que los Países Bajos meridionales, Luxemburgo y el Franco Condado seguían sometidos a Felipe IV. Alsacia y la mayor parte de Lorena continuaban perteneciendo al imperio. Pero cada uno de estos territorios, al igual que una multitud de señoríos menores situados en la orilla izquierda del Rin, estaba ahora prácticamente indefenso. El virrey español de los Países Bajos, con un ejército de considerable fuerza sobre el papel y con muchas ciudades fortificadas bajo su mando, poca o ninguna ayuda recibiría de España en el futuro. En cuanto a los Estados alemanes, la lucha anterior a 1648 les dejó con un bien fundado prejuicio en contra de los Habsburgo, que ayudaron a crear la Liga del Rin en 1658. Solo en un punto estaban de acuerdo los renanos: se combinarían entre sí, y con cualquier otro poder, para impedir el paso de las fuerzas de los Habsburgo a través de Alemania hacia los Países Bajos. En 1657-1659 y 1665-1668 estaban dispuestos a aceptar las conquistas francesas en Flandes: no estaban dispuestos a permitir que Leopoldo ayudase a proteger aquella avanzada española. Por razones similares, Lorena y el Franco Condado no estaban mejor situados. Franz Lisola, un incansable enviado de los Habsburgo, trataba desesperadamente de alertar a los gobiernos mediante su diplomacia y a la opinión pública mediante sus panfletos con el espantajo de la dominación francesa sobre Europa. No pudo salvar a su tierra natal, el Franco Condado, de un

destino inevitable. Luis lo invadió en 1668, lo perdió, lo conquistó nuevamente en 1674 y lo conservó luego sin devolverlo.

Otra área vecina de gran interés para el gobierno francés era Suiza. Las poderosas suspicacias locales y la descuidada organización federal de los cantones ofrecían a Luis XIV una oportunidad de utilizar el mismo tipo de astucia diplomática que había puesto en práctica más al Norte. Durante el siglo anterior los negociadores franceses, en lucha con el virrey español de Milán, que trataba de hacer lo mismo, habían establecido fuertes lazos con familias privadas o con partidos en la mayoría de los cantones, tanto protestantes como católicos. Un nuevo y elaborado convenio se fraguó en el tratado franco-suizo de 1663, uno de los más provechosos éxitos de Lionne. Este tratado nunca alcanzó la fama de los pactos de Luis con Inglaterra en 1670, con Suecia en 1672 o con Brandemburgo en 1679; pero aquella alianza fue, en realidad, un elemento cardinal en las relaciones de París con el resto de Europa. Sobre todo, porque la diplomacia francesa y el dinero francés –incluyendo sumas pagadas por adelantado, sumas debidas, pero retenidas hasta que se concertasen ulteriores tratados, y pensiones para personas elegidas– se aseguraban que, a través del estrecho corredor de Gex, entre el Franco Condado español y el ducado de Saboya del duque de Piamonte, seguirían entrando en Francia tropas voluntarias suizas para servir en el ejército de Luis. Si las autoridades cantonales pusiesen obstáculos, Louvois utilizaría a funcionarios aislados, como el conocido Pierre Stouppa, para llevar a cabo reclutamientos sin carácter oficial. La insistente necesidad de los suizos de alcanzar un medio de vida en el extranjero era parcialmente satisfecha por la necesidad de mano de obra del propio Luis XIV. En la década de 1660, España todavía lograba reclutar tropas suizas, especialmente de los Grisones. En la de 1690, los cantones protestantes enviaron grandes contin-

gentes para luchar al mando de Guillermo de Orange. Pero entre estas dos décadas Francia agotó la reserva suiza, y 20.000 soldados suizos con sus sustitutos lucharon por el rey entre 1672 y 1679.

Los cantones ayudaron a París en una cuestión no menos vital que la del reclutamiento. Lionne, en 1665, soslayó una petición en el sentido de que Luis XIV garantizase el existente estatus del Franco Condado. Los franceses siempre trataron de impedir que los suizos adoptasen ninguna acción positiva para defender lo que podía ser considerado, discutiblemente, como uno de sus intereses vitales: la existencia del Franco Condado como un provechoso amortiguador entre ellos y Francia. Los cantones nunca reaccionaron como reaccionaron los holandeses ante la expansión francesa en los Países Bajos españoles.

En una zona lejana, Francia jugaba a ganar en el conflicto en dos áreas remotas que perturbaban a su rival Habsburgo. Austria tenía que atender al Este para enfrentarse con los problemas de Hungría y Transilvania, y el gobierno español se negaba tercamente a ceder ante el «rebelde» Portugal. La diplomacia francesa en la década de 1660 atizaba estos dos fuegos, y, por lo menos en el caso de Portugal, el embajador de Luis en Madrid desempeñaba un papel positivo, persuadiendo a los españoles de que no se comprometiesen. La alianza angloportuguesa debió mucho al apoyo francés. Un general del ejército francés, Schomberg, mandaba las tropas que defendían Lisboa[1]. Todos los gobiernos de Europa que acariciaban el proyecto de una coalición antifrancesa y de una defensa común de los Países Bajos españoles tenían que vérselas con el profundo desinterés de los españoles por aquella región, mientras luchaban inútilmente por recuperar Portugal. En cuanto a los magiares y a los turcos, los enviados de Luis estimulaban sus tendencias anti-Habsburgo, pero esta parte de su sistema diplomático

había de ser más plenamente desarrollada en fecha posterior. Entonces tuvo ya la virtud de alarmar a los vieneses. Las dificultades con Portugal y con Hungría separaban hábilmente a España y a Austria. Madrid apremiaba a Viena para que hiciese concesiones a los turcos, con el fin de que las tropas pudieran quedar libres para su empleo en la Europa occidental. Viena apremiaba a Madrid para que negociase con los portugueses, con el fin de liberar los intereses de los Habsburgo, como conjunto, de lo que los austríacos consideraban como una pesadilla inútil. Las relaciones entre las dos cortes fueron muy tensas desde 1658 hasta 1666, en que los españoles, al fin, cumplieron una antigua promesa y enviaron a la joven infanta Margarita a Viena, para su matrimonio con Leopoldo. Aun después de esto, los franceses aprovecharon la influencia sobre la administración de Leopoldo de los estadistas que veían la unión con España como un peligroso riesgo, que no debía permitirse que apartase al emperador de su real deber: atender a Hungría y hacer todos los esfuerzos posibles para concertar con Luis XIV una partición del imperio español cuando muriese Carlos II. El hombre que en Viena había aventurado antes su política futura sobre la alianza con España, el príncipe Auersperg, se unía a aquel grupo en 1667. Era el suyo un motivo personal, pero la impotencia de la reunida Casa de Austria era para él evidente en aquel momento.

Sobre todo, Luis XIV esperaba beneficiarse de la rivalidad comercial de Inglaterra y Holanda. El antagonismo de estos dos países predominaba sobre cualquier otro motivo que hubiera podido unirles. Luis, por lo tanto, pudo maniobrar cómodamente, pero, en principio, concedía un valor más alto a la alianza franco-holandesa (renovada en 1662) que a la amistad anglo-francesa. Podía esperarse que De Witt desempeñase un papel más importante que los ingleses para fijar, de acuerdo con los deseos franceses, el fu-

turo de los Países Bajos españoles, sobre los que Luis y Lionne tenían puestos sus ojos.

LA SUCESIÓN ESPAÑOLA: LUIS XIV

El historiador Mignet, en 1835, sugería que «la sucesión española fue el pivote sobre el que giró todo el reinado de Luis XIV». Más exactamente, fue el eje de la política exterior francesa, inmediatamente antes y después de la muerte de Felipe IV, en septiembre de 1665, y también en el periodo anterior y posterior a la muerte de Carlos II, en noviembre de 1700, con un largo intervalo en medio. Pocos dudaban de que el matrimonio de Luis con María Teresa, único vástago superviviente del primer matrimonio de Felipe, aun admitida su formal renuncia a la sucesión, daba a Francia una poderosa palanca en España; pero su importancia dependía de la supervivencia o de la muerte de los hijos de Felipe por su segundo matrimonio[2]. Carlos II nació en noviembre de 1661 y, por lo tanto, debe admitirse que la política de Europa giró, hasta un curioso punto, alrededor de la constante decadencia física de Felipe IV y de la salud de un muchacho terriblemente enfermizo.

De Witt estaba dispuesto a estudiar cambios de muy largo alcance en los Países Bajos, a fin de adelantarse a cambios todavía mayores que podrían perjudicar la seguridad holandesa, si Carlos moría y Luis llevaba sus pretensiones hasta el límite. En 1663 ofreció una partición, que establecería una nueva frontera entre Francia y Holanda, a lo largo de una línea entre Ostende y Maastricht, correspondiendo a Francia todos los territorios situados al sur de esa línea. Otra propuesta fue la de una nueva república independiente, que se federaría con las Provincias Unidas, pero aliada con Francia. Pronto quedó claro que De Witt estaba seriamente interesado en proyectos de esta clase solo si morían los dos, Felipe y Carlos. Estaba igualmente claro –acaso él contaba con esta dificultad como con un conveniente con-

tratiempo– que muchos políticos holandeses desaprobaban sus proyectos. Estos dudaban de la base legal del derecho de María Teresa. No estaban de acuerdo con el razonamiento de Luis, según el cual la renuncia de su mujer a ese derecho dependía de un puntual pago de la dote, y que España no lo había cumplido; ni con otra tesis de Luis, más alarmante, según la cual ninguna acción civil (como los términos de su contrato de matrimonio) podía destruir un derecho natural. Como Carlos no sirvió al francés, muriendo inmediatamente, Luis se encontró obligado a retroceder a una justificación más limitada y, evidentemente, menos aceptable. «Devolución» era la ley de herencia en ciertas partes de los Países Bajos, por la cual la propiedad correspondía a los hijos de un primer matrimonio, y al progenitor viudo se le concedían solo derechos de ocupación temporales. Luis y Lionne ordenaron ahora a sus consejeros jurídicos que aplicasen aquella ley al caso de María Teresa y Carlos: la reina de Francia tenía títulos para la plena e inmediata posesión de los Países Bajos españoles, o de cualquier parte de ellos que el francés decidiese reclamar, a la muerte de Felipe IV. Carlos no tenía allí derechos contra su media hermana y contra los hijos de esta, aun cuando él sobreviviese para suceder a su padre en el resto del imperio español. De Witt replicó rápidamente que la «devolución» nunca había sido aplicada a la sucesión de los príncipes borgoñones, y las negociaciones sobre esta cuestión fracasaron antes de finales de 1663. La guerra anglo-holandesa comenzó en 1664, y Luis no negó que estaba decidido a ayudar a De Witt.

Cuando Felipe murió y el infante Carlos ocupó su lugar, en el otoño de 1665, el francés expuso públicamente su derecho de «devolución». La declaración bastó para poner en movimiento una campaña en favor de lo que el rey y el interés militar de Francia demandaban. Esta campaña era un sustitutivo muy débil del derecho que se derivaría del ma-

trimonio de Luis, si Carlos hubiese muerto. En ese caso, el trastorno en Europa y el reajuste de fronteras habrían sido mucho más profundos, y una gran parte de su acción política de muchos años era un sustitutivo de los pasos que habría dado para reclamar la gigantesca herencia de su mujer a la muerte de Carlos. Lo que realmente ocurrió puede haber beneficiado a Francia, ya que no a la monarquía francesa, limitando las posibilidades de engrandecimiento. Sin el cheque en blanco que él había esperado, Luis aprendió a actuar con prudencia en sus tratos con los Estados extranjeros, en la primera década de su gobierno personal. Prestó oídos a Lionne, que era extremado en su aversión a los papas; pero, en otras esferas, unía un sentido de la resolución a un instinto de habilidad diplomática. Y dio una oportunidad a Colbert.

La fase durante la cual el rey proclamaba el derecho de «devolución» de María Teresa sobre los Países Bajos españoles coincidió con su creciente entusiasmo por el ejército, e incluso lo estimuló. En 1658, Luis había hecho su primera visita al teatro de guerra belga, y esto vino a sentar un precedente en una medida que nunca alcanzó su largo viaje al Sur, en 1659-1660. En 1662 visitó Dunkerque. En 1665, cuando la muerte de Felipe fue la señal para la acción, comenzó a pensar en un nuevo papel que él podría desempeñar como actor real: el monarca que deja sus palacios en la región de París en primavera y emprende una fácil excursión hacia el Norte para pasar revista a los campamentos de sus soldados en las llanuras de Picardía, para tomar parte en los ejercicios militares, recompensar a los capitanes de las mejores compañías e inspeccionar las nuevas fortificaciones en marcha. Un pequeño paso más allá le habría llevado a territorio de los Habsburgo. Fue una muestra de su prudencia diplomática que no entrase inmediatamente en los Países Bajos, tras la muerte de Felipe. No deseaba arrojar a España en brazos de Inglaterra, un Estado que se en-

contraba ya en guerra con su aliada Holanda. Fue una muestra de su nueva inclinación militar que no solo sancionase la creación de muchos nuevos regimientos de caballería y los agregase al gran número de compañías en los regimientos de a pie, a finales de 1665; inició también la gran serie de revistas reales en 1666. Algunas de estas tuvieron lugar cerca de París. El pueblo y la corte se congregaban para verlas. Fue entonces cuando Louvois, hijo del ministro de la Guerra, entró en más estrecho contacto con Luis, dirigió una gran parte del minucioso trabajo de movilización y provocó la violenta desaprobación de Colbert. El interventor general deploraba la carga de tales medidas sobre los paisanos de la Francia septentrional, cuando grandes unidades de hombres cruzaban y volvían a cruzar aquellas tierras para sus distintos *rendez-vous.* No veía con buenos ojos el aparato extravagantemente espléndido que el rey exigía para aquellos ejercicios marciales.

Frecuentemente se ha dicho que un enemigo en la frontera de los Países Bajos, en los tiempos de Richelieu y de Mazarino, estaba peligrosamente próximo a París. La seguridad del Estado requería que la frontera se alejase. Pero esta proximidad era conveniente para Luis, que necesitaba un estilo de vida que le permitiese dominar a su corte y a la capital, y aparecer como un rey soldado que capitaneaba sus fuerzas a través de la frontera, ganaba fama por sus victorias y luego regresaba a París, antes de que el periodo de campaña terminase. Las distancias determinaban los itinerarios. También se dice que Luis apenas podía concebir la guerra más que como una sucesión de asedios, con ingenieros como Vauban a su lado, para garantizar el éxito. Pero, en 1667, los españoles no tenían un ejército capaz de enfrentarse a los franceses en el campo de batalla, y fue su debilidad la que tendía a reducir la guerra al ataque y a la defensa de plazas fortificadas. La actitud de Luis XIV se debía más a la compañía que frecuentaba. En aquel periodo

recibía muchas visitas de Turenne, y decidió emplear, una vez más, el genio militar de Condé. Aquellos grandes representantes de una aristocracia de príncipes guerreros ya no podían negar, como habían hecho en el pasado, la alianza de rebelión y traición; pero veneraban todavía un código de valores que consideraba como valor supremo el del caudillaje en medio de las conmociones de la guerra. El concepto de la gloria de Luis estaba, en parte, conformado por aquellos hombres. Más adelante lo fusionó con la actitud de Louvois, que daba mucha más importancia al volumen y a la disciplina de un ejército –resultados de la celosa competencia de administradores civiles como él– que a la aureola de mando de unos generales que él encontraba tan difíciles de controlar. Ni el rey, ni Turenne, ni Louvois, a juzgar por sus correspondencias, consideraban a las masas trabajadoras ni a los soldados rasos más que como peones en el gran juego de Marte.

LA GUERRA DE 1667-1668 Y LA TRIPLE ALIANZA

Luis pudo haberse sentido decepcionado por el Tratado de Breda, que ponía fin a la segunda guerra anglo-holandesa, en 1667, pero su decisión de atacar a los Países Bajos españoles no dependió de las inciertas relaciones de Londres y La Haya en aquella fecha. Sus fuerzas ya estaban dispuestas, y él necesitaba utilizarlas. Se envió a Madrid una lista completa de reivindicaciones, que incluía Amberes, Limburgo, Malinas, Güeldres –todas muy lejos, hacia el Norte–, Namur, Artois, Brabante, Cambrai, Henao, una cuarta parte de Luxemburgo y una tercera del Franco Condado. Luis reclamaba todo aquello, o una alternativa equivalente, como derecho de su mujer. Sin dar tiempo a una respuesta, él y Turenne, acompañados por Louvois y por numerosas fuerzas, entraron en Bélgica en septiembre de 1667.

A finales de mes habían caído en su poder unas doce plazas, grandes y pequeñas. Toda el área parecía un tablero de

ajedrez. España perdió muchas piezas en diferentes zonas, pero conservaba avanzadas en los territorios ahora dominados por el enemigo. Mientras tanto, Luis proyectaba un nuevo movimiento que Condé llevó a cabo en febrero de 1668: el príncipe ocupó el Franco Condado por la fuerza. El exuberante humor de Luis en aquel momento está inmejorablemente resumido en parte de una carta que escribió el 20 de septiembre de 1667: «Quiero tener todo dispuesto para la próxima campaña, con el fin de alcanzar la meta que me he propuesto. Trato de arreglar las cosas convenientemente, y no ahorraré ningún trabajo. Examino ideas que no son, en absoluto, impracticables: ¡son maravillosas!»[3]. Turenne y Louvois esperaban con igual vehemencia la gran actividad militar del año siguiente, y Louvois parece haber confiado en que, en el futuro, el abastecimiento y la paga de las tropas francesas podría encontrarse en Flandes, mediante la ocupación de una parte suficiente del país. Esto acallaría las objeciones de Colbert, y facilitaría el esfuerzo de la retirada de los regimientos a los cuarteles de invierno en Francia.

Durante 1667, otro ejército francés había sido apostado en la zona que rodea a Metz y a Verdún para defenderla contra el peligro de que el emperador Leopoldo enviase tropas a los Países Bajos, a través de Alemania. Todos los adversarios de Francia en Europa lo deseaban, y todos los enviados franceses en las cortes extranjeras hacían cuanto estaba en sus manos para fomentar la oposición a tal proyecto. Gremonville, en Viena, tenía que desempeñar el papel más importante. Leopoldo, después de muchas vacilaciones, mientras vigilaba los signos de crecientes disturbios en Hungría y hacía ofertas de tanteo en favor de una alianza antifrancesa en La Haya, en Londres, en Berlín y en Estocolmo, sin comprometerse nunca con una propuesta firme, acabó autorizando a sus ministros a que negociasen con Gremonville. Un tratado secreto del 20 de enero de 1668

aseguraba el consentimiento del emperador para un arreglo de la disputa de Luis con España, aunque, mediante aquel tratado, ciertas ciudades serían entregadas a Francia. Leopoldo se comprometía a no intervenir en Bélgica. En cuanto a la cuestión más amplia de la sucesión española si Carlos moría sin hijos, y para evitar futuras guerras –declaraban los firmantes–, corresponderían a Luis los Países Bajos españoles, el Franco Condado, Navarra (en España), las Filipinas, las plazas españolas en África, Nápoles y Sicilia. Todo lo demás fue asignado a Leopoldo. En realidad, el gobierno austríaco había decidido no oponerse a los franceses durante la crisis existente y, en un plazo más largo, renunciar a sus intereses en todos los Países Bajos y en el Franco Condado. Las futuras ganancias de Luis eran enormes, aunque tenía que jugar aún con la pronta muerte de Carlos. Leopoldo, al menos de momento, no podía hacer nada.

Simultáneamente (tras la caída del poder del lord canciller Clarendon), los políticos ingleses se dividían entre aquellos cuya más fuerte tendencia seguía siendo antiholandesa, y otros que temían al creciente poderío de Francia. El nuevo embajador de Luis en Londres, el protestante Ruvigny, se enfrentó con Lisola, enviado de Leopoldo, que constantemente iba más allá de las órdenes de su señor, trabajando en favor de una coalición antifrancesa. Ruvigny no consiguió refrenar a Carlos II, porque no estaba autorizado a conceder lo que los ministros ingleses pedían –una liga ofensiva y defensiva contra los holandeses y un tratado comercial–, de modo que sir William Temple recibió instrucciones para concluir una alianza ofensiva con De Witt. De Witt necesitaba un arreglo en Bélgica, no una explosión; y rebajó la oferta. La alianza de 13 de enero de 1668, llamada después la Triple Alianza, tras la unión de Suecia, confirmó el Tratado de Breda. Una cláusula pública obligaba a los signatarios, juntamente con otros Estados amigos, a forzar a España a un arreglo pacífico. Una cláusula secreta obligaba

a los Estados aliados a unirse a España si Francia, por su parte, rechazaba la propuesta, y, en ese caso, a restablecer por la fuerza las fronteras de Bélgica fijadas por el tratado de 1659. Era una amenaza para los españoles, pero no ocultaba una advertencia a Luis XIV, que se enteró de la cláusula secreta casi inmediatamente. De Witt había abandonado ahora la idea de obligar a los franceses a renunciar al derecho de María Teresa. En cambio, buscaba la garantía bien fundada de un nuevo arreglo en Bélgica, que concediese a Luis bastante, pero –desde el punto de vista holandés– no demasiado. Además de los ingleses Arlington y Temple, y también Lisola, el holandés Van Beuningen, que había regresado recientemente de París, era ahora un implacable adversario de los franceses. Las nuevas y draconianas tarifas de Colbert de 1667, y el permanente crecimiento de Dunkerque como puerto fortificado, alarmaban profundamente a los intereses comerciales en Ámsterdam, que Van Beuningen representaba.

Desde el punto de vista de París, esta crisis sigue siendo un enigma que los historiadores nunca han descifrado convincentemente. Estos señalan que el secreto acuerdo con Leopoldo daba a Luis todo lo que él necesitaba en aquella parte de Europa, si de momento conservaba sus manos quietas. Advierten que la alianza anglo-holandesa enfrentaba a Francia con una disyunción entre hacer la paz, en condiciones razonables, y resistir a una coalición de fuerzas que podrían unirse a los españoles y conseguir apoyos en otras partes; Lisboa estaba, al fin, acercándose a un acuerdo con Madrid, y Estocolmo había hecho un viraje, alejándose de París. El propio Luis aseguraba, más adelante, que en aquel momento prefirió ser prudente y moderado. Pero a finales de enero se firmaba el tratado austríaco, simultáneamente se anunciaba el acuerdo anglo-holandés y, sin embargo, las tropas francesas ocupaban triunfalmente el Franco Condado en febrero. Se hicieron intensos preparativos, con el fin

de reanudar la lucha en Bélgica. Aunque había buenos argumentos en favor de la paz, lo cierto es que, a principios de marzo de 1668, pocos observadores informados creían, en la corte francesa, que el rey abandonaría, gustoso, el proyecto de otra agradable lucha de temporada.

Parece que Luis, en el último minuto, cambió de idea, prefiriendo los puntos de vista de Colbert y de Lionne a los de Turenne. Uno quería limitar los gastos; el otro se inclinaba a utilizar las armas de la diplomacia, más bien que las de la guerra; y, con fecha 2 de mayo de 1668, en Aix-la-Chapelle, se firmó un nuevo tratado franco-español. Los franceses devolvían el Franco Condado, sabedores de que eran suficientemente fuertes para entrar de nuevo en él cuando quisiesen. (Después del tratado, y antes de marcharse, siguieron demoliendo plazas fortificadas en aquella región.) Conservaban sus conquistas en Bélgica, de las que Lille era, sin duda alguna, la más importante. Durante los cinco años siguientes no hubo en aquella área nada que se pareciese a una auténtica frontera. Avanzadas como Oudenarde y Tournai amenazaban a las plazas españolas de Bruselas y Gante. Una cuña de territorio español separaba a Dunkerque de Lille, mientras Cambrai y Saint-Omer seguían siendo también españolas.

Mirado retrospectivamente, todo esto parece un arreglo provisional que anunciaba un nuevo avance francés. Pero unos límites confusos pueden durar mucho tiempo si los sostiene un equilibrio de poder suficientemente estable, y Luis no tardó en comprobar que él avanzaría muy poco más mientras Carlos viviese, a menos que lograse reajustar en favor suyo todo el sistema diplomático de la Europa occidental. Posiblemente, cometió uno de sus más grandes errores. El reajuste no habría sido necesario si él hubiese continuado la guerra en 1668. La alianza anglo-holandesa era demasiado frágil, y los Estados alemanes no tenían inte-

rés alguno por los Países Bajos españoles. Al aceptar el Tratado de Aix-la-Chapelle estimulaba, sin saberlo, los intereses opuestos a Francia. Se sentaba una base para todas las sucesivas alianzas contra la monarquía francesa, y se alentaba la idea de una resistencia necesaria frente a Luis. Van Beuningen, Temple y Lisola fueron, a su modo, los precursores de un movimiento. Lionne creía que le sería más fácil romper la nueva y sorprendente alianza anglo-holandesa, una vez lograda la paz, que si la lucha continuase. No obstante, tuvo que luchar, larga y duramente, hasta conseguir que el escenario estuviese dispuesto, a satisfacción de Luis y de sí mismo, para la próxima guerra importante sobre los Países Bajos.

LA DIPLOMACIA DE LIONNE

El rey de Francia gozaba de una ventaja enorme. La subordinación de la corte era completa; ningún Estado extranjero podía aprovecharse de la fricción entre ministros, o incitar una intriga francesa contra otra. La posibilidad de traición o de rebelión se había desvanecido bajo tan eficaz autócrata. En Inglaterra, en las Provincias Unidas y en Suecia, signatarias de la Triple Alianza, la situación interior era totalmente distinta. El constitucionalismo significaba guerra de partidos, e implicaba alineamientos partidistas en el extranjero. Suponía también un perpetuo freno a los gastos militares. Las tropas y los barcos de guerra, así como el uso que de ellos se hacía, pasaban fácilmente a depender parcialmente de la ayuda extranjera.

Ya en agosto de 1668, Lionne daba instrucciones a un nuevo embajador francés en Londres, Colbert de Croissy, cuya misión consistía en romper la alianza anglo-holandesa y en incitar a Carlos II a una alianza con Francia. El embajador llegó a Londres cuando el restaurado régimen de los Estuardo había perdido gran parte de su apoyo popular. Carlos estaba totalmente decidido a asegurar su autoridad

personal, en la diplomacia y en la administración interna, aun cuando no podía controlar al Parlamento. En parte por esta razón, en parte porque la rivalidad anglo-holandesa aún no había perdido más que una pequeña carga de su antiguo veneno, en parte porque Luis le hacía ofertas de dinero contante y sonante, Carlos se comprometió, en 1670, en el proyecto de un asalto combinado contra las Provincias Unidas. Ambos gobernantes convinieron en dejar intactos los Países Bajos españoles. En febrero de 1669, un nuevo embajador, Pomponne, se presentó también en La Haya, aunque con instrucciones muy diferentes de las de Colbert de Croissy. Debía escuchar todas las ofertas de De Witt, en caso de que la continua fricción entre ingleses y holandeses, y los temores de De Witt de que los intereses de los Orange en Holanda pudieran llegar a un acuerdo con Carlos II, obligasen al gobierno holandés a pedir ayuda a Francia; pero Pomponne nunca contraería para Luis ninguna forma de compromiso acerca de los Países Bajos españoles. A finales de 1669 estaba perfectamente claro que no era posible acuerdo alguno sobre este crítico problema.

La política francesa admitía ahora –lo que nunca había hecho antes– que la futura expansión y el prestigio de la monarquía dependían de la derrota de los holandeses. Esto revelaba un cambio de puntos de vista, que acarrearía profundas consecuencias. El nuevo antagonismo daría nuevos impulsos a la lucha entre católicos y protestantes, y privaría a los hugonotes franceses de una importante y práctica defensa de su posición en el interior de Francia. Entrelazaría un conflicto entre ideales políticos rivales con la lucha secular entre Estados o alianzas rivales. Mas inmediatamente, la rivalidad comercial franco-holandesa se agudizaría a causa de la creciente fricción. A pesar de la convicción de Colbert de que la economía francesa debía liberarse de la pesadilla del dominio holandés, los dos países habían actuado a la perfección, juntamente, en las primeras fases de la guerra

anglo-holandesa de 1664-1667. Con el estímulo de Colbert, los barcos holandeses llevaban pabellón francés para protegerse contra los ataques ingleses, y, cuando Luis entró en la lucha, la sal y el vino franceses continuaron llegando a los mercados extranjeros gracias a los holandeses. Solo cuando la guerra de 1672 pareció más próxima, el interventor general pensó en las ventajas económicas de una victoria militar. Buscaba unas condiciones de paz que permitiesen a sus compañías comerciales desplazar a la Compañía de las Indias Orientales holandesa en una parte del mundo, y a otros comerciantes holandeses en otras partes. Soñaba con hacer doblar la rodilla al imperio comercial adversario. Pero no hay pruebas de que él decidiese la política exterior francesa después de 1668, y nunca dejó de escatimar la carga de impuestos que el aumento de las fuerzas militares requería. El interés comercial tenía un peso más decisivo del lado holandés. Dunker; que en manos francesas era bastante malo. Si Amberes seguía el mismo camino, ni Ámsterdam ni las ciudades de Zelandia podrían esperar que el gobierno francés cumpliese las cláusulas del tratado de 1648 entre España y los Países Bajos unidos, que restringían la libertad del comercio belga.

Como las oportunidades de un acuerdo amistoso fracasaron después de 1668, los holandeses tenían que confiar en mantener un equilibrio de poder suficientemente favorable para disuadir a Luis XIV. Van Beuningen, mucho más que De Witt, tenía puesta su fe en la Triple Alianza. Muy gradualmente, con la garantía del tratado de Aix-la-Chapelle como centro, aquella alianza parecía ir haciéndose más fuerte. España entró en el regateo. Las demandas de subvenciones por parte de Suecia fueron, al fin, satisfechas, al menos sobre el papel. Se determinaron las fuerzas que cada signatario pondría en el campo de batalla, en caso de necesidad. En mayo de 1669 se firmó un acuerdo formal, y en enero de 1670 otro. Pero los holandeses no se daban cuenta

de que la corte inglesa estaba comprometiéndose, secretamente, para un ataque a Holanda.

Al mismo tiempo, Lionne y Luis tropezaban con grandes dificultades en Alemania. Los primeros síntomas de auténtica inquietud ante el creciente poderío francés comenzaron a manifestarse a través de la Renania, cuando el ataque al Franco Condado, en 1668, fue seguido de incursiones de castigo contra el duque de Lorena, en 1669 y 1670. El elector de Maguncia, eficaz artífice de la Liga de 1658 que había gravitado tan pesadamente sobre Francia, comenzó a mirar con mayor simpatía hacia Viena. Dominado por la inquietud, reconstruyó la ciudadela de Maguncia. Avanzó hasta la orilla misma de la esfera de influencia francesa, mientras el elector de Tréveris avanzaba con él. La Confederación del Rin estaba muerta, de modo que Lionne tenía que recurrir a otra parte. Mientras Lisola y sus amigos –que no sabían nada del pacto secreto de Gremonville– trataban diligentemente de atraer a Leopoldo a la Triple Alianza, los franceses respondían con una afortunada oferta a Baviera: un acuerdo de diciembre de 1670 iba a unirla a los intereses franceses durante los próximos doce años, anticipando la gran alianza franco-bávara de los tiempos de Marlborough. La antigua disensión de Viena y Múnich nunca podría, de todos modos, acallarse por mucho tiempo, y los ministros de Luis XIV esperaban utilizar a Baviera como una cuña gigante introducida entre Austria y el resto del imperio. La amistosa neutralidad del elector resultaba inmensamente valiosa para Francia.

Lionne trabajó más aún por una alianza de los Estados alemanes del norte, que, a cambio de subvenciones, podrían decidirse a atacar a las Provincias Unidas. Necesitaba explotar el resentimiento producido por la dominación holandesa en toda el área del Rin inferior. Tenía que privar a De Witt de las tropas que los Estados alemanes podían reu-

nir para él, a cambio de soldada holandesa. Aquellos arrogantes ciudadanos –podría decirse– nunca habían retirado sus guarniciones de las ciudades y de las fortalezas del ducado de Cleves, del elector de Brandemburgo. Frecuentemente alentaban a municipalidades como las ciudades de Colonia, Munster y Brunswick, cuando los príncipes vecinos reclamaban derechos soberanos sobre ellas. El protestantismo holandés, no obstante un lazo de unión con Federico Guillermo de Brandemburgo –a pesar de otros recíprocos agravios–, irritaba y se enfrentaba con los gobernantes católicos de Munster, Colonia y Jülich. Una derrota militar de los holandeses les valdría recompensas territoriales a ambos lados del Rin. Uniendo esta mezcla con tentadoras ofertas financieras, Franz von Fürstenberg –el ministro del elector de Colonia, que era el gran factótum de los franceses en Alemania– hacía numerosos viajes de una corte a otra. Fürstenberg, convencido de que el problema político esencial en aquella parte de Europa consistía en llegar a un acuerdo inteligente con el ascendiente poderío de Francia, pertenece a un importante grupo de hombres de diferentes países en aquella época, que no eran franceses, pero servían a Francia. El conde de Peñaranda, en España; Henry Jermyn, lord St. Albans y el conde Morstejn, en Polonia, actuaban de un modo semejante. Entre 1668 y 1673 hizo cuanto le fue posible por los intereses franceses.

Al principio, el resultado fue decepcionante. Munster y Colonia fueron conquistadas con toda facilidad. Esto demostró que era posible establecer un tratado preliminar entre Francia y Brandemburgo, pero todos los intentos de transformarlo en una alianza positiva contra los holandeses fracasaron, mientras el desconcertante desvío de varios hermanos y primos de la familia Brunswick parecía acabar dejando al gobierno francés con un solo amigo entre ellos, el católico converso Juan Federico, duque de Hannover.

Esta era la situación a finales de 1670. Por una parte, la dominación de Luis sobre sus recientes conquistas era cada día más tensa. Intendentes que tenían sus bases en Lille y en Dunkerque administraban Flandes para él. En Lille estaba levantándose una fuerte y nueva ciudadela, diseñada por Vauban, semejante a otra ya construida en Dunkerque. Louvois había hecho cuatro visitas, desde agosto de 1668, para inspeccionar las tropas y las fortificaciones en construcción. El propio Luis se presentó, en 1670, para verlo todo y amedrentar a los holandeses. (En el curso de este viaje, su prima Henrietta Stuart, duquesa de Orleáns, fue enviada a Dover para firmar el primer tratado secreto con Carlos II.) Por otra parte, la combinación diplomática contra los holandeses continuaba incompleta. Cuando el rey y sus ministros hicieron una nueva visita de inspección a Flandes, en 1671, una importante conferencia en Dunkerque decidió que el asalto a Holanda se aplazaría, por lo menos, hasta un año después. Se consideraba necesario atraer a otra gran fuerza alemana hasta entonces no tenida en cuenta: Suecia, la dominadora de Bremen y de Pomerania. Las fuerzas suecas, una vez situadas y dispuestas para la acción en aquellos puntos, seguramente obligarían al elector de Brandemburgo y a los príncipes Brunswick a intervenir no contra los holandeses, sino contra los franceses. La neutralidad de aquellos Estados, que podía conseguirse a un precio más bajo que su activa colaboración militar, era lo que ahora se necesitaba. Este cambio de política coincidía con los deseos de Louvois, que estaba ganando en influencia. Necesitaba el armamento de Luis, el cual bajo sus auspicios aumentaba constantemente en número y se elevaba a un nuevo grado de eficacia, para abordar toda la tarea de atacar al enemigo. La principal misión de Fürstenberg, en lugar de ir de una corte alemana a otra en busca de aliados, consistía en controlar a su propio señor, el gobernante de Colonia y de Lieja. Las tierras del elector facilitarían la directa ruta de acce-

so y la conveniente base de abastecimiento no para las tropas de los suspicaces partidarios alemanes de Luis, sino para sus propias y extraordinarias fuerzas.

Arnauld de Pomponne, hasta entonces embajador en La Haya, fue enviado, por lo tanto, a Estocolmo. (Era otra etapa en la ascensión al poder de este inteligente miembro de la gran familia jansenista, y Luis le nombró ministro de Negocios Extranjeros tras la muerte de Lionne, ocurrida en septiembre de 1671.) Las negociaciones con Suecia, de las más difíciles de cuantas precedieron a la guerra, terminaron en un tratado franco-sueco, en abril de 1672. Es fascinante ver cómo el curso de los acontecimientos se desarrollaba gradualmente en favor de Luis. En Estocolmo, el partido que había trabajado en favor de la Triple Alianza perdía terreno, porque las prometidas subvenciones españolas tardaban demasiado en llegar, y porque los holandeses no hacían concesiones a Suecia en relación con su comercio báltico. El gobierno inglés –gracias a las ofertas francesas– iba retirándose de la alianza, evidentemente, y acercándose más a Francia. El entusiasmo danés por una guerra de desquite contra Suecia aumentó con la ascensión al trono de Cristián V, en 1670; un círculo de turbulentos espadachines le rodeaba. El emperador Leopoldo se negó a escuchar las ofertas suecas. Al fin, los franceses parecían encontrar su camino: la publicación del tratado entre Luis XIV y Carlos XI obligó a Suecia a unir sus fuerzas con Francia, tanto si eran atacadas como para defender los acuerdos generales de 1648 y 1668. Artículos secretos, muy complicados y contradictorios después de un largo tira y afloja, prometían a Suecia subvenciones francesas, pero seguían dejando la asociación suficientemente vaga para permitir a Estocolmo que adoptase la actitud de un neutral, deseoso de intermediar cuando la guerra estallase. El tratado era, por lo tanto, una maniobra para disuadir a las potencias alemanas de unirse con los holandeses, y completaba la destrucción de la Triple

Alianza. Lo que no consiguió fue convertir a Suecia en un aliado activo, dispuesto a entrar en la disputa. El nuevo acuerdo era más importante de lo que sus palabras sugerían. A medida que se producían los acontecimientos, la alianza de Luis con Inglaterra se resquebrajaba después de dieciocho meses de querellas, y su alianza con Suecia se hacía cada vez más fuerte.

Louvois se trasladó a Colonia, en diciembre de 1671, y cerró el acuerdo francés con el elector. Cuatro plazas de su territorio eran ya asignadas como depósitos de abastecimiento para la artillería, así como de municiones y madera de construcción, algunas de ellas adquiridas en Ámsterdam. El elector sancionaba formalmente el uso de sus tierras por Francia y se comprometía a reunir una fuerza de 18.000 hombres a cambio de subvenciones. El obispo de Munster se unió a él para compartir la carga y la recompensa. Durante el invierno, las fuerzas francesas comenzaron a recorrer su camino desde Metz hasta las tierras de Colonia. Grandes unidades de tropas se reunían cerca de Sedán y de Charleroi, en el triángulo comprendido entre el Mosa y su afluente, el Sambre, que se dirige hacia el Norte hasta Lieja y la avanzada holandesa de Maastricht. En febrero, Luis XIV contaba con un espléndido resumen informativo del ejército de que disponía. Había 8.000 soldados de la casa real, cincuenta y ocho regimientos de infantería –unos 86.000 hombres– y 25.000 de caballería. Era, indudablemente, la fuerza nacional más fuerte de Europa, desde los tiempos de Carlos X y de Cromwell. Sus comandantes efectivos ostentaban los grandes nombres de Condé y de Turenne; a los cincuenta y un años y a los sesenta y uno, eran hombres altamente experimentados, sin ser demasiado viejos. El rey, al contrario que el emperador Leopoldo I, que nunca se presentó en el campo de batalla, al contrario que los gobernantes y los ciudadanos holandeses, que pagaban a sus comandantes para que luchasen por ellos, estaba deci-

dido a exhibir los laureles de un soldado, siguiendo el ejemplo de su padre y de su abuelo, guerreros los dos.

Se enfrentaba al Estado más rico de Europa. Las Provincias Unidas disfrutaban también de unas peculiares ventajas naturales para la defensa. Se sabe mucho más acerca de la diplomacia de Luis que acerca del desarrollo de sus planes militares para un asalto contra los holandeses[4], pero, al parecer, ni él ni sus consejeros comprendían la importancia de la «línea de agua» que podía utilizarse para proteger, mediante inundaciones, las principales ciudades de Holanda. Aunque el embajador francés en La Haya reunía afanosamente nuevas informaciones de todas clases, no existe evidencia de que se le hubieran dado instrucciones para que consiguiese informes militares técnicos. No logró investigar con detalle la disposición de los diques y de los canales a lo largo de la línea de agua. A juzgar por los modelos de todavía treinta años después, los mapas franceses parecen haber sido muy pobres. Inglaterra era, sin duda, un poderoso aliado; Colonia y Munster eran útiles; pero Brandemburgo sería probablemente hostil, y Suecia, neutral. Los riesgos que Luis corría parecían bastante ciertos, lo que añade una nota de auténtica audacia a la notable empresa de 1672.

LA GUERRA DE 1672-1678

Es muy difícil hacer un informe sumario de la gran guerra que duró hasta 1679. Mucho más fácil es explicar por qué resulta tan difícil la simplificación. Desde un punto de vista, fue un ejercicio militar que escapó a todo control. Desde otro, Luis XIV y los más próximos a él estaban siempre más dispuestos a entrar en batalla que a luchar con un objetivo concreto y meditado. El ataque a Holanda fue una alucinante mezcla de éxito y de fracaso, que pronto ofreció al rey una posibilidad alternativa: conquistas en Alemania. Su avance hacia la Renania asustó a muchos en el imperio,

incluido el emperador, y estos se inclinaron en favor de los holandeses. Cuando Inglaterra se retiró de la lucha se hizo necesario implicar a Suecia activamente del lado francés. Por lo tanto, la lucha estalló en el este de Alemania, de modo que Dinamarca tuvo la oportunidad de invadir Scania. Las operaciones contra Holanda se habían extendido ya a los Países Bajos españoles, y la intervención de España indujo a Francia, ahora tan poderosa en el mar como en la tierra, a atacar otras partes del imperio de los Habsburgo: Cataluña y Sicilia. Mientras tanto, los holandeses atacaban las posiciones francesas más débiles, en las Indias Occidentales y en el océano Índico.

Esta repercusión mundial impresionó a muchos contemporáneos, pero Luis pensó siempre, ante todo, en una guerra a través de una ancha faja de territorio entre los Países Bajos y Suiza. El ataque a Holanda sobrevino en una fase en la que la monarquía francesa se encontraba, poco a poco, comprometida en la permanente sujeción de regiones como Alsacia, Lorena, el Sarre y el Franco Condado.

La acometida anglo-francesa de 1672 se inició de un modo espectacular; pero, desde el principio, la escuadra holandesa, al mando de Ruyter y de Van Ghent, fue suficientemente fuerte para sostenerse frente a la flota anglo-francesa en una gran batalla ante la costa de Suffolk, y después –favorecida por el mal tiempo– pudo también defender la línea costera de Zelandia y Holanda. En cambio, las fuerzas francesas avanzaban sin dificultad, siguiendo la corriente del Mosa, por ambas orillas, y rebasando Maastricht. Entraron en tierras de Colonia, avanzaron hasta Cleve, aniquilaron a las guarniciones holandesas sobre el Rin y lo cruzaron. El obispo de Munster atacó a Overijssel y Frisia. Los franceses se dirigieron hacia el Este y, después de vadear otro brazo del río –lo que fue celebrado en prosa y en verso, pero por nadie tan espléndidamente como por los arte-

sanos de la tapicería de los Gobelinos–, irrumpieron en territorio holandés. Los holandeses parecían ser víctimas de sus propios errores y de su mala suerte. Sus fuerzas se hallaban divididas en un gran número de pequeñas guarniciones, a la vez que un tiempo especialmente seco había hecho descender el nivel del agua, de tal modo que los franceses podían pasar por donde quisieran. Tras haber alcanzado Utrecht, Luis y sus comandantes consideraron equivocadamente la situación. Desparramaron excesivamente sus fuerzas en guarniciones demasiado extendidas o sitiaron plazas que no tenían importancia alguna. Los holandeses tuvieron tiempo de inundar una amplia zona al sur del Zuider Zee. Sobre todo, tras haber debilitado así su capacidad de ofensiva, Luis exigía concesiones tan abusivas cuando los holandeses trataron de negociar que estos prefirieron continuar la lucha. Pedir una indemnización asombrosa y la entrega de territorio en una escala masiva, juntamente con la libertad de culto público para los católicos, equivalía a fijar demasiado alto el precio de la paz. Esto fortaleció y unió al enemigo, a pesar de su provincialismo profundamente arraigado. El rey regresó a Francia victorioso, pero con las manos vacías. Antes de que el año terminase, el nuevo dirigente holandés, Guillermo de Orange[5], había hecho incluso una audaz incursión en dirección Sur, contra Charleroi, que no pudo tomar.

Con gran rapidez, la lucha comenzó en otros frentes. Federico Guillermo de Brandemburgo se había unido a los holandeses, que obtuvieron también una promesa de ayuda española. Estos movimientos impresionaron a la corte de Viena, y Leopoldo hizo un pacto con Federico Guillermo para una defensa conjunta del imperio. Una fuerza aparentemente formidable de tropas brandemburguesas y de los Habsburgo –que entraron en Alemania desde el extremo occidental de Bohemia– amenazaba las nuevas posiciones francesas en el Rin inferior. Turenne retiró algunos regi-

mientos de Holanda para hacerles frente, y avanzó, río arriba, hasta el Maine. A comienzos de 1673 entró en Westfalia, y obligó a Brandemburgo a hacer una paz por separado con Luis, en el mes de junio.

Los ministros franceses pudieron haber tomado aquella amenaza del imperio más seriamente de lo que merecía, pero nunca se concentraron verdaderamente en la destrucción de Holanda, tras los primeros meses de guerra. No lo consideraron como una necesidad fundamental, e iban de un objetivo a otro, sobre un frente extremadamente amplio. Ocuparon Tréveris, después de haber asolado las tierras del elector para castigarle por su oposición a los intereses franceses. El propio Luis fue a Nancy, en Lorena, y luego a Alsacia. Aquí, en julio de 1673, sus fuerzas entraron en las ciudades imperiales, cuyas libertades habían sido dejadas intactas por los tratados westfalianos, y, en septiembre, cortaban el puente del Rin en Estrasburgo. Esta ciudad se hallaba a gran distancia de Maastricht, sitiada y tomada por Condé en el mismo año, y con ello se fortaleció, rápidamente, la oposición en Alemania. Leopoldo firmó alianzas con las Provincias Unidas y con España. Incitó a la Dieta de Ratisbona a anunciar una declaración de guerra a Francia por los Estados del imperio. Sus tropas recuperaron Bonn. Desde Suiza hasta el mar del Norte, el mundo estaba ahora en llamas.

En este momento, Louvois parece haber considerado la Renania solo como un terreno conveniente para la campaña. Respecto a los territorios que se hallaban más al Oeste, y respecto a Alsacia, el gobierno de París tenía propósitos algo más constructivos. El Franco Condado cayó de nuevo en poder de Luis, en 1674, y esta vez para no devolverlo. El futuro de Lorena sería más disputado, pero la dominación francesa sobre este ducado llegó a ser suficientemente sólida para frustrar todos los esfuerzos del duque Carlos IV y

del duque Carlos V para recobrarlo, hasta finales del siglo. Al propio tiempo, se introducían cambios en las disposiciones administrativas, mediante las cuales los principales ministros de Luis se repartían entre sí la responsabilidad por las diferentes regiones de la monarquía.

Louvois recibió de Pomponne Alsacia y los territorios del Alto Mosela, y de Colbert las fortificaciones de Breisach y Philipsburgo. En 1679 tendría también bajo su mando a Metz, Toul y Verdún. El nuevo intendente para Alsacia era Jacques de la Grande, hombre de confianza de Louvois; comenzó a desbaratar todo el tejido de libertades locales alsacianas, que habían permanecido más o menos intactas entre 1648 y 1672, a pesar del derecho de soberanía de Luis. La ulterior expansión de Francia estaba en marcha.

El nacimiento de este nuevo orden al oeste del Rin coincidía con la primera combinación de potencias hostiles a Francia que merece el título de «Gran Alianza». El intento de mediación de Suecia se debilitó, mientras un confuso entrelazado de pactos no tardaba en asociar a las Provincias Unidas con España y con el emperador, y también con el desterrado Carlos IV de Lorena. Incluso Brandemburgo cambiaba una vez más, y se les unía. Igualmente, se asociaron el elector palatino y los gobernantes de Maguncia y de Tréveris. Solo Baviera y Hannover permanecían leales a Francia, pero neutrales. La iniciativa correspondía ahora a los adversarios de Luis. Sus tropas intentaron recuperar Alsacia, pero las dos últimas campañas de Turenne les rechazaron al otro lado del Rin. Avanzaron, Mosela arriba, hasta Tréveris. Atravesaron los Países Bajos españoles en 1674, y sustituyeron a los franceses como opresores de la población civil al sur de Lieja. Al propio tiempo, el colapso de la alianza de Luis con Inglaterra fue otro golpe fatal para su inicial proyecto contra los holandeses. Las flotas de Tromp y de Ruyter ahuyentaron a los barcos ingleses de la costa

holandesa. Los convoyes holandeses procedentes del Este y de Levante llegaban seguramente a puerto, y, en Inglaterra, los hombres rumiaban las malas noticias de que los holandeses se apoderaban de Santa Elena o de Nueva York y, como coronación de todo ello, la entrada de España en la guerra amenazaba al comercio inglés en los mercados españoles. Las noticias de los tratados que formaban la Gran Alianza desconcertaban al gobierno inglés y estimulaban a sus críticos. Cuando los lores y los comunes se reunieron en Westminster en octubre de 1673, decididos a revocar la real Declaración de Indulgencia para los papistas y disidentes, ganó terreno la opinión de que la alianza con la católica y autocrática Francia amenazaba la libertad y el protestantismo en Inglaterra. Para unos, era una cuestión de convicciones; para otros, una actitud políticamente útil. Carlos no podía financiar la guerra sin nuevas aportaciones de dinero, y, a finales de año, todos comprendían que aquello era algo en que no se debía ni pensar. El tratado anglo-holandés se cerró a principios de 1674. Era una derrota decisiva para Luis.

Este reaccionó intensificando su labor diplomática en otras partes. Es de advertir que las nuevas ofertas francesas de una subvención a Carlos II, si se comprometía a disolver de nuevo el Parlamento, no alcanzaban más que a una cantidad muy moderada. París reservaba el dinero para utilizarlo en centros más prometedores, sobre todo en Estocolmo. Allí, aunque las cuentas y balances constitucionales debilitaban la administración como en Inglaterra y en Holanda, el verdadero problema consistía en una amenaza cada vez mayor para las fuerzas suecas de ultramar. Una vez que Francia aligerase su presión sobre la Baja Renania, Brandemburgo y los príncipes de Brunswick (excepto Hannover) y Munster, todos dirigirían sus miradas a las provincias alemanas de Suecia. Una vez que los ejércitos aliados, de los que ellos formaban parte, hubieran sido rechazados

por Turenne y por Condé en el Mosela y en Alsacia, preferirían, naturalmente, mirar hacia el Norte. Dinamarca también firmaba acuerdos con los holandeses y con Leopoldo. Por esta razón, el embajador francés pudo convencer, poco a poco, a los suecos de que debían enviar más hombres, a través del Báltico, hasta Pomerania. Su política de neutralidad, como la neutralidad de los españoles, estaba condenada, porque no tenían la fuerza suficiente para mantenerse al margen en un conflicto importante. En diciembre de 1674 comenzó la lucha entre Brandemburgo y Suecia, extendiéndose finalmente desde Pomerania a los territorios próximos a Bremen y a Verden. Tras la inesperada victoria de los brandemburgueses en la escaramuza de Fehrbellin, en 1657, los daneses se unieron a ellos y lucharon desesperadamente para recuperar Scania. Pomponne y Luis, como ya no podían seguir confiando en trastornar a las Provincias Unidas con la carga de un asalto inglés por mar, habían tratado, al menos, de debilitar el asalto combinado de las fuerzas alemanas al oeste del Rin, obligándolas a una diversión a lo largo de los territorios próximos al mar del Norte y al Báltico.

FRANCIA EN EL INTERIOR

Indudablemente, el peso de la guerra sobre la monarquía francesa era considerable. La subida de los impuestos era lo que producía mayor malestar en el pueblo. La carga de nuevos tributos dio origen a un levantamiento en Burdeos, en 1675, y, sucesivamente, en el mismo año, en Rennes, en Nantes y en St. Malo. La fiebre de la inquietud vino a unirse al extendido desasosiego que fermentaba ya en la Baja Bretaña[6]. Nuevos impuestos cristalizaron la expresión de una miseria general, en la que múltiples injusticias y fantásticos rumores sobre impuestos aún más fuertes se unieron para provocar una protesta violenta. En Bretaña, los pobres atacaron no solamente los despachos de los que arrendaban

los nuevos impuestos, sino también a la nobleza. Esta, recientemente, se había librado del inmediato asalto de Colbert contra la justicia señorial, mediante la oferta al gobierno de pensiones más altas, que luego eran recaudadas principalmente entre los campesinos. El remedio fue satisfactoriamente represivo. Se trajeron tropas de la frontera pirenaica para enfrentarse con Burdeos. El gobernador de Bretaña, el duque de Chaulnes, hizo un implacable empleo de los hombres a quienes Luis, indignamente, distraía del servicio contra los alemanes. Los holandeses tenían algunas esperanzas de desembarcar en la costa de Vizcaya, pero nunca procuraron establecer contacto con los amotinados; los acontecimientos de la Fronda de 1650-1653, con la intervención extranjera en Burdeos, eran todavía recordados en La Haya durante esta guerra. La monarquía se había hecho suficientemente fuerte para frustrar aquella posibilidad, y, en consecuencia, las provincias atlánticas francesas permanecían bastante sumisas.

A pesar de estos problemas, de los que la guerra solamente en parte era responsable (véase *infra,* en el cap. XI, «La consolidación de Francia»), sus consecuencias no deben ser exageradas. La presión fiscal llegó a ser mucho más grave en los años siguientes del reinado de Luis, cuando, gracias a la buena suerte, las cosechas nunca fracasaron entre 1672 y 1678, como fracasarían después de 1692, con terribles resultados.

Algunos hombres prosperaban excesivamente. Cuando Mme. de Sévigné se trasladó a Bretaña después de los motines, acuñó una descuidada y terrible frase *–à force d'avoir pendu, on ne pendra plus–,* pero sus cartas desde París abundan en descripciones de esplendor y de lujo. En Versalles, en julio de 1676, ella se fijaba incansablemente en todo: en el gran apartamento del rey, en los muebles, en el enjoyado peinado de una señora, en las enormes ganancias de

otro cortesano jugando a los naipes, en la música de fondo, en la góndola que boga por el canal, y en la comedia representada, con una certera alusión al difícil mundo exterior, cuando los correos llegaban y el rey se escabullía para leer sus despachos, antes del regreso. Es cierto que los gastos de Luis en edificaciones descendían, pero un soldado de servicio podía haber codiciado el dinero invertido en la magnífica *salle des bains* de Versalles, antes de la terminación de la guerra. Colbert no podía quejarse. Su finca de Sceaux atestiguaba el impresionante crecimiento de su fortuna personal durante aquel periodo. O, ateniéndose al caso de Racine: en 1674, el cargo de tesorero de Moulins, entonces vacante, fue concedido al trágico, que había acabado por superar a todos sus rivales. Racine nunca fue a Moulins, pero el nombramiento acrecentó sus ingresos en un tercio y elevó su posición social. En 1677, se casó con una señora rica, lo que duplicó sus ganancias. El autor de *lphigénie* (enero de 1675) y *Phèdre* (enero de 1677) merecía, sin duda, todo aquello. La gran guerra no le perjudicó, ni refrenó el interés de la corte y del público por las numerosas reposiciones de las obras de Corneille, ni por otras muchas nuevas producciones. La floreciente moda de la ópera en París acababa de comenzar también.

Durante la guerra, las pensiones pagadas por el rey a sabios y científicos fueron reducidas. Una severa rebaja afectó, por lo menos, a un importante proyecto. La doble empresa de la Academia de Ciencias para determinar por el método de triangulación de Jean Picard el verdadero meridiano que atravesaba París, 30 leguas al norte y al sur de la capital, y para inspeccionar aquella zona con instrumentos modernos, había sido terminada antes del comienzo de la guerra. Picard y Cassini, con el apoyo de Colbert, deseaban ampliar su inspección sobre el resto de Francia, pero se les hizo esperar hasta que la guerra terminase. En cambio, otros miembros de la Academia proseguían con una siste-

mática disección y descripción de animales, y Mariotte progresaba en su nuevo estudio de la fisiología de las plantas. Luis XIV podía estar luchando en las Provincias Unidas, mientras el rey de Dinamarca invadía a su aliada Suecia, pero los grandes astrónomos, el holandés Huygens y el danés Roehmer, continuaban en París, percibían sus pensiones y proseguían sus trabajos de investigación. Tal vez las economías en la generosidad oficial de aquel tiempo explican por qué un joven de talento no pudo alcanzar la protección real. Leibniz, empleado por el elector de Maguncia, fue enviado a la corte francesa, en 1672, con una curiosa misión política. El proyecto que él tenía que defender para lograr que Luis XIV sustituyese su amenaza de ataque a Alemania con una cruzada a Egipto era una inteligente fantasía que encajaría mejor en los tiempos de Napoleón y de Pitt[7]. No existía posibilidad alguna de que el proyecto impresionase a Pomponne ni a Luis. Leibniz también fue a París con la esperanza de conseguir una protección, y entrar en un círculo intelectual más rico que los de Maguncia o de Fráncfort. Ciertamente, no pudo alcanzar un puesto en la lista de pensiones de Colbert, pero encontró amigos entre muchos sabios, y aquellos años vieron el florecimiento de su extraordinario talento matemático. Aprendió mucho de Huygens, posiblemente aún más de los manuscritos de geometría de Pascal, que miembros de la familia de Pascal le prestaron. Conoció a Arnauld y a Malebranche. En 1676, abandonó Francia, viajando a Inglaterra y a Holanda, y buscó a un pulidor de lentes de La Haya, Spinoza, y a un pañero de Delft, Leeuwenhoek. Las extraordinarias investigaciones microscópicas de Leeuwenhoek habían empezado por llamar la atención del mundo ilustrado durante la guerra anglo-holandesa, cuando, en 1673, la Royal Society de Londres comenzó a imprimir sus cartas, recibidas desde Holanda, por un conducto seguro. Aquellos intercambios

no se vieron perturbados por las circunstancias de la guerra.

Estos gigantes intelectuales llevaban unas existencias relativamente fáciles, porque una sociedad altamente estratificada hacía o dejaba un lugar para ellos. Durante el mismo periodo, el gobierno francés tenía razones prácticas para continuar con un proyecto ya iniciado. Los trabajos de los Inválidos de París estaban suficientemente adelantados en 1674 para albergar a los primeros ocupantes, los soldados viejos o mutilados, de quienes el Estado, al fin, se sentía un tanto responsable. La disciplina era dura. Era una especie de honorable prisión, que satisfacía la necesidad de retirar a los exsoldados de la mendicidad callejera. Pero Luis XIV comprendía que no se había hecho bastante, y no tardó en encargar proyectos para una espectacular y nueva capilla como prolongación de la austera «Église des Soldats». Quince años después, la gran cúpula de San Luis de los Inválidos se había implantado en el horizonte de París. Las preferencias del rey, y las de su tiempo, estaban perfectamente claras.

INGLATERRA Y HOLANDA EN EL INTERIOR

En 1675, la guerra se extendía a un nuevo punto del mapa. Mesina, en Sicilia, era una de las pocas ciudades verdaderamente prósperas del imperio español. Una minoría de privilegiados gozaba de unos derechos que les permitían, simultáneamente, desairar al virrey, explotar a los no privilegiados, e irritar a un interesante grupo de intelectuales y jurisconsultos. En 1674, se incrementó la fricción entre los dos bandos, conocidos como los Mirlos y los Gorriones; los oligarcas o Mirlos recurrieron a Francia, y Colbert apremió a Luis XIV con la conveniencia de utilizar la fuerza naval francesa. Se enviaron barcos, abastecimientos y soldados a Mesina, sitiada por los españoles. Las flotas, mandadas por dos grandes almirantes protestantes, holandés y francés –

De Ruyter y Duquesne–, lucharon en varias ocasiones en las proximidades de la isla. De Ruyter murió a consecuencia de las heridas recibidas, y, en conjunto, la ventaja fue para Duquesne. Pero Luis no era Mazarino; su política mediterránea seguía siendo una cuestión de segundo orden. Su ejército en la frontera catalana era una molestia, más que un peligro para el gobierno de Madrid. Durante aquella fase de la lucha, era más importante la diplomacia de Pomponne.

La necesidad de impedir que Inglaterra se uniese a la alianza enemiga era fundamental. En Whitehall había ahora elementos profundamente antifranceses, pero las fricciones y las facciones seguían constituyendo los rasgos principales de la vida pública inglesa, y los enviados de Luis maniobraban en consecuencia. En junio de 1675, el crítico «indígena» Jacobo, duque de York, y el embajador francés se unieron contra el lord tesorero, Danby, que deseaba ayudar a los holandeses. El embajador acudió a Carlos en octubre de 1675, se otorgó una prórroga de quince meses al Parlamento, y el primer plazo de una nueva subvención prometida por los franceses fue pagado en marzo de 1676. En 1677, las victorias de Luis en Flandes y los informes de un creciente poderío francés en el mar no podían menos de producir una gran alarma. Danby obedeció a la presión, trató de contentar a los comunes con una política destinada a contener a Francia, y, cuando comenzó la nueva sesión parlamentaria, se aseguró una votación satisfactoria para proveer a la escuadra. Esperaba, además, conseguir tropas supernumerarias, confiando en que con ellas se fortalecería el poder del rey, tanto en el interior como en el exterior. Le pareció que triunfaría, concertando el matrimonio de Guillermo de Orange y la princesa Mary, hija mayor de Jacobo. Guillermo fue a Londres. Carlos envió a París sus condiciones para la paz. Pero, simultáneamente con estos movimientos, los enviados franceses procuraban refrenarle mediante el ofrecimiento de una subvención mayor; Danby no

podía responder a esto manteniendo una mayoría segura para la corte en los comunes, de modo que Carlos suspendió nuevamente el Parlamento. Luis, entonces, rechazó las propuestas de paz de Guillermo y de Carlos. Estas tácticas dilatorias dependían de la capacidad de los franceses de explotar una situación política en Inglaterra que Danby no había podido estabilizar sobre la base de una eficaz dirección parlamentaria y de una política antifrancesa. Bajo la superficie, había fermentos internos que la guerra europea, sencillamente, intensificaba. Francia, comoquiera que una alianza inglesa activa no era necesaria, como en la primavera de 1672, podía aprovecharse de aquellos fermentos con relativa facilidad.

Podía aprovecharse también de las divisiones en las Provincias Unidas, porque Luis exigía menos que en el otoño de 1672. Los holandeses se habían unido bajo la amenaza de invasión, pero Luis podía esperar valerse del conflicto de los intereses rivales como en Inglaterra, explotando la enemistad latente entre grupos Orange y antiOrange en las diferentes provincias y ciudades. En realidad, los franceses trataron de acercarse directamente a Guillermo. Desde finales de 1674 hasta comienzos de 1677, por medio del gobernador francés en Maastricht, se inició y se reanudó, intermitentemente, una negociación secreta encaminada a conquistar al Príncipe. En todas las ocasiones, Guillermo retrocedió. Entonces, la verdadera tarea de los diplomáticos y de los soldados franceses consistía en apartar a las Provincias Unidas de la alianza hostil y del propio Guillermo. La mezcla adecuada de fuerza y de blandura no era, en absoluto, fácil de establecer, y el mérito de haberla encontrado corresponde probablemente a Vauban, tanto como a Pomponne y a Louvois. En el invierno de 1675-1676, Vauban puede haber contribuido a persuadir a Louvois de que la fuerza francesa y los proyectos franceses dependían no de esporádicas conquistas a lo largo de la frontera holandesa,

sino de un serio esfuerzo para crear una eficaz zona fronteriza en el Sur; y la campaña de 1676 y 1677 vio la conquista de muchas plazas en aquella área. Vauban estaba convencido de que plazas tan lejanas como Maastricht debilitaban a Luis, encerrando una valiosa mano de obra en guarniciones ineficaces. A medida que se producían los acontecimientos, el fracaso de Guillermo de Orange al no poder recuperar Maastricht en 1676, ni tomar Charleroi en 1677, acentuó el deseo de las Provincias Unidas de llegar a un acuerdo. Además de esto, los incansables administradores civiles franceses trataban de poner sobre el campo de batalla un ejército enormemente perfeccionado, a comienzos de 1677. Los regimientos se hallaban mejor dispuestos que en los años precedentes. Sus victorias en Flandes despertaron la alarma por todas partes y ayudaron a los diplomáticos franceses.

Carlos II, en principio, se había ofrecido a mediar, para cubrir los riesgos de su aislada posición. Como siempre, el papa quería mediar entre los Estados católicos. Un congreso de diplomáticos se reunió en la ciudad holandesa de Nimega, en el curso del año 1676, y el gobierno francés pensó que, tomando parte en él, podría alcanzarse una ventaja: la de un acuerdo separado franco-holandés, lo que sería un golpe mortal para toda la alianza enemiga.

Como las noticias de las victorias francesas a principios de 1677 rodaban a través de Bélgica hasta Nimega, las propuestas de Luis XIV sonaban muy agradablemente en los oídos holandeses. El rey ofrecía el abandono de algunas de sus conquistas flamencas a cambio de compensaciones en otras partes, posiblemente en Cataluña y en Sicilia. Ofrecía Maastricht, y, sobre todo, un nuevo acuerdo comercial con las Provincias Unidas. Las negociaciones proseguían mientras la suerte de la guerra fluctuaba, y con ellas las demandas de los holandeses y la inflexibilidad de Guillermo. Cada nuevo avance francés en Flandes, como hemos visto, con-

vencía a Danby y a otros ingleses de que, para proteger los intereses de su país, era necesaria una restauración de la alianza anglo-holandesa de 1668. Luis, en consecuencia, cedió un poco más en algunos puntos de discusión con los holandeses. Reduciría las tarifas de Colbert de 1667 en un 50, no en un 33,33 por 100; al final, estaba dispuesto a volver a las tarifas de 1664, lo que constituía una concesión sorprendente. A medida que el interés por la paz se hacía más fuerte en Holanda, la posibilidad de que Carlos se alinease con una opinión militante en Inglaterra importaba menos. Las noticias procedentes de España, respecto a una revolución de palacio en Madrid favorable a Luis, era otro dato útil en el problema.

También llegaban noticias de otra zona diferente. Después de una tregua alcanzada en octubre de 1676 entre los polacos y los turcos, en parte con estímulo francés, las cortes occidentales miraban ansiosamente al rey Juan Sobieski. Su alianza de 1677 con Suecia anunciaba un ataque polaco a Brandemburgo. Los franceses trataron de implicarle en Hungría, donde existía una posibilidad de que los turcos interviniesen también, en gran escala. En París se suponía, razonablemente, que la situación en Europa oriental podría desarrollarse de tal modo que o Austria o Brandemburgo se viesen arrastradas a optar por un acuerdo en Alemania.

No es posible demostrar que la creciente presión desde el Este actuase inmediatamente sobre el Oeste; pero, mientras en septiembre de 1676 las tropas de Leopoldo tomaban Philipsburgo, en el Rin, en noviembre de 1677 perdían Friburgo: Luis y Louvois podían contrapesar este último éxito con los fracasos de su aliado sueco, que perdía Stettin un mes después. Con una mirada aguda en cuanto a la interdependencia que sus propias políticas estimulaban de los acontecimientos en todas las partes de Europa, los conseje-

ros del rey francés se disponían a utilizar la misma técnica al año siguiente.

LA CONSECUCIÓN DE LA PAZ

El *annus mirabilis* del reinado de Luis XIV es el de 1678. Su gobierno nunca asoció la fuerza militar y la habilidad diplomática con más notables resultados. Las fuerzas en los Países Bajos entraron en acción inmediatamente, tomando Ypres y Gante. A continuación, se prepararon para una nueva iniciativa en Nimega. Luis ofrecía ahora Maastricht a los holandeses, y un tratado comercial en las condiciones ya acordadas en 1677. Ofrecía la devolución de un número razonablemente alto de ciudades, incluyendo Gante, Limburgo y Charleroi, a los Países Bajos españoles; Friburgo o Philipsburgo, pero no las dos, al emperador; y Lorena al duque Carlos V, o bien disminuida en su extensión, o bien con sus fronteras originales, si los franceses podían conservar Nancy y las principales rutas que irradiaban de ella. En todos los demás aspectos, exigía una restauración de los acuerdos de 1648, que significaban que los alemanes debían reconocer la soberanía francesa en Alsacia como impuesta por Luis, y devolver a Suecia lo que Suecia había perdido durante la guerra. Para la aceptación de aquellas ofertas, se concedía un plazo límite de unas pocas semanas.

Las ofertas eran generosas para los holandeses, por necesidad, pero solo para los holandeses. Tentaban al partido de la paz en Holanda a llegar a un acuerdo, a pesar de los tratados que comprometían a las Provincias Unidas en una causa común. Estaban bastante próximas a lo que los holandeses aceptarían por amor a la paz, teniendo en cuenta el difícil equilibrio interno del poder político en el país, con Guillermo enfrentado a las municipalidades de Ámsterdam, Leiden, Haarlem y a los partidarios de ellas en otras zonas. La cuestión estuvo incierta durante algunas semanas, pero Luis permitió que las negociaciones continuasen, después

de haber expirado su tiempo límite original, establecido para el 10 de mayo. Desde el campo francés, cerca de Gante, ejercía presión, suave pero firmemente, sobre La Haya y Ámsterdam, mientras la difícil situación de Londres influía incluso sobre Guillermo de Orange. El estado de ánimo de los holandeses pesaba sobre el virrey español en Bruselas, que el 3 de junio se declaró dispuesto a aceptar las condiciones francesas. Luis estaba ahora apunto de desbaratar las alianzas enemigas. Una semana después, los enviados austríaco, danés y brandemburgués en Nimega protestaban públicamente contra la política holandesa, tachándola de prevaricación. Tres semanas después, los holandeses y los españoles estaban decididos a firmar tratados de paz.

Luis XIV había convertido la devolución de las posesiones de Suecia en Alemania en una de las condiciones de su oferta *cum* ultimátum al imperio en abril de 1678. Esto no figuró en las cláusulas de su propuesto tratado con los holandeses hasta una etapa muy posterior. Sus negociadores, entonces, revelaron inesperadamente que Luis proyectaba permanecer en Maastricht y en las ciudades flamencas hasta que Suecia recibiese satisfacción. Para los holandeses, aquello equivalía a elevar intolerablemente el precio de la paz, y no querían ni oír hablar del tema. Guillermo volvió a ganar partidarios de la continuación de la guerra, a un lado del mar, y Danby al otro. En julio se firmó un nuevo tratado anglo-holandés; pero Carlos, simultáneamente, discutía otro acuerdo de subvención con el embajador de Luis en Londres, jugada que «trascendió» a Ámsterdam y a La Haya, debilitando a los partidarios de la guerra holandeses. Mientras tanto, en Nimega, los franceses llegaban al límite de sus instrucciones en lo que a concesiones se refería, y, al fin, el 10 de agosto, se firmaba el tratado franco-holandés. Los holandeses habían hecho su paz por separado; Luis les había persuadido. Tanto la gran alianza de potencias como la nueva alianza de Inglaterra y Holanda estaban rotas.

También era poco lo que quedaba del inicial proyecto de Luis XIV de 1672 contra las Provincias Unidas, pero su derrota estaba disimulada, y su victoria pareció manifiesta.

La lucha continuó en Flandes, hasta que España accedió formalmente a la entrega del Franco Condado y de unas quince ciudades en el sur de los Países Bajos. Francia se avino a la devolución de Gante, Courtrai, Oudenarde y Lovaina, así como del ducado de Limburgo y de una fortaleza en Cataluña. Aquello parecía un triunfo de Luis, pero, en el terreno económico, ciertos intereses holandeses diferían de Guillermo de Orange respecto a las condiciones satisfactorias. Parecían, además, dejar una honrosa barrera entre las Provincias Unidas y Francia, y la amenaza al estuario Scheldtdesde Gante había sido levantada. Para los defensores del Tratado de Madrid, España había salvado, por lo menos, Sicilia y Cataluña. Su antiguo imperio mediterráneo sobrevivía intacto, aun cuando el viejo elemento borgoñón del imperio de los Habsburgo estaba reduciéndose con melancólica rapidez ante sus propios ojos.

Luis podía ahora haber dirigido su armamento más importante contra los Estados alemanes, pero sus consejeros creyeron que la victoria estaba ya al alcance de su mano. Todos los indicios hacían pensar que el emperador Leopoldo no podría continuar la lucha sin el apoyo holandés. Tras una infructuosa campaña de verano en la zona de la Selva Negra, un último y desesperado esfuerzo de los Habsburgo para reunir un nuevo ejército fracasó totalmente en octubre de 1678. En la Renania, el cansancio a causa de la guerra era intenso, y en todas las regiones alemanas la población civil odiaba a los príncipes que reclutaban tropas y las acantonaban en campos o ciudades, fuera de sus propios territorios, invocando, para hacerlo así, la autoridad del emperador. También eran acogidos con evidente disgusto los recientes edictos imperiales que prohibían la importación de

artículos franceses en el imperio. Más al Este, la rebelión húngara alcanzaba un nuevo y peligroso punto crítico. Sin embargo, los meses de dilación antes de que los enviados de Leopoldo firmasen su tratado con Francia, en febrero de 1679, son profundamente importantes en la historia europea. Todas las cartas parecían jugar en favor de París y en contra de Viena; pero la dilación continuaba. Porque la guerra había visto el crecimiento de un partido en la corte de Leopoldo, consagrado a la repulsa de Francia. Era una creencia, tanto como una política. Franz Lisola había muerto; pero, desde 1673, esta tendencia había alcanzado una importancia mucho mayor en los consejos políticos vieneses de la que tenía en la década de 1660. Tal tendencia heredaba la antigua aversión de los Habsburgo hacia los Borbones y la vieja obsesión del problema de la sucesión española. En la práctica, suponía un derecho hereditario de los Habsburgo al título imperial electivo. Recelaba de que Luis XIV aspirase a aquel título supremo y al poder en Alemania. Quería salvar el imperio, mientras Luis continuaba desmembrándolo. Quería rescatar el Franco Condado y Lorena, y proteger los cuatro electorados de la Renania. Estaba reforzada por la corte lorenesa en el exilio, capitaneada ahora por el joven Carlos V, que deseaba apasionadamente recuperar su herencia. Leopoldo sentía una profunda simpatía por aquella tendencia. Puede haber combinado la irresolución con la pertinacia, pero odió a Luis XIV, con absoluta consecuencia, durante los últimos treinta años de su vida. En general, los diplomáticos y los estudiantes franceses no menospreciaban este elemento en la corte vienesa, y casi siempre sobreestimaban la posibilidad práctica de Viena de reunir un armamento suficiente en Alemania. Su erróneo juicio acerca de aquel punto crucial influyó en la política francesa para Europa hasta 1668.

El colapso de la alianza y los reveses militares austríacos acabaron obligando a los enviados de los Habsburgo en Ni-

mega a llegar a un acuerdo. Se excedieron en sus instrucciones al hacerlo así antes de que expirase un nuevo ultimátum francés. Se rindieron el 3 de febrero de 1679. Y Leopoldo tuvo que aceptar. En Viena, los militares protestaron en vano. Aquel tratado confirmaba la dominación de Luis XIV en el Oeste alemán. Quedaba pendiente la cuestión del imperio sueco. La invasión danesa de Scania había cesado a partir de 1676. La lucha en Pomerania continuaba; pero un cuerpo de tropas francesas entró en Cleve y en Mark, amenazando directamente al elector de Brandemburgo. El mariscal Créqui dejó Sedán con otro, y se dirigió hacia las puertas de Minden. Esto sentó las bases para sucesivos tratados de paz, que eran dictados, prácticamente, por Luis XIV en St.-Germain y en Fontainebleau a los príncipes de la Europa septentrional. Aquellos tratados devolvieron Pomerania y los territorios de Bremen y de Verden a Suecia, aparte de unos pequeños recortes de tierra, ligeros premios de consolación para los enemigos de Suecia. La posición se habría consolidado todavía más firmemente si Pomponne hubiera llevado a cabo su proyecto de una triple alianza entre Francia, Suecia y Dinamarca, pero este proyecto fracasó. Fue sustituido por el nuevo tratado de Luis con Brandemburgo (de 25 de octubre), prometiendo ayuda al elector, si era atacado, y una subvención durante diez años, poniendo las tierras y las fortalezas de Brandemburgo a disposición de las tropas francesas cuando fuese necesario, y asegurando al rey el apoyo del elector en las cuestiones de Alemania y de Polonia. Acuerdos similares se hicieron también o se renovaron con Sajonia y con Baviera. Fue una maravillosa construcción diplomática para la afirmación de los intereses franceses en la Europa central y constituyó también la obra maestra de Pomponne, que cayó del poder unas pocas semanas después, por una razón que nada tenía que ver con aquellos problemas. Los acuerdos se consolidaron mediante un conjunto de matrimonios reales o principescos: entre

el Delfín e Isabel de Baviera, entre Felipe de Orleáns y «Liselotte» del Palatinado y entre María Luisa de Orleáns y Carlos II de España. Dinásticamente, la supervivencia de Carlos era una contrariedad para Luis XIV, mientras Leopoldo, al fin, tenía un hijo y heredero (nacido en julio de 1678, y que luego sería el emperador José I), que fue el primero que sobrevivió a los meses de infancia. Sin embargo, aquel momento constituyó el apogeo de la influencia francesa en la organización de la política europea.

«¡OH, AQUILES!»

Veinticinco años antes, la finalización de los desórdenes internos en Francia había originado una mezcla de sumisión y de gratitud a la monarquía en muchos círculos. Tanto el clero católico como el protestante podían predicar sin inconvenientes la necesaria obediencia de los súbditos al vicerregente de Dios. Cualquier teoría de obediencia limitada implicaba para ellos una total disonancia dentro del Estado. Pero la educación contemporánea era clásica, tanto como cristiana. Artistas y escritores veían a Luis como Apolo, conduciendo sus caballos con el valor necesario para aplastar a los monstruos… de la Fronda. El Rey Más Cristiano era también Apolo; su emblema del sol y sus irresistibles rayos, así como su orgulloso lema *nec pluribus impar,* asociado con la letra «L», eran colocados en innumerables fachadas y tapices, y en las paredes o en los muebles de los edificios reales. Constituía el tema de gran número de funciones teatrales. Las clases ilustradas en Francia hermanaban esta costumbre con una tendencia cada vez mayor a referirse al rey con un lenguaje no solo de sumisión; sus fórmulas de adulación estaban acuñadas en una invariable costumbre de la inteligencia. Lógicamente, esta tendencia podía haber sido refrenada por los auténticos reveses militares de la década de 1670; pero, en lugar de ellos, el triunfo de 1678 fue explotado para situar a la persona del monarca por encima de

toda crítica. En un sentido perfectamente auténtico, el vicerregente de Dios era ahora deificado. La gloria peculiar de Luis a los ojos de sus súbditos, en aquel momento, consistía en desbaratar una poderosa coalición, en sentar las bases para la paz, en imponerlas a un adversario tras otro sin permitir ninguna alteración, y en sacrificarse por defender a un infortunado aliado; así como en la perspectiva de futuras mejoras todavía ante él. El éxito y el prestigio del éxito eran tales que tendían a hacer la monarquía impermeable a sus propios defectos, y confirmaban la primacía de las guerras exteriores y de la política exterior sobre los problemas internos en la visión de los estadistas franceses, lo que constituía otro rasgo notable del régimen.

«¡Oh, Aquiles, qué afortunado fuiste al ser cantado por Homero!» La misión de los artistas y de los escritores era la de ensalzar al rey. Como señaló Racine, refiriéndose al *Diccionario* en que la Académie Française había trabajado durante muchos años: «Cada palabra del idioma, cada sílaba, es preciosa para nosotros, pues las consideramos como los instrumentos que deben servir a la gloria de nuestro augusto protector». La verdad es que la Academia gastaba una energía valiosísima en una continua serie de panegíricos en honor del rey, su señor. Es significativo que dos de los más grandes hombres de letras de Francia fuesen nombrados cronistas reales en 1677: Boileau y Racine, «los arrendatarios generales del Monte Helicón». Ellos lo consideraron como un paso adelante en sus carreras, se comprometieron a la tarea de recordar los triunfos de Luis XIV para la posteridad, y admitían que aquel era el más alto tema literario posible. Bossuet, el tutor del Delfín, había llegado a una conclusión semejante a la de ellos. Escribió para un amplio círculo de amigos y discípulos, así como para el joven príncipe, una obra que luego sería conocida como la *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture Sainte.* Sus axiomas eran admitidos en Francia por una mayoría, alrededor del

año 1680[8]. «Todo el Estado se encuentra en la persona del príncipe.» «En el príncipe está la voluntad de todo el pueblo.»

[1] Esta política tiene un famoso memorial literario en las patéticas *Cartas de amor de una monja portuguesa* (París, [1]1669). Se ignora quién las escribió, pero están dirigidas a un oficial francés que recientemente había estado en Portugal (Han solido atribuirse a Mariana Alcoforado. *[N. del T.]*)

[2] Véanse los cuadros dinásticos II y III.

[3] *Lettres et mémoires… de Turenne* (ed. Grimoard, 1732), I, p. 451.

[4] Mucho debe de haber dependido de la experiencia previa de Turenne: en 1665, tras haberle negado los españoles la entrada en su territorio, no encontró dificultad alguna para llevar una fuerza expedicionaria por el valle del Mosa abajo para ayudar a los holandeses contra el obispo de Munster, aliado de los ingleses durante la guerra anglo-holandesa. Además, los Estados de Lieja habían construido recientemente la llamada «Nueva Ruta» de Lieja a Sedán, a fin de ayudar a los comerciantes a evadir los peajes españoles en aquella zona.

[5] Para el cambio de gobierno en las Provincias Unidas, en 1672, véase *supra,* en el cap. V, «Arte y comercio holandeses».

[6] Para un magnífico informe de los acontecimientos en Bretaña, véase R. Mousnier, *Fureurs paysannes* (París, 1967), pp. 123-156.

[7] Concretamente, en 1803, el gobierno británico inspiraba *Un sumario informe acerca de la Memoria de Leibniz… a Luis XIV, recomendando… la Conquista de Egipto, como conducente al establecimiento de una suprema autoridad sobre los gobiernos de Europa.*

[8] Para una información relativa a los descontentos contemporáneos y a una reducción de la propaganda oficial, véase *New Cambridge Modern History,* V, pp. 245-246. De todos modos, la pujanza de la monarquía en aquel periodo, reforzada por los instrumentos de propaganda que tenía a su disposición, parece el tema de mayor importancia.

X. EL IMPERIO OTOMANO Y SU EFECTO SOBRE EUROPA (1672-1688)

POLONIA Y JUAN SOBIESKI

En 1672, Luis XIV llevó a cabo su ataque contra las Provincias Unidas, preparado durante largo tiempo, pero pronto se volvió contra Bélgica y también contra el occidente alemán. En el mismo año, el gobierno otomano atacaba a Polonia, y se veía luego envuelto en un frente tras otro. Las campañas en la Polonia meridional se entretejían con las campañas contra el zar. A continuación, el sultán intervenía en la Hungría de los Habsburgo, y, por último, atacaba a Viena en 1683. Tanto en el Este como en el Oeste, los objetivos particulares importaban menos a la potencia más fuerte que la actividad bélica en general.

Hay pocos indicios de que aquella belicosidad otomana estuviese animada por un renacimiento del fervor religioso musulmán. Más bien, una serie de poderosos grandes visires consideraban la dirección de la guerra como su responsabilidad natural. Con ella ganaban el prestigio que les ayudaba a mantenerse en sus cargos. En la guerra se utilizaba provechosamente y se controlaba el vasto aparato militar del Estado. Creaba una gran lotería que constituía el evidente sistema de ascenso de los hombres que llegaban a ocupar los lugares de los muertos o de los que caían en desgracia y disciplinaba a los indóciles defensores de las soberanías y de las fronteras inestables. Había tensiones internas en el imperio otomano, pero era una cuestión de importancia europea que Ahmed Köprülü –después de que la larga lucha con Venecia sobre Creta había terminado– hubiera decidido, en 1670 y 1671, no intervenir en Hungría al lado de los rebeldes contra Leopoldo, y mantener las fuerzas del sultán al este de los Cárpatos. La implicación otomana en Rutenia y en Ucrania dejaba a los Habsburgo las manos re-

lativamente libres en su frontera húngara, durante cerca de diez años. Luis XIV se vio privado de un potencial aliado bastante fuerte para ejercer una terrible presión sobre los adversarios alemanes de Luis; la intervención otomana contra Austria en aquel momento habría cambiado el curso de la historia alemana. Por otra parte, la intervención otomana en Ucrania era, posiblemente, menos importante, porque entonces las principales tendencias en la Europa oriental eran irreversibles.

Tras la tregua de Andrussov en 1667 con Rusia, el gobierno polaco estaba demasiado débil para recuperar el control sobre su porción de Ucrania. Los rusos habían hecho ya grandes esfuerzos para construir una línea fortificada entre el Volga medio y el alto Donetz. Los austríacos y los magiares mantenían defensas grandes y pequeñas desde Croacia hasta el Danubio por debajo de Presburgo, y también en la Alta Hungría. Los polacos, por el contrario, no podían ahora reconstruir sus arruinadas fortalezas. Cuando los ingenieros franceses examinaron, por ejemplo, Kamieniec-Podolski, en 1671, admiraron las maravillosas ventajas naturales de la posición, pero comprendieron que las fortificaciones eran demasiado pobres para resistir a los turcos durante más de una semana. Sin embargo, aquella ciudad, en Podolia y a unos pocos kilómetros del Dniéster, era un importante centro comercial (especialmente para los comerciantes armenios), así como la entrada militar a Rutenia. Pero lo que era todavía peor: los polacos no podían hacer nada para mantener a raya a los tártaros. Algunos cosacos todavía colaboraban, pero su atamán (ahora Pedro Doroshenko) era más frecuentemente amigo que enemigo de los tártaros de Crimea. Y los tártaros, tanto de la península de Crimea como de las praderas más occidentales, tenían pocas dificultades para hacer incursiones a través de Ucrania y en la Podolia polaca y en Volhynia[1]. Excepto en los periodos de las grandes lluvias, se lanzaban a caballo con

sus numerosas remontas, velozmente, sobre los campos abiertos entre grandes extensiones empalizadas, se apoderaban del ganado y de los campesinos, y se retiraban de nuevo. Los polacos no tenían fuerzas para resistirles, a pesar de la energía demostrada por hombres como Juan Sobieski en la dirección de contraexpediciones ocasionales. Su administración era incapaz de recaudar los impuestos y de reunir fuerzas con suficiente rapidez, de modo que los refuerzos de la propia Polonia o de Lituania llegaban demasiado tarde en cada estación de campaña cuando se disponían a ayudar a los señores de las fronteras.

Más que los polacos, eran los rusos los que amenazaban la libertad de acción de Doroshenko. En junio de 1669 imitó a los atamanes precedentes, decidiendo reconocer la soberanía otomana. Ahmed Köprülü acogió favorablemente aquel acercamiento, y también trató de resolver la confusión local en Crimea nombrando a un nuevo khan, Selim, uno de los más inteligentes de la antigua dinastía Ghiraj, un poeta que era, a la vez, un hombre de acción. En 1671, Doroshenko y Selim lanzaban partidas invasoras sobre Ucrania y en el interior de Polonia. El jefe polaco, Sobieski, replicó con un espectacular contraataque a finales del otoño, recuperando puntos sobre el Dniéper y sobre el Bug, y hostigando a los invasores cuando se retiraban hacia sus bases de partida con sus redadas. El gobierno otomano de Adrianópolis comenzó a prepararse para una expedición en gran escala al año siguiente, que sería dirigida por el propio sultán. Desde aquel momento hasta finales del siglo, el problema de resistir o rechazar al ejército otomano, con todas sus implicaciones políticas, perturbó a la Europa cristiana.

Algunas de las consecuencias de ello son de gran interés. El número de misiones diplomáticas enviadas desde Varsovia y Moscú a las cortes de la Europa occidental, en busca de ayuda, se elevó considerablemente. Aquellas misiones

prefiguraban la alianza de Moscovia con Polonia, Austria y Venecia en 1686, la misión del zar Pedro I en Occidente en 1697 y la asociación más estrecha de los rusos con el sistema diplomático europeo. La guerra turca dio a Juan Sobieski su oportunidad de alcanzar la Corona polaca y le permitió imponer la necesaria unidad mínima en el Estado, durante unos pocos años. Su éxito fue importante, aunque de poca duración y conseguido solo por los más estrechos márgenes. También los papas, tras un periodo de escasa influencia política, resucitaron con buena fortuna la antigua idea de una cruzada. Por última vez, desempeñaron un papel positivo en la política internacional. Sus nuncios en las cortes polaca y austríaca, utilizando los fondos que el clero católico era capaz de reunir cuando Roma así se lo pedía, contribuían a persuadir, por lo menos, a algunos políticos de ambos países de que diesen prioridad a la idea de que el islam debía ser rechazado. El antagonismo de musulmanes y cristianos se agudizó todavía más, en un momento en que la virulencia ideológica de católicos y protestantes recobraba parte de su antigua intensidad en los últimos veinte años del siglo.

Una crisis interna sumamente grave en Polonia y la guerra turca se entrelazaban profundamente entre 1671 y 1674, pero un factor dentro de aquella confusión era el instintivo punto de vista de muchos polacos de que la primera tenía más importancia que la segunda. El ataque turco no disminuía, en modo alguno, la fricción entre el comandante en jefe, Sobieski, y el gobierno al que él se había opuesto desde la elección de Miguel Wisnowiecki como rey en 1669. Los enemigos de Sobieski eran reacios a seguirle para fortalecer tanto el ejército del país como su poder personal. Además, la enorme extensión de Polonia y Lituania hacía imposible fijar la atención en ningún peligro externo, procedente de una sola región. En el Norte, las gentes temían el regreso de los suecos a través del Báltico para aprove-

charse de la implicación de Brandemburgo en la guerra occidental. O tenían miedo a otra incursión del zar en Lituania. La presión turca y tártara no era solo estacional, sino difusa e intermitente. Era evidente que el gobierno otomano encontraba dificultades para mantener una línea de comunicaciones inmensamente larga, dificultades para controlar Valaquia y Moldavia y dificultades con el khan de Crimea. Un masivo ataque turco, en 1672, fue seguido por un esfuerzo menos violento en 1673, que terminó con una victoria polaca. En 1674, Ucrania y Podolia fueron pasadas a sangre y fuego, pero la Polonia propiamente dicha no. A pesar de las pérdidas de territorio o de hombres en el Sur, en Varsovia o en Vilna podían pensar perfectamente que la defensa era suficiente para sus propósitos.

A comienzos del año 1672, una Dieta reunida en la capital se disolvió en medio de una gran confusión, incapaz de llegar a ningún acuerdo acerca de las medidas que adoptar para la defensa del país. La acritud de una segunda asamblea, en junio, con la presencia de Sobieski, solo desapareció con la llegada de malas noticias desde el Sur. Los turcos alcanzaron el Dniéster, lo cruzaron, y tomaron Kamieniec-Podolski, casi sin esfuerzo; juntamente con los tártaros, se apoderaron de Lvov, en agosto. Sobieski lanzó un eficaz contraataque, coincidiendo con la negociación de una tregua. Las condiciones eran penosas para los polacos, y gloriosas para el sultán. Este conservaba Podolia y Kamieniec-Podolski, insistía sobre el pago anual de un pesado tributo, y aseguraba el control de Ucrania por Doroshenko. Cualquiera podía adivinar la duración de aquella tregua, pues ambas partes tendían a verla como una seguridad para un periodo limitado. Inmediatamente, en Polonia estallaron nuevos desórdenes. Sobieski organizó una «confederación» para enfrentarse a las fuerzas que habían retrasado la entrada en contacto con los turcos, y en Lituania los funcionarios importantes se alinearon juntos también. El esquema

de aquellos acontecimientos se repitió, más o menos, en 1673. Sobieski llegó a Varsovia en febrero. La amenaza de guerra civil era explotada con escalofriante virtuosismo para impedir que estallase una auténtica violencia y que las conversaciones se pusieran candentes durante unas semanas, hasta que el partido del rey Miguel y el de Sobieski llegaron a un acuerdo que disolvió la «confederación». Pero el nuncio escribió muy tétricamente a Roma, inmediatamente después, que Dios solo podía haber permitido que tan monstruoso cuerpo político existiese para revelar Su omnipotencia salvándolos de él. Creía que los polacos harían todo lo posible por ratificar su vergonzosa paz con los turcos. En lugar de ello, se rompió la tregua, y, en el curso del tercer año, Sobieski alcanzó victorias en el otoño. Su triunfo militar en Chotin, sobre el Dniéster, coincidió, casi exactamente, con el día en que murió Miguel, en noviembre.

Como en 1648 y en 1669 (y de nuevo en 1697), la elección de un nuevo rey polaco fue una preocupación europea. Mientras en Roma, cuando un papa moría, las potencias católicas solo podían, en el mejor de los casos, movilizar partidos «franceses» o «españoles» de cardenales que propusiesen un candidato italiano al que ellos aprobaban para el Papado, en Polonia las oportunidades de conseguir la elección de un príncipe extranjero parecían siempre más altas. Cada casa reinante de Europa consideraba aquella Corona como una brillante especulación, dadas las sorprendentes incertidumbres de la política polaca. En cuanto a Austria, Francia y Brandemburgo, el resultado de la lucha de 1674 era, naturalmente, una cuestión de enorme gravedad. Podía debilitar o fortalecer sus posibilidades para la guerra en Alemania.

Como en 1669, Viena abogaba por Carlos de Lorena, y París por un miembro de la familia Condé. Berlín sugería a

uno de los hijos del elector, y Moscú al zar. Los enviados extranjeros en Varsovia se disponían a gastar grandes sumas de dinero, a ofrecer grandes contingentes de hombres para la lucha contra los turcos, a utilizar las flores de su latín retórico para discursear ante las asambleas de políticos polacos, y a hacerles confidencias privadas con las manos en sus bolsas. Fue Juan Sobieski el que se salió con la suya. Tras la victoria de Hotin, gozaba del prestigio de un caudillo guerrero imprescindible, y mostró una gran habilidad para conquistar partidarios mientras se desarrollaba el elaborado proceso para una elección. Se reunió la llamada Dieta de la Convención; él alegó las circunstancias nacionales para explicar su ausencia en la frontera meridional. Antes de que la Dieta de la elección final comenzase en Varsovia, hizo pública una elocuente proclama en la que advertía a sus compatriotas contra cualquier candidato que pudiera sentir la tentación de comprar la paz con los turcos en condiciones vergonzosas, con el propósito de imponer una autoridad absoluta sobre una Polonia mutilada. Abogaba por un gobernante que aspirase a conservar intacta la integridad del país, bajo el imperio de sus antiguas leyes. En mayo de 1674 llegó a Varsovia para asistir a la Dieta. Inmediatamente, como Lorena y el príncipe de Hohenzollern (y otro destacado candidato, Felipe Guillermo de Pfalz-Neuburg) perdían terreno, sus partidarios se pasaron al campo de Sobieski. El enviado del zar Alexei no tuvo posibilidad alguna de conseguir ni un solo partidario para su señor. Los demás embajadores importantes hubieron de comprobar que solo Sobieski podía impedir la elección del candidato extranjero a quien cada uno de ellos más temía, ya fuese francés o alemán. Por lo tanto, Sobieski, conocido durante mucho tiempo como miembro del partido «francés» que había respaldado a los príncipes Condé para la sucesión polaca, se convirtió, al final, en su candidato. Hay cierta evidencia de que él persuadió al embajador de Luis de su posibilidad de lle-

gar a un acuerdo con el gran visir. Polonia –se insinuaba– podría luego intervenir en Alemania o en Hungría contra el emperador. Pero más clara es la evidencia de que él prometió al embajador, que era obispo de Marsella, que apoyaría su propuesta para cardenal. Esta especie de regateo continuaba entre bastidores, mientras los nobles polacos en Varsovia, delegados de muchas asambleas locales, luchaban por alcanzar su funesto acuerdo. De un modo casi milagroso, las dudas se resolvieron, y Juan III Sobieski fue elegido el 12 de junio de 1674. Lo que muchos habían temido –una doble elección de dos rivales– no se produjo.

Durante los diez años siguientes, Sobieski fue bastante poderoso para someter a sus rivales y enemigos polacos, y, por lo tanto, bastante poderoso para llevar a cabo una diplomacia que defendía los intereses polacos esenciales. Condujo la mayoría de las asambleas trienales de la Dieta a una conclusión pacífica. Osciló prudentemente entre los Habsburgo y los Borbones, antes de aliarse con Leopoldo frente a un ataque turco en 1683. Pero no pudo crear una autoridad real más fuerte en Polonia con una base constitucional más sólida que su prestigio personal. Cuando él y su mujer trataron de obtener un título hereditario, con el proyecto de la elección de su hijo Jacobo como rey en vida de su padre, o apoderándose del ducado de Prusia oriental, o insinuándose como aspirante al trono de Hungría, la oposición se erizó rápidamente. A partir de 1683, el número de Dietas disueltas por el *liberum veto* (véanse, en el cap. II, «La supervivencia de Polonia») aumentó, y la facción se hizo incontrolable. En los últimos años de su vida, la monarquía en la nación polaca era otra vez un cero a la izquierda.

En 1674, este sombrío futuro era, afortunadamente, imprevisible. El rey se trasladaba al Sur, durante el otoño, con fuerzas más poderosas que en el pasado, y dedicaba el invierno a restablecer las posiciones polacas en distintas par-

tes de Ucrania. Podolia, dominada por los turcos, seguía siendo una firme cuña entre aquellas fortalezas y Rutenia, y, poco a poco, fue resultando claro para Sobieski que nunca le sería posible maniobrar libremente en Polonia, o tratar con las otras potencias europeas con alguna ventaja, a menos que cediese ante los turcos. Una gran actividad militar en 1675 y 1676, con los tártaros subiendo nuevamente hasta Lvov («subían y bajaban diseminados en pequeñas unidades de veinte y treinta hombres», escribía Laurence Hyde, embajador inglés en la ciudad, «con lo cual hacían gran daño, porque, de ese modo, el país no los distinguía de los otros»)[2], y con Sobieski comprometido mucho más lejos, valle del Dniéster abajo, acabó con una tregua firmada en octubre de 1676. Polonia cedió Podolia y renunció a todas las aspiraciones sobre los territorios que se encontraban al Este; el sultán no insistió en el pago de un tributo anual. La Dieta de Varsovia ratificó la tregua en 1677.

EL DESTINO DE UCRANIA

Entre las razones de aquel largo periodo de cinco años que tardó el sultán en conseguir que Polonia aceptase sus condiciones figuraban su interés por Ucrania y la entrada del zar en la guerra. Uno de los grandes temas del siglo es el avance de Moscovia hacia el Sur, y, desde 1667, en el país se había presionado en favor de la sujeción de las tierras ucranianas al este del Dniéper. Surgían funcionarios, se imponían contribuciones, y el acuerdo de Peryslavl de 1654 fue promulgado de nuevo en condiciones que se ajustaban a los intereses de Moscú, y no a los de los diversos atamanes. Las aspiraciones de Doroshenko al predominio y sus apelaciones a Estambul indujeron al zar a protestar ante el sultán y a oponerse a Doroshenko. En el fondo, en esto intervenía, al menos en parte, un elemento religioso. Los turcos eran conscientes de que los griegos, los romanos y los servios contemplaban, ocasionalmente, al zar como a un potencial

defensor de los pueblos ortodoxos balcánicos. Las numerosas visitas de sacerdotes griegos a Moscú permitieron a Alexei entrar en contacto con ellos. Los gobernantes de los principados danubianos, cuando eran depuestos por el gobierno otomano, también pedían ayuda. Más apremiante fue la iniciativa de los soldados y oficiales moscovitas en Ucrania, que consideraban la destrucción de Doroshenko como una auténtica necesidad. Ellos no tenían la intención de dejarse expulsar de Kiev, ni por él ni por su señor otomano. En consecuencia, mientras las fuerzas turcas se desplegaban en guerrilla más hacia el Este, en 1674, para ayudar al atamán, las tropas rusas se desplazaban hacia el Oeste, sobre el Dniéper, a fin de sitiar sus cuarteles generales en Chigrin. Dos años después, la plaza era tomada, y el atamán capturado. Esto dio paso a un encuentro directo entre las potencias más fuertes, y, mientras en una mitad de Europa esperaban ansiosamente conocer la suerte de ciudades sitiadas como Maastricht y Gante, en la otra el futuro parecía girar en torno a la posibilidad de una guarnición rusa en Chigrin de resistir al ejército turco, al mando de un nuevo gran visir, Kara Mustafá. En 1677 fue rechazado. En 1678 entraba triunfalmente en lo que se había convertido en una carnicería

Al fin, ambas partes comprendieron que poco podrían ganar continuando la lucha en regiones remotas y arruinadas, y comenzaron las negociaciones. Estas tomaron un curso tortuoso, pero terminaron con un acuerdo alcanzado en Crimea, en enero de 1681, y ratificado en Adrianópolis por el sultán, en abril de 1682. Las concesiones se equilibraron también. Los rusos aceptaron el Dniéper como frontera, excepto en lo que se refería a Kiev, mientras los turcos perdían su gobernante-marioneta ucraniano y se comprometían a no establecer guarniciones en la ancha zona entre el Dniéper y el río Bug. Moscú, por lo tanto, no podía esperar abrise paso por tierra hasta los pueblos cristianos del Bajo

Danubio. El sultán no podía desafiar al dominio ruso en Ucrania, al este del Dniéper. Los dos grandes imperios se habían encontrado, y, de momento, aceptaban unas «tablas» a expensas de los otros.

Los historiadores ucranianos tienen una expresión para este periodo: lo llaman «la Ruina». Su país había sido, al fin, partido y devastado. El continuo movimiento de invasores y soldados se produjo al mismo tiempo que las migraciones civiles en una u otra dirección. En 1674-1676 una de de ellas se desplazó del Oeste al Este adelantándose a los turcos. Existen pruebas de que, poco después, las pobres condiciones al otro lado del Dniéper hicieron que la gente regresara de nuevo al Oeste. Más tarde las cosas volvieron a la normalidad lentamente, de forma modesta; bajo el gobierno del *hetman* Iván Mazepa se construyeron o reconstruyeron iglesias.

Al mismo tiempo, la cultura católica polaca aún influía al Kiev ortodoxo. Algunos de los que habían sido educados allí siguieron desempeñando un importante papel en la Moscovia a la que la ciudad se había unido en 1667. Tomaban elementos de las autoridades romanas –en teología, historia eclesiástica y métodos de exposición– para formular juicios que seguían siendo esencialmente ortodoxos. Sus predicadores más brillantes imitaban el estilo de los oradores católicos. Los sermones de Lázaro Baranovich, profesor del Collegium y arzobispo de Chernigov (al noreste de Kiev) de 1657 a 1680, merecen, al parecer, el calificativo de «barrocos». Uno de sus discípulos fue Simon de Polotz, que se trasladó desde Lituania a Moscú para convertirse en el más famoso y progresista de los clérigos de la ciudad. Fue el predicador favorito de Alexei y el tutor de sus hijos. Por su parte, algunos clérigos conservadores de Ucrania deploraban el hecho de que el arzobispo de Kiev hubiera reconocido en 1686 la superior jurisdicción del patriarca de

Moscú. Esta era otra señal de la creciente presencia rusa, como lo era la guarnición del zar en la ciudad. Los ortodoxos de las tierras polacas que habían sobrevivido, como Volhynia y Galicia, perdieron contacto con sus correligionarios de otros lugares, y los obispos uniatos (véanse, en el cap. II, «Revolución en Ucrania») disfrutaban del entusiasta apoyo de Juan Sobieski, que presionaba a todo el clero, a las hermandades y a los monasterios para que les obedecieran. El autoritario José Shumliansky, que durante treinta años fue obispo uniato de Lvov, lideró este movimiento. Los ortodoxos no uniatos desaparecieron.

LAS PERSPECTIVAS DE MOSCOVIA

Cuando los turcos se dirigieron hacia el Norte, en 1672, el gran visir Ahmed Köprülü tenía una razón para pensar que el imperio de Moscovia se hallaba desesperadamente débil e inseguro: el terrible levantamiento de una gran región del país, la rebelión de Stenka Razin de 1667-1671. Comparable con los acontecimientos de Ucrania a partir de 1648, este semejaba otra difusa protesta contra el avance del poder gubernamental y contra la usurpadora disciplina de los señores sobre una población sometida. Razin comenzó como un bandolero afortunado, que construyó una posición fortificada junto al río Don. Pasando con sus seguidores hasta el Volga, llegó al mar Caspio, con el fin de asaltar las rutas comerciales entre Persia y Astrakán. En 1670, él y sus capitanes estaban sólidamente instalados en el propio Astrakán. Era inútil que el zar despachase perdones y advertencias. El problema se agravó cuando Razin llevó sus barcos y a sus hombres, nuevamente, río arriba. Se encontraba aquí en la frontera de un país más organizado, pero la respuesta a su petición de apoyo fue una amplia y violenta repulsa de toda autoridad, un espasmo que sacudió a las grandes ciudades y a los pequeños poblados, en toda una zona que sube desde el Volga hasta Nijni Novgorod, y,

hacia el Oeste, hasta el río Oka. Disturbios menores se produjeron más allá de Moscú e incluso en el Norte lejano. En algunos sitios, las bandas cosacas llegaron a levantar al campesinado. Tras ellos se esparcían rumores de la más variada especie, lo que era incitación suficiente para los habitantes. Razin llamaba a sus enemigos los enemigos de todos los hombres buenos: eran los funcionarios del gobierno (pero no el zar personalmente), el clero y los ricos. Y los hombres buenos se levantaban por todas partes, descuartizaban a sus opresores locales y a los agentes de los opresores. La acción era más importante que las ideas, pero mucha gente creía que el hijo mayor del zar, que había muerto a comienzos de 1670, en realidad estaba escondido y surgiría para traer justicia y bondad a la tierra. Apareció un pretendiente adecuado. Después de terribles pérdidas, comenzó el cansancio, y los desórdenes fueron remitiendo, gradualmente. La violencia gubernamental sustituyó y tal vez sobrepasó incluso a la de los rebeldes. Razin fue capturado en abril de 1671 y ejecutado en junio, mientras el capitán cosaco de Astrakán perdía la ciudad en septiembre. Para el resto de Europa, aquella era, indudablemente, una convulsión remota, pero la gran amplitud del levantamiento lo hizo, de todos modos, memorable. Stenka Razin, «Estebanillo», se incorporó a la mitología rusa, y ni Pedro el Grande ni Catalina la Grande pudieron olvidar la huella que dejó en el espíritu popular, en aquella parte de su imperio: ellos tuvieron que enfrentarse con rebeliones no menos serias a lo largo del Volga.

Sin embargo, Rusia progresó bajo los zares Alexei (1645-1676) y Teodoro (1676-1682). Si Stenka Razin se declaraba en contra del gobierno, de los ricos y del clero era porque todos ellos llevaban adelante la obra de la colonización. La explotación y la sujeción se extendían paralelamente. Para tomar un ejemplo del país del Volga, el antiguo principado tártaro de Kazán había estado regido, durante mucho tiem-

po, por gobernadores rusos que recibían órdenes de un despacho de Moscú –el «*prikaz* del palacio de Kazán»–, que siguió siendo el órgano administrativo responsable para aquella región, hasta los tiempos de Pedro. Los gobernadores supervisaban la comarca y sus guarniciones desde su ciudadela de piedra, de nueva construcción, en la ciudad de Kazán. Se permitía que sobreviviesen las comunidades musulmanas originales, con sus leyes locales propias y con su jurisdicción. Pero entre ellas y la tierra despoblada se situaba una línea de puntos fortificados, unidos por una faja de campo abierto, cortada a través del bosque. Poco a poco, la barrera se adelantaba hacia el Sur. En la orilla derecha del Volga, por debajo de Kazán, se construyeron nuevas defensas, sucesivamente, en 1645, 1664, 1667 y 1684. En la otra orilla del Volga comenzaron en 1680 los trabajos para otra barrera, igualmente destinada a proteger nuevos asentamientos. Estos solían ser fundados por monasterios, agentes indispensables de la expansión económica rusa. Por esta misma razón, indudablemente, el gobierno del zar y las autoridades eclesiásticas instalaron muchos nuevos monasterios en la región del Volga medio, a partir de 1650. Su finalidad no era la vida contemplativa, sino la colonización.

Siguiendo el desplazamiento de la frontera, los colonizadores militares recibían viviendas y pequeñas parcelas de tierra en los nuevos asentamientos. Con ellos aparecían personas desarraigadas. Así ocurría, sobre todo, con los seglares y con los eclesiásticos que contaban con asignaciones de tierras garantizadas por el zar. Estos eran precedidos, acompañados o seguidos por una multitud de campesinos fugitivos, porque la terrible disciplina de las leyes de siervos en las provincias más antiguas se contrapesaba siempre con el señuelo de unas comarcas despobladas y, según se decía, fértiles hacia el Sur y hacia el Este. Muchos encontraban empleo con los nuevos colonos. Sus antiguos amos no lograban dar con sus paraderos; los nuevos los amparaban y

los explotaban, invocando, en su momento, la severidad de las disposiciones contra los trabajadores fugitivos. Otros, en consecuencia, se escapaban más lejos aún, a regiones menos organizadas. Pero, invariablemente, la autoridad combinada del zar y del señor de la tierra caía sobre la marea de los emigrantes, mientras el fracaso del gran levantamiento de 1670-1671 venía a fortalecer la organización social que el código legal de 1649 había sancionado formalmente. La severidad del régimen y su éxito material en la ampliación del área de colonizaciones se hallaban fuera de toda discusión. Otras extensas áreas seguían yermas, pero los islotes de colonizaciones se habían hecho más numerosos en un ancho arco que rodeaba a la antigua Moscovia desde el Dniéper hasta el Volga.

En este proceso, la extensión del dominio del gobierno sobre la sociedad señala una diferencia fundamental entre Moscovia y Polonia o Lituania. Los boyardos y todos los «servidores» del zar no tenían ninguno de los «derechos» de los nobles polacos. Por ejemplo, él podía emplear a quien quisiese; los hombres humildes que tuviesen aptitudes podían, pues, convertirse en personas influyentes, con más facilidad. Los setecientos u ochocientos funcionarios del *prikazy* de Moscú se parecían a los juristas de la Europa occidental en la forma en que utilizaban sus talentos para ganar mejores posiciones. A los más viejos se les daban puestos en la Duma, una selecta asamblea de nobles, convocada, de vez en cuando, por el zar. Otros oficiales de la misma clase, y jefes militares de diversas procedencias, contribuían a gobernar las provincias. Este personal no existía en Polonia, donde los nombramientos de la Corona recaían siempre en la nobleza territorial o en los obispos, que pertenecían a la misma clase. Pero, en un determinado aspecto, las orientaciones rusa y polaca confluían. La distinción entre *pomestiya* y *votchiny,* entre las revocables concesiones de tierra asignadas por el zar en concepto de recompensa

de servicios, y la propiedad heredada, iba disminuyendo gradualmente en Rusia. Los poseedores de la tierra se convertían, generalmente, en propietarios, con un derecho hereditario a lo que se les había asignado anteriormente, cuando servían al Estado. Esto implicaba el crecimiento de un interés más sólidamente asentado, que el gobierno ya no podía controlar ni destruir. Los experimentos de Iván el Terrible en el siglo XV sobre la redistribución de la propiedad no se repetirían. Significaba también que se reconocían las desventajas militares del antiguo sistema de concesiones de tierras. Lo que el Estado exigía, en lugar de ello, eran impuestos más elevados, a fin de poder pagar un ejército permanente. Los intereses de los terratenientes se hacían más fuertes; la administración, por lo tanto, insistía en el pago más completo posible de los impuestos del Estado por la población sojuzgada, y una larga serie de inspecciones y empadronamientos demuestra que siguió ese camino. Esto no ocurría en Polonia, donde una proporción mucho más alta de las diversas formas de tributo o de impuesto pagados por los no privilegiados correspondían a los terratenientes. Los predecesores de Pedro I insistían en el sometimiento de las masas y dejaron para Pedro el insistir, una vez más, sobre las obligaciones de servicio de los más poderosos elementos de la sociedad.

El progreso, o incluso el cambio, en el comercio y en las artes fue menos evidente en esta fecha. Los principales centros provinciales del pasado mantenían su predominio como mercados de cereales, de sal, de cueros y de pieles, en ciudades como Vologda, en la ruta comercial entre Moscú y Arkangel, y Nijni Novgorod y Kazán. Las hermosas iglesias de Jaroslav, en su mayoría construidas antes de 1650, son, en cierto modo, una medida de la riqueza de sus ciudadanos. Moscú, con una población de 200.000 habitantes, idealmente situada para beneficiarse de los ríos navegables del país, seguía produciendo y consumiendo en gran escala.

Pero el comercio exterior, probablemente, se mantenía firme todavía. Entre 1650 y 1690 el número de barcos que utilizaron el puerto de Arkángel, y el volumen de los ingresos por derechos de aduana allí percibidos, no cambiaron. Ordyn-Nashchokin, el estadista consejero de Alexei entre 1661 y 1667, aspiraba claramente a incrementar la proporción rusa en el comercio que pasaba a través de las posesiones bálticas de Suecia. Sus negociaciones no dieron a sus compatriotas un acceso más fácil al mar, a la vez que su tarifa de 1667 era más un obstáculo que una ayuda. Impedía el negocio a todos los aspirantes. Parece también que los grandes comerciantes rusos persuadieron al zar de que tratase a los cazadores de fortunas y a los mercaderes extranjeros más rigurosamente que antes, sin ser capaces de ocupar su puesto. La Compañía Inglesa de Moscovia perdió su privilegio en 1649. Los ingleses se quejaban de que los holandeses ganasen en la misma proporción; pero, en torno a 1670, los grandes comerciantes extranjeros en Moscú, hombres como Pedro Marselis, Juan van Sweeden y David Backarach –importadores de municiones, exportadores de grano, fundidores de hierro forjado, fabricantes de cristal–, murieron, y sus sucesores operaron en una escala más modesta. Un desarrollo prometedor se había desvanecido, y ahora sería absolutamente necesario para Pedro I volver a empezar.

La preocupación del gobierno por la guerra en el Sur, a partir de 1672, puede ser parcialmente responsable de aquel vacío. Cuando Alexei murió, en 1676, los observadores extranjeros en Moscú temieron que la vieja guardia de los boyardos volviese al poder, que los soldados extranjeros fuesen licenciados y los comerciantes extranjeros relegados a Arkángel. Después, en el otoño, las noticias del tratado turco-polaco hacían pensar que un ejército otomano no tardaría en amenazar directamente los intereses rusos en Ucrania. (Un joven ginebrino, François Lefort, que luego sería el

consejero de confianza del zar Pedro, había llegado a Rusia, unos meses antes, pero perdió toda esperanza de encontrar empleo; sin embargo, a finales de 1676, confiaba en encontrar un puesto en el ejército: seguramente sería necesario.) Aquello demostró que era imposible cambiar la política de Alexei; las funestas campañas ucranianas continuaron. Tras la victoria turca en Chigirin, en 1678, las gentes preveían la caída de Kiev. Temían lo peor. Sobre aquel fondo se inició una importante reforma militar. Desde la década de 1630 se había mantenido una división tripartita del ejército del zar entre las antiguas levas de «servicio», las antiguas *streltsy* o guardias permanentes y las tropas organizadas según los modelos sueco o alemán, con la jerarquía de oficiales habitual en la Europa de Occidente. Una gran proporción de aquellos oficiales eran aventureros militares extranjeros. El general nombrado en 1678, Vasily Galitzin, trató de aplicar el sistema de disciplina occidental y de mandar a las *streltsy* y a las levas feudales. A comienzos de 1682 aquella reforma alcanzó una fase ulterior. El gobierno decidió decretar la formal abolición de *mestnichestvo,* originalmente un orden estricto de precedencia de las familias en presencia del zar, que había llegado a tener, con el paso del tiempo, una significación mucho más amplia: es decir, que, demasiado frecuentemente, los hombres se negaban a servir a las órdenes de aquellos cuyos padres y abuelos habían tenido un rango inferior al de los propios. La importancia de este desafío a los instintos conservadores no es fácil de medir, ni se puede estar seguro de su relación con los desórdenes e intrigas que siguieron a la muerte del zar Teodoro, unos meses después. Indudablemente, Galitzin triunfó. Durante los siete años siguientes, aquel político progresivo, con su evidente simpatía por los hombres y por los libros procedentes del Oeste, con su deseo de adelantar a las fuerzas rusas hacia el Sur, a través de la estepa, hasta Crimea, dominó el gobierno. El fracaso de sus expediciones crimeanas de 1687 y

de 1689 provocó su caída, y el aprendizaje de Pedro el Grande como hombre de Estado se vería, a su vez, profundamente influido por la larga crisis de las guerras otomanas en Europa.

EL IMPERIO OTOMANO

Aquella crisis dependía de la posibilidad de los sucesivos grandes visires de movilizar enormes fuerzas en el imperio otomano, el más antiguo y el más sólidamente fundado de Europa. Las Provincias Unidas, o el imperio sueco, eran advenedizos en comparación con el Estado otomano. Las reservas de hombres procedentes de Asia respaldaban la fuerza turca en Europa, y los hombres de Europa eran utilizados en Asia; pero el «problema oriental» de los sultanes no causó trastornos mientras el imperio persa declinaba rápidamente, a finales del siglo XVII. Además, el elemento feudal de la sociedad otomana había estado siempre reforzado por un gran ejército permanente. Los feudatarios cobraban diezmos o tributos de diversas clases; las fuerzas permanentes, los jenízaros y otros eran mantenidas en Europa por los grandes impuestos que pagaban los no musulmanes, que constituían una gran mayoría de la población sojuzgada. El ejército era una carga demasiado aplastante para permitir que los recursos económicos se desarrollasen, lo que habría hecho menos pesada la carga, pero contaba con el prestigio y con la fuerza que aseguraban el predominio otomano. La superioridad tecnológica, económica y administrativa de ciertos Estados occidentales parecía ya bastante clara. De todos modos, los turcos no estaban más atrasados que sus vecinos de la frontera terrestre entre Dalmacia y Crimea. Como ingenieros militares o como técnicos en riego estaban, probablemente, más adelantados. Atraían a «renegados» útiles de Italia y de Francia, exactamente igual que los escoceses y los alemanes iban a Polonia y a Rusia. Gozaban de las ventajas de un poder autocrático más eficaz sobre un

área más amplia que cada uno de los gobiernos que se oponían a ellos, a la vez que, desde 1660, la estabilidad interna del gobierno otomano era mantenida por Mohamed y Ahmed Köprülü. La simple ocupación del cargo por Ahmed durante quince años (menos un día) constituye un triunfo extraordinario, la recompensa de continuados éxitos en el interior y en el exterior y la prueba de una continuidad administrativa. Tras el sitio de Viena en 1683, este dato tiene un significado distinto: entre ese año y el Tratado de Carlowitz, en 1699, hubo doce grandes visires. Ahmed había ganado Creta, partes de Hungría y Podolia. Sus sucesores perdieron Morea, casi toda Hungría y Podolia. Pero el rechazo otomano de los rusos en 1711 y de los austríacos en 1736-1739 refuta el supuesto, demasiado simplista, de que en el imperio otomano se produjo alguna gran transformación cuando Kara Mustafá sucedió como gran visir a Ahmed Köprülü. Es más fácil enumerar sus errores entre 1676 y 1683 como político o como soldado que descubrir ningún cambio profundo en el gobierno y en la sociedad otomanos de su tiempo. Esto siguió constituyendo un compuesto que apenas cambió durante varias décadas.

El resultado del sistema de administración otomano puede ser ilustrado en diversos aspectos. Cuando el emperador entregó una pequeña parte de su territorio húngaro por el tratado de 1664 (véase *supra,* en el cap. VI, «La soberanía en Hungría»), los funcionarios de Estambul extendieron puntualmente un documento que facilitaba un detallado plan para el nuevo régimen allí. Era una copia fiel de las disposiciones que existieron durante mucho tiempo en la Hungría turca. Los antiguos terratenientes fueron eliminados, y la tierra fue parcelada entre feudatarios musulmanes, autorizados a percibir determinados tributos de la población sojuzgada, que, además, pagaría al Estado determinados impuestos en géneros y ventas, más una capitación. O, tomando como ejemplo otro elemento del sistema: Moha-

med Köprülü se apoderó del principado de Transilvania en 1660, y cobró el tributo anual de 15.000 a 40.000 coronas de oro. En efecto, una embajada especial se trasladaba todos los años a Estambul, donde una legación permanente residía en la «Casa de Transilvania». Discutía el frecuente y difícil problema del cambio (porque los turcos insistían en el oro), entregaban la cantidad debida y recogían un recibo. Pagos suplementarios –como los 600 carros y los 1.800 bueyes exigidos en 1678 para su utilización en Ucrania– y sobornos para los funcionarios completaban el impuesto anual. A este alto precio conservaba Transilvania su autogobierno, y las jerarquías y la nobleza sobrevivían, mientras el príncipe calvinista Miguel Apafi gobernaba durante más de veinticinco años (1661-1688). Aunque los turcos intervenían mucho más frecuentemente en Bucarest y en Jasi para destituir y nombrar a los príncipes, los principados danubianos también hacían pagos anuales a Estambul y conservaban su antigua estructura de clases.

Al mismo tiempo, nadie podía dejar de observar la fuerte presión musulmana sobre todo el imperio balcánico, para afianzar el gobierno otomano. En algunas partes de Bulgaria, Servia y Albania, el islam conquistó distritos enteros. Emigrantes o turcos se establecían en la Bulgaria oriental; albaneses islamizados se trasladaban a Macedonia; y muchos de los musulmanes que aparecían en las ciudades de Hungría procedían de Servia. A lo largo de la gran ruta militar que iba desde Estambul hasta Sofía, Belgrado y Buda, las mezquitas, los baños y las escuelas en las ciudades eran los signos visibles de aquella penetración musulmana, debida, en primer lugar, al dominio del sultán, pero mantenida también por los predicadores y los maestros de la fe. Nadie podía tampoco dejar de comprender la lección que aquello suponía: que la conversión era el primer paso para una carrera al servicio del gobierno, como en la católica Austria y en la anglicana Inglaterra a partir de 1660, y cada vez más

(para los hugonotes) en Francia, durante el mismo periodo. Era, sobre todo, en Albania y en Servia donde el régimen reclutaba con gran éxito voluntarios que dejaban sus hogares, renunciaban a la fe cristiana de sus padres y tenían grandes aspiraciones. La institución otomana de la *devshirme,* en otro tiempo famosa, que consistía en el reclutamiento de jóvenes cristianos para los jenízaros y otras unidades, tuvo poca importancia a partir de 1650; pero la entrada de servios, bosnianos y albaneses en el personal del gobierno contribuyó más aún a ensanchar la base de la dominación turca sobre su vasto imperio. Un notable y bien probado ejemplo de ello es el de un hombre llamado Papovic[3], un pastor de la frontera de Bosnia y Montenegro, nacido hacia 1627, que se trasladó a Sarajevo para servir al gobernador provincial turco. En 1672 había conseguido un puesto en Estambul y la protección del gran visir. En 1675 tomaba en arriendo la capitación impuesta a 12.000 cristianos, cabezas de familia, en Chipre. En 1676 sus obligaciones abarcaban la de recoger para el sultán las propiedades de las personas ricas muertas. Osman Pasha iba ahora de un alto puesto a otro. Fue gobernador, sucesivamente, de Siria, de Anatolia y de Egipto. Se casó con una hija del gran visir Kara Mustafá. Como otros varios conversos de esta clase, construyó, según se cree, una mezquita y una iglesia ortodoxa en su tierra natal. Como casi todos los altos funcionarios, tuvo problemas, se trasladó, con frecuentes intervalos, de un lugar a otro, y estuvo, a veces, en declive. Murió luchando en Hungría, en 1686.

La conversión de Osman, su recaudación de la capitación en Chipre y su iglesia en Bosnia simbolizan, en conjunto, la compleja relación de los intereses ortodoxos y los otomanos en el imperio turco. El sultán era, por una parte, el gran opresor de los griegos y de otros pueblos cristianos. Les negaba la libertad, les aplastaba con sus impuestos y con su tosca administración. Pero también reconocía for-

malmente, mediante despachos imperiales, la elección del Sínodo griego de los sucesivos patriarcas de Estambul, y la de otros patriarcas y metropolitanos. Reconocía la jurisdicción del arzobispo de Ipek sobre la Iglesia servia, y la del metropolitano de Bucarest en los principados danubianos. Los impuestos eclesiásticos eran recaudados, en todas partes, con la colaboración de las fuerzas y de los funcionarios turcos. Los monasterios ortodoxos, en conjunto, conservaban sus propiedades. El patriarcado de Estambul seguía siendo un cargo de notable influencia, aunque el gobierno otomano alentaba frecuentemente a los miembros del Sínodo metropolitanos y «funcionarios» a que formulasen quejas contra él. Entonces podría ser destituido, y los candidatos rivales tenían que ofrecer enormes sumas para obtener el apoyo del gobierno antes del nombramiento de un candidato aceptable. El impuesto de los pobres cargó con la cuenta. Los estadistas musulmanes explotaban a la Iglesia ortodoxa, pero también la defendían. Los sacerdotes lamentaban el dominio del islam, mientras su privilegiada situación les ayudaba a resistir al antiguo enemigo romano, y los católicos nunca consiguieron más que una precaria situación en la Europa otomana. Es cierto que los franciscanos trabajaban valerosamente aquí y allá. Los arzobispos católicos de Sofía trabajaron en Bulgaria durante todo el siglo, y otra misión sobrevivía en Moldavia. Los jóvenes griegos eran atraídos al colegio católico de San Atanasio, en Roma, para ser instruidos por jesuitas; y un converso como Leo Allatius, bibliotecario del Vaticano, facilitaba la literatura de propaganda. Pero, de igual modo que la mayoría de los estudiantes griegos regresaba de Padua más capacitada para rebatir la teología católica, así un sólido núcleo de los ortodoxos continuaba siendo consciente y hostil a aquella amenaza de Occidente. De ahí su interés por introducir, de nuevo, firmemente a Moscovia en el mundo de la cultura

griega, y sus esperanzas de que el zar desempeñase un papel en el rescate de la ortodoxia, del dominio de los turcos.

Los griegos equilibraban una terrible pérdida y varias ganancias en la segunda mitad del siglo XVII. La entrega de Creta por Venecia, en 1669, cerraba un periodo de actividad intelectual en el que la isla asistió a la afortunada fusión del pensamiento griego e italiano. Sobre el telón de fondo de una espléndida construcción veneciana en las ciudades cretenses había aparecido un nuevo estilo de pintura de iconos, un teatro vivo y una importante épica romántica. *Erotokritos,* la obra de Vicentios Kornaros, lectura o audición favorita de muchos griegos de las generaciones siguientes, en que se describen las luchas de los helenos contra los bárbaros (o turcos), fue escrita durante la guerra. Tras la victoria turca, la sociedad intelectual desapareció, y muchos emigrantes huyeron a las islas Jónicas o a Italia. Las comunidades griegas de Venecia y de Corfú se vieron fortalecidas por aquella retirada procedente del Este. Nuevas imprentas griegas en Venecia contribuyeron a mantener la corriente de libros hacia el imperio turco.

Al propio tiempo, nada podía privar a los griegos de su posición en la economía otomana. Los armenios dominaban el comercio a través de Anatolia; los comerciantes de Dubrovnik tenían importantes establecimientos en Sofía y en Belgrado; los judíos eran más notables como financieros; pero la influencia de los negocios griegos irradiaba a través de los Balcanes y alcanzaba a los principados. Ellos facilitaban la marina que transportaba una gran parte del comercio entre Egipto y Estambul. Esta permanente influencia económica corría pareja con el renacimiento intelectual de su Iglesia. La polémica figura de Cirilo Lukaris, un patriarca asesinado por los turcos en 1641, había suscitado una intensa discusión. Sus seguidores fueron acusados de doctrinas cripto-protestantes. Se afirmaba que otros profesores

habían manifestado excesiva simpatía por las herejías católicas, viejas y nuevas. Poco a poco, el clero ortodoxo se asentaba de nuevo, y de aquella fase febril surgía un movimiento defensivo que sostenía la antigua fe. Se añadían un poco de filosofía aristotélica procedente de Padua y un buen conocimiento de la especulación corriente en la Europa occidental, pero no mucho más. La novedad consistía en la fuerza conservadora, no en el pensamiento. Lukaris había introducido a algunos profesores de primera categoría en la antigua Academia, la escuela de los patriarcas de Estambul, y los que estudiaban o enseñaban allí se destacaron como figuras eminentes en los próximos cincuenta años. Se unieron al corro de ricos mercaderes y hombres de negocios, que también adquirían propiedades, utilizando las finanzas de la Iglesia. Los patriarcas, la escuela, las familias selectas, los profesores, la mayoría de ellos residentes en el distrito Fanar de la capital, aun cuando eclipsados por la corte otomana y divididos por sus propias querellas, se habían convertido en un grupo formidable. Dos funcionarios griegos que servían al propio sultán contribuían a consolidar la posición del grupo: los principales trujamaneso intérpretes, Panaiotti Nikousios (1661-1673) y Alejandro Mavrocordato (1675-1700). Mavrocordato había defendido en la Universidad de Bolonia la tesis de Harvey sobre la circulación de la sangre, antes de llegar a ser profesor de la Academia y luego secretario de Nikousios.

Estrechamente relacionada con los griegos de Estambul estaba la difusión de su influencia en los principados danubianos. Los lazos matrimoniales con las más importantes familias rumanas se hicieron más frecuentes. Los príncipes Serban Cantacuzene y Covan Brancoveanu fueron generosos protectores de los hombres doctos griegos, en Bucarest, entre 1678 y 1714. Se instalaron imprentas griegas, y se fundaron o se reformaron escuelas griegas. El hombre que mejor representaba a la ortodoxia en aquel tiempo, un estu-

diante de la Academia de Estambul, vehemente defensor de la verdad contra latinos y protestantes, era Dositeo. Nombrado patriarca de Jerusalén en 1671, derrotó al embajador de Luis XIV en una gran lucha diplomática y aseguró la custodia griega de los Santos Lugares en 1672. Su *Confesión* y otras obras repudiaban los argumentos protestantes asociados con Lukaris. Con un cierto número de monasterios de Moldavia y Valaquia bajo su directo control, desempeñó un importante papel en la consolidación de la influencia griega en aquella zona. Fue el Bossuet de la Iglesia ortodoxa.

El gran visir Kara Mustafá, para quien la política era el arte de la agresión practicada por distintos medios en la paz y en la guerra, tenía ante sí tres elecciones posibles, cuando las campañas ucranianas llegaron a su fin. Podía reanudar el ataque contra Venecia, a pesar del tratado de 1669. Podía plantear de nuevo las dificultades resueltas por la reciente pacificación con Polonia, y reivindicar Lvov y Cracovia. Podía intervenir en la Hungría de los Habsburgo, aprovechándose del hecho de que el tratado de 1664 del sultán con Leopoldo caducaría pasados veinte años, a menos que se renovase, y también de la ventaja que implicaba el constante desasosiego en Hungría. El rebelde Thököli (véase *supra,* en el cap. VI, «El Piamonte»), desde su refugio en Transilvania, podía ser utilizado por los turcos, de igual modo que habían utilizado al otomán Doroshenko. No es posible decir con seguridad si Kara Mustafá pensó nunca seriamente en un ataque a Dalmacia; la República veneciana temió lo peor hasta el verano de 1683. Llegó, en cambio, poco a poco, a la conclusión de que su presencia en Hungría le ofrecía la singular oportunidad de una campaña triunfal. En el mejor de los casos, aquella campaña le prometía la conquista de Viena, una presa que había eludido incluso el sultán Solimán el Magnífico. Más modestamente, podía significar la anexión de la Hungría de los Habsburgo –dejando a

Thököli como un gobernante-marioneta–, o preparar el camino para un ulterior ataque a Polonia desde las dos vertientes de los Cárpatos. Con aquellas ideas en la mente del gran visir, el imperio otomano se convertía inmediatamente en el elemento más voluble de todo el continente.

EL EFECTO SOBRE LA EUROPA CENTRAL

Había indicios de graves tensiones en la Europa central, en torno a 1680, principalmente a causa de la peste que en aquellos momentos se extendía hacia el Oeste, desde Hungría. El promedio de mortalidad mensual en la ciudad de Sopron era de 35 entre enero y julio de 1679; en septiembre y en octubre llegó a 800. Graz perdería 3.500 de sus 15.000 habitantes. El peor castigo del siglo se abatió sobre Viena, antes de desplegarse a través de la mayor parte del Wiener Wald durante los dos años siguientes; y la invasión turca de 1683 se produjo demasiado inmediatamente para permitir a la población de la Baja Austria recuperarse hasta el siglo XVIII. Aquella epidemia (y otras sufridas entre 1650 y 1800) son conmemoradas en las columnas votivas que se ven en muchas plazas de Austria. Las gentes eran urgentemente apremiadas por predicadores contemporáneos como Abraham de Sancta Clara a creer que la peste era un castigo de Dios a los pecadores, y en consecuencia a agradecerle Su misericordia cuando la peste desaparecía. Los escultores y los diseñadores respondían con una idea en el idioma del día, que era una representación en piedra de las nubes ocultando la columna y abriéndose para descubrir a la Santísima Trinidad. Desgraciadamente, el fraile agustino Abraham, y el arquitecto de la corte Luigi Burnacini, que diseñó para Viena la más grande de aquellas columnas después de la peste de 1679-1680, gozaban de mayor consideración que el médico oficial de la ciudad, que había hablado a sordos –según él mismo aseguraba– al recomendar medidas preventivas. Sus razonables precauciones sanitarias

fueron adoptadas demasiado tarde. Mientras los pobres morían, el emperador Leopoldo se apresuró a abandonar Viena en el otoño de 1679, para no regresar durante dieciocho meses.

Se fue a Praga, y la peste le siguió. Uno de los centros de infección declarados en Praga era el barrio judío, de modo que estaba prohibido entrar o salir en aquella parte de la ciudad; entre las razones dadas para explicar la subida en espiral de los precios figuraba aquella restricción contra los comerciantes judíos, que no podían abastecer a los detallistas. Leopoldo, como las cifras de mortalidad descendían y luego subían de nuevo, se trasladó a Linz. Lo más grave era que la epidemia coincidía con grandes desórdenes agrarios en Bohemia. Las agudas fricciones entre los señores y los vasallos se unían a otros problemas que inquietaban al gobierno, y los rumores lo asociaban todo inmediatamente. Algunos creían que los magiares invadirían el país para acudir en ayuda de los campesinos bohemios; otros pensaban que desterrados «hussitas» y protestantes estaban infiltrándose con el fin de soliviantar al pueblo, y que eran agentes franceses. En realidad, el derecho legal de los señores a exigir el trabajo forzado de los esclavos daba lugar a unas condiciones intolerables en las propiedades individuales en los tiempos malos, y la instigación a no seguir soportando la injusticia se transmitía de un lugar a otro. La corte no tenía una idea muy clara de lo que podría hacer, y su Declaración de marzo de 1680 recomendaba docilidad a los vasallos y moderación a los señores. La inquietud aumentó durante la primavera, hasta el punto de que fueron enviadas tropas para restablecer el orden. Una Declaración de junio de 1680 cambiaba la base legal de las posesiones, todavía con mayor perjuicio para los campesinos; pero esto, probablemente, importaba menos que la dura demostración práctica de la estrecha alianza entre los Habsburgo y las clases privilegiadas. Solo sesenta años después comenzarían los esta-

distas austríacos a comprender que un régimen de aquel tipo empobrecía materialmente al gobierno, tanto como al campesinado.

Seis meses después, un cometa, con su larga cola flameante, resplandeció en el cielo de invierno. Los hombres cultos de Occidente habían estado de acuerdo por lo general, durante los últimos veinte años, en que aquellos fenómenos pertenecían al orden natural del universo, a pesar de las apariencias. El inglés Halley demostraría (con especial referencia al cometa de 1682, que recibió su nombre) que aparecían y desaparecían con unos intervalos de tiempo que podían ser calculados. Un joven profesor hugonote, que entonces se hallaba en Sedán, Pierre Bayle, tenía la satisfacción de demostrar «por varias razones, tomadas de la filosofía y de la religión, que los cometas no son presagios de infortunios», lo que argumentaba en un notable libro publicado también en 1682. Pero el pueblo iletrado en Bohemia o en Alemania, y su clero, no conocían hasta entonces razón alguna por la que ellos no hubieran de creer que una aparición de aquella clase era una advertencia de catástrofes futuras. Y el miembro de la Royal Society, el piadoso e instruido John Evelyn, que llevaba un diario en Londres, tampoco.

Los políticos, en aquel mundo deprimente de peste y levantamientos campesinos, se sentían impotentes para enfrentarse constructivamente con ellos. Sus reflexiones se inclinaban más fácilmente a la antigua rutina de la diplomacia y de la guerra. Hacia 1681, la principal cuestión del futuro inmediato iba resultando clara para la mayoría de los hombres que tenían algún interés por la política, y que eran los gobernantes, los cortesanos, los funcionarios, los miembros de las clases privilegiadas, los diplomáticos, los comerciantes y todos los que podían leer la literatura sobre los acontecimientos diarios que salían de las imprentas holandesas y

alemanas. Se trataba del proyecto de renovada presión otomana desde el Este, y de su coincidencia con el peso, incesantemente creciente, de la presión francesa sobre la Alemania occidental. ¿Eran necesarias nuevas concesiones en la Renania y en el imperio a Luis XIV, y en qué medida? ¿Hasta qué punto la respuesta correcta a aquella pregunta dependía –o debería depender– de las acciones del sultán y de su gran visir, o de la política del emperador respecto a las amenazas otomanas de conquista de Hungría?

Ante tan arduo problema, los políticos siguieron buscando a tientas su camino, mientras una emergencia sucedía a otra. Es más fácil para nosotros que para ellos el ver la panorámica de lo que realmente ocurría entre 1678 y 1688, y, en especial, observar la estructura diplomática de Europa, que cambiaba a medida que la guerra turca se aproximaba, comenzaba y continuaba.

Hasta 1681, la mayoría de los consejeros de Leopoldo creía que Luis XIV era su más peligroso adversario. La conquista francesa de Estrasburgo les convenció (véase *infra,* en el cap. XI, «La consolidación de Francia»). Por lo tanto, entre 1680 y 1684, trataron de establecer alianzas suficientemente fuertes para hacer frente a Francia. Aquellas alianzas estaban destinadas a revocar las concesiones hechas en Nimega, y a restablecer la situación de 1648 en Alemania, tal como la interpretaba Viena. O la situación de 1678-1679, sin conceder a Francia ni una pulgada más, era la propuesta menos ambiciosa que se sugería. Aquellos planes para una o varias alianzas se referían solo a ciertos estados alemanes; otros comprendían a España, a las Provincias Unidas, a Suecia, y, muy provisionalmente, a Inglaterra. La mayoría de las negociaciones fracasaron, aunque los enviados de los Habsburgo se trasladaban incesantemente de una corte a otra. Los acuerdos realmente firmados no pro-

metían ayuda a Leopoldo, a menos que Luis decidiese enviar sus tropas a través del Rin.

Al propio tiempo, entre el invierno de 1683 y la primavera de 1684 se formaba, fragmentariamente, una coalición defensiva y ofensiva de potencias contra los turcos. Mientras Kara Mustafá, en 1683, marchaba desde Adrianópolis hasta Viena, y sus auxiliares tártaros invadían Moravia y cruzaban el Wiener Wald, Leopoldo seguía ganando partidarios: Baviera en enero, Polonia en marzo, Sajonia en julio, juntamente con los «círculos» de Estados menores de Baviera, de Sajonia y de Franconia. La crisis demostró que un avance turco sobre el Danubio partía el imperio, claramente, en dos. En el Sur, la amenaza parecía directa; nadie podía negar que un desastre en Austria constituía un peligro para todos los territorios que se hallaban inmediatamente detrás de ella. Más al Norte, un ejército turco en Viena parecía aún muy lejano, mientras una nueva etapa en las querellas acerca de Pomerania y de los territorios del Elba y del Weser, atizadas y luego amortiguadas por los diplomáticos franceses, contribuían a impedir a Brandemburgo y a sus rivales la colaboración en el rescate de Viena. Una fuerza simbólica de hannoverianos alcanzaba al Danubio en septiembre, y 1.200 brandemburgueses llegaban a Hungría en octubre, pero eso fue todo. La derrota de Kara Mustafá tuvo su más positiva repercusión en otras partes. Los venecianos decidieron unirse a la lucha. La Santa Liga del emperador, de Polonia y de Venecia, bajo la égida del papa, fue negociada durante el invierno, y firmada en marzo de 1684.

Momentáneamente, pareció que la victoria en Viena devolvía la situación en Alemania a lo que había sido en 1681, de modo que las propuestas de una Santa Liga encontraron algunas fuertes críticas. Los círculos influyentes en la corte de Leopoldo, que siempre habían tenido que concentrarse para refrenar el predominio francés, de nuevo proclamaban

que la prioridad más urgente estaba constituida por la resistencia activa a Luis XIV. Esperaban desentenderse de Hungría y reaccionaban con indignación cuando Luis continuaba pidiendo, con amenazas, un reconocimiento formal, por parte de la Dieta de Ratisbona, de sus recientes conquistas en Alemania occidental. Contaban con el apoyo de Guillermo de Orange, porque las tropas francesas habían entrado, una vez más, en los Países Bajos españoles cuando el sitio de Viena llegaba a su agónico punto culminante. Pero la fuerza del proyecto de un importante avance en Hungría y de una victoria total sobre el islam y sobre los turcos comenzaba ahora a ejercer su más poderoso atractivo. El papa Inocencio y sus nuncios batían con todas sus fuerzas el tambor clerical. La futilidad de una prolongación de las luchas por Alsacia resultaba cada día más clara, incluso para los indecisos. La conquista de Luxemburgo por una fuerza francesa, y el avance de otra, Mosela abajo, hasta Trévesis, les convencieron. Se vio que Guillermo de Orange era más débil que sus adversarios en las Provincias Unidas, que deseaban mantener la paz con Francia. Evidentemente, España era ahora un aliado inútil, que pedía ayuda siempre, sin prestarla nunca. Así, en agosto de 1684, Leopoldo había echado a rodar los dados, con evidente desgana. En Ratisbona, el emperador y el imperio acordaban reconocer, para un periodo de veinte años, la posesión *de facto* por Francia del territorio imperial –incluida Estrasburgo– que Luis ocupaba ya. Por su parte, Luis accedió a no insistir sobre una situación *de iure* definitiva en su favor. En aquel momento, tenía buenas razones para pensar que los Habsburgo y sus fuerzas aliadas se verían atrapados por la guerra en Hungría, incapaces de retirarse ni de avanzar, con lo que él tendría las manos más libres en el oeste. La campaña de 1684, en realidad, comenzó mal para los jefes cristianos, razón por la cual Leopoldo llegó a un compromiso con Francia en Ratisbona.

El avance otomano y la marea baja de la retirada otomana atrajeron a los ejércitos aliados hacia Hungría. Viena deseaba la expansión, temía a la edificación del imperio polaco al sur de los Cárpatos, y era sensible a los estímulos católicos en favor de una cruzada. No podía desentenderse de aquel frente. A pesar de un desalentador fracaso en el intento de conquistar Ruda, tanto en 1684 como en 1685, los aliados por lo general seguían avanzando, con el resultado de que la historia europea entraba en una nueva fase. En 1686, Leopoldo fue dueño de Buda, y, en 1688, de Belgrado. Antes de esa fecha, se completó una conquista veneciana de Morea. Polonia se propuso la invasión de los principados danubianos. En 1686, Moscovia se unía a la alianza de Leopoldo y de Sobieski, tras obtener de Polonia una renuncia definitiva a Kiev y a la Ucrania oriental; al año siguiente, Galitzin lanzaba su primer asalto contra Crimea. Parecía que las décadas de la dominación otomana en la Europa oriental estaban llegando, rápidamente, a su fin. Desde el Belgrado de los Habsburgo o desde la Atenas veneciana, incluso los Balcanes resultaban vulnerables.

LOS EJÉRCITOS PERMANENTES ALEMANES

Las continuas rivalidades en la Alemania septentrional, la presión francesa y el nuevo peligro de un ataque otomano estimulaban el constante crecimiento de los ejércitos permanentes en la Europa central. El conflicto parecía inevitable, de modo que la competitiva necesidad de armamentos era evidente. En general, esta era una respuesta ante el cerco, cuando no había ni podía haber otra: el Sacro Romano Imperio seguía tan débil como siempre.

A partir de 1648, las fuerzas permanentes mantenidas por los gobernantes germanos habían sido, al principio, muy escasas. Eran, fundamentalmente, las guarniciones de las plazas fortificadas. La guerra de 1672-1679, naturalmente, hizo necesario el reclutamiento de tropas, en una escala

mayor. Tanto Francia como los holandeses pagaban grandes subvenciones, y pronto se vio que lo que ellos pagaban estaba en proporción con el potencial militar de las cortes con las que negociaban acuerdos. Un gobernante como Juan Jorge de Hannover aprendió a combinar aquellas dádivas extranjeras con los impuestos que recaudaba de sus propios súbditos, a fin de crear un ejército mayor que el que podrían justificar sus ingresos solo por el concepto de impuestos, y para utilizar luego su ejército como una palanca en la negociación de nuevas subvenciones de las potencias rivales. Y pudo también explotar las tierras de los Estados vecinos desarmados acuartelando sus tropas en ellas, con lo que ahorraba los recursos de sus súbditos.

Un nuevo e importante cambio se produjo inmediatamente después de los Tratados de Nimega. En aquel periodo de paz nominal, las fuerzas permanentes de un buen número de principados alemanes no disminuyeron. Montecuccoli, en Viena, libró de la disolución a muchos regimientos de los Habsburgo que habían luchado en Alemania durante la última guerra. Dos nuevos príncipes recién salidos a escena, Juan Jorge III de Sajonia y Max Emmanuel de Baviera, deseosos de brillar como guerreros, formaron regimientos que iniciaron la ininterrumpida historia de los ejércitos sajones y bávaros. En el caso de Sajonia, esto originó un terrible conflicto con los Estados. Los regimientos se reclutaron, pero el conflicto seguía sin resolverse en 1683. Un hombre más inteligente y con las mismas ambiciones militares, Ernesto Augusto, el nuevo gobernante de Hannover, aumentó también sustancialmente su ejército; los Estados hannoverianos ya no estaban en condiciones de protestar. Ernesto Augusto, sus hermanos o primos Brunswick, y Federico Guillermo de Brandemburgo mantenían ahora fuerzas superiores a las que sus recursos podían soportar. Pero eran bastante fuertes militarmente, no solo para resistir a sus agresivos vecinos, sino también para aspirar a un

apoyo financiero del exterior. «La estructura de la política» puede ser una expresión demasiado usada; pero, en 1688, aquel problema de la interrelación de presupuestos militares, impuestos, subvenciones extranjeras, la asignación que había que ganar acuartelando o empleando tropas en suelo extranjero y el prestigio de mantener el ejército más fuerte posible era el que se planteaba en la estructura política alemana. Esto explica que los regimientos alemanes fuesen aprovechados para el servicio en Hungría y, pagados por Venecia, también en Grecia durante los años siguientes, y que los holandeses y los ingleses utilizasen tantas tropas alemanas a partir de 1688, empleándolas en los Países Bajos, en España y en otras partes. Los viejos tiempos de los *condottieri,* de Mansfeld y de Wallenstein y de todos los demás caudillos independientes a contrata pertenecían ya al pasado. Los príncipes alemanes eran los nuevos *condottieri* y contratistas. Los regimientos eran suyos. Sus hombres, tanto oficiales como soldados, procedían de todas las partes de Alemania.

En 1683, los turcos amenazaban a Viena, mientras Juan Jorge de Sajonia había formado un ejército para el que sus Estados trataban de negarle los necesarios fondos. Entonces, él dirigió sus regimientos a Bohemia y a Austria, donde vivían sobre el terreno, y contribuyó a rescatar a Viena. Cuando Francia y el emperador acordaron la tregua de Ratisbona en 1684, los gobernantes alemanes resolvieron con el mismo procedimiento la dificultad de mantener sus fuerzas lo más económicamente posible. Max Emmanuel llevó el suyo, una y otra vez, a Hungría. Württemberg y Sajonia enviaron los suyos a Grecia. Ernesto Augusto había ofrecido a Leopoldo 10.000 hombres en 1684, si se concertaba la paz con Francia. Al propio tiempo, negociaba con Venecia. Sus regimientos, en realidad, lucharon en Hungría y en Grecia, uno de sus propios hijos murió en Transilvania, otro en Servia, y un tercero regresó ileso de Morea. Federi-

co Guillermo de Brandemburgo fue más prudente mientras duraron sus tratados con Francia. Pero, en 1686, envió a 8.000 hombres –la tercera parte de todo su ejército– para tomar parte en el afortunado asedio de Buda. Inesperadamente, las guerras turcas habían dado un nuevo y fuerte impulso al desarrollo de las instituciones militares europeas.

VENECIA: LA ÚLTIMA AVENTURA IMPERIAL

Dividiendo, arbitrariamente, los procesos históricos en periodos, por lo menos se reduce la amplitud del enfoque. La República veneciana y el imperio otomano decaen, juntos, en el siglo XVIII; pero, si nos acercamos a aquel periodo con una instantánea de 1688, resulta más fácil comprender el punto de vista contemporáneo de algunos venecianos que consideraban que su antiguo imperio podía renacer, gracias al desastre turco de 1683. El debate entre los políticos venecianos que aconsejaban mantenerse neutrales en aquel momento, y otros que abogaban por una agresiva participación al lado de Leopoldo y de Sobieski, era muy tenso. El senado veneciano seguía siendo una verdadera asamblea constitucional, en la que una decisión dependía de los razonamientos y de la oratoria. Vencieron los partidarios de la guerra. Francesco Morosini, un héroe de la última guerra en Creta, fue nombrado capitán general. Para él y para sus amigos, Venecia no era solamente «la sala internacional de Europa» donde alquilaban palacios los príncipes extranjeros y florecían los teatros de ópera. Para ellos era, o merecía ser, el centro de un poderío imperial con recursos navales y militares que era necesario desplegar. El arsenal de la ciudad tenía más importancia que las atracciones turísticas, en los días de carnaval, o que el famoso espectáculo de las anuales nupcias del dux con el mar.

Los éxitos venecianos durante los cinco primeros años de una guerra que duró hasta 1699 fueron muy notables. Desde su base en Corfú, Morosini conquistó otra en el golfo de

Arta, en 1684. Sus barcos de guerra recorrían las Cícladas. Hizo pequeñas conquistas en Dalmacia. Pero, en agosto de 1687, había conquistado Morea y dominaba el istmo de Corinto. Su colega y rival, Girolamo Cornaro, forzó una entrada al golfo de Cattaro. Los venecianos, con base en Corinto y en la costa oriental de Morea, estaban ahora claramente bien situados para expulsar a los turcos de sus más importantes posiciones en Atenas, Tebas y Eubea, y para asfixiar a la propia Estambul desde el Egeo. Cattaro era un prometedor trampolín para la región interior de Bosnia. Estaban más cerca que los aliados que luchaban en Hungría contra los núcleos centrales de la dominación otomana.

Al mismo tiempo, había muchas razones para que aquello señalase el límite de la recuperación veneciana. Los vacilantes del invierno de 1683-1684 no carecían, en efecto, de una sólida base. En primer lugar, el Estado no tenía ejército permanente. Había tropas irregulares en Dalmacia, milicias en la Terra Firma y unas pocas guarniciones, pero eso era todo. Venecia dependía de tropas mercenarias de Alemania o de Suiza, de pequeños contingentes enviados por el gran duque de Toscana y por el duque de Módena, y de una mezcla de voluntarios. En Italia, los gobernantes independientes no compartían la pasión de los príncipes alemanes por el mando de los ejércitos, y ya no trataban de desposeerse unos a otros por medio de la competencia entre sus ejércitos. Los hijos de familias nobles con una tradición militar preferían servir en las fuerzas imperiales o españolas. Los pobres no tenían la arraigada costumbre de los suizos o de los escoceses de buscar un medio de vida «siguiendo las guerras». La lucha veneciana contra el sultán despertó el entusiasmo católico, y los papas lo bendijeron, pero las muestras de cualquier interés popular o patriótico en Italia por aquellas campañas son difíciles de encontrar. Si la República hubiera tenido la talla financiera de Ámsterdam, su ejército, naturalmente, habría sido mayor. El gobierno au-

mentó muchos impuestos durante el invierno de 1684-1685, pero recayó –como durante la guerra de Creta– en el principio de «agregación». En otras palabras, los cargos eran vendidos a compradores no nobles, y se había acordado reconocer como nuevos miembros de la nobleza veneciana a los que quisieran pagar aquel privilegio; en el curso de la guerra, se agregaron al «Libro de Oro», o inventario de nobles, treinta y ocho familias. Mediante aquellos recursos, el Estado recaudó un cierto volumen de capital adicional, pero el pequeño número de personas implicadas hace pensar que la clase de ciudadanos no privilegiados no tenía grandes deseos de alcanzar el poder político o que no tenía muchos fondos sobrantes. Los conservadores que se oponían a la «agregación» hacían hincapié en que la compra de cargos o de posición social disminuía el capital utilizable por el comercio o por la industria; por lo tanto, los ingresos procedentes de los impuestos en artículos descenderían, y las cantidades para inversiones útiles también. Indudablemente, las consecuencias económicas de la guerra fueron desfavorables para Venecia. El comercio de sedas venecianas con Estambul volvió a decaer.

Morosini y el general sueco Konigsmarck encontraron extremadamente difícil decidir lo que habían de hacer, inmediatamente después de haber alcanzado el istmo de Corinto, en 1687. Los jefes turcos habían comprendido rápidamente que debían defender, a toda costa, la isla de Eubea, a través de la Grecia continental. Por lo tanto, Morosini y Königsmarck querían atacarla, sin sentirse suficientemente fuertes para ello. Se lanzaron, entonces, contra Atenas, bombardearon y conquistaron la Acrópolis –donde el Partenón era un polvorín turco a la vez que una mezquita, de modo que una explosión, el 26 de septiembre de 1687, hizo mucho más daño que el lento desgaste de los siglos–, y luego se dieron cuenta de que la defensa de una ciudad tan extensa, a unos kilómetros del mar, resultaba imposible. Es-

taba expuesta a los ataques enemigos desde Eubea y desde Tebas y exigiría una guarnición excesivamente numerosa. Sus reservas de alimentos y de agua eran escasas. La peste comenzó a diezmar el ejercito. Todo el episodio demuestra que los jefes venecianos se enredaron en una empresa totalmente desproporcionada con sus medios. Para facilitar la tarea de defender Atenas, se ordenó a toda la población griega de la ciudad que la abandonase y se fuese a otros lugares. Poco después, Morosini se retiraba, permitiendo así el regreso de los turcos. Aquellos antiguos leones de mármol que él se lIevó consigo como trofeos, y que hoy guardan una entrada al arsenal de Venecia, conmemoran una derrota.

Mucho dependió también de la actitud de los pueblos sojuzgados, dentro del imperio turco. ¿Eran recibidos los venecianos como liberadores? En muy pequeña medida. Se tiene noticia de misiones secretas, enviadas a través de las montañas a Arsenio III, patriarca de los servios; y el patriarca nombró un nuevo obispo en Cetinje, en la costa, que se convirtió, durante algunos años, en útil instrumento de la política veneciana, en su afán de alcanzar una victoria sobre los ortodoxos en Montenegro y en Herzegovina. Pero, en 1689, Arsenio había decidido pasarse al lado de los Habsburgo. La República de Dubrovnik reconocía la soberanía del emperador, para disgusto de Venecia. Hay muchas zonas oscuras en estas transacciones, pero, indudablemente, no existía en aquella región una convicción muy extendida de que una conquista veneciana contase con el apoyo popular. Los griegos estaban divididos y vacilantes. Las gentes del Epiro y los mainotas alentaron a Morosini, cuando se presentó por primera vez. Algunos miembros de la intelectualidad ateniense estaban bastante bien dispuestos, pero los obligados desplazamientos de los habitantes al territorio controlado por los venecianos causaron molestias y vejaciones. Los turcos no tardaron en encontrar a un «príncipe»

griego para capitanear, en Morea, la oposición al nuevo gobierno, y consiguieron que el patriarca de Estambul anatematizase a los que se habían pasado a los venecianos. Una sutil mezcla de amenazas y promesas indujo a muchos atenienses a regresar a Atenas. En general, si la administración veneciana en Morea entre 1700 y 1715 se mostró un tanto superior a la de los turcos antes de 1685, la diferencia entre estas dos formas de control ajeno nunca fue lo suficientemente grande para hacer de los griegos aliados de Venecia.

REACCIONES OTOMANAS

Mientras tanto, el gobierno otomano estaba tratando, desesperadamente, de mantenerse en Hungría. Un informe satisfactorio de este esfuerzo, antes del sacrificio final de una gran área entre Viena y Belgrado, así como de Transilvania, necesitaría unas apreciaciones cuantitativas más exactas de las que pueden darse acerca de la totalidad del ejército turco, anualmente, hasta 1688. No puede decirse, positivamente, que los Estados de la Europa central fuesen técnicamente superiores, en la administración política o en la ciencia de la guerra, a los países otomanos, o que gozasen de una economía más vigorosa. El equilibrio de poder entre el emperador cristiano y el sultán musulmán aparece, prácticamente también, en 1683 y en 1684. Las suspicacias que sembraban la discordia entre los distintos jefes de los ejércitos de Leopoldo en el campo de batalla, Carlos de Lorena, Max Emmanuel de Baviera y Luis de Baden estaban constantemente a punto de arruinar su causa. Pero, con el arreglo en Alemania, desde agosto de 1684, pudieron utilizarse muchos más hombres en el frente oriental, y las discrepancias se orientaron, poco a poco, contra el sultán, cuyas pérdidas eran cuantiosas. De todos modos, las fuerzas de los Habsburgo, en consecuencia, recorrían distancias mayores, a medida que avanzaban. Fueron ellos, tanto como los turcos, los que después tuvieron que enfrentarse con la des-

ventaja de largas líneas de comunicación a través de un país difícil, lo que tendía a contrarrestar la superioridad en armamentos. En todo caso, aquella superioridad desapareció después de 1688, cuando el emperador y los príncipes alemanes se vieron obligados por Luis XIV a dividir sus recursos entre el Este y el Oeste.

El efecto de la derrota de septiembre de 1683 sobre el alto mando otomano fue profundo. Los oficiales que murieron en la lucha fueron seguidos por otros ejecutados sumariamente. Durante la retirada de Viena, Kara Mustafá trató de destruir a algunos de sus más acerbos críticos y rivales dentro del ejército. Simultáneamente, el sultán Mohamed se retiraba de Belgrado hacia Adrianópolis; allí, otros adversarios del gran visir obtuvieron instrucciones que condujeron a la rápida muerte de este. Pero el sistema resistió bien la tensión. La autoridad del sultán se mantuvo intacta e indiscutida. Fueron nombrados un nuevo gran visir y nuevos jefes de las finanzas y de la cancillería. Y, según los memorialistas turcos, no hubo falta de vigor en las medidas adoptadas para reunir hombres y dinero en todo el imperio, y para mejorar las defensas. El nuevo comandante de Buda no tardó en demostrar que una gran ciudadela turca no era menos eficaz para resistir un largo asedio (julio-octubre de 1684) de lo que Viena había sido en el año anterior. Rechazó a Lorena y a Max Emmanuel, sin ayuda de una fuerza de relevo. En la primavera de 1685, se habían dado órdenes para la reunión de un poderoso y nuevo ejército en Belgrado. Se prepararon grandes reservas de madera de construcción y de pólvora y cereales. Se distribuyó dinero entre muchos gobernadores provinciales de Asia y de Europa, para encontrar los hombres que se necesitaban. Tras un breve periodo de anarquía en Crimea, se restableció el orden, y los tártaros reaparecieron en Hungría.

Sin embargo, los turcos seguían perdiendo terreno. Sus enemigos, incapaces de tomar Buda en 1684, ocuparon la mayor parte de la orilla izquierda del Danubio, hasta Pest. Comenzaron a empujar, amenazadoramente, descendiendo por el valle del Drave, desde Estiria. Recuperaron la Alta Hungría, a pesar del intento de Thököli de detenerles. Las guarniciones otomanas conservaban todavía muchas fortalezas útiles, pero estaban cada vez más aisladas, y, por esta razón –unida a la llegada de nuevas tropas de Alemania–, el fracaso de la principal fuerza otomana con base en Belgrado fue decisivo. Ya no contaban con aquellas masas, ni con el mismo porcentaje de unidades de infantería bien disciplinadas que hicieron tan formidables a los ejércitos de Ahmed Köprülü y Kara Mustafá. En 1685, se desplazaron hacia el Norte para recuperar el terreno perdido, pero sin éxito. Capitaneados por otro nuevo gran visir, Solimán, reaparecieron en 1686 para salvar a Buda, pero no tuvieron fuerza para abrirse paso a través de las líneas de defensa apresuradamente construidas por los sitiadores. En 1687, cuando los imperialistas avanzaban, Danubio abajo, un grave error en las apreciaciones de Solimán puede haber sido lo que más contribuyó a la victoria cristiana en Berg Harsan (12 de agosto de 1687)[4]. Su derrota paralizó a su ejército, sacudió toda la organización del gobierno y dio origen a nuevas e importantes pérdidas de territorio.

En medio de aquella perturbación general, un elemento destacó sobre todos los demás: la rebelión del ejército. Con el fin de preparar la campaña de 1686, el gobierno había impuesto nuevos tributos especiales, que alcanzaban incluso a las propiedades de las mezquitas. Al propio tiempo, trató de terminar con ciertos abusos que permitían lo que parecían pagas adicionales a los jenízaros y a otras tropas permanentes. La reforma irritó a los jenízaros, que consideraban que sus sueldos eran frecuentemente bajos y nunca puntuales. El desastre del 12 de agosto afectó, en primer lu-

gar, a los cuarteles generales militares. Los comandantes más antiguos no obedecerían la orden del gran visir de dirigirse hacia el Norte. Eligieron gran visir a uno de ellos mismos, mientras Solimán huía a Estambul. Pero el mismo género de violento disgusto había alcanzado también a personas de alta posición en la corte, apoyadas por profesores musulmanes de gran influencia oficial y popular. Las noticias de que parte del ejército se dirigía ahora hacia el Sur vinieron a aumentar la conmoción. El sultán Mohamed se desembarazó de Solimán, pero la inquietud se acrecentó y desembocó en la exigencia de desembarazarse del propio sultán. Era una exigencia extremada, un extremado remedio; la actitud de determinados políticos puede no haber sido totalmente destructiva. Necesitaban implantar un nuevo gobierno, suficientemente fuerte para resolver el problema de las tropas rebeldes del exterior. Antes de que las tropas llegasen a Estambul, el sultán fue destituido. Un hermano suyo, que había pasado toda su vida en un confortable arresto en la corte (para privarle de toda influencia política), pasó a ser ahora Solimán III. Pero el ciclo de la rebelión militar recorrió su curso completo. Desde agosto de 1687 a julio de 1688, el imperio otomano retrocedió a una débil condición familiar a los ojos de quienes eran suficientemente viejos para recordar los años anteriores a 1656. Los soldados entraron en la ciudad, interrumpieron el desarrollo de la política y de los negocios, pareció que se apaciguaban, se soliviantaron de nuevo, y fueron, poco a poco, sometidos a control por un gobierno que eliminó a algunos de los jefes descontentos, ofreciéndoles tentadores puestos en las provincias, y aplastó a otros. El gobierno contaba con el respaldo de los propietarios de la ciudad. Mientras tanto, Hungría –excepto Temesvar– y Transilvania se perdían para siempre. Morea había sido tomada por Venecia. Pero el gobierno otomano se mostraba todavía suficientemente fuerte para conservar el resto de su imperio en Europa.

Tras la muerte de Kara Mustafá, en 1683, el trato de los embajadores extranjeros por los ministros otomanos se hizo menos brusco, menos brutal. Desde 1685, sucesivos grandes visires trataron de abrir una negociación de paz con cada uno de los miembros signatarios de la Santa Liga se buscaba activamente la amistad con Francia. Pero aquellas eran tácticas impuestas por la necesidad política. En el fondo, el islam, que se encontraba a la defensiva, continuaba dando a la sociedad turca una fuerte sensación de autosuficiencia que rechazaba toda verdadera dependencia o aportación del exterior. En lo que se refería a una posible carrera en la burocracia o en el ejército otomanos, seguía aplicándose el viejo principio de que los hombres de orígenes cristianos tenían que aceptar el islam antes de que pudieran ser empleados. Una estólida resistencia política y cultural frente al mundo exterior constituía un elemento importante de los círculos gobernantes otomanos en todo aquel periodo. El intérprete Mavrocordato, antes de 1700, nunca pudo utilizar influencias extranjeras en la corte o en la política del sultán, como Galitzin había hecho en el Kremlin. Los sacerdotes griegos alcanzaron mayores victorias en Moscú que en Estambul. Cuando el benemérito Katib Chelebi (1609-1657) se dispuso a escribir su *Geografía,* pidió ayuda a un antiguo sacerdote francés convertido al islam, y así pudo servirse de una edición de 1621 del Atlas de Mercator. Cuando escribió un diccionario biográfico, incluyó las vidas de algunos hombres doctos griegos. Aquellas eran tímidas innovaciones, el lentísimo amanecer de un punto de vista según el cual la enseñanza tradicional en las escuelas-mezquita tenía una base demasiado estrecha.

En cambio, la Europa occidental seguía produciendo una útil literatura acerca de muchos aspectos de la región que se hallaba sometida a la dominación otomana. Acompañando o siguiendo a los embajadores, cónsules y mercaderes, iban los hombres ilustrados; a la cabeza de ellos, las misiones ca-

tólicas avanzaban a través de Siria, hacia Persia y Georgia. El más famoso de los primeros arabistas ingleses, Edward Pococke, había sido capellán de los comerciantes de la Compañía Oriental en Aleppo, con anterioridad a 1640, y los primeros libros arábigos impresos en Oxford aparecieron en 1648; los sucesores de Pococke en Aleppo y los capellanes de los embajadores ingleses en Estambul siguieron asociando al clero anglicano con la búsqueda de textos antiguos en Oriente. Paul Rycaut, cónsul inglés en Esmirna, publicó en 1668 la obra *The Present State of the Ottoman Empire,* que alcanzó fama europea. Leibniz la leyó, Racine también, y aparecieron muchas ediciones y traducciones. Escribió también *The Present State of the Greek and Armenian Churches, anno Christi 1678,* que trataba de una materia de gran interés temático para los polemistas ocidentales. Poco después de que Rycault abandonara Esmirna, un joven italiano, llamado Luigi Marsigli, llegó a Estambul en la plana mayor del enviado veneciano; la consecución de manuscritos orientales y el estudio de las instituciones militares otomanas fueron dos dedicaciones que habían de ocuparle la vida entera, y su obra fue del más alto valor. Los más destacados de todos fueron los franceses. Mazarino compitió encarnizadamente con el canciller Séguier en la utilización de agentes para la búsqueda de libros griegos y orientales; muchos tesoros de los monasterios del Monte Athos fueron a Moscú en aquel periodo, pero otros se dirigieron a París. Colbert empezó comprando para el rey, y después para su propia biblioteca. Indudablemente, su preocupación se cifraba en el comercio y en la política cuando pensaba en Oriente, y cuando decidió enviar a jóvenes seleccionados para aprender las lenguas orientales en sus propios países, a expensas del Estado. Pero su Academia de Inscripciones necesitaba medallas y piezas escultóricas antiguas, y él necesitaba libros. Una carta circular a todos los cónsules franceses les ordenaba cooperar, mientras los tres embajadores

franceses en Estambul, entre 1672 y 1689, se mostraban incansables en el cumplimiento de aquella atractiva parte de sus obligaciones. Nointel (1672-1679) capitaneó una verdadera misión cultural. Cumpliendo las instrucciones, trató de defender los intereses católicos contra los griegos en todo lo concerniente a la «custodia» de los Santos Lugares en Palestina. Un miembro de su plana mayor, Galland, fue el primer literato que tradujo a una lengua occidental *Las mil y una noches.* Recorrió las islas griegas, Chipre, Siria, Palestina y la Grecia continental. Viajaba con gran pompa. Le acompañaban literatos y artistas, a los que él hacía trabajar. Los materiales impresos y manuscritos –incluyendo valiosos dibujos– producto de esta expedición, y muchos de los cuales se publicaron en los años siguientes, fueron voluminosos. Casi al mismo tiempo, un doctor hugonote de Lyon y un caballero inglés, Jacob Spon y George Wheler, fueron los primeros en dar una detallada información de las ruinas clásicas de Atenas. En efecto, los substratos de la historia, como capas subyacentes de su propia época, interesaban a las clases cultas de la Europa cristiana en las tierras sometidas al control otomano. El mundo musulmán, por otra parte, nunca salió hacia el Oeste con el mismo tipo de curiosidad alerta. Las ocasionales embajadas enviadas al extranjero en breves misiones no tenían, en absoluto, la importancia de sus equivalentes en Estambul. Todo lo que hacían, tal vez, era contribuir a grabar en el mundo occidental una imagen tópica de las ropas y de las costumbres turcas. Un agá enviado por el sultán a París en 1668 ¿no encontró su inmortalidad en *Le Bourgeois Gentilhomme*?

[1] Véanse Mapa II y Mapa IV.

[2] *Correspondance of Clarendon and Rochester* (ed. S. W. Singer, 1828), I, 600.

[3] F. Babinger, *Das Archiv des Bosniaken Osman Pascha* (Berlín, 1931).

[4] Berg Harsan (Nagyharsány) se encuentra a unos kilómetros al sur de Mohács, escenario de la aplastante victoria otomana sobre los magiares en 1526.

XI. LA INQUIETA CALMA DE EUROPA OCCIDENTAL (1678-1688)

LA ECONOMÍA EN ESPAÑA E INGLATERRA

Sorprendentemente, aquella fue una década de paz en la Europa occidental. Mientras la lucha lo eclipsaba todo, a lo largo del Danubio, los gobiernos aquí casi siempre podían o preferían negociar. Una corta guerra separó a Francia y a España en 1683-1684, los daneses expulsaron de sus tierras al duque de Holstein-Gottorp, y en 1686 pusieron sitio a Hamburgo. Aquellos acontecimientos causaron gran alarma, pero la tendencia a la contención solía mostrarse más fuerte, como si el impulso en favor de la paz hubiera alcanzado, al fin, cierta importancia. El poderío de Luis XIV le permitía proseguir la expansión francesa hacia el Rin, simplemente mediante la amenaza de la fuerza, sin tener que emplearla. La paz dependía también del tiempo de vida de Carlos II, que ahora había superado ya la infancia y la adolescencia. En el marco de la inestable organización facilitada por los recientes tratados, la sociedad se veía libre de la pesadilla de las campañas anuales. Otros problemas de la más varia índole absorbían plenamente sus energías y sus reservas de talento.

En España, una serie de malas cosechas y de terribles epidemias convirtió los años 1677-1688 en una dura y triste prueba. En Cataluña, que contaba con la más vigorosa de las economías regionales, muchas parroquias rurales eran diezmadas por los incrementos de los índices de mortalidad hasta el final del siglo. Entre 1677 y 1685, los informes que llegaban al Consejo de Hacienda de Madrid describían el efecto del hambre y de las enfermedades en provincias muy distantes. Ciudades importantes perdían, de pronto, un gran número de habitantes, y, en consecuencia, de trabajadores y contribuyentes. En 1678, las primas sobre la plata y

las mejores monedas en circulación subieron también a un nivel sin precedentes. Un vertiginoso aumento en el costo de la vida provocó demandas populares en favor de la deflación, que por una vez coincidía con las propias necesidades del gobierno. En 1680, un decreto cortaba las primas sobre la plata y desmonetizaba las piezas acuñadas con algún contenido de plata. El resultado fue una caída de los precios que causó aún más trastornos que la inflación precedente. Esto coincidía con el peor clima y con las epidemias más terribles. Tras una fase de caos monetario, ulteriores decretos aceptaban más altas primas para la plata, mientras las condiciones climáticas mejoraban. Pero, durante los primeros años de la década que siguió a 1680, la dureza de aquella «crisis de Castilla» difícilmente puede ser exagerada.

En dramático contraste, Inglaterra y Escocia se elevaban a un superior nivel de prosperidad, en uno de los decisivos avances económicos del siglo. Los negocios experimentaron enormes beneficios cuando Carlos II de Inglaterra se retiró de la guerra contra Holanda, dejando que holandeses y franceses continuasen la lucha. El comercio de paños ingleses cobró nueva vida. La marina y el comercio ingleses alcanzaron gran florecimiento. Los ingleses eran neutrales en medio de un mundo en guerra, y pagaban los más bajos impuestos de un país en paz. Esta expansión se hizo más lenta a partir de 1678, pero había recibido un estímulo en el momento más favorable posible. El comercio interior se ampliaba constantemente, y, a pesar de la renovada competición ultramarina, los beneficios del comercio exterior serían, en el futuro, mayores que en el pasado. Los signos de depresión en la industria de los paños se debían, en parte, a las crecientes importaciones textiles realizadas por la Compañía de las Indias Orientales, que pagaba magníficos dividendos. Las reexportaciones de las Indias Occidentales y de las colonias americanas aumentaron. Incluso durante los

trastornos políticos de 1678-1681, hubo grandes incrementos en el volumen de moneda en metálico, el crédito se extendió, y las cuotas de interés predominantes descendieron. Y, mientras las clases más ricas, aparentemente, gastaban más y ahorraban más que en cualquier periodo anterior, el máximo beneficio de aquella nueva prosperidad lo obtenía el gobierno[1]. Los ingresos por derechos de aduana y por impuestos de consumo aumentaron automáticamente con la expansión de los negocios, y las deudas de la Corona se redujeron.

La inquietud en Inglaterra con posterioridad a 1678 y el papel de Inglaterra en Europa deben situarse sobre aquel fondo de actividad económica, con un dirigente más preocupado por la solvencia que antes. Aún no se había secado la tinta del tratado franco-holandés, cuando se hicieron revelaciones de un «complot papista» para asesinar a Carlos, y el declarado propósito de su hermano de establecer lo que lord Shaftesbury denominaba «una forma de gobierno militar y arbitraria» encendió un apasionado debate. Desapareció toda esperanza de que el Parlamento votase subvenciones extraordinarias para sostener las nuevas tropas reclutadas por Danby; la paz en Europa eliminaba la excusa que podría justificar los aumentos en los gastos. Por otra parte, Carlos tenía ahora suficientes rentas y créditos para privar al Parlamento del poder de obligarle en cuestiones constitucionales, quitándole las provisiones. Tres elecciones generales en dos años dieron como resultado mayorías que votaron en favor de la exclusión de Jacobo de la sucesión. Prorrogándolas o disolviéndolas, el rey limitaba las sesiones a marzo-mayo de 1679, de octubre de 1680 a enero de 1681, y a una semana en marzo del mismo año. No hubo más parlamentos durante su reinado. Desde 1681, las subvenciones francesas aumentaron moderadamente las rentas del rey, pero lo decisivo fue el incremento de la renta normal. Si Carlos evitaba dispendiosos enredos en el extranje-

ro, podría conservar la monarquía hereditaria de los Estuardo en el país. Su inactividad, además, contribuía a preservar la paz general en Europa. Era mucho más difícil para cualquiera comenzar a proyectar un nuevo desafío a Luis XIV, si no podía conseguirse, a ningún precio, el apoyo inglés.

Evidentemente, la inquietud en Inglaterra tenía otras y más profundas implicaciones. Al principio, la cuestión radicaba en determinar si las críticas a la corte triunfarían con su punto de vista de que la política del rey ponía en peligro toda la constitución. A partir de 1681 se volvieron las tornas, y la cuestión consistía en saber si un porcentaje suficiente de la población aceptaba el punto de vista de que la oposición a la corte ponía en peligro a la sociedad misma, porque atentaba contra el propio principio de autoridad, que salvaguardaba la propiedad y el orden. Muchos ingleses se inclinaban a compartir las opiniones de los franceses después de la Fronda. Aceptaban la doctrina de la necesaria obediencia a un soberano que no debía ser discutido. Y entonces tampoco podía serlo. Shaftesbury no pudo mantener su posición en Londres, en 1682, y huyó a Ámsterdam, donde murió. El complot de la Rye House fracasó en 1683, y personajes tan inocuos como lord Russell y Algernon Sidney fueron ejecutados con los verdaderos conspiradores: el gobierno, al fin, se atrevía a poner su mano sobre miembros de la nobleza protestante que se habían atrevido a desafiarle. Los levantamientos capitaneados por Monmouth y por Argyll fracasaron en 1685, tras haber sucedido Jacobo a Carlos, sin el menor esfuerzo. La autoridad real se elevó aún más, y la posición de sus críticos parecía declinar rápidamente. Constituyó un signo de los tiempos el hecho de que entonces se imprimiesen los manuscritos de sir Robert Filmer, compuestos cuarenta años antes para defender la monarquía absoluta y la obediencia incondicional; alcanzaron una enorme popularidad. Otro signo fue el de que John Locke no se arriesgó a publicar sus propios tratados contra

Filmer, ni siquiera desde su refugio en Holanda. En Inglaterra se restableció la censura, un instrumento de control como la renovación de las corporaciones municipales, la depuración de los jueces de paz y de los oficiales de la milicia, y el despido de jurados. Todos estos hechos reunidos hacían pensar a algunos observadores que Inglaterra (con Escocia e Irlanda) estaba incorporándose ahora al movimiento europeo hacia la autocracia, imitando ejemplos sólidamente implantados en Francia y en Dinamarca, y paralelamente a otra gran potencia, Suecia, que recorría el mismo camino en el mismo momento, bajo el rey Carlos XI.

LA SOBERANÍA EN SUECIA

En el otoño de 1680, la Cámara de los Lores, en Westminster, estimulada personalmente por Carlos, rechazó un proyecto de exclusión enviado por la Cámara de los Comunes. Una mayoría de los lores apoyaba al monarca contra los representantes elegidos del país. Precisamente entonces, en Estocolmo, el Riksdag entraba en las postrimerías de una discusión que terminó con una clara afirmación de la autoridad real en el Estado. Este golpe asestado a los intereses de los poderosos magnates obtuvo la aprobación popular. Allí nunca hubo una oportunidad o un intento de protesta armada, como en Inglaterra a partir de 1680.

La impresión de las derrotas por mar y por tierra, así como el esfuerzo bélico, habían desacreditado completamente al canciller De la Gardie. Los cuarteles del rey en el campo de batalla durante la lucha se convirtieron en un efectivo centro de gobierno, y, poco a poco, privaron de su poder a los consejos de Estocolmo. Después de la guerra, sus oficiales, naturalmente, querían fortalecer las defensas suecas. Tenían planes ambiciosos respecto a una nueva base en Landskrona para proteger Scania, y a una nueva base naval en Karlskrona para controlar la ruta marítima de Pomerania. Aseguraban que la debilidad financiera tenía la culpa de

una gran parte de las dificultades de sus tropas y de sus barcos, y censuraban a los políticos que estaban en el poder, dando por sentado que los recursos del gobierno habían enriquecido escandalosamente a hombres influyentes desde la muerte de Carlos X, en 1660. Querían servirse de una comisión investigadora para recuperarlos. Era un procedimiento no muy diferente del tribunal de Luis XIV de 1661, que sentenció a Fouquet y redujo las deudas de la Corona. Por último, los que se hallaban próximos al rey decidieron también presionar en favor de la radical solución de su problema, apoyados por el propio Carlos X antes de 1655 (véase *supra,* en el cap. V, «Rentas e impuestos en los Países Bálticos»): una reasunción al por mayor de las rentas de la tierra perdidas por la Corona. Contaban con la aprobación de un buen número de grandes nobles que se habían opuesto siempre a De la Gardie en el Consejo de Estado.

El Riksdag se abrió el 5 de octubre, y el almirante Hans Wachtmeister lanzó inmediatamente un reto, sugiriendo que el deseo de Su Majestad de mejorar la flota dependía de unas finanzas sanas en el futuro, y, por lo tanto, de una severa investigación sobre la mala administración del pasado. Los comentarios en la Casa de los Nobles fueron muy limitados, y en seguida Carlos XI eligió su «Gran Comisión» de treinta y seis nobles y oficiales. Aquella comisión trabajó durante dos largos años, examinando un mar de papeles para calcular cuánto habían ganado determinados políticos por salarios excesivos, concesiones, expropiaciones y préstamos en condiciones fáciles, desde 1660, y para descubrir quiénes habían votado la aprobación de aquellas transacciones en el Consejo de Estado. Era una investigación política, no judicial; algunos que aún tenían influencia, o parientes con influencia, se libraron fácilmente. El dictamen de la comisión en el sentido de que se debían a la Corona cuatro millones de *daler,* gastados indebidamente, fue,

con toda probabilidad, un golpe más duro para las 118 familias afectadas, sobre todo personas que llevaban los apellidos de Brahe, Wrangel o De la Gardie, que la reasunción de las tierras de la Corona.

Esta segunda política surgió también del Riksdag de 1680. Muchos nobles habían aceptado la Gran Comisión como una especie de pararrayos, con el fin de impedir medidas más radicales. Pero los diputados campesinos, fuertemente respaldados por el clero y por los burgueses, querían la «reasunción», de la que ellos creían que sería la única alternativa eficaz a unos impuestos intolerablemente opresivos en el futuro. Su gran petición de 23 de octubre fue, sin duda, bien recibida por algunos hombres próximos al rey. Ahora comenzaba una batalla más importante, mientras una confusión de discursos ponía al descubierto el choque de intereses fundamentales. En la Cámara de los Nobles, Wachtmeister intervenía con una demanda en favor de la reasunción de todas las concesiones reales de tierra anteriores, exceptuadas las que no excediesen de unos «pocos cientos» de *daler* de renta anual. La oposición replicó con un fuerte memorándum, el 2 de noviembre. Esto y la petición del 23 de octubre son las más claras expresiones del antagonismo de clases en la Suecia del siglo XVII. Los reformadores repetían lo que se había dicho en 1650. La fortuna de los ricos, en su mayor parte, pertenecía legítimamente a la Corona. Los pobres habían ido haciéndose más pobres, y no podían pagar los impuestos porque los grandes personajes se habían adueñado de la tierra, que era de donde, en épocas anteriores, se sacaba para pagar los impuestos sustanciales. Contra ellos, se sostenía que la Corona había entregado sus tierras y sus impuestos para pagar sus deudas, de modo que los acreedores tenían derecho, según la ley, a aquellas compensaciones. La disputa continuó durante cerca de tres semanas. El descrédito del régimen de De la Gardie debe de haber pesado mucho en las filas de la

nobleza menor, que solo podía esperar beneficios, sobre todo mejores y más puntuales remuneraciones de un gobierno más fuerte y más rico. Estos siguieron a Wachtmeister y apoyaron a los no privilegiados. Otros sabían que toda política radical perdía su incisivo filo con el paso del tiempo: la corrupción de los administradores, la resistencia pasiva, las dificultades de decisión, las pérdidas de documentos, la simple inercia, todo tendería a salvaguardar los intereses individuales. Otros renunciaban a oponer resistencia a los portavoces que eran servidores del rey, o temían a los trastornos agrarios, mientras sus fortunas privadas se hallaban en precaria situación tras la prolongada guerra. En consecuencia, mediante una moción sencillamente redactada, que en modo alguno ocultaba la importancia de la decisión, los nobles reconocían que todos los condados, baronías, antiguas propiedades reales, juntamente con todas las donaciones que alcanzaban a una renta anual superior a los 600 *daler,* estaban de nuevo a disposición de la Corona. Inmediatamente, las personas nombradas por Carlos para su «Comisión de Reasunción» comenzaron su hercúleo trabajo para elaborarlo en todos sus detalles y obligar a su cumplimiento.

Simultáneamente, se comprobó que no podía evitarse una discusión de doctrina constitucional. ¿Autorizaban las leyes del reino al rey o al Riksdag a poner en tela de juicio las facultades del Consejo de Estado, cuando estas habían sido ejercidas desde 1660? Algunos oradores de la Cámara de los Nobles, evidentemente, esperaban obstaculizar a la Gran Comisión planteándole aquella cuestión de principio. Los militantes, en consecuencia, necesitaban una disposición que justificase la aspiración de la Corona a gobernar y a elegir libremente a sus consejeros. Un comité de los cuatro Estados –nobles, clero, burgueses y campesinos– redactó una declaración que, en su forma final, investía de soberanía solamente al rey, y que utilizaba expresiones tomadas,

en parte, de los teóricos europeos del absolutismo. En el marco sueco, la declaración significaba que el rey no estaba sometido a disposiciones constitucionales anteriores y que solo él decidía los miembros y las facultades del Consejo. Una formidable salvaguardia de la posición de los magnates en el gobierno había sido desmontada cuando los miembros del Riksdag fueron despedidos. El Riksdag, como institución, conservó intactos sus poderes, pero, en la práctica, estos irían dejando paso cada vez más libre a la voluntad real.

Aquello era solamente el entremés de lo que luego seguiría. Cuando el Riksdag volvió a reunirse, en 1682, hacía falta más dinero. Categorías adicionales de la propiedad agrícola cayeron también dentro del derecho de reasunción del rey. El derecho constitucional era mejor comprendido que en 1680, según demostraban los debates. Si los derechos del rey fuesen absolutos, todos los derechos de propiedad resultarían vulnerables. Si eran limitados, no solamente la seguridad del reino, sino también los intereses de los no privilegiados, podían verse amenazados. Triunfó la causa de la monarquía. Se impusieron nuevos y pesados tributos a todas las clases. Los burgueses, los campesinos y el clero protestaban, pero casi más importante que eso era que los nobles fuesen gravados con nuevos impuestos, cuando la Corona les quitaba tierras afectadas por la reasunción. Además, Carlos, con su constante interés por la defensa, ya había planteado la cuestión del reclutamiento militar. Alarmó al Riksdag proponiendo que cada provincia aceptase una obligación concreta de mantener un regimiento de infantería, formado mediante un nuevo método de reclutamiento. Los diputados campesinos de regiones lejanas de Estocolmo debieron de darse cuenta entonces, con natural inquietud, de que la autoridad central iba haciéndose cada vez más rigurosa, aunque estaba pasando ya el tiempo en que

los señores podían librar del servicio militar a sus propios empleados, mientras otros entraban en la leva.

La actividad del gobierno alcanzó a muchos campos durante los quince años siguientes, con varia fortuna. Sus métodos eran siempre implacablemente autocráticos. Mientras los Riksdags de 1685, 1689 y 1693 aceptaban dócilmente las demandas reales, Carlos y sus funcionarios desplegaban una energía administrativa que difícilmente puede compararse con ninguna otra de Europa en aquella época. Se reunían comisiones para reformar la ley. Publicaron un nuevo libro de salmos y un nuevo catecismo. En cuanto a la reasunción de las tierras reales, funcionarios ambulantes, con copias de todos los documentos de interés, hacían detalladas investigaciones en todas las provincias, de modo que, poco a poco, los ingresos del gobierno se vieron incrementados por la recuperación de los distintos tipos de las propiedades afectadas. En Suecia y en Finlandia, la reasunción total ascendía a unos 700.000 *daler* cuando Carlos murió en 1697, aproximadamente un tercio del producto anual de aquellos países. La administración económica, con el pago puntual de los salarios, se convirtió en la característica de la hacienda pública sueca. Las conquistas finales en Bremen, en Pomerania y en las tierras del Báltico fueron ligeramente superiores, y mantenían las organizaciones militares de ultramar. Al contrario que Gustavo Adolfo o que los príncipes alemanes, al contrario que De la Gardie y que los reyes de Dinamarca, Carlos XI no dependía de las subvenciones de las potencias occidentales para el pago de sus tropas; pero su diplomacia, en consecuencia, era más prudente. Tras la recuperación de aquellas antiguas donaciones, su burocracia realizó luego nuevas inspecciones a fin de revisar las cédulas de impuestos de los campesinos y de fijar las cifras para arrendar las tierras de la Corona en condiciones beneficiosas. En 1681, un nuevo inspector general en Latvia empleó a treinta ayudantes (incluidos estudiantes de la Univer-

sidad de Upsala) y treinta suboficiales elegidos de la guarnición de Riga. Medían las fincas y calculaban el volumen de las cosechas en relación con las siembras, así como registraban las cifras del ganado y de los hombres. La asombrosa riqueza estadística de sus trabajos en las provincias bálticas tenía su equivalente en las meticulosas inspecciones cartográficas suecas de Pomerania en los últimos años del siglo.

Las autoridades de Estocolmo prestaban especial atención a Scania. La vieja política conciliatoria estaba en quiebra, desacreditada por la reciente guerra y por bandas francotiradoras de simpatizantes daneses que seguían la lucha, aun cuando la guerra había terminado ya. Carlos deseaba una completa sujeción de aquel comprometido país. Quería introducir la ley sueca, la Iglesia sueca y el uso del idioma sueco. Trasladó a los nobles de Scania hacia el norte, y alejó a los habitantes de las proximidades de sus fortalezas. Las nuevas medidas fueron impuestas por el gobernador, Von Ascherberg, y por el obispo, Knut Hahn. En 1685, la posibilidad de otra guerra con Dinamarca provocó una presión mayor todavía, y, a finales del reinado, se completó, razonablemente, una fusión de las nuevas provincias del Sur con la antigua Suecia. Con posterioridad a 1700, durante la siguiente Guerra del Norte, ya no se mostraron un lugar tan peligroso como en los tiempos de De la Gardie. El trabajo de Ascherberg fue, en algunos aspectos, comparable a las tareas del intendente de Luis XIV en Alsacia, De la Grange, durante el mismo periodo. Carlos había sido menos afortunado en el Báltico oriental. Los terratenientes suecos fueron rápidamente expropiados, pero los nobles nativos protestaron enérgicamente, y los Estados convocados en Riga, en 1681, se negaron a ceder. Finalmente, los funcionarios del gobierno cumplieron las instrucciones que habían recibido de Estocolmo, pero la hostilidad producida por la reasunción se convirtió en un elemento de debilidad en aquella parte del imperio. La rebelión de John Patkul, a

partir de 1700, surgió, en cierta medida, del sentimiento de agravio sufrido por algunos alemanes bálticos ante lo que ellos consideraban la parcial confiscación de sus tierras.

En conjunto, la tensión económica en Suecia era cada vez mayor. El control del gobierno seguía siendo rígido, pero el Consejo de Minas comprendió claramente que los comerciantes extranjeros podían facilitar, por sí solos, el crédito y el capital que los distritos mineros necesitaban para negociar. El incremento de las importaciones inglesas de hierro sueco dio como resultado una balanza comercial cada vez más favorable con aquel país. Las importaciones de artículos coloniales de Inglaterra podían pagarse ya, así como las antiguas y primordiales necesidades de sal y de pescado. Una colonia inglesa floreció, con el apoyo oficial, en Narva, donde las autoridades suecas llevaron a cabo uno de sus más bellos ejercicios en el arte de planificar una ciudad. La acusación de que Carlos XI esquilmó el capital de su imperio y paralizó el desarrollo económico por continuar computando los salarios en relación con la tierra, y los impuestos en relación con los artículos, no es sostenible. Los precios internos de los cereales se mantuvieron con frecuencia artificialmente bajos, gracias al control estatal, pero el comercio y la marina se recuperaron y comenzaron a gozar de una auténtica prosperidad. Así lo reflejaba una considerable acuñación de monedas de plata suecas, mientras Carlos continuaba retirándose, prudentemente, de los peligros de todo compromiso de expansión en el exterior.

EL COMERCIO HOLANDÉS

Sobre este telón de fondo báltico, es fácil comprender con qué vigor las Provincias Unidas comenzaron a recuperarse de las pérdidas comerciales de la última guerra. Un fuerte aumento en las cantidades de grano transportadas hacia el Oeste, a través del Sund, entre 1680 y 1690, sobre todo en barcos holandeses, fue una favorable respuesta a

sus esperanzas. El relativo fracaso de los armadores y comerciantes ingleses en el Báltico, al no mantener su avance del periodo de la guerra, fue otro factor favorable. Si la importación inglesa de hierro aumentaba, transportada directamente desde Estocolmo o desde Gothemburgo, tenía que ser pagada mediante bonos de cambio girados sobre Ámsterdam. Las exportaciones inglesas de carbón también aumentaban, pero estas facilitaban el combustible que los holandeses necesitaban para sus cervecerías, destilerías y refinerías de azúcar; de modo que, gracias a ellas, Rotterdam alcanzó un grado de florecimiento tan alto como Newcastle.

Sintomáticamente, el valor total de las ventas de la Compañía de las Indias Orientales Holandesas en Europa, entre 1680 y 1690, aumentó más que en las décadas precedentes; y seguiría aumentando hasta 1720. La Compañía seguía comerciando con una enorme gama de mercancías en muchas áreas, pero, en aquellas fechas, la «moda india» de la Europa occidental en favor de los tejidos de Oriente experimentó un súbito auge. La Compañía Inglesa y los contrabandistas ingleses se apresuraron a beneficiarse de aquella moda y de un progresivo sentido de la elegancia que demandaba nuevos dibujos y nuevas elaboraciones todos los años, pero se produjo un vertiginoso ascenso en el valor de los géneros orientales vendidos en Ámsterdam, en la década de 1680. Podemos observar a los dirigentes holandeses vigilando con suma atención los precios: tan pronto como la guerra terminó en 1678, el costo de las especias se disparó, mientras el beneficio de la seda en rama era escaso, y dejaba que los depósitos de seda se fuesen a pique. Unos años después, el mercado de especias se debilitó, mientras los precios de la seda subían. Oportunamente, se enviaron instrucciones a Batavia para el envío a Europa de grandes consignaciones de seda, evidentemente mayores que las que llegaban a Londres. Al propio tiempo, Jan Hodde, matemático, bur-

gomaestre de Ámsterdam y presidente de la Compañía Holandesa, se disponía a resolver un problema intelectual de gran complejidad: quería determinar los volúmenes de aquella enorme empresa, de tal modo que fuese posible un análisis más profundo de su activo y de su pasivo. Su apreciación de que un balance arrojaría el valor de los depósitos distribuidos por todo el mundo en relación con una sola moneda circulante, de que debían aplicarse principios consistentes para medir la depreciación, y de que ese balance tenía que hacerse con referencia a una fecha determinada, revelaba un nuevo enfoque de los aspectos teóricos y prácticos de las empresas comerciales de grandes dimensiones. «Yo recuerdo –escribía sir William Temple– que, paseando por una larga galería de la Casa India de Ámsterdam, donde grandes cantidades de macis, clavo y nuez moscada se guardaban en arcas abiertas, colocadas a lo largo de un costado de la habitación, encontré algo tan vivificante en el aire perfumado, que hube de observarlo…»[2]. Aquellos productos orientales eran medicinales, románticos, lucrativos, tanto como Temple advertía, pero su venta en Europa planteaba también los problemas con que Hodde se enfrentaba.

En 1674, se había fundado una nueva Compañía de las Indias Occidentales, con su base en Zelandia. Las grandes ambiciones de la antigua eran cosas del pasado; la Corona portuguesa era dueña del Brasil, e Inglaterra dominaba ahora toda la costa americana, desde Maine hasta las nuevas instalaciones en Carolina. Por lo tanto, el comercio de esclavos seguía siendo el interés más importante de aquella segunda compañía, que, poco a poco, se acercaba a la obtención de un contrato con el gobierno de Madrid para el abastecimiento de trabajadores africanos a la América española. El primer acuerdo de la compañía con el poseedor del *asiento,* o contrato, fue firmado en 1677; un socio útil fue la antigua casa comercial Coymans, de Ámsterdam, y el emba-

jador holandés en Madrid apoyó firmemente a los dos. En 1683, el *asiento* estaba en poder de Balthazar Coymans. Unos años después, aquel contrato holandés fue cancelado, pero no antes de haber causado una grave alarma en París. La alarma puede haberse exagerado, pero los intereses franceses (y los ingleses) temían que los barcos holandeses que transportaban a esclavos desde Curaçao a Cartagena o a Veracruz, con un salvoconducto español, ampliasen su comercio, rápidamente, a otras muchas mercancías. El asiento concedía a Coymans facilidades especiales en Sevilla, y podía anunciarse que la participación holandesa en el comercio entre España y América también se incrementaría, permitiéndoles alcanzar una proporción todavía mayor del precioso metal que desde América llegaba a los puertos andaluces.

Los Estados y los comerciantes europeos seguían compitiendo violentamente por la plata y el oro de ultramar. Nadie podía estar seguro de quién era el que estaba ganando aquella crítica lucha, y las estimaciones modernas no son mucho más eficaces, pero, entre 1678 y 1688, el balance beneficioso parece haber estado al lado de los holandeses. Los tratados de 1648, 1659, 1667 y 1670 habían colocado el comercio con España de las tres potencias principales –las Provincias Unidas, Francia e Inglaterra– sobre bases más sólidas; y los españoles tenían que pagar a cada una de ellas, a causa del déficit comercial, con oro o plata en barras, o con moneda acuñada. Pero nuestras cifras, más bien inciertas, revelan que la participación francesa en lo que los cargamentos de plata de 1681, 1682, 1685-1687 y 1689 traían a Europa era asombrosamente pequeña, a la vez que las exportaciones de paños de Francia a España decaían. Las repetidas intimidaciones de Luis XIV a la República genovesa pueden haber tenido algo que ver con las grandes cantidades de metal que todavía se embarcaban desde España hasta Génova, pero, indudablemente, Ámsterdam seguía sien-

do la capital financiera de Europa. Aunque los holandeses sobresalían en el desarrollo de diversas formas de crédito, su enorme comercio requería un máximo de recursos en metálico y una máxima flexibilidad en su empleo. Por eso sus ofertas eran las más altas para la compra de oro o de plata, autorizaban sin restricciones la importación y la exportación de aquellos metales, e insistían sobre la necesidad de un patrón puro de circulación –su unidad era el *rixdaler*–. Resolvieron, con bastante facilidad en aquel tiempo, sus necesidades extraordinarias de metal en Asia, donde las exportaciones japonesas de plata y oro habían descendido. La plata americana seguía llegando a Ámsterdam, vía Cádiz, y una pequeña cantidad era transportada también, a través del Pacífico, para ser comprada en parte por Batavia.

En 1682, España amenazó a los mercantes extranjeros que intervenían ilegalmente en el comercio americano con fuertes multas. Entonces, fueron enviados los nuevos barcos de Colbert para esperar el regreso de los cargamentos de plata, una escuadra inglesa se mantuvo cerca de ellos, y la crisis terminó con un compromiso. En 1683-1684, Francia y España estaban en guerra, mientras las multas impuestas a las personas sorprendidas comerciando sus artículos franceses en México volvían a ser extremadamente fuertes. En 1686, Luis proyectó una demostración naval ante Cádiz y un posible ataque contra los galeones durante su travesía del Atlántico. Existió el peligro de que los barcos de guerra holandeses acudiesen en ayuda de los españoles, pero, tras una angustiosa fase de amenazas y contra amenazas del comandante francés que patrullaba frente a Cádiz y de los oficiales españoles que se encontraban en tierra, se llegó a un acuerdo. A pesar de la feroz defensa de los intereses franceses por parte de Luis, aquellos fueron años de sólidos triunfos para el comercio holandés en el Atlántico.

Hay que añadir un dato más triste. Mientras los armadores europeos y los plantadores de las colonias españolas, portuguesas, francesas y holandesas consideraban a los esclavos africanos como a otras tantas «piezas» –una «pieza» era un varón de cierta estatura y con buena salud, mientras los varones inferiores a ese modelo, así como las mujeres y los niños, eran valorados como fracciones de esa unidad– que debían ser vendidas o compradas a precios normales, frailes capuchinos aislados y otras personas expresaban la idea de que aquello era una vergüenza y un escándalo. Pero no importaban nada en su tiempo.

LA CONSOLIDACIÓN DE FRANCIA

La presión naval francesa sobre España reproducía, simplemente, la política de Luis XIV por tierra. Tras haber desbaratado la coalición de Estados hostiles, gozaba de tan evidente superioridad militar sobre cada uno de los antiguos miembros de la coalición, que podía permitirse mezclar su diplomacia con amenazas directas, más abiertamente que en el pasado. Se dice, a veces, que sus principales ministros de aquel periodo, Louvois y Colbert de Croissy, degradaban ahora la aproximación, más sutil, de Mazarino o de Lionne a los problemas de Alemania y de los Países Bajos. Su diplomacia parece más tosca, pero ellos podrían replicar que, excepto en una ocasión, no se dio a los ejércitos ni a los generales franceses la opción de hacer la guerra. El propio Luis había perdido su entusiasmo de otro tiempo por las campañas activas. La famosa definición de aquellos años como una «paz corrosiva, agresiva» es correcta, pero describe una tregua armada que no habría satisfecho a Luis en su juventud, ni a Gustavo Adolfo, ni a Napoleón.

El Tratado franco-español de Nimega estipulaba el nombramiento de una comisión conjunta para fijar los detalles de la nueva frontera en Flandes, cambiando un enclave por otro, con el fin de trazar unos límites más razonables que en

el pasado. Los enviados comenzaron a reunirse en Courtrai en diciembre de 1679. Luis no solo pidió más de lo que correspondía a su justa participación a lo largo de la frontera y que se permitiese a sus tropas imponer tributos a los súbditos españoles, sino que reivindicó las posesiones de Gante, en el corazón del país. Cuando esto le fue negado, reclamó una compensación en Luxemburgo. Al propio tiempo, siguiendo instrucciones de París, el Parlamento de Metz creó un tribunal especial, la Cámara de Reuniones, para imponer la soberanía real sobre todas las antiguas posesiones de los tres obispados de Metz, Toul y Verdún, de acuerdo con lo que se había establecido en el tratado de 1648. Desde que Richelieu fundó aquel Parlamento, este había jugado, intermitentemente, con la política, bastante común en la tradición legal francesa, de poner en duda los derechos de impuestos y otros privilegios de los señores mediante un escrutinio de las antiguas cédulas, con el fin de ampliar los derechos de la Corona. Poco era lo que se había hecho durante treinta años, pero ahora Louvois incitaba a la acción a la Cámara de Metz, y, en 1680, formuló muchas nuevas reivindicaciones sobre el ducado de Luxemburgo. Luis acuarteló las tropas en el país, e, inmediatamente, bloqueaba la ciudad de Luxemburgo y su ciudadela. Halagó e intimidó a los españoles, un mes tras otro. En un momento dado, levantaba el bloqueo, y, en otro, reclamaba Luxemburgo a cambio de concesiones en otras partes. Sus ministros esperaban la hora en que pudiesen calcular que España no tenía ni la menor posibilidad de encontrar aliados para remediar una debilidad militar desesperada. Esto ocurrió en 1683; los holandeses y los alemanes tenían que vérselas con las amenazas francesas en la Renania, con el riesgo de una nueva explosión en el Báltico, y con el ataque turco contra Viena. Poderosas fuerzas francesas entraban en Bélgica, en septiembre, sin una declaración de guerra. La desesperada obstinación de la corte de Madrid puede haber causado

cierta sorpresa durante el invierno, pero, en lo demás, el cálculo hecho en París era correcto. Nadie intervino, y, en abril de 1684, Vauban comenzó el sitio de Luxemburgo, que cayó en junio. España y otros Estados reconocieron los derechos de posesión franceses sobre aquellas nuevas conquistas, durante un periodo de veinte años. A los ojos del mundo, era una victoria importante. Pocos dudaban de que, en manos francesas, aquella estratégica adquisición de Luxemburgo cerraría o abriría el valle del Mosela, según conviniese a Luis XIV.

El tratado de 1679 con el emperador también preveía una comisión especial, en este caso para disponer que las fuerzas francesas y las de los Habsburgo se retirasen de sus cuarteles de los territorios de los príncipes alemanes. Muy lentamente, las tropas francesas se retiraron; pero la Cámara de Metz no tardó en comenzar a publicar sus decisiones, que declaraban la soberanía de Luis sobre un cierto número de plazas en el Sarre y en el Palatinado renano, propiedades de varios gobernantes o señores. Otro tribunal francés, en Breisach, anulaba todas las antiguas libertades de las ciudades y de los señores en Alsacia. Tomadas separadamente, aquellas anexiones eran pequeñas en comparación con las ganancias de la última guerra. Sin embargo, la barrera de fuego móvil de aquella penetración en el imperio, en tiempo de paz, molestaba naturalmente a los patriotas alemanes, que protestaron con una apasionada profusión de panfletos, y a los príncipes alemanes, que se enfrentaban en sus cortes con los suaves diplomáticos franceses. Sobre todo, la Dieta imperial, en Ratisbona, se convirtió en el centro de la negociación. En 1681, Luis pedía un reconocimiento formal de todas las conquistas francesas hasta la fecha, a cambio de su renovada garantía de los tratados de 1648 y 1679, exceptuadas aquellas modificaciones. En este momento, Louvois se apoderó de Estrasburgo. Las tropas francesas entraron en la ciudad imperial el 30 de septiem-

bre de 1681. De acuerdo con una interpretación, el golpe coincidía con una decisión del tribunal de Breisach. De acuerdo con otra, infringía claramente las leyes del imperio. El gobierno francés seguía maniobrando para asegurarse la aceptación de sus reivindicaciones, que incluían a Estrasburgo. Durante tres años, la discusión continuó, ininterrumpidamente, mientras el sistema político de Europa sufría las tensiones de una inminente invasión otomana, de un asedio actual de Viena, y de una campaña indecisa en Hungría, tras la primera derrota otomana. Luis explotó las circunstancias para incrementar su presión, mientras se proyectaban, para hacerle frente, nuevas coaliciones que siempre se desbarataban. Con el tiempo, triunfó, o pareció triunfar, en Ratisbona en 1684. Este acuerdo y el relativo a Luxemburgo pertenecen al mismo conjunto de negociaciones; la caída de Luxemburgo permitió a los franceses amenazar al imperio, desplazando un ejército, por el valle del Mosela abajo, hasta Tréveris. Los ministros del emperador Leopoldo aceptaron a regañadientes una fórmula que no satisfacía totalmente a Francia. En realidad, la ocupación de Estrasburgo fue uno de los más duraderos triunfos de Louvois, pero en aquel tiempo él tenía buenas razones para pensar que la dominación de Luis XIV sobre la Renania nunca sería fácil de defender, ni dejaría de ser discutida.

Aquellos acontecimientos tenían un doble interés. La consolidación de un nuevo tipo de autoridad bajo el rey francés corría pareja con sus victoriosos desafíos a los rivales extranjeros. En una ciudad como Besançon, la conquista significaba la llegada de un gobernador y de un intendente franceses, la destrucción de las libertades municipales, una mejor administración, pero impuestos más pesados; una guarnición muy numerosa, la construcción de cuarteles, y una nueva y dominante ciudadela, diseñada por Vauban. Lo mismo puede decirse de Estrasburgo después de 1681, y de Luxemburgo después de 1684. Los intendentes de Metz

para los tres obispados, en Estrasburgo para Alsacia y en Sarrelouis (desde 1685) para la nueva provincia del Sarre, que recibían sus instrucciones de París y que las cumplían con una competencia técnica y con un vigor nuevo en aquellas áreas, señalaban el paso de una forma de régimen a otra. La dominación de los Borbones puede haber estado cargada de anomalías a los ojos de los reformadores del siglo XVIII; nada parece más extraño que su fracaso en la pretensión de desplazar las viejas barreras de los derechos de aduana, de las antiguas fronteras de Francia a las nuevas; pero aquella facultad real, ejercida sobre una región muy extensa, se había convertido en el elemento dominante de la administración local. Bajo la Corona española o bajo el imperio, las libertades locales y los señoríos de pequeñas dimensiones continuarían manteniéndose en pie. Bajo Luis XIV no lo hicieron. Nosotros podemos encontrar difícil establecer una distinción exacta entre aquellos dos mundos vecinos, porque los privilegios hereditarios personales eran reconocidos en las leyes del uno y del otro, pero los contemporáneos tenían pocas dudas de que entre ambos había una profunda diferencia. París afirmaba el control sobre sus conquistas, desde Dunkerque hasta el límite de Suiza, sin tener que hacer frente a una seria resistencia interna. El contraste de los periodos 1635-1660 y 1685-1700 en aquella gran región de Europa, entre una fase de anarquía y una fase de control real cada vez más eficaz desde la distante corte borbónica, es notable en todos los sentidos.

Dependía, en parte, de un nuevo avance en la ciencia militar y, en consecuencia, de un nuevo tipo de frontera. La década siguiente a 1678 ha sido llamada, con justicia, el periodo clásico de las fortificaciones francesas. Este era un elemento esencial en la política del gobierno. Vauban, que ocupaba el cargo de comisario general de fortificaciones desde 1677, convenció a Louvois, a pesar del brusco trato que frecuentemente recibía del ministro, de que cada forta-

leza que él construía o replanteaba, en emplazamientos que él decidía tras un detallado examen, podía contribuir a la posibilidad de defensa o de agresión del Estado, mucho más que los desordenados racimos de las viejas ciudades amuralladas y de sus ciudadelas. Las obras nuevas, que tenían en cuenta las últimas teorías y prácticas de las guerras de sitio, ofrecían la posibilidad de una seguridad inexpugnable; al propio tiempo, facilitaban mejores bases para un futuro avance sobre las tierras vecinas. Era un programa de economías, tanto como de gastos necesarios; de economías, porque una lección de la guerra inmediatamente anterior había sido la de que una multiplicidad de guarniciones privaba de hombres a los ejércitos en el campo de batalla; de gastos, porque los proyectos de Vauban solían ser muy elaborados. Sus anillos concéntricos de fortificación, diseñados para reducir al mínimo los efectos de la artillería enemiga durante un asedio tan largo como fuese posible, tendían a cubrir una amplia zona. Los intendentes cargaban con la ardua tarea de establecer las condiciones de expropiación de propiedades urbanas muy valiosas, antes de que los contratistas pudiesen comenzar a trabajar. De todos modos, Louvois en relación con las fronteras terrestres, y Colbert y luego Seignelay, como ministros de Marina, en relación con los puertos, tenían a Vauban viajando casi constantemente alrededor y a través de Francia desde 1678. El volumen de construcciones que él supervisaba era prodigioso, pero trataba de establecer prioridades que redujesen los gastos. Quería dos líneas distintas de fortificaciones a lo largo de la frontera de Flandes, a fin de derribar las obras de defensa delante o detrás de las líneas. Insistía sobre las ventajas de Luxemburgo; y cuando Luxemburgo fue conquistada, en 1684, las fortalezas próximas, que él mismo había construido anteriormente, así como muchas antiguas fortalezas del ducado, fueron inmediatamente destruidas. Una y otra vez volvía a los problemas de Lorena y de Alsacia. Aquí había

una frontera móvil, a medida que las «reuniones» avanzaban, mientras el peligro final de un contraataque de los Habsburgo aumentaba con cada nuevo avance que Louvois realizaba para anticiparse a él. Tan pronto como los franceses estuvieron en Estrasburgo –un paso que Vauban había aconsejado insistentemente–, llegó él para preparar los planes de refortificación de la ciudad. En 1688 estaban dispuestas cuatro cabezas de puente a través del Rin, entre Maguncia y Basilea, dos de ellas nuevas, y él estaba diligentemente entregado a su trabajo, lejos, aguas abajo del Mosela. Los nombres dados a algunas de las creaciones de Vauban en aquella zona avanzada –Fort Louis, una isla en el Rin; Montroyal (Trarbach), sobre el Mosela, y Sarrelouis– conmemoran la expansión de la monarquía de los Borbones en territorios de habla alemana. Algunos de estos fueron perdidos después, pero Vauban dio a Luis XIV las fronteras que le ayudaron a mantener a sus enemigos fuera de Francia, entre 1689 y 1714.

En aquella misma época el rey alcanzaba el apogeo de su esplendor público con otra nueva transformación en Versalles. J. H. Mansart, el equivalente civil de Vauban, hizo allí enormes reformas a partir de 1678, y el aspecto general que el palacio ofrece en la actualidad es la obra de Mansart de la década de 1680. Además de los Establos, de la Orangerie, o de la larga fila de construcciones unidas a cada extremo del palacio anterior, la *Galería de los Espejos,* flanqueada por los dos bellos salones de la Guerra y de la Paz, parece una apoteosis. El techo, de Le Brun, describe episodios triunfales de la última guerra, y, en el centro, el monarca, que se había hecho cargo de las preocupaciones de gobierno. Otras decoraciones celebran las glorias pacíficas. Muestran a los pobres remediados, la marina restaurada y los campos nuevamente surcados por el arado. Podría decirse que incluso los espejos declaran la soberbia calidad de una nueva manufactura francesa y, al reflejar ante el espec-

tador aquel mundo de artificio, parecen darle mayor entidad. En realidad, si la historia de fuera del palacio difería crudamente de la versión allí creada por pintores y artesanos, las ilusiones de Luis al avanzar a través de aquellos grandes salones, o en los retiros, más pequeños, de Trianón y de Marly, eran tan importantes como cualquier otra fuerza particular dentro de la sociedad. Animoso ante la enfermedad cuando superó su primera y grave operación, en 1686, cada vez más devoto después de su matrimonio con madame de Maintenon, y sobreviviendo a todos sus antiguos consejeros, su confianza en sí mismo era ahora completa.

Cuando las exigencias de la minoría acaudalada y de la corte eran todavía un estímulo en París, o a su alrededor, y los gastos militares, equilibrados, socorrían a muchas regiones fronterizas, la economía de Francia como conjunto corría suertes diversas. Las ganancias del comercio extranjero aumentaban, hasta el punto de que, en los años 1680-1689, 411 barcos salían de La Rochelle con rumbo a África y a América, contra 273 en 1670-1679, y la misma animación se había advertido en otros puertos[3]. Pero Marsella seguía languideciendo; las exportaciones a España decaían, y no podemos comprobar si los panfletistas alemanes tenían razón cuando descubrían y denunciaban una importación más abundante de artículos de lujo franceses en el imperio. En todo caso, la expansión comercial no compensaba el creciente empobrecimiento agrícola. Durante los años de guerra hasta 1678, parece que se habían extendido ya los signos de una recesión general: los incrementos regionales o locales en los volúmenes de cereales, de vino y de aceite producidos, o de ganado criado, que se alcanzaron aquí y allá durante los quince años anteriores a 1670, no pueden ya encontrarse después. Las rentas agrícolas se mantenían estacionarias, o se hundían. Después de la guerra, esta tendencia no se rectificó, ni para el contribuyente no privile-

giado, ni para su señor. Las condiciones eran ya muy malas cuando se inició una nueva fase de tremendas injusticias, a partir de 1688. Indudablemente, el fracaso de Luis al no poder reducir los gastos del gobierno era debido, en gran parte, a aquella prolongada depresión. Colbert, que seguía siendo un político en el poder, era ahora un financiero sin ningún poder, y sus días de esplendor habían pasado ya. Y habían pasado porque la actividad comercial, que él había estimulado tan vigorosamente, no compensó ni contrarrestó la decadencia de las zonas ni de las clases rurales. El pueblo recibió con júbilo la noticia de su muerte, en septiembre de 1683.

Luis no hacía más que barajar los naipes de la corte en la baceta. Permitió a Louvois ocupar el puesto a cuyo cargo corrían las construcciones; dio el control de la hacienda a Claude Le Pelletier, que pertenecía al círculo de Louvois; destituyó al inteligente sobrino de Colbert, Nicolás Desmaretz, que lo merecía; y dejó al hijo de Colbert, Seignelay, el premio de consolación de la responsabilidad de la marina y de otras varias obligaciones inherentes a aquel puesto. Más que nunca anteriormente, Louvois se convirtió en el gran gastador. Le Pelletier nunca volvió a insistir sobre la necesidad de reformas positivas. Ciertamente, en ocasiones hablaba de ellas, y su administración es notable por las comisiones registradoras de hechos, que recibían instrucciones para informar acerca de la situación en diferentes partes del país. Mas eran palabras, y nada más. Estimulaban la crítica de la política arancelaria de Colbert, y algunas apologías de la libertad de comercio. Pero los problemas comerciales importaban menos que la decadencia agrícola, y, en esta materia, los informes recibidos por el interventor general (antes de abandonar su puesto, en 1689) eran condenatorios y completos. A plazo medio, aunque no a corto ni a largo plazo, la operación rescate de Colbert había fracasado

La fundamental necesidad civilizada de discutir y oponerse, inflexiblemente reprimida en las municipalidades, parlamentos y estados de la Francia de Luis XIV, encontró una brecha en la política eclesiástica. Por esta razón, una cuestión aparentemente trivial se convirtió en un problema grave a partir de 1678, y contribuyó a empujar al gobierno a grandes errores de apreciación, con consecuencias de largo alcance. Los artículos galicanos de 1682 y la revocación del Edicto de Nantes, inseparablemente entrelazados, pueden haber tenido profundos orígenes históricos. Pero las razones para no comprometer a la monarquía con aquellos dos manifiestos radicales eran también poderosas, y el rey podía haber procedido de otro modo. Luis y sus ministros eran inaccesibles, interpretaron mal los signos y se equivocaron.

El famoso asunto de la regalía no fue, durante algunos años, más que una débil tormenta en dos vasos de agua de los Pirineos. En 1673, Luis recapituló las decisiones del Parlamento de París y de su Consejo, extendiendo formalmente aquel derecho real –cobrar las rentas de una sede vacante, hasta que la vacante fuese cubierta, y, durante ese periodo, proveer todos los beneficios simples que no implicasen una cura de almas– de algunos a todos los obispados de Francia. Dos obispos se negaron a aceptar la decisión: Pavillon, de Alet, y Caulet, de Pamiers. Estaban a cientos de kilómetros de París, pero eran recordados en la corte por su obstruccionismo en el debate acerca del formulario condenando el jansenismo. Las medidas reales contra ellos fueron haciéndose cada vez más severas. No era un error de Luis el de imponer la ampliación de la regalía cuando los obispos morían y sus sedes quedaban vacantes, sino el de insistir en que unos obispos nombrados muchos años antes reconociesen explícitamente aquella nueva pretensión real. Echó a perder una buena ocasión al revivir los recuerdos del anti-

guo conflicto del gobierno con los que se oponían al formulario. Pavillón murió en 1667, y Caulet en 1680, pero el daño estaba hecho. Porque, en aquel punto, el papa Inocencio XI permitió que se produjese un importante cambio de alianzas dentro de la Iglesia católica. Todos los defensores del rigor en materias espirituales experimentaron un gran júbilo por su elección en 1676. En 1677 comenzaron a aparecer en Roma emisarios jansenistas. Uno de los «messieurs» de Port-Royal hizo el viaje pasando por Alet, donde recibió de Pavillon un voluminoso informe sobre toda la cuestión de la regalía y sobre los sufrimientos del clero en los dos obispados, juntamente con una elocuente demanda de ayuda a Inocencio. Esta se refería, en primer lugar, a la antigua cruzada contra los casuistas, pero su principal atención se centraba en la extensión de la regalía por parte de Luis. Entonces comenzaba a fortalecerse una alianza del jansenismo con el Vaticano, que duraría unos cuatro lustros; y con ella se fortalecía el interés de Inocencio XI por la defensa de los derechos de la Iglesia contra la monarquía de Francia; Luis se sinceró en junio de 1678, cuando se refirió al brusco cambio de posición de Roma, en una conversación con el nuncio en París. El propio nuncio se sentía sorprendido también. Efectivamente, seis meses antes, Inocencio había creado una nueva comisión para estudiar los asuntos franceses. El secretario de la comisión, Agostino Favoriti, estaba profundamente influido por los agentes jansenistas, y sus informes al papa fueron el origen de una serie de breves dirigidos a Luis, en los que Inocencio avanzaba, poco a poco, hacia un ataque directo a la política eclesiástica del gobierno francés. Un breve de marzo de 1680 amenazaba al rey con la excomunión, en términos velados, si no se retractaba. El desafío pronto fue noticia pública en Europa.

Poco a poco, Luis hermanó aquella nueva política con medidas propias. Recurrió a un nuevo consejero, que rápi-

damente pasó a primer término: François de Harlay, arzobispo de París desde 1671, debe ser emplazado junto a los miembros de las familias Le Tellier y Colbert como un importante político en aquel periodo medio del reinado. Luis destituyó a Pomponne, cuyos antecedentes jansenistas le descalificaban como ministro de confianza, y Colbert de Croissy ocupó su cargo de secretario para Asuntos Exteriores. Una serie de asambleas clericales –con unos miembros designados bajo una implacable presión oficial–, dirigidas por el arzobispo, se celebraron en 1680, 1681 y 1682. En cada una de aquellas ocasiones, la asamblea se proponía advertir u obligar al papa. El punto crítico se alcanzó a comienzos de 1682, cuando Inocencio envió un breve denunciando la asamblea y a todos los asistentes, que reaccionaron de un modo cobarde e indigno. El papa, con gran aspereza, declaró nulas y sin ningún valor las actuaciones de una corporación que no tenía más autoridad que las convocatorias reales y que pretendía legislar para la Iglesia de Francia sin su sanción. Era una violenta réplica al punto de vista del gobierno de que el rey, con su Consejo, su Parlamento y sus eclesiásticos podía legislar en una materia como la regalía. En todo caso, ya antes de que el breve de Inocencio llegase a París, la asamblea había hecho pública una nueva declaración que venía a exacerbar la fricción hasta un punto insospechado. La declaración contenía los cuatro famosos Artículos Galicanos (19 de marzo de 1682); al parecer, fue Colbert, más que ningún otro miembro del consejo de ministros, el que recomendó a Luis que hiciese aquel audaz y peligroso movimiento.

El primer artículo, redactado por Bossuet y por otros componentes del comité de expertos del arzobispo, establecía que, de conformidad con la palabra de Dios, los soberanos no podían someterse, en cuestiones temporales, a ningún poder eclesiástico. Los súbditos no podían ser dispensados, por ese poder, de su debida obediencia a los sobera-

nos. El segundo y el tercero limitaban la plenitud de poderes del papa por la autoridad de los Consejos Generales y por la constitución de la Iglesia galicana. El cuarto admitía la primacía del papa en cuestiones de fe, pero la hacía depender, en última instancia, del consenso de la Iglesia. Aquellas cuestiones habían sido debatidas en Francia durante siglos. Ahora, evidentemente, el inmenso y reciente incremento de la autoridad real y el apasionamiento de aquella nueva batalla con Roma llevaron el empeño galicano hasta el punto de insistir en la consecución de una victoria decisiva. La Corona propuso consolidar el dominio sobre la Iglesia de Francia, reivindicando para ella la independencia dentro de la estructura general de la Iglesia, de acuerdo con la ley y con la costumbre, que habían «subsistido invariablemente». Fue la Corona la que requirió a todos los franceses a que aceptasen los cuatro artículos.

Desde la primavera de 1682, el problema de la regalía se vio, pues, envuelto en una discusión sobre cuestiones fundamentales que alcanzaba a círculos del clero y del laicado mucho más amplios que antes. Además de los jansenistas, la Facultad de Teología de París se negó a reconocer la ordenanza real, y algunos de sus miembros fueron desterrados a las provincias. Cortesanos aislados, capitaneados por los duques de Créqui y de Villeroi, protestaron abiertamente. El hermano de Villeroi, arzobispo de Lyon, alentó a otros eclesiásticos para que protestasen. El papa Inocencio, aunque las diferencias de opinión en Roma le inclinaban a no condenar formalmente los artículos galicanos, adoptó una táctica que vino a incrementar la confusión en Francia. A finales de 1682 se negó, sencillamente, a confirmar el nombramiento como obispo de cualquiera que hubiera sido miembro de las asambleas de 1681-1682. Empleó esta sanción durante un largo periodo, de modo que, en 1688, había treinta y cinco obispados vacantes en Francia. Un capítulo catedralicio podía ser inducido a elegir como «vicario»

suyo a aquel a quien el rey había dado el nombramiento para un obispado, pero era imposible enmascarar aquella restricción de la autoridad real, mientras el gobierno no se atrevía a romper totalmente con Roma. El arzobispo de París, que contaba con la confianza del rey, no era perturbado en sus funciones, y Colbert de Croissy rara vez atenuaba el tronar de sus despachos a Roma, donde el embajador francés se comportaba con extraordinaria crudeza. Pero aquel punto muerto entre el Rey Más Cristiano y el papa extendió su sombra, durante años, sobre la marcha de los asuntos en Europa y también sobre el destino del protestantismo en Francia.

EL EDICTO DE FONTAINEBLEAU

Los católicos franceses estaban mucho menos divididos por su asalto final a las iglesias de los hugonotes. Jesuitas, jansenistas o galicanos no se hallaban tan entregados a desgarrarse los unos a los otros como para olvidar en su enardecimiento al adversario que se diferenciaba de todos ellos. Luchar contra él, a medida que se debilitaba, era tanto un estímulo como una obligación. Mantenían la iniciativa en la corte, en los Estados y en los Parlamentos, así como en todos los niveles de la sociedad en la mayoría de las regiones. Un renacimiento católico general en Francia se mostraba todavía vigoroso, a pesar de sus tensiones internas, mucho tiempo después de haber desaparecido el viejo dinamismo calvinista. En 1672, las salvaguardias legales que protegían a los hugonotes habían sido enormemente recortadas, dejando intacto muy poco del original Edicto de Nantes. Lo que permanecía en pie era la garantía, de setenta y cinco años de antigüedad, y en algunas ocasiones solemnemente confirmada, de tolerancia religiosa para una minoría todavía importante.

Luis XIV tenía fuerza suficiente, en 1680, para poner límites al monopolio católico de la influencia en el país. Po-

día haber dejado poco a los hugonotes, pero les había dejado algo. Sin embargo, precisamente él, en virtud de su posición, era quizá más susceptible que cualquier otro en Francia a la idea de que la uniformidad religiosa era un objetivo necesario de una sana política. Mientras él insistía sobre la pureza de su doctrina durante el conflicto con Roma, más intolerable parecía una negativa a seguir su ejemplo. Los protestantes, al mantener una fe diferente, aparecían como los insubordinados súbditos de un rey católico, y su conversión sería una prueba de lo que él podía hacer por la Iglesia. Esta era una cuestión de principios. Luis y sus consejeros nunca se propusieron demostrar, como podía haberse esperado, que los hugonotes ponían en peligro la seguridad del Estado entre 1672 y 1678. La lealtad del almirante Duquesne y de los oficiales hugonotes del ejército no pudo ser impugnada durante los años de guerra contra la protestante Holanda. En cambio, los acontecimientos que tuvieron lugar en Inglaterra e Irlanda en 1678-1681 desataron la indignación en Francia. Demostraban que la deslealtad protestante paralizaba a una monarquía, que el «complot papista» era un complot protestante que destruía a mártires católicos como lord Stafford y el obispo Plunket. El gobierno francés se sentía mucho más fuerte en comparación. El impulso dominante en aquel favorable momento del reinado era el que actuaba en favor de los continuados progresos hacia el ideal de la unidad católica, incontaminada por la herejía.

El rey puede haber deseado demostrar su piedad, a pesar de su desafío al papa. Una gran cantidad de católicos franceses odiaba, sencillamente, a sus vecinos protestantes. Respondían ansiosamente a las medidas que destruían las congregaciones de hugonotes, una tras otra, o que cerraban el paso a un creciente número de profesionales que no abjurasen. Cargos y empleos quedaban disponibles, los rivales en los negocios eran expropiados, y, lo que era muy importan-

te, fundaciones protestantes de caridad caían en manos católicas. Otros dos enfoques del problema merecen ser destacados. En el espíritu de un defensor tan ferviente de los artículos galicanos como Bossuet existía un verdadero lazo entre un punto de vista católico que concedía al papa unos poderes menos amplios de los que Roma reivindicaba, y el deseo de traer de nuevo a los protestantes al redil. Bossuet creía que las diferencias sustanciales que separaban a los protagonistas habían ido reduciéndose, tras un siglo de continuados debates. Como su *Exposición de la fe católica* implicaba, la teología de los protestantes moderados no se hallaba muy lejos, doctrinalmente, de la ortodoxia. Su oposición a toda autoridad del papa seguía siendo un error fundamental; pero ahora, gracias a los artículos galicanos, podían aprender que, en la Iglesia de Francia, las funciones del papa se hallaban contrarrestadas por la justa posición del rey y del clero. Estaba, pues, al alcance de la mano el momento en que los hugonotes podrían y deberían aceptar la reunión con aquella Iglesia de sus antepasados, inexpugnable y fundamental en sus enseñanzas, bajo el rey al que todos los franceses debían obediencia absoluta.

El segundo enfoque dependía de la conveniencia administrativa. Todas las localidades del país tenían sus conflictos y fricciones. La rivalidad confesional los intensificaba, y hacía más difícil la tarea de los burócratas del rey, que tenían que preservar la paz y cobrar los impuestos. Los intendentes aceptaban los privilegios en algunas esferas, pero, autoritarios hasta la médula, tenían fuertes instintos niveladores y uniformadores en otras. Los católicos, educados por los jesuitas y por los jansenistas, desaprobaban siempre la situación especial que el Edicto de Nantes concedía en Francia a los protestantes. Era un obstáculo para el buen funcionamiento de la administración provincial. Se trataba de un problema más, entre otros muchos. Sería muy conveniente desembarazarse de él, desembarazándose de aquella

incómoda distinción entre la mayoría de la población y una molesta minoría. Lo que parecía una maravillosa simplificación de su tarea, naturalmente, resultó ser un espejismo a partir de 1685, cuando los intendentes vacilarían bajo el peso de la dirección de los protestantes, considerados ahora por la ley, sencillamente, como «nuevos católicos». Esto no fue previsto ni por los estadistas en la corte ni por los funcionarios provinciales –a juzgar por sus correspondencias–, mientras seguían adelante con una prometedora reforma. Tampoco se encuentra una firme evidencia de que Colbert, muerto en 1683, dejase nunca de considerar si la política general en relación con los protestantes tendría inconvenientes económicos a largo plazo, ni de que Louvois esperase dificultades con los protestantes en el ejército, que los debilitarían. En cambio, los dos daban su aprobación al rumbo que ellos mismos contribuían a mantener. Sus familias seguían siendo rivales, deseando siempre cada una poner en desventaja a la otra, pero no diferían acerca de aquella cuestión política, y no estaban de acuerdo simplemente porque el rey fuese partidario de ella. La subyacente inclinación común de la monarquía, de los estadistas, de los eclesiásticos y de los administradores franceses contra los intereses protestantes dentro del país era una argamasa en el estado de la Francia de finales del siglo XVII. Luis XIV no alcanzó a ver que debería haberla aplicado con mayor prudencia.

Lo difícil es explicar por qué el gobierno no se contentó con la total sujeción de los hugonotes, ni con métodos, simplemente, de franca violencia, para continuar el proceso de atrición. Desde luego, muchas personas creían que aquel sería un razonable programa que seguir cuando la prolongada guerra terminase. Henri Daguessau, intendente en el Bajo Languedoc, con su numerosa y compacta población de protestantes, había sido incansable en su utilización de todos los recursos administrativos y legales para debilitar-

les. Recibió con alegría la legislación de los años 1679-1680, que destruía los últimos tribunales mixtos (encabezados por hombres de ambos credos), y excluyó a los hugonotes de todos los cargos judiciales y financieros. Pero, llegado el momento, lamentó el uso de tropas y el abandono del simple principio de la tolerancia. Al igual que Paul Pellison, administrador de la *caisse des conversions* (un fondo basado, originalmente, en las rentas de los beneficios vacantes), inicialmente esperaba que el trabajo misionero en las provincias, combinado con la oferta de socorros a los conversos, obtendría una cosecha de almas para la Iglesia. Mme. de Maintenon no era la única entre los católicos que desaprobaba la depravación de hacer conversos por la fuerza. Cuando, en 1681, el intendente Marillac, en Poitou, con el consentimiento de Louvois, tomó una nueva iniciativa y empleó las armas, el gobierno fue todavía suficientemente cauto para repudiarle.

Las «dragonadas» de Marillac alcanzaron inmediatamente la notoriedad que merecían. No había nada nuevo en Francia en cuanto al empleo de tropas para aplastar desórdenes o incluso para imponer la recaudación de tributos, pero sus novedades eran demasiado reales. Primero, Marillac estableció un trato discriminatorio contra los hugonotes en la administración de la *taille,* en los amillaramientos, en los nombramientos de recaudadores y en el cobro de los atrasos. Luego introdujo las tropas, y apretó bien los tornillos alojando a la mayoría de ellas en casas de hugonotes, mientras hacía especiales concesiones a los conversos; hizo todo esto con el consentimiento de Louvois. También utilizó estímulos brutales para obligar a los protestantes a abjurar. Se vanagloriaba de haber logrado más de 30.000 conversos en unos pocos meses. Los resultados fueron importantes, pues demostraron que métodos como el de la fuerza de las armas llevaban a los herejes a la Iglesia mucho más fácilmente que las simples disposiciones restrictivas y que la

antigua mezcla de trabajo misionero y socorros. Igualmente importante era que, sin proponérselo, estimulaba la emigración en una medida muy superior a la de antes. El goteo, que iba en aumento ya, se convirtió en una corriente, y los hugonotes pronto habían de demostrar que el gobierno no podía contener eficazmente la evasión al extranjero de hombres ni de capitales. Las «dragonadas» de Poitou fueron lo bastante terribles como para levantar un fermento en todas partes. Las noticias se extendieron rápidamente a otros distritos, donde los hugonotes se disponían mentalmente a acceder a la demanda de uniformidad o a abandonar el país. Las gacetas de París se entusiasmaban con los detalles de aquel triunfo del rey y de la Iglesia. Las que se imprimían en ciudades holandesas hablaban del protestantismo en peligro, y los refugiados que llegaban a Londres o a Rotterdam incrementaban la alarma con su presencia física y con sus escritos. Esta repercusión fuera de Francia fue una razón por la que Louvois reprendió a Marillac y sacó las tropas de Poitou.

De todos modos, los argumentos contra una política de prisas o de violencias eran cada vez menos escuchados. Cada nueva medida incrementaba el impulso. El interés de muchos católicos por una legislación que situaba a los protestantes en desventaja, excluyéndoles de cargos y de profesiones, era eclipsado por un interés político y confesional que pretendía hacer católicos a los protestantes. Las leyes de 1681-1683, que autorizaban la conversión de niños desde la edad de siete años, ordenaban la clausura de una iglesia si un converso reincidía y ocupaba de nuevo su lugar en la congregación, y después, finalmente –por el mismo mal comportamiento–, autorizaba una sentencia de destierro contra el sacerdote responsable: estas medidas conmovían las defensas fundamentales del protestantismo en Francia. La unidad y la disciplina internas de las familias, la existencia misma de las congregaciones para el culto público y de

un clero protestante, estaban amenazadas. Un nuevo anuncio de coacción, de las «dragonadas» renovadas y extendidas, daría origen a que la histeria se desarrollase, con una momentánea sensación de total desesperanza, por una parte, y de triunfo total, por otra.

En 1683, las comunidades protestantes del Sur presentaron una protesta. Inspiradas por Claude Brousson, un jurista que había dedicado muchos años a oponerse a los intereses católicos militantes en el Parlamento de Toulouse, las congregaciones de los distritos de Cevennes y de Vivarais desafiaron a las autoridades mediante reuniones para el culto, donde este había sido prohibido. Aquella era una manifestación, no un levantamiento, pero dio origen a desórdenes locales que justificaron el empleo de las tropas. Una vez que fueron reducidos, la impotencia de la minoría quedó nuevamente demostrada, tanto para católicos como para protestantes.

A comienzos de 1685, un intendente en los Pirineos sugirió a París que las tropas de aquella zona no tendrían dificultad alguna para intimidar a su población hugonote. Pedía autorización para intentarlo, y Louvois recibía otra solicitud semejante desde Poitou. Louvois y la corte dudaron, pero por última vez, y no por mucho tiempo. Las ventajas de aquella política superaban ahora a sus defectos. El gobierno veía menos razones para retroceder. En el exterior, la Tregua de 1684 consolidaba las recientes ganancias francesas en la Renania, mientras Leopoldo tenía aún que vencer en Hungría. Los españoles estaban batidos, y el gobierno holandés pacificado. Con la rebelión de Monmouth aplastada, el católico Jacobo II ocupaba felizmente su trono. En el interior de Francia, los hugonotes aparecían tan débiles y los intereses católicos tan fuertes que solo el firme veto de Luis habría detenido la tendencia general. Pero, en la corte, Louvois era superado por su anciano padre,

ahora canciller. El ministro que tenía a su cargo las cuestiones eclesiásticas era un cero a la izquierda. Seignelay, responsable de la escuadra y de muchas otras cosas, y el nuevo interventor general se abstenían de toda clase de protesta. El confesor del rey nunca había despertado escrúpulos en la conciencia real (véase *infra,* «Los jesuitas y la misión china»), y tampoco lo hacía ahora. Los galicanos más inflexibles deseaban humillar al papa, y se inclinaban a la labor de conversión en las provincias, por uno u otro medio; de ellos sería la gloria de la Iglesia al destruir a su antiguo enemigo, y de este la vergüenza de tratar de mutilarla mediante una desatinada negativa del derecho de regalía y del nombramiento de obispos. En la asamblea del clero que tuvo lugar en París, en junio de 1685, Daniel de Cosnac, obispo de Valence, lanzó rayos y truenos contra la herejía: su elocuencia no había sido menos ardiente contra Roma, en la asamblea de 1682.

Luis XIV y sus ministros no tenían, pues, nada que objetar, si los intendentes utilizaban los regimientos para ayudar a los eclesiásticos a cerrar los lugares de culto protestante y para conseguir el mayor número posible de conversos. Ellos deseaban la coacción sin indisciplina, aunque era necesario no emplearla con los ricos y los privilegiados. Sus instrucciones sobre este punto no siempre eran consecuentes, pero, en general, la táctica de 1681, cuando Marillac empezó poniendo en remojo a las familias más importantes, fue revocada. Sin embargo, al igual que Marillac antes que ellos, Foucault en el Bearne pirenaico y Baville en Poitou fueron absolutamente despiadados, y sus listas de abjuración relacionaban a los conversos por cientos y por miles. Otros intendentes y obispos les imitaron, y pidieron el mismo género de respaldo militar. Una mayoría de los protestantes de todas las regiones se disponían a adoptar la misma actitud de obediencia al rey, de rendición a la Iglesia católica. Algunos elementos de esa mayoría proyectaban, desde luego,

abandonar el país, si les era posible. Muchos estaban, sencillamente, deslumbrados, exactamente igual que los cortesanos de Versalles, que consideraban que Francia se había transformado porque el año comenzó con la mayor victoria de la monarquía católica desde el tiempo de Calvino. En aquella atmósfera febril, en octubre de 1685, el rey y sus ministros decidieron publicar una grandiosa declaración revocando el Edicto de Nantes. Lo que había ocurrido –decía aquel manifiesto– había permitido gloriosamente al rey decretar que el viejo edicto era anacrónico e inútil, y cancelarlo. La ansiedad de Enrique IV y de sus sucesores por terminar con el necesario mal del cisma lo más pronto posible era conocida de todos, y los decenios de paciente evangelismo concluían ahora felizmente.

La más importante decisión práctica distinguía entre los sacerdotes, que eran expulsados del país inmediatamente, a menos que abjurasen, y los laicos, a los que, bajo duras penas, se les prohibía marchar; en lo sucesivo, todos eran «nuevos católicos», y debían ser vigilados por los intendentes y proselitizados por los misioneros.

El Edicto de Fontainebleau puede ser considerado como la culminación de un movimiento con distantes y profundos orígenes, pero los acontecimientos que condujeron a él no fueron previstos por el gobierno francés. Tal como ocurrieron, tentaron a Luis XIV a adoptar una actitud que satisfacía su sentido teatral de la majestad, altamente desarrollado. Fue un *coup,* un golpe, destinado a asombrar y a confundir. Observadores como el príncipe de Orange, para quien la medida estaba inspirada por el cálculo político de que asociaría a Francia todos los demás intereses católicos de Europa, destruyendo así toda oportunidad de organizar una nueva coalición contra Luis, muy probablemente se equivocaban. El cálculo consistía en que Francia podía ahora hacer frente a la afirmación de un principio aceptado de go-

bierno, sin necesidad de comprometerse. El Estado podía dar un paso más hacia la perfección de la monarquía, católica y autocrática, a pesar del papa.

LOS HUGONOTES EN EUROPA

Los historiadores han encontrado difícil calcular las consecuencias de aquel ataque al protestantismo. La emigración era mucho mayor de lo previsto por Luis, pero menor de lo que suele imaginarse. De acuerdo con una reciente investigación, la proporción de emigrantes con el número de hugonotes en las diferentes regiones variaba considerablemente. La mitad, aproximadamente, de los protestantes de Picardía, y un tercio del Delfinado y de Orange, abandonaron Francia. En la ancha zona que va desde Normandía a Burdeos –excluyendo la Bretaña–, una cuarta parte se incorporó a la emigración. Por otro lado, menos de una décima parte escapó o decidió abandonar el Sur y el Suroeste: el Alto y el Bajo Languedoc, Cevennes, Vivairas y Velay. Casi todos los protestantes de Bearne se quedaron. La emigración total, entre 1680 y 1700, se fija, aproximadamente, en 175.000 personas, una quinta parte de los protestantes, pero menos de una centésima de la población total de Francia[4].

En cuanto a los efectos sobre la economía, hay muchas dudas. No fue aquella la principal razón de las terribles condiciones existentes en Francia en la década de 1690; fue una de las muchas causas de despoblación y depresión. En los puertos del Atlántico y del canal los negocios continuaban en pleno vigor; esto dependía, en parte, de los armadores extranjeros y, en parte, de la porción del comercio, que siempre había estado en manos católicas (y que ahora aumentaba); pero, asimismo, de los «nuevos católicos» que se sometían. El ministro de Asuntos de la Marina, Seignelay, utilizaba su influencia para moderar el celo burocrático o clerical, y gracias a él existía en París una administración re-

lativamente suave. Algunas manufacturas textiles decaían, ciertamente, pero es más fácil demostrar que la ciudad de Lyon mejoró, a causa de los muchos hugonotes que habían dejado las sederías de Tours y de Nîmes, y que estas ciudades declinaban, que demostrar que esta industria, siempre voluble, se perjudicaba, como conjunto, a causa de la persecución. El número de artesanos calificados que abandonaron el país,y que no pudieron ser sustituidos –en las industrias textiles, joyería, fabricación de relojes, construcción de barcos, metalúrgicos–, es la cifra fundamental que nos falta. Los bienes fijos de los refugiados, incluyendo sus tierras, eran aprovechados por otros hombres que los explotaban. Una novedad fue un complejo entramado de posesiones en fideicomiso, mediante las cuales los nuevos católicos se responsabilizaban de la propiedad de los desterrados, enviando el producto al extranjero, a los parientes o amigos. La evasión de dinero circulante y de mano de obra eran las máximas preocupaciones del gobierno, y la segunda era más fácil de contener que la primera. Ni siquiera Luis XIV en el apogeo de su poder consiguió controlar el mecanismo de intercambio mediante letras de crédito; los fondos que necesitaban los importadores, los comerciantes extranjeros o los viajeros dentro de Francia se facilitaban mediante pagos hechos en el exterior, y, con descuentos más o menos fuertes, los fondos de los franceses podían ser transferidos del mismo modo. No es posible decir hasta qué punto los hugonotes contribuyeron o, simplemente, se beneficiaron de una desfavorable balanza de pagos. En 1687 se produjo un notable incremento en los depósitos y en las reservas del Banco de Ámsterdam, mientras los índices normales de interés descendían a un 2 por 100; los balances de caja de los hugonotes se daban corno una explicación de la situación de los negocios, que irritaba a muchos inversores holandeses. Parece que los hugonotes ricos, como los católicos ricos, eran, por lo general, grandes acaparadores en aquel pe-

riodo; la crisis de sus existencias les obligaba a desplazar sus capitales, y luego a explotarlos. Y, como otros franceses, siempre habían comprado cargos. Obligados a venderlos por los decretos de Luis anteriores a 1685, tenían más capital que ahorrar. Más que la precedente inversión en la industria y en el comercio franceses, son estos fondos los que reaparecen como recursos indudablemente abundantes de unos pocos hugonotes en sus países de destierro. En todo caso, la actividad de los financieros hugonotes fuera de Francia, durante el siglo siguiente, corrió pareja con la influencia de sus parientes o socios, que continuaban residiendo en Lyon o en París; Samuel Bernard, el más importante de los banqueros de Luis XIV durante la Guerra de Sucesión española, había abjurado puntualmente de su protestantismo el 17 de diciembre de 1685.

La opinión pública en la Europa protestante, antes y después de 1685, percibía más claramente las estrecheces de la mayoría que abandonaba Francia que la riqueza de unos pocos. Eran hombres pobres, que abusaban de la generosidad de sus anfitriones. Eran un pasivo, no un activo: llegaban a Ginebra, a Rotterdam o a Londres con las manos vacías, con una desesperada necesidad de ayuda y de empleo. Esto era especialmente claro en Suiza. Las rutas de huida a Ginebra o a Neuchâtel, o a través de los valles piamonteses de Vaud, canalizaban una corriente de refugiados procedentes del Delfinado, de Orange y de Provenza. El movimiento llegó a ser considerable en 1682, alcanzó un punto culminante en 1686-1687, y luego disminuyó. Pronto fue evidente que aquella solo podría ser una contención temporal y que las gentes tendrían que seguir desplazándose. El problema crítico para los pastores protestantes y para la clase media que tomaban una iniciativa en las discusiones con ciudades, cantones y gobernantes de otros Estados consistía en encontrar lugares de asentamiento adicionales para una multitud creciente, que vivía de la caridad. Más de la

mitad de los refugiados que llegaron a Suiza (35.000 de 60.000) pasaron inmediatamente a Alemania. Un destacado dirigente hugonote era Brousson, que había organizado la manifestación de 1683 en el Languedoc, y que no tardó en desear el regreso a Francia, a pesar de los riesgos. Otro era Henri de Mirmand, también del Languedoc; pertenecía a la minoría, pues recibía de su suegro, que seguía en Francia, dinero bastante para vivir confortablemente en el extranjero.

Una cuestión más difícil es el efecto de aquella persecución sobre la «influencia protestante» en Europa. A ciertos niveles, la respuesta era totalmente correcta. En Inglaterra, los sermones anglicanos despertaban gran simpatía, y las colectas hechas en las iglesias anglicanas desde 1681 iban siendo cada vez más generosas. Ámsterdam, Rotterdam y otras ciudades holandesas no tardaron en ofrecer a los recién llegados de Francia un rango de ciudadanos, libertad para proseguir sus negocios y exenciones de la mayoría de los impuestos durante periodos anuales. Las familias más antiguas de hugonotes, ya establecidas desde tiempo atrás en Inglaterra, como los Papillon y los Houblon, se destacaron en sus intentos de encontrar trabajo para algunos de los refugiados y para utilizar sus aptitudes. En las Provincias Unidas existían las iglesias que hablaban valón o francés y que eran, desde luego, punto de reunión para los refugiados, con lo que, en consecuencia, se remozaban. Habían estado en decadencia, pero, en unos pocos años, sus congregaciones se hicieron más numerosas y sus antiguos edificios resultaron demasiado pequeños. Sus pastores bautizaban a más niños, y sus diáconos pagaban más en concepto de socorros a los pobres. Nombraron un clero adicional, a fin de encontrar empleo a los predicadores y profesores que llegaban de Francia; y un notable ejemplo de esto fue la invitación hecha por la congregación valona de Rotterdam a Pierre Jurieu, profesor de Teología en la Academia de Sedán,

cerrada por Luis XIV en 1681. La municipalidad de Rotterdam también creó un nuevo colegio, otorgando a otro profesor de Sedán la cátedra de Filosofía e Historia: Pierre Bayle comenzaba su largo destierro bajo los más felices auspicios. De diferentes modos, que eran verdaderamente irreconciliables, Jurieu y Bayle trabajaban por el endurecimiento de los intereses opuestos al rey de Francia.

El fervor protestante, en su inmensa mayoría, se alineaba fácilmente con los intereses económicos protestantes. La convicción holandesa de que la tolerancia religiosa multiplicaba el número de trabajadores, de consumidores y de conocimientos prácticos estaba fuertemente arraigada, y, en esta ocasión, se asociaba con el odio calvinista a la opresión romana. Además, las medidas de Luis alarmaban a los numerosos comerciantes y marinos extranjeros en Francia. Sus funcionarios suponían, con excesiva frecuencia, que los decretos reales alcanzaban por igual a todos los protestantes. Los protestantes nacionalizados eran tratados como los hugonotes nativos. Muchos holandeses e ingleses, residentes desde largo tiempo en Francia, liaron el petate y se fueron a sus países. Los gigantescos intereses de los holandeses en el vino y en la sal de Francia, dos renglones fundamentales de su sistema comercial, estaban en peligro. Era como si la agresiva política económica de Colbert, principalmente dirigida contra la participación holandesa en el comercio francés, estuviese siendo reactualizada en una nueva forma. En conjunto, la tensión acerca de aquellas cuestiones iba descendiendo, gradualmente. Los «nuevos católicos» mantenían su terreno. La administración aprendió a aplicar las nuevas normas, sin causar excesivos trastornos en el mundo de los negocios.

Los refugiados planteaban un problema muy difícil. Todo estaba muy bien para que los patricios de las ciudades protestantes ofreciesen su caridad a los extranjeros necesi-

tados, pero la concesión de la exención de impuestos por anualidades y del derecho a practicar cualquier comercio afectaba a los pobres que trabajaban de un modo normal. Ellos pagaban impuestos, y sus salarios podían ser rebajados por la presencia de inmigrantes desesperados, dispuestos a trabajar, en cualesquiera condiciones, por la comida. Los disturbios en Londres y en diversas ciudades holandesas revelan que el pueblo podía considerar al rey francés como a un villano, pero menos todavía le gustaban los franceses en sus países. También en este aspecto la dificultad fue haciéndose cada vez menos enojosa. Las familias procedentes de Francia habían sido concentradas, al principio, en unos pocos centros importantes: Ginebra, Lausana, Zurich, Rotterdam, Ámsterdam y Londres. Luego comenzaron a desplegarse, trasladándose a otras ciudades holandesas e inglesas, así como a Alemania. Llegaron a Irlanda y a América. Se dispersaban y se establecían. Se fundían, lentamente, con sus países de adopción, y los enriquecían.

Las consecuencias políticas de la persecución de Luis XIV han sido examinadas con sutil precisión. Desde un punto de vista general, podría parecer que el Edicto de Fontainebleau, con toda la política que había detrás de él, haría saltar, una tras otra, importantes cuñas protestantes incrustadas en el sistema diplomático francés: Brandemburgo, ciertos intereses holandeses y, tras un pequeño intervalo, Inglaterra. Federico Guillermo publicó inmediatamente su famoso Edicto de Potsdam en octubre de 1685, deplorando la opresión de los compañeros calvinistas e invitando a los refugiados a instalarse en sus tierras. Después de esto, los franceses nunca confiaron en él. En las Provincias Unidas el sentir peligrar el protestantismo y la amenaza al comercio holandés en Francia estaban calculados para acabar acercando más a Guillermo de Orange y a las ciudades de Holanda. Sobre todo, podría pensarse que los acontecimientos de Francia arrojarían una gran sombra sobre la po-

lítica inglesa. Jacobo II decía que necesitaba un ejército permanente que incluyese a algunos oficiales católicos, y una organización eclesiástica que incluyese la tolerancia para los católicos y los disidentes. El Edicto de Fontainebleau parecía revelar el fraude que había en todo esto. Su decisión resultó ser una impostura, un preludio al despotismo que sería mantenido por un ejército católico, con ayuda francesa. Su política era la de Luis XIV, ligeramente disfrazada. Una cosa era aceptar con alivio la destrucción de la rebelión de Monmouth, en junio de 1685. Y otra era estar de acuerdo con el aparente programa de Jacobo, cuando este desplegó una parte del mismo ante sus lores y sus comunes en noviembre, solo unas semanas después del Edicto de Luis; y los lores y los comunes no estuvieron de acuerdo. Una nueva alianza antifrancesa en Europa, y un debilitamiento de la reciente inclinación inglesa hacia una monarquía más fuerte, se hicieron luego más probables por la decisión adoptada en París. Se ha sostenido también que Víctor Amadeo II de Piamonte estaba irritado ante las perentorias instrucciones de Luis. Obedeciendo a las presiones, inició una acción contra sus súbditos protestantes de los valles de Vaud. Pero su resentimiento anunciaba el final de la larga dominación francesa en Turín.

Hay una parte de verdad en este punto de vista, pero deben admitirse complicaciones de todas clases que, indudablemente, la modifican.

Los desterrados hugonotes no eran factores conscientes de un cambio en el clima político: pocos eran militantes. Especialmente en la Francia septentrional, sus principales ministros habían predicado, durante decenios. una doctrina de lealtad y obediencia a la monarquía, católica y hereditaria. Los comienzos de la carrera de Elie Benoît, que escribió en el destierro su gran historia de los hugonotes, muestra a un pastor perseverante, pero extraordinariamente dócil, de

Alençon. Más eminente aún, Jean Claude, que fue ministro de los hugonotes parisienses en su iglesia de Charenton durante veinte años, había sido el responsable del mantenimiento de las congregaciones protestantes en una actitud de digna protesta, de debida obediencia a las reales disposiciones, unidas con la lealtad a la fe calvinista. Expulsado de Francia inmediatamente después de la revocación, su inquietante obra, *Lamentaciones de los protestantes cruelmente oprimidos en el reino de Francia,* daba una versión de la historia reciente que justificaba opiniones más radicales que las sostenidas por el autor. Benoît y Claude siempre se consideraron leales súbditos de Luis XIV y fijaban sus esperanzas para el futuro en un cambio de corazón en Versalles. O el rey se rodeaba de mejores consejeros, o su muerte ofrecía la oportunidad de una nueva era –y su operación de 1686 era una noticia que se comentaba en todos los nuevos cafés de Europa–. La primera generación de desterrados hugonotes nunca comprendió la finalidad de la revocación, y su conservadurismo político les sometía a severas tensiones intelectuales y morales. Los ministros que habían abandonado Francia a consecuencia del Edicto de Fontainebleau difícilmente podían comprender que no tenían ningún derecho moral a pedir a los seglares que se habían quedado en el país que desafíasen la ley, negándose a acatarla o emprendiendo el ilegal y peligroso camino del destierro. Con el tiempo surgieron unos pocos radicales, de los que el más notable fue Pierre Jurieu. Jurieu empezó siendo un gran defensor de la monarquía; pasó luego a ser un apasionado exponente de profecías bíblicas que, de un modo normal, relacionaba el cumplimiento de aquellas profecías con una fecha –1688–, y, finalmente, se proclamaba en favor de la libertad y en contra del despotismo. Pero, en 1686, la profecía a la que él se inclinaba era una milagrosa conversión de Luis XIV al protestantismo. Otros extremistas, con una orientación más práctica, creían que la gran necesidad de

aquel tiempo consistía en arriesgarse a volver a Francia para mantener la fe. Un grupo llegó desde Suiza a Cevennes, y contribuyó a regar las semillas de una radical protesta contra la Iglesia y el Estado en la generación siguiente.

Los estadistas protestantes de quienes dependían los hugonotes maniobraban con suma cautela. La sutil multiplicidad de sus intereses era desconcertante, como demuestra el caso de Brandemburgo. Federico Guillermo tenía muchos agravios contra Luis XIV en los doce meses anteriores a la revocación. La política francesa para el Báltico le exasperaba, porque contrariaba, una vez más, sus planes secretos para un ataque contra Suecia. No veía justificación alguna para el bombardeo, por parte de Luis, de la independiente Génova, con un pretexto trivial. Estaba molesto por la ascensión al trono de Inglaterra del católico Jacobo II, y más aún por la muerte del elector palatino calvinista, al que sucedía un católico. No pasó mucho tiempo sin que llegasen las noticias de Fontainebleau, a las que él replicó con su Edicto de Potsdam. La intensa indignación del elector no puede ser puesta en duda, y el embajador de Brandemburgo en París actuó según el ánimo de su señor, protegiendo a hombres como Jean Claude y organizando la huida de Francia de muchos hugonotes. Sin embargo, políticamente, aquel era un movimiento de menor importancia dentro de la partida. El problema fundamental se enfocaba desde un ángulo diferente. La *ratio status* de los gobernantes alemanes, como *la raison d'état* del propio Luis, guardaba relación con un complejo de gobiernos y alianzas, cuyo equilibrio trataban siempre de establecer los políticos, de acuerdo con sus conveniencias. Generalmente, aquellos políticos creían en las ventajas de la uniformidad religiosa dentro del Estado; pero habitualmente no creían que las alianzas entre Estados requiriesen una base religiosa común. Esto era un ideal o una máscara, no un elemento esencial.

Luis XIV llevó su política interna a la culminación ideológica, cuando la situación internacional le favorecía, tanto en la Europa oriental como en la occidental. Sus más prudentes adversarios comprendieron que, de momento, poco había que hacer. El periodo de inquieta calma continuaba.

NEWTON Y LA CONTRARREFORMA

Mientras una mayoría de la humanidad se preocupaba por asuntos cotidianos y cierta minoría observaba atentamente el curso de los acontecimientos públicos, unos pocos talentos se enfrentaban a problemas más profundos.

En el corto periodo de noviembre de 1679 a enero de 1680, dos hombres que sentían una intensa aversión recíproca, Robert Hooke –actuando como secretario de la Royal Society de Londres– e Isaac Newton, desde Cambridge, se intercambiaron unas cuantas cartas. Hooke pedía a Newton que olvidase las disputas que habían sostenido en el pasado, y que reanudase su contribución a las investigaciones de la Society. Formulaba una pregunta acerca de los graves, y Newton replicaba con una «fantasía» o sugestión propia. Hooke señalaba un error en el razonamiento del profesor; Newton trabajaba durante un breve periodo sobre el tema, luego lo abandonaba y rompía la correspondencia. En 1684, Edmond Halley, a su vez secretario de la Royal Society, recurría nuevamente a Newton, explicándole que ni él, ni Hooke, ni sir Christopher Wren podían encontrar una base satisfactoria para su conjetura de que el movimiento de los planetas debía de depender de una determinada relación de las fuerzas centrífuga y centrípeta. El discreto entusiasmo de Halley acabó induciendo a Newton a concentrar todo el poder de su extraordinaria inteligencia en un problema que le había interesado y dejado de interesar, esporádicamente, durante los últimos veinte años. El resultado fue que toda la historia intelectual del siglo siguiente contrajo una deuda con Newton por su intensa labor en el

Trinity College de Cambridge entre 1684 y 1687, cuando el generoso Halley tuvo la satisfacción de publicar los *Philosophiae naturalis principia mathematica (Principios matemáticos de filosofía natural).* Cuando la obra tocaba a su fin, Newton tomó parte, en cierta medida, en la oposición al intento de Jacobo II de colocar a monjes católicos en las universidades anglicanas, pero este fue un incidente aislado en su carrera anterior a 1688. El vástago mayor de la «nobleza menor» inglesa vivía en una sociedad que le había dejado bastante libre para no hacer caso de la sociedad; era un profesor, pero nunca se vio obligado a tomar las órdenes sagradas, y trabajaba en la soledad que le era necesaria.

Casi veinte años antes, Newton había descubierto que las fuerzas centrífugas que afectaban a los planetas serían inversamente proporcionales al cuadrado de sus distancias del sol. Había visto también que la misma afirmación podía ser cierta respecto a la órbita de la Luna alrededor de la Tierra y, más aún, que una contrafuerza «indispensable para mantener la Luna en su órbita» se correspondía con «la fuerza de la gravedad» en la superficie de la Tierra. Tal vez una visión *a posteriori* nos diga –como se lo dijo a Newton después– que entonces eran ya perceptibles las grandes líneas de un equilibrio universal entre fuerzas centrífugas y gravitacionales, pero nunca se ha aclarado por qué Newton abandonó el tema en aquella fase tan prometedora. Los problemas ópticos le absorbían, indudablemente, pero parece que no lo abordó de nuevo porque sus técnicas matemáticas, ya maduras, eran capaces de producir resultados que habrían sido demasiado difíciles antes de 1670 o 1675. Cuando Halley le convenció de que resumiese el trabajo en una investigación que él, al principio, concebía como un tratado sobre las Leyes del Movimiento, rara vez utilizó Newton el cálculo que él mismo había aconsejado en los años intermedios. Sus pruebas, sumamente importantes, de que la ley de los cuadrados inversos se aplicaba a órbitas

elípticas (como las de los planetas) y de que la fuerza de gravitación de un cuerpo esférico (aunque compuesto de partículas infinitamente numerosas) se concentraba en su centro se apoyaban en una geometría que muy pronto se volvería anacrónica.

Por otra parte, gracias a lo que esperó, Newton se benefició enormemente, por una razón distinta. El efecto de su argumentación fue tanto más persuasivo a largo plazo, porque utilizó datos astronómicos muy recientemente reunidos para aplicar e ilustrar sus leyes del movimiento, un tema compendiado en el título del Libro III de los *Principia,* «Sobre el sistema del mundo». Era la suya, realmente, una nueva descripción del mundo, y las minorías ilustradas estaban mejor preparadas para tenerla en cuenta, pues se habían acostumbrado a los informes de las sociedades doctas y de sus corresponsales, al uso de relojes, telescopios y micrómetros, y a un conocimiento de la medición más exacta, resultante de una mejor fabricación de los instrumentos. Si aquel público no alcanzaba a comprender la matemática de Newton, le seguía más fácilmente cuando en este tercer libro procedía a examinar las órbitas de los cuerpos celestes y a descubrir que todos los fenómenos conocidos confirmaban sus predicciones teóricas. Citaba observaciones tomadas de Greenwich, Cambridge, Roma, Venecia, La Flèche en Anjou, Boston en Nueva Inglaterra, de puntos de Maryland y de Jamaica, que corroraban su parecer respecto a las órbitas de los cometas, una materia en la que Newton debía a Halley, a Flamsteed y a otros, tanto como ellos a él. En posteriores ediciones, demostró que era posible reunir nuevas y detalladas pruebas contemporáneas respecto a los cometas de 1664 y 1680-1683 para completar aquel aspecto de la investigación. Pero los datos y –admitidas las ulteriores objeciones de Newton al término– las hipótesis estaban maravillosamente entrelazados. Si «la fuerza de la gravitación» podía ser aceptada inmediatamente por el lector, parecía que

el Sistema Solar era, sobre todo, un sistema de fuerza y movimiento, que obedecía a principios matemáticos inherentes. La estructura en su conjunto era exacta y completa. Implícitamente, en esta primera edición de 1687, la idea fundamental de Newton era la de que Dios había hecho y Dios seguía velando por el universo newtoniano. Explícitamente, declaraba que la elegante física cartesiana era totalmente irreconciliable con los fenómenos astronómicos. Los «vórtices» de Descartes no llenaban cada pulgada de espacio, pues los cuerpos celestes giraban con ellos. Esos cuerpos se desplazaban, en cambio, a través de un vacío, actuando los unos sobre los otros desde una distancia. La teoría y los datos se unían para demostrarlo.

Tanto los instintos conservadores como los científicos de los últimos cuarenta años habían sido desafiados desde Londres y desde Cambridge y unos y otros lucharían, durante los cuarenta años siguientes, cada uno a su modo, para ofrecer resistencia a las posiciones newtonianas.

En los *Principia,* Newton reconocía también que Leibniz había encontrado, diez años antes, un nuevo método, no muy diferente del suyo, para determinar curvas y áreas, y para trazar tangentes. En realidad, los dos estaban incidiendo claramente en la obra de otros contemporáneos, pero Leibniz publicó por primera vez, en la revista *Acta Eruditorum* de Leipzig (su lugar de nacimiento), en octubre de 1684, su propio informe del cálculo diferencial, y él y sus discípulos hicieron mucho por dar al mundo de la ciencia aquel instrumento intelectual, de fundamental importancia, con una notación empleada por los matemáticos de las futuras generaciones. Verdaderamente, los críticos de la doctrina de Newton sobre la gravedad pensaban, con inquietud, que el inglés había postulado una fuerza casi oculta que actuaba misteriosamente a través del espacio vacío, mientras otros veían que Leibniz introducía en la matemáti-

ca un simbolismo indefinido que oscurecía el cálculo exacto. Aquellos nuevos misterios no eran menores que los de la religión revelada, y eran más difíciles de aceptar; pero, al fin, los críticos de Newton, con Leibniz entre ellos, y los adversarios newtonianos del cálculo diferencial tendrían que ceder.

Aquellos avances especializados fueron apreciados después. En aquel tiempo, los lectores de publicaciones como el *Acta Eruditorum,* el *Journal des Savants* de París, o las *Noticias de la República de las Letras* que Pierre Bayle comenzaba, precisamente, a publicar en Rotterdam (1684), pasaban rápidamente de un tema a otro. Seguían la estela de destacados intelectuales como Leibniz o Malebranche, que continuaban teniendo como feudo propio la mayoría de las ramas del conocimiento, y se beneficiaban de ello, porque los autores se unían a través de aquella discusión de sus mutuas diferencias. La tinta corría abundantemente, en grandes tratados, en folletos, en colaboraciones periodísticas o en correspondencias personales, y el gusto por la controversia en Alemania, en Francia, en Holanda y en Inglaterra contrarrestaba la otra inclinación hacia la censura y la uniformidad. Los hugonotes en Holanda y en Inglaterra mantenían sus contactos con muchos ilustrados católicos franceses. Los ejemplares de los periódicos franceses en Holanda eran buscados ansiosamente en Francia, a pesar de que Luis XIV trató de impedir la entrada de las noticias de Bayle, desde enero de 1685. El material inglés era especialmente abundante en la *Universal and Historical Library,* editada por el suizo Jean Le Clerc, amigo de John Locke, con 100 o 200 páginas de texto cada mes. Las grandes casas editoriales de Holanda –Elzevir, Leers, Marteau– se beneficiaban de una demanda sin precedentes. Como en una acción refleja de todas aquellas circunstancias, Leibniz, tras haber descrito su cálculo en el *Acta Eruditorum* de octubre de 1684, en el número de noviembre intervino en una con-

troversia, precisamente para aclarar por enésima vez algunos temas favoritos de la época. Malebranche, en París, había publicado en 1680 su obra sobre las doctrinas de la naturaleza y de la gracia. El jansenista Arnauld, desterrado en Bélgica, replicaba con un opúsculo en el que establecía la distinción entre lo que él llamaba «ideas verdaderas y falsas», censurando las ideas falsas de Malebranche sobre Descartes. Leibniz, desde Hannover, enviaba sus colaboraciones a Leipzig y a Rotterdam. Valiéndose de intermediarios, escribía particularmente a Arnauld y a Malebranche. Proponía un sistema metafísico propio. Afirmaba la absoluta perfección de la obra del Creador, y una armonía preestablecida en todas las cosas. Los milagros podían ser considerados como hechos acordes con el orden general del universo. Había «causas finales». Había una gracia libremente concedida al hombre, que ascendía a la Ciudad de Dios para gozar de la inmortalidad. Los antiguos teólogos escolásticos tenían razón frecuentemente. La claridad de las ideas no era una garantía de su verdad, y la matemática o la física del gran Descartes estaban erizadas de errores, de igual modo que Arnauld no tenía razón acerca de la gracia. En realidad, se planteaban casi todos los puntos cuya discusión interesaba a las personas pensantes que contaban con un acervo suficiente de cultura contemporánea. El número de artículos en los principales periódicos europeos, entre 1680 y 1690, en torno a esta sola controversia, es sencillamente asombroso. Resumen el clima intelectual del decenio.

En el fondo, un concepto seguía causando graves preocupaciones: la unidad cristiana. Poco antes de que los turcos se plantasen a las puertas de Viena, en 1683, y de que las tropas sajonas protestantes se uniesen con las bávaras y con las polacas para defenderla, se reunió en Hannover una conferencia de representantes católicos y protestantes. Esperaban definir los términos en los que sería posible una unión eclesiástica. Era, en parte, una asamblea de idealistas

como Leibniz, y no vieron tan claramente como podemos verlo nosotros que las principales tendencias de la historia reciente estaban contra ellos, a pesar de la crisis del momento. Anteriormente, había habido gobernantes alemanes católicos, conciliadores por temperamento, que recibían con los brazos abiertos la discusión de los impedimentos doctrinales para la unión. Había habido una escuela de teólogos luteranos, que subrayaban con especial interés que ellos compartían con los católicos ciertas creencias fundamentales. Había habido el prometedor ejemplo de las iglesias calvinistas toleradas en la católica Francia. Pero, aunque el desafío de Luis XIV a Inocencio XI parecía aflojar las amarras romanas de la Iglesia galicana, el éxito de su política antiprotestante eclipsó gradualmente su galicanismo y ensombreció toda la escena europea para los aspirantes a conciliadores. En todo caso, el dilema fundamental entre una reunión de la totalidad con Roma y una unión de compromiso de una parte de la totalidad no tenía posibilidad alguna de ser resuelto. La conferencia de Hannover se disolvió. Las victorias del emperador Leopoldo en Hungría fortalecieron un progreso de los católicos militantes en el Sureste. La influencia protestante seguía decayendo en Polonia. La ascensión al trono de un gobernante católico en Inglaterra, el primero desde 1553, sembraba la alarma desde otro punto de vista, y el Edicto de Fontainebleau asestaba el golpe más duro a un cortés, pero débil, movimiento ecuménico. Los católicos, tanto dentro como fuera de Francia, no podían condenar y no condenaron la revocación. La tendencia anticatólica de la opinión protestante se hacía en todas partes más violenta. Era un punto medio, y solo un punto medio, en la prolongada fase de intolerancia religiosa en Europa, que continuó hasta el siglo XVIII. Si no se admite el enorme peso de la Contrarreforma en su punto culminante –alcanzado en aquellos años, y no antes–, la Ilustración y después la Revolución son incomprensibles.

Había signos que indicaban un progreso, como el nuevo criticismo bíblico de Spinoza y del oratoriano Richard Simon, o el lento declinar de la creencia en brujas y demonios. Gobiernos, iglesias y pueblos recelosos eclipsaban aún, en casi todas partes, a los auténticos adelantados. Una persecución que se extendía, unas autocracias y unas oligarquías sin ilustración si se comparaban con las de un periodo posterior, y unas masas hundidas en la pobreza: todo esto continuó a lo largo de la época de Luis XIV. Su vitalidad y variedad maravillosas tienen que ser situadas dentro de este austero marco.

LOS JESUITAS Y LA MISIÓN CHINA

Las autoridades en Roma se sentían molestas, con frecuencia, por la aparente flexibilidad del padre De la Chaize, jesuita confesor de Luis, que ni siquiera parecía tratar de atenuar el galicanismo de su señor. Pero el confesor podría haber argüido que su carrera coincidía con el apogeo de la influencia jesuita en Francia. Sus colegios predominaban en la enseñanza secundaria, sus congregaciones filiales se difundían a través de la estructura social en muchas regiones, y su actividad pastoral era incesante. En ninguna parte era más perceptible esta ascendencia que en París, donde, gracias al propio De la Chaize, la más grande de todas las escuelas francesas gozaba del favor real: en 1682, el antiguo colegio jesuita, con nuevas dotes otorgadas por el rey, recibió el nombre de *Collège Louis-le-Grand,* un formidable conjunto de clases de humanidades y de facultades universitarias, de externos y medio pensionistas, de maestros e investigadores. Aunque el plan de estudios seguía siendo muy conservador, basado en la antigua combinación de gramática latina, lógica y textos clásicos, todos enseñados en latín[5] juntamente con el familiar espectáculo de representaciones teatrales periódicas y de concesión de premios, los jesuitas franceses eran progresistas, en ciertos aspectos. Co-

mo matemáticos y astrónomos –sobre todo, los que apuntaban sus telescopios desde el tejado del Colegio de París–, llamaban la atención de Colbert, no menos que la del padre De la Chaize, y tenían su puesto en los planes de ambos.

Colbert había descubierto que podía utilizar a los clérigos que fuesen matemáticos. Necesitaba profesores de hidrografía, y también capellanes navales. A partir de 1681, varios jesuitas fueron seleccionados para dar la necesaria instrucción técnica en diversos lugares, a la vez que supervisaban los nuevos seminarios de Toulon y de Brest. Otros planes semejantes tenían algo de fantásticos, pero, al fin, se integraron en lo que resultó una de las grandes aventuras imaginativas de aquella época.

En un lejano extremo del mundo, los jesuitas habían conservado su posición en Pekín, durante casi un siglo. Facilitaban a los emperadores chinos los expertos matemáticos necesarios para resolver los complejos problemas del calendario que determinaba la sucesión de las ceremonias oficiales chinas, y, en 1678, el jefe de aquella misión, el belga Ferdinand Verbiest, envió una renovada y urgente llamada a Europa, pidiendo un refuerzo de novicios. Aquella llamada se publicó, a la vez que un jesuita de China llegaba a Holanda, en octubre de 1683, en un barco procedente de Batavia. Venía provisto de un abundante material de propaganda, y comenzó a trasladarse de un país a otro, tratando de conseguir ayuda. Cuando llegó a París, los científicos del Observatorio vieron enseguida que aquella podría ser una oportunidad para que unos observadores adecuadamente entrenados y equipados examinasen con mayor precisión que antes la geografía del Este, reuniendo muestras y ejemplares que los investigadores europeos necesitaban en diversos campos. Colbert tomó un gran interés por aquellas sugerencias durante los últimos meses de su vida. Simultáneamente, un puñado de misioneros franceses, enviados

por la Sociedad de Misiones Extranjeras (véase *supra,* en el cap. VII, «Fouquet y Colbert»), habían continuado trabajando en Indochina. El rey de Siam, molesto por la hegemonía comercial holandesa en aquella región, había despachado embajadores a París en 1683. Ahora, De la Chaize continuaba donde lo había dejado Colbert. El trabajo de las misiones, el avance de la ciencia, el despliegue por doquier de la gloria de Luis XIV, la posibilidad de beneficios políticos o económicos a costa de los holandeses: todas estas ideas se entremezclaban en las discusiones de París y de Versalles en 1684. El padre Fontaney, matemático decano del Colegio de París, estaba profundamente implicado con De la Chaize. El plan de una misión de matemáticos en China, pasando por Siam, fue aceptado por Luis. Una nueva fase en las relaciones de Europa con el mundo extraeuropeo comenzaba a principios de 1685, cuando un grupo de misioneros, con el título de «matemáticos reales», abandonaba Francia, camino del Este. Otro grupo marchó a comienzos de 1687. El problema de cómo armonizar la doctrina cristiana con las palabras y los ritos chinos, la audaz conjetura de Leibniz y de otros pocos de que las ideas confucianas y las instituciones chinas encerraban un mensaje útil para el mundo occidental, en los siguientes quince años, despertaron una interesantísima atención. En la década de 1680, el público ilustrado de la Europa occidental tenía a la vislumbre de los nuevos mundos que ahora estaban más cerca, como se observa en las ediciones impresas de las cartas de Verbiest, o en los barnices de la porcelana china, antes de que los expertos de Dresde aprendiesen a imitarlos[6]. Pero acaso tales mensajes, procedentes del espacio exterior, tendrán siempre que competir, entonces como ahora, con una inteligencia más funesta y más amenazadora, que se encuentra, además, en nuestro mundo.

[1] Al propio tiempo, desde 1685, los intereses agrícolas sufrían considerablemente a causa de los bajos precios de los cereales y de las bajas rentas. Cfr. la situación en Francia, pp. 365 y ss.

[2] *Works of Sir William Temple* (ed. 1740), I, p. 181.

[3] Véase J. Delumeau, «Le commerce extérieur français an XVII[e] Siècle», en *XVII[e] Siècle,* 70-71 (1966), pp. 81-105.

[4] Cfr. S. Mours, *Essai sommaire de géographie du Protestantisme réformé française en XVII[e] siècle* (1966).

[5] En 1682, por una coincidencia, J.-B. de la Salle comenzó a impartir enseñanza a los pobres en las ciudades de Reims, Guise y Laon, sobre una base muy perfeccionada, gracias a su nueva congregación de maestros, que luego fue el difundido «Institut des frères des écoles chrétiennes». Él insistió en que el francés fuese el lenguaje de la enseñanza. Véase W. J. Battersby, *De la Salle* (Londres, 1949).

[6] Rigurosamente hablando, la influencia china en las vajillas hechas en Delft, en Ruán y en otros sitios fue muy perceptible desde 1650 en adelante; pero, en 1682, comenzaba una nueva era en la historia de la porcelana china, con el nombramiento de un director extremadamente inteligente para la fábrica imperial, en la provincia de Fukien. Los nuevos estilos y formas de trabajo de China hicieron sentir luego su influencia, gradualmente, en Europa. Cfr. W. B. Honey, *European Ceramic Art* (ed. 1963), pp. 32, 36.

XII. EPÍLOGO: EL ENGRANAJE DE 1688

LA ESTRUCTURA INTERNACIONAL (1685-1687)

En 1685 nadie dudaba de la clara ascendencia del gobierno de Luis XIV en Occidente. Sus recientes victorias eran causa y consecuencia de ella, y el equilibrio de poder se había inclinado, evidentemente, en favor suyo. Pero la complejidad de las condiciones políticas era de tal género, que la restauración de un equilibrio más equitativo, temida por los franceses y deseada por sus adversarios, dependía de cuatro grandes cuestiones. Cada una de ellas era un asunto regional. Y cada una de ellas tenía amplias y lejanas implicaciones. La primera consistía en la nueva dominación francesa, asegurada en 1678 y mejorada en 1684, sobre la zona comprendida entre la antigua Francia y el Rin: ¿podía considerarse permanente? La segunda era la guerra turca: ¿cuánto duraría? La tercera consistía en la nueva monarquía católica, pero sin un heredero católico, en Inglaterra, Escocia e Irlanda: ¿cuánto viviría Jacobo II, y destruiría la institución anglicana antes de morir? La cuarta era una intensa lucha por el poder en la Alemania septentrional: ¿compensarían los daneses sus recientes pérdidas mediante un avance en Alemania, y cómo actuaría su impaciencia sobre Brandemburgo, sobre Suecia y sobre los príncipes de Brunswick? Hechos imprevistos, como la muerte de Luis, de Carlos o de Leopoldo, podrían, naturalmente, desviar la atención hacia otras áreas. Exceptuando esos accidentes, todos los políticos con una cierta amplitud de visión comprendían que el futuro dependía, principalmente, de la interrelación de aquellos cuatro grupos de preguntas. Sabían que sería peligroso descuidar cualquiera de ellos.

Aunque el enviado francés en Adrianópolis nunca prestó mucha atención al ejército otomano, e informaba a su país

en consecuencia, sus jefes creían que los turcos eran suficientemente fuertes para comprometer a la Santa Alianza. Aun cuando los turcos retrocediesen, era posible todavía imaginar a los aliados como absorbidos en su avance hasta los principados rumanos o hasta los Balcanes. Mientras aquello continuase, la frontera del Rin, desde Maguncia hasta Basilea, permanecería expuesta a un devastador ataque francés, y, por lo tanto, a la amenaza de tal ataque. Si los holandeses se mantenían al margen porque no consideraban el destino de Estrasburgo como uno de sus intereses vitales o porque temían a Jacobo II; si los hombres de los mayores estados alemanes septentrionales se alquilaban para su empleo en las guerras turcas, o si se neutralizaban a causa de una crisis continua en el bajo Elba; si las amenazas y las seguridades francesas se conjugaban con suficiente habilidad, llegaría el día en que el imperio y el emperador Habsburgo, de grado o por fuerza, convertirían la Tregua de 1684 en un acuerdo final, enalteciendo, una vez más, el prestigio de Luis, y acrecentando, al propio tiempo, su poderío. Hay pocas dudas de que, al menos para Louvois, esta política de presión sin guerra dependía de la continuación de la guerra en el Este. Temía a una tregua o a un tratado entre el sultán y el emperador, como la peor desgracia imaginable para Francia, pero ya tuvo dificultades para aconsejar a Luis cuando la campaña de Hungría se inclinó a favor de Leopoldo. La caída de Buda en 1686, la destrucción del ejército de batalla otomano en 1687, y la ocupación de Belgrado en 1688, como podemos ver retrospectivamente, fueron otros tantos golpes asestados contra la base de la nueva política exterior francesa. Antes, Luis podía permitirse esperar y vigilar, mientras intensificaban la presión sobre Alemania, especialmente durante el periodo anual en que las fuerzas de los Habsburgo estaban seguramente comprometidas en Hungría. Ahora, el tiempo pasaba cada vez más de prisa. Llegaban informes de que los regimientos austríacos

estaban haciéndose más eficaces, o de que los turcos pretendían negociar seriamente. Los ministros franceses creían, acertadamente, que sus adversarios de Alemania y de Austria no deseaban la prolongación de los acuerdos de 1679 y 1684; vencedores en Hungría, se mostrarían reacios a aceptar el sacrificio permanente de Lorena, Alsacia, Estrasburgo, Breisgau, o, posiblemente, incluso Luxemburgo. La crisis de 1688 en el Oeste puede parecer curiosamente aplazada, pero dependió, más que ninguna otra cosa, de la cronología de la guerra turca.

Un año después del acuerdo de 1684, el elector palatino moría sin hijos, y Felipe Guillermo de Cleve-Jülich (y de Neuburg, sobre el Danubio) heredaba su título y sus territorios; era suegro de Leopoldo. Por medio de la duquesa de Orleáns, que tenía ciertos derechos a aquella herencia, el gobierno francés se enfrentaba con el nuevo gobernante y pretendía que, al menos, se debía a la duquesa una compensación. Esto significaba que, a las ciudades y señoríos «reunidos» de Alemania ya ocupados por Francia, se añadía ahora una nueva categoría de propiedades en disputa, en el territorio norte de Alsacia. Se trataba de la posibilidad de una ulterior expansión francesa en Alemania, y de una nueva prenda de chantaje que habría que comprar a un precio todavía no fijado. La pretensión de los Orleáns era una maquinación un tanto especiosa, pero dio a Luis un saldo favorable, que causó gran alarma. Era un instrumento más en la guerra para corroer los nervios. Luis también decidió implicar al papa Inocencio, invitándole a resolver la disputa. Aquello era una opción al apoyo papal, sin ceder en los puntos sobre los que ya diferían París y Roma. El resultado fue que, desde diciembre de 1685 en adelante, la «herencia Orleáns» en el Palatinado fue un elemento de litigio, desagradablemente técnico, manipulado en Roma, con una correspondencia de ida y vuelta entre la corte romana y París, entre Heidelberg y Viena. Una sola cosa pare-

ce clara: el gobierno francés se contentaba con dejar que el asunto se cociese en su propia salsa y con disparar sin ponerse al alcance de una colisión directa con Felipe Guillermo hasta 1688. Era una cuestión secundaria dentro de la batalla principal.

Otro problema pasó a primer término en 1686. La Liga de Augsburgo, formada por el emperador, Baviera, España –representando al antiguo Círculo Borgoñón del imperio–, Suecia y otros Estados y Círculos alemanes, estaba destinada a proteger los acuerdos de 1678-1679 y 1684. Pero, cuando los políticos holandeses y alemanes más prudentes procedieron a examinar las cláusulas de este tratado, descubrieron que la mayoría de las tropas reclutadas para defender el imperio estaban, realmente, luchando en Hungría. El resto eran fuerzas que existían sobre el papel, pero nada más. Muchas potencias se negaron a unirse a tan inútil coalición. Francia, de todos modos, protestaba ruidosamente, y replicaba proyectando nuevas cabezas de puente sobre el Rin; en 1687, el programa de construcciones de Vauban se amplió todavía más. Louvois y sus subordinados no estaban respondiendo a una amenaza planteada por la alianza de Augsburgo. En lo que pensaban era en la lucha por la supremacía en Alemania, con la que tendrían que enfrentarse cuando los turcos dejasen de guerrear. Querían una supremacía militar con tan evidentes fuerzas de defensa y de ataque que al enemigo no le quedase más elección razonable que la de aceptar la situación permanentemente.

En julio de 1686, Cristián de Dinamarca atacó a Hamburgo. Durante los meses siguientes, el elector de Brandemburgo prestó toda su atención a aquel problema. Los franceses se regocijaron, y con idéntico regocijo recibieron la noticia del nuevo conflicto del elector con Viena, a causa de los malos tratos que, al parecer, sufrían las tropas de Brandemburgo que se hallaban de servicio en Hungría. En

1687, los daneses amenazaban de nuevo a Hamburgo, mientras ciertos conflictos familiares contribuían a paralizar la corte de Berlín. En realidad, Luis podía contar con la renuncia de Federico Guillermo para movilizar contra Francia. En Hannover, otras negociaciones estaban uniendo los intereses franceses al duque Ernesto Augusto, que ahora volvía a su casa después de una última y esplendorosa temporada de francachelas en Venecia. A finales de 1687, los consejeros de Luis creían que el ascendiente diplomático de Francia en el norte de Alemania estaba seguro, más seguro que doce meses antes.

Tenían razón en cuanto al pasado, pero se equivocaron respecto al futuro. El viejo elector estaba muriendo, y su hijo Federico sería una presa mucho más fácil para los consejeros antifranceses de Berlín y para los intereses antifranceses de Europa. Era un estadista menos astuto y hábil que Federico Guillermo, cuya muerte, en 1688, cerraba toda una fase de la historia diplomática europea. Una segunda desgracia para Luis, en aquel momento, era la debilidad de los daneses. Hamburgo era la Estrasburgo de Cristián V y una presa mucho mayor, pero no pudo tomarla, a pesar de sus repetidos esfuerzos, y siempre retrocedió cuando Brandemburgo, los gobernantes Brunswick y Suecia se unían lo suficiente para amenazar a Dinamarca con un contragolpe. En 1686 y 1687, Cristián consideró bastante peligroso atraer toda la vigilancia de las potencias vecinas. En 1688, estas habían comenzado a tomarle la medida. Con el apoyo diplomático holandés, se sentían más seguros de que podrían contenerle. Si lo conseguían, estarían en mejores condiciones para atender a la defensa de la Renania.

La prudencia de los holandeses, al principio, fue comparable con la de ellos. La resonante derrota política de Guillermo de Orange, en 1684, marcó una época en su propia carrera y en la evolución de las Provincias Unidas. Tomó

medidas extremas para el mantenimiento de la audaz política de prestar ayuda armada a los Países Bajos españoles, tras la invasión de estos por el ejército de Luis XIV en 1683. Los críticos compatriotas de Guillermo, por su parte, casi rompieron la unión de las provincias, con el fin de impedírselo. Es muy posible que el juicio de ellos acerca de la cuestión militar fuese más correcto que el de Guillermo, pero el embajador francés, momentáneamente, ejercía tanta influencia en La Haya y en Ámsterdam como cualquier embajador francés hubiera podido ejercer nunca en Varsovia, Ratisbona, Londres o Madrid. Aquel era el más violento trastorno en el marco de los asuntos internos holandeses, desde 1672. Después, ambos bandos retrocedieron, de modo que en Europa no tardó en surgir una importante novedad, que era la relativa armonía de los holandeses, con notables efectos secundarios sobre la frialdad de Guillermo cuando se le sugerían posibles alianzas, y sobre la declinante influencia política de la municipalidad de Ámsterdam. Especialmente, el primer ministro Fagel y el príncipe creían que un tratado austríaco con los turcos era un requisito previo y esencial para toda discusión útil acerca de una nueva coalición antifrancesa. Permanecieron indiferentes ante la alianza de Augsburgo. También se oponían, por considerarla indebida, a toda especial atención prestada a la defensa de los intereses protestantes, tema que se agitaba a su alrededor en 1685 y también después. La mitad del potencial para cualquier futura resistencia frente a Francia tendría que proceder de los príncipes católicos, y el espinoso celo católico del embajador de Leopoldo en La Haya les advertía de que no batiesen el tambor protestante demasiado ruidosamente. Sobre todo, tenían entre manos el problema de cómo tratar a Jacobo II mientras esperaban su muerte; y, durante aquel periodo de espera, lo más aconsejable parecía reducir a un mínimo las complicaciones. Su posición no cambió hasta finales de 1687, cuando por primera

vez pensaron seriamente en una nueva política respecto a Inglaterra, mientras las abrumadoras victorias austríacas en Hungría parecían hacer más posible un tratado con los turcos. Un acuerdo con Leopoldo era ahora más valioso e importaba más. En mayo de 1688, se trasladó a Viena un enviado que comenzó a tratar de convencer a la corte de los Habsburgo de que Jacobo II se había comprometido con los intereses franceses en Europa, en contra de los deseos de la mayoría de los católicos ingleses, y de que la política de Guillermo respecto a Inglaterra no perjudicaba ni perjudicaría a los intereses católicos. También ofreció el pleno apoyo holandés a las pretensiones austríacas en relación con la totalidad de la herencia española, a la vez que apremiaba en favor de la paz con los turcos y del trato benévolo de los protestantes húngaros. Las discusiones fueron tentativas e intrincadas, pero sirvieron como preliminar para un nuevo acuerdo entre Austria y Holanda.

Entre tanto, en Inglaterra la idea de resistencia estaba desacreditada. La esperanza de una sucesión protestante en el futuro próximo animaba a los moderados a aguardar, mientras Jacobo, tan apresuradamente como su audacia le permitía, cambiaba el sistema institucional. Muchos de los hombres nuevos eran católicos; Sunderland, Jeffries y Godolphin no lo eran, pero aceptaban de buen grado unos cambios que les otorgaban mayores poderes. La renovación alcanzó una nueva fase cuando sir Edward Petre, de la Compañía de Jesús, se incorporó al Consejo, en noviembre de 1687. Era un acontecimiento extraordinario que, de todos los países, fuese en Inglaterra donde un jesuita podía alcanzar una posición política formal, negada a De la Chaize en Versalles o (a partir de 1691) al padre Menegatti en Viena. Pero no era más extraño que la prolongada amistad de Jacobo con el cuáquero William Penn. Las excentricidades del rey permiten sentir ciertas dudas antes de asociarle demasiado terminantemente con la progresiva marcha de los

intereses católicos en Europa, o con la tendencia al absolutismo del modelo francés. Desde luego, muchos buenos protestantes comparaban las Declaraciones de Indulgencia con el Edicto de Fontainebleau: unas y otro hacían caso omiso de las leyes de un país, en nombre de una prerrogativa personal. Consideraban el ejército permanente de Jacobo como un nuevo instrumento de gobierno, semejante al de Louvois, preparado para imponer la recaudación de impuestos o para intimidar a los protestantes. Creían que el Parlamento actuaba como los Estados y Parlamentos europeos. En realidad, tales evoluciones eran posibles, y los últimos veinticinco años habían demostrado que la corte atraía a ingleses de casi todos los colores, dispuestos a servirla. Clifford, Arlington, Jeffries, Sunderland y el soldado John Churchill: todos se habrían superado, gustosamente, en un régimen menos atado a las formas constitucionales que la monarquía de los Estuardo de 1660-1685. Pero Jacobo no era un capitán suficientemente hábil para aquel barco, ni para aquella tripulación. Se preocupó, demasiado estrechamente, de su imagen personal como gobernante católico, para ver que existían cuestiones más complejas.

Lo que sobre todo deseaba lo consiguió: un ambiente católico en la corte, una capilla católica, un nuncio católico, representación diplomática en la Santa Sede, escuelas y conventos de frailes católicos en Londres y las universidades. No llegó a comprender que aquella obsesión por las superfluidades eclesiásticas le dificultó en mayor medida la consecución y el mantenimiento de lo que, probablemente, estaba al alcance de su mano, dada la frustración política de los últimos años en Inglaterra: un gobierno más fuerte y un papel más reducido del Parlamento. El robustecimiento del ejecutivo, la renovación de las corporaciones municipales y de la administración local, y un deliberado intento de preparar la base para la elección de miembros del Parlamento sumisos eran políticas que tenían una posibilidad de éxito si

se llevaban a cabo sin excesivo aparato; pero Jacobo no tenía sagacidad para una adecuada maniobra y tampoco la compensaba con un conocimiento de los problemas internacionales. No podía comprender que Inglaterra pertenecía a Europa, tanto como a la Iglesia católica. Siendo el más insular de los gobernantes, convirtió a Inglaterra en una isla expuesta a la invasión, cuando normalmente estaba protegida por alianzas basadas en el equilibrio de poder europeo. El problema no era ideológico. Las cortes de Viena y de Madrid recurrían insistentemente a Jacobo. El papa nunca dejó de disputar con Luis XIV. Guillermo de Orange comprendía tan claramente como cualquiera la oportunidad de una combinación de potencias antifrancesas, que incluyese los intereses católicos y los protestantes. Pero Jacobo no acertó a sustituir con este posible alineamiento una aproximación formal a Luis. No hizo proposiciones de ninguna clase a Francia, y, excepto en una cuestión de pago al contado en 1685, obtuvo poco o nada a cambio. La total falta de peso del gobierno inglés en los asuntos continentales contribuyó a mantener la paz durante varios años, después de la ascensión al trono de Jacobo, porque aquella falta debilitaba las oportunidades de construir una nueva coalición contra Francia. También dejó a Inglaterra expuesta a la invasión holandesa, y contribuyó a la orientación de la política francesa. Los ministros, en París, se convencieron, tal vez demasiado fácilmente, de que el aislamiento inglés les convenía mientras trataban de resolver su problema fundamental: las relaciones de Francia y Alemania.

EL AÑO 1688

Hacia finales de 1687, comenzaron a perfilarse los contornos de una nueva crisis europea. Al principio no estaban muy claros, y los mejor informados solo veían partes de la totalidad del cuadro. Como antes, la fuerza o la amenaza de las armas parecía lo más importante, en Hungría entre Bu-

da y Belgrado, en la Renania entre Maguncia y Basilea, y en Holstein entre Hamburgo y Kiel. Como antes, los estadistas luchaban a brazo partido con el problema de fijar las prioridades entre aquellas regiones separadas por grandes distancias, y esto se traducía en la lucha normal de los individuos o de las facciones por el poder político en cada una de las cortes. A pesar de otras incertidumbres, había un punto que parecía indiscutible. El antiguo imperio otomano, al norte de una línea no muy lejana de Belgrado, Danubio arriba, semejaba haberse desvanecido para siempre. Había sido sustituido por lo que nadie imaginaba cinco años antes: un extenso dominio de los Habsburgo al este de Viena, sin que el emperador Leopoldo se viese obligado ya, como en 1684, a ceder ante las amenazas francesas en Alemania. Luis XIV había esperado, incluso después de la caída de Ruda en 1686, una posible recuperación turca. Tras algunas vacilaciones, decidió esperar también en la primavera de 1687. Ahora se veía obligado a contar con una rápida pacificación en el sureste de Europa, y, por consiguiente, con una oposición más fuerte a su propia situación. Según Louvois, las defensas francesas perfeccionadas estaban casi completas, pero el futuro de la Tregua de los Veinte Años se hallaba en peligro.

Durante el invierno de 1687-1688, el elector Max Enrique de Colonia, débil y desfalleciente, empezó a pensar en el futuro de su arzobispado, y persuadió a su capítulo de que eligiese al decidido francófilo Guillermo Egon von Fürstenberg como «coadjutor» suyo; si el papa lo confirmaba, Fürstenberg tenía una probabilidad sumamente clara de llegar a ser el próximo elector de Colonia, y de suceder a Max Enrique en Lieja, en Münster y en Hildesheim. Aquella fue una útil victoria diplomática francesa. Fue una contrariedad para las cortes de Viena y Múnich, cuyos enviados habían argüido en vano con los canónigos de Colonia, así como en favor de los holandeses. Tras unas pocas semanas,

la excitación decayó, porque no era probable ningún cambio importante en aquel punto sensible, mientras Max Enrique viviese, pero las consecuencias indirectas eran considerables. Las negociaciones sobre el futuro de Colonia unieron a los Estados que, por una razón u otra, tenían algún interés en aquella parte de la Renania. Implicaron al papa, e Inocencio, en su momento, se negó a confirmar la elección de Fürstenberg como coadjutor. Colonia también influía en el pensamiento de la corte de Londres. Un elemento muy destacado en los asuntos internacionales, en 1688, fue la suposición de Sunderland de que la inquietud en la baja Renania maniataría automáticamente a los holandeses y les disuadiría de intentar nada en otra parte. Tras varios meses de cerrada discusión durante el verano de 1688, Guillermo y su consejero Bentinck se mostraron mucho más comprensivos, respecto a aquel problema crítico, que Jacobo y Sunderland. Se dieron cuenta de que la defensa de Fürstenberg por parte de Luis hacía para ellos más fácil la unión de los príncipes alemanes, a la vez que el preponderante interés de Luis por las discutidas tierras de más al Sur reducía las posibilidades de una campaña francesa contra las Provincias Unidas según el patrón de 1672.

Durante el otoño de 1687, además, la reina consorte del rey de Inglaterra estaba encinta, por primera vez en cinco años. Para Guillermo, aquella amenaza a la que, de otro modo, sería una cierta prioridad de su mujer a la sucesión[1] venía a sumarse a los planes de Jacobo, de los que él había tenido noticia, encaminados a llevar a Westminster una dócil Cámara de los Comunes. Era la peor noticia posible, y le impulsó a adoptar la determinación de intervenir en Inglaterra, si era necesario. Antes, había desaprobado el principio de las leyes de exclusión; ahora estaba apunto de aceptarlas, y de escuchar con verdadera atención a los que conspiraban contra Jacobo, a quienes en otro tiempo había rechazado. Jacobo, por su parte, no acertó a comprender

que necesitaba una prudente política de seguridad en el exterior, si pretendía implantar medidas de largo alcance en el interior. Tendría que halagar a los holandeses, tratar de romper la frágil armonía de sus ciudades, Estados, Estados Generales y Gobernador. En lugar de eso, les alarmó. Se negó a comprometerse en las cuestiones que enfrentaban a las compañías de las Indias Orientales rivales. No colaboró en la acción de policía marítima contra los piratas argelinos. Había planteado ya la difícil cuestión de los regimientos ingleses y escoceses en el ejército holandés, una institución establecida desde hacía mucho tiempo y que era de común interés para los tres países. Tras una erosiva correspondencia con Guillermo, hizo volver las tropas a Inglaterra, lo que fue considerado como un avieso intento de debilitar las defensas de Holanda. Se discutió también una nueva alianza anglo-francesa: mediante aquella táctica, Colbert de Croissy consiguió lo que deseaba: un máximo de fricción entre Londres y La Haya, sin que Francia adquiriese ningún compromiso importante con Jacobo. Los rumores se difundieron, y los círculos políticos holandeses se alarmaron. En cierta medida, Guillermo compartía aquellos temores, y aprovechó la oportunidad para conseguir los generosos votos de las provincias en favor de un pesado programa de gastos navales y militares. Jacobo ganó mucho menos, pero estaba poco preocupado, aunque amplió notablemente su flota para equipararse con el antiguo rival nacional en el mar. No se dio cuenta de que sus ambiciosos planes para el interior estaban provocando otros planes, todavía más audaces, pero mucho más cuidadosamente preparados.

Guillermo dijo con toda firmeza a los descontentos ingleses que él no «intervendría», a menos que fuese «invitado» a hacerlo por hombres relevantes del país. De todos modos, los gobernantes holandeses se preocupaban por anticiparse a cualquier repetición de lo que había ocurrido en 1672. Si podían asegurar sus fronteras terrestres y conseguir sufi-

ciente apoyo en Inglaterra, querían ser ellos quienes diesen el primer golpe, con el fin de anular la política de los Estuardo en el interior y en el exterior, antes de que fuese demasiado tarde. Querían asestar un golpe lo más eficaz posible, porque podría ser bien recibido por los ingleses, como una acción liberadora. Querían adelantarse a cualquier movimiento radical, tan hostil a María y a los holandeses como a Jacobo, que pretendiese implantar una nueva república. Instigando una conspiración y aplastando otra, invadiendo el país y rescatándolo, refrenando a Jacobo o suplantándole, continuando a la espera de la muerte de Jacobo o sin esperar ya más: Guillermo, entre mayo y julio de 1688, debe de haber sopesado incesantemente aquellas peligrosas alternativas. El curso de los acontecimientos, en el que él influía, pero que no podía controlar, le señaló entonces su línea de acción. Jacobo, ignorante del peligro, confiaba en una extraordinaria relación de éxitos pasados: los heridos espectros de Monmouth y de Argyll, la lealtad de sus súbditos y de los miembros de su propia familia, su escuadra y el gran ejército permanente: todos le defendían. Luego comprobaría que estaba equivocado absolutamente. No llegó a reconocer la gran capacidad administrativa de los holandeses para preparar, ocultar y montar una fuerza expedicionaria de tropas y de barcos. Tuvo muy escasa noticia de la vehemencia ideológica que cobraba más vigor cada vez en la personal ambición de su adversario. En 1688, el protestantismo de Guillermo corroboraba su pretensión dinástica, de igual modo que execraba el reciente aniquilamiento de las iglesias calvinistas en su antiguo patrimonio de Orange, en Francia. Su odio al rey francés había derivado convenientemente, pero con pasión, en una creencia en la superioridad de una autoridad principesca que aceptaba una organización constitucional, y decidió ver a Jacobo, que no había estado en Francia desde hacía treinta años, y que rara vez atendía a los deseos de Luis XIV, como el reflejo de la in-

fluencia francesa y de los métodos franceses en la gobernación de Inglaterra.

En aquel momento, una cuestión particular de la política de Jacobo tuvo funestos resultados. Una orden de que su Declaración de Indulgencia para Católicos y Disidentes fuese leída en todas las iglesias incitó a siete obispos leales y conservadores a dirigir al rey un memorial de protesta; algunos amigos, de temperamento más radical, imprimieron inmediatamente el memorial, que se convirtió en seguida en un manifiesto público. Jacobo aceptó el desafío. Los obispos fueron encerrados en la torre. Dos días después, nacía el hijo y heredero de Jacobo; en medio de una creciente agitación, comenzó el proceso de los encarcelados. El 30 de junio, un jurado, en Londres, pronunciaba su veredicto en favor de los obispos, y los enemigos del rey, al fin, enviaban una embajada a Guillermo, rogándole que interviniese en Inglaterra. Pero, mientras Guillermo había estado esperando ansiosamente el compromiso en firme de la oposición, otras noticias habían llegado hasta él. El elector Federico Guillermo había muerto en Berlín, y el elector Max Enrique en Colonia. Solo habían pasado diez días desde que un tumulto de aplauso popular en la Cámara de Westminster subrayaba el revés de Jacobo en el asunto de los siete obispos, cuando la sala capitular de la catedral de Colonia se llenaba de canónigos, que se reunían para elegir a su nuevo arzobispo. El nacimiento de un príncipe Estuardo, las muertes de Max Enrique (que era un Wittelsbach) y del elector Hohenzollern, juntamente, abrían una nueva etapa de la lucha por la supremacía en la Europa occidental.

El coadjutor Fürstenberg presidía una corporación bombardeada por todas las influencias profrancesas y antifrancesas concebibles en Alemania. Aquella corporación era un perfecto modelo, a pequeña escala, de las estructuras aristocrática y política de la época[2]. En ella figuraban el propio

Fürstenberg, tres sobrinos y dos primos suyos, que constituían el núcleo de un partido que pretendía dar satisfacción a Francia y votar al coadjutor para el cargo. Se les oponían dos hijos del elector palatino, un príncipe de Baden que había empleado su vida en ser uno de los más destacados estadistas antifranceses del emperador, y un hijo del vicecanciller imperial en Viena. Recientemente, se habían multiplicado las promesas de ascenso a los canónigos de procedencia menos distinguida, pero un cierto número de ellos se volvía ahora contra Fürstenberg. Estimulados por los cantos de sirena de Múnich, Heidelberg y Viena, se mantuvieron firmes en aquella reunión decisiva; y el resultado fue que el candidato francés obtuvo trece votos, un candidato Wittelsbach nueve, y otros dos uno cada uno. Fürstenberg declaró que su mayoría era suficiente. Los demás declararon que los obstáculos técnicos que habían impedido al papa confirmar su nombramiento como coadjutor, seis meses antes, significaban que le era necesaria una mayoría de dos tercios. Sostenían que el candidato Wittelsbach, hermano del elector de Baviera –contra el cual no se formulaban aquellas objeciones–, solo necesitaba un tercio de los votos más uno, y los tenía. En realidad, era una doble elección, que produjo un punto muerto, durante el cual los argumentos legales dieron paso a la presión militar. Si Fürstenberg hubiera alcanzado una victoria absoluta en la elección (como había hecho seis meses antes), no habría necesitado llamar a las tropas francesas para que entrasen en los territorios de Colonia. Habría existido un poco menos de ansiedad en la Alemania septentrional acerca del futuro de los territorios de la Renania que rodeaban la sede de Colonia, y que pertenecían a Brandemburgo y al elector palatino. Luis XIV no habría visto su influencia en el gobierno del arzobispado amenazada de extinción, ni habría tenido un nuevo agravio contra el elector palatino por alentar la oposición a Fürstenberg. Sus consejeros podrían haber prestado más aten-

ción a lo que estaba ocurriendo en Inglaterra. Tal como ocurrió, la Renania absorbía la atención de todas las potencias; finalmente, Guillermo consideró que la situación allí estaba suficientemente salvaguardada por sus nuevos aliados, para permitir que él se arriesgase al audaz ataque contra Jacobo II. Una misión diplomática de Bentinck había desembocado en todo un conjunto de acuerdos, mediante los cuales los diferentes príncipes alemanes alquilaban unos 13.000 hombres a los holandeses. Desde luego, no todos llegaban a Holanda, pero, sobre el papel, eran una restitución por una fuerza expedicionaria del mismo número, destinada a Inglaterra. Otros soldados alemanes reforzaban la guarnición municipal de la ciudad de Colonia, a finales de septiembre.

Un mes antes, Luis, Louvois y Colbert de Croiss se habían decidido ya. Observaron las inesperadas consecuencias de la muerte de Max Enrique, y las unieron a las inesperadas consecuencias de los triunfos de Leopoldo en Hungría, por lo que decidieron poner fin a los desaguisados. La tregua de 1684 y el futuro de Estrasburgo, las pretensiones de los Orleáns sobre el Palatinado, el desafío a su hombre, Fürstenberg, respecto a Colonia: se dispusieron a resolver todos aquellos problemas, reuniéndolos en una sola empresa. Francia y las Provincias Unidas estaban ahora desplazándose en sentidos opuestos, a lo largo de unas líneas toscamente paralelas. Ninguna de las dos potencias intentaba encontrarse con la otra. Los dos gobiernos comprendían, por diferentes razones, que no había tiempo que perder. Luis fue el primero en manifestar sus intenciones, y esto permitió a Guillermo manifestar las suyas. En septiembre, los ejércitos franceses ocupaban casi toda la Renania. Se publicó una clara exposición de las condiciones de Luis acerca de cada uno de los puntos en disputa, con un tiempo límite (1 de enero de 1689) asignado a la oferta. En noviembre, el ejército de Guillermo dominaba a Inglaterra. El ejército del

emperador había tomado ya Belgrado, y los enviados otomanos habían llegado a Viena para discutir la paz. Por el más estrecho de los márgenes, el rey de Dinamarca fue nuevamente persuadido de que no comenzase la lucha en el país, al este de Hamburgo. Por otro margen estrecho, y con sus habituales vacilaciones, Leopoldo iba inclinándose hacia el punto de vista de que ofreciese su apoyo y amistad al protestante Guillermo, y no al católico Jacobo. Las tropas que anteriormente se encontraban en Hungría volvieron a Alemania, donde estaban reclutándose más tropas para expulsar a los franceses. Después, el elector de Baviera se sentiría tentado por las ofertas de dominación en los Países Bajos españoles, y el duque de Piamonte Saboya se apartaría, afortunadamente, de Francia, pero los perfiles de una nueva alianza de potencias contra Luis XIV estaban ya trazados por sus formidables enemigos. Con la situación dispuesta de aquel modo, otro periodo de guerra general se cernía sobre el Oeste.

Tal vez el marqués de Halifax tendría la última palabra: «Nuestros asuntos aquí –había escrito desde Inglaterra a Guillermo de Orange, en mayo de 1687– dependen tanto de lo que pueda hacerse en el extranjero, que nuestros proyectos, aunque nunca tan razonables, pueden cambiar según las noticias que recibamos en el próximo correo». El futuro demostraría que la inversa de esto –el efecto de las ideas, de los asuntos y de los valores ingleses sobre el continente– no fue menos importante durante los dos siglos siguientes; pero la verdad es que, tanto antes como después de 1688, los cambios de importancia aparentemente local o regional en áreas ampliamente dispersas se influían recíprocamente, produciendo complejos resultados. En esto radica la perenne fascinación de la historia *europea.*

[1] Para la sucesión inglesa, véanse las tablas dinásticas, número IV.

[2] M. Braubach, *Kurköln* (Münster, 1949), pp. 81-109.

BIBLIOGRAFÍA

He intentado exponer lo que sucedió en Europa durante un periodo de cuarenta años. Por lo general, los historiadores de hoy en día prefieren estudiar espacios de tiempo más largos, por ejemplo, 1500-1650, o 1648-1789; y lo que llamamos la «Alta Edad Moderna» suele abarcar *ca.*1500-*ca*.1800. Esto permite a los historiadores observar la gradual evolución de los cambios sociales, económicos, intelectuales o tecnológicos. Desde 1945 su trabajo ha sido extraordinariamente productivo y, en muchos países, ha dado lugar a un verdadero torrente de libros de historia. Uno tiene que elegir, preferir y omitir, para poder sobrevivir.

Para introducir mi libro en un marco más amplio pueden utilizarse diversos manuales: H. G. Koenigsberger, *Early modern Europe 1500-1789* (Londres, 1987), que es simple y claro; o el más complejo Companion Volume (XIII) de la *New Cambridge Modern History* (1979); P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe classique* (París, 1966), que contiene muchos diagramas e ilustraciones y se ocupa del periodo 1620-1760; y W. Doyle, *The Old European Order 1660-1800* (Oxford, 1978); así como G. Treasure, *The Making of modern Europe 1648-1780* (Londres, 1985); o R. J. Bonney, *The European Dynastic States 1494-1660* (Oxford, 1991). Siempre se puede encontrar algo en I. Wallerstein, *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-economy 1600-1750* (Nueva York, 1980). Otros libros presentan un marco más reducido: T. Munck, *Seventeenth Century Europe… 1598-1700* (Basingstoke, 1990); D. H. Pennington, *Seventeenth-century Europe* (Londres, 1970). A estos hay que añadir la venerable pero valiosa obra de G. N. Clark, *The Seventeenth Century* (Oxford, ed. 1945).

Al ocuparse de unos periodos de tiempo más largos, los historiadores han podido estudiar diversos temas que, a su vez, ayudan a comprender los años 1648-1688: por ejemplo, T. K. Rabb, *The Struggle for Stability in Early Modern Europe* (Oxford, 1975); *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe,* ed. R. Oresko (Cambridge, 1977); P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978); P. Musgrave, *The Early Modern European Economy* (Londres, 1999); B. P. Levack, *The Witch Hunt in Early Modern Europe* (Londres, 1987); W. Monter, *Ritual, Myth and Magic in Early Modern Europe* (Brighton, 1983); o A. Maczak, *Travel in Early Modern Europe* (Oxford, 1995).

Igualmente relevantes son las obras de J. U. Nef, *War and Human Progress* (Harvard, 1950), y B. M. Downing, *The Military Revolution and Political Change* (Princeton, 1992); *Absolutism in Seventeenth-century Europe,* ed. J. Miller (Londres, 1990); J. de Vries, *The Economy of Europe in an Age of Crises 1600-1750* (Cambridge, 1976); J. Adamson, *The Princely Courts of Europe, 1500-1750* (Londres, 1999); *European Jewry in the Age of Mercantilism 1550-1750,* ed. J. I. Israel (Londres, 1998); y *A History of Technology,* vol. III. (*ca.*1500-*ca.*1750), ed. C. Singer (Oxford, 1957). Si se busca un estudio general de las iglesias véanse W. R. Ward, *Christianity under the Ancien Regime* (Cambridge, 1999); *The Church in the Age of Absolutism and Enlightenment,* ed. H. Jedin y J. Dolan (Londres, 1981), junto con J. Delumeau, *Catholicism between Luther and Voltaire* (Londres, 1977); y R. S. Dunn, *The Age of Religious Wars 1559-1689* (Londres, 1970). Sobre las artes véanse, en primer lugar, H. Wolfflin, *Renaissance and Baroque* (ed. Londres, 1964); luego M. Kitson, *The Age of the Baroque* (Londres, 1966); V.-L. Tapié, *The Age of Grandeur* (Londres, 1960); los volúmenes correspondientes de la *Pelican History of Art* (Yale, 1998); y también *The New Oxford History of Music,* vols. V y VI

(1998). Respecto a las ciencias, véase el capítulo 8 de esta bibliografía.

Además de la investigación moderna, resulta gratificante observar la vieja Europa a través de los ojos de los viajeros contemporáneos: los Países Bajos, Francia e Italia se nos muestran de forma muy vívida en los primeros años del *Diary* de John Evelyn, ed. E. S. de Beer (Oxford, 1955) y ediciones anteriores; Rusia está descrita en *The Travels of Olearius,* ed. S. H. Baron (Stanford, 1979); y Alemania (si se consigue localizar el libro) en *Master Johan Deutz,* trad. B. Miall (Londres, 1923).

EL IMPERIO

La atracción que despierta la historia alemana de este periodo es en parte consecuencia de la complejidad de su panorama político. Tal vez merezca la pena consultar primero los estudios regionales: F. L. Carsten, *The origins of Prussia* (Oxford, 1947); G. Benecke, *Society and Politics in Germany 1500-1750* (Londres, 1974) sobre Lippe; J. A. Vann, *The Making of a state: Württemberg 1593-1793* (Cornell, 1984), o G. L. Soliday, *A Community in Conflict* (Brandeis, 1974) sobre Fráncfort; así como C. R. Friedrichs, *Urban Society in an Age of War: Nördlingen 1580-1720* (Londres, 1995). Luego se puede estudiar el panorama general: R. Vierhaus, *Germany in the Age of Absolutism* (Cambridge, 1988), puede compararse con: J. G. Gagliardo, *Germany under the Old Regime 1600-1790* (Londres, 1991); J. A. Vann y S. W. Rowan, *The Old Reich… 1495-1806* (Bruselas, 1974); y F. L. Carsten, *Princes and Parliaments in Germany* (Oxford, 1959). G. Menk, *Fiedrich von Waldeck 1620-1692* (Arolsen, 1992), es una breve y esclarecedora descripción del enredo político y de un importante estadista.

Sobre la Iglesia luterana se pueden consultar los primeros capítulos de N. Hope, *German and Scandinavian Protestantism 1700-1918* (Oxford, 1995), y también M. Fulbrook,

Piety and Politics in England, Württemberg and Prussia (Cambridge, 1983). P. H. Wilson, *German Armies… 1648-1806* (Londres, 1998), introduce otro tema crucial. Un libro más ligero, *The Letterbook of Sir George Etherege,* ed. S. Rosenfeld (Oxford, 1928), ofrece un retrato de la alta sociedad alemana de la década de 1680, vista por un inglés en Ratisbona.

EUROPA ORIENTAL (1648-1660)

Los asuntos de Ucrania están tratados en W. H. McNeil, *Europe's Steppe Frontier 1500-1800* (Chicago, 1964), F. G. Sysyn, *Between Poland and the Ukraine: The Dilemma of Adam Kysil 1600-1653* (Harvard, 1985), y en los dos últimos capítulos de I. Ševćenko, *Ukraine between East and West* (Edmonton, Alberta, 1996). W. E. D. Allen, *The Ukraine* (Cambridge, 1940), sigue siendo un libro valioso; también es útil la obra de N. L. Chirovsky, *An Introduction to Ukrainian History,* vol. II (Nueva York, 1984). *La Description d'Ukranie de Guillaume Le Vasseur de Beauplan*, ed. D. F. Essar y A. B. Pernal (Ottawa, 1990) –con mapas–, es un libro notable; se publicó por primera vez en Rouen 1657-1660.

Sobre Moscovia (y, de hecho, también sobre Ucrania), G. V. Vernadsky, *The Tsardom of Moscow 1547-1682,* partes 1 y 2 (New Haven, 1969), es un manual completo. El libro de P. Longworth *Alexis* (Londres, 1984) nos permite comprender mejor la personalidad y el poder de este zar. Las siguientes obras estudian en profundidad lo sucedido fuera del Kremlin: R. Hellie, *Enserfment and Military Change in Muscovy* (Chicago, 1971), R. O. Crummey, *Aristocrats and Servitors. The Boyar Elite in Russia 1613-1689* (Princeton, 1983), y J. M. Hittle, *The Service City* (Harvard, 1979). Los lectores no especializados pueden conocer mejor la capital del zar Alexei con el libro de A. Voyce *Moscow and the Roots of Russian Culture* (Newton Abbot, 1972), y tampoco

deberían pasar por alto la obra de J. H. Billington, *The Icon and the Axe: An interpretive History of Russian Culture* (Nueva York, 1970), que habla de este periodo.

El conjunto de historias que conforman la historia polaco-lituana se muestra en N. Davies, *God's Playground. A History of Poland,* vol. I (Oxford, 1981), pero R. I. Frost, *After the Deluge: Poland-Lithuania and the Second Northern War 1655-1660* (Cambridge, 1993), analiza esta crisis en mayor profundidad. En *A Republic of Nobles,* ed. J. K. Fedorowicz (Cambridge, 1982), y en *East-Central Europe in Transition,* ed. P. Burke (Cambridge-París, 1985), diversos colaboradores discuten asuntos de interés. Una fuente amena, que los historiadores deben utilizar con la debida cautela, son las *Memoirs of J. C. Z. G. Pasek* (Nueva York, 1978); existe otra traducción del libro con el título *Memoirs of the Polish Baroque,* ed. C. S. Leach (Berkeley, 1976).

La más sencilla introducción a lo sucedido en el imperio otomano es el libro de D. M. Vaughan *England and the Turk* (Liverpool, 1954). Los mejores estudios generales se encuentran en S. J. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey,* vol. I (Cambridge, 1976), y *A History of the Ottoman Empire to 1730,* ed. M. Cook (Cambridge, 1976). Para conocer los antecedentes es importante leer el libro de I. Metin Kunt *The Sultan's Servants: The Transformation of Ottoman Provincial Government, 1550-1650* (Nueva York, 1983). En K. M. Setton, *Venice, Austria and the Turks in the Seventeenth Century* (Filadelfia, 1991), se describe detalladamente la larga guerra con Venecia. Las estancias privadas del palacio de los sultanes otomanos pueden verse ahora gracias a L. P. Peirce, *The Imperial Harem* (Oxford, 1993). R. Mantran, *Istanbul dans la seconde moitié du 17e siècle* (París, 1962), es un estudio a gran escala de la ciudad, mientras que A. Pallis, *In the Days of the Janissaries* (Lon-

dres, 1951), basado en una fuente contemporánea, es una lectura especialmente amena.

Las provincias otomanas en Europa pueden estudiarse en: B. A. Cvetkova, *Les institutions ottomanes en Europe* (Wiesbaden 1978); P. F. Sugar, *Southeastern Europe under Ottoman Rule 1354-1804* (Seattle, 1977); A. E. Vacalopoulos, *The Greek nation 1453-1669* (Nueva Brunswick, 1976); D. P. Hupchick, *The Bulgarians in the Seventeenth Century* (Jefferson, Carolina del Norte, 1993); L. Hadrovics, *Le peuple serbe et son église sous la domination turque* (París, 1947) y B. McGowan, *Economic Life in Ottoman Europe* (Cambridge, 1981). Los principados fronterizos eran más distantes, sobre ellos véanse *A History of Romania,* ed. K. W. Treptow (Iai, 1996); L. Makkai, *Histoire de Transylvanie* (París, 1946); o S. Pascu, *A History of Transylvania* (Detroit, 1982); y también vale la pena buscar los ensayos de *Historians and the History of Transylvania,* ed. L. Peter (Boulder, 1992). A estos se puede añadir F. C. Carter, *Dubrovnik* (Londres, 1972).

FRANCIA Y LA FRONDA

Existen útiles estudios que abarcan un amplio periodo de la historia de Francia, como el libro de R. Briggs *Early Modern France 1550-1715* (Oxford, 1977) y el de J. B. Collins *The State in Early Modern France* (Cambridge, 1995). Para estudiar más directamente este medio siglo un buen punto de partida podría ser P. Goubert, *Louis XIV and Twenty Million Frenchmen* (Londres, 1978), combinado con los capítulos de R. Mousnier y G. Livet en el *New CMH,* vol. IV (1970), y con O. Ranum, *Paris in the Age of Absolutism* (Nueva York, 1970). Le Roy Ladurie, *The Ancien Regime 1610-1774* (Oxford, 1996) es más amplio y detallado; otros estudios generales son R. Mandrou, *Louis XIV en son temps 1661-1715* (París, 1973), E. Labrousse, *Histoire economique et sociale de la France,* vol. ii (París, 1970), así como el pa-

norama que ofrecen P. Goubert y D. Roche en su libro, bellamente ilustrado, *Les Français de l'ancien régime* (París, 1984). Si se buscan visiones a gran escala de una región, los estudios de E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc* (París, 1966), y W. Beik, *Absolutism and Society in Seventeenth Century France: State Power and Provincial Aristocracy in Languedoc* (Cambridge, 1985), son lecturas provechosas. También hay que mencionar un estudio regional anterior: R. Roupnel, *La Ville et la campagne du 17e siècle: étude sur les populations du pays Dijonnais* (ed. París, 1960).

Sobre la Fronda véase R. J. Bonney, *Political change in France… 1624-1661* (Oxford, 1978), y también O. Ranum, *The Fronde: A French Revolution 1648-1652* (Nueva York, 1993), y E. H. Kossmann, *La Fronde* (Leiden, 1964), G. Treasure, *Mazarin: The Crisis of Absolutism in France* (Londres, 1995), A. Lloyd Moote, *The Revolt of the Judges 1643-1652* (Princeton, 1971), y R. M. Golden, *The Godly Rebellion, Parisians, Curés and the Religious Fronde, 1652-1662* (Chapel Hill, 1981). Los acontecimientos sucedidos en Burdeos, y las conexiones entre esta ciudad y los radicales ingleses, están descritos en el capítulo final de H. N. Brailsford, *The Levellers and the English Revolution* (Londres, 1961); véase también S. A. Westrich, *The Ormée of Brodeaux* (Baltimore, 1972). Hay dos estudios modernos escritos por autores ingleses sobre De Retz, J. H. M. Salmon, *Cardinal de Retz. The Anatomy of a Conspirator* (Londres, 1969), y D. A. Watts, *Cardinal de Retz: The Ambiguities of a 17th century Mind* (Oxford, 1980). Véase también G. Dethan, *La vie de Gaston d'Orleans* (París, 1992).

EL IMPERIO ESPAÑOL EN EUROPA

Las mejores introducciones a la historia de la España de los Habsburgo que hay actualmente son las de J. Lynch, *The Hispanic World in Crisis and Change: 1598-1700* (Oxford, 1992); y, en un contexto interestatal, R. A. Stradling,

Europe and the Decline of Spain 1580-1720 (Londres, 1980). Si se quiere un estudio en mayor profundidad del periodo 1650-1700 véanse R. A. Stralding, *Philip IV and the Government of Spain 1621-1665* (Cambridge, 1988), seguido de H. Kamen, *Spain in the later Seventeenth Century, 1665-1700* (Londres, 1980); estos manuales deberían compararse con el libro, más antiguo, de E. J. Hamilton *War and Prices in Spain 1651-1800* (Harvard, 1947). A. Domingo Ortiz, *La sociedad española en el siglo xvii* (Madrid, 1963, 1970), es un buen estudio general sobre las agrupaciones seculares y religiosas en la sociedad española. Otro libro que trata un amplio contexto es D. R. Ringrose, *Madrid and the Spanish Economy* (Berkeley, 1983). Cabe destacar los siguientes estudios regionales: P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* (París, 1963), vol. I, pp. 587-710; J. Casey, *The Kingdom of Valencia in the Seventeenth Century* (Cambridge, 1979); C. R. Phillips, *Ciudad Real 1500-1750* (Harvard, 1979); y R. L. Kagan, *Lawsuits and Litigants in Castile 1500-1700* (Chapel Hill, 1979). Pero puede que algunos lectores prefieran, frente a las admirables obras de la investigación moderna, el viejo libro de M. de Villars *Mémoires de la cour d'Espagne de 1679-1681,* ed. A. Morel-Fatio (París, 1893), y el de su mujer, que estuvo con él y escribió las *Lettres de Madame de Villars…* ed. A. de Courtois (París, 1868). Otros libros diferentes, que ofrecen claves útiles sobre el ambiente eclesiástico de este periodo, son los de T. D. Kendrick, *Saint James in Spain* (Londres, 1960) y S. N. Orso, *Art and Death at the Spanish Habsburg court: The Royal Exequies for Philip IV* (Missouri, 1989).

R. Villari, *The Revolt of Naples* (ed. Cambridge, 1993), explica los antecedentes de la revolución de 1648: su enfoque puede compararse con los de B. Groce, *History of the kingdom of Naples* (ed. Chicago, 1970), G. Coniglio, *Il viceregno di Napoli nel sec. XVII* (Roma, 1955), pp. 274-322, y G. Galasso *Il Mezzogiorno nella storia d'Italia* (Florencia,

1977). Para un tema de gran importancia véase J. A. Marino, *Pastoral Economics in the Kingdom of Naples* (Baltimore, 1988). En contraste, A. Reumont, *The Carafas of Maddaloni* (Londres, 1854), es un viejo, pero muy valioso, bazar de curiosidades. Encontramos otra historia familiar en T. Astarita, *The Continuity of Feudal Power: The Caracciolo di Brienza in Spanish Naples* (Cambridge, 1992). Dos buenas biografías son M. Schipa, *Masaniello* (Bari, 1925), y F. Nicolini, *La giovinezza di Giambattista Vico (1668-1700)* (Bari, 1932).

Si se buscan comparaciones con la mitad septentrional de la Italia de los Habsburgo véase D. Sella, *Crisis and Continuity: The Economy of Spanish Lombardy in the Seventeenth Century* (Harvard, 1979), y el estudio general del mismo autor, *Italy in the Seventeenth Century* (Londres, 1997).

LAS PROVINCIAS UNIDAS Y SUECIA (1648-1672)

Todos deberían leer la obra de sir William Temple *Some Observations upon the United Provinces of the Netherlands,* ed. G. N. Clark (Oxford, 1972). Entre los autores modernos, tal vez, J. H. Huizinga, *Dutch Civilisation in the 17th Century* (Londres, 1968), y A. T. V. Deursen, *Plain Lives in a Golden Age: Popular Culture… in Seventeenth Century Holland* (Cambridge, 1991), son los que mejor transmiten la forma de vida en Holanda durante este periodo. Sobre política general, véase J. L. Price, *The Dutch Republic in the Seventeenth Century* (Londres, 1998); J. L. Israel, *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness and Fall, 1477-1806* (Oxford, 1995), P. Geyl, *Orange and Stuart 1641-72* (Londres, 1969); H. H. Rowen, *John the Witt: Statesman of the «True Freedom»* (Cambridge, 1986); y también su libro *The Stadholders in the Dutch Republic* (Cambridge, 1988). Se exploran una serie de importantes temas en A. M. Lambert, *The Making of the Dutch Landscape* (ed. Londres, 1985); J. de Vries, *The Dutch Rural Economy in the Golden Age*

1500-1700 (Yale, 1974); V. Barbour, *Capitalism in Amsterdam in the Seventeenth-century* (Michigan, 1963), y P. Burke, *Venice and Amsterdam* (Londres, 1974); S. D. Muller, *Charity in the Dutch Republic* (Ann Arbor, 1985); R. W. Unger, *Dutch Shipbuilding before 1800* (Ámsterdam, 1978), y J. R. Bruijn, *The Dutch Navy of the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Columbia, Carolina del Sur, 1993); J. M. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade 1600-1815* (Cambridge, 1990); y B. Haak, *The Golden Age: Dutch Painters of the Seventeenth Century* (Nueva York, 1984).

Desde un punto de vista europeo resulta provechoso estudiar las relaciones entre Inglaterra y Holanda: pueden consultarse los libros de C. Wilson, *Power and Profit* (Londres, 1957); R. L. Colie, *Light and Enlightenment, a Study of the Cambridge Platonists and the Dutch Arminians* (Cambridge, 1957); y, sobre todo, muchos ensayos de la serie *Britain and the Netherlands*, ed. J. Bromley y otros (1964-). Hay varios libros notables, en distintos aspectos, como la breve obra de W. R. Valentiner *Rembrandt and Spinoza* (Londres, 1957); el itinerante M. Bowen, *The Netherlands Display'd* (Londres, 1926); y el pródigo S. Schama, *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age* (Londres, 1987); sin olvidar *The Anglo-Dutch Garden in the Age of William and Mary,* ed. J. D. Hunt (Londres, 1988).

Para una introducción a Suecia a partir de 1648 véanse J. Lisk, *The Struggle for Supremacy in the Baltic* (Londres, 1967); A. Andersson, *A History of Sweden* (Londres, 1955); E. F. Heckscher, *An Economic History of Sweden,* (Londres, 1967); D. Kirby, *Nothern Europe in the Early Modern Period 1492-1772* (Londres, 1990); o S. P. Oakley, *War and peace in the Baltic, 1560-1790* (Londres, 1992). Pero, en este contexto, son indispensables las obras más breves de Michael Roberts, especialmente sus *Essays in Swedish History*

(Londres, 1967), *The Swedish Imperial Experience* (Cambridge, 1979) o *From Oxenstierna to Charles XII: Four Studies* (Cambridge, 1991). C. Weibull, *Chistina of Sweden* (Gotemburgo, 1966), es una traducción del sueco; S. Åkermann, *Queen Christina of Sweden and her Circle* (Leiden, 1991), describe los intereses más esotéricos y milenaristas de la reina. B. Whitelocke, *Journal of the Swedish Embassy… in 1653 and 1654* (Londres, 1772 y 1855), presenta las observaciones de un testigo contemporáneo.

DINAMARCA, LOS TERRITORIOS AUSTRÍACOS, EL PIAMONTE

Sobre la historia danesa, además de las obras generales mencionadas anteriormente, véanse T. Munck, *The Peasantry and the Early Absolute Monarchy in Denmark 1660-1708* (Copenhagen, 1979); y T. Kjaergaart, *The Danish Revolution 1500-1800: An Ecohistorical Interpretation* (Cambridge, 1994); así como A. Friis y K. Glamann, *History of Wages and Prices in Denmark 1660-1800* (Londres, 1954). En la *Scandinavian Economic History Review* se encuentra el artículo de A. Lassen «The population of Denmark in 1660», vol. 13 (1965), y J. Jorgensen, «Denmark's relations with Lübeck and Hamburg in the 17th century», vol. II (1963). Una conmovedora y, en su momento, famosa autobiografía son las *Memoirs of Leonora Christina, 1663-1685,* trad. F. E. Bunnett (Londres 1872 y 1929).

Sobre las tierras austríacas de los Habsburgo hay mucho que explorar, en primer lugar en R. J. Evans, *The Making of the Habsburg Monarchy 1550-1700* (Oxford, 1979), o en J. Bérenger, *Finances et absolutisme autrichien dans la seconde moitié du XVIIe siècle* (París, 1975) y en P. F. Sugar, *A History of Hungary* (Londres, 1990). C. Ingrao, *The Habsburg Monarchy, 1618-1815* (Cambridge, 1994), es una introducción más concisa. Se puede seguir con J. P. Spielman, *Leopold I de Austria* (Londres, 1977), y su libro *The Crown and*

the City: Vienna and the Imperial Court, 1600-1740 (Lafayette del Este, Indiana, 1993) es una buena descripción del gobernante y su capital; mientras que los dos portavoces enfrentados de la época, que desarrollaron su actividad en Viena, se encuentran descritos en S. J. T. Miller y J. P. Spielman, *Christobal Rojas y Spinola, Cameralist and Irenecist 1626-1695* (Filadelfia, 1965), y R. A. Kann, *A Study in Austrian Intellectual History: From Late Baroque to Romanticism* (Londres, 1960), parte del cual habla del predicador Abraham de Sancta Clara.

Sobre los cambios que se produjeron en el Piamonte véase M. D. Pollak, *Turin 1564-1680* (Chicago, 1991), y G. Symcox, *Victor Amadeus II* (Londres, 1983); además de *Royal and Republican Sovereignty in Early Modern Europe,* ed. R. Oresko (Cambridge, 1997).

FRANCIA DESPUÉS DE 1652

Es evidente que muchas de las obras mencionadas en la sección III, probablemente la mayoría de ellas, también pertenecen a esta sección. Además de ellas, la antigua y erudita obra de E. Lavisse, *Histoire de France,* vol. VII (París, 1907), ahora reeditada como *Louis XIV* (París, 1983), tiene mucho que ofrecer; y también hay muchas partes interesantes en *Louis XIV and Absolutism,* ed. R. Hatton (Londres, 1976), y en *Louis XIV and the Craft of Kingship,* ed. J. C. Rule (Ohio, 1969). Encontramos un muy buen análisis de importantes temas en A. Lossky, *Louis XIV and the French Monarchy* (Nueva Brunswick, Nueva Jersey, 1994). La obra de C. W. Cole *Colbert and a Century of French Mercantilism* (Nueva York, 1939), y su libro *French Mercantilism 1683-1700* (Nueva York, 1943), ambas de gran extensión, pueden compararse con el libro, más breve, de J. Meyer, *Colbert* (París, 1984), y con A. P. Trout, *Colbert* (Boston, 1978). Véase también E. Esmonin, *La taille en Normandie… 1661-1683* (París, 1913), J. Dent, *Crisis in Finance: Crown, Finan-*

ciers and Society in Seventeenth-Century France (Newton Abbot, 1973), S. Kettering, *Patrons, Brokers and Clients in Seventeenth Century France* (Oxford, 1986), J. E. King, *Science and Rationalism in the Government of Louis XIV 1661-1683* (Baltimore, 1949), H. Brown, *Scientific Organisation in 17th Century France* (Nueva York, ed. 1967) y E. L. Asher, *The Resistance of the Maritime Classes… in the France of Colbert* (Berkeley, 1960), son importantes para el estudio de Colbert. Sobre decoración, propaganda y oposición puede consultarse N. Elias, *The Court Society* (Oxford, 1983); J. Klaits, *Printed Propaganda under Louis XIV* (Princeton, 1976); P. Burke, *The Fabrication of Louis XIV* (Yale, 1992); R. Mettam, *Power and Faction in Louis XIV's France* (Oxford, 1988); L. Rothkrug, *Opposition to Louis XIV* (Princeton, 1964); y W. Beik, *Urban Protest in Seventeenth Century France* (Cambridge, 1997). Sobre el ejército: A Courvoisier, *Louvois* (París, 1983), J. A. Lynn, *Giant of the Grand Siècle: The French Army, 1610-1715* (Cambridge, 1997), y J. Bérenger, *Turenne* (París, 1987). Encontramos a un excelente observador contemporáneo de la situación en *Locke's Travels in France 1675-1679,* ed. J. Lough (Cambridge, 1953). Para estudiar dos importantes temas –las misiones y la educación superior–, que no están tratados en mi libro, véanse G. de Vaumas, *L'éveil missionaire de la France au XVIIe siècle* (París, 1950), y L. W. B. Brockliss, *French Higher Education in the Seventeenth and Eighteenth Centuries* (Oxford, 1987).

RELIGIÓN Y CIENCIA

Encontramos una introducción al amplio mundo del pensamiento popular e intelectual en Francia, en el que se encuentra incluido el jansenismo, en R. Briggs, *Communities of Belief: Cultural and Social Tensions in Early Modern France* (Oxford, 1989). Hay una crónica clara y breve de la controversia jansenista en el *New CMH,* vol. V, cap. 6, o en

L. Cognet, *Le Jansénisme* (París, 1961), y en R. Tavenaux, *Jansénisme et politique* (París, 1965); y se puede aprender mucho de los diversos puntos de vista que ofrecen L. Goldmann en *The Hidden God* (Londres, 1964), N. Abercrombie, *The Origins of Jansenism* (Oxford, 1936), J. Mesnard, *Pascal* (Londres, 1952), y R. Knox, *Enthusiasm* (Oxford, 1950, capítulos 9 y 10).

Sobre la religión en Rusia, P. Pascal, *Avvakum et les débuts de Raskol* (París, 1963), es una extensa obra maestra, que puede compararse con la breve autobiografía del propio Avvakum, *The Life of the Archpriest…by himself* (Londres, 1963), y con P. Miliukov, *Outlines of Russian Culture: Religion and the Church in Russia* (Nueva York, 1960), N. Lupinin, *Religious Revolt in the Seventeenth Century: the Schism of the Russian Church* (Princeton, 1984), y P. Bushkovitch, *Religion and Society in Russia: The Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Oxford, 1992).

La literatura sobre la filosofía y la ciencia del siglo XVII crece incesantemente, pero E. Bréhier, *The History of Philosophy: The Seventeenth-Century* (trad. Chicago, 1966), y A. R. Hall, *From Galileo to Newton* (ed. 1981, Nueva York), son extraordinariamente útiles. E. J. Dijsterhuis, *The Mechanisation of the World Picture* (Oxford, 1961), es un libro más denso; H. Kearney, *Science and Change* (Londres, 1971), no lo es tanto. Sobre facetas y personalidades concretas resultan de gran utilidad los libros de J. L. Heilbron, *Elements of Early Modern Physics* (Berkeley, 1982); *The Western Medical Tradition 800 BC-AD 1800* (cap. 6), ed. R. Porter (Cambridge, 1995);*The Scientific Revolution in National Context,* ed. R. Porter y M. Teich (Cambridge, 1992); A. E. Bell, *Christian Huygens and the Development of Science in the Seventeenth Century* (Londres, 1947); M. Boas, *Robert Boyle and Seventeenth-century Chemistry* (Cambri-

dge, 1958); y H. C. King, *The History of the Telescope* (Londres, 1955).

DIPLOMACIA Y GUERRA (1661-1678)

Este intrincado tema se encuentra resumido en L. André, *Louis XIV et l'Europe* (París, 1950), y también hay buenos y detallados análisis en H. H. Rowen, *The Ambassador Prepares for War: The Dutch Embassy of Arnauld de Pomponne 1669-71* (La Haya, 1957), C. J. Ekberg, *The Failure of Louis XIV's Dutch War* (Chapel Hill, 1979), y C.-G. Picavet, *La diplomatie française au temps de Louis XIV, 1661-1715* (París, 1930). Hay un breve y útil estudio de C. Badalo-Dulong, *Trente ans de diplomatie française en Allemagne – Louis XIV et l'Electeur de Mayence, 1648-1678* (París, 1956). También hay libros escritos desde otros puntos de vista, que no están centrados en Francia, como D. Ogg, *England under Charles II* (ed. Oxford, 1963-1964), capítulos 8-10, 15-16; H. Pirenne, *Histoire de Belgique,* vol. V (ed. Bruselas, 1926), pp. 1-39; y O. Redlich, *Weltmacht des Barock. Österreich in der Zeit Kaiser Leopolds I* (ed. Vienna, 1961), pp. 77-157, que ofrecen una mejor perspectiva, aunque más compleja. En cuanto a la totalidad del periodo hasta 1688, la biografía más completa de Guillermo de Orange en inglés es la de S. B. Baxter, *William III* (Londres, 1966), aunque su natural inclinación contra Luis XIV parece, en algunos momentos, excesivamente acentuada. Un estudio alemán de F. Textor, *Entfestigungen und Zerstörungen im Rheingebiet während des 17. Fahrhunderts…* (Bonn, 1937), contiene algunas valiosas sugerencias acerca de la guerra y el pensamiento militar de aquellos años. Debería compararse con P. Lazard, *Vauban, 1633-1707* (París, 1934). Acerca de la expansión francesa hacia el Este, M. Roux, *Louis XIV et les provinces conquises* (París, 1938), ofrece un rápido estudio; G. Livet, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV, 1648-*

1715 (Estrasburgo, 1956), pp. 381-434, es magistral y muy detallado en su estudio de esta zona.

Sobre la delimitación de la frontera belga tras el tratado de Nimega cabe destacar la obra de N. G. D'Albissin, *Genèse de la frontière francobelge… 1659-1789* (París, 1978). Finalmente, *The Peace of Nijmegen 1676-1678/79* (Ámsterdam, 1980), ed. J. A. H. Bots, es una recopilación de estudios que describen diversos temas que surgieron durante la década de 1670; mientras que *À la gloire du Roi. Van der Meulen peitre des conquêtes de Louis XIV* (Musée des Beaux-Arts de Dijon, 1988) es un libro hermoso e informativo.

EUROPA ORIENTAL, EL IMPERIO VENECIANO E ITALIA, (*CA.*1672-*CA.*1688)

Sobre las dificultades de Polonia en las tierras fronterizas y en otros lugares, tanto O. Subtelny, *Domination of Eastern Europe and Foreign Absolutism 1500-1715* (McGill y Gloucester, Gran Bretaña, 1986), como A. S. Kamiński, *Republic vs. Autocracy: Poland-Lithuania and Russia, 1686-1697* (Harvard, 1993), complementan los libros de referencia que ya hemos mencionado en la sección II. También hay dos biografías, O. Laskowski, *Sobieski King of Poland* (Glasgow, 1944), y Forst de Battaglia, *Jan Sobieski* (Graz / Varsovia, ed. 1982, en versión alemana y polaca), que describen la notable carrera de este noble y rey polaco.

En lo que respecta a Moscovia en la parte final del reinado de Alexei y en los reinados de sus sucesores, las obras de Vernadsky y Longworth (véase sección II de la bibliografía) pueden compararse con las de C. Bickford O'Brien, *Russia under Two Tsars* (Berkeley, 1952), y L. Hughes, *Sophia Regent of Russia 1657-1704* (Londres, 1990). También hay interesantes datos sobre la carrera de un escocés que, en esta época, estuvo al servicio de Rusia en el libro de B. Buxhoeveden *A Cavalier in Muscovy* (Londres, 1932).

La lucha por la supremacía en el sureste de Europa entre 1664 y 1700 se encuentra estudiada en D. M. Barker, *Double Eagle and Crescent* (Nueva York, 1967), en I. Parvev, *Habsburgs and Ottomans between Vienna and Belgrade* (Boulder, 1995), J. Stoye, *Marsigli's Europe 1680-1730* (Yale, 1995), y Z. Zlatar, *Between the Double Eagle and the Crescent* (Boulder, 1992). Sobre el año 1683, véanse J. Stoye, *The Siege of Vienna* (ed. Edimburgo, 2000) y, mirando más al norte, A. Lossky, *Louis XIV, William III and the Baltic Crisis of 1683* (Berkeley, 1954).

Pueden consultarse los antecedentes generales del Estambul / Constantinopla otomano y de Edirne / Adrianópolis en G. F. Abbott, *Under the Turk in Constantinople… 1674-1681* (Londres, 1920), en A. Vandal, *Les voyages du marquis de Nointel, 1670-1680* (París, 1900), y en el minucioso libro de Mantran (véase la sección II de esta bibliografía). Sobre los cristianos y los judíos en el imperio, véanse S. Runciman, *The Great Church in Captivity* (Cambridge, 1968), y G. Scholem, *Sabbatai Sevi the Mystical Messiah 1626-1676* (Londres, 1973).

Para los esfuerzos bélicos venecianos, el libro de Setton (véase la sección II de esta bibliografía) es un buen manual. También podemos encontrar material interesante sobre este tema en G. Hanlon, *The Twilight of a Military Tradition: Italian Aristocrats and European Conflicts 1560-1800* (Londres, 1998). J. M. Paton, *The Venetians in Athens 1687-1688* (Harvard, 1940), es una intrigante miscelánea de textos y notas. Sobre la República misma, y los diversos aspectos del estancamiento y la resistencia, véanse J. C. Davis, *The Decline of the Venetian Aristocracy as a Ruling Class* (Baltimore, 1962); R. T. Rapp, *Industry and Economic Decline in Seventeenth-century Venice* (Cambridge, Massachusetts. 1976); P. Burke, *Venice and Amsterdam* (Londres, 1974); P. Musgrave, *Land and Economy in Baroque Italy:*

Valpolicella 1630-1797 (Leicester, 1992); y B. Pullan, *The Jews of Europe and the Inquisition of Venice 1550-1670* (Oxford, 1983). Si se buscan comparaciones entre Venecia y el régimen de otros lugares de Italia, véanse G. P. Brizzi, *La formazione della classe dirigente nel sei-settecento* (Bolonia, 1976), y R. B. Litchfield, *Emergence of a Bureaucracy: The Florentine Patricians, 1530-1790* (Princeton, 1986), o E. W. Cochrane, *Florence in the Forgotten Centuries 1527-1800* (Chicago, 1973).

La lectura sobre las artes en Italia en esta época podría empezar con J. Lees-Milne, *Baroque in Italy* (Londres, 1959), E. Waterhouse, *Italian Baroque Painting* (Londres, 1962), o A. Blunt, *Sicilian Baroque* (Londres, 1968); y seguir con R. Krautheimer, *The Rome of Alexander VII, 1655-1667* (Princeton, 1985), F. Haskell, *Patrons and Painters* (Londres, 1963), y R. Wittkower, *Gian Lorenzo Bernini* (Londres, 1955).

DESPUÉS DE 1680

Las condiciones económicas antes y después de 1680 se encuentran estudiadas en: H. Kamen, *Spain in the later Seventeenth Century, 1665-1700* (Londres, 1969); C. Wilson, *England's Apprenticeship 1603-1763* (Londres, 1965); T. C. Smout, *Scottish Trade on the Eve of the Union, 1660-1707* (Edimburgo, 1963); S.-E. Aström, *From Stockholm to St. Petersburg… 1675-1700* (Helsinki, 1962); J. Israel, *The Dutch Republic* (véase, en esta bibliografía, «Las Provincias Unidas y Suecia (1648-1672)»); y K. Glamann, *Dutch-Asiatic Trade 1620-1730* (Copenhague, 1958). Sobre los cambios políticos en Suecia, véase A. F. Upton, *Charles XI and Swedish Absolutism* (Cambridge, 1998). Sobre el impacto de la guerra en una región concreta en esta época véase M. P. Gutmann, *War and Rural Life in the Early modern Low Countries* (Princeton, 1980).

Las causas y consecuencias de la revocación del Edicto de Nantes han producido una inmensa cantidad de literatura, y continúan atormentando a los historiadores. Dos buenas obras breves son P. Deyon, *Du loyalisme au refus* (Lille, 1976), y J. Quéniart, *La révocation de l'edit de Nantes* (París, 1985). Los ensayos titulados «Les protestants en France au 17e siècle», *XVIIe Siècle* 76-77 (1967), ofrecen más material, mientras que las referencias a los hugonotes que encontramos en el libro de Le Roy Ladurie sobre Languedoc y en las notas de John Locke (véase, en esta bibliografía, «Francia después de 1652») son de gran interés. *The Huguenot Connection… and Early French Migration to South Carolina,* ed. R. M. Golden (Dordrecht, 1988), va aún más lejos.

Sobre distintos temas, véase G. H. Dodge, *The Political Theory of the Huguenots of the Dispersion… Pierre Jurieu* (Nueva York, 1947), W. C. Scoville, *The Persecution of the Huguenots and French economic Development* (Berkeley, 1960), y H. Lüthy, *La banque protestante…* (París, 1959), especialmente el vol. I, pp. 35-77. Como conjunto de hechos e ideas, el primer volumen de E. Labrousse, *Pierre Bayle* (La Haya, 1963), es admirable. M. de Chambrier, *Henri de Mirmand* (Neuchâtel, 1910), aunque difícil de encontrar, es un antiguo y maravilloso libro acerca del destierro en Suiza y Alemania, mientras que la obra de D. F. Poujol *Histoire et influence des églises wallonnes dans les Pays-Bas* (París, 1902), es buena a la hora de tratar el aspecto hugonote de su tema. E. de Beer, «The Revocation of the Edict of Nantes and English public opinion», en *Proceedings… Huguenot Society of London,* vol. 18 (1947-1952), describe algunos de los resultados en Inglaterra.

En lo que respecta al panorama intelectual, son valiosas las siguientes obras: I. B. Cohen, *The Newtonian Revolution* (Cambridge, 1980); G. E. Christianson, *In the presence

of the Creator: Isaac Newton and his Times (Nueva York, 1984) y *Archives of the Scientific Revolution,* ed. M. Hunter (Woodbridge, 1998); R. W. Meyer, *Leibniz and the Seventeenth-Century Revolution* (Cambridge, 1952); A. M. Barnes, *Jean Le Clerc… et la république des lettres* (París, 1938); P. Dudon, *Michel Molinos* (París, 1921); P. D. Walker, *The Decline of Hell* (Londres, 1964); W. I. Hull, *Benjamin Furley and Quakerism in Rotterdam* (Swartmore, 1941); y R. Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVII[e] siècle* (París, 1968). Finalmente, P. Hazard, *The European Mind 1680-1715* (ed. Londres, 1953), es un libro merecidamente famoso, aunque hay que tener cuidado de no datar antes de tiempo los procesos que describe con gran entusiasmo y simpatía.

EPÍLOGO

The Anglo-Dutch Moment (Cambridge, 1991), ed. J. I. Israel; *The Revolutions of 1688,* ed. R. Beddard (Oxford, 1991); J. Orcibal, *Louis XIV contre Innocent XI* (París, 1949); M. Braubach, *Wilhelm von Fürstenberg 1629-1704* (Bonn, 1972), ofrecen una idea de los antecedentes continentales de las revoluciones británicas.


PINCHE
AQUÍ


SIGLO
XXI
ESPAÑA

ÍNDICE

Portadilla 1
Legal 3
Prefacio a la primera edición 4
Prefacio a la segunda edición 5
Mapas 6
Cuadros dinásticos 10
I. Una nueva estabilidad en el centro 14
II. Las crisis de la Europa oriental 50
III. El eclipse de Francia 93
IV. La supervivencia de España 129
V. La situación del Norte 159
VI. Los ensayos menores de autocracia 200
VII. El gran ensayo: Francia 233
VIII. El espíritu europeo (1640-1670) 275
IX. La diplomacia y la guerra de Luis XIV (1660-1680) 313
X. El imperio otomano y su efecto sobre Europa (1672-1688) 358
XI. La inquieta calma de Europa occidental (1678-1688) 404
XII. Epílogo: el engranaje de 1688 462
Bibliografía 479